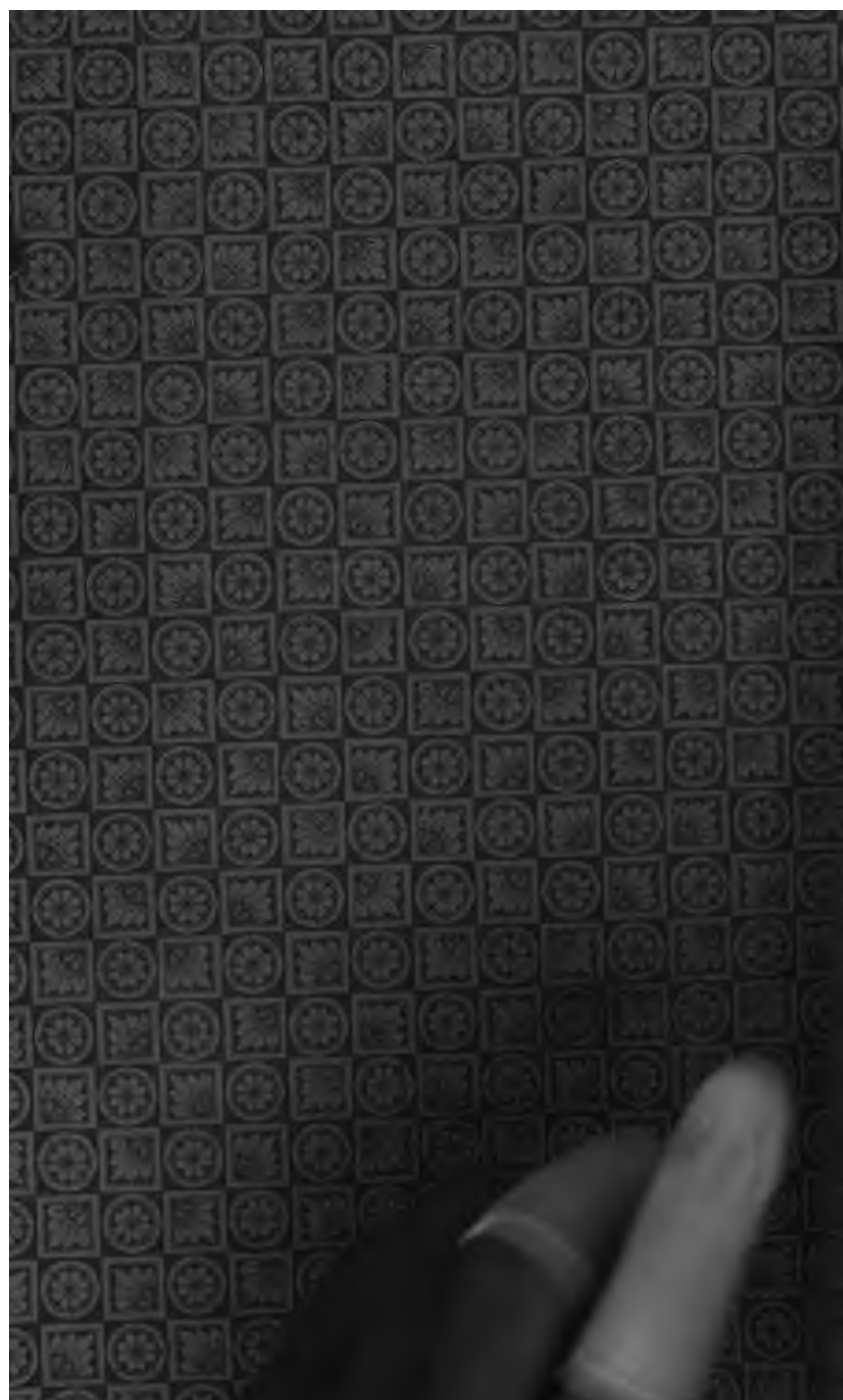





LIBRERIA
Blazquez
LIBROS - REVISTAS
ENCUADERNACIONES
HARTZENBUSCH, 8

204



DE MADRID Á NÁPOLES.

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

DE MADRID Á NÁPOLES,

PASANDO POR PARÍS, GINEBRA, EL MONT-BLANC,
EL SIMPLON, EL LAGO MAYOR, TURIN, PAVÍA, MILAN, EL CUADRILÁTERO, VENECIA,
BOLONIA, MÓDENA, PARMA, GÉNOVA, PISA, FLORENCIA, ROMA
Y GAETA.

VIAJE DE RECREO,

REALIZADO

DURANTE LA GUERRA DE 1860 Y SITIO DE GAETA EN 1861,

POR

DON PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

ILUSTRADO

CON GRABADOS QUE REPRESENTAN MONUMENTOS, RETRATOS, ESTATUAS, COSTUMBRES, ETC., ETC.



MADRID.
IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG,
CALLE DEL PRINCIPE, NUM. 1.

1861.

DEDICATORIA.



Te dedico este libro mas, amigo mio.

Perdona que oculte otra vez tu nombre al público; pero lo hago obedeciendo al mismo escrúpulo de pudor que me impulsaria á estorbar que mi hermana ó mi hija apareciesen sobre el tablado de la escena pública.

Es piedad ó egoismo... No sé.

Quizás tengo á mengua ó desventura la triste condicion que nos arroja á los artistas sobre la arena de un anfiteatro á ser pasto del ocio de nuestros semejantes, y no quiero ni por un momento hacerte partícipe de mi vergüenza.

Quizás porque es tu amistad el mejor triunfo de mi vida privada, deseo que nadie la conozca, temeroso de que adquiera los funestos visos de la vida literaria y haya quien me la dispute y arrebate.

Quiero, en suma, tenerte de reserva en la oscuridad de mis afectos íntimos, á fin de que me hagas olvidar, como hasta aquí, las agonías del espectáculo diario que el escritor dió al mundo, entregándole los secretos de su corazon y de su inteligencia, y descansar á tu lado de las rudas faenas del combate.

Tu imaginacion privilegiada, que todo lo sondea, lo comprende y se lo apropia, habrá conocido ya toda la verdad, toda la ternura de lo que te digo.

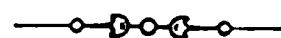
Gracias: estoy contento, como si acabara de hacer una buena obra.

Ahora, atiende; que empieza el literato.

Tu amigo,

PEDRO.

PRÓLOGO.



Mucho tiempo he vacilado antes de publicar estos apuntes; y en verdad os digo que si la llamada civilizacion acostumbrase á quemar á los que reniegan de ella, me hubiera guardado muy bien de coger la pluma para referiros mi viaje de *Madrid á Nápoles.*

Y es que el presente crédito va á ser mirado por los modernos filósofos (suponiendo que lo lean), como una heregía social, como un atentado á la actual civilizacion, como una protesta contra el espíritu del siglo.

En cambio no faltará un teólogo intransigente que lo califique de heterodoxo, ó cuando menos de ecléctico, sospechoso y hasta racionalista.

Y sin embargo, yo no puedo menos de darlo á luz. *Quod scripsi, scripsi*; y á mí me anima una profunda conviccion y verdadera conciencia de las estrañas opiniones que he de emitir en el contesto de esta obra.

Pero os repito que la tarea que me impongo es sumamente grave; que seria peligrosa en épocas de intolerancia, y que hoy será objeto de diversas y acaloradas censuras.

Digo mas: hay en todos los campos tantos hipócritas, fariseos y mercaderes, que afectan creer, para sus menguados fines, lo que yo creo firme y verdaderamente y pienso proclamar en alta voz, que al verme colocado fuera del círculo de sus pasiones, juzgar imparcialmente su contienda, filósofos y teólogos recordarán algunos episodios de mi pobre vida pública, y me negarán la competencia, la sinceridad y la buena fé, si ya no es que unos y otros se empeñan en afiliarme en cierta escuela filosófica ó tal partido político, llamándome (Dios se lo perdone) *neocatólico* ó *demagogo*, segun que mejor les cuadre y favorezca.

Error, y error crasísimo será este. Bien que, de muy antiguo, uno de los males que mas afligen á los pueblos y á los gobiernos, es confundir la política con la filosofía; lo ideal con lo práctico; lo especulativo con lo factible; las aspiraciones de un buen deseo con la gestion concreta de las cosas dadas; como si no pudiera comprenderse que hubiese hombres liberales en política y reaccionarios en filosofía, del mismo modo que conocemos á muchos que siguen una política reaccionaria, mientras que en su fuero interno son libres pensadores de la estrema izquierda.

Fuera de esto, y descendiendo á mas llanas esplicaciones, os diré las causas de mi viaje y de mi libro, y lo que uno y otro han venido á ser en último resultado, á fin de que no me leais á ciegas ni concibais esperanzas que defraudarian las primeras hojas.

El orígen ó el móvil del viaje no pudo ser mas serio, mas importante, ni de mayor consideracion.

—«España, me dije el año pasado; la nueva España, hija y heredera de aquella gran nacion de su mismo nombre que dominó en Europa; esta España que quedó huérfana y en la menor edad cuando murió su madre en las gloriosas y calamitosas guerras de la Casa de Austria; esta pobre adolescente que tanto ha sufrido bajo tutores y curadores y á quien vemos crecer y hermosearse mas y mas cada dia;

esta gallarda jóven cuya *mayoría* quiso declarar la Francia hace pocos meses (á lo que se opusieron otras naciones), pero que, *menor* y todo, empieza á cuidar ya de su porvenir y de sus intereses; esta España, decia yo, demuestra un afan decidido por parecerse, por semejarse, por igualarse, si posible le fuera, á las naciones mas adelantadas de Europa, y muy especialmente á la Francia, su hermana y su rival en todos tiempos.—Á este fin, nuestra patria no omite medio alguno. Ella sigue sus modas, imita sus costumbres, adopta sus invenciones, se asimila sus adelantos, se da sus leyes y reglamentos, aspira á disfrutar su bienestar, á dividir su poderío, á participar de su fortuna. Francia, en fin, es su modelo, su ideal de perfeccion, el término adorado de sus miras.—Pues bien, seguí diciéndome: vamos á Europa; vamos á Francia.—Esto equivaldrá á hacer un viaje al porvenir de nuestro pueblo.—Estudiemos el tipo que nos proponemos copiar. Sepamos lo que seremos el dia que lleguemos al grado de prosperidad que deseamos. Veamos si efectivamente reside allí el bien apetecido; si allí son mas felices que nosotros; si hay verdadera dignidad en ser lo que ellos son; ó si, desgraciadamente (y como dicen algunos), vamos en pos de una mísera loca, olvidada de Dios y de sí misma, de una bacante ébria, de una cortesana rebelada contra la virtud, que pudiera arrastrarnos al abismo.—Conozcamos, en suma, la actual civilizacion.»

Por otra parte, en aquel tiempo era cuando principiaba á arreciar de nuevo la tempestad italiana que ruge todavía, que tanto ha destruido y tanto amenaza destruir.

—«La revolucion de Italia,—me dije yo con espanto,—se parece á la prosperidad de Francia en que unos la creen la aurora del gran dia de la libertad y la felicidad de Europa, mientras que otros la califican de crepúsculo de muerte de la actual civilizacion.—Urgeme, pues, tanto conocer la cuestion de Italia como el estado de Francia.—Quizás estos dos problemas se resúmen en uno solo.—La revolucion de Italia es el volcan que revienta; pero su verdadero foco, el depósito de materias ebullicientes está en París. Lo uno es la manifestacion de lo otro. De aquí que la erupcion vaya acompañada de un terremoto europeo. La vieja Italia y la nueva Francia no pueden coexistir. Desde que en 1779 París se declaró la mente del mundo, todas las espansiones de su política y su filosofía, todas las glorias de sus armas, todos sus progresos, todos sus adelantos resuenan dolorosamente en Roma. Hay, pues, una nueva lucha entre el Imperio y el Papado...» (¡Qué dato para mis recelos acerca de la grandeza actual de Francia!)—«Vamos á Italia, esclamé por último. Asistamos á la emancipacion de ese pueblo, cuyo largo martirio ha sostenido vivo en toda Europa el fuego de la libertad. Estudiemos el derecho que le asiste para romper con su pasado, y las razones á que obedecen los que se empeñan en mantener el *statu quo*. Adivinemos lo que va á suceder, y si lo que va á suceder es justo. Conozcamos la historia. Hagámonos luz en esa temerosa y oscura cuestion tan diversamente planteada, tan prolijamente discutida, y de la que no sabemos otra cosa los que la vemos desde lejos, sino que entraña la crísis mas temerosa de la historia de quince siglos. Sepámos quién tiene razon; si París ó Roma; si los dos, ó si ninguno. Estudiemos los inconvenientes del Imperio y los del Papado. Comparemos las iniquidades de la libertad y las de la tiranía. Veamos dónde está mas degradada la humanidad, si bajo el yugo de un positivismo grosero ó bajo el yugo de un fanatismo irracional. Démonos cuenta de tan fieros males y de tan crueles remedios, y busquemos un rayo de luz para la atribulada esperanza. ¡Ay de nosotros si una abominacion no puede evitarse sino con otra abominacion!»

Ya veis que las preocupaciones de mi espíritu al emprender este viaje no podian ser mas hondas ni mas solemnes.

Ahora bien: por lo que digo al principio de este prólogo, comprendereis que mis dudas se han resuelto, aumentándose mis zozobras, y hasta podreis adivinar cuáles son las convicciones que he adquirido en presencia de los hechos.

Pero esas convicciones son tan graves y tan estrañas, que yo no me atreveria nunca á imponéroslas, ni aun á manifestároslas sentenciosamente. El mero relato del proceso ha de atraerme las contradicciones y censuras de que os hablaba antes: si

yo lo fallase por mí solo, mi opinion seria escarnecida y desdeñada.—Vais, pues, á fallarlo vosotros, lectores imparciales, ó, si quereis, lo fallaremos juntos.

Para ello, os someteré la cuestion íntegra: haré que me acompañeis en mi viaje: os daré mis impresiones con preferencia á mis raciocinios: recorrereis conmigo la Italia y la Francia; vereis lo que yo he visto; oireis lo que yo he oido; me seguireis á todas horas; os pasará lo que á mí me ha pasado; sentireis indudablemente las indignaciones, las alegrías y las tristezas que yo he sentido, y de esta manera, al final de nuestra peregrinacion, tendreis las ideas que yo tengo y podreis, si se os antoja, publicar la obra dogmática, el folleto político ó el ensayo filosófico que yo no me atrevo á escribir hoy.

Pero al adoptar este sistema, tropiezo con otro grave inconveniente que tambien me ha hecho vacilar antes de dar á luz el presente libro.

Es el caso, lectores, que yo no estoy tranquilo ni con mucho acerca de mi manera de viajar, y que, al llevaros en mi compañía, temo desacreditarme á vuestros ojos. La importancia de las cuestiones que vamos á estudiar por esos mundos de Dios, requeria un espíritu serio, un carácter tenaz, una aplicacion constante, una laboriosidad á toda prueba, y yo no tengo ninguna de esas cualidades, sino todas las contrarias, y por añadidura, muchísimos defectos.—Yo no he hecho mi viaje como poeta, como filósofo, como erudito, ni tan siquiera como un curioso. Yo he viajado como lo que soy; como un hijo del siglo, como un simple mortal, como un jóven de alegres costumbres. Yo no he estado de ningun modo *á la altura de mi mision*, que se dice ahora. He dejado á la casualidad el cuidado de instruirme: he rodado por las ciudades y los caminos á merced de mi capricho, en vez de supeditarme á un plan de observacion, de estudio, ó cuando menos de viaje; y para decirlo de una vez, al recorrer los pueblos á que me habia llevado el propósito de analizar importantísimas cuestiones, pensaba mas en gozar y divertirme que en la futura existencia de esta obra.

Así es que las hojas de mi cartera vinieron llenas de apuntes insustanciales, inconexos, acerca de mis aventuras propias, de las personas que he tratado, de los monumentos que he visto, del estado atmosférico, de las tristezas que me he pasado á solas, de las bromas y fiestas en que he perdido el tiempo, del campo de batalla que atravesé por un acaso, del cañoneo que me turbó el sueño una noche y cuya causa no me cuidé de averiguar á la mañana siguiente, de las mujeres que me gustaron, de los alimentos que preferí, de los teatros en que pasé la noche, de las conversaciones que escuché, de los delirios que vagaron por mi mente, de la hermosura de un paisaje, de un tipo que me chocó, del vestido que llevaba cuando yo lo ví este ó aquel personaje europeo, de lo que me contaron los cocheros y los *ciceroni*, de mil nimiedades, en fin, de mil pequeñeces, de mil cosas insignificantes; pero que á mí interesaron por el momento, y componen todas juntas algunos meses de mi vida.

¡Y con esto solamente me he atrevido á escribir un volúmen! ¡Y en este volúmen me propongo dilucidar los mas grandes problemas de nuestro tiempo!—¿Qué quereis? Cada cual tiene su modo de ver las cosas.—No es que yo recomiende el mio; pero os aseguro que sirve tan bien como otro cualquiera para penetrarse de la índole, de las costumbres, de las tendencias y del estado social de los pueblos.

Ni es esto todo. Yo creo que el observador adelanta mas viviendo que estudiando. Creo que el que busca los hechos casi nunca los halla, y que es mejor pararse en una esquina y aguardar á que pasen por delante de uno.—Todo el que penetra en las cosas, las violenta y desnaturaliza. Yo prefiero dejarlas manifestarse espontáneamente.—Si preguntais á una mujer su historia, os referirá una novela. Vedla vivir, y sabreis á qué ateneros.

Pero voy demasiado lejos con mis disculpas. Siempre será que mis aseveraciones estén destituidas de cierta autoridad, por lo mismo que no se fundan en datos ni documentos. Los hombres graves encontrarán muy gratuito todo lo que yo afirme sin otro testimonio que el de mi poca ó mucha sensibilidad. —Verdad es que yo tengo una fé ciega en ella; pero esta fé no puedo imponérsela á nadie. Mas por

si el público me la otorga *motu propio*, yo le advertiré que entre el criterio del estudio y el de la sensibilidad hay la misma diferencia que entre la pintura y la fotografía. La primera es mas grande, mas noble, mas difícil: la segunda es mas viva, mas verdadera, mas exacta.

Con que no os llameis á engaño despues de leerme. Ya sabeis de lo que se trata. Estas páginas no son una *Historia*, ni una *Guia*, ni una *Estadística*.—Reparad que en la portada ni tan siquiera las he llamado *libro*, sino *viaje*.—El libro está por escribir.—De este volúmen á un libro hay la misma distancia que del mineral á la moneda.

No concluiré sin embargo, antes de deciros, por lo que pueda valer, que yo no pienso contaros sino aquello que haya visto por mis propios ojos y tocado con mis propias manos, y que si en mis mejores escursiones he cometido la atrocidad de dejar de ver una cosa muy importante, la cosa muy importante se quedará por decir, y que si he tenido la desgracia de no encontrar en alguna parte lo que esperaba, no me figuraré que lo he encontrado ni lo contaré de oidas ó *leidas*, pues no quiero parecerme en esto (¡asi le pareciera en el modo de narrar!), al embustero de Alejandro Dumas, que ha hecho en sus Impresiones de Viaje una España y una Italia á su capricho, ó por mejor decir, al capricho de los franceses, á cuyas preocupaciones y erróneos juicios no se atrevió á oponer el correctivo de la verdad, como debia en consecuencia y es obligacion de los que escribimos en letras de molde.

Yo me propongo cumplirla en la presente publicacion, y este será su único mérito; porque no tratando de escribir un libro de conclusiones y teorías, sino meramente una coleccion de observaciones particulares, para que, fundado en ellos, el lector pueda discurrir por su cuenta acerca de ciertas cosas, estos apuntes serian ociosos y hasta criminales desde el instante que desfigurasen un solo hecho; puesto que seria abusar de la fé con que quiero ser oido y que hasta hoy tengo derecho á reclamar de mis lectores.

CAPITULO PRIMERO.

FRANCIA.

I.

Marsella.

El dia 29 de agosto de 1860, á las ocho y media de la noche, salí de Madrid en el tren-correo con direccion á Valencia, á donde llegué al dia siguiente á las doce de la mañana.

Valencia era para mí una antigua conocida y hasta una amiga si quereis. Por otro lado, yo la he descrito ya muchas veces en prosa y verso.—Haré, pues, esta vez lo que hice aquel dia; que fue entrar por una puerta y salir por otra, despues de haber visado mi pasaporte en el consulado de Francia y de haber tomado mi pasaje en el vapor *Philippe-Auguste*, de las Mensagerías imperiales, que debia partir aquella tarde para Marsella.

A eso de las cinco encontrábame ya á bordo.—Tomé posesion del camarote en que habia de vivir dos dias, y subí sobre cubierta á hacer lo que hace toda persona bien nacida cuando abandona su patria: á mirarla con ojos de amor hasta perderla de vista.

A las seis levamos anclas y el vapor se puso en movimiento.

La mar estaba tranquila... El sol se habia hundido tras el cabo de la Nao... Yo pensé en lo que se piensa y sentí lo que se siente en momentos semejantes. Bendije con la intencion patria, familia y amigos, y cuanto dejaba en pos de mí... y la campana me llamó á comer.

Encogíme de hombros y penetré en el salon de popa.

Los franceses son siempre los mismos: lógicos y utilitarios; hombres de talento y talentos materialistas.—Ellos han establecido esta costumbre de sentarse á la mesa en el momento de emprender una navegacion; costumbre ventajosa si las hay.—Esa comida prepara y conforta el cuerpo contra el mareo ó *mal de mar*, y distrae el alma de sus despedidas melancólicas.

Desde el momento que entrais en el comedor y os veis entre veinte ó cuarenta personas con las que vais á vivir íntimamente durante cierto tiempo, lo prime-

ro que se os ocurre es reconocer el personal; buscar bonitas caras, estraños tipos, sabrosas conversaciones, y sobre todo escoger vuestros albaceas.

Este último sentimiento, de que no se habrán dado cuenta muchos viajeros,



Entrada del puerto de Marsella.

es sin embargo infalible, irreflexivo y natural en todos.—Entre los que se embarcan juntos, establécese siempre cierta complicidad de peligro, (y permítaseme la frase), cierta atmósfera en que palpita la temeridad de la empresa que se acomete de consuno, y el miedo á las contingencias del viaje.—¡Es la mar tan terrible, tan pérfida, tan poderosa!—De aquí que todos se miren con cierta frater-

nidad,—(menos el que se marea, que ve siempre con odio al que permanece con la cabeza segura, como si le considerase parte del barco ó aliado del elemento que tanto mal le causa).

Todas estas raras emociones acaban por reducir vuestra atencion á la vida interior del buque, y por alejar de vuestra mente lo mismo las cosas que dejais que las que os proponeis encontrar. Y todo se os vuelve preguntar á la tripulacion si el buque es nuevo ó viejo, si ha naufragado alguna vez, si anda poco ó mucho, si el viento seguirá próspero y si la mar inspira confianza.

Escusado es decir, por lo demás, que mirais con veneracion al capitan de la nave, presidente nato de la mesa, y en cuyas manos, ó en cuya pericia, acabais de confiar todo el capital de tiempo que deseais disfrutar en este mundo...—la vida, quiero decir.

La sociedad que encontré á bordo, salvo otro pasajero español que se habia embarcado conmigo, era toda estranjera, no para el buque, sino para mí.

El *Philippe-Auguste* venia de Oran, y traia la coleccion de viajeros mas rara y hetereogénea que yo haya visto nunca.

Primeramente, venia una compañía de zuavos, curtidos por el sol de África y aguerridos en las fieras luchas con los argelinos del pequeño Sahara.

La oficialidad de esta compañía comia con nosotros. La tropa hacia su rancho sobre cubierta.

Vivaqueaban tambien allí unos veinte *bíblicos de decadencia*, vulgo judíos, con sus estrambóticos trajes y miserables rostros.

En otro lado callaban y no comian siete árabes, vestidos á la tunecina.

Por último, la cámara de proa venia atestada de hermanas de la caridad, que se dirigian á ejercer su piadosa penitencia en los nuevos combates de la Italia.

Como ya habreis sospechado, toda esta gente formaba un pintoresco y singularísimo cuadro que me traia á la memoria mi vida de Tetuan y los espectáculos inolvidables del segundo período de la guerra de Marruecos.

Al dia siguiente veíamos todavía en lontananza costas españolas, pardas y abruptas, que ya se delineaban sobre el cielo en colosales picos, ya se adelantaban por el mar en recios promontorios...—

Era el litoral de Cataluña.

A cierta hora, todas las miradas se fijaron en aquellas remotas apariencias.

Se calculaba que estábamos enfrente de Barcelona, y la opulenta ciudad de los condes merecia bien un saludo de parte de la marítima caravana.

Cabíame á mí el remordimiento de abandonar por la tercera vez á España sin conocer aquella gran capital; pero siquier entonces, y con ayuda de un anteojo, la columbré á lo lejos, con la frente reclinada en el formidable monte y bañada por las olas, tantas veces esclavas de sus naves.

Luego se levantó del mar el Pirineo, cuya azulada mole, coronada de brumas, me infundió respeto y despertó en mi mente recuerdos inmortales.

Aquel era, sí, el viejo antemural de España, en que se estrellaron tantos

conquistadores. El poema de nuestra independencia, escrito con la sangre de cien y cien generaciones, acudió entero á mi memoria. ¡Oh! ¡Cuántas invasiones ha rechazado España hácia el Norte y hácia el Mediodía!—Desde Sagunto hasta Roncesvalles, desde Covadonga hasta Zaragoza; ¡qué lucha de titanes por defender la nacionalidad y el nombre de españoles! Bien podia durar la guerra seis años, como la sostenida con Napoleon; bien ocho siglos, como la mantenida con los árabes, el resultado fue siempre el mismo; nuestra victoria y nuestra emancipacion. ¡Ni un solo instante transigimos con el estranjero! ¡Ni un solo dia yació en el ocio nuestra espada!

¡Qué diferencia entre nosotros y aquellos pueblos que yo iba á visitar, que pasan ó han pasado años y años bajo el yugo del invasor, subordinando su espíritu á la ley de la fuerza, comiendo y bebiendo sobre el cadáver de la patria, y esperando ó llamando á gritos estraña ayuda para sacudir sus cadenas!—Bien dijo el que dijo que el pueblo que no es libre no merece serlo.—Yo no concibo ni he concebido nunca que se obligue á nadie á ser lo contrario de lo que esté en su conciencia ó en su voluntad. El alma humana es impenetrable, inaccesible, independiente, y toda la sangre de nuestras venas debe correr en defensa de sus sagradas prerogativas. La vida es la garantía del honor. Antes debe terminar la una que menoscabarse el otro. *Potius mori quam fœdare.*—Aviso á los poloneses, á los húngaros y á los venecianos.

Y no te impacientes, lector; que aunque yo me detenga á pensar y decir estas y otras majaderías, el vapor no se para por eso.

Ya ha anochecido; ya hemos pasado el Cabo de Creux y estamos en el temible golfo de Lyon.

Yo pasé sobre cubierta casi toda esta segunda noche. Apoyado en una banda del buque, veia deslizarse bajo mis ojos enormes masas de agua que no despertaban ninguna idea en mi imaginacion, y que yo comparaba á veces, cuando su monotonía llegaba á fatigarme, á las densas turbas de personas desconocidas que encontramos en los paseos públicos, ó á ciertas largas séries de dias de nuestra vida, desprovistos de emociones, que no dejan huella alguna en nuestra rápida existencia.

A las diez de la siguiente mañana vimos alzarse por la parte de proa unas rocas amarillentas, que despues se fueron enlazando por medio de líneas verdes ó de suaves ondulaciones de montecillos azules...

Llegábamos á Francia: estábamos á la vista de Marsella.

A las doce penetrábamos en el bosque de mástiles que puebla hace muchos siglos su anchuroso puerto.

El *Philippe-Auguste* eligió su sitio en medio de aquel laberinto de buques de todas las naciones del globo, y echó el ancla.

Os dispenso de participar de las dos horas de vejámenes y molestias que son inherentes á un desembarco en condiciones semejantes. Vuestra admision y la de vuestro equipaje van acompañadas, en Francia como en España y en las demás naciones que conozco, de tales investigaciones, interrogatorios y pesquisas, de

tantos plantones y compases de espera, y del contacto y familiaridad con una gente tan *sui generis* (la misma en todas partes), que os hace abominar por un momento de la máquina social, si ha de girar siempre sobre resortes tan abigarrados y groseros como las aduanas y la policía.

Lo que si os referiré, como primer asomo del carácter francés, en su doble manifestacion pública y privada, es un ligero pero significativo lance que me aconteció al recobrar mi libertad y la propiedad de lo que era mio.

Habia yo tenido ya ocasion de admirar la esquisita prevision francesa para salir al encuentro de todos los inconvenientes con que tropieza un recien llegado: habia elogiado la comodidad de los salones de espera; las preciosas instrucciones que adquiere uno, solo con leer en las paredes, acerca de lo que le conviene hacer en cada circunstancia y de la manera de hacerlo; habia aplaudido la facilidad con que encontraba al alcance de la mano (y de su dinero) todo lo que pudiera desear al saltar á tierra; el *restaurant* á dos pasos, con los manjares humeantes y el café hirviendo; el ómnibus ó el coche preparado á la puerta; los precios de los hoteles escrupulosamente detallados; el plano de la ciudad; los carteles de los teatros; quién que se brinda á cepillarle la ropa *sobre el terreno*; las guias; los guias; los intérpretes de todas lenguas y otras muchas clases de oficiosos; habia yo, digo, encontrado muy buenas todas estas cosas, y puesto en las nubes el talento francés para hacer fácil y agradable al estranjero la residencia en Francia, y fácil, aunque no agradable, la disminucion de su bolsillo, cuando subieron de punto mi asombro y mi admiracion al leer un aviso por este estilo fijo en un cartel inconmensurable.

«*A los señores viajeros.*»

«La compañía de las Mensagerias Imperiales, advierte á los señores que viajan »en sus buques, que los factores (los mozos de cordel) de esta sociedad están »obligados á llevarles *gratis* los equipajes á los hoteles. Suplica, pues, la com»pañía á los señores viajeros, que si algun factor reclamase ó aceptase cualquier »gratificacion, den la oportuna queja en interes de la misma compañía y de la »moralidad del servicio.»

(Aqui entra lo grande.)

«*Juan María*, factor número tantos, de tal edad, naturaleza etc.—admitió »el dia tantos de tal mes y tal año, medio franco (16 cuartos) de Mr. tal (un »viajero), el cual se quejó del caso, y *Juan María* fue exonerado instantánea»mente en presencia de todos los demás factores.—(Habia unas firmas y unos »sellos).»

—¡Magnífico! esclamé. Esto es lo que se llama un país civilizado.

Y como era de ene, recordé las cosas de España y las censuré con los terminos mas duros.

Pocos momentos despues, un factor de la compañía de las Mensagerías Imperiales, vestido de gran uniforme, depositaba mis maletas (que habia llevado triun-

falmente al hombro), en la puerta del *Hotel des Colonies*, y me alargaba la mano con la mayor naturalidad del mundo.



Castillo de If.

—Caballero, me dijo en su lengua, que sirve mucho mas que la nuestra para todos estos lances; caballero, ¿no hay nada para el factor?

Yo me quedé estupefacto.

—¡Desventurado! esclamé. ¿No recuerda usted con horror la exoneracion de *Juan María*?

Mi hombre se echó á reir de cierta manera volteriana y replicó con mucho gracejo.

—Usted no se quejará como el otro. Aquel viajero era inglés.



Luis Napoleon, emperador de los franceses.

—¡Vaya por la Inglaterra! dije, alargándole unos sueldos, que me valieron una esquisita reverencia. Y volviéndome á mi compañero de viaje, añadí con un principio de amargura:

—Primera comedia francesa.—Va una ilusion perdida.

Pero hablemos seriamente de Marsella.

Yo no os diré ni ahora ni nunca lo que podais leer en cualquier diccionario geográfico; ni el resúmen histórico de las ciudades que visite, ni la cifra de su

poblacion, ni sus productos, ni la enumeracion de sus edificios notables. Yo os daré solamente su fisonomía moral y material, y las impresiones que producen: esto es; aquello que se escapa á la erudicion del mas sabio y es perceptible al último de los viajeros.

Empiezo por manifestaros que al entrar en el puerto de Marsella, pasé por debajo del Castillo de If, antigua y moderna prision de Estado, cuya gran celebridad data de la novela en que tanto figura, sin que esto sea decir que antes no fuera célebre en la historia política y militar de Francia. Pero,—yo no lo oculto;—para mí, como para la generalidad de los humanos que leen, aquel islote batido por las olas y coronado de torres de la edad media, es solamente famoso por ser teatro imaginario de la mas fantástica de las invenciones del genio de Dumas. Asi es que al verlo, no puede uno menos de estrañar que exista realmente; si ya no es que crea que del mismo modo han existido Dantés, Mercedes y Fernando, y busque la casita de los pescadores en el barrio de los Catalanes, ó espere encontrar á los sucesores de la casa Morrel recibiendo ó despachando buques en el muelle.

¡Oh poder del genio! pensaba yo á este propósito. Tú creas como Dios; y lo que imaginas y vivificas con tu fuego, tiene al fin la misma existencia que lo que realmente ha vivido!

Y si no, ¿quereis decirme qué diferencia hay hoy entre el Edmundo Dantés que, segun Dumas, vivió catorce años dentro de ese castillo, y el condestable de Borbon que, segun la historia, lo sitiaba en el siglo XVI? O todo es verdad ó todo es mentira sobre la tierra.—La vida es sueño... pero tambien el sueño es vida.

Lo que yo no me esplico hoy es por qué no visité el Castillo de If, lo mismo que entré mas tarde en Pavía en la celda de Francisco I.

Fuera de esto, el Castillo de If, aunque situado muy cerca de Marsella, tiene aquel aire sombrío y formidable que le presta la imaginacion del que lee el *Conde de Montecristo*, ó del que recuerda el cautiverio de Mirabeau.

Hay dos Marsellas, como sabeis: la nueva y la vieja.

Marsella vieja es una ciudad árabe, de retorcidas cuestas y estrechísimas calles, sucia, misteriosa, sombría, habitada por la gente característica de la poblacion; por su levadura histórica, si me permitís la frase.

La nueva es hermosísima; pero de esa hermosura oficial, general, insignificante, que es la misma en Cadiz que en Lyon, en París que en San Petersburgo: anchas calles; altos y uniformes edificios; plazas con árboles; lujosas tiendas; perfecto empedrado, y mucha gente, toda vestida del mismo modo, ó con pequeñas diferencias.

Inútil creo deciros que á mí me gustan mas las ciudades viejas, y que en ellas es donde me complazco en remover el polvo de los siglos ó en sacar *por la pinta* los parentescos de las naciones.

Marsella la nueva, aparte de lo apuntado, es una de las capitales mas ricas y mas trabajadoras de Francia, y su industria y su comercio constituyen una

fiebre continua, una actividad incesante que comunica vida y movimiento á dos grandes rios; uno de esportacion, que se esparce por el Mediterráneo, y otro de importacion, que nutre y robustece el imperio de Bonaparte.

Cuando yo la visité, hallábase muy adelantado el puerto nuevo de la *Joliette*, obra colosal que engendra otras muchas; pues trasladando de una parte á otra la gran entraña de la ciudad, arrastra en pos suyo lo mejor de la poblacion, que levanta centenares de palacios sobre peñascos ayer desiertos.

La proteccion directa de Napoleon y el genio de Mirés eran entonces el alma de aquella maravillosa y rápida transformacion.

Sin embargo, esto no quiere decir que Marsella resucite. Marsella vivia y ha vivido hace miles de años. Marsella no hace mas que aprovechar algun tiempo perdido y colocarse de un salto á la altura de nuestra época.

Esta ciudad, ¿quién lo ignora? por su posicion geográfica tiene condiciones de perpetuidad. Yo me atrevo á llamarla el puerto clásico de Francia, y hasta me estenderia á creerla la puerta principal de Europa.

Es indudable que Europa se comunica por allí hace mucho tiempo con el resto del mundo. Los marselleses han visto desfilar por la gran calle de la *Cannebiere* centenares de ejércitos; han visto pasar reyes de casi todos los pueblos del mundo, embajadas de los mas remotos paises, viajeros chinos, indios, negros, americanos, japonenses, australes, y cuantas alimañas tenemos por prójimos sobre la tierra. Puede decirse que no hay *touriste* en las naciones europeas que no haya empezado ó concluido mas de un viaje por Marsella. La posicion de la Francia, enclavada entre los pueblos que han llevado ó llevan la iniciativa en la política y la civilizacion del mundo, ha dado lugar á este singular privilegio.

Ni es de ahora semejante prerogativa. La antigua colonia focense, la despues provincia romana, la que fue un tiempo estado independiente, ya condal, ya republicano, ha tenido siempre este carácter cosmopolita, y bien se deja ver en la índole de sus habitantes.

Marsella, como muchas ciudades marítimas del Mediterráneo, y en particular como Génova, refleja en sus costumbres, en el tipo de sus moradores, en su genio particular, la manera de ser de todos los pueblos vecinos á ella á través de las olas. Hay en los pobladores de la ciudad vieja y del muelle no sé qué reminiscencias griegas, berberiscas, turcas, italianas y españolas, que ya se revelan por un accesorio del traje, ya por una palabra del dialecto, ora por un rasgo fisonómico, ora por una tradicion desfigurada. Es, en fin, Marsella un pueblo franco, amovible, levantisco; una confusion de gentes, un bazar de mercaderes y aventureros de todos los paises, una patria *aleatoria*;—especie de metrópoli que ha habido siempre, desde Sidon, Tiro y Cartago hasta Pisa y Gibraltar... que Dios confunda.

Volviendo á mi viaje, os diré que desde que puse el pié en Marsella eché de ver de golpe el atraso en que se encuentra España respecto de Francia en eso que se llama *civilizacion*,—palabra de que hemos de analizar muy despacio en el curso de este libro.

Eché de ver, y conmigo lo confiesan cuantos han visitado el vecino imperio, y ya lo dije yo la primera vez que estuve en él hace algunos años, que en sus fronteras es donde empieza á ser el dinero eficaz y fecundo, donde se entiende la vida material y se encuentran todas las comodidades y regalos del cuerpo.

Del alma ya nos ocuparemos mas adelante.

La facilidad y *accesibilidad* de todo; el buen órden público y particular de las cosas; la libertad inviolable que se disfruta dentro de la ley; la inteligencia con que están previstos y satisfechos vuestros menores caprichos; el esceso de lujo y bienestar; el gusto y la utilidad de los inventos; la precision justísima y proporcion adecuada de cada cosa; la exactitud, la cortesía y el despejo de los servidores; la lógica, en fin, con que cumple su destino cada ser y cada objeto, contrastan dolorosamente para nosotros con todo aquello que esperimenta el que se atreve á viajar por España.

Por supuesto, que esta medalla tiene su reverso, no muy lisonjero para los franceses.

Pero cosa es esta que estudiaremos en París.

Acabaré con Marsella diciendo que su sol, su cielo, su feracidad; la fecunda poesía, buen humor y vehemencia de sus habitantes, asi como el tipo general de estos, recuerda mas á Andalucía que á ningun departamento de la Francia.— Ahora, quien haya reflexionado atentamente sobre la actitud de los marselleses en las crisis políticas de 1789 hasta nuestros dias, encontrará en ellos cierta fiera energía mucho mas valenciana que andaluza.

Esto pensaba yo aquella tarde, tarareando la frenética *Marsellesa* por el gracioso paseo del *Prado*,—especie de cornisa tallada en la roca, sobre las espumas del agitado mar.—Y á veces se me olvidaba que estaba en Francia, ó me empeñaba en creer que me encontraba en España; y para convencerme de lo cierto, tenia que fijar mis ojos en las muchedumbres de obreros y marineros, vestidos de lienzo azul; en los negociantes que venian de la Bolsa en animado tropel, todos con sombrero de paja, que es su convencional distintivo; ó en las mujeres del pueblo, adornadas con una gorra blanca, semejante á la de nuestros niños reciennacidos.

Dichosamente, el sol, el mar, el aire, el cielo, las montañas, las aves, el humo azulado y la blanquecina niebla, los rumores lejanos de la activa humanidad y los mudables tornasoles de las nubes no cambian en ninguna parte, y le dicen al alma entristecida que no todo es estranjero fuera de la patria.

II.

De Marsella á París.

A las diez de la noche, con un tiempo lluvioso, pero agradable, salí de Marsella en el tren *exprés*, que nosotros llamamos *directo*, el cual debia llevarme á

París en veinte horas.—Era esto atravesar casi toda la Francia como en un sueño, y en verdad os digo que durmiendo hice la tercera parte del viaje.

Para ello tuve que defenderme de las ganas de hablar y afan de saber de cierto comerciante de Lyon, que sin duda habia dormido perfectamente la noche antes, y que se propuso pasar aquella completando sus *profundos conocimientos* acerca de las costumbres españolas.

Repito que se llevó chasco; y se lo llevó, primero: porque yo estaba muy cansado de dos dias de penosa navegacion; y segundo: porque me indignaban y avergonzaban las preguntas que me hacia aquel hombre.

Mucho se ha escrito y hablado acerca del absurdo juicio que tienen formado de España los estranjeros, y motivos habia para creer que, siquiera últimamente, gracias á la rapidez de las comunicaciones y á la prodigiosa multitud de medios de publicidad, hubiesen rectificado algo sus ideas; pero yo me encontré con un buen señor, muy rico y civilizado, que educaba á sus hijos en los primeros colegios de París, que habia estado en Inglaterra y Alemania, que mantenia relaciones comerciales con toda Europa, que habia sido alcalde en Lyon (la segunda capital de Francia), y que ignoraba, sin embargo, la manera de ser política y social de España, ni mas ni menos que nosotros podríamos ignorar la del Japon ó la de una horda de kua-kua establecida en los desiertos africanos.

De las preguntas y observaciones que me hizo, deduje yo que el insigne comerciante creia que en nuestro país no se usaban pantalones, que su poblacion se componia de frailes y toreros, que solo se viajaba en él á caballo y en grandes caravanas, que la guerra de Africa habia consistido en que el emperador de Marruecos se creia con derechos á la corona de Isabel II, y otras muchas cosas por el estilo, que siento no recordar ahora.

Ya comprendeis que ni el hombre de mas buen humor tendria calma para deshacer uno á uno tan groseros y fundamentales errores.

Yo le dije que *sí* á todo, y me dormí.

—El mismo me vengará (pensé para consolarme), poniéndose en ridículo el dia que cuente delante de franceses ilustrados todos esos disparates que le dejo dentro de la cabeza.

Enseñar al que no sabe, me direis, es una obra de misericordia... Teneis razon. Pero ¿quién es tan magnánimo que corrige cristianamente al que manifiesta su ignorancia del siguiente modo?

—¿Qué les parece á ustedes? nos decia el francés con aire de triunfo luego que el tren se puso en marcha. Asi se viaja bien...—Esto es cómodo... ¿Eh? Y sin caballos ni nada... Solo con el vapor... ¡A ver cuándo introducen ustedes este invento en su país!

Y como ni mi amigo ni yo replicásemos cosa alguna, pues ya nos habíamos convenido, valiéndonos de nuestro ignorado idioma español, en no desasnarle ni llevarle la contraria, nuestro hombre se puso á describirnos el mecanismo de una locomotora, las maravillas de la telegrafía eléctrica y yo no sé si otras cosas mas; pues entonces fue precisamente cuando me dormí como un bienaventurado,

Pero ya habia pasado el tren por el famoso túnel de la *Nerthe* de cuatro mil seiscientos diez y siete metros de longitud, y á doscientos piés de máxima profundidad. Veinte y cuatro pozos dan ventilacion á aquel inmenso subterráneo que cruzamos en unos ocho minutos; y en verdad os digo, que cuando salimos de él y el aire de la noche y la luz de la luna penetraron en el coche, todos respiramos con fuerza y alegría, como si la inmensa montaña que acabábamos de atravesar por el corazon, hubiera estado gravitando sobre nuestros hombros.

En cambio, el sueño no me permitió saludar á la histórica *Arles*, célebre por sus monumentos romanos, ni á la noble *Avignon*, residencia un tiempo de la Santa Sede y teatro de los amores de Petrarca.

Y durmiendo tambien, pasé por *Orange*, de grandes recuerdos paganos; por *Montelimart*, donde á un paisano mio le ocurrió todo lo que cuento en mi artículo: ¡*viva el Papa*!; por una *Valencia* (*Valence*), no menos ilustre en la antigüedad que la Valencia de España y hoy capital importantísima; por *Vienne*, en fin, rica en monumentos y productos. Solamente recuerdo haber oido entre sueños el nombre de estos y otros pueblos mas oscuros, dicho á voces por los empleados del ferro-carril... Verdaderamente, siendo como era de noche, poco mas hubiera sacado en claro con estar despierto.

El grito que tuvo el privilegio de despabilarme completamente, fue el de ¡*Lyon*! ¡*Lyon*! ¡*Quince minutos*! *Preparad vuestros billetes*...

Abrí, pues, los ojos.. y la luz del sol me obligó á cerrarlos de nuevo.

Por que el sol salia en aquel instante.

El francés de las preguntas habia desaparecido.

Aunque estuve en Lyon tan poco tiempo, ó por mejor decir, aunque verdaderamente no he estado en Lyon, yo guardaré siempre de él un vivísimo recuerdo.

Hablo del panorama que presenta la gran ciudad manufacturera vista desde el soberbio puente de la *Gare*.

Estaba saliendo el sol, como he dicho. Flotaban aun en la atmósfera las húmedas nieblas del amanecer, y la intensa luz del astro-rey, hiriéndolas horizontalmente, circundaba á Lyon de un ambiente de oro, en medio del cual se dibujaban con vigor los hermosos y altísimos edificios de la ciudad, sus anchas calles, los muelles, los repetidos puentes, las innumerables chimeneas de las fábricas y las torres de las iglesias. Todo esto aparecia bañado de una misma tinta fantástica, dorada, sobrenatural, que lo hermoseaba y engrandecia al mismo tiempo, recordándome ciertas decoraciones teatrales que he visto y que representaban á Nínive ó Babilonia.

Pocos momentos despues empezarian el ruido y el movimiento en la gran capital; pero en aquel instante Lyon permanecia aun en brazos del sueño: el sol se paseaba solitario por sus desiertas calles, como acontece siempre á los grandes madrugadores: las chimeneas de las fábricas, esos modernos obeliscos, no arrojaban humo; ni se oia mas ruido que el alto rumor del Ródano y del Saona, ó el son de alguna que otra campana que llamaba á la primera misa.

Yo no he visto nunca una ciudad tan muerta y tan viva al mismo tiempo: tan llena de luz y tan privada de voz y animacion.

Y es que en Lyon penetra el sol de lleno tan luego como amanece, á causa de lo muy descubierto que se halla su horizonte hácia Levante.

Baste deciros que desde el puente en que yo me encontraba, veia claramente las cimas de los Alpes, los cuales me llamaban con secretas voces.

—*Esperadme*, les dije...

Y á la verdad, me esperaron demasiado tiempo.

Paris, á donde me dirigia, con propósito de permanecer en él una semana, debia de ser para mí lo que la Isla Afortunada para Reinaldo.

¡Ay! el estranjero en Paris es la sal en el agua.

Pero no adelantemos los sucesos.

Los cuatrocientos ó quinientos viajeros que constituiamos la poblacion nómada del tren-correo, y que tan de mañana haciamos aquella visita á los leoneses, descendimos á la magnífica estacion en busca del desayuno, y en el soberbio salon del *buffet* se nos unieron unos cien pasajeros mas, que aguardaban allí nuestra llegada.

En los viajes por ferro-carril es este un momento sumamente divertido. En la elegante Francia sobre todo, pásase un buen rato en ver tanta lujosa viajera, tanta solitaria beldad, tanta pareja non-sancta, tanto gracioso capricho en los trajes, tanta limpieza y coqueteria como dan de sí el bienestar general y la arraigada civilizacion de nuestros sibariticos vecinos.

Para los que ven estas cosas como yo las veia entonces, despues de algunos años de no haber atravesado las fronteras patrias, ofrecen un particular encanto las costumbres francesas, tan libres, tan ocasionadas á lances y aventuras, tan novelescas, en fin, si se las juzga por el prisma de la circunspeccion española.

Tambien es cierto que al cabo de algunos dias pierde su prestigio esta poesía, que no está en las cosas, sino en nuestro inocente corazon, y se hastía y disgusta uno de tanta libertad, de tanta facilidad, de tanta ocasion como ofrecen á la fantasía del estranjero los hábitos audaces, independientes, piráticos de aquellas heroinas tan accesibles, que hacen una novela diaria, y casi siempre no *gratis* ni mucho menos *ad-amorem*....

Pero, repito, que entre tanto que se *aprende á ver*, es un ardiente pasto para la imaginacion el encontrar por todos lados ideales figuras, (en la forma), de una elegancia y distincion que pasarian por *principescas* en la Fuente Castellana de Madrid; jóvenes bellísimas, artisticamente envueltas en un clásico manto, viajando solas y consagradas á la lectura de alguna novela de Balzac; púdicas inglesas, que viven soñando y recorren la Europa (estas legalmente acompañadas) en busca de impresiones y aventuras; alegres muchachas, por último, que comen, rien, cantan y hablan con todo el mundo, (las *grisetas*), sin que una operacion estorbe á otra; llenas de gracia y talento, de esperiencia y desenfado; que os esplican en un dos por tres la razon de todo lo que va pasando en el viaje, las distancias, los monumentos, el pais, la politica, vuestra comodidad, la suya, la economía, los

gastos útiles, y tantas cosas, en fin, que os quedais admirado de que en aquella cabeza rubia y suave de diez y siete años quepa tanto cálculo, tanto juicio, tanta prosa, tanta reflexion, tanto análisis.

Y no digo mas.

Conque ya hemos tomado café: sigamos nuestro camino.

Las doce horas restantes de viaje, durante las cuales recorrí otras ochenta leguas, y ví pasar ante mis ojos á la manera de rápidas exhalaciones, capitales importantísimas, ciudades históricas, centenares de pueblos de mucha consideracion, y mas de mil aldeas y caseríos diseminados á los dos lados de la via; aquellas doce horas, digo, fueron para mí de un incesante asombro y continua admiracion al observar la incalculable riqueza de la Francia; sus campos convertidos en jardines, (y allí es campo todo el territorio); las montañas ennegrecidas por el arbolado salvaje; los valles cubiertos de alamedas; los mas escarpados laderos puestos de viña; y las amplias llanuras, cuidadosamente cultivadas, con preciosas cercas, frutales en todas las lindes, acueductos para llevar el riego á los altos, y millares de puentecillos, de presas, de brazales, de acequias y de balsas.

Y todo esto, combinando la utilidad con el gusto, dispuesto con coquetería, embelleciendo el paisaje, consultando la perspectiva. Es decir, que hay trabajo superfluo; que falta tierra y sobra laboriosidad; que se ve el amor al suelo que produce el pan de la vida; que se mima y adula á aquella esquiva Céres, de quien solo el sudor y las lágrimas arrancan anualmente los apetecidos frutos.—¡Qué contraste con la agricultura de muchas regiones de España!

Por lo demás, los ganados de todas especies que encontrais,—millares de vacadas, de yeguadas, de rebaños de obejas y de cabras, de piaras de cerdos y de ejércitos de pavos y de patos,—la infinidad de caminos vecinales que bifurcan la línea férrea, todos tan perfectamente construidos y conservados como si fuesen paseos públicos; el aseo y compostura de las gentes del campo; su salud y robustez; la multitud de carros, de diligencias y de ramales de ferro-carril que se cruzan en todas direcciones, llevando la vida y el movimiento á las aldeas mas ocultas, á las mas arduas montañas; las fábricas, los molinos, las casas de recreo, los canales de riego y navegacion; tantas y tantas muestras como se ven por todas partes del espíritu de órden, del afan de perfeccion, de la refinada economía, del decoro y justo orgullo de las clases trabajadoras del imperio, hacen pensar en lo que seria nuestra España si fuese objeto de tan solícitos cuidados, si se roturasen sus tierras vírgenes, si se encauzasen sus rios, si se hiciesen caminos y canales; si tanto ocioso, tanto mendigo ó tanto aventurero como vaga por la península, ó la abandona para poblar á Argel y las Américas, se dedicase á enriquecer y hermosear el suelo patrio y á enriquecerse y ennoblecerse á sí mismo.

Ni creais (los que no conoceis la Francia) que hay exageracion en lo que os he dicho del prolijo esmero con que está labrada toda aquella tierra.—Básteos saber que allí los ferro-carriles y las carreteras son calles de árboles nunca in-



Plaza de la Concordia en Paris.

terrumpidas; lo que quiere decir que la Francia está atravesada lo menos en cien sentidos por alamedas pomposas de doscientas y mas leguas cada una. Esto no

me lo ha dicho nadie; lo he visto yo, recorriendo como he recorrido aquella nacion desde los Pirineos hasta los Alpes, y desde el Mediterráneo hasta la Normandía.

Descendiendo ahora á algunos pormenores, os indicaré las principales cosas que llamaron mi atencion en aquella vertiginosa carrera.

Recuerdo en primer lugar los famosos viñedos de la Borgoña, y la emocion que me produjo el encontrarme en aquel antiguo ducado, tan guerreador y poderoso en algun tiempo.

Una vez en *Macon*, capital de departamento, divisé á lo lejos, desde un magnífico puente de trece arcos, la gigante cumbre del *Mont-Blanc*, siempre nevada. Cerca de cuarenta leguas distaria de allí el rey de los Alpes y de todos los montes de Europa, y su blanca cima se percibia sin embargo con tanta claridad como si solo distase cuatro ó cinco leguas.

Ya en adelante, seguimos casi siempre las orillas del Saona, caudaloso rio, sembrado á veces de pintorescas islas, que parecen otros tantos pensiles. A las dos márgenes de la magestuosa corriente encontrábamos á cada paso limpias y graciosas ciudades, medio escondidas entre pámpanos y arbolado. Innumerables riachuelos confluyen al Saona (feudatario luego del opulento Ródano), y sus límpidas aguas, que este año han sobrevivido al estío, prestaban voz, fulgor y vida á tan delicioso paisaje.

Despues de saludar algunos viejos castillos y pasar dos ó tres puentes colgantes algo atrevidos, cruzamos por delante de *Beaugeu*, de renombradas uvas, y uno de los primeros lagares de la Borgoña. El Saona seguia cuajado de islas.

Las ondulaciones suaves del terreno hacen muy graciosa la subida hasta *Chalon*, ciudad que no debeis confundir con el Chalon de la *Champagne*, muy mas ilustre que este, como que en aquel fue derrotado Atila y hoy tiene Napoleon un brillante campamento, mientras que en *Chalon-sur-Saone* solo hay de notable los campanarios góticos, los buenos vinos y las perlas falsas.

La *Beaune* (otra gran ciudad), mengua un poco la riqueza del suelo; pero pronto resucita mas feraz y poderosa al acercarse á

Dijon, capital de departamento y córte de la antigua Borgoña. El aspecto de la ciudad es soberbio, y la coronan altísimas torres góticas.—Aquel es el punto mas elevado del camino de Marsella á París. Allí se separan las aguas que van al Océano y al Mediterráneo.

Detrás de Dijon hay una gran cordillera (los montes de la *Costa de Oro*), que antes esquivaba la carretera, teniendo que rodearla tímidamente. Hoy la ataca de frente el audaz ferro-carril y la perfora por su mayor densidad, dando márgen á maravillosas construcciones.

Pásanse primero largos viaductos y forminables desmontes; luego un túnel de trescientos veinte y ocho metros, é inmediatamente despues el célebre *Subterráneo de Blaizy*, que tiene mas de una legua francesa de largo, y quince pozos de ventilacion de doscientos metros de profundidad algunos de ellos.

Cinco minutos se emplean en atravesar este segundo túnel. A la salida hay

un viejo castillo señorial, cuyo pasado ignoro; pero que hoy sirve de ornamentacion á aquella atrevida obra y de manida á los guardas del ferro-carril.

En adelante la comarca se accidenta y embravece cada vez mas. Yo dudo de que en Francia haya otro terreno tan áspero y salvaje como aquel. Allí fue donde los francos disputaron el paso durante muchos dias á los ejércitos de César. Allí habrán pasado tambien mil cosas que yo no sé. Pero considerando la índole belicosa de los borgoñones, la importancia de aquel desfiladero y lo que dice la historia acerca de los muchos conquistadores que se han paseado por la Francia de todos los tiempos, me atrevo á asegurar que no habrá una sola piedra entre todas las que yo veia, que no esté reteñida en sangre humana.

Habíamos dejado el lecho del Ródano y entrado en el del Sena. El país se dulcificó paulatinamente. Desfilaron ante nuestros ojos algunos castillos, unos de pié y otros arruinados, notables entre ellos el de *Rochefort*, cuyos inmensos escombros causan espanto, y el de *Louvois*, que se restauraba á la sazon, y penetramos en otro túnel de mil metros, que nos trasladó en pocos instantes á una preciosa aldea, llamada *Taulay*, coronada por una fortaleza de la edad media, cuyo aspecto, asi como el de la poblacion, no podia ser más romántico ni pintoresco.

En seguida se presentó otro túnel de quinientos cuarenta metros y llegamos á la ciudad de *Tonerre*.

Habíamos salido de la Borgoña y entrábamos en la Champaña.

¡Ah! yo detesto los viajes en ferro-carril. Es cruel, es impío, pasar de este modo por insignes ciudades y memorables territorios sin detenerse á saludarlos. Es una constante profanacion que deja remordimientos en el alma. Parece como que se desprecia ó se iguala todo; como que se da poca importancia á aquellos vetustos pueblos que nos esperan hace millones de años sentados á la vera del camino, y á quienes dejamos atrás sin preguntarlos su nombre y su historia ni rendir culto á su glorioso pasado.

—Estamos en la *Champagne*... piensa cuando mas el viajero. ¡*Champagne!*... ¡*Champagne!*... Esta es la patria de aquel vino...

Y en efecto, á medida que adelanta por el país, le salen al encuentro aldeas y ciudades cuyos nombres recuerda haber leido toda su vida, á la hora deliciosa de los postres, en la etiqueta de ciertas lacias botellas muy dadas á los brindis, al sentimiento, á la inspiracion, al amor de segunda clase y al cambio de provocaciones y tarjetas.

De *Tonerre*, se pasa un buen puente colgante, y el canal de Borgoña, y muchas quintas, y los pueblos de *Flogni*, *Saint-Florentin*, *Brienon*, *Laroche*, *Joigni*, *Saint-Julien* y *Villeneuve*, y se llega por último á

Sens, la ciudad gala, cruzada de arroyos, rodeada de vides, coronada de torres, cuyas campanas tienen una reputacion europea.

Yo no las oi sonar en los tres minutos que estuve en Sens.

Allí se hacia ya navegable el Yonne.

Mas, ¿para qué? Para morir en el Sena.

¡Salud al Sena! Hé aquí sus amarillentas aguas, pobres é inocentes, pasan-

do en este momento por rústicos parajes, y destinadas á reflejar muy pronto palacios imperiales, grandiosos monumentos, puentes maravillosos, y á ser la vida y el alma de la espléndida ciudad de Paris.

De todas las imágenes que he leido en los poetas, ninguna recuerdo mas exacta que la que compara á los grandes rios con los grandes hombres, nacidos en pobre cuna, criados en oscura senda, iluminados luego por toda la luz de la gloria, moradores de alcázares y jardines, y sepultados al fin en el Océano de la eternidad, que devora á chicos y á grandes y los confunde en sus abismos misteriosos.

¡Y ved qué coincidencia! Aquí se nos presentan unidos el gran rio y el grande hombre. Estamos en *Montereau*.

Montereau es una de las últimas glorias de Napoleon I. En 1814 derrotó allí á los aliados. ¿Quién no recuerda aquella campaña en que batió cuatro ejércitos y alcanzó doce victorias en treinta dias? ¿Quién no recuerda aquel supremo esfuerzo de desesperacion que costó noventa mil hombres á un enemigo tres veces mas numeroso que sus tropas, y que á él le costó el imperio á pesar de no haber sufrido un solo descalabro?

No: los aliados no le vencieron. Ellos luchaban ya contra un cadáver galvanizado. Napoleon el Grande no se vió rendido ni tuvo que retroceder sino dos veces: en España, delante de nuestros padres, y en las estepas de Rusia, delante de los rigores del invierno.—1814 y 1815 son las convulsiones del águila moribunda.

Pero hénos en *Fontainebleau*. Ved allí sus bosques y sus palacios. Verdaderamente, es una perspectiva encantadora.

¡Y cuántos recuerdos desde Luis el Jóven hasta Francisco I; desde Luis XIV y la Maintenon hasta Bonaparte despidiéndose de la guardia imperial!

Allí Pio VII... Pero se marcha el tren. Supongo que estais enterados de la prision que sufrió allí aquel papa por órden del primer Napoleon...—Con que volvamos al coche.

Mas allá de Fontainebleau, hube de admirar aun el castillo de Vaux, recuerdo del infortunado Fouquet, y la graciosa posicion de la ciudad de *Melun*, tan célebre en la antigua historia de Francia.

A eso de las cinco de la tarde, y despues de pasar por un sorprendente viaducto de veinte y ocho arcos de diez metros de anchura cada uno, el paisaje llegó á un inconcebible grado de animacion y de hermosura.

Las quintas, los palacios, los jardines se sucedian ya sin interrupcion.

Los campos aparecian tan poblados como una ciudad, y eso que aun faltaban bastantes leguas hasta Paris.

Por todas partes no se veia mas que belleza y lujo, como en un parque real, ó como si todo el departamento del Sena fuese una finca de recreo.

¡Cómo se adivinaba la proximidad de la opulenta metrópoli, de la gran capital, de la fastuosa Lutecia!

Así, en la antigüedad, las grandiosas villas diseminadas por la campiña de

Roma, y de que hoy solo quedan amarillentas ruinas, anunciarian al viajero con muchas horas de anticipacion, que se acercaba á la ciudad que era entonces lo que es París en nuestra época, por mas que lo nieguen ó sientan los ingleses: la reina del universo.

El tren pasó por último al través de la recia muralla que rodea á la capital.

Mas de veinte convoyes que entraban ó salian en aquel instante, rugian ya á nuestro alrededor.

Habíamos llegado á uno de los centros mas importantes de los ferro-carriles franceses.

Yo no pudiera daros una idea del número de máquinas y coches, ni de la cantidad de rails, traviesas, carbon y otras materias que ví al paso en los inmensos almacenes que cercan la estacion. Parecíame imposible que el hombre pudiese acumular ni consumir una suma tal de productos de la tierra.

Y como siempre que contemplo semejantes espectáculos, entróme no sé qué estúpido miedo del porvenir, cual si temiese que se agotasen las minas y los bosques y que nuestros hijos se encontraran con una naturaleza esplotada, esquilmada, empobrecida por nuestros locos despilfarros.—Los economistas me han dicho que no hay nada que temer; y yo sé perfectamente que todos los gobiernos que merecen este nombre se ocupan del fomento de los montes, de las ganaderías, del arbolado y de otras cosas por el estilo con el mismo celo que de los intereses morales de la humanidad... Pero repito que mi miedo es estúpido, ó por mejor decir, instintivo, y de ninguna manera fruto de unos cálculos á que no soy dado por mi desgracia.

Continuemos.—Estamos dentro de París, y aquellos de mis lectores que no lo hayan visto (que todavía serán muchos, y con ellos solamente hablo), sentirán por conocerlo ó figurárselo, la misma viva curiosidad que yo sentia hace bastantes años en mi apartado pueblo, cuando era lector de almanaques y periódicos y maldecia las montañas que limitaban mi horizonte.—Lectores de novelas... á vosotros me dirijo... Estamos dentro de París; en el teatro donde han acontecido ó podido acontecer todas las escenas maravillosas, sentimentales, heróicas y divertidas que registran las obras de Balzac, de Dumas, de Soulie, de Eugenio Sue y de tantos otros como os han llenado la cabeza de fantasmas. ¡Estamos en París!—Seguidme, y redoblad vuestra atencion.

III.

Los boulevards.

De buena gana quisiera yo daros aquí una idea de la impresion que me produjo la gran ciudad la primera vez que la ví.

Aquella impresion es la viva, la gráfica, la reveladora...

Pero han pasado seis años muy largos y yo no la recuerdo sino pálida y dudosamente.

Consuélame y debe consolaros de tan leve desventaja, el pensar que esta vez entré en París por otro sitio (entonces llegaba de Burdeos), y que en el tiempo que ha transcurrido desde aquella fecha, media capital ha sido derribada y construida de nuevo en otra forma.

Con que vamos adelante.

La soberbia y monumental estacion en que hemos echado pié á tierra no se encuentra, como parecia natural, á las puertas de París, sino muy dentro de la poblacion, tocando á los mismos *boulevards*, que es como quien dice á la parte mas bella y clásica de la moderna Babilonia.

De aquí es que al salir de aquel edificio queda uno sorprendido agradablemente al verse en la confluencia de hermosísimas calles, amplias, uniformes, perfectamente embaldosadas; rodeado de altísimos edificios, lujosas tiendas, bellos monumentos é innumerables carruajes, y formando ya parte de la apretada muchedumbre que va y viene por todos lados, lo mismo que iria y vendria si vos no hubiérais ido ni venido.

La capital recibe como si tal cosa aquel refuerzo de mil almas que le entran por una sola puerta, mientras le estarán entrando otras diez mil por las demás: algunos besos y abrazos en francés acogen á este ó aquel viajero: los cocheros y los comisionados de los hoteles os impacientan un poco con sus proposiciones, y al cabo de un instante todo queda tranquilo. Así desaguan los rios en la mar.

Yo tenia decidido ir á parar al *Hotel de l'Empire*, por recomendacion de mi compañero de viaje. Sin vacilar, pues, entramos en un coche y emprendimos aquel camino.

A pesar de hallarse la estacion tan dentro de París y ser la calle nueva de San Agustin, á donde nos dirigíamos, una de las mas céntricas de la capital, todavía tuvimos que recorrer una legua de calles y plazas para ir de una parte á otra.

El cochero nos llevó por todos los *boulevards*, que son la principal arteria de París.—Formamos, pues, como diria un soldado, en una masa de coches que van y vienen sin cesar por aquella importante via, y pasamos revista lo menos á doscientas mil almas que discurrian por sus anchas aceras.

Al atravesar la plaza de la Bastilla, saludé con respeto la columna de Julio, levantada en el mismo sitio que ocupó antes aquella odiosa fortaleza.

Aquel monumento resume toda la historia de Francia; las abominaciones de todas las épocas; los errores de todos los partidos. El genio de la libertad que la corona, con las alas doradas tendidas al viento, parece como que se dispone á abandonar la tierra... Pero no filosofemos todavía.

Del boulevard *Beaumarchais* entramos en el del *Temple*, de aquel en el de *San Martin*, de este en el de *San Dionisio*, luego en el de la *Bonne Nouvelle*, despues en el de la *Poissoniére*, á continuacion en el de *Montmartre*, enseguida en el de los *Italianos* y por último en el de los *Capuchinos*.

Los *boulevards*, son, como ya sabreis, la antigua ronda ó camino de circunvalacion de París. Hasta allí llegaba la ciudad. Todo lo construido al otro lado de ellos, y que es hoy su parte mas importante y lujosa, conserva por aquella razon el nombre de arrabales, (*faubourgs*). De aquí es que en los *boulevards* se encuentran todavía, aisladas y convertidas en puro adorno, muchas de las antiguas puertas de París, arcos de triunfo casi todas ellas, y que merecen conservarse por su forma monumental y por los recuerdos que despiertan al transeunte.

La estensísima calle formada por la sucesion de los *boulevards* ostenta á un lado y á otro una serie no interrumpida de tiendas, almacenes, teatros, hoteles, cafés, *restaurants* (fondas), y todo género de talleres, bazares y esposiciones. Y como el fuerte de los franceses es anunciar y exibirse, resulta que todos aquellos establecimientos públicos se hallan mas en la calle que dentro de las casas, pudiendo decirse que los mismos surtidos sirven de muestras.

En las puertas, en los pilares que las separan, en los balcones, en todas partes veis hacinados los géneros, artísticamente colocados, llamandoos la atencion por sí mismos y no por medio de rótulos y letreros. El platero tiene toda la plata en la calle, el sastre toda su ropa, el joyero sus alhajas, el fondista sus manjares, el librero todos sus libros.

De esto hay algo ya en Madrid y en otras capitales de España; pero no de una manera tan absoluta.

En París, lo repetimos, todo es anuncio, desde el tejado hasta el sótano: todo lo encontrais hecho y al alcance de la mano, y si os descuidais, os lo hallais en el bolsillo. Con dar un paseo por los *boulevards*, vereis todo lo que ha hecho y descubierto el hombre, todo lo que puede necesitar; lo útil, lo superfluo, lo indispensable, lo caprichoso; la satisfaccion de todas las virtudes y de todos los vicios; lo preciso para el pobre; lo mas barato, lo mas económico, lo que le alimenta y viste casi de balde; y lo mas lujoso, mas bello, mas nuevo y mas raro que puede antojársele al rico.

Tambien es de notar la perfecta gradacion que se advierte en todo, cuando se recorren uno tras otro los nueve *boulevards* citados.

Cada uno de ellos parece pertenecer á una ciudad diferente, que va siendo mas opulenta y mas hermosa á medida que caminais del de *Beaumarchais* al de los *Capuchinos*.—Al principio las casas son feas; los almacenes contienen objetos usados, ropas viejas y artículos baratos; las gentes que discurren acá y allá son pobres, sucias, artesanas; los teatros de último órden; los cafés pequeños y oscuros. Avanzais, y los edificios mejoran, la poblacion es mas elegante, el comercio mas rico. Asi vais pasando de los harapos á la limpieza, de lo usado á lo nuevo, de la estameña al algodon, del hilo á la seda, del pino á la caoba, del hierro al oro, del paño al terciopelo, del omnibus al elegante cabriolé, del menestral al príncipe, del *estaminet* al café monumental, del grosero depósito al bazar aristocrático; y cuando, por una lenta progresion, llegais al *boulevard Montmartre*, os encontrais en un centro tal de lujo y de belleza, de gracia y coquetería, de ostentacion y comodidad, que no lo concibe mayor la imaginacion.

Esto nada tendria de notable si se tratase de calles diferentes. Todas las grandes ciudades se componen de barrios miserables y centros lujosísimos. Pero lo que llama aquí la atencion es que sin salir de una sola calle pasais revista á todas las clases de la sociedad, á todos los estados de fortuna, á todas las capas de la multiforme poblacion parisiense, pareciéndoos que recorreis la historia de la fastuosa capital, que veis un cuadro sinóptico de sus progresos, ó que vais siguiendo la vida de un individuo nacido en la indigencia, que se eleva paso á paso al mayor grado de riqueza y poderío.

Pero hemos llegado al *hotel*.

IV.

París, metrópoli del mundo.—La plaza de la Concordia.

París, 1.° de setiembre de 1860.—(Copiado de mi cartera de viaje.)

Suponiendo que la civilizacion es una gran pirámide que la humanidad ha levantado sobre la tierra, como en otro tiempo la torre de Babel (y perdonadme la vulgaridad de esta comparacion en gracia de su exactitud), podemos asegurar sin miedo de ser contradichos, que el lugar en que nos encontramos en este momento constituye la cúspide de esa pirámide, ó sea la suprema altura á que ha llegado nuestro siglo,—el mayor de los siglos... si no mienten los periódicos.

No: nadie lo negará.—Europa es la patria de la ciencia y del poder que hoy prevalecen en el planeta que habitamos: Francia es la cabeza de Europa: París es el cerebro de la Francia, y la *Plaza de la Concordia* es, como si dijéramos, el occipucio, la coronilla de París.—Nos hallamos, pues, lector amigo, en el *Chamalari* de los pueblos, en la escelsa cima, en el sumo vértice de la gran cordillera social,—cordillera en que España (repetido sea sin amargura), no se alza aun lo bastante (segun la última medicion inglesa), para ser clasificada entre las eminencias de primer órden.

Pero seamos circunspectos; que el sitio en que nos encontramos lo merece ciertamente.

Estamos, como quien dice, en el corazon de la sociedad humana, en su centro de vida, en el laboratorio de la historia contemporánea.—En torno nuestro se alzan los templos de los modernos dioses.—Estamos en la Babilonia, en la Atenas, en la Roma... bien pudiéramos decir tambien en el Escorial del siglo XIX.—París es hoy la metrópoli del universo, como lo fueron en otros dias las tres ciudades y el convento que acabo de citar.

Pekin y Lóndres son mas estensos y mas populosos que París. Pero no tienen su poder, su influencia, su fuerza de atraccion. París lo invade todo y todo se lo identifica. Es el modelo imitado por los mas remotos pueblos. Sus modas, sus costumbres y su literatura se infiltran lentamente en las cinco partes del mundo.



Cuerpo legislativo en París.

El español ó el turco que adopta los usos de Lóndres, por ejemplo, es un estravagante. El que adopta los de París es un hombre *comm'il faut.*—París se ha

3

impuesto al género humano. El hace y deshace reputaciones y figurines. El crea necesidades, inventa placeres, proscribe tradiciones, estirpa creencias, forja verdades convencionales, da leyes y trabajo á toda la humanidad.—París, pues, es el árbitro, el dictador de nuestra época.

Nada será mas justo que hacerle responsable del porvenir de Europa.

Porque no lo hemos dicho todo. Paris,—y esto es ya secundario; esto es solo cosa de hace algunos años,—ha reunido á su gran poder moral, un poder material (político y guerrero), de los mas colosales que registra la historia.—El imperio del primer Napoleon era mas vasto que el de su sobrino; pero la voluntad de este es mucho mas eficaz, mas eficiente, mas poderosa.—Aquel reinaba nominalmente en media Europa: este la gobierna toda entera.—El uno mandaba: el otro influye. Napoleon I conquistaba, dominaba, aprisionaba ejércitos y naciones: Napoleon III lo descompone, lo disuelve, lo desorganiza todo. El difunto era una violencia: su heredero es una enfermedad.

Consiguientemente, París es hoy la clave de la política de Europa, y dispone á su placer de la paz del mundo.

Hace muy poco tiempo, Rusia é Inglaterra, las aliadas de 1815, se dividian el señorío de la tierra y de los mares. La primera era una amenaza, la segunda una garantía. San Petersburgo representaba la autoridad: Lóndres la revolucion. El derecho antiguo miraba atribulado hácia el palacio de los czares: la libertad perseguida ponia su esperanza en Vitte-hall.—El poder político y militar de la Francia de Luis Felipe era completamente nulo.

Hoy acontece todo lo contrario.—Francia ha vencido á Rusia en el terreno de las armas, y á Inglaterra en el terreno diplomático. Despues de Sebastopol y Villafranca, Napoleon ha absorbido ambos poderes, haciéndose á un mismo tiempo dispensador y árbitro de la autoridad y de la revolucion. La resistencia conservadora y la iniciativa disolvente residen en su mano. Lo que se hunde, él lo derriba: lo que subsiste, él lo mantiene. Una palabra suya puede cambiar en una hora la faz política, el estado social y los límites de las naciones europeas, y (lo que es mas grave) esa palabra temerosa puede hundir en un momento el edificio teocrático amasado durante veinte siglos, la mas grande institucion de la historia, el poder mas respetado y combatido en todos los tiempos;—el pontificado romano.

En París, por consiguiente, y en esta misma plaza, se levanta el moderno capitolio.—No es ya solamente el blando yugo de sus costumbres, de sus artes y de sus letras el que impone al universo, sino tambien la coyunda política y religiosa; la ley discrecional de las armas.

Y si no, ved.—De aquí parten los rayos que derriban á los reyes de sus tronos ó levantan á los pueblos de su tumba. Hácia aquí tendian las manos suplicantes los soberanos de Toscana, Módena, Nápoles y Parma. Aquí se ungió rey de Italia el belicoso duque de Saboya. Aquí se hace soñar al rey de Suecia con un imperio escandinavo, y al rey de Prusia con un imperio aleman. Aquí halló la salvacion la agonizante Turquía. Aquí se decretó la muerte del Austria

y se alentaron las esperanzas de la Hungría y de la Polonia. De aquí han salido los incansables soldados que hoy guerrean en la Cochinchina, los que turban el secular silencio del Celeste Imperio, los que ocupan á Roma y son el único baluarte del poder temporal de la Santa Sede, los que recorren la Siria en nombre de la humanidad y de la religion de Cristo, los que imperan en la Argelia desde el Mediterráneo hasta el desierto de Sahara; y esos soldados son los mismos que en diez años han apagado ó enterrado el mas grande incendio social que ha estallado en el mundo; los que vencieron á la Rusia en la Crimea; los que humillaron al Austria en Magenta y Solferino; los que inquietan y alarman á la soberbia Inglaterra; los que ayer vengaban un sangriento ultraje en la Arabia, y los que hoy aguarda Venecia para sacudir la esclavitud.

Digno, muy digno de admiracion y respeto es el pueblo fuerte y generoso que acomete tales empresas y que se eleva á tal grado de poder y de importancia. Los hechos tienen su valor en sí. Desentendámonos, pues, de la significacion y la trascendencia de todos esos actos, y confesemos que, en virtud de ellos, no puede uno menos de sentirse vivamente conmovido al penetrar en esta gran plaza monumental, que es, ni mas ni menos, el *palacio* de la Francia; el *estrado* de París; ó como decian nuestros mayores, el *salon de recibo* de la capital del mundo.

Describamos este salon, y quedarán justificadas todas las apreciaciones que llevamos hechas.

Si la *Plaza de la Concordia* no fuese el paraje principal del universo, por la importancia moral que acabamos de acordarle, todavía mereceria esa calificacion por su hermosura, por el lugar en que se halla situada, por las perspectivas que se alcanzan desde ella y por los recuerdos y consideraciones que traen al ánimo los monumentos que la decoran.

La *Plaza de la Concordia* no es asi como quiera un espacio de terreno, mayor ó menor, encerrado entre edificios mejores ó peores.—Es un vasto cuadrilongo demarcado con aceras, no con paredes, y rodeado de estátuas, en una inmensa planicie que muda de nombre muchas veces. Naturalmente, cuando yo hablo de la plaza, no solo me refiero á ella, sino á todo á lo que se alcanza á ver desde este sitio, ó sea desde el palacio de las Tullerías hasta el Arco de la Estrella, y desde el antiguo Elíseo hasta el Cuerpo Legislativo.

A la verdad es una soberbia perspectiva. Los árboles y una amplísima estension de cielo sirven de fondo á tan maravilloso cuadro. Los palacios y los monumentos mas gigantes sírvenle de menudos accesorios. El ancho Sena fluye á un lado tan modesto como un arroyo en una estensa pradera. Y la incesante y copiosa multitud que bulle á todas horas por tantas calles, paseos, muelles, puentes y jardines como se perciben desde aquí, aparece diminuta, esparcida y sin importancia en un espacio tan dilatado y en comparacion de los colosales ornamentos y enormes edificios que se ven por todas partes.

Pero descendamos á pormenores.

En medio de la *Plaza de la Concordia*, levántase, como decano y presiden-

te de tantas maravillas, un obelisco egipcio del tiempo de Sesostris, traido de Luxor, y erigido aquí por Luis Felipe.

Pero al llegar á este punto tenemos que interrumpirnos. La imaginacion acaba de desentenderse de lo actual para meditar en lo pasado.

Diremos, pues, que en el mismo lugar donde se levanta hoy este obelisco, se levantó por el espacio de veinte y nueve años una estátua de Luis XV, y que entonces la plaza llevaba el nombre de este rey.

Mas adelante, la estátua fue derribada y sustituida por la guillotina, que se enseñoreó aquí monumentalmente desde 1792 á 1794.

Entonces se llamó este sitio *Plaza de la Revolucion.*

Quitada de en medio la guillotina, quedó de pié una estátua de la *Libertad.* Napoleon I la derribó en 1800, llamando por primera vez á esta plaza, *Plaza de la Concordia.*

Pero á la entrada de los cosacos en 1815 aun debia de cambiar de nombre; y como entonces la Europa creia posible borrar hasta el recuerdo de todo lo hecho durante la revolucion francesa y volver á constituir el mundo bajo el régimen antiguo, reapareció el abolido azulejo en que se leia: *Plaza de Luis XV.*

Cárlos X, impulsado quizás por un presentimiento de lo que habia de sucederle, reconoció en cierto modo la historia de la revolucion, y puso en el azulejo: *Plaza de Luis XVI.*

Pero hé aquí que los franceses arrojan del trono al hermano del rey mártir, y Luis Felipe, restaurador de las tradiciones del imperio, restituye la denominacion de *Plaza de la Concordia.*

Ya hemos dicho que de entonces data el obelisco.

Pero nos resta decir que en 1848, el azulejo de Luis Felipe fue borrado, y se escribió en él nuevamente: *Plaza de la Revolucion.*

Hoy ha vuelto á llamarse y se llama todavía este paraje *Plaza de la Concordia.*

Con que ya veis si habia motivo para que yo interrumpiese mi descripcion al encontrarme al pié de este viejo monolito, en que se ven simbolizadas tantas edades, tantas dinastías, tantas revoluciones, tanta miseria y tanta sangre.

¡Caso estraño!—Los franceses han rendido culto en este lugar al poder real y al poder revolucionario, al terror y á la libertad, á la gloria y á la desventura.

Hoy le rinden culto á un geroglífico indescifrable.

Puede, pues, decirse que la estátua de lo *desconocido* se levanta sobre París.

Asi adoraban los atenienses un *Deo ignoto*, que debia con el tiempo echar por tierra todos los ídolos paganos.

Continuemos.

En los ángulos de la plaza hay ocho pabellones de piedra, coronados de estátuas colosales, que representan las principales ciudades de Francia.

Detrás de nosotros se estiende el magnífico jardin de las Tullerías, y en me-

dio de él se percibe el disforme y suntuoso palacio que acaba de ser reunido al Louvre.

Allí vive el emperador.

Al frente vemos dilatarse las alamedas de los *Campos Elíseos*; y donde estos concluyen, distinguimos el grandioso *Arco de la Estrella*, erigido en honor de las glorias militares de la república y del imperio.

Por aquel arco se sale al bosque de Bolonia.

El Bosque de Bolonia es, como si dijéramos, la *Fuente Castellana* de París.

Allí se puede pasar revista todas las tardes á la clase mas elegante del pueblo mas elegante del universo.

A nuestra izquierda tenemos el Sena, dominado por soberbios puentes, de los que divisamos desde aquí el de la *Concordia*, el de los *Inválidos*, el de *Alma* y el de *Solferino*; el Sena, por el que se deslizan vapores y barquichuelos, lleno de baños y escuelas de natacion, y poblado de una muchedumbre anfibia de lavanderas.

A la otra orilla se eleva el antiguo palacio Borbon, hoy *Cuerpo legislativo*, donde ha resonado la voz de tantos insignes oradores desde Robespierre á Victor Hugo, desde Perrier basta Julio Favre.

Mas lejos se ve asomar la cúpula de los *Inválidos*, bajo la cual duermen los restos del hombre mas estraordinario que ha cruzado por la tierra.

En la misma orilla se ve el palacio de la *Legion de Honor*, que es como quien dice, el ministerio de la gloria; de esa divinidad que es para los franceses casi tan indispensable como el dinero.

Del lado acá de los muelles, contemplo el *Palacio de la Industria*, donde se verificó la esposicion de 1855.

Yo no he olvidado todavía ni olvidaré nunca el asombro que me causó aquel titánico alarde que hizo la Francia de su produccion, de su laboriosidad, de su gracia y de su inventiva.—Yo miro, pues, este palacio con veneracion, y veo en él un nuevo motivo para creer reunidos en estos lugares todos los triunfos, todos los méritos, todas las prerogativas de esta gran nacion.

A la derecha se distinguen desde aquí el clásico templo de *la Magdalena*, concebido por Napoleon en un campo de batalla; el palacio del *Elíseo*, teatro de las liviandades de la regencia y cuna de los modernos Césares; los ministerios; el Circo Olímpico y un dédalo de jardines, fuentes, templetes y kioskos.

Tambien se divisan desde aquí las primeras arcadas de la monumental calle de Rívoli, que trae á la memoria el problema social de que fue empírica solucion, como lo están siendo todavía otras obras colosales de París.—Aludo al derecho al trabajo.

Vénse, asimismo, el *Panorama* y el *Hipódromo*, los *cafés-conciertos*; el *Chalet* suizo; allá el *Chateau des Fleurs*; en frente *Mabille*, el lupanar público y el aire libre; en un lado el prestidigitador; en otro los mas raros juegos; aquí el tiro de carabina ó de pistola; allá el gabinete de física; por esta parte *Polichinela*; por aquella mil variantes de nuestro *Tío Vivo*; ora animales sabios; ora

charlatanes; ya el mercado de flores; ya el bazar estendido sobre el suelo, y do quiera músicas, gritos, cantos, declamacion, gimnasia; do quiera ciencia, movimiento, arte, vida, novedad; do quiera placer, do quiera encanto, do quiera fascinacion para el estranjero; do quiera París en su incontrastable omnipotencia.

Lo repetimos: la *Plaza de la Concordia* es el centro del mundo, la faz de nuestro siglo, el eje de la historia contemporánea, la última y suprema palabra de la civilizacion.

Ni en la tierra hay poder sobre el poder aquí representado, ni el genio del hombre ha inventado nada mas allá de lo que desde aquí se domina.

La obra de los siglos solo ha llegado á este punto.

Por aquí vamos, podemos decir rotundamente.

Las ciencias, la filosofía, las artes, la industria; ¡todas las fuerzas de la humanidad no han producido hasta hoy otro resultado!

Si la civilizacion perfecciona, aquí debemos de encontrar la mayor perfeccion posible.

La dignidad humana, el bienestar general, la paz, la comodidad, la ventura deben de tener aquí su asiento.

¡Esa muchedumbre que vaga en torno de estos alcázares y monumentos; esos seres que han tenido la fortuna de nacer ó vivir en la capital de la nacion mas próspera y adelantada, deben de ser los mas respetables, los mas felices, los mas gloriosos, los mas bienaventurados!

Estudiemos, pues, la condicion dichosa de ese pueblo, aunque solo sea para envidiarla.

Nosotros, míseros españoles, tan atrasados en la senda de la civilizacion, somos mirados aquí, con sobrada justicia, como unos africanos semi-salvajes.

Lo mas que se nos otorga es una insultante benevolencia, una curiosidad maravillada, ó una lastimosa compasion.

¡Desgraciados de nosotros!

Estudiemos, aprendamos á ser hombres civilizados, á ser mortales dignos, á ser grandes y dichosos.

Busquemos en el corazon de esa sociedad el mágico secreto que produce tantos beneficios y regalémoslo á nuestra pobre España, á fin de que en pocos dias consiga realizar su dorado sueño, su ardiente aspiracion, su irresistible deseo de pasar por una nueva Francia.

V.

Escursion al campo.—Mr. Iriarte.—La isla de Croissy.

Uno de mis primeros cuidados en París fue buscar á Mr. Iriarte, mi compañero de tienda en el llano de Tetuan, y cuyo lápiz ilustró mi ***Diario de un testigo de la guerra de Africa***.

Parisien de nacimiento, consumado artista y buen amigo mio, mi antiguo camarada era para mí en la gran capital un tesoro inapreciable, puesto que encontraria en él un corazon afectuoso, un piloto que me guiase por entre los escollos de aquella sociedad y una gran inteligencia que esclareciese mis confusas observaciones.

Yo no le habia anunciado mi llegada. Queria sorprenderle. Dirigíme, pues, á su casa una mañana muy temprano. Pero allí me dijeron que mi amigo se hallaba en el campo hacia un mes.—No vacilé un punto. Pedí las señas de su retiro, y resolví no parar hasta encontrarle.

Recien entrado en París, no sé por qué me halagaba volver á salir de él. Aquella frase «*está en el campo*» abrió ante mis ojos horizontes suaves y apacibles, y me hizo entrever parajes solitarios y costumbres inocentes, pareciéndome, en fin, muy natural que Mr. Iriarte, despues de pasar un año en Africa y en España, no se aviniera á la vida de París, y buscase con ansia la dulce y noble compañía de la madre naturaleza.

Por las señas que me dieron, mi amigo debia de encontrarse en un pueblecillo llamado Chatou, situado á dos leguas de París.

Eran quince minutos de viaje por el camino de hierro del Oeste.

La mañana estaba hermosa. Cada dos horas iba y venia un tren. Calculé estar de vuelta al mediodía, y emprendí la marcha resueltamente, como quien va á hacer una visita en la ciudad.

Nueve *sous* (unos catorce cuartos; fabulosa baratura) me costó el billete de primera clase de París á Chatou.

Por tan corta cantidad anduve dos leguas muy cómodamente, en compañía de señores condecorados, ya con el boton, ya con la cinta de la *Legion de Honor*, condecoracion que tienen hoy la cuarta parte de los franceses y que no dejan de ostentar ni un solo instante, á veces duplicada y hasta triplicada, segun las prendas que constituyen su vestido.

Venian tambien en el tren algunas damas graves y varias jóvenes modestas; pues ni la hora ni el dia eran de *traviatas*, segun demostraremos despues; y no sé por qué estravagancia de mi imaginacion, dí en figurarme que todas aquellas gentes eran alcaldes y alcaldesas de los pueblos vecinos á París.

Por lo demás, cada uno de ellos y de ellas leia muy atentamente su indispensable periódico.

Yo no tenia periódico que leer; pero me solacé á mis anchas en examinar á mis compañeros de viaje y en inventarles historias y caracteres; contemplé arrobado el delicioso caserío de *Aniéres*, que se mira en las inmóviles aguas del canalizado Sena; saludé la poética aldea de Rueil, rodeada de antiguos árboles y asilo sepulcral de Josefina y de Hortensia, la abuela y la madre de Napoleon III; admiré la remota perspectiva de los bosques de San German, llenos de palacios y de quintas, entre las que me hicieron notar las agujas góticas de la de Montecristo, que visité mas tarde, y al fin eché pié á tierra al principio de una alameda frondosísima que me dijeron conducia á Chatou.

Yo no pudiera describiros la hermosura de aquel paraje ni el encanto de aquella hora. Ningun otro viajero habia hecho alto allí conmigo. El tren se alejó bramando, y su fragorosa respiracion se fué estinguiendo en el seno de los bosques.

La alameda en que me habian dejado, y que era tan severa y regular como la de un cementerio moderno, se dilataba ante mí, grandiosa, larga y sombría, dejando paso á veces á la pura luz del sol de la mañana. Brillaba el rocío en la menuda yerba. La fina arena que crugía bajo mis piés emanaba un olor acre y vigoroso que se mezclaba con el perfume de las últimas flores del año. Todo, todo era silencio y soledad en torno mio. Unicamente se oia en las altas copas de los álamos el no interrumpido gorgeo de millares de pájaros que se me figuró cantaban para el cielo, no para la tierra...

Conocí que estaba á punto de ponerme muy triste y apreté el paso.

Despues de andar mucho tiempo, y en un recodo de aquella calle de árboles estranjeros, cuya sombra no me creia yo con derecho á disfrutar, distinguí por último una iglesia medio oculta entre el ramaje...

Allí respiré y me detuve á echar un cigarro.—Me parecia como que habia encontrado una persona conocida, que me recomendaba y presentaba en aquellos sitios.

Aquel templo era la primera casa de Chatou,—separada aun de la aldea algunos pasos.

A otra vuelta de la arboleda, descubrí ya todo el pueblo.

En él se veian combinados el sosiego y la civilizacion, la paz del campo y la policia urbana, el idilio y la limpieza, la poesía y la comodidad.

Chatou es una de tantas poblaciones como sirven de auxiliares á París. Sus productos van todos los dias al mercado de la capital.

El piso bajo de la casa en que vivia (por ejemplo) Mr. Iriarte, era un vasto laboratorio de lavar y planchar ropa, cuya directora vivia en París y hasta creo que arrastraba coche.

Como este establecimiento, tenia otros varios en diversos puntos.

Es decir que aquella señora habia emprendido el lavado en tal escala que podia aspirar, y acaso era esta su noble ambicion, á ser con el tiempo lavandera general de todas las camisas de París.

Introducido en las habitaciones de Mr. Iriarte, que dormia tranquilamente, tuve un momento de verdadero placer mezclado de orgullo, al pasear mis miradas por su gabinete de artista, antes de resolverme á despertarle.

Por todos lados veia bocetos, dibujos, cartones, aguadas, cuadros empezados... y todo referente á España.

En una parte tipos andaluces; en otra un barrio de Tetuan; aquí el retrato de un amigo y compatriota mio; allí uniformes de nuestro ejército; y colgados en las paredes y rodando por el suelo cien objetos curiosos, recogidos en su espedicion por España y Africa; armas, muebles, ropas; el ros, el sombrero calañés, la faja árabe ó la cordobesa, y mi cama de campaña, que yo le regalé el

dia que dejé el campamento, y la vajilla mora que compramos juntos en la Judería, y la gumía que él recogió en una batalla, y libros españoles, y vistas de Madrid...



Arco de la Estrella en Paris.

Sobre un voluminoso manuscrito se leia en gruesos caracteres: *La société espagnole*.

Era un libro que despues ha publicado.

Sous la tente (Bajo la tienda) decia el letrero de otro legajo.

Las entregas de mi *Diario*, ó sea de nuestro *Diario*, andaban revueltas con dibujos suyos que yo le sugerí ó que él habia hecho despues, recordándome indudablemente.

Toda la habitacion, en fin, como toda la vida de Mr. Iriarte, estaba consagrada á España.

La noche antes se acostaria pensando en mi patria, despues de haberla dedicado una larga vigilia con el lápiz ó la pluma en la mano.

En aquel momento quizás soñaba encontrarse en Tánger ó en Barcelona, en Madrid ó en Andalucía.

Considerad, pues, cuál seria su sorpresa al sentirse turbado en su sueño por mi voz amiga y por mi habla española, que le decian como en otro tiempo:

—¡Arriba, Carlos! ¡Ya tocan *diana*!

. . . .

Algunos minutos despues, era ya cosa convenida que Mr. Iriarte me acompañaria á Italia.

—La vida de París es insoportable, me decia mi amigo, que es poeta hasta la médula de los huesos. No hay mas existencia honrosa que la que hemos llevado juntos y la que nos proponemos llevar. Mira cómo vivo. Pues asi y todo me devora una singular nostalgia; la nostalgia de la tienda. La civilizacion no ha inventado nada tan grande ni tan bello como aquella vida al aire libre, como aquellas salidas de sol por el Mediterráneo, como aquellas puestas de sol tras el humo de los combates, como aquellas comidas frugales sobre la yerba, como aquellos largos dias á caballo; como aquella intimidad del hombre con la naturaleza, que nos achicaba y engrandecia al mismo tiempo...

En esto ya se habia vestido.

—Ven, me dijo; te voy á llevar á mi comedor: almorzaremos juntos y en seguida nos iremos á París.

Salimos á la calle: atravesamos la via principal del pueblo; bajamos una cuesta que se retorcia entre dos tapias, y me encontré como por encanto á las orillas del Sena; pero en un paraje solitario, verdaderamente campestre, en que no se veia otra vivienda humana que las que dejábamos atrás.

Solo allá, á la izquierda, como á media legua, se percibia un gracioso puente de ferro-carril.

La orilla opuesta del rio era un cerrado bosque, cuyo ramaje oscuro se retrataba en las tranquilas ondas.

—¡Luis! ¡Luis! gritó Mr. Iriarte; y su voz se dilató vibrante por tanta soledad y tanto silencio.

Yo estaba enagenado de placer. Y es que nunca hubiera imaginado que quedase en Francia un lugar tan apacible, un refugio de tanto sosiego, tanta naturaleza olvidada en que poder campar por mi respeto, y descansar de las oficiosidades y previsiones de la actividad francesa.

Abrióse el ramaje á la otra márgen del rio, y apareció un jóven, vestido de marinero, esto es, medio desnudo, descalzo, descubierta la cabeza, con un calzon de lienzo azul y una camisa encarnada, que solo le tapaba los hombros y la cintura; un bellísimo mancebo, robusto, blanco, asoleado, con el largo cabello y la incipiente barba de color de oro y algunos tonos cobrizos; un pescador, en

fin, no tal exactamente como los pescadores son en realidad, sino como lo hubiera idealizado un artista.

Aquel jóven saludó con un grito inarticulado á Mr. Iriarte; empujó con el pié un barquichuelo medio escondido entre la yerba y en que yo no habia reparado; saltó dentro de él con la agilidad de un gamo; asió los remos sin sentarse, y vino hácia nosotros, hendiendo los cristales del rio como una exhalacion.

Al cabo de un momento atracaba el barquichuelo á nuestros piés.

Iriarte y el pescador se dieron la mano cariñosamente y se tutearon al preguntarse por la salud.

Entramos en el bote; mi amigo tomó los remos y pasamos al otro lado.

—Estás, me dijo, en la *Isla de Croissy*; esto es, en una isla desierta, inculta, y sin embargo tan feraz como puedes ver. Confiesa que nunca hubieras esperado encontrar la isla de Robinson á las puertas mismas de París.

Yo no acertaba á creer lo que veia. La tierra en que habíamos desembarcado era, en efecto, una isla de trescientos ó cuatrocientos pasos de anchura por media legua de longitud. Parecia una larga embarcacion anclada en medio del rio. Estaba inculta y despoblada. Un pomposo y enmarañado bosque la llenaba de sombra y de misterio. Apenas se lograba ver el cielo por algunos claros de aquella bóveda de ramas; y sin la luz que penetraba horizontalmente por entre los troncos de los árboles, casi toda la isla se hubiera hallado sumida en las mas espesas tinieblas. Una mullida alfombra de yerba, siempre verde, húmeda y perfumada, cubria las sendas y las escasas plazoletas que se hallaban á veces entre el densísimo arbolado. ¡Y qué paz, qué silencio, solo turbado por las aves; qué fresco y embalsamado ambiente en aquella afortunada isla!

Pero tiempo es ya de que os esplique como me lo esplicaron á mí el singular fenómeno de verse desatendida tan rica tierra por una gente tan aprovechada y utilitaria como nuestros vecinos.

Parece ser que el último marques d'Aligre, muerto en 1847, descendiente de aquellos marqueses d'Aligre que figuran tanto en los reinados de Luis XIII y Luis XIV, y famoso él tambien como dignatario del imperio y par de Francia que habia sido en tiempo de Luis XVIII, legó esta isla, propiedad suya por herencia, al pueblo de Bougival, de que ya hablaremos, con la condicion de que nunca se edificase nada en su recinto ni fuesen sus tierras de dominio particular.

La razon que tuvo para testar así el noble marqués (cuya antigua vivienda,—especie de castillo,—aun se levanta, no mas alta que los árboles que la cercan, en un ángulo de la isla; pero sin que la habite nadie), la razon, digo, de tan feliz humorada fue el deseo de perpetuar los bailes nocturnos que los pescadores y *canotiers* del Sena daban allí en su tiempo y en los que de seguro hubo de divertirse grandemente el señor marqués.

Pero aquí se me hace necesario hablaros de los *canotiers* del Sena.

Entre los innumerables placeres que se han proporcionado los jóvenes parisienses de la clase media, reyes de la inventiva en todo, y muy particularmente

cuando se trata de gozar, lo es uno el de salirse de París en una canoa ó piragua, vestidos de marineros, y vogar dos ó tres leguas por el Sena, buscando aventuras, pasando de balde de una orilla á otra á las mujeres ó á los pobres que andan desalados por llegar á un puente, concertando regatas y apuestas, paseando á sus amadas, si las tienen, y si no, á las amadas de otros; y en fin, haciendo todo lo posible porque les suceda algo de lo que se refiere despues en las novelas.

Ahora bien, ciertos dias festivos del verano, toda esta gente y la mucha que arrastra en pos de sí, como tambien algunos habitantes de los pueblos circunvecinos, se reunen en la isla, y pasan la noche cantando, bailando, comiendo y bebiendo en la espesura, que iluminan como pueden ó dejan en amable sombra, dando lugar á todo género de lances y sorpresas y produciendo la bacanal mas ilimitada, mas deshecha, mas delirante qué registran los anales de Sardanápalo ó de Neron.

Los impúdicos bailes de *Mabille* no son sino *soirées* muy ceremoniosas en comparacion de una verbena de la isla de Croissy. *Mabille* podrá ser Pompeya ó la *Porta Capuana* de Nápoles. Pero Croissy es algo mas antiguo, mas natural, mas mitológico. Es Chipre; es el olimpo pagano. No es la orgía social; es la orgía animal. Es el amor en los bosques, la realizacion de los satyros y las ninfas, la desnudez griega, la Arcadía sin la inocencia ni la poesía.

Ya volveremos á este asunto.

De buena gana me hubiera pasado el dia entero en la isla entonces desierta, platicando con mi discreto amigo... (El hermoso pescador habia desaparecido por entre las ramas.) Parecíame hallarme en el paraiso terrenal, en aquel verjel inculto que habitaron algunos dias nuestros primeros padres; pero la relacion que Mr. Iriarte me hizo de las profanaciones que habia presenciado aquella selvática soledad y el hambre que principiaba á terciar en nuestra conversacion, me estimularon á levantar el campo.

Llegamos, pues, al otro lado de la isla.—Allí habia un embarcadero y una gran barraca de madera, construidos dentro del mismo rio, á fin de no faltar al testamento del marqués d'Aligre.

Aquel brazo del Sena era aun mas ancho que el que separaba á Chatou de la isla, y al otro lado de él percibíase una pequeña llanura de la que se levantaba una suave montaña toda cubierta de arbolado y sembrada de vistosas quintas, algunas de ellas con honores de palacios y otras con el aspecto de castillos.

La opuesta márgen del rio era sumamente amena, y estaba cultivada.—En frente del embarcadero en que nosotros nos hallábamos, se alzaba una casa modesta, pintada de rojo y amarillo, de forma irregular, con dependencias propias de una casa de campo.

Sobre un lienzo de pared, se leia en enormes letras:

Maurice, pêcheur. (Mauricio, pescador.)

Mr. Iriarte desató una de las canoas que habia amarradas al embarcadero; penetramos en ella, y pusimos el rumbo á la casa de Mauricio.

—Todos los dias, me dijo el jóven artista, paso cuatro veces el rio de la manera que ves: dos de ida y dos de vuelta: yo almuerzo y cómo siempre en casa de Mauricio, y trabajo y duermo en Chatou.

—¿Y por qué no trabajas y duermes en casa de Mauricio? le pregunté.

—Porque entonces no haria esta travesía tan deliciosa dos veces por la mañana y dos veces por la tarde.

Yo me moria de envidia. Yo me arrepentia de haberme impuesto la obligacion de ir á Italia. Yo no me acordaba ya de París.—Estaba perdidamente enamorado del género de vida que hacia Mr. Iriarte.

Llegamos en casa de Mauricio.

VI.

El pescador Mauricio.—Costumbres parisienses.—Un suicida.—La misa de Bougival.

En el momento que nosotros llegamos, Sofía y Carlos, los hijos del pescador, aquella de diez años de edad y este de siete, hermosa ella como un ángel y travieso él como un demonio, recibian el beso de una vieja, hermana de su abuelo materno, y se disponian á partir juntos á la escuela de Bougival, gracioso pueblo situado á un cuarto de legua de aquella casa siguiendo la misma orilla del rio.

Todos los dias hacian los dos niños este viaje de ida y vuelta, provistos de libros, alguna labor femenil y la correspondiente merienda, que Carlos queria llevar y que Sofía le negaba, temiendo que se la comiera antes de la hora en que seria de urgente necesidad.

Los dos hermanos hicieron muchas caricias á Iriarte y se alejaron al fin triscando como dos corderos á quienes se da suelta para que vaguen por los prados.

Mauricio se hallaba pescando. Su mujer habia marchado á París en el primer tren de la mañana. La abuelita, pues, se encargó de disponernos el almuerzo.

—Queremos, dijo Iriarte, pesca de hoy. Nosotros buscaremos huevos en el corral, pues oigo cacarear á las gallinas, y cogeremos fruta en la huerta. Hoy no he tenido tiempo de buscar setas en la isla. Las sustituiremos con patatas. Del vino nada tengo que decirle.

—¿Y dónde almorzarán ustedes? preguntó la anciana, que se reia como una bendita de Dios al oir á mi amigo.

—En la glorieta, respondió este, indicándome que le siguiera.

Yo estaba atónito, sin acertar á persuadirme de que habia andado trescientas leguas para hacer una vida semejante, y sin acabar de creer que me hallaba en Francia y á pocos minutos de París.

Buscamos los huevos y las frutas; volvimos á la cocina; añadimos algunos perfiles á nuestro almuerzo, y nos fuimos por último á esperarlo en la glorieta.

La glorieta era una jaula de cañas que se levantaba en un ángulo de un jardin muy descuidado, á espaldas de la casa del pescador.

En este jardin habia dos ó tres mesas rodeadas de sillas.

Eran signo rememorativo, segun me esplicó Iriarte, de la larga broma que habrian tenido allí el dia anterior los *canotiers* y sus amadas.

Porque el dia anterior habia sido domingo.

Posesionámonos de la glorieta, y vino el almuerzo.

En esto oimos el crujido de faldas de seda y aparecieron en el jardin dos elegantísimas damas, bastante bellas, pero sin abrigo ni sombrero, poco peinadas y con los piés mojados por el rocío, lo cual era su preocupacion por el momento.

Desde luego comprendimos que eran dos parisienses que habian pasado la noche en casa de Mauricio y venian de dar un paseo por el campo.

La abuelita nos acabó de esplicar que los amantes de aquellas damas tenian alquiladas dos habitaciones de la casa del pescador, adonde ellas venian á esperarlos todos los sábados en la tarde. Aquellos señores eran personas honradísimas de París, y hasta de cierta gravedad, que pasaban la semana en los negocios y aparecian allí el domingo al amanecer, tripulando una preciosa barca. Ellas los esperaban á la orilla del rio. Pasaban el dia paseando ó navegando; almorzaban y comian en los pueblos de la ribera, si hacia buen tiempo, y si no en casa de Mauricio, y á la caida de la tarde se marchaban ellos á París en la misma barca en que habian venido, y ellas por el ferro-carril de la manera que os diré mas adelante.

Mas parece ser que el dia anterior habian llegado tarde á la estacion (tal vez de intento), y vístose obligadas á quedarse en el campo, contra las instrucciones de sus amantes.

Dicho se está por consiguiente que se hallaban contentísimas.—La sola idea de que estaban procediendo mal, las volvia locas de placer.—Por otra parte, ellas sabian que, fuera del domingo, no se ve un alma en casa del pescador y contaban con pasar un dia de absoluta soledad, de libertad ilimitada, de espansion y de retozo.—*No estaban ellos...*—Esto bastaba para la felicidad de aquellas tristes mercenarias, que por la primera vez de su vida reian en aquellos sitios *espontáneamente*, y no para alegrar á sus señores.

Nuestra presencia en el jardin las contrarió, pues, visiblemente. Ellas se conocian y conocian al hombre. Nosotros las recordábamos el sexo tirano de que aquel dia se creian libres. La sola contingencia de que las volviésemos á su condicion habitual echaba por tierra todos sus planes de pasar *un dia digno* en el seno de la naturaleza. Entraron, pues, en la casa, quejándose la una á la otra de que tenian los piés mojados, y nosotros seguimos con nuestros peces.

Entonces hice que Mr. Iriarte me esplicase todo un tratado de costumbres francesas y completase mis ideas acerca de aquella casta de mujeres, que no eran sino una variante de la gran familia de las *entretenidas*.

La *entretenida* es una *especie de esposa*; una esposa dentro de las condicio-

nes de la vida parisien; la esposa, segun la civilizacion; la esposa, segun la naturaleza.

No la confundais con otra mujer *peor*...—Heriríais la dignidad de la tercera parte de las mujeres elegantes de París.

Yo, sin embargo, creo mas funesta á la entretenida que á la otra miserable vigilada por el gobierno.

La entretenida es la manifestacion de un partido social, ó sea antisocial, que cunde y avanza en contra del matrimonio, á la manera del comunismo en contra de la propiedad.

La entretenida revela además una cosa horrible de que he notado otros muchos síntomas: el abandono en que gime el alma humana en medio de nuestra brillante civilizacion; el ningun cultivo que se da á sus mas nobles facultades; el olvido de sus santos intereses.

Hay en todo esto algo peor que el paganismo. El pagano, si se creia superior á su mujer, la exigia amor, reclamaba de ella virtud, la hacia su esposa para toda la vida. Hay tambien algo peor que el islamismo. El mahometano, si no emplea su alma en el amor á la mujer, tiene amor y alma para adorar á Dios. Pero el parisien que toma á sueldo una mujer, ni la ama con el espíritu, porque este amor no existe sin admiracion ó aprecio, ni aspira á ser amado, puesto que el amor del alma no se compra ni se vende. Y sin embargo, se contenta con vivir de esta manera, y engorda, y el ocio del alma no le mata de melancolía...

¡El alma!—El alma se ejercita y goza en el amor al dinero. El alma no tiene sed de otra alma, ni se agita en el deseo de reposar en Dios. El alma tiene sed de oro, única omnipotencia que reconoce.

El moderno lenguaje francés se vale de una frase espantosa que comprueba lo que estoy diciendo.

—¿Cómo está fulano? preguntais á cualquiera. ¿Qué sabeis de él?

—Fulano *no es felíz*, os responderá melancólicamente...

Y con esto ha querido significaros que fulano tiene poco dinero.

Apelo á todos los que han estado en Francia para que digan si esto no es verdad ó invencion mia.

Bien que nuestras gentes afrancesadas lo dicen ya en Madrid del mismo modo.

—Parece que ese pobre chico no es feliz, oimos decir todos los dias con referencia á hombres de bien, que viven en paz en el seno de su familia y en el cumplimiento de sus deberes; pero que no pueden gastar lujo, ni quizás lo echan de menos.

¡Como si un pobre no pudiera ser feliz!

¡Como si un mendigo no pudiera ser mas dichoso que un emperador!

¡Como si el alma no existiera!

Pero volvamos á las entretenidas.—Y perdonadme que me detenga en la consideracion y análisis de cosas al parecer tan despreciables y baladís como estas pobres mujeres sin conciencia; pues ellas son el punto céntrico de un mal que

vamos estudiando, y el punto céntrico de los males es siempre el mas asqueroso. Dejadme, sí, tender los hilos de mi tela de araña, en la cual atraparemos con el tiempo una importantísima idea.

Aconteció, pues, que las dos damas de los piés mojados decidieron en su alta sabiduría bajar de nuevo al jardin é instalarse al lado de una mesa, donde al poco rato les sirvieron el almuerzo.

Nada es mas fácil entre franceses que no se conocen que entablar conversacion y hacerse íntimos amigos.

La mesa de las parisienses estaba al sol; la nuestra á la sombra. Propusímoslas galantemente cambiar de sitio: primero se resistieron; instamos nosotros, y al fin se transigió la cuestion trayendo ellas sus platos á nuestra mesa.

Pero esto no lo hicieron sin imponernos antes las siguientes condiciones.

—Tenemos entendido, nos dijeron, que ustedes piensan permanecer aquí todo el dia. Nosotras teníamos el mismo plan. Pero ustedes nos estorban sobremanera, pues contábamos con estar solas, y no oir, siquiera durante un dia, el empalagoso lenguaje del amor. Si ustedes nos prometen solemnemente no hacernos la córte y tratarnos como si fuéramos dos antiguos amigos suyos, nos avenimos á almorzar con ustedes y pasar todo el dia reunidos dando vueltas por esos campos.

Nosotros juramos no hablarlas una palabra de amor y tratarlas como si no nos gustasen ó como si fuesen hombres. Juntamos, pues, los almuerzos, que se mejoraron al reunirse; bebieron ellas vino hasta dejarme asombrado; tomamos todos café; aceptaron cigarros, sin duda por representar mejor su papel masculino; pidiéronnos permiso para peinarse; se lo otorgamos; subieron á sus habitaciones, y al cabo de unos momentos volvieron á bajar tan compuestas y lindas, que daba gloria verlas, con mangas y puños limpios, con preciosos sombreros, elegantes sombrillas, aristocráticos guantes, fantásticos abrigos, y todo el aire, en fin, de unas verdaderas heroinas de novela.

Con esto, las dimos el brazo; salimos al campo por la puerta de la huerta, y empezamos á andar á la ventura con direccion á la verde montaña que limitaba el horizonte.

Yo no cesaba de acordarme de Paul de Kock.

Nuestras compañeras iban contentísimas, locuaces, verdaderamente inspiradas.

La una se llamaba Alicia y la otra Lucila.

Voy á contaros la historia de Alicia; historia que, segun ella, se parece á la de cien mil mujeres de Paris.

Es muy breve.

—Yo, dijo Alicia, parándome debajo de un frondoso árbol, á cuya sombra contaba ya Lucila su vida y aventuras á Mr. Iriarte; yo soy de Burdeos. Mi padre era un comerciante arruinado. Yo leí muchas novelas en mi niñez. A los quince años me encontré muy pobre y muy bonita. Amaba el lujo y carecia hasta de lo necesario para salir á la calle. Deseaba venir á Paris á hacer fortuna, pero

no tenia los medios para ello. Pinté abanicos durante un año; reuní el dinero suficiente para el viaje; comuniqué á mis padres mi proyecto; encontráronlo juicioso, y dándome cartas de recomendacion para algunos comerciantes de París



Rossini.

y la bendicion consiguiente, dejáronme en libertad de luchar con mi destino. Llegué á París. A los tres dias estaba colocada en el mostrador de una fábrica de guantes. Mi vida entonces consistia en madrugar mucho, acostarme muy temprano y despachar guantes todo el dia. A la verdad, esta existencia me pareció monótona, y sobre todo, poco á propósito para hacer fortuna. El domingo iba al

teatro. Este era mi único placer, y esta fue mi salvacion. En el teatro reparó en mí el conde de... jóven, hermoso y rico. Esto sucedió á los cuatro meses de mi llegada á París. Informóse de quién era yo, y algunos dias despues de haberme mirado y saludado en la *Opera Cómica*, única inteligencia que habia habido entre nosotros, se presentó en la tienda; me pidió unos guantes, y en tanto que yo se los ponia, me dijo estas palabras.—«Señorita, yo soy el conde de... Tengo 40,000 francos de renta. Soy soltero. Mi padre es jóven y robusto, y por consiguiente tardará en morirse. Yo no pienso casarme hasta que se muera mi padre. Entonces heredaré otros 40,000 francos de renta, y podré aspirar á la mano de una rica heredera que triplique mi fortuna, pues mi título entrará por algo en el contrato. He visto á usted en la *Opera Cómica*. Sé que es usted una jóven honrada.—Usted, por su hermosura y por su educacion, es digna de gozar de la vida, de vestir con elegancia, de brillar en los teatros y en los paseos y de tener lindos sombreros, una bonita casa, dos criados, y carruaje los domingos. Durante el verano, debe usted contar con una habitacion en el campo y pasar allí dos dias por semana. Esto es lo que corresponde á una mujer de las virtudes y demás cualidades que á usted la adornan. Yo se lo ofrezco á usted todo, confiado en que será prudente y aceptará. Le señalaré á usted un sueldo de 500 francos al mes, despues de pagarle la casa, los criados, los muebles etc. Los regalos que yo la haga á usted serán cuenta aparte y dependerán de su conducta conmigo y del amor que llegue á tenerla. Si al cabo de dos años encuentro que usted se ha portado bien, la daré una inscripcion que la asegure una módica renta para el resto de su vida, y de esta manera, cuando yo me case, tendrá usted un dote regular, que unido á su hermosura, cuya índole es duradera, le proporcionará algun buen enlace con un abogado, que la llevará á reinar en una provincia donde nadie la conozca ni podamos nunca saber el uno del otro. Usted no tiene reloj. Yo le ruego que admita este. Es de oro... No lo dude usted. Me ha costado 600 francos. Mañana tendré el honor de volver por aquí y me dirá su resolucion.»—Dijo, y partió, dejándome el reloj en la mano y la felicidad en el alma.—¡Oh! si viera usted qué lindo era el reloj! ¡Algun ángel le habia dicho á aquel hombre que yo deseaba tener hora!—Mis compañeras de mostrador me miraban con curiosidad, deseando saber y casi adivinando lo que el conde me habia dicho. Yo se lo conté estensamente y se llenaron de envidia. Por darme importancia, las dije que no sabia si aceptar la vida que se me proponía, y todas me llamaron á una voz *estúpida*. Consulté á los dueños del establecimiento, y estos me aconsejaron que no desperdiciase mi buena suerte, añadiendo que yo era muy afortunada y estaba llamada á grandes cosas, encargándome, por último, que no les echase en olvido, pues ya sabia lo bien que me habian tratado.—«Vos podeis, me dijeron, hacer que el conde y sus amigos y todas las damas elegantes que tratareis con el tiempo se surtan en nuestra casa, y nosotros os daremos siempre los guantes al precio de fábrica sin ganarnos cosa alguna. En cuanto al reloj, es un *Merian* muy bonito, con doce centros en rubís, y todas las cajas de verdadero oro... Aunque esta noche no es domingo, podeis ir al teatro si que-

reis, y hasta invitar á vuestras compañeras en señal de despedida. Vuestro haber líquido en la casa es todavía de 30 francos, gracias á vuestra economía y escelente órden. ¡Con que... abrazadnos!»—¡Oh! continuó Alicia muy conmovida... Aquella era una buena gente... Yo no los olvidaré nunca. Unos padres cariñosos no hubieran sido mejores con una hija... Al dia siguiente fué á buscarme el conde. Iba en carruaje. Salí con él. Encontramos casa. Compramos muebles. Se mejoró mi vestuario, y pocos dias despues quedé instalada como una reina. Mi vida desde entonces no puede ser mas feliz. El conde me visita todos los dias de cuatro á seis de la tarde. Los martes se queda á comer conmigo. Los jueves me acompaña al teatro, y los domingos los pasamos juntos en casa de Mauricio. El resto de la semana estoy libre. Tengo algunas amigas. Hago visitas y voy á paseo; doy un té los viernes y á él acuden muchas personas de distincion. Dentro de poco tiempo se cumplirán los dos años al fin de los cuales me prometió mi esposo darme la inscripcion que asegurará mi porvenir. Entonces me casaré con Ricardo.

—¿Y quién es ese Ricardo?

—Un estudiante á quien amo mucho. Tiene un tio senador que lo colocará cuando se reciba de abogado.

—¿Y sabe Ricardo sus amores de usted con el conde?

—Seguramente. Pero el conde ignora mis amores con Ricardo.

—¿Y Ricardo se casará con usted?

—Ya lo creo. En primer lugar, si no fuese por mi, el pobre no lo pasaria muy bien... Yo le ayudo á seguir su carrera. Y por otro lado, la inscripcion que me ha prometido el conde me asegurará 2,500 francos de renta.

—¿Y esa inscripcion?... ¿Está usted segura de conseguirla?

—Sin duda alguna. El conde me quiere mucho.

—¿Cuántos años tiene el conde?

—Veinte y cinco.

—¿Y no tiene otros amores?

—No, señor. El conde vive entregado á los negocios. Juega á la bolsa y gana casi siempre. El otro dia me dijo que tal vez se casaria antes que muriese su padre. Ya tiene 60,000 francos de renta.

—¿Y no es celoso? ¿No duda de usted?

—No se ocupa de eso. Siempre que me busca me encuentra amable. Esto le basta.

—¿Y dice usted que la ama?

—¿Pues no ha de amarme?

—¿Pero no se le ocurre á ese hombre que si suprimiese la renta y la inscripcion, usted no seguiria recibiéndole?

—Sí que se le ocurrirá; pero se le ocurrirá al mismo tiempo que yo necesito comer y vestir.

—¿Luego usted subordina su alma á su cuerpo?...

—Oh... no, señor. Mi alma es libre y se emplea en amar á Ricardo.

—Pero Ricardo no la ama á usted.—Ricardo la esplota á usted como usted esplota al conde. Si usted no costease la carrera á Ricardo, ni contase con la inscripcion, ya la habria olvidado hace mucho tiempo.

—¿Pues qué? ¿No soy yo bonita?

—Si que lo es usted. Pero cuando se ama á una mujer bonita, no se permite que pertenezca á otro.

—Pero es que Ricardo no puede darme el bienestar que me da el conde. Yo necesito comer y vestir.

—Lo mismo le dirá Ricardo á otra, cuando esta otra le haga cargos por sus relaciones con usted.

—Yo no tengo celos.

—Ya lo veo; ni Ricardo, ni el conde tampoco. Todo esto quiere decir que no tienen ustedes alma.

—¡El alma! ¡Siempre el alma! Hé aquí la palabrota... (*le gros mot*). ¿Y qué es el alma?

—El alma, señorita, es una cosa que no come ni se viste. Una inquietud, una sed, una facultad, una capacidad que hay en nuestra naturaleza, que solo se nutre, se calma y se complace con verdades, con afectos, con íntimas convicciones. El alma es aquello que gime muchas veces dentro de nosotros cuando hemos comido bien, y vamos muy elegantes, y nos paseamos en coche, teniendo á nuestro lado una mujer hermosísima, de esas que cuestan, no digo 2,500 francos al año como usted (que es muy barata), sino 100,000 francos ó 100,000 luises, como algunas notabilidades de la ópera. El alma es la tristeza de los ricos, el tédio de los poderosos, el malestar de los saludables. El alma es un personaje tan susceptible, que cuando ama (y no puede vivir sin amar), tiene celos del pasado de la mujer preferida, de su porvenir, de sus intenciones, de todo lo que no sea poseerla de un modo absoluto, infinito, ilimitado. Esto seria siempre irrealizable; pero el alma es poeta, vive de ilusiones, se satisface con vanas apariencias, quiere ser engañada; y cuando ama á una mujer, se contenta con que esta le diga que nunca amó á nadie como ama en aquel momento, y que nunca podrá amar á otro hombre. *Siempre* y *nunca* (creo que soy yo el que lo ha dicho), son dos palabras que se rien del que las pronuncia; mas para el alma enamorada tienen una música divina.—«Yo te amaré siempre; yo moriré cuando me abandones; yo te he buscado y esperado toda mi vida...» Estas lisongeras frases, que no son mentira, aunque sean falsas; estos temerarios conceptos en que creen firmemente muchos de los que los dicen, son la esencia y la vida del amor. Yo comprendo que el amante tolere al marido. El lazo del matrimonio es sagrado é indisoluble. Lo que no comprendo es que Ricardo tolere al conde, por consideracion á unos trajes y á unos alimentos. Por eso digo que no la ama á usted.—Y usted no puede amar tampoco á Ricardo; porque el vil materialista que transige de ese modo en una cuestion de sentimiento, solo merece menosprecio y asco. Y el conde no puede amarla á usted; porque el conde tiene motivos para creer que su amor de usted será interesado y para despreciarla por consiguiente; ni usted

tampoco puede amar al conde, sino aborrecerle, primero: porque es usted su esclava, y segundo: porque él no se ha cuidado nunca de conocer, de halagar ni de adquirir lo que usted debe respetar, amar y reverenciar mas en sí misma... hablo otra vez de su alma! Para el conde es usted un mueble, una fiera hermosa, una estatua de carne. ¡Desgraciada de usted que se deja tratar de este modo por el conde y es al mismo tiempo una especulacion para Ricardo! ¡Mengua para el conde que nada echa de menos en usted y no se avergüenza de servirle á usted de industria! ¡Ignominia para Ricardo, que siendo hombre, se encuentra en igual y peor caso que usted, pues vive comerciando y piensa llegar al matrimonio por el camino de un anticipado adulterio!—¡Me pregunta usted qué es el alma!— Yo le pregunto á usted á mi vez cómo se puede vivir sin ella.

Alicia, que me habia oido con suma atencion, soltó una brusca risotada cuando vió que yo habia concluido.

Luego rompió á cantar no sé qué estrivillo de *vaudeville* que principiaba de este modo:

La paix est faite,
ma foi... tant pire...

En seguida se interrumpió, y poniéndose muy enojada, dijo, volviéndose á Mr. Iriarte:

—¡Caballero, su español de usted es un salvaje!

Y cambiando de nuevo de fisonomía, y con voz solemne y apesarada, añadió, cogiéndome una mano:

—Yo tambien tengo mis ideas... Yo creo en Dios...

Por último, reparó en sus piés, admirablemente calzados, y me los mostró, diciendo:

—Mire usted qué bonitas botas... Dicen que las españolas tienen el pié muy pequeño... ¿Es esto verdad?

Mr. Iriarte se reia de mí, al ver mi asombro.

Lucila, que tambien habia escuchado mi discurso, procuraba pasar á mis ojos por mas sublime que su compañera y afectaba con su actitud una profunda melancolía.

Alicia se sintió mal en medio del silencio que habia seguido á su risa, á su canto, á su *credo* y á su pregunta; y cogiéndose de mi brazo y llevándome aparte, me dijo:

—La señorita Lucila es una hipócrita. Quiere hacernos pasar por virtud lo que es en ella una desventaja. La señorita Lucila es desgraciada con los hombres.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que su esposo solo la da 150 francos al mes y no la visita sino dos veces por semana. Yo tengo ya 3,000 francos de economías, y ella no puede contar con un *sou*. Cuando Ricardo se case conmigo me llevará á su país, en donde le colocará su tio: allí ganará reputacion y ahorrará dinero. Yo seré muy buena y vi-

viré convenientemente. Todo el mundo nos respetará. Yo daré buenos consejos á Ricardo y estimularé su ambicion. De este modo y andando el tiempo, el gobierno lo designará para diputado. Volveremos á París. Mi belleza es sólida, como usted ve, y durará todavía para entonces. Una vez en París, nadie me reconocerá, pues aquella sociedad se remuda cada cuatro años, y además nosotros viviremos en un círculo que hoy nos es completamente ageno. Ricardo es elocuente... Hablará en el cuerpo legislativo... ¡y quién sabe!—Ya ve usted que mis inclinaciones son dignas, son honradas. ¡Y cómo me admirarán los hombres en los bailes de las Tullerías! Yo tengo una espalda y unos hombros muy aristocráticos, y el conde me dice que con el vestido de córte pareceré una duquesa. Yo fuí una noche escotada á los Italianos, á palco de primer piso, que cuesta muy caro... y todo el mundo reparó en mí, tomándome por una señora *comm'il faut*. A mí me gusta mucho el campo... y vivir sola con las flores, que la hacen pensar á una en el buen Dios. Yo quisiera tener una quinta que me costase 15,000 francos de alquiler, con una cascada artificial, una gruta, dos cabras y un bosque bastante grande para que no la viesen á una cuando se escondiese allí para leer un libro de Alfonso Karr. ¡Oh!... yo amo mucho la naturaleza... Yo soy buena, Dios mio... Yo le he enviado una vez á mi madre á Burdeos un chal que solo me habia puesto diez ó doce veces, y que le costó á mi esposo 300 francos... un chal muy bonito, que me iba muy bien con cierto sombrero blanco que le vendí á Lucila por la mitad de su precio... ¡Oh! caballero, yo tengo un alma. Yo sé que hay *algo*... Nosotros no somos como los perros. Yo he llorado en el teatro una porcion de veces...

En esto habíamos subido por una oscura y retorcida calle de árboles hasta lo alto de una montaña que se llama, me parece, *la Celle-Saint-Cloud*, toda ella sembrada de palacios, quintas y bosques de dominio particular.

En lo alto de la cuesta habia un *restaurant*, ¿qué digo restaurant? un verdadero *hotel* campestre. Las señoritas se manifestaron muy cansadas. Eran ya las dos de la tarde. Hicimos, pues, alto en aquel lugar.

Mas ¿para qué he de referiros los pormenores de las muchas horas que duró todavía esta singular aventura?—Básteos saber que pasamos allí la tarde jugando al billar; que comimos en un precioso jardin de aquella casa; que como estábamos á legua y media de la casa de Mauricio, no nos atrevimos á volver á ella en la oscuridad de la noche por miedo de perdernos; que á la mañana siguiente á eso de las nueve estábamos otra vez jugando al billar, esperando el almuerzo, que fue espléndido; que despues de almorzar jugamos al *ecarté*; que á la tarde bajamos en casa de Mauricio; que cuando llegamos allá habia partido ya el tren para París; que nos vimos por consiguiente obligados á dormir tambien aquella noche en el campo, y que por no tener bastantes camas el buen pescador, decidimos Iriarte y yo irnos á su casa de Chatou.

Creo inútil decir que seguíamos fieles á nuestro juramento de tratar á Alicia y Lucila como á dos amigas.

Ellas vinieron á despedirnos hasta la orilla del rio.

—Mañana á las ocho nos reuniremos en la isla para marchar juntos á París, las dijimos al embarcarnos. Almorzaremos bajo los árboles y partiremos en el tren de las diez.

—Está convenido, respondieron ellas.

Vogamos, pues.

Eran las seis de la tarde.

Apenas quedaba en el cielo una leve claridad del agonizante crepúsculo.

La isla, á la cual nos dirigíamos sesgando las aguas contra corriente, aparecia negra y silenciosa como un largo ataud.

En la orilla que abandonábamos se percibian aun las graciosas figuras de las dos parisienses, que cantaban con argentinas voces aquel malicioso estrivillo:

La paix est faite...
ma foi... tant pire...

De pronto, y cuando nos hallábamos en medio del Sena, tropezó nuestra barca con un objeto que bajaba lentamente por el rio.

—¿Qué es eso? preguntó Iriarte, que remaba de pié en medio del bote.

Yo iba sentado á proa... pero el horror no me dejó decir al pronto lo que habia visto.

Habia visto una faz amoratada, una barba y unos cabellos negros, unos ojos en blanco, un cuello de camisa y una corbata; una lúgubre cabeza, en fin, que salia de entre las aguas como de entre los pliegues de un inmenso sudario...

—¡Es un ahogado! esclamé por último.

—¡*Un noyé*! gritó Mr. Iriarte.

El canto de las jóvenes se interrumpió por sus gritos.

—¡Un ahogado! ¡Un ahogado! repitieron varias voces en casa de Mauricio.

Nosotros pugnábamos por echar mano al cadáver; pero no nos lo permitian nuestra torpeza, nuestra misma turbacion y las viradas de la barca al tropezar con él.

Un momento despues se hallaba Mauricio en otra barca al lado de la nuestra.

—¿Qué vais á hacer? nos dijo.

—Queremos sacarlo, respondí yo.

—¿Para qué? ¿No veis que está bien muerto?

En efecto, el cadáver estaba hinchado.

—¿Qué importa? dije yo.—¿Hemos de dejarlo ahí? Ayudadnos á sacarlo.

—No haré tal, respondió Mauricio, ni os aconsejo que lo hagais. Tendríamos que avisar al alcalde de Bougival. Este nos pondria presos y nos llevaria al pueblo. Pasaríamos la noche y el dia de mañana en declaraciones, careos é interrogatorios insultantes, y quién sabe si reconocerian al cabo nuestra inocencia! Yo tengo enemigos en Bougival. Ese desgraciado se tiraria probablemente por un puente... allá en París... No tendria dinero ó le perseguirian por deudas... No es el primero que ha pasado por aquí desde que soy pescador. Mañana, con la luz

del dia, verán cruzar ese cadáver desde algun pueblo de la ribera y le sacarán sin esponerse á nada. Lo que á mí me sorprende es que este cuerpo haya estado en el rio todo el dia de hoy sin que nadie lo vea, y esta misma reflexion nos haria la justicia de Bougival... ¡Ah! es un mal negocio. Dejémoslo así y procuremos nosotros dormir mas abrigados que ese pobre caballero.

—Mauricio tiene razon, dijo Iriarte. Esta aventura nos atraeria muchos compromisos. Repare usted que hace dias llevamos una vida que no tiene fácil esplicacion, sobre todo á los ojos de un alcalde.

Yo habia resuelto ya tambien dejar á Dios todo aquel drama, cuyo desenlace acabábamos de entreveer; pero seguí con la mirada el punto negro que marcaba sobre las ondas la cabeza del suicida, hasta que lo ví desaparecer en un recodo del rio.

Con esto, dimos las buenas noches al pescador, que rigió su bote con direccion á su casa, y nosotros seguimos vogando hácia la isla de Croissy.

Diez minutos despues estábamos en Chatou.

Al dia siguiente, cuando nos levantamos, de todo teníamos gana Mr. Iriarte y yo, menos de continuar las aventuras del dia precedente.

El encuentro con el ahogado habia ennegrecido nuestra imaginacion.

Cumplimos, sin embargo, nuestra promesa, y concurrimos á la cita á la hora prefijada.

La isla estaba desierta.—Fuimos en casa de Mauricio, y allí supimos que nuestras dos amigas, espantadas tambien por aquel siniestro lance, habian levantado el vuelo hácia París en el primer tren de la mañana, encargando á la viejecita que nos presentase sus escusas.

Mucho nos alegramos de esto; pero lo mas singular es que yo no sentia el menor deseo de volver á París.

El dia estaba hermoso. Bougival se distinguia allá abajo, á la orilla del rio, tan gracioso y sonriente como la creacion de un artista. Mi *toilette* se habia reparado, gracias á Mr. Iriarte, lo cual se hacia ya muy urgente, pues recordareis que cuando salí de mi casa hacia tres dias, solo era mi intento hacer una visita en la ciudad. En la serena atmósfera de la mañana vibraban los ecos de una campana remota que tocaba á misa. Carlos y Sofía, los hijos de Mauricio, se disponían ya para ir á la escuela del pueblo. La idea de París me causaba vértigo y disgusto.

—Vámonos á Bougival, dije á Mr. Iriarte.

—Sí, vengan ustedes, esclamaron los niños. Hoy hay una misa solemne en la iglesia.

—Vamos á Bougival, añadió mi buen amigo.

Emprendimos la marcha.

Por el camino fuimos encontrando mucha gente que acudia á la misa desde las casas de campo de la comarca. Algunas elegantísimas damas iban en soberbios carruajes. Sofía nos dijo el nombre de bastantes de ellas, y entre estos nombres oimos algunos muy ilustres en la antigua historia de Francia.



Iglesia de la Magdalena en Paris.

Una vez en Bougival, dejamos á los niños en la escuela, y nos dirigimos al templo.

Este es antiquísimo y de severa arquitectura. Todo él estaba ocupado por

hileras de sillas, á modo de teatro casero. Cada silla tenia escrito el nombre del *abonado* á quien pertenecia. Es decir que por sentarse en la iglesia se paga un tanto al año, como por una butaca de la Grande Opera ó por un nicho del cementerio.

Un acomodador cuidaba de que nadie ocupase sino el lugar que le correspondia.

Nosotros permanecimos de rodillas ó de pié, lo cual no se me hizo cuesta arriba, pues estaba acostumbrado á oir misa de aquel modo.

Todo el público leia. He olvidado deciros que las sillas están construidas de manera que cada una sirve de reclinatorio al que está abonado detrás.

Salió la misa.

Naturalmente habian de chocarme en ella muchas cosas.

La música me pareció bastante profana en su espíritu, y la manera de cantar sumamente melodramática.

El latin, pronunciado á la francesa, se me hacia ininteligible ó me daba ganas de reir.

Las reverencias del sacerdote tenian algo de mundano, de elegante, de palaciego.

La plática que dirigió al auditorio despues de la consagracion, llevaba tal sello de sociabilidad, de cortesanía, de finura profana, que ni revelaba autoridad ni me infundió respeto.

El cura habló á la razon, aduló á sus ovejas, y empleó en fin, aquellas frases comunes, vulgares, estereotipadas sobre los labios de todos los franceses, que hacen semejantes, si no idénticos, los discursos del emperador y los anuncios de los perfumistas, las arengas de los generales y los manifiestos de las mujeres sensibles, los sermones y las comedias, los prospectos de los charlatanes y los folletines de los periódicos.—El mismo enfático estilo, la misma filosofía utilitaria, el mismo solemne tono, los mismos ademanes académicos.

Acaso haya en esto algo de preocupacion mia; pero yo creo que todos los franceses dicen una misma cosa en cada situacion dada, esto es, que no hay en toda Francia sino una sola conversacion (hecha ya y fiambre, como dije hace algun tiempo), conversacion que todos saben de memoria y repiten como papagayos en cada circunstancia de la vida.

Yo creo eso; y lo que no creo; de lo que estoy completamente seguro, es de que todos emplean en el discurso unos mismos giros, iguales inflexiones de voz, idéntica forma de períodos, cláusulas y oraciones.

Dícenme personas entendidas que esto consiste en que el lenguaje francés está muy trabajado, muy batido, muy formado por tantos años de cultura, de periodismo, de parlamento, de asociaciones, de comunicacion y trato con todo el mundo, y tambien en la índole espansiva, locuaz y propagadora del pueblo francés; pero yo juzgo que además entrará por algo en esta monotonía de la conversacion y poca originalidad de los pensamientos, la falta de caracteres, la abdicacion individual, el abandono de la conciencia propia.—Dicho se está que

escluyo de esta regla á los grandes escritores, á las eminencias, á los entendimientos escepcionales; pero la generalidad, la inmensa vulgaridad de Francia, consulta mas su memoria que su corazon, y dice lo que sabe, sin saber muchas veces lo que dice.

Afortunadamente, aquel dia no era la misa de precepto. En este caso, me hubiera remordido la conciencia como si no la hubiera oido. Y es que durante toda la santa ceremonia no tuve ni un solo momento de devocion, entregado á los pensamientos que habeis visto y á otros muchos mas trascendentales. Yo pensaba en la *Diosa Razon*, en la filantropía, en la ocupacion de Roma, en los premios á la virtud, en el suicida de la tarde antes, en las esposas de alquiler, en el sufragio universal, en Lamoriciere y los legitimistas, en el derecho al trabajo, y en otras muchas cosas que apreciaremos en conjunto cuando epiloguemos nuestras observaciones antes de salir de Francia.

Tampoco me parece oportuno seguir refiriéndoos tan prolijamente todo lo demás que me ocurrió en los tres dias que permanecí todavía en el campo sin resolverme á volver á París. Yo os supongo ansiosos de regresar á la gran capital, de la que no os alejará como á mí no sé qué misteriosa enfermedad del alma.

Os hago gracia, pues, de acompañarme en mi escursion á la magnífica quinta de *Monte-Cristo*, construida por Alejandro Dumas cuando escribia *Los Mosqueteros*. Esta quinta, en que empleó muchos millones, se haya situada á media legua de Bougival. Ya no le pertenece al gran novelista, sino á un comerciante, si no me equivoco. Es un conjunto fantástico de palacio, fortaleza y *villa* italiana.

Yo la hubiera visitado detenidamente cuando pertenecia al popular escritor. Hoy me ha causado tedio verla en poder de otro, y la he saludado al paso y sin respeto.

Tambien os dispenso de recorrer conmigo otros muchos parajes campestres en que nunca dejé de encontrar una fonda cuando menos, y periódicos del dia.

Volvamos á París; pero no por el camino que ya conocemos.

A un tiro de bala de la casa del pescador, pasa un ferro-carril americano ó de sangre. De media en media hora cruza por allí un enorme ómnibus que recoge la gente de la orilla izquierda del Sena y la lleva á Rueil, en donde toma el camino de hierro de vapor que me trajo á mí á Chatou.

Esperemos el ómnibus junto á esta garita de madera que marca la estacion de la *Bajada de la Jonchere*, por donde se va á la *Celle-Saint-Cloud* que ya conocemos.

Pero hé aquí ya el inmenso vehículo atestado de gente...

Algunos bajan y nosotros montamos.

Un solo caballo, recio como un elefante, arrastra á cincuenta personas.

Demos un adios á estos pintorescos sitios, donde he pasado cerca de una semana sin propósito anterior ni ocasion ninguna para ello.—Yo no diré que he

perdido esos dias. ¿Qué dias son los que no se pierden?—Solo sé que he vivido. Lo mas que concederé es que he vivido ***entre paréntesis.***

El ómnibus se para delante de un palacio.

El conductor grita ¡***la Malmaison***!

Ahí vive la reina Cristina, madre de la reina de España.

Ahí murió Josefina, la esposa repudiada por Napoleon.

Nadie sube al ómnibus ni nadie baja de él.

Continuamos, pues, nuestro camino.

Hénos ya en Rueil... Hemos llegado á tiempo... Los rugidos del tren resuenan á poca distancia...

Aquí lo tenemos... Asaltemos un coche... Suena la señal...

Estamos en París.

Asi va el siglo.

VII.

Dos conciertos.—Muerte y entierro de la duquesa de Alba.

Una vez en Paris, no creais que me dediqué á la contemplacion y exámen de sus obras de arte, al estudio de su historia, ni á la poesía de sus recuerdos.

Nada de esto cumplia á mi propósito.

Lo que yo tenia que observar y aprender en París era la manera de ser de sus habitantes, las costumbres, el estado social, la vida humana.

Permanecí, pues, en aquella capital mes y medio dejándome llevar por el acaso, penetrando en todas partes hasta donde me lo permitian mis medios y no desperdiciando ocasion ninguna, por trivial y nimia que pareciese á primera vista, en que hacer uso de mi lente filosófico. Asi es que llevé la vida de corbata blanca y la vida sin corbata; bajé, subí; fuí á los bailes mas encopetados y á los bailes de las ***barreras***; á los museos y á los cafés, á los restaurant de primer órden y á los establecimientos de ***Bouillon***; á los entierros y al ***casino*** (rue Cadet), al teatro Francés y al teatro *Seraphin*; comí cada dia en un sitio distinto, y dormí cada noche en un barrio diferente; hablé con muchos pordioseros y con algunos príncipes, con bailarinas y con hermanas de la caridad; paseé por el bosque de Boloña y por el Jardin de plantas; conocí al literato de reputacion europea y al bohemio sin reputacion; aproveché y esploté la locuacidad de todo el mundo, haciendo que me contasen su historia desde los cocheros que me llevaron en cabriolé hasta el centinela que me volvió atrás con un ***c' est defendu***, desde el que me vendió pomada hasta el que me pidió limosna, desde la actriz hasta el mozo de café, desde el sabio hasta el obrero; y por la noche, ó en mis ratos de soledad, ó en mis escursiones al campo, me dediqué con afan á combinar tan diversos elementos, á convertirlos en sustancia, á darme cuenta, en fin, de la suma total que rendian mis encontradas observaciones, ó sea del oro y de

la escoria que resultan cuando se funde en un cerebro español cierta cantidad de vida de París.

Indudablemente, algun deseo me impulsaba á esta multiforme investigacion; alguna cosa buscaba yo con impaciente anhelo en el corazon de la sociedad francesa.—¡Oh! yo buscaba una verdad en medio de tantas farsas y mentiras; yo buscaba el por qué de las cosas, el objeto, el fin, el ideal de la vida moderna; la fé, la creencia, el interés supremo de la actual civilizacion, su eje; su polo, su término adorado.... ¿Y qué encontré?

Yo no pudiera conduciros de la mano á presenciar hora por hora cada uno de los variados espectáculos que constituyeron mi vida de París. Esto seria interminable. Yo os daré mis impresiones en conjunto, ó cuando menos, agrupadas. En nuestra escursion al campo hemos ensayado el método narrativo, y ya habreis reparado cuánta prolijidad requiere. Mas adelante, cuando viajemos de prisa, lo emplearemos nuevamente; pero ahora, para daros una idea de cuarenta y tantos dias de continuadas observaciones en una misma capital, tengo que limitarme á resumir mis juicios y establecer ciertas conclusiones, que os suplico acepteis sin discusion, relevándome de aducir sus fundamentos.

Pero antes de emprender esta tarea, bueno será que respireis algunos instantes un aire mas puro que hasta aquí; bueno será que os arranque por un momento de la mefítica atmósfera de las costumbres parisienses y os conduzca á otra etérea region en que el espíritu tiende sin recelo sus invisibles alas. Esta digresion os proporcionará además la dicha de conocer á uno de los hombres mas ilustres de nuestro siglo.

Es, pues, el caso que habiendo yo encontrado en París á mi ilustre y antiguo amigo Jorge Ronconi, á quien debo las mas profundas emociones que haya producido nunca el arte en mi alma, y á quien toda Europa admira como á uno de los genios mas poderosos que han aparecido sobre la escena, recibí un sábado una carta suya en que me llamaba á comer, con espresa recomendacion de que fuese vestido de etiqueta.

Ronconi es uno de los hombres de mejor humor que yo he conocido: asi es que me creí objeto de una de tantas bromas como nos hemos dado en su céleére cármen de Granada; pero por lo que pudiera suceder, echéme una corbata blanca en el bolsillo, y acudí á su casa á la hora de comer.

El esposo de *Maria di Rohan* me aguardaba sentado ya á la mesa y ceremoniosamente vestido, aunque no tenia mas convidado que yo.

Era indudable que pensaba llevarme á alguna casa luego que comiéramos.

Yo le rogué muchas veces que me dijera de qué se trataba; pero él no me lo quiso declarar: hablóme, sí, de que me esperaba una gran sorpresa, y de este modo trascurrió la comida y salimos á la calle.

En la plaza de la Magdalena tomamos un carruaje de alquiler.

—Al ferro-carril del Oeste, dijo Ronconi.

Mi curiosidad subia de punto. ¿Ibamos á esperar á alguien? ¿Tenia aquello algo que ver con mis aventuras en casa de Mauricio?—Ronconi se reia.

A eso de las ocho llegamos á la estacion. Mi amigo tomó unos billetes en el despacho, sin que yo oyese para dónde eran; díjome que le siguiese, y entramos en un tren que se disponía á partir.

¿Qué significaba aquel viaje de frac y corbata blanca? Yo pensé mil disparates.—Pensé en la *Malmaison*, é hice observaciones á Ronconi; pensé en Bougival y en el suicida; pensé yo no sé cuantas cosas... ¡Y mi amigo no me despenaba!

Asi corrió el tren como unos cinco kilómetros.

Paróse luego, y los empleados de una estacion gritaron: *¡Passy! ¡Passy! ¡tres minutos!*

Ronconi me indicó que habíamos llegado.

Echamos pié á tierra, partió el tren, y nos quedamos solos y á oscuras en mitad del campo.

Yo estaba en mis glorias.—Convendreis conmigo en que la aventura era singularísima.—Ronconi se orientó como pudo, y anduvimos un poco tiempo bajo los árboles por un piso de menuda arena.—Luego entramos en un jardin que lindaba con una recia muralla, que no era sino la muralla de París.—Allí habia ya algunos faroles de gas.

—Repara que este jardin, me dijo Ronconi, tiene la figura de un piano de cola.

Era verdad.

Pasamos una verja de hierro, y entonces apareció ante nuestros ojos un gracioso palacio de pequeñas dimensiones, cuya artística fachada se perfilaba á la luz de dos enormes candelabros que habia delante de la puerta.

Ronconi seguia implacable.—Yo presentia algo de estraordinario. El grande artista no podia darle tanta importancia á un acontecimiento vulgar.

Entramos. Al pasar la puerta empezaba el gran lujo de la casa. Indudablemente, la recepcion era en el piso bajo. Criados muy elegantes se apoderaron de nuestros abrigos, y otro abrió una puerta que habia á la derecha, al través de la cual se escuchaban risas y murmullos.

—Sígueme, dijo Ronconi.

La habitacion en que penetramos era pequeña y cuadrada, toda revestida de blanco y oro, con *parquet* en vez de alfombra, y sillones y cortinas de tapicería roja y negra. En frente de la puerta habia un gran piano vertical, cuyas luces estaban encendidas.

Hallábanse reunidas en aquel aposento hasta unas veinte personas de muy distinguido porte y elegantemente vestidas. Entre ellas habia seis ó siete damas.

Cerca del piano se encontraba un viejo alto, grueso, fuerte, con gran peluca rubia, y unas ligeras patillas blancas, sin un hueso en la boca, de grandes y nobles facciones y ojos muy vivos y penetrantes. Vestia un *rendingot* castaño, de alto cuello; ancho corbatin de forma antigua y holgado pantalon oscuro. Llevaba en el ojal el boton de la Legion de Honor. Tenia en la mano una caja de rapé, y su voz era destemplada, dominante y agresiva. Hablaba en italiano.

No bien distinguió á Ronconi, dejó la conversacion que tenia con una dama, y vino hácia él con los brazos abiertos.

—¡Gran canalla! ¡Jorge mio! esclamó abrazándole.

—¡Viejo lobo! ¡Joaquin mio! respondió Ronconi.

Y se besaron.

Yo habia reconocido ya á aquel viejo, cuyos retratos inundan todos los aparadores de París.

Era Rossini.

¡Era el autor del *Barbero de Sevilla*, de *Moisés*, de *Semíramis*, de *Guillermo Tell*, del *Stabat Mater*, de la *Ceneréntola*, del *Otelo*, de tantas obras inmortales!—¡Era el precursor y el maestro de Donnizzetti y Bellini!—Era el intérprete de los afectos de nuestros padres, el cantor de sus pasiones, el que despertó en su alma aquel amor de que nosotros somos hijos, el que encantó su juventud, el que presidió como un númen á tantas y tantas noches pasadas en el deliquio del entusiasmo musical en teatros que brotaban á su voz como las ciudades de Grecia á la voz de Orfeo; era la poesía y la ternura de todo un siglo; era el creador de los cantos que arrullaron nuestra cuna; era el nombre idolatrado que aprendimos á venerar en nuestra niñez; era el Dios de las hermosas de hace cuarenta ó cincuenta años; era el sol de aquellos dias melancólicamente recordados por las nuestras decrépitas devotas; era el héroe de mil y mil campañas; era la aurora del romanticismo, cuyo lúgubre anochecer nosotros hemos presenciado; era el que compartió los aplausos del mundo con sus dos grandes contemporáneos lord Byron y Napoleon; era el hombre que ya vive en la historia con el poético dictado del *cisne de Pessaro*; era Rossini, y esto lo dice todo!

Considerad, pues, cuales serian mi sorpresa, mi turbacion y mi asombro al verme á dos pasos de él.

Entre tanto, Ronconi le habia dicho mi nombre, mi patria, y otras cosas que no oí.

El maestro me tendió su mano, que yo estreché con efusion.

Si con anticipacion se me hubiese anunciado que la mano de Rossini llegaria á tocar la mia, yo hubiera creido que mi primer movimiento habria sido besar la suya... Pero los hechos en realidad nunca son tan solemnes como los concibe la imaginacion. No se la besé, pues.

En cambio, tampoco le dirigí elogios ni cumplimientos. ¿Qué podia yo decirle que no le hubiesen repetido hasta la saciedad, durante cincuenta años, todos los sabios, todos los poetas, todos los artistas, todos los héroes, todos los reyes y emperadores de este siglo?—Rossini ha apurado, como pocos mortales, la dorada copa de la gloria.—El ha sido llevado en triunfo un millon de veces desde el teatro á su casa; él ha sido amado y requerido por las mujeres mas notables y hermosas de su tiempo (pues él ha sido tambien hermoso como un Apolo antiguo); él ha sido adulado y mimado por los soberanos mas poderosos y adustos; él ha sido aclamado en las calles y paseos por las masas populares; la prensa de todo el universo se ha fatigado en su elogio y se han escrito mas historias de su

vida que de la vida de Napoleon I. Y él ha desdeñado todo ésto; él se ha burlado de sí mismo y del entusiasmo que producia; él se ha complacido siempre en desencantar á sus admiradores y panegiristas; él se ha reido con la risa de Voltaire, con la de Anacreonte y con la de Polichinela; y riéndose de este modo, ha hecho temblar y gemir al mundo entero; ha amasado una respetable cantidad de millones de francos, y se ha divertido como pocos hombres en el mundo.

Se dice,—yo no lo creo ni lo concibo,—que Rossini no ha tenido nunca corazon, ni cariño al arte, ni fe en nada inmaterial, ni un amor serio, ni respetos de ninguna especie. Se dice que su única pasion ha sido la avaricia, su único ideal el oro, su único Dios el *franco*...—Repito que no lo creo.—No se debe juzgar á nadie por sus palabras, ni tampoco el carácter es la espresion de los sentimientos del espíritu.—¡Quién sabe la reconcentrada ternura, la oculta poesía, la honda tristeza que habria habido siempre en el fondo del alma del autor de la *Donna del Lago*!—Decidme que es misántropo, y lo creeré; que despreció á la humanidad desde niño; que la fortuna lo hizo cruel; que las glorias de la tierra le parecieron ridículas... Pero yo no reconoceré nunca que pueda el genio, y un genio innovador y revolucionario como el suyo, dar á cada afecto su canto, á cada pasion su lloro, á cada dolor su gemido, voz á la naturaleza y levantar á Dios himnos tan puros como la plegaria del *Moisés*, sin que su alma y su corazon encierren todo el fuego y todas las lágrimas que forman la esencia de su música, y que esta misma música hace germinar en nuestros pechos.—Lo demás seria absurdo, inesplicable, monstruoso.

Rossini era tratado en su tertulia como un verdadero rey de otros tiempos. El atacaba á todo el mundo con sus sangrientos sarcasmos, con su ácida burla, con sus mordaces epígramas, y nadie le devolvia un solo golpe; todos se daban por muy honrados con las familiaridades del gran maestro.

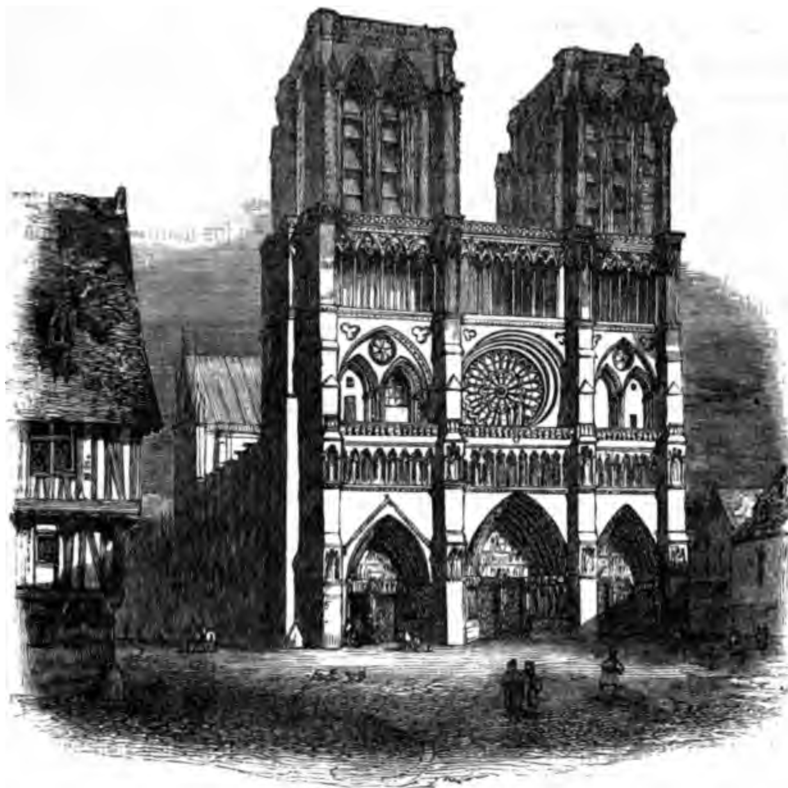
Solo Ronconi era respetado ó se permitia contestar con chistes á sus chistes.

Constituian la reunion la esposa de Rossini, de la que os diré algo, dos altos dignatarios del imperio, al alcalde de Passy, una vieja condesa dueña de una casa de campo contigua, y varios cantantes y cantatrices de *primo cartello*, entre los cuales yo conocia á unos por haberlos oido cantar en el Teatro Real de Madrid, y á otros por las trompetas de la fama.

Todos aquellos ruiseñores de frac ó con abanico se hallaban de paso en la capital de Francia, desde donde habian de partir pronto, cada uno con rumbo diferente, segun la escritura que hubiese firmado aquel verano.

Cuál iba á Berlin, cuál á San Petersburgo, cuál á América, cuál á Nápoles; este á Madrid, aquel á Lóndres; el uno á Viena, el otro á Copenhague.—Yo pensé por un momento en el invierno que se acercaba; en el frio y en la oscuridad de nebulosas capitales cubiertas de nieve; en el alumbrado, en la música, en los caloríferos y en el amor que animarian en tanto aquellos teatros; en las elegantes muchedumbres que los poblarian; en los parasismos de silencio religioso que producian aquellos cantantes en tal *aria* ó en tal *duo*; en la primavera que llegaria despues; en entierros y casamientos; en el sueño de la vida y de la

muerte... y no pude darme cuenta ni me la doy en este instante de la rara poesía que encontraba mi imaginacion en tan estensas consideraciones.—Yo no sé si era un afan de ubicuidad, curiosidad de viajero, amor al género humano ó aquella delirante codicia que le hacia desear á lord Byron que todas las mujeres del Norte y del Mediodía se compendiasen en una sola.



Iglesia de Nuestra Señora de Paris.

Por ser amigo de Ronconi y recien presentado en la tertulia, yo merecí de Rossini alguna circunspeccion.

Además que el maestro ama mucho á España.

Todo el mundo sabe que su primera mujer, la famosa Isabel Colbrand, era española.

Rossini posee perfectamente nuestra lengua: su pronunciacion y su acento son los mismos que reparé mas tarde en el Papa, cuando tuve la dicha de oirle hablar en español.

Este acento y esta pronunciacion son muy parecidos á los del pueblo bajo de Valencia cuando pretende hablar en castellano.

Mi conversacion con el autor del *Barbero de Sevilla* versó casi toda acerca de España.

Ronconi habia hecho mi presentacion en toda forma, acompañándola de ciertos datos biográficos.

Con este motivo, el maestro tarareó un pasaje de su *Otelo*.

Luego me habló de las catalanas, y me dijo que habia visto pocas mujeres que le gustaran tanto.

—Yo estuve en Madrid ocho dias hace treinta años. Usted no habria nacido, y la mayor parte de las personas que yo conocí ya se habrán muerto. Lo que no puedo olvidar es el jamon de las Alpujarras. ¿No están las Alpujarras cerca de su pueblo de usted?

—Todo es Sierra-Nevada, y si usted quiere, yo le enviaré...

—Eso le corresponde á este, respondió acariciando á Ronconi. El me los envia con frecuencia.—Y ¿qué opinan ustedes por allí de los asuntos de Italia?

—Cada cual opina su cosa, como en todas partes, contesté yo bastante aturdido.

Por entonces se hablaba mucho en los periódicos de que el rey de Nápoles iria á vivir al palacio de San Telmo de Sevilla.

Rossini creyó ver en mi contestacion una falta de franqueza, y me castigó con esta frase:

—Yo he oido decir que han ajustado ustedes á Francisco II para que les cante el *Barbero de Sevilla*.

—Podrá ser muy bien, maestro, le contesté; pues en España gusta mucho esa ópera.

—¡Oh! ¡la bella España! esclamó con dulzura. Yo estuve allá en 1831, en compañía de mi grande amigo el banquero Aguado, y nunca podré olvidar las atenciones de que fuí objeto. Fernando VII y María Cristina me obsequiaron mucho, y yo le dediqué á esta una *romanza* titulada *La Passegiata*...

Aquí me hizo algunas preguntas y lanzó varios sarcasmos políticos que no debo consignar.

Luego continuó:

—Todavía anda entre mis papeles una real órden refrendada por el ministro Ballesteros en que se me concede el uso de uniforme de maestro del Conservatorio de María Cristina. ¡Bien me divertí allí una noche en que me dedicaron un concierto, todo compuesto de piezas de mis óperas! ¡Qué lindas mujeres habia entonces en España!—Ya estarán viejas como yo... Pero supongo que habrá otras nuevas.

Rossini nació en 1792.

—Carnicer, mi pobre Carnicer, á quien yo queria mucho, y que era un grande artista, dirigia el concierto... La grandeza me dió bailes y comidas... Y Varela... el buen Varela... el comisario de Cruzada, me ofreció un banquete musical suntuosísimo, al que asistió medio Madrid. A aquel escelente hombre y á aquella magnífica fiesta se debió mi *Stabat Mater*, que, como sabrá usted, le

dediqué á Varela, y se estrenó dos años mas tarde en *San Felipe el Real de Madrid*... Despues estuve en Barcelona, en la hermosa Barcelona... donde los catalanes hicieron locuras conmigo... Yo comprendo que este mal sugeto, añadió por último señalando á Ronconi, haya fijado sus cuarteles de invierno en España... ¡Aquella es una noble tierra!—Con que... anda, Jorge; preséntale tu moro á mi mujer y vamos á hacer un poco ruido en ese piano.

Mad. Rossini, la segunda esposa del gran maestro, data de 1847: antes se llamaba Mad. Pelissier.—La Colbrand murió en 1845.

Mad. Rossini habrá sido bella. Hoy es elegante.

Táchasela de codiciosa, y se dice que obliga á Rossini á escribir todas las semanas alguna melodía, alguna *romanza*, algun coro, cualquier cosa, en fin, con tal que sea música, llevando en ello la intencion, no de acrecer el tesoro del arte, sino su tesoro particular.

Estas composiciones del ilustre maestro se tocan una sola vez en la tertulia, y luego desaparecen sin que se vuelva á hablar de ellas.

Es que su mujer las agrega á un volúmen que forma silenciosamente, bajo el título de *Obras póstumas de Rossini.*

Ya comprendeis que cuando muera el autor de *Elisabetta*, esa coleccion de los últimos cantos del cisne se venderán por un precio fabuloso.

El cálculo de Mad. Rossini no puede ser, pues, mas acertado.

En esto hay una visible crueldad, puesto que se priva al grande hombre de gozar en vida sus últimos triunfos, y se cuenta con su muerte como con un nuevo mérito y aumento de valor para sus obras inéditas; pero en medio de todo, no habrá quien no perdone su pecado á Mad. Rossini, en consideracion á que, si no fuera tan codiciosa, no obligaria á trabajar á su anciano esposo, y el mundo se privaria de la preciosa coleccion que conocerá con el tiempo.

El refran tiene razon: no hay mal que por bien no venga.

Afortunadamente para mí, aquella noche debia estrenarse un *Lamento* que el inmortal artista habia escrito por la mañana.

Cuando yo lo ví sentado al piano para interpretar su nueva obra, esperimenté una emocion que adivinareis fácilmente.

Ver á Rossini delante del teclado, equivalia á ver á Mirabeau en la tribuna, á Napoleon á caballo, á lord Byron escribiendo una epopeya sobre el hundido muro de Corinto.

Era una cosa tan solemne como la historia; pero mucho mas augusta por su palpable autenticidad.

El *Lamento* era una melodía sencillísima, llena de sentimiento, y en que se advertia aun aquella gracia, aquella fluidez, aquella sublime facilidad de todas las inspiraciones de Rossini.

El insigne músico indicaba vagamente su idea hiriendo las teclas con sobria precision, como el pintor que fija su concepto con dos ó tres rasgos magistrales.

Por lo demás, su rostro no espresaba ya la burla ni la ironía.

—Mira cómo se le alarga la cara, me observó Ronconi.

Y en efecto, el semblante del compositor ostentaba una seriedad, una compuncion, una ternura estraordinarias.

¡Y con qué respeto, con qué veneracion se escuchaba aquella música!—¡Qué imponente silencio la recogia! ¡Qué aplauso tan amoroso la siguió!

Rossini se reia ya de sí mismo y de nuestro entusiasmo.

Despues cantó Ronconi una *romanza* bufa de Donizetti, titulada *El Trovador*.

Rossini mismo se la acompañó; y mientras todos reian al oir las sales cómicas del gran barítono, el autor del *Barbero*, que unia á veces su cascada voz á la de Ronconi, esclamó dos ó tres veces en los pasajes mas hermosos:

—¡Pobre Donizetti!

Cantóse, por último, el famoso terceto de *La italiana en Argel*, que hizo reir mucho á su mismo autor; sirvióse el té; hablóse de política; dieron las once, y se disolvió la tertulia.

Media hora despues me despedia yo de Ronconi en la plaza de la Magdalena, dándole mil millones de gracias por la inolvidable noche que me habia proporcionado.

¡Asi le haya sido tan agradable al lector la pálida relacion que acabo de hacer de ella!

A la noche siguiente asistí á otro concierto que tampoco podré nunca olvidar.

Escuchadme con paciencia.

Venia yo del bosque de Boloña, al que todas las tardes concurrian centenares de familias españolas de las mas conocidas en la sociedad de Madrid.

El tiempo era hermoso. El otoño se acercaba; pero las aves seguian alegres y canoras; el cielo azul y puro; el aire perfumado y tibio, y las damas principales en carretela descubierta.

Cuantos españoles frecuentaban las largas calles de árboles tendidas á las orillas del lago, buscaban todas las tardes, con el afan mas tierno y el interés mas respetuoso, un carruaje ocupado por dos señoras, que cruzaba como una exhalacion una ó dos veces entre las filas de coches y desaparecia por el Arco de la Estrella, poco antes de la puesta del sol, para no volver hasta el dia siguiente.

Hasta los que no trataban á aquellas dos señoras, quitábanse el sombrero involuntariamente al verlas pasar, y las seguian luego con la vista durante mucho tiempo, revelando en su actitud la mas honda melancolía...

Y era que una de aquellas dos damas, elegante sobre toda ponderacion, y bella como una fantasía de artista, iba reclinada en la carretela, inmóvil, pálida, moribunda, con los ojos y los labios entreabiertos, como si la sobrase luz y la faltase aire para vivir. Era que todos sabíamos que aquella mujer huiria del mundo en un breve plazo; que sus horas estaban contadas; que ni su juventud ni sus encantos, ni su grande alma, ni la esplendente vida de la eterna naturaleza que nos rodeaba, serian bastantes á disputar á la muerte aquella inolvidable hermosura... Era que todos recordábamos haberla visto reinar en los salones de

Madrid, brillar en los teatros, lucir en los paseos; adorada siempre hasta el fanatismo; imitada, envidiada, obedecida; irresistible dictadora donde quiera que apareció, donde quiera que alcanzaron sus miradas.

Indudablemente ya la habeis conocido.—Era la duquesa de Alba.

La otra señora era su madre, su pobre madre, que habia de sufrir el martirio de sonreir al lado del lecho de muerte de su hija, alimentando así hasta la última hora la esperanza de la moribunda.

La tarde que digo era ya la octava en que la infortunada duquesa no habia sido vista en el Bosque de Boloña.

Al pasar yo por los Campos Elíseos, de vuelta de paseo, me detuve como todos los dias delante de su palacio, á fin de saber de ella.

Pero los melodiosos acordes del *Concierto Musard*, que se hallaba establecido al aire libre, á pocos pasos de la morada de la enferma, me distrajeron esta vez de mi propósito.

La orquesta tocaba un *potpourrí* de los mas apasionados y tiernos *aires* de Donizetti.

Yo me acerqué como tantos otros, y pasé mas de una hora oyendo aquellos cantos tan conocidos y siempre tan amados, que me recordaban muchas temporadas de Teatro Real, muchas noches de ilusion desvanecida y todos los afectos y todas las personas que se relacionaban con aquellos tiempos y con aquella música...

Y pensaba tambien en que la jóven duquesa estaria escuchando desde su lecho de agonía aquellos mismos ecos de sus pasadas agitaciones, aquellos suaves cánticos que compendiaban la existencia que iba á perder, aquellas voces de amor que la recordarian su largo reinado sobre las almas de cuantos la conocieron y á quienes ya no volveria á enagenar su hermosura... ¡Oh! ¡Qué melancólicamente resonarian en su corazon aquellas armonías, mas duraderas que la vida mortal, y que parecian anunciarla que despues que ella desapareciese, todo seguiria en la tierra tal como lo habia conocido, y que aquellas patéticas melodías, en que ella escuchaba el adios del mundo... presidirian otros amores, otras fiestas, otros encantos!

—¡Feliz ella, murmuré para mí mismo; si estas voces fugaces le hacen pensar en la vanidad de las cosas humanas, y poniendo en su espíritu el disgusto de la felicidad terrena, la levantan á la aspiracion de mas grandes y perdurables alegrías! ¡Feliz ella si considera estos cantos como el ruido de una tempestad que se aleja, y presta oido atento á los himnos de la inmortalidad, cuyas doradas puertas verá dibujarse entre desgarradas nubes en el lejano oriente de otra vida!...

Pensando de esta manera, me aparté del concierto y penetré en el hotel de Alba.

Hacia dos minutos que la duquesa habia espirado.

Su muerte habia sido envidiable por la resignacion cristiana con que aquella mujer sublime la vió llegar.

Todavía escuchaba yo desde lo interior del palacio los postreros acordes del aria final de *Lucía*, que empezaron á tocar cuando el alma de la duquesa se hallaba aun en este mundo.

Dos dias despues se verificó el entierro.

La emperatriz se hallaba en la Argelia con el emperador.

El entierro de su hermana no fue, pues, otra cosa que el homenaje que su familia y todos los españoles que se encontraban á la sazon en París rindieron al bien amado que habian perdido.

Y á la verdad que era solemne aquel largo cortejo estranjero que atravesaba los Campos Elíseos con direccion al templo de la Magdalena, por entre dos filas de parisienses llevados de la curiosidad, y que no veian en la estraordinaria mujer que dejaba en triste duelo á la sociedad española sino á la hermana de la emperatriz ausente.

Esta fúnebre ceremonia y el concierto de Rossini fueron las dos únicas escenas que presencié en París con afectuosa emocion y simpático sentimiento.—Todo lo demás que me salió al paso, por desconsolador y horrible que fuese, solo me produjo indignacion, desden ó miedo.—Y es que en París llega á tanto la presuntuosa soberbia del hombre, que sus mayores males no os causan compasion, sino que veis en ellos un castigo merecido, como las plagas que nos refiere la Escritura.

VIII.

Garibaldi y la Rigolboche.—Tendencias de la literatura y del arte.—Carácter de nuestra época.—Napoleon III.—El español en Francia.

Llevaba ya cuarenta y tantos dias de permanencia en París, y como habreis notado, sus maravillosas comodidades y renovados placeres iban depositando en el fondo de mi alma una hez de disgusto y amargura, cuyo orígen adivinaba algunas veces y otras se me ocultaba.

Yo no podia desconocer que París era el pueblo mas divertido del mundo; que en él no se carecia de nada... cuando se tenia dinero; que el gobierno era un verdadero padre de los ciudadanos, y que estos vivian mas libremente bajo la ley del llamado *déspota* que habita en las Tullerías, que las tribus sin casa, ley, ni hogar que vagan por los desiertos...

Yo habia visto el mayor órden y la mas admirable policía en todas partes; el primor artístico, la propiedad y la exactitud en todas las cosas; el rigor legal y la igualdad filosófica nivelando *en teoría* á todos los individuos, y la gracia, la limpieza, la abundancia, el placer, la cordura brillando en los hechos, en las personas y en los objetos inanimados...

Habia admirado los establecimientos de beneficencia civiles y militares, oficiales y privados...

En el *Hotel de los Inválidos*, por ejemplo, habia visto convertidos en unos

verdaderos prevendados á los que se inutilizaron en defensa y gloria de la patria... y casi divinizados á los pocos y decrépitos veteranos que aun quedan del primer imperio...

En los hospitales me habia sorprendido el lujo, el bienestar, el cuidado que rodea á los míseros enfermos...

En los museos habia tenido ocasion de elogiar el respeto y el aprecio que dispensa la Francia á los timbres de su historia, á sus grandes capitanes, á sus artistas, á sus escritores...

En Versalles ví salones inmensos llenos de grandes lienzos y hermosas estatuas que representaban los hechos de armas de las recientes guerras de la Argelia, de Crimea y de Italia, y á los héroes que los llevaron á cabo...

En otro lado ví toda la epopeya de Napoleon I, traducida en grandes obras de arte...

Debajo del monumental mercado que acaba de construirse, habia contemplado con asombro el depósito de agua del mar en que se mantienen vivos los pescados que ha de devorar París, y los ferro-carriles subterráneos que lo abastecen de carnes, legumbres y otros comestibles...

En las imprentas de primer órden habia visto nacer los libros y los periódicos en tal multitud y con tanta celeridad como si los produjese un milagroso *fiat*...

Cinco minutos despues de un espantoso aguacero habia encontrado á París tan limpio, tan bello, tan brillante como una casa recien arreglada para recibir á dos novios...

En las fábricas me habia sorprendido la multiplicacion del trabajo y el aumento de la produccion...

En los *restaurants* habia visto por mañana y tarde á mas de la mitad de la poblacion de París, comiendo á una misma hora, por un precio ínfimo ó por un precio fabuloso, y en menos tiempo del que se emplea en España para servir un sorbete en un café.

En el *Hotel del Louvre* habia comido regiamente en una mesa redonda de trescientos cubiertos, donde se veian gentes de todas las naciones del globo...

En los *Establecimientos de Bouillon* habia reverenciado aquella gran caldera llena de sopa, en torno de la cual se agitan al anochecer millares de parroquianos que comen, como quien dice, mecánicamente y al pié de fábrica...

En los teatros habia asistido á comedias, dramas, óperas cómicas, *vaudevilles*, bailes, ejercicios gimnásticos, juegos malabares, hechicerías, esposiciones geológicas y astronómicas, prestidigitacion, simulacros, fuegos artificiales, habilidades de fieras, danzas ecuestres y cuantos espectáculos puede escogitar la imaginacion...

Y en todos ellos, aun en los mas serios, advertí que la representacion habia de ser abundante dentro de un tiempo limitado, y que es de rigor que se baile en ella, y que este baile sea el *Cancan*...

¡El *Cancan*!... que es indescriptible... que es la alegría bestial convertida en arte; que es la mas grotesca y torpe bacanal llevada á la escena ó paseada por

los sitios públicos; que es, sin embargo, el *non plus ultra* del entusiasmo del pueblo parisien...

Dicho se está, por consiguiente, que yo habia visto tambien á la *Rigolboche*, á la gran reputacion de la época, á la bailarina fea y desvergonzada que guia un cochecillo por el *Bosque de Boloña* entre los aplausos de la multitud, y que á la noche hace su estraordinaria pirueta en el *Chateau Rouge*, en el *Casino-Cadet* ó en el *Jardin Mabille*...

¡Ah! ¡*la Rigolboche*!—Sus retratos inundan á París: sus memorias han sido publicadas; sus dichos, sus modas, sus aventuras son la conversacion constante de la juventud divertida de la capital de Francia!—Los periódicos, algunos libros graves, muchas comedias, todos los *vaudevilles* y mil y mil canciones citan por su nombre á esta mujer fenomenal!—Su sonrisa, sus favores han arruinado ya á muchos capitalistas y á muchos jóvenes del arrabal Saint-Germain.—*Rigolboche* ha llegado á ser un adjetivo. Algunos dicen: «Tal ó cual cosa es muy *rigolboche*...» «¡Qué chiste tan *rigolboche*!»—Y bien: ¿sabeis cuál es el mérito, cuáles son los títulos, cuál es el fundamento de la reputacion de esa mozuela, que no es bella, que no tiene talento, que no ama la virtud y que ni tan siquiera sabe bailar?—Pues todo consiste en que la *Rigolboche*, en el solo del *Cancan*, levanta una pierna á una altura prodigiosa, hasta el punto de derribar el sombrero á sus admiradores!... Y en que bebe, y en que fuma, y en que no es hermosa, ni noble, ni honrada, ni discreta... Esto es; en que constituye por sí misma la negacion de todas las convenciones, la abolicion de toda autoridad, el desconocimiento de toda ley, la subversion contra las reglas estéticas, morales y religiosas que sirven de eje al mecanismo de la sociedad...—Tal es la *Rigolboche*; tal es la figura mas popular que encontré en París... despues de la figura política de Garibaldi.

Porque tambien Garibaldi era venerado por la opinion parisiense.—La Rigolboche reinaba sobre los cuerpos; Garibaldi sobre las almas.—La Rigolboche era el ideal artístico, el ideal poético, la suprema espresion de la belleza. Garibaldi era el ideal moral, el redentor político, el ejecutor de la justicia en las abominaciones de la historia.

Lógica, aunque á primera vista indescifrable, es la razon por qué se confundian en un mismo culto á una mujer sin pudor y á un hombre que es indudablemente honrado.—Una y otro son dos síntomas de la disolucion de la sociedad.—Ya esplicaremos esto.

Con que reanudemos el hilo de nuestra relacion.

Os iba refiriendo las grandes cosas que habia observado en París cuando no acertaba á esplicarme el sentimiento de amargura y de disgusto que me inspiraban los prodigios de la metrópoli del universo.

Todavía recuerdo las siguientes:

La noche de la apertura del *Teatro de los Italianos* habia pasado revista á aquella brillante y terrible alta sociedad parisiense que da la moda al mundo, y cuyas encantadoras mujeres nos ha retratado Balzac con rasgos tan seductores y

tan sombríos, que la sola adivinacion de su existencia deja en nuestras almas un rastro de fuego que no se estingue nunca...

Y de camino habia oido cantar á la Alboni...



Vista de una aldea en el Monte Jura.

Un domingo habia recorrido el Sena en un bote, desde París á Bougival, y habia encontrado el rio poblado de nadadores desnudos que escitaban la admiracion de las mujeres, hasta de las mas jóvenes, por sus bellas formas, por su complexion artística, bajo el punto de vista de la estatuaria, y sin intervencion del pudor, como hubiera acontecido en Grecia hace dos mil años...

Habia oido elogiar el nacimiento de la barba de un hombre, su torso, su brazo, la colocacion de la cabeza...

Habia reparado que la regla estética á que se sujetaban los filarmónicos para estimar la música, no era ya la intuicion convencional de las almas, sino la armonía imitativa, la onomatopeya, la efectividad de los sonidos...

En la novela habia encontrado una servil imitacion de la realidad, la fotografía del vulgo, la prosa de la vida elevada á la categoría del romance...

En el arte dramático, aun en el mas burlon y descreido, habia notado una marcada tendencia á resucitar la mitología, una gran familiaridad con todo lo pagano, una singular complacencia en interesar al público de hoy con las fábulas de la Grecia, ábriendo asi en la historia de las costumbres un paréntesis de veinte siglos...

En las platerías, en las tiendas de bronces, en los almacenes de muebles, habia echado de ver que ya no se rendia culto á la forma gótica, ni á la oriental, ni á la bizantina, sino que todas las creaciones del gusto, lo mismo las joyas que las lámparas, lo mismo los vasos y ánforas que los objetos de tocador ó de escritorio, y todos los útiles de la vida en que la moda imprime el sello del arte, eran una copia perfecta de la antigüedad romana, una reaparicion de todo lo encontrado en Pompeya y coleccionado en el Museo Borbónico de Nápoles...

Por ningun lado, ni en los espectáculos, ni en los folletines, ni en las aficiones populares, ni en la pintura, ni en la escultura, encontré rastro alguno del romanticismo, recuerdos de la edad media, poesía cristiana, para decirlo de una vez. El romanticismo fue el último resplandor de una luz que se apagaba. Las evocaciones caballerescas de 1830 á 1848 pueden considerarse como los delirios de una civilizacion que perecia, como el crepúsculo melancólico de un dia pasado, como *ægri somnia*...—Sueños de un mundo enfermo...

Estudiando el plan político del gobierno, advertí la ausencia de todo principio, de toda doctrina, de todo derecho, de toda autoridad. El secreto de Napoleon es el *empirismo*, esto es, el *esperimento*, la comodidad, el eclecticismo en teoría y la posibilidad en la práctica.

Hé aquí un resúmen de su sistema. Ni bien ni mal abstractos: un criterio de verdad acomodaticio, supeditado á las circunstancias. Todo aquello que es útil es bueno: todo lo que molesta es malo. El hombre tiene derecho á todo, pero el gobierno tiene las armas. Cuando el derecho crea un conflicto, se le mutila. Y el comercio y la industria aplauden. El emperador debe su poder al sufragio universal: el pueblo que lo ungió soberano puede destituirlo: pero el pueblo no escribirá ni hablará ni se reunirá para tratar del asunto. En los libros se permite hasta la licencia: en los periódicos no se puede menoscabar un ápice el prestigio del soberano. Cuando se puede, se regala la libertad á manos llenas, y se convoca la representacion nacional, y se dan garantías constitucionales... pero si esto llega á no convenir, se deshace en una hora. Existe el derecho de gentes; pero si á la Francia le acomoda, puede violarse en Roma y Nápoles. Se proclama la no intervencion en Italia; pero Francia aumenta la guarnicion de Roma. Si los

obispos y las damas legitimistas no lo estorvaran, Francia retiraria la guarnicion de Roma; pero como las damas legitimistas, los obispos y hasta los Orleanes acechan este momento para derribarnos del trono, Francia es muy católica, es la nacion cristianísima, es el hijo mayor de la Iglesia, y debe amparar á su Santo Padre. La libertad es una gran cosa, y debemos desear y aconsejar y exigir que los estranjeros sean libres; pero nosotros en casa tenemos que ser déspotas... Tal es nuestra política utilitaria, materialista, esperimental, atea...

Ni acababan aquí mis observaciones y meditaciones de aquellos cuarenta y cinco dias.

Durante ellos, yo habia quedado estupefacto al enterarme de las grandes obras ejecutadas en París últimamente y del plan de demoliciones y construcciones que estaba ya aprobado.—Segun él, los trescientos mil obreros que se creen con derecho á trabajar, ó sea los pobres de París, sublevados hace tiempo contra la sociedad en nombre de su derecho á comer, consignado en los títulos que la naturaleza les diera al criarlos con dientes y con estómago, podrán tener paciencia algunos años mas...

Yo habia visto, en fin, y analizado detenidamente, otras muchas maravillas de la moderna Babilonia; y como ya os he dicho dos veces, lejos de levantar mi ánimo y apaciguar mi corazon aquel espectáculo sorprendente que da tan alta idea del poder humano, sentia que una honda tristeza se apoderaba de mi ser, y pedia á Dios con todas las fuerzas de mi amor patrio que retrasase para España la hora de su completa civilizacion y sumo poderío, si el poder y la civilizacion han de producir siempre resultados tan asombrosos como los que he tenido el honor de admirar en Francia.

Y, sin embargo, todavía pasé algun tiempo sin darme cuenta de mis propios pensamientos, sin esplicármelos, sin atreverme á reconocer su justicia.

¿Cómo tú,—me decia yo con espanto;—cómo tú, que eres hijo de este siglo; que lo has admirado y elogiado tantas veces; que te precias de liberal; que repruebas aquellos tiempos bárbaros y criminales que precedieron á la revolucion francesa; que amas al pueblo; que vives de la cultura y por la cultura; que eres libre pensador; que sabes cuánto mejora al hombre la conciencia de sus actos; que has lamentado el atraso en que se encuentra tu país, y que desearias verlo á la cabeza de Europa; cómo reniegas tú de la civilizacion, cómo te disgusta la prosperidad de la Francia, cómo te entristece la libertad y el bienestar del hombre; cómo te asustas; cómo te paras; cómo retrocedes?—Dime, desventurado, ¿te has hecho *neocatólico*?

Sumido andaba en estas reflexiones, sin atinar con la justificacion de mis sentimientos ni dar con una fórmula que pudiese resumir mis ideas, cuando hé aquí que un dia la cosa mas insignificante en apariencia me reveló todo el misterio de mis encontradas sensaciones.

Era la caida de la tarde. Venia yo de *San Dionisio* de ver las sepulturas de los reyes de Francia, cuando, ya cerca de París, me encontré con unos obreros que acompañaban un enorme carro tirado por cuatro bueyes, dentro del cual iba

un corpulento árbol entero, con ramas, hojas, raices y hasta la tierra en que se habia criado.—Lo habian arrancado de un bosque, y lo llevaban al jardin de las Tullerías para que diera sombra á un banco de piedra que estaba muy espuesto al sol.

Este hecho tan sencillo me sumergió de golpe en mis cabilaciones filosóficas.

—Hé aquí, me dije, la soberbia humana. El hombre atenta á la obra de los siglos, á las leyes de la naturaleza, á la voluntad de Dios. El hombre tuerce el cauce de los rios, horada con túneles las montañas y cambia las relaciones de los pueblos. El hombre se hace un mundo artificial, valiéndose de las fuerzas productoras del planeta como de una máquina de vapor. Ese árbol ha tardado cincuenta años en crecer en *Saint-Denis*, y hoy el hombre le obliga á cambiar de sitio, improvisando de esta manera la sombra y la vegetacion donde el cielo no las puso. Hé aquí como todo pierde su prestigio natural, su autenticidad sagrada, su genealogia divina. Hé aquí como todo se humaniza, se envilece, se desordena. Andando el tiempo de este modo, ¿en dónde se podrá encontrar una verdad? ¿Qué inspirará respeto? ¿Qué no será farsa? ¿Qué no será mentira? ¿Qué no será cálculo y utilitarismo?

Cuando en adelante penetre yo en un bosque, en busca de soledad y de misterio, ya no me infundirán veneracion los amores de la naturaleza, el afan con que el árbol se agarra á la madre tierra, la piedad con que la cubre de sombra y de frescura, el apoyo y compañía que da á las flores y á las yerbas silvestres, ni el acuerdo y la reciprocidad de beneficios con que viven en sociedad aves y hojas, reptiles y musgos, perfumes y rocíos, auras y rumores...—¡No! me diré: todo esto es mentira: todo es invencion humana! Vosotros, elementos de la vida, no os conoceis ni os amais; y acaso tú, frondoso árbol que me albergas, eres en este bosque un desterrado como yo, un estranjero solitario, un alma en pena perdida en el desierto...

—El árbol trasplantado, proseguí diciéndome; es la industria sustituyendo á la naturaleza; es la razon humana, reemplazando á la razon divina; es la falsificacion, la *contre-façon* de los afectos.—El árbol trasplantado es algo semejante á la corona de flores que se compra hecha en un almacen, y en la cual ha escrito el fabricante: *A mi querido padre... A mi adorado esposo... Al hijo de mi vida... A la madre de mi corazon...* cuya corona, y cuyo lamento, y cuyo amor, y cuyas lágrimas, todo producto de la industria, pagado con vil dinero, llevamos á la sepultura de las prendas que perdimos...—El árbol trasplantado es la *Agencia de matrimonios*, mediante la cual, y con auxilio de un prospecto, se improvisan el conocimiento, el amor, las conveniencias de los cónyuges.—El árbol trasplantado es la fama, es la opinion, es la popularidad que dispensan los periódicos, á un tanto la línea: es la legalizacion del vicio en la ley sobre la prostitucion, que exige tributos á las sacerdotisas de Venus, les da derechos, les impone obligaciones, las acepta, las reconoce, las sanciona civilmente: es el sufragio universal erigido en ley eterna, en revelacion divina, en fundamento de verdad, origen de todo derecho, de toda gerarquía, de todo poder: es la pobla-

cion sin hogar, la familia que come en la calle, la negacion de la mesa pascual de nuestros mayores, la irreligion local por decirlo así, el ateismo de las costumbres.—El árbol trasplantado es la profanacion de la historia, es la humanidad que se desarraiga del seno de Dios, es la tradiccion que pierde su prestigio, es el tiempo despojado de su autoridad...

El árbol trasplantado, esclamé por último, es el hombre trasplatado, de los cielos á la tierra.

Y al pensar de esta manera, todos los problemas de nuestro siglo se esclarecieron á mis ojos.

Y encontré que desde que los filósofos del siglo pasado llevaron á todas las inteligencias el libre exámen; desde que la razon del hombre fue aclamada como único criterio de verdad; desde que la fiebre del pensamiento, empeñada en discernir la esencia de todas las cosas, secó en el alma del pueblo francés las fuentes del sentimiento, y con ellas, la fe en lo sobrenatural, perdió su santa eficacia aquella sublime doctrina, base del cristianismo, que hace amable la pobreza, grato el dolor, dulce la injusticia y despreciables y de poco momento las felicidades terrenas en comparacion con las bienaventuranzas de la otra vida. Es decir, que cundieron entre las clases pobres de Francia la duda y hasta el decreimiento acerca de la eternidad del alma: que nadie se resignó ya a sufrir en este mundo, desconfiando de su recompensa en el otro: que la humanidad empezó á considerarse á sí misma como una raza de fieras esparcida por el globo, sin otro destino ni mas porvenir que la satisfaccion de sus necesidades corpóreas y de sus caprichos mundanos; y que en consecuencia de esto, todos aspiraron á gozar cuanto les fuera posible dentro del plazo de su existencia finita, y naturalmente, empezaron á reclamar de los poderes, de los gobiernos, de la misma sociedad su cubierto en el banquete de la vida, primero con el nombre de derechos políticos (1789), y despues con el nombre de necesidades materiales (1848), de derecho al trabajo, y de lo demás que sigue hasta el comunismo.

Los gobiernos transigieron con las masas cuando hicieron la primera reclamacion, y las dijeron:—Firmemos un pacto *constitucional*. Vosotras sereis parte del gobierno, y administrareis la cosa pública. Os creeis con un derecho contra la sociedad... Venid á ejercitarlo. Vosotras legislareis.

Esta fue la época constitucional de Francia, y de aquí nació todo el poderío de la clase media.

Pero la clase media se hizo rica y poderosa y desatendió los intereses que habia venido á proteger en el gobierno. Quizás los desatendió porque, estudiando por sí misma la cuestion social, la encontró irresoluble. Ello es que se llamó *conservadora*, y se puso del lado del antiguo principio de autoridad, en contra de las masas, esto es, en contra de sus comitentes.

Pero el descreimiento era cada vez mayor en las muchedumbres, y el espectáculo de la clase media enriquecida aumentaba en ellas la sed de goces materiales. Ya no habia para qué pedir derechos políticos. Los derechos políticos habian sido en su mano un cetro de caña. La única manera posible de ejercer-

los era por medio de apoderados, y los apoderados, (los diputados), se pasaban en seguida y engrosaban las filas de los deudores.

—Pidamos las cosas con sus nombres propios, se dijeron entonces; y pidámoslas por nosotros mismos.

Y apareció la moderna democracia. El pueblo derribó de nuevo la autoridad tradicional y con ella el gobierno representativo. Erigióse en poder, y en seguida que fue gobierno, planteó con franqueza la cuestion que le habia llevado á aquel estremo: planteó la cuestion económica: pidió pan.

Pero la demanda era horrible y no podia satisfacerse: reuniéronse, pues, todos los elementos de reaccion, los históricos, los religiosos, los de gloria patria, (la clase media que tenia ya mucho que perder, el ejército, cuyo jornal está siempre asegurado, y el clero, que veia aniquilarse la sociedad cristiana), y batieron al pueblo, y lo vencieron, y constituyóse otra vez sobre la anarquía filosófica, económica y política el imperio discrecional de la fuerza.

Napoleon III no ha transigido la cuestion, ni la ha discutido siquiera, en los años que lleva de gobierno. Ya hemos dicho que para este hombre el *derecho* es una palabra hueca de sentido. Verdaderamente, el problema no tiene solucion. Pero habia un medio de atajar el mal y hasta adormecerlo, cual era fortificar los intereses morales; espiritualizar, por decirlo asi, las costumbres; levantar las almas á aspiraciones mas nobles que el vil dinero; despertar en los corazones metalizados los dormidos gérmenes de la fe en Dios; aumentar la vida del alma; retrotraer, en fin, á las clases menesteresas á su antiguo venturoso estado de paciencia y esperanza, de resignacion y respeto...

Napoleon III ha hecho todo lo contrario. Negando como negaba al pueblo sus derechos políticos, que á lo menos son una cosa digna por lo inmaterial, ha reconocido en él los derechos animales, y perdonadme la espresion aunque os parezca dura.—Napoleon está dando de comer al pueblo hace diez años, como se da de comer á las bestias. El obrero no busca trabajo: se lo da el emperador. El pan no sube para el obrero: cuando sube, los ricos pagan el esceso de precio y el obrero sigue comiéndolo barato. Asi trabaja un buey y así se le da el pienso. Este remedio empírico no hace sino aumentar el materialismo grosero de aquella raza embrutecida. Napoleon ha convenido con la vil filosofía de la plebe en que lo esencial de esta vida se reduce á comer bien.

Pero achico la cuestion. El empirismo de que hablo estiende muy mas lejos su influencia,—y aquí vuelvo á recordar el árbol trasplantado y todas las cosas que su vista me trajo á la imaginacion.

Desde el momento que la sociedad ha desconocido las relaciones del cielo con la tierra; desde que ha negado lo que el conde José le Maistre llamaba *gobierno temporal de la Providencia*; desde que la revolucion declaró la mayor edad del hombre, creando una nueva autoridad y un nuevo derecho y desterrando de la historia lo sobrenatural, ó sea lo divino; desde que se proclamó, en fin, á la razon, suprema legisladora y *único lugar teológico*, la humanidad quedó como huérfana; considerse fuera de la patria potestad, esto es, fuera de la

potestad de Dios; empezó á regirse á sí propia; no esperó nada de una accion estraña, y comprendió, por último, que tenia que servirse á sí misma de ***Providencia.***

Reinó, pues, en París el *humanismo.*—La altiva ciencia se desvivió desde entonces por prevenirlo, por reglamentarlo, por mejorarlo todo. Los filántropos desecharon la *caridad* como un casuismo injusto, y la sustituyeron con la economía política. Ya no se consoló á los pobres ni á los desgraciados con palabras de amor ni con esperanzas de recompensas celestes, sino que se pensó en estirpar la desventura y acabar con la gran iniquidad llamada pobreza. Hubo quien creyó que las máquinas dulcificarian los rigores del trabajo humano, y dicho sea entre paréntesis, nunca se empleó al hombre en oficios mas rudos y espantosos que los que exigen la construccion y *entretenimiento* de las máquinas.

Entendimientos mas audaces intentaron cambiar completamente la forma social desde sus profundas raices.

Quién pretendió volver el mundo á la vida de la naturaleza, ó sea al estado animal; quién hacer una familia de todos los hombres, con un ***Padre*** á la cabeza; quién abolir la propiedad particular; quién hacernos á todos ricos propietarios.—¡Entre tanto la filosofía se esforzaba en Alemania por esplicar los misterios de la creacion, por razonàrlo y armonizarlo todo; la vida, la muerte, la eternidad, lo conocido, lo desconocido, el alma, el universo, Dios!—Y uno dijo que cada hombre era un Dios, y otro que Dios no era sino la humanidad, y otros que todo era Dios y Dios era todo, y algunos que Dios no era nadie...

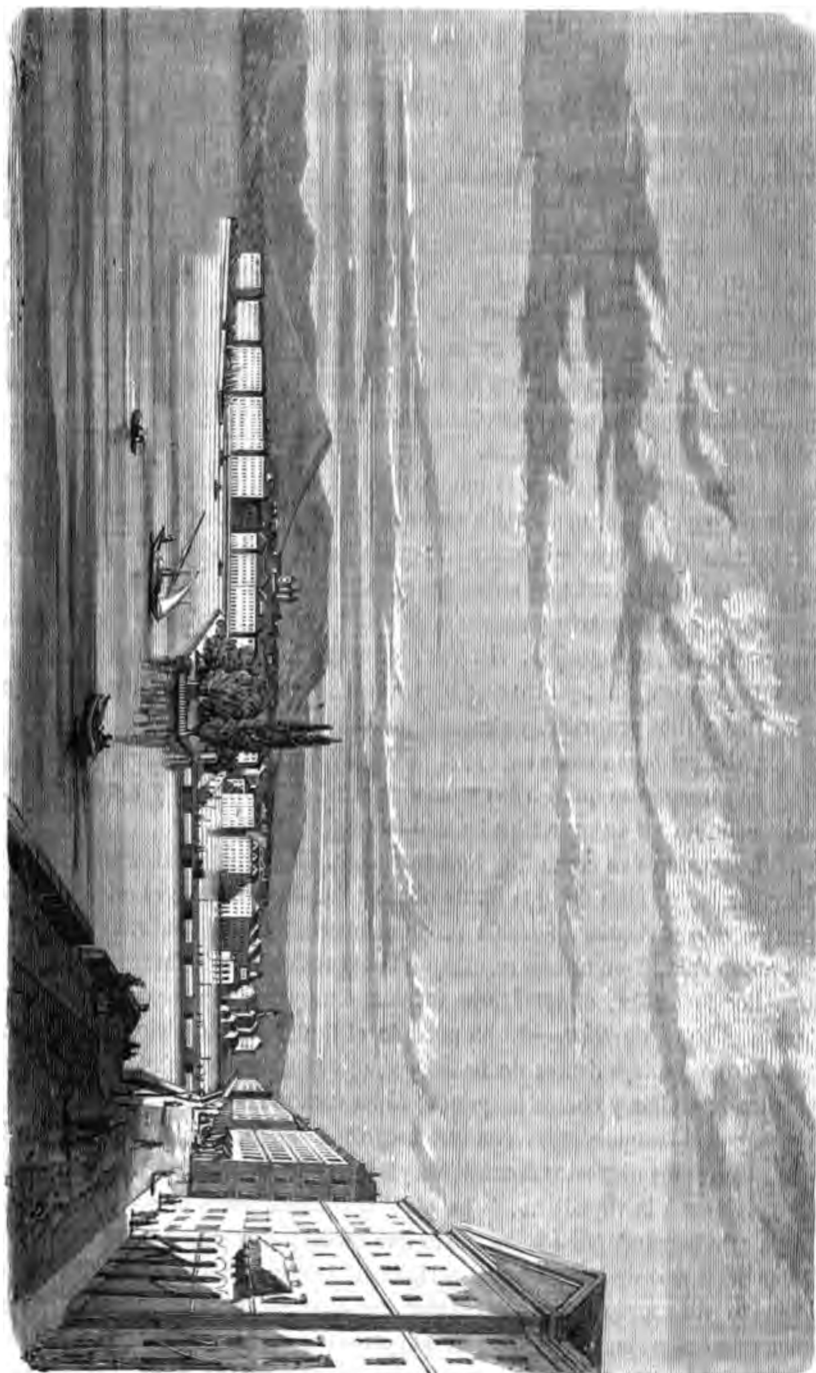
¡Ah! ¡el *humanismo*!

El humanismo quitó á los pobres su caudal de miedos y respetos.—La sublevacion de los desgraciados ha sido la consecuencia.

Los poderes se crean hoy humanamente. El sufragio universal improvisa un rey. La ley es obra del que ha de obedecerla. En adelante el crímen puede llamarse voto particular, filosofía propia, insurreccion del individuo, protesta de la autonomía. Y en último resultado, la ley residirá en la fuerza.

Por lo demás, el *hombre* ha inventado muy grandes cosas desde que representa el papel de ***Dios.***—El ha poblado el mundo de hospicios, de hospitales y de otros establecimientos de beneficencia; él ha fundado sociedades de seguros contra incendios y contra la quinta; él ha creado las cajas de ahorros; él instituirá con el tiempo alguna cosa que asegure á sus semejantes contra la melancolía, contra los disgustos domésticos y contra el dolor de muelas; él ha propuesto los premios á la virtud!!!... él ha planteado asociaciones de socorros mútuos; él vela por la salud pública del modo que sabeis; él recoge á las arrepentidas; él fomenta la cria de las ostras; él perfecciona la estadística universal, y sabe (como Dios lo sabia antiguamente), cuántos seres hay sobre la tierra, cuántos de ellos son criminales, cuántos se han casado jóvenes, cuántos enviudaron, y hasta quizás cuántos están tristes, cuántos creen en la amistad, ó cuántos son aficionados á la música...

¡Oh!.. sí: desde que el hombre tomó la administracion de sus intereses; des-


Vista del lago de Ginebra.

de que dejó de esperarlo todo de la gracia de Dios; desde que vive por su cuenta, la sociedad se halla mucho mejor organizada, todo marcha perfectísimamen

te, y la humanidad es tan feliz que da gloria pensar en ello.—¿Qué? ¿Lo ignorábais? ¿No habeis reparado en el sello de paz y de alegría que resplandece en la frente de la juventud de hoy? ¿No llevais tambien la estadística de los suicidas?



Valle de Chamounix.

¿No sabeis leer en los corazones? ¿No os edifica ver tanta fe en los espíritus, tanta esperanza, tanta ilusion, tanta poesía, tanto desinterés, tanto heroismo?—

¡Ah! ¡Desventurados!—¡Desventurados de vosotros si no se os alcanza la razon de mi amarga ironía!—¡Desventurados de vosotros si no vivis la vida del espíritu, y si creeis que todo está hecho, desde el momento que se aumentan las

comodidades corporales! ¡Desventurados de vosotros si no teneis alma para sentir el frio de muerte que reina en nuestra flamante sociedad, y muy mas desventurados si la teneis!...

Pero ¿cómo no habeis de tenerla? ¿Cómo es posible que el hombre viva solo de bienes materiales? ¿Cómo ha de ser que limite su esperanza al breve espacio de su existencia terrena? ¿Cómo no han de preocuparle los grandes misterios del nacimiento y de la muerte? ¿Cómo no han de holgar en él, aunque nade en los placeres y en las riquezas, una inmensa capacidad de mejores goces, un infinito deseo de ciencia, una inestinguible sed de justicia, y una aspiracion sin límites á perdurables hermosuras?

—¡Y bien! me replicareis. ¿Qué quieres tú? ¿Qué nos das? ¿Qué nos exiges? ¿Cuál es tu creencia? ¿Cuál es tu filosofía? ¿Qué nos aconsejas? ¿Hemos de renegar de la civilizacion? ¿Hemos de abominar de las fuerzas creadoras del entendimiento humano? ¿Hemos de anular nuestra razon? ¿Hemos de volver al absolutismo? ¿Quieres restablecer las antiguas autoridades? ¿Quieres que abdiquemos nuestra inteligencia, nuestra libertad, nuestros derechos en manos de falaces augures, de crueles tiranos, de supersticiosas invenciones? ¿Nos hemos de arrojar de cabeza en las hogueras del Santo Oficio?

¡Oh! no. Yo no os aconsejaria nada de eso, ni ya es tiempo de aconsejar nada. Yo lamento la enfermedad, pero no conozco la medicina. Yo sé por qué despeñadero hemos bajado á este abismo; pero no sé la manera de salir de él. Yo niego con todas las fuerzas de mi alma las ventajas de la llamada civilizacion; pero no se me ocurre nada con qué sustituirla. Yo os anuncio á gritos que vamos por un camino de perdicion; pero sé que no podemos detenernos. Yo os he dicho que las abominaciones de lo pasado no eran tan desconsoladoras ni tan terribles como los bienes conquistados por la revolucion; pero aunque se pudiera, ¡yo no quisiera que volviéseis á lo pasado!—No hay esperanza, os digo con las lágrimas en los ojos.—«No tenemos padre,» os repito con los niños del poema de Juan Pablo.

¡Oh!... En España no siente todavía el espíritu la dolorosa angustia que esperimenta en París, y el parisiense mismo no se da ya completa cuenta de su miserable estado.—Es menester ir de nuestra tierra, donde el alma no ha perdido aun todos sus dominios, para poder apreciar el gran vacío que la civilizacion ha hecho en la existencia humana.

Mi alma, en la atmósfera moral de París, se asfixiaba como se asfixia un pájaro en la máquina mneumática. El aire de la vida terrena no es bastante en cantidad ni tiene la necesaria pureza para que el espíritu pueda respirar en él. El espíritu inmortal del hombre necesita mas espacio y mas tiempo que nuestro planeta de nueve mil leguas de circunferencia y que nuestra vida de tan corta duracion, si ha de satisfacer sus necesidades, si ha de calmar sus inquietudes, si ha de cumplir sus destinos misteriosos.

En cuanto á mí, yo encontraré siempre un consuelo y una esperanza dentro de la estrecha cárcel en que me ha encerrado mi desventura, ó sea la desventura de mi tiempo.

Y este consuelo y esta esperanza provienen de una revelacion interior que me dice á todas horas con elocuentes voces: — « Yo, que soy tu alma, te prevengo que hay en mi naturaleza una facultad superior á la razon, y que esta facultad es un inefable sentimiento, cuyo idioma no acierto á traducir; pero que indudablemente sabe secretos importantes.—Confiemos en que lo que ese sentimiento dice y nosotros no entendemos, lo averiguaremos despues de la muerte.»

Y aquí termina mi cuadro de la vida de París.

CAPITULO II.

SABOYA Y SUIZA.

I.

El monte Jura.—¡Benditas sean las montañas!

No habia tiempo que perder, y demasiado habia ya perdido en Francia, sin provecho alguno para mi inteligencia ni para mi corazon; pues ni lo que observé en París modificó en nada las ideas con que penetré por sus puertas, ni sus decantados goces brindaron mas que tedio y abominacion á mi espiritu.

Entre tanto, los grandes acontecimientos que tenian lugar al lado allá de los Alpes me llamaban con altas voces.—Lamoricicre habia sido derrotado en Castelfidardo, y Garibaldi se hacia dueño del reino de Nápoles.—La Italia antigua se desmoronaba. Muchas cosas que yo deseaba conocer, iban á desaparecer para siempre. Era, pues, preciso marchar sin pérdida de tiempo.

Iriarte y yo hicimos en una hora nuestros preparativos de viaje.

Estos preparativos consistieron en dejar todo nuestro equipaje en casa de aquel, quedándonos solamente con las ropas y efectos mas precisos, todo lo cual cabia en dos saquitos de noche.

Estos saquitos los llevaríamos siempre á la mano.

Todo hombre que viaja sin familia, por donde nadie le conoce, y con un objeto puramente artístico ó poético, como el que á nosotros nos llevaba á Italia, debe procurar ir como nosotros íbamos: á lo militar... *á la ligera*.—Mas barato es comprar un frac y un sombrero en las capitales en que os veais obligados á comer ceremoniosamente ó asistir á un baile, que gastar todos los dias un dineral en portes, escesos de peso y mozos de cordel, con tal de llevar á vuestro lado un equipaje inútil.—Y esta consideracion es todavía de poca importancia en comparacion de la molestia, del cuidado, del tiempo, del embarazo contínuo que os cuestan vuestras maletas.—Un hombre solo, con su saco en la mano, se baja del tren en el punto que se le antoja; viaja á caballo, á pié ó en carretela descubierta; echa á andar en el mismo instante que se cansa de un pueblo; almuerza en una taberna, come en un *restaurant*, duerme debajo de un árbol con su

equipaje por almohada, ó en donde mejor le acomoda; es el primero del convoy que al llegar á una ciudad coge un coche de alquiler y elige habitacion en la fonda ó puesto en la mesa; y es el último que está espuesto á que le roben, á que se le pierda algo ó á que le detengan horas mortales en una aduana, tomándole por contrabandista.—Y la perfeccion de este modo de viajar, á la que yo llegué por último, consiste en comprar ropa blanca nueva en vez de dar á lavar la usada. —¡En todas partes venden camisas!—Las que os quiteis, debeis darlas de propina al camarero.—Con el dinero ó el tiempo que habeis de gastar en un punto, esperando á que os laven y planchen la ropa, teneis de sobra para ver una ciudad mas, ó para recorrer en ferro-carril un reino como el de Etruria, que Dios perdone.

Pero dejemos por ahora estos profundísimos cálculos.

Con no menos prevision y prolijo estudio trazamos nuestro itinerario.

Era ya el 14 de octubre y empezaba á hacer frio.

Vosotros sabeis que entre Italia y el resto de Europa se levanta la gigante cordillera de los Alpes, nevados eternamente y solo transitables en el invierno por dos ó tres muy señalados puntos.

Y sin embargo, nosotros no queríamos pasar á la vista de los mas grandes montes de esta parte del mundo sin penetrar en ellos y contemplar sus maravillosos panoramas.

De lo contrario, fácil era cruzarlos por el trillado camino del Mont-Cenis, que reduce á treinta horas el viaje de París á la capital del Piamonte.

Decidimos, pues, salir de Francia por la parte de Ginebra; penetrar en el corazon de los Alpes por la Saboya; llegar á su gran nudo y eminente cima del *Mont-Blanc*, y una vez allí, saltar á Italia por donde fuera mas fácil; por el *San Bernardo* ó por el *Simplon*, segun que estuviesen mas ó menos recientemente nevados.

Atenidos á este plan, salimos de París á las siete de la mañana, y fuimos á dormir á *Macon*.

Bien podíamos haber ido á dormir á Ginebra; pero no queríamos pasar el Monte Jura y la frontera suiza en las tinieblas de la noche.

Deseábamos ver cómo se acercaban á nosotros pausada y magestuosamente las corpulentas montañas, y apreciar las circunstancias mas pequeñas del tránsito de un estado á otro.

De *Macon* solo recuerdo que en el hotel en que paramos hacia frio; que el vino que roció nuestra cena era escelente; que nos acostamos muy temprano, y que yo pasé la noche soñando con los lagos y los montes que debia empezar á ver al otro dia.

Antes de rayar la aurora estábamos ya con nuestros sacos en la mano, camino del ferro-carril.

El tren partió al amanecer, y con direccion á Oriente.

—Dentro de algunas horas, le decia yo á Mr. Iriarte con cierta cruel satisfaccion, los dos seremos estranjeros.—¡Ya me parece respirar el aire de Suiza!

Poco tiempo despues llegamos á *Amberieu*, pequeña poblacion de Francia, á doce leguas de la frontera helvética.

Allí empezó ya á plegarse y *accidentarse* el terreno.

El Monte Jura, cordillera secundaria, desprendida de la gran cadena de los Alpes, dibujábase en el horizonte.

La tierra aparecia mas húmeda, y el viento arrastraba leves perfumes que ortalecian nuestro corazon.

La mañana era hermosa, aunque algo fria. Poco á poco fue penetrando el tren en una sucesion de terraplenes y desmontes que se hacian cada vez mas importantes. Luego empezaron los viaductos y los túneles...—Estábamos en plena montaña.

El agua germinaba por todas partes. Las laderas y los zócalos de las rocas se vestian de amenísima verdura. Las hondonadas se llenaban de espeso bosque. Sudaban las piedras, creando arroyuelos, que se convertian despues en mil endebles cascadas, todas las cuales formaban en los barrancos unos impacientes rios, jóvenes y bulliciosos, que corrian y saltaban gozosamente, llenando el espacio de placidísimos rumores y esparciendo por do quiera el amor y la alegría.

En *Culoz* (todavía Francia) el paisaje era ya grandioso. Las altísimas cumbres se veian cubiertas de nieve. De las casas rústicas esparcidas en los quebrados valles salia el azulado humo que parece llevar al cielo las santas afecciones del hogar, y sobre algunos arduos picos de las tajadas peñas se percibian estatuas de la Vírgen ó de los patronos de la comarca...—La naturaleza recobraba su voz y el hombre sus inmortales instintos...

—¡Benditas sean las montañas! esclamé yo entonces, recordando las amargas impresiones de París.

A nuestra derecha corria velozmente el impetuoso y opulento Ródano, cuya otra márgen era tierra de Saboya.

El Ródano salia de Suiza, á donde nosotros llegábamos.

Su cauce es un profundo foso, obra suya, en que ha empleado eternidades de años de trabajo no interrumpido.

Este foso ha sido durante muchos siglos la frontera de Italia y Francia.

Nosotros caminábamos en sentido opuesto, por largos túneles, obra del hombre, realizada en dos ó tres años.

Y la Saboya empezaba en aquellos dias su existencia francesa.—Todavía no hacia tres semanas que Napoleon III la habia recorrido de parte á parte, como tomando posesion de su mísero territorio.

Verdaderamente, causaba pena contemplar aquellos verdes prados que se estendian al otro lado del rio. Ninguna vivienda humana se percibia en ellos. La antigua heredad de los reyes del Piamonte parecia lamentar su triste suerte de haber sido vendida como una esclava.

El tren avanzaba en tanto, siempre por la márgen *francesa* del Ródano. Una maravilla sucedia á otra. Los peñascos y las nubes se miraban, como en

tersos espejos, en mil pequeñísimos lagos producidos por las destilaciones de las montañas.



El Mont-Blanc, visto desde el camino de Chamounix.

A veces se turbaba la apacible serenidad de aquella amorosa naturaleza, y el paisaje aparecia rudo, austero, pedregoso, como las ruinas de colosales templos. Eran los vestigios de antiguos terremotos, que dislocando los montes ó re-

moviéndolos de sus anchas bases, habian descubierto las áridas entrañas de la tierra, dejando ver la cuna de los metales ó la misteriosa estratificacion que revela á los geólogos las vicisitudes del planeta.

Y por todas partes, lo mismo en la choza de paja del pastor, que en la casa de madera del cortijero; asi en la estacion del ferro-carril como en la graciosa quinta del hombre acaudalado, seguíamos viendo cruces ó imágenes sagradas, signos piadosos de una fe sencilla, exaltacion espontánea de una religion indestructible.

Por lo demás, yo me esplicaba perfectamente que entre la atea Francia y Ginebra la politeista, subsistiese semejante fervor religioso.

Todos los pueblos de montaña son iguales en este punto.—Las condiciones físicas de naturaleza determinan en ellos las calidades morales de sus pobladores. El hombre que vive en el seno de una poderosa y salvaje naturaleza, lidiando siempre con todo el furor de los elementos y con el rigor de las estaciones, rodeado de peligros, luchando hoy con la inundacion, mañana con la *avalancha*; obligado á salvar el abismo sobre un puentecillo de madera que le derriban cien veces los temporales; forzado á permanecer dias y dias dentro de su cabaña, enterrada por la nieve; testigo á todas horas de las maravillas de la creacion; persuadido, como debe de estarlo, de su flaqueza y nulidad al lado de tanta fuerza y de tanta vida como le salen al encuentro por todas partes,... este hombre, digo, no puede desechar de su alma el *temor de Dios*, principio de toda sabiduría, segun los libros santos, y orígen tambien, en mi concepto, de todas las religiones.

El hombre de la llanura, morador de populosas capitales, que nunca mira al cielo, ni encuentra en torno suyo grandes fenómenos terrestres, puede infatuarse con sus mezquinas obras y creerse un Dios ó cosa parecida. Sus palacios y sus monumentos parecen enormes porque no hay cerca de ellos nada mas grande con qué compararlos. Pero colocad la catedral de San Pedro de Roma ó el Palacio de Cristal al pié de Mont-Blanc ó del Himalaya, y vereis como la obra humana os inspira solamente una ligera curiosidad, mientras que la obra divina os hace admirar, respetar, temer y rendir culto al Dios omnipotente.

Mucho pudiera discurrir acerca de esto, asi como de lo que la estructura del país influye en el carácter individual y en las condiciones sociales de los pueblos... Pero el tren penetra en Suiza, y no es cosa de distraernos en un instante tan deseado.—Ya volveremos á la cuestion.—Ahora es solo ocasion de convertirnos todos en ojos y en oidos; pues para eso hemos preferido hacer este viaje con la luz del dia.

II.

Ginebra.—Una tarde en el lago.

El tránsito de Francia á Suiza, ó sea el paso de la frontera, no se determina por ningun acto oficial.

Ni la policía os pide el pasaporte, ni los aduaneros se apoderan de vuestro equipaje... Es mas: que por ninguna parte veis ni aduaneros ni polizontes suizos.

El tren pasa de una nacion á otra sin que os deis cuenta de ello, hasta que al llegar á la estacion de *Chancy*, v. g., echais de ver que en el escudo de armas que la decora, campea una gran *cruz blanca*, en lugar del águila francesa.

—¡Es esto ya Suiza! esclamais entonces.

—Sí, señor; hace un momento que salimos de Francia; os responderán vuestros compañeros de viaje, mudando de postura, respirando de otra manera y como disponiendo su espíritu á nuevas impresiones.

Al principio, el país no se diferencia en nada al que acabais de dejar.

Los últimos pueblos franceses tienen algo de suizos, asi como los primeros pueblos suizos tienen mucho de franceses.

Lo mismo sucede en casi todas las fronteras que yo he atravesado.

Pero, con todo, la imaginacion, sabedora de la transicion que acaba de verificarse, se afana por ver diferencias en las cosas y por convencerse y convenceros de algun modo de que ya no estais en un imperio, sino en una república; de que habeis salido de un estado católico y entrado en otro protestante; de que ya vivis mas libremente, y de otros muchos fenómenos que no existen sino en nuestro entendimiento.

Por mi parte, al ver aquella cruz blanca, prodigada con cierto orgullo, no pude menos de decirme repetidas veces:—«Estás en Suiza...» como si quisiese saber el eco que estas palabras despertaba en mí propio...

Y la imaginacion, entonces, reuniendo todas las impresiones de mi vida referentes á aquel país, me las presentó agrupadas de la manera mas informe y singular que podeis imaginaros.

—La Suiza, decian mis recuerdos, es la patria de Guillermo Tell; el país de Europa mas elevado sobre el nivel del mar; el mas pintoresco; el mas grandioso; el templo de la naturaleza, por decirlo asi; la ciudadela de Europa; la tierra clásica del queso, de las vacas y de las casas rústicas; la cuna de los rios; la república patriarcal; el refugio de los hombres libres; la region de las nieves eternas; una fábrica de relojes y de instrumentos matemáticos y quirúrgicos; un criadero de filósofos y de dueños de pastelerías y cafés establecidos en toda Europa, hasta en Granada, hasta en Málaga, hasta en Valladolid, hasta en Burgos;... el pueblo que da nombre á los célebres *suizos*, esto es, á los soldados mercenarios de todos los tiempos, que montaron la guardia en los palacios reales de Madrid, de París y de otras muchas córtes y que todavía la dan al Papa en el Vaticano... La Suiza ha sido siempre fecunda en grandes hombres; pero ha hecho con ellos lo que con sus rios y con sus soldados: los ha enviado lejos de sí para que sirvan á otras naciones... Precisamente, esta ciudad de Ginebra en que vamos á entrar, cuenta entre sus hijos á Rousseau, á Say, á Sismondi, á Necker, todos ellos prohijados por una tierra estraña.—Esto se esplica con solo decir que los suizos no tienen idioma propio, sino que hablan el francés, el italiano ó el aleman, segun que sus cantones lindan con Francia, Italia ó Alemania.—En cambio Ginebra

acogió y adoptó á Calvino, el temible reformista, y reivindicó á Mad. Stael, suiza de origen, y albergó á Voltaire, y retuvo á Goethe, á Byron y á Jorge Sand, y fue siempre como horno encendido en que se forjaron las ideas que mas han agitado á Europa desde los tiempos de Lutero.—¡Suiza!... Suiza... me seguia diciendo, es una confederacion de veinte y dos repúblicas que forman una sola. De ellas hay nueve católicas, siete protestantes y seis mistas. Ginebra es protestante.—Los suizos son muy fieles y muy valientes, y lo han demostrado en todas las naciones en que han servido no importa á qué rey. Los suizos batieron al imperio aleman y á *Carlos el Temerario*, conquistando así su independencia. La historia presenta pocos ejemplos de una lucha tan larga, tan tenaz y tan gloriosa. El suizo, en fin, ama á su país sobre toda ponderacion, y el *Ranz des vaches*, la cancion de sus montañas, obra maestra del dialecto helvético, le hará morir de melancolía siempre que la oiga en las tierras estranjeras á donde le lleva la pobreza del suelo nativo...»

Mientras yo recopilaba de este modo todas las ideas que tenia de Suiza, (y ya veis que el caudal era bien escaso), el tren menudeaba sus silbidos, indicándonos el término de nuestro viaje.

Llegamos al fin.—Y aquí debo declarar que, no bien puse el pié en tierra, ya no me cupo duda de que habia entrado en una nueva nacion, y en una nacion eminentemente libre.

Una nube de mercaderes nos rodeó en un instante á los recien llegados.

—*Napoleon el Pequeño*... por Victor Hugo... ¡obra prohibida en Francia!... Hé aquí las primeras palabras que percibí entre el tumulto, mientras que un hombre me alargaba un volúmen que yo conocia hace bastantes años.

—*El Papa y el Congreso*... esclamaba otro.

—¡Tabaco español!... gritaba un tercero, ostentando, colgado de sus hombros, todo un estanco, ó sea todo un *desestanco* de aquel importante artículo.

—¿Quiere usted ver el templo de los *Fracmasones*?—Aquí tengo un carruaje, decia el de mas allá.

—¡A *Ferney*! ¡Vamos á *Ferney*! ¡A la casa de Voltaire!

—¡Biblias en todas las lenguas!—¡El busto de Calvino!

—Caballero, ¿es usted católico?—Yo le diré donde está *su* iglesia.

—Caballero... ¡Por cinco francos, un paseo por el lago!... Iremos al *Castillo de Chillon*, cantado por lord Byron...

—Caballero, desde mi barco le haré percibir el *Mont-Blanc* á lo lejos... Todos los ingleses empiezan por verlo de este modo.

—¿Quién viene á la isla de Juan Jacobo Rousseau?

—Venga usted á *Clarens*, donde habitó *Julia*... Verá usted el bosque de castaños que se describe en la *Nueva-Eloisa*.

—¡Un coche para *Chamounix*... En cuatro dias verá usted lo mas notable de los Alpes!

Todas estas proposiciones, y otras muchas mas, referentes á hoteles, restaurants, baños y escursiones á mil puntos célebres, cayeron sobre nosotros como

una granizada.—Nosotros aguantamos el chubasco como mejor pudimos y nos encaminamos al hotel *del Lago*, que por llamarse asi, nos pareció el mas conveniente.

Ginebra, la ciudad mas rica y poblada de la Suiza, segun dicen, está asentada en el estremo occidental del lago que lleva su nombre, y que tambien se llama *Lago Leman*.

Este lago se dilata de Poniente á Levante en forma de media luna. Lo surten principalmente las aguas del Ródano, que entran en él por el estremo opuesto al en que se encuentra Ginebra, y salen escapadas por esta ciudad con direccion á Francia. El lago, pues, es como un embalse del gran rio, y tiene diez y ocho leguas de longitud por tres de anchura en su parte máxima. Cerca de Ginebra es muy estrecho, y en *Villeneuve*, donde concluye, su latitud no pasa de media legua.

(Siempre que hable de leguas, entiéndase *francesas*, ó sea de á cuatro kilómetros cada una.)

La profundidad del lago varía mucho segun el lugar donde se la considera. Por unas partes tiene trescientos pies; por otras, quinientos, y llega, en fin, hasta seiscientos, cerca de *Meillerie*.

Sus aguas son notables por lo muy azules que aparecen á los ojos, en vez de ostentar el color verde que distingue á los demás lagos de Suiza. Sus ondulantes y graciosas márgenes están bordadas de preciosos pueblos que se miran en las ondas como en un espejo. Sin embargo, es muy frecuente ver encolerizado á este *mar en miniatura*, como le llama un poeta, y entonces las ciudades de la ribera reciben los embates de sus olas, que arrastran los destrozados restos de lúgubres naufragios.

Cuando yo llegué á Ginebra, el lago estaba tranquilo, resplandeciente, deslumbrador. El sol del mediodia reverberaba en él de tal manera, que apenas podian los ojos resistir el brillo de las aguas. Entre ellas y el cielo, azul tambien y radiante, estendíase, como una rizada cinta, la caprichosa cordillera del Monte-Jura, mientras que á la derecha de la ciudad y por detrás de ella, se percibian los ciclópeos estribos de los Alpes, de un verde muy oscuro; y allá, mas lejos, asomaban algunas blancas cimas, como cabezas de gigantescos ancianos, pero que todavía no eran los colosales reyes de los montes.

Iriarte y yo convinimos en dejar para la tarde nuestra escursion al lago, dedicando antes algunas horas á recorrer la ciudad.

Ginebra, llamada en un tiempo *la Roma del calvinismo*, tiene unos cuarenta mil habitantes, de los que mas de doce mil son estranjeros; pero su actividad y su bullicio harian creer á cualquiera que se hallaba en una capital de trescientas mil almas. Fabrica muchas cosas y comercia en todas. Es un gran centro de industria, y al mismo tiempo uno de los primeros focos del saber humano. Vése inundada de libros; tiene una gran biblioteca pública, famosa sobre todo por los manuscritos que encierra de San Vicente Paul, de San Francisco de Sales, de Lutero, de Calvino, de Rousseau y del prior Bonivard, asi como por las precio-

sidades que conserva desde los tiempos de Carlos el Temerario; da trabajo á infinidad de imprentas que esparcen por el mundo las obras que no pueden publicarse en los paises vecinos á ella: su *Museo académico* es notabilísimo por los objetos de historia natural que comprende, coleccionados por los sabios ginebrinos *de Candolle*, *Saussure*, *Boissier* y otros; y merecen verse, en fin, el *Jardin botánico*, y el *Museo Rath*, ó de pinturas, el *Arsenal*, las casas de educacion y otros muchos establecimientos públicos.

La ciudad está dividida en dos partes por el Ródano, ó para hablar mas exactamente, en tres partes desiguales. Esto consiste en que donde acaba el lago y empieza el rio, se levanta una gran isla, cubierta de casas y enlazada por seis puentes á Ginebra la vieja, que se asienta á la izquierda, y á Ginebra la nueva, que antes era un pobre barrio, pero que con motivo de pasar por allí el camino de hierro, será dentro de poco lo mejor y mas importante de la capital.

Mas dentro del lago, hay otra isla sumamente pequeña, unida por un puente colgante á otro puente de sillería que comunica tambien las dos grandes mitades de la ciudad.

Esta es la llamada *Isla Rousseau.*

Hállase plantada de árboles y sirve de paseo público.

En medio de ella se levanta una estátua de bronce del autor del *Contrato social*, esculpida por Pradier.

En torno de la isla corre un balcon de hierro, cuyas vistas son verdaderamente admirables.

Básteos saber que desde allí se perciben las cumbres de la cadena del *Mont-Blanc.*

Entre este y Ginebra se levantan aun otras muchas cordilleras secundarias, que ocupan un espacio de diez ó doce leguas, y que, por su mayor proximidad al que mira, tapan casi completamente al gran coloso...—Pero ¡ah! no... que la cana frente del soberano asoma al fin por detrás de todos sus súbditos... y es tan imponente la serenidad que ostenta, son tan sublimes las regiones que invade en la alta atmósfera, que no parece sino que se eleva verticalmente sobre el lago; que os encontrais á sus piés; que os amenaza; que os abruma!

Y no es que el *Mont-Blanc* se acerca á vosotros por una ilusion óptica... Es que os atrae; es que su grandeza desvanece y anula todo lo que se interpone entre él y vos; es que os fascina!

A lo menos yo, desde el instante que lo percibí á lo lejos, coloreado por el sol que empezaba á declinar, sentíme impulsado hácia él de tal manera, que decidí marchar en su busca á la mañana siguiente.

¿Y la escursion por el lago? me direis. ¿Y el castillo de *Chillon*? ¿Y *Lausanne*? ¿Y *Ferney*? ¿Y todas las demás cosas?

Os responderé con franqueza.

Primeramente, debo deciros que yo empezaba á creer que tendríamos que volver á Ginebra despues de visitar el *Valle de Chamounix* y subir desde él al *Mont-Blanc*, si esto era ya posible.—Las noticias que habíamos tomado aquella

mañana, nos obligaban á renunciar á la idea de abrirnos por aquel lado camino para Italia; pues todas las salidas del valle, asi la *Tete-Noire* como el *Col de Balme*, estaban ya cerradas por la nieve, y en los hoteles de Chamounix no se veia un inglés hacia lo menos una semana, por lo que se temia que ya los hubiesen abandonado sus dueños, como hacen todos los años á mediados de octubre. —Estábamos, por consiguiente, en el caso de aprovechar las horas, si habíamos de penetrar en el corazon de los Alpes, aunque tuviésemos que volvernos despues por el mismo camino.—Y entonces podríamos acabar de ver el canton de Ginebra.

Por otra parte... y esta es la mas lastimosa.—Yo no sentia ninguna gran curiosidad de recorrer todos aquellos puntos que las *Guias* y los *ciceroni* me describian como muy deliciosos. Estaban tan previstas y tan consignadas las emociones que se esperimentan en cada punto del lago; se ven en Ginebra tantos grabados y fotografías de sus mas insignificantes parajes; érame tan notoria la historia de uno y otro lugar; habia, en fin, tanto de rutinario y de normal en aquella escursion, hecha á gusto del capitan del vapor que lo llevase á uno, en compañía de otros cien *touristes* desconocidos, sin poder detenerse donde le agradara ni buscar á las cosas otro punto de vista que el prefijado por la costumbre, que preferí las espediciones en mulo que me aguardaban en medio de las nieves, solo, libre, entregado á mis contemplaciones y luchando á cada momento con accidentes imprevistos.

Y es esto tan verdad, que la primera impresion que me causó la Suiza al penetrar en ella aquella mañana, me inspiró las siguientes palabras, que escribí con lapiz en las márgenes de una *Guia*:

«¡Qué grato me hubiera sido venir á Suiza, cuando Suiza era bella sin saberlo; cuando aun no habia hecho una mercancía de sus naturales encantos. Hoy esplota su belleza; se pinta, se adorna, se compone, se exibe, y enseña sus mas ocultas perfecciones, sus misteriosos hechizos, por una miserable moneda. No hay que buscar, no hay que luchar. Ella tiene puestas las escalas en sus balcones y marcados los precios. Cualquier hijo de estas comarcas le lleva á uno de la mano y le muestra las recónditas cascadas, le indica las subidas y las bajadas de los árduos riscos; le conduce por entre los témpanos de hielo; le anuncia las perspectivas que van á sorprenderle... Y si no, aquí está este libro, que lo conoce todo y sabe cuánto cuesta cada paso por este paraiso. ¡Ah! yo odio las *Guias* y á los *ciceroni*: unas y otros me hacen el efecto de repugnantes Celestinas.—Yo quiero perderme en el seno de la naturaleza; oir á lo lejos el ruido del agua; encontrarme el torrente donde no lo suponia; ignorar la manera de salvarlo; asomarse al abismo á riesgo de mi vida, y no desde un balcon de madera; descubrir la apacible llanura despues de atravesar la pedregosa sierra, y creer que Dios acaba de criar aquel panorama para solaz y descanso de mi vista...—Dicen que el valle de Chamounix está desierto; que los hoteles se hallan cerrados; que el invierno ha borrado ya las huellas del hombre... ¡Tanto mejor! Ahora habrá allí algo inesperado, algo nuevo, algo para mí solo.—¡Feliz yo si sorprendo á aquella

naturaleza pública en una hora de vida privada!—Esto me proporcionaria la gloria de encontrarme á solas con su alma.»

Por todas estas razones, decidimos Iriarte y yo salir para el ***Mont-Blanc*** á la mañana siguiente.

Pero todavía tuvimos tiempo aquella tarde para visitar la ***catedral*** protestante, edificada en estilo bizantino hace mas de ochocientos años.

Dicho se está por consiguiente, que aquel templo ha sido iglesia católica durante algunos siglos.

Hoy se le ve despojado de imágenes de santos; pero en cambio, encierra algunas tumbas de hombres.

El púlpito es todavía el mismo en que Juan Calvino esplicaba al pueblo la Reforma.

En la calle de los Canónigos se ve la casa del gran herege; en la que vivió veinte y un años, y donde exhaló el último suspiro.

Despues vimos el templo católico, dedicado á *Nuestra Señora*. Su estilo gótico, sus oscuras naves, sus imágenes piadosas, el órgano que sonaba en aquel instante respondiendo á los sacerdotes que cantaban *vísperas*, el incienso, las luces del altar, los ornamentos sagrados y la regla austera de nuestro clero, me impresionaron mas vivamente que nunca, confirmándome en la idea, hija de mi conviccion tanto como de mi fe, de que el cristianismo no revestirá nunca en España la forma protestante.—La religion es mas bien un sentimiento que un raciocinio, y en España no morirá nunca el sentimiento.—Ahora bien, esta nobilísima facultad del alma vive y se manifiesta, se alimenta y se complace con la poesía del mundo, con los encantos del arte, con todo lo que es belleza, con todo lo que es gracia, con todo lo que es afecto, ternura y entusiasmo.

De buena gana seguiria por este camino y os predicaria un largo sermon; pero ya iremos á Roma, si Dios quiere, y tendremos mejor ocasion que esta de discurrir sobre materias religiosas.

Hoy solo nos queda tiempo para tomar un bote y dar un paseo por el lago, aprovechando el solemne momento de la puesta del sol.

Y aquí me permitireis que ceda la palabra á lord Byron, quien os dirá en su lenguaje divino cosas que yo he sentido y pensado, pero que no acertaria á espresar seguramente.

Porque lord Byron pasó tambien una tarde en estos mismos sitios, mirando de hito en hito á los Alpes y disponiéndose á atravesarlos...

En esto nos parecemos lord Byron y yo y otra porcion de gente que se habrá encontrado en la misma situacion.

Pero en lo que no se parece nadie al bardo inglés es en la manera como espresó sus emociones de aquella tarde.—Cerca de medio siglo ha pasado desde entonces, y el mundo entero repite todavía estas sublimes estrofas de ***Childe-Harold***:

«...Sobre mi cabeza se elevan los Alpes, ese palacio de la naturaleza, cuyas vastas murallas corona una cornisa de hielos perdidos en las nubes... trono subli-

me y frio de la eternidad, donde se forma y de donde cae la avalancha, ¡ese rayo de nieve! En torno de esas cimas se ve reunido todo lo que puede elevar el espíritu y espantarlo, como para demostrar que la tierra puede aproximarse al cielo y dejar al hombre aquí abajo, mal que le pese á su orgullo...

»El lago Léman me sonríe con su frente de cristal, espejo profundo en que las estrellas y las montañas reflejan la calma de su aspecto, sus elevadas cumbres, sus variadas tintas... La presencia del hombre se deja aun sentir aquí demasiado para que yo pueda abandonarme á la contemplacion del grande espectáculo que se ofrece ante mis ojos... Pero pronto la soledad despertará en mi alma pensamientos ocultos...

»Huir de los hombres, no es odiarlos... No todo el mundo ha de haber nacido para agitarse y trabajar con ellos...

»Yo no vivo encerrado dentro de mí mismo... Yo me identifico con todo lo que me rodea. Las altas montañas despiertan en mí cierto sentimiento... pero el tumulto de las ciudades me sirve de suplicio. Lo único que encuentro yo odioso en el mundo es esto de ser uno á pesar suyo uno de tantos anillos de una cadena carnal; el ver que se le señala un puesto entre las criaturas de su misma especie, cuando se tiene un alma que podría volar y confundirse, no sin fruto, con los cielos, los montes, las estrellas ó las agitadas llanuras del Océano!...

»¡Limpio y tranquilo Léman! Tu lago, contrastando con el mundo tempestuoso en que siempre he vivido, me dice con su silencio que cambie las turbulentas aguas de la tierra por una fuente mas pura. La vela de esta pacífica barca es como un ala silenciosa sobre la cual puedo alejarme de la desesperacion. Hubo un tiempo en que yo amaba los mugidos del Océano furioso; pero hoy tu dulce murmullo me enternece como la voz de una hermana que me echase en cara el haber corrido demasiado tiempo detrás de sombríos placeres.

»Ya desciende la noche silenciosa; y desde tus orillas hasta las montañas, todos los objetos se envuelven en el crepúsculo...»

Pero ¿á dónde voy á parar? digo yo, pecador de mí.—Si obedeciese á mis inclinaciones, seguiria traduciéndoos á lord Byron hasta el fin de su poema, con lo que ganaríais mucho mas que con mi prosa desbarajustada.

Mas, como decia mi poeta, ya ha anochecido, y nosotros tenemos que madrugar mañana para emprender la marcha á Chamounix.

Vámonos, pues, al hotel y despidámonos por ahora de Ginebra, acariciada dulcemente por su lago; de Ginebra, esmaltada de luces de gas, que se reflejan en sus aguas, á la manera que los ojos de la amada se retratan en los del amante; de Ginebra, que empieza á sosegarse y á callar, como un niño que se duerme; de Ginebra, que yace cobijada en las tinieblas de la noche...

Entre tanto ¡oh maravilla! aun es de dia en la cumbre del *Mont-Blanc*, cuyas eternas nieves veo desde aquí teñidas de carmin y oro por las últimas luces de la tarde...

¡Oh con qué impaciencia espero el dia de mañana!

III.

Saboya recien anexionada á la Francia.—Tipos y costumbres.—Arcos triunfales.—Los Alpes.—¡El Mont-Blanc!—Chamounix.—Donizetti.—La noche y la nieve.

A la siguiente mañana, á eso de las siete, ocupábamos ya Iriarte y yo la *banqueta* de una enorme diligencia, que, con ser tan enorme, no habia reclutado mas pasajeros que nosotros dos.

Habíamos elegido aquellos asientos, en que se va completamente al aire libre, por ser los que disfrutan de mejores vistas.

Nosotros viajábamos *para ver*.

El dia habia amanecido frio y nebuloso; pero el mayoral nos aseguró que saldria el sol y llevaríamos un tiempo magnífico.

En cambio, el dueño del hotel nos anunciaba que haciamos un viaje inútil; pues los alrededores de Chamounix se hallarian intransitables, los Alpes inaccesibles, y por consiguiente, cerrados por aquella parte todos los caminos de Italia.

Y yo opinaba que el mayoral de la diligencia era optimista, porque su interés estaba en que hiciésemos el viaje, y que el dueño del hotel era pesimista, porque deseaba retenernos en su casa.

Partimos, pues, á la buena de Dios.

La jornada habia de ser de diez y siete leguas... De ellas, la diligencia recorreria solo once, ó sea hasta *Sallanches*. Allí nos trasladaríamos á otro coche mas ligero, acomodado á las pésimas condiciones del resto del camino.

A una legua de Ginebra, poco mas allá de *Chéne*, pasamos la frontera saboyana.

Algunos meses antes hubiérase dicho que acabábamos de entrar en Italia; pero despues de la cesion famosa, al atravesar aquella línea, no hacíamos sino volver á penetrar en Francia.

Pocos momentos despues llegamos á *Annemasse*, en donde se encontraba antes la aduana sarda.

A la sazon no habia allí aduana ninguna.—Las leyes francesas no debian regir en la Saboya hasta el 1.° de enero de 1861.

Desde luego eché de ver y contristaron mi ánimo la soledad y el silencio que reinaban por todas partes, el abandono en que se hallaban los caminos y los campos, y la suma pobreza que denotaban todas las obras del hombre al lado del lujo y poderío de una naturaleza esplendorosa.

Y es que en aquella naturaleza todo era pompa y magestad; pero de ningun modo riqueza y abundancia,—asemejándose en esto á los dominios de aquellos hidalgos de las edades pasadas, que poseian un grandioso castillo, vistosos trajes y ricas armaduras; pero que carecian de un palmo de tierra que les asegurase los garbanzos cotodianos.

Sin embargo, no toda la miseria de Saboya debe atribuirse á la madre tier-

ra. Tambien consiste muy principalmente en las vicisitudes por que ha pasado aquel Estado, que en lo que va de este siglo ha sido ya dos veces francés, sin hàberse podido llamar nunca verdaderamente italiano. Consiste además en el olvido en que el próspero Piamonte ha tenido siempre estas montañas, cuna de su nacionalidad y de su dinastía,—que allí son una misma cosa. Consiste por último en la índole apocada de sus actuales hijos, y tal vez en la falta de recios capitales, razones ambas por las que no se aprovechan en fábricas y otras industrias tantos saltos de agua y tantas primeras materias como se encuentran en aquellos salvajes montes.

A poca distancia de *Annemasse*, distinguimos á lo lejos, al pié del azulado Jura, el precioso pueblo de *Mornex*, en donde pasa el verano la gente acomodada de Ginebra.

Aquel era como el último suspiro de la vida social, del movimiento europeo, de la brillante civilizacion que aun no ha penetrado en el corazon de la Saboya.

En adelante solo vimos castillos en ruinas, míseras aldeas que nos parecian despobladas, sendas que no pisaba nadie, prados en que no pacia ganado alguno...

Hubiera dicho que la Saboya era una casa deshabitada, de donde habia salido el antiguo morador, y en la que iba á entrar un nuevo inquilino.

Y para mayor melancolía, el antiguo morador se habia dejado olvidada alguna *Cruz de Saboya*, ora en un porche que fue portazgo, ora en una casa que fue alcaldía, ora en el escudo de armas que adornaba la fachada de una iglesia..

En cambio, encontrábamos á veces, á la entrada de míseros pueblos, ó en los mas selváticos parajes, algunos arcos de triunfo, construidos con ramas y flores, y adornados con banderines franceses.

Por debajo de aquellos arcos habian pasado pocas semanas antes Napoleon y Eugenia, de camino tambien para el Mont-Blanc.

Pero ya empezaban á caerse, deshechos por el viento y por la lluvia de los últimos temporales.—Las flores y las ramas estaban secas.—Las banderas yacian por el suelo.—Todo esto era triste como los salones en que ha habido baile, vistos á la mañana siguiente y con la luz del mediodia.

Al pasar nuestra diligencia bajo uno de aquellos arcos, el mayoral tatareó vagamente un canto parecido al *Ranz des Vaches* de los suizos, y parecido tambien, sin que esto sea imaginacion mia, al canto que *Pierotto* se acompaña con la gaita en *Linda de Chamounix*.

El mayoral era saboyano.

No bien lo supe, trabé con él conversacion.

Era el momento de aprender mas historia y mas política que enseñan los libros y los periódicos.—Yo necesitaba saber á qué atenerme respecto á la anexion de Saboya á la Francia por medio del sufragio universal.

Contra lo que esperaba, el auriga era partidario sincero de la anexion.

—Esto es Francia, me dijo. Nosotros hablamos el francés; nosotros emigrábamos á Francia cuando nos iba mal en nuestro país; á nosotros no se nos ocur-

rió nunca emigrar á Italia. Entre Italia y Saboya se levantan muy altos montes, colocados allí por Dios para separar á dos pueblos; y de Saboya á Francia no hay mas que un paseo. Por otra parte, Victor Manuel nos tenia olvidados, y mas pensaba en lo que no era suyo, que en lo que le encomendaron sus padres, nuestros señores. En cambio, Napoleon hará de nuestro país uno de los mas ricos departamentos de la Francia. Solo nos duele que nuestros hijos hayan de servir como soldados en una nacion cuyo gobierno es despótico. ¡Oh! nosotros preferiríamos verlos alistados en el ejército de la libre Italia. Pero ¡cómo ha de ser! No se pueden reunir todos los bienes en una hora.

Estas palabras del pobre mayoral despertaron muchas ideas en mi mente.—Primero me recordaron á aquellos despreciados saboyanos, especie de gallegos de París, que se emplean en limpiar chimeneas, en vender libros á domicilio y en hacer comisiones á medio franco la carrera. Luego pensé en su fama universal de honrados, de amantes de su país, de humildes y fieles servidores. En seguida consideré que aquella desgraciada raza era el degenerado resto de los terribles montañeses que, acaudillados por sus condes ó por sus duques, desde Humberto *el de las manos blancas*, fundador de su dinastía, hasta Emmanuel Filiberto de Saboya, el vencedor de San Quintin, batieron á los franceses en muchas ocasiones, conquistaron ciudades y reinos, y eternizaron su nombre en la historia. Y me complací, por último, en recordar que el suelo que yo recorría en aquel momento habia pertenecido á España, como tantos otros que debia recorrer; y que aquel Emmanuel Filiberto y aquellos soldados suyos tan famosos sirvieron á las órdenes de Carlos V y de Felipe II, cuya dominacion prefirieron siempre á la de los reyes de Francia...

A todo esto, la diligencia avanzaba y el país se embellecia cada vez mas.

En el fondo de la sucesion de valles por donde serpentea el camino, se levantaba ya una imponente montaña, como primera avanzada de los Alpes.

Era la *Pirámide de Mole*,—que se eleva 5.745 piés sobre el nivel del mar.

El sol habia roto la niebla. La soledad empezaba á gemir con la melancólica voz de las aguas; y de allá muy lejos llegaban sordos y profundos rumores, que todavía hubieran podido confundirse con los bramidos del viento encerrado entre montañas, si la atmósfera no hubiese estado inmóvil y como estática ante la hermosura del astro rey.

Aquellos solemnes y lejanos ruidos provenian de las cascadas, de las *avalanchas* ó desprendimientos de nieves, y de otra cosa que ya nos saldrá al encuentro muy pronto.

¡Oh misterio de los montes!—Estábamos á pocas leguas de animadas, florecientes y bulliciosas capitales, y nos parecia hallarnos á mil leguas del mundo, quiero decir, del siglo; del gran movimiento humano; de la Europa civilizada.

Llegamos á *Contamina*.—En esta aldea, como en las demás que nos salian al paso, casi toda la poblacion se componia (¡singular contraste!) de pastores y relojeros.

Y allí, como en todas partes, la gente, aun la mas acomodada, se quitaba el sombrero al ver pasar la diligencia, y nos saludaba con gravedad.

Pero si el que saludaba era pobre, y casi todos lo eran, alargaba hácia nosotros el sombrero que se quitaba, pidiéndonos limosna con una mirada tristísima, un humilde ademan ó una fúnebre sonrisa.

Y no creais que esta limosna la pedian solamente mendigos que vagaban por las calles...

Familias enteras, agrupadas en la puerta de sus casas, tendian las manos á un mismo tiempo, murmurando no sé que oracion.—Los que se hallaban á la ventana, pedian desde la ventana.—Yo recordaré siempre que un niño dejó el pecho de su madre, y estendió hácia nosotros su manecita en que no cabia una moneda.—Las jóvenes, que volvian con agua de la fuente, dejaban el cántaro en tierra y hacian la misma demanda. ¡Todo el mundo pedia!

Pero nadie instaba.—Hubiérase dicho que cumplian una promesa, hacian una mera manifestacion de su estado, ú obedecian fatalmente la ley de su destino.

Hacia calor. La carretera habia entrado en un fértil valle muy estrecho, que solo visita el sol durante cuatro ó cinco horas diarias. Por en medio de él corre el *Arbe*, impetuoso rio, cuyas tremendas inundaciones han sido siempre el azote de la comarca.

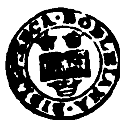
Asi caminamos hasta *Bonneville*, capital de provincia, sentada al pié de otro gigante, que no escede sin embargo en altura á la *Pirámide de Mole*.

Nosotros entramos en la ciudad por un hermoso puente construido sobre el *Arbe*, cerca de una alta columna, levantada en honor de Carlos Félix de Cerdeña y coronada por su estatua.

Este monumento atestigua la gratitud de los habitantes del valle á aquel grande y memorable rey, por las magníficas obras que construyó para preservar á *Bonneville* de las inundaciones del *Arbe*.

Aquí ya empezó á llamar nuestra atencion un raro fenómeno á que debíamos acostumbrarnos por último.—Hablo del *goitre* ó gran papera que afea á mucha parte de los habitantes del centro de Saboya.—Dícese que esta superabundancia de papada proviene de beber un agua que no es sino nieve recien derretida: ello es que abunda mas en las mujeres que en los hombres, y contribuye á infundir en el ánimo del viajero una honda conmiseracion hácia los hijos de aquella helada naturaleza, conmiseracion que sube de punto cuando se conoce á los *cretinos* del *Valais*, de que ya hablaremos.

Entre tanto el país llegaba á un inconcebible grado de hermosura. El pino especial de aquellos montes empezaba á bordar el gracioso abanico de sus ramas horizontales sobre las laderas tapizadas de nieve. Las cascadas, cada vez mas caudalosas, se desprendian de los flancos de las peñas, velando el sol con sus nítidos encajes, lo que producia una y cien veces el *arco-iris*,—rutilante pluma de colores, enredada en la blanca pluma de las aguas gallardamente supendidas en el aire. Los verdes prados, en fin, veíanse como esmaltados de rubias vacas, que



pacian á la sombra de oscuros árboles frutales y á la márgen de cristalinos arroyos, componiendo cuadros tan graciosos é inocentes, que parecian el verdadero original copiado por la musa bucólica de todos los tiempos, desde Ruth hasta Theócrito, desde Virgilio hasta Garcilasso.

Mas allá de *Balme*, donde media el camino, nos sorprendió estraordinariamente ver dos cañones á la puerta de una casa rústica.—Hallábanse montados sobre sus cureñas y como amenazando al que llegase.

—¿Qué significa eso? preguntamós al conductor.

—Esos cañones, dijo este, son de un pobre hombre que se gana la vida con ellos.

—¡Dios de Israel! ¿Y de qué modo?

—Es muy sencillo. Las montañas que cercan este paraje producen unos largos y repetidos ecos que los viajeros gustan de oir. Si ustedes quieren, pueden pagar algunos cañonazos, á medio franco cada uno, y juzgarán por sí mismos si la cosa tiene verdadero mérito.

—Pues que dispare en seguida, si esto no ha de espantarnos los caballos.

—Descuiden ustedes. Están acostumbrados.

Entonces apareció un campesino, que maldito el aire que tenia de artillero, y puso fuego á una pieza.

La detonacion fue espantosa; y como si ella hubiese dado la señal de una batalla, siguiéronla otras muchas, que resonaban á lo lejos simultáneamente, atronando los montes, prolongándose de eco en eco y volviendo á arreciar cuando parecia que iban á estinguirse, hasta que por último se fueron apagando en la distancia al modo de una tempestad que se aleja.

Lo menos cinco minutos duraria al estruendo del primer cañonazo.

Mandamos disparar el otro, y partimos. Aquello era maravilloso. Hubiérase dicho que los Alpes estaban ocupados por un ejército que hacia jugar en aquel instante toda su artillería.—Iriarte y yo creíamos encontrarnos en Sierra-Bullones, en medio de uno de aquellos combates que tan caros costaban á los marroquíes.—La ilusion era completa.

Poco despues de *Mayland*, y en una estrecha garganta formada por altísimos peñascos verticales, nos esperaba otra sorpresa; y era un rio ¡todo un rio! que brotaba por la hendidura de una roca, como si Moisés la hubiese tocado con su milagrosa vara. El sabio *Saussure*, que conocia los Alpes como nadie, opina que este rio es una filtracion del lago de *Flaine*, que se encuentra allá en la altura, á cuatro mil cuatrocientos piés sobre el nivel del mar, como si un genio lo hubiera subido allí para mirarse á solas en sus ignoradas aguas.

No lejos de este prodigio, se alcanza á ver la famosa cascada de *Arpenaz*.

En ella, como en otras que ya habíamos encontrado, advertí que el caudal de agua que se desprende de lo alto, no llega ni con mucho al suelo, sino que se deshace en el camino, convirtiéndose en una especie de tamo ó niebla, que humedece luego una gran superficie del valle, y forma en él mil y mil endebles

arroyos, que poco á poco van amasando de nuevo el mismo potente rio que se habia desvanecido en la atmósfera...

Supongo que nadie ignorará la razon física que determina este fenómeno, y por consiguiente no la esplico. Pero como la imaginacion no entiende de semejantes razones, resulta que no puede uno ver sin asombro y pasmo aquel agua colgada, aquella gran estalactita líquida, aquella corriente furiosa que se precipita bramando desde lo alto de una peña, y que enmudece en el espacio y se trueca al fin en silencioso rocío, que ni siquiera tiene fuerza para doblar una espadaña.

Pero los Alpes crecen.—Ya distinguimos cumbres de ocho mil cuatrocientos treinta y cinco piés de altura.

Son las *Agujas de Varens.*

Las escarpadas puntas que forman sus cúspides, brillan al sol como plateados capiteles.—Aquella nieve tiene tantos años como el mundo.

Pasa una hora. Los montes se apartan, abriendo un nuevo valle, por en medio del cual se enseñorea un rio.—Todavía es el *Arbe.*—Y todavía se ven en torno suyo indelebles vestigios de sus estragos.

En medio de este valle se encuentra la aldea de *San Martin.*

Antes de llegar á ella, el conductor os indica con un ademan que mireis al lado izquierdo...

Por la abertura que dejan dos montañas cubiertas de negro bosque, se alcanza á ver una lejana cima de una blancura deslumbradora...

Vosotros la conoceis ya, como yo la conocí al momento.—Ayer la vimos desde el lago de Ginebra, y hace mes y medio desde Macon.

Es el *Mont-Blanc.*

Todavía distamos de él siete leguas. Pero no nos impacientamos. Ya es seguro que esta misma noche dormiremos al pié del gran coloso. El valle de Chamounix ha vuelto á estar transitable.

Al salir de *San Martin* perdimos de vista aquella redonda cumbre, que era como el polo de nuestro viaje, y ya no la volvimos á percibir hasta que llegamos á *Sallanches.*

Allí se la veia tan distintamente, que parecia tocarse con la mano; y sin embargo distaba cuatro leguas en línea recta, y seis, contando las revueltas del camino.

En *Sallanches* dejamos la diligencia y entramos en una especie de cabriolé tirado por dos caballos.

Ibamos á empezar á subir.

En aquel momento nos hallábamos á mil ochocientos sesenta y un piés sobre el nivel del mar.—En once leguas solo habíamos subido setecientos piés.

Muchos viajeros comen en *Sallanches*; pero nosotros preferimos dejarlo para *Chamounix.*—Llevábamos algun retraso, y no queríamos que nos anocheciera antes de penetrar en el corazon de las montañas.

Marchamos, pues.—El país en que entramos conservaba las huellas de atro-

ces terremotos. A la derecha dejamos los renombrados baños de *San Gervais*, en que siempre hay por este tiempo algunas familias españolas. Estos baños están escondidos en el seno de un monte sumamente feraz y pintoresco, y son, al decir de los que los conocen, uno de los parajes mas deliciosos del mundo.

A poco de pasar por en frente de ellos, nuestro viaje empezó á ser una penosa ascension por escabrosas y retorcidas cuestas.

Habia llegado el momento del asalto. Teníamos que subir otros mil quinientos piés para llegar al valle de *Chamounix*, que con estar tan alto, no es sino el pedestal del gigante.

En *Servoz* nos vimos obligados á echar pié á tierra; pues los caballos no adelantaban casi nada. El suelo empezaba á estar helado.

El cochero, que habia previsto todas estas contingencias, nos proveyó de unos recios bastones terminados en agudas puntas de hierro.

El camino flanqueaba un monte cubierto de pinos, que á veces formaban una bóveda sobre nuestra cabeza. Este monte se levantaba á nuestra izquierda casi perpendicularmente; y á nuestra derecha, por el contrario, abríase un hondo abismo en que rugian torrentes y cascadas.

Todo era ya aterrador en aquella monstruosa naturaleza; y cual si se hubiese querido advertir al viajero los riesgos que podia correr mas adelante, veíase sobre el camino un sencillo monumento, erigido al poeta *Eschen*, que murió en 1801 al tratar de subir á una de las vecinas eminencias.

Las cumbres que nosotros salvábamos en aquel instante se llaman *les Montets*, y eran ya el último obstáculo que se levantaba entre nosotros y el *Mont-Blanc*.

Mucho tiempo hacia que reinaba la noche en los hondos valles; y en el camino que nosotros seguíamos empezaba tambien á oscurecer; pero el sol doraba todavía las blancas cimas que asomaban á lo lejos...

La tarde era tranquila, solemne, magestuosa. Nosotros andábamos en silencio, escuchando absortos los augustos rumores de aquella soledad sublime. La cuesta se presentaba cada vez mas áspera...

Finalmente, despues de mucho bajar y subir, y de subir siempre mucho mas que bajábamos, llegamos á una alta cima; hizo el camino una revuelta, y lanzamos los dos un grito de asombro...

El valle de Chamounix acababa de aparecer ante nuestra vista; el *Mont-Blanc* se levantaba sobre nuestra frente; toda la cordillera nos rodeaba; la nieve nos desvanecia...

En el valle era de noche.—¡Todo yacia en las tinieblas, menos los helados titanes!

La luz del sol, que ya no veia nadie en Europa, circundaba las sienes del viejo rey con un turbante de rosa y oro. Su blanca túnica resplandecia como el cristal, ofreciendo un desierto de nieves que empezaba en el valle y terminaba mas allá de las nubes... Las nubes ceñian su cintura, sin lograr alzarse nunca hasta su frente, que se erguia desdeñosa sobre las tempestades de la tierra.

Nada mas se veia. Ya era tambien de noche en el cielo. La tierra y el espa-

cio habian desaparecido en la oscuridad... ¡Y aun se percibian claros y distintos, en medio de las tinieblas, aquellos colosales fantasmas, aquellos blancos espectros, que absorbian toda la claridad de estrellas y del agonizante crepúsculo, cual si



La Mar de Hielo.

brillasen con no sé qué luz propia, que infundia en nuestras almas un instintivo miedo!

Lo cierto es que habíamos llegado tarde al valle de Chamounix; pero tambien es verdad que yo me alegré mucho de ello; pues ninguna impresion mas grande

ni mas fantástica podia producir el *Mont-Blanc*, que la que causaba en medio de las sombras de la noche.

—Tiempo tenemos mañana, nos dijimos Iriarte y yo; desde que salga el sol hasta que se ponga, para ver en su realidad esas cumbres y admirar de cerca los *glaciers*, la *Mar de Hielo* y todo lo demás que encierra este valle.

Y como el cabriolé acabase en aquel momento de subir la cuesta, y hacia un frio que nos penetraba hasta los huesos, montamos en seguida, y continuamos hácia *Chamounix*.

Media hora despues estábamos en la patria de *Linda*.

Chamounix es una mísera aldea, compuesta de pobrísimas casas, en medio de las cuales se levantan cinco ó seis palacios, que contrastan vivamente con el resto de la poblacion.

Estos palacios son *hoteles* de primer órden, de cinco ó seis pisos cada uno, donde se encuentran todas las comodidades que se exigirian en un hotel de Paris.

Nuestra llegada al lugar fue todo un acontecimiento.

—¡Ingleses! ¡Ingleses! empezaron á gritar los chiquillos.

Y todas las puertas y todas las ventanas de las casas rústicas se cuajaron de cabezas curiosas.

Chamounix no tiene mas riqueza que el *Mont-Blanc*, ni otra industria que exibirlo á los ingleses.

La denominacion de *ingleses* comprende á todos los que viajan por placer, aunque sean patagones ó kalmukos.

Los habitantes de *Chamounix* pasan el invierno labrando baratijas de madera, haciendo bastones como los que nosotros habíamos adquirido, engordando vacas, echando pienso á los mulos y esperando á que llegue el verano.

No bien llega el verano, *Chamounix* se llena de *ingleses*, y todos los habitantes del valle se convierten en *guias*, y todos los mulos encuentran quien los alquile para subir á los montes, y las vacas dan leche y queso, y sus tiernas hijas se truecan en chuletas ó *beefteack*, y todas las manufacturas del invierno encuentran salida, y el oro inglés cae como el maná sobre la comarca.

Pues bien, considerad ahora que el verano aquel habia sido tan fresco y tan húmedo que no habian acudido al valle ni la cuarta parte de ingleses con que contaban sus moradores; considerad que iba ya una semana de no aparecer un solo viajero por aquellos contornos, lo cual habia hecho que muchos dueños de hotel diesen por cerrada la temporada; considerad, en fin, que todo aquel dia habian estado esperando inútilmente que el cambio de tiempo les llevase algun *touriste* que desollar, y comprendereis el efecto que produciria nuestro carruaje al aparecer en las calles de *Chamounix*.—Nosotros éramos el ramo de oliva que llevó la paloma al arca de Noé, en señal de que las aguas habian bajado.

En el *Hotel Real de la Union*,—el único que quedaba abierto,—nos recibieron con tanto agasajo y tan profundas cortesías, que temblamos por nuestra bolsa. Pero tambien es verdad que nunca nos hubiera sido tan grato dar un rei-

no que tuviéramos, por un techo, una chimenea, una cama, un pedazo de pan y un vaso de vino, como en aquel momento en que no sabíamos qué nos agoviaba mas, si el hambre ó el cansancio, si el frio ó la gana de dormir. Poco tiempo despues nos convencimos de que lo que mas teníamos era un hambre deliciosa.

Con que hagamos alto por ahora en nuestra relacion, y dejemos hablar á los apuntes de mi *libro de memorias*, escritos con lapiz en los mismos sitios y en los mismos instantes á que hacen referencia.—Esto no podrá menos de prestar á veces mayor interés y movimiento á la presente obra.

Mi cartera de viaje dice así:

. . . .

Chamounix.—Hotel royal de l'Union.—16 de octubre de 1860.

Hénos en el Mont-Blanc, en la patria de la nieve, en el imperial alcázar del invierno.

La música de *Linda* resuena sin cesar en el fondo de mi alma.—*Chamounix* y *Donizetti* son dos nombres que no pueden separarse.

Quizás en este mismo instante, (son las nueve de la noche) mis amigos de Madrid ven pintados estos sitios en los telones del teatro Real, y oyen las tiernas y graciosas melodías del sublime loco de Bérgamo, en las cuales se encierra toda la inocente poesía de los Alpes y de la afectuosa raza que vive en ellos.

¡Donizetti!—Este nombre me lleva mucho mas lejos. Llévame á Sierra-Nevada, á aquellos Alpes de Andalucía, donde yo he pasado la niñez, viendo á todas horas las nieves del *Mulhacen* y del *Veleta* perdidas en el azul del espacio; y donde arrullaron mi cuna los cantos de *Lucía*, de *Linda* y del *Furioso*, haciéndome soñar todo lo que despues me ha sucedido,—sin escluir este viaje.

Pero ¿qué es mi pobre *Mulhacen* comparado con el *Mont-Blanc*?—Colocad sobre la cúspide de Sierra-Nevada otra sierra de 4,900 piés de elevacion, y tendreis la cumbre del Monte Blanco.

Lo que si es verdaderamente delicioso es encontrarse como yo me encuentro en una abrigada habitacion, al amor de una cariñosa chimenea, en frente de una humeante y regalada mesa en que no falta el confortante mosto, á la vista de una mullida cama, y al lado de una escogida biblioteca, y pensar al mismo tiempo en el frio que hará en este instante fuera del hotel, en lo próximos que se hallan los ventisqueros y las neveras, en el penoso camino que hemos traido para llegar hasta aquí, y en que por esa ventana se ve el Mont-Blanc desde su base hasta su cima.

Yo comprendo perfectamente que un hombre disgustado del mundo ó afligido por una profunda pena, se pasase todo un invierno en esta soledad, sin otro espectáculo que la nieve, fatigando su cuerpo durante el dia por esas heladas cumbres y viniendo á descansar á la noche en esta abrigada habitacion, donde tantas y tan buenas cosas podrian pensarse y escribirse.

Pero escuchemos...

Una larga detonacion, semejante á la de un trueno próximo, retumba sobre nuestras cabezas...

Es un alud que se desprende de lo alto, acreciéndose en su camino ó partiéndose en mil fragmentos, que vuelven á engrosarse y á dividirse...

¿En dónde caerá la *avalancha*?—¡Ay de la cabaña, ay del puente, ay de los árboles que encuentren en su camino las colosales bolas de nieve!

Sirvan de garantía á nuestra tranquilidad los muchos años que llevan de existencia estos hoteles, sin que ningun alud haya caido sobre ellos, y durmamos confiadamente...

Seguridades tan relativas como estas, nos hacen esperar todas las noches que despertaremos al otro dia.

La vida es siempre un combate, y la esperanza una temeridad.

Pero antes de acostarnos, dirijamos por la última vez una mirada, al través de esos cristales, al bárbaro coloso que reina sobre toda Europa.

¡Hélo allí!—Ese titan no duerme nunca. Para él no llega jamás la noche.

Hélo allí coronado de su plácida aureola, vestido de su propia luz, resplandeciente y cándido en medio de las tinieblas, como las apariciones luminosas de los místicos.

Hélo allí inmóvil, silencioso, eterno...

Verdaderamente, yo concibo que todavía pudiera ser un poco mas alto.—La cumbre del Himalaya, sin ir mas lejos, tiene 28,000 piés de elevacion, es decir, casi doble estatura que el *Mont-Blanc*...—Y aun el mismo Himalaya pudiera tener algunos metros mas.—Y aunque llegase á las estrellas fijas, cualquiera podria sin grande esfuerzo imaginarlo un poco mayor...

Pero yo no debia revelar al público estos secretos, ni disminuir con tales reflexiones la importancia de mi viaje.

Dice bien el refran: el que mucho habla, mucho yerra.

IV.

Fisiologia del mulo, del jumento y del caballo.—A seis mil piés sobre el nivel del mar.—*La Mar de Hielo*.—Avalanchas.—El Album de la *Flechere*.—Contemplacion.—Puesta de sol.

Dia 17.

Han pasado algunas horas de sueño, durante las cuales mi alma ha viajado por donde mejor le ha parecido, á la manera de un criado que aprovecha las horas en que su amo se halla de paseo, para entregarse libremente á sus asuntos particulares.—¡Vaya un símil!

Las gallinas cacarean á la puerta del hotel. Es cosa de levantarse. El reloj marca las seis.

Abro la ventana... ¡Oh qué dia tan magnífico!—El sol argenta la cumbre del Mont-Blanc. El cielo está limpio y azul como en un dia de primavera en

Granada. Los Alpes recortan el horizonte con su nevada silueta, tan pura, tan perceptible, tan precisa en los contornos, como si fuera un esmalte de plata que bordase el ancho pabellon del firmamento... ¡Qué inmaculada nitidez, qué nueva riqueza, qué virginidad en ese panorama!—Se diria que es un mundo recien salido de las manos del Criador, y que ni mirada de hombre ni vuelo de ave han profanado todavía el sublime misterio de sus horas.

En esto llaman á nuestra puerta.—Son los *guías* que vienen á ofrecerse.

Nuestro plan está formado.—La mañana la destinaremos á la *Mar de Hielo*: á las doce vendremos á almorzar al hotel; y á la tarde subiremos á la *Flechere*, desde donde contemplaremos toda la magnificencia del *Mont-Blanc*.

Son dos viajes en mulo, que suman diez leguas de bajadas y subidas por entre hielos y nieves...

¡Valor!—El ajuste está hecho.

Llevaremos dos mulos y tres guías; zapatos herrados y los bastones consabidos.

Cosa de merienda no hace falta, pues al decir de esta gente, ya encontraremos por entre esas neveras alguna choza en que nos den un vaso de vino y un pedazo de queso con que espantar el frio.—Por lo demás, nosotros nos hemos desayunado medianamente.

Con que hénos ya caballeros en los mulos. Asi atravesamos el pueblo, que empieza á discurrir por las calles tapizadas de hielo y escarcha, y que nos dice *buen viaje* con la mayor cortesía.

Entre las rollizas muchachotas que se asoman á las puertas, hay algunas tan blancas y tan rosadas como una aurora en la nieve; pero no encuentro por ninguna parte á *Linda*, ni cosa que se le parezca... Bien es cierto que debe de haber envejecido.

A poca distancia de nuestro hotel, pasamos un rio por un puente de madera.

Este rio es todavía el *Arbe*... Pero no ya aquel Arbe potente y devastador que conocimos ayer, sino un riachuelo alegre, inofensivo y perezoso como un Sardanápalo en mantillas.

Luego atravesamos unas estensas praderas y llegamos al pié del *Montanvert*, formidable mole de seis mil piés de elevacion, á cuya cumbre nos proponemos llegar, para caer desde allí en la Mar de Hielo.

La ascension al principio no es penosa, pero sí arriesgada, en atencion á que ha nevado últimamente y á que hoy el sol ha de calentar bastante, lo que podrá dar por resultado que haya desprendimientos ó aludes,—y este es precisamente el camino que siguen muchos de ellos.

Reparad si no, en estos colosales abetos que nos cercan; y encontrareis muchos tronchados como débiles cañas... Reparad en esas peñas removidas de sus antiguos cimientos... Reparad en aquellas calles abiertas entre los bosques de pinos...—Pues todo eso lo han hecho las *avalanchas*, procedentes de la altísima *Aguja de Charmoz*.

La senda se va haciendo cada vez mas angosta y escarpada. El mulo encuentra apenas una estrecha y sinuosa cornisa en que sentar los piés. Ya no nos falta nunca un hondo precipicio á nuestra izquierda... Si al pobre animal se le va un pié, ó si cede cualquier pedrusco de los que elige para apoyarse, nuestra humanidad hecha pedazos aumentará el largo catálogo de los viajeros que han pagado con su vida el amor á los grandes panoramas.—Y hay tanto mas motivo para pensar en esto, cuanto que los guías nos han dicho ya que los que se dedican á su oficio acaban casi siempre por ser víctimas de él.

—¿Ve usted aquel pico? nos indicó uno. Pues allí murió mi padre acompañando á unos ingleses. Se le fué un pié en el hielo... y... como si no hubiera nacido.

—A mi hermano le aplastó una avalancha, añadió el otro.

—Yo me he caido ya una vez, dijo el tercero; y mi fortuna fue que la nieve era reciente y no se habia helado... De lo contrario, no lo contaria ahora fumándome esta pipa.

Y entre tanto, los mulos se portaban como tales: quiero decir, que procuraban ir siempre por el sitio mas peligroso, arrimados á los mismos bordes de los despeñaderos, y desatendiendo tercamente toda insinuacion juiciosa, por cariñosamente que se les hiciera.

¡Ah! los mulos son iguales en todos los paises, y yo los aborrezco con todas las fuerzas de mi alma.

Para mí el mulo es inferior al burro, y mucho mas burro que él, pues es un burro con pretensiones de caballo.

Yo amo al burro... ¿Y cómo no he de amarle?—Su modestia, su mansedumbre, su resignacion, su docilidad me lo recomiendan como á un ser bueno, pero desgraciado; que conoce su ineptitud y se conforma con ella; que no es presumido, ni ambicioso, ni aspira á dominar á nadie; que se somete, en fin, á la humilde condicion de su destino.

Y yo amo al caballo; yo le admiro; yo le respeto; yo le tolero su soberbia, su jactancia, su osadía, tan propias de su esquisita naturaleza, de su hermosura, de su ardor guerrero, de su generoso instinto, de su noble *caballerosidad.*

¡Pero el mulo!... El mulo me irrita. El mulo no es grande ni por la bondad ni por el genio; no sirve para mandar ni para ser mandado; es inútil y díscolo, improductivo y vanidoso, estúpido y rebelde, incapaz y temerario...

Y lo mismo acontece en la especie bípeda-implume.—Tambien consta de tres familias. Tambien hay en ella hombres-burros, hombres-mulos y hombres-caballos.

De estas tres familias, yo preferiré siempre la de los hombres-burros, y la amaré con infinita ternura. Asimismo toleraré y respetaré al hombre-caballo... ¡Pero líbreme Dios del hombre-mulo, del tonto con pretensiones, del necio cuya necedad empieza por no conocerse á sí misma, del sandio ingobernable, del burro disfrazado de caballo!

Y dejemos esto, no sea que mi cabalgadura se entere de lo que voy pensando, y me tire por las orejas.

Poco agradable seria; pues nos hallamos á una altura fabulosa, y el abismo sigue abierto siempre bajo nuestros piés.

Ya hemos pasado por *Caillet*, en otro tiempo cubierto de árboles, que los aludes han arrastrado en su caida.

Hace bastante frio y principia á soplar un fuerte viento, no obstante la serenidad de la mañana.

Este viento no se sentirá allá en el valle, de cuyas casas vemos alzarse perpendicularmente el sosegado humo...

¡Ah! el valle parece desde aquí un juguete de niños. El rio, las cabañas, la antigua abadía, los vastos hoteles, los prados y las colinas que las cercan, forman un paisaje cuyo tamaño no escede aparentemente del de una vitela de abanico.

Ya caminamos sobre densas nieves. Ya terminó toda vegetacion. Vamos tocando á la cima del *Montanvert*.—El *Mont-Blanc* queda oculto á nuestra espalda.—*La Mar de Hielo* va á presentarse ante nuestra vista...

¡Alto!—Hemos llegado...

La emocion no puede estar dispuesta con mejor arte.—La áspera senda termina á la puerta de una especie de ventorrillo edificado sobre el borde mismo del monte.

Entremos, y desde sus ventanas contemplaremos á vista de pájaro todo el *glacier*... que en español se traduce *ventisquero*, á pesar de que «ventisquero» es otra cosa muy diferente...

Y si no, veamos qué es un *glacier*...

¡Oh!... ¡qué asombro!—Asomaos... Mirad...

Su nombre lo dice... ¡Esta es una *Mar de Hielo*!—Pero una mar en cólera, petrificada en el momento del combate.—Desde aquí no se ve mas que hielo y nieve: blancas montañas en torno nuestro: rocas de cristal por todas partes; agujas de plata que penetran las altas regiones de la atmósfera; y por en medio de una y otra mole, bajan torrentes de alabastro á abastecer este piélago mudo, inmóvil, aterrador como la muerte.—Y este mar, este inmenso rio, que se pierde de vista allá á lo lejos, á dos leguas de nosotros, está como volcado en un violento declive; está colgado, por decirlo asi; parece que se despeña, á la manera de poderosa catarata, amenazando sumergir valles y montes; y asi baja, y asi llega á un punto dado; y allí se detiene, y allí termina de pronto, como si la clemencia de Dios le hubiera dicho ¡*párate*! ó como si él, condolido de los estragos que iba á causar, hubiese refrenado su propia ira.—Por eso digo que está petrificado en el momento del combate.

Y esto mismo se puede suponer de todas las cosas que nos rodean.—El rizado oleaje de la superficie de la Mar de Hielo; las amplias ondas que simula este hielo al arrastrarse por las vertientes de los montes; la violenta actitud de los témpanos supendidos en las alturas; la animada disposicion de las masas y de sus

menores accidentes; todo da idea del movimiento, todo revela que aquí hubo un período de accion, todo recuerda una pasada vida, como el gesto permanente de un cadáver traduce el último pensamiento del espíritu que huyó de él.—Diríase que en algun tiempo esta mar habia sido líquida; esos torrentes habian fluido; esos montes habian palpitado; esta soledad amortajada habia tenido voz y perfume, vida y actividad; y que repentinamente, en un súbito momento, el invierno habia asomado por encima de las sierras su cabeza de Medusa, conjelando, cristalizando, petrificando esta naturaleza.—La *Mar de Hielo*, en fin (y aquí terminan por ahora las metáforas), parece un mundo muerto, el planeta tallado en mármol, la estatua sepulcral del globo; la haz funeraria de la luna, tal como la hallamos en remotísima apariencia.

Digamos ahora en puridad lo que es la *Mar de Hielo* y lo que son todos los *glaciers* del mundo, aunque para ello tenga yo que valerme del mismo que me lo ha esplicado, ó sea del célebre viajero suizo *K. Bædeker*.

Hé aquí su esplicacion.

En las altas regiones de los Alpes, al principio de las nieves eternas (1), nieva siempre en vez de llover. Esta nieve, que cae en forma de granizo, se amontona en los barrancos, donde el aire y el sol ablandan algo su superficie, y forman de ella una capa compacta, que se hiela á la noche, y se ve pronto cubierta por otra nueva capa de nieve. Asi se va componiendo una masa densa de hielo, purísima en su interior y azulada por la parte afuera, la cual no es otra cosa que el *glacier* característico de los Alpes.

Los *glaciers* primarios son largas masas de hielo, semejantes á un rio helado, que se estienden á lo largo de los valles, con una ligera inclinacion, y que llegan á medir algunas veces 1,000 y 1,500 piés de espesor ó profundidad!—La inclinacion de los secundarios es mayor, el hielo menos duro, su estension no tan grande, y están como colgados de los flancos de las montañas.

Mas arriba aun, pasando de los 10,000 piés, la accion del sol y del aire sobre la superficie del *glacier* es ya tan insignificante que no logra cambiar la forma de la nieve ni ablandarla para que despues se convierta en hielo. Esta nieve suelta, ó no condensada, que se encuentra á la cabeza del *glacier*, se llama *névé* (palabra que no tiene equivalente en español, á causa de que en España no hay alturas que escedan de 10,000 piés).—Ahora bien: cuando la nieve del *névé* (al cual no hay que confundir tampoco con nuestros ventisqueros), llega á la region del hielo, que como hemos dicho, se halla mucho mas abajo, su capa superior se derrite bajo la influencia del sol, y el agua que resulta penetra las

(1) Los Alpes, considerados bajo el punto de vista de su elevacion, se dividen en *Altos Alpes*, *Alpes medios* y *Alpes bajos*.—Llámase *Alpes altos* á los que esceden de 8,000 piés, punto en que la nieve no se derrite ya nunca hácia las vertientes septentrionales: (en las vertientes del Sur las nieves *eternas* no se encuentran sino 800 piés mas arriba.)—*Alpes medios* son las cumbres que se hallan entre los 8,000 y los 4,500, en que los árboles dejan de crecer.—*Alpes bajos* son los comprendidos entre 4,500 y 2,000 piés de elevacion.

La altura del Mont-Blanc es de 14,809 piés.

capas inferiores: á la noche se hiela todo, y queda formado el *glacier*.—El *glacier*, por consiguiente, es una prolongacion del *névé*.



La Tête Noire (la Cabeza Negra.)

Pero como las nieves y el hielo se renuevan constantemente, sin que el *glacier* se acrezca por esto, hácese necesario que el aumento se compense con alguna disminucion. Y asi es. En primer lugar, el sol y el aire, obrando sobre la superficie del *glacier*, producen una gran evaporacion; y por otro lado, el der-

retimiento contínuo de sus capas inferiores produce un arroyo y hasta un rio, que corre siempre por debajo de todo *glacier*.—La *Mar de Hielo*, sin ir mas lejos, da orígen al rio *Arveiron*, que veremos al bajar.

Tambien consta de una manera indudable que los *glaciers* están en continua actividad, y que obedeciendo á una presion de arriba, avanzan lentamente sobre los valles.

Pero esto no quiere decir que se acerquen á ellos cada vez mas; pues al llegar al límite marcado por la temperatura, se derrite la masa de hielo. Lo que esto quiere decir es que el hielo, la nieve ó los peñascos en ellos caidos, que se encontraban en un tiempo dado á la cabeza del *glacier*, caminan poco á poco hasta tocar á su término inferior.

Nada menos que en doscientos años se calcula el tiempo que emplearia en recorrer toda la *Mar de Hielo* una piedra colocada en su parte mas eminente.

La superficie de los *glaciers* no es tersa, sino por el contrario, muy escabrosa y accidentada.

Primeramente, hállanse en ellos las llamadas *mesas*, que son grandes losas apoyadas sobre un pié de hielo, presentando toda la forma de un velador.

Este curioso fenómeno se esplica perfectamente. De los flancos de las montañas cae sobre el *glacier* una piedra estensa y delgada: el sol derrite con el tiempo la nieve alrededor de aquella losa, pero no la nieve que hay debajo de ella, y á la cual sirve como de sombrilla: y al cabo de algunos meses, la piedra queda en el aire, tendida sobre un pilar de hielo, que adelgaza continuamente hasta que se rompe, y que entre tanto marca el alto nivel á que llegó la nevada en tal ó cual invierno.

Otra rareza de la superficie de los *glaciers*, es lo que se llama un *embudo*, el cual es un agujero de la forma que indica su nombre. Estos agujeros, que á veces horadan todo el *glacier* y llegan á comunicarse con el rio que corre por su lecho, provienen de haber caido sobre aquel un ave muerta, un objeto de metal, ó una piedra de cierta forma ó tal naturaleza, cuyos objetos, calentados por el sol, derriten la nieve que tienen debajo.—Es la razon contraria á la que esplica la existencia de las *mesas*.—Siempre que hay derretimientos, el agua se filtra por estos embudos, y naturalmente, va fundiendo á su paso un hielo secular á que no hubiera llegado nunca la accion del sol.

Por la inversa: cuando la corriente lenta del *glacier* se ve obligada á pasar sobre un terreno escarpado, la masa cristalina se rompe en mil fragmentos, sobre los que obran despues el sol y el aire, las nuevas nevadas y los trastornos que ocasionan los vientos.—De este modo se producen las graciosas agujas de hielo, las pirámides y todas las demás caprichosas figuras que sorprenden al observador.

Réstanos hablar de las *crevasses* (grietas) que se encuentran á cada paso en los *glaciers*, y que son otros tantos abismos que han costado la vida á muchos viajeros. Durante el invierno, las grietas se cierran, pero en falso, ó sea superficialmente; y á la primavera vuelven á abrirse con espantoso estrépito. Tambien

suele acontecer, en las grandes nevadas, que las grietas se llenen de nieve, en cuyo caso nadie debe aventurarse á reconocer el *glacier*, pues nada es mas fácil que poner el pié sobre una *crevasse* y ser engullido por ella...

Hasta aquí *Bædeker*.—Ahora nosotros, ilustrados con sus noticias, descendamos por nuestro pié á la *Mar de Hielo*.

Verdaderamente, la escursion es penosísima y bastante peligrosa. Hace pocos dias que ha nevado, y las grietas pequeñas se hallan obstruidas por la nieve. Nuestra fortuna es que anoche ha helado mucho y que el sol no ha penetrado hoy todavía en estos barrancos.

Lo que mas me impone en tan monstruosa naturaleza son los *pozos de hielo* que hemos llamado *embudos*.—Yo me he asomado á uno de ellos, tendiéndome á sus helados bordes, y me ha espantado su lóbrega profundidad.

—Allá... en lo hondo, he pensado; debajo de esta enorme costra de hielo de mil piés de espesor, fluye un rio sobre la verdadera haz de la tierra...

Y he querido oir aquel rumor de vida, sentir la palpitacion de aquella profunda vena; y he estado escuchando mucho tiempo, y no he percibido nada.

Entonces he arrojado al pozo un pedazo de hielo, y he puesto la mayor atencion...

Al cabo de cinco segundos, el eco me ha traido el son del agua herida por el témpano.

Esto me ha conmovido sin saber por qué.—¿Quién es capaz de definir las íntimas relaciones de lo que imaginamos con lo que sentimos; de nuestras ideas con nuestros afectos?—Acaso... lo que yo acabo de esperimentar es un impulso de amor filial hácia la tierra habitable y productora que yace bajo esta helada corteza que la cubre como un sudario.—Quizás mi dicha de haber percibido la voz de la vida al través de tanta muerte, puede compararse al placer que esperimentaria la *Leonor* de García Gutierrez al oir el canto de *Manrique* detrás del muro de su prision,—ó á la complacencia con que un niño encuentra la gustosa castaña en el centro del feroz erizo,—ó á la satisfaccion que nos causa á todos hallar la bondad en el fondo de un carácter brusco, la pasion bajo el disfraz del coquetismo, el manantial del llanto en el alma del escéptico, ó los latidos vitales en el corazon de nuestro hijo dormido, cuya palidez y cuya inmovilidad nos hicieron temer que hubiera muerto.

Decididamente, las imágenes y las comparaciones son el polvo y paja de mi estilo. En adelante, yo procuraré ir al grano. Entre tanto, os suplico que me perdoneis, aconsejándoos (y aquí plagio á lord Byron) que escojais del anterior racimo de metáforas aquella que mas os guste, y desecheis las demás sin reparo alguno.—Lo mismo haceis en casa del comerciante cuando vais á comprar un abanico.

Volviendo á la *Mar de Hielo* (de la cual vamos á marcharnos en seguida, pues cuesta mucho trabajo andar por ella y nos esperan otros grandes espectáculos), os diré que los *guías* están muy entusiasmados con la hermosura de nuestra compatriota la emperatriz de los franceses y con el arrojo que mostró

aquí hace pocas semanas, recorriendo á pié un gran espacio de este valle de cristal.

Pero se me olvidaba haceros meditar en una cosa que me ha preocupado mucho á mí desde que me asomé á esos montes.—Decidme: ¿cuándo se nevaron los Alpes por la vez primera? ¿Qué quiere decir *nieves* eternas? ¿Los crió Dios nevados en el principio del mundo? ¿Estuvieron alguna vez sin nieve? ¿Tienen razon los *neptunianos*? ¿Ha sido el agua el gran artífice, cincelador del globo? ¿Estuvo todo él cubierto de nieve en algun tiempo? ¿Se retira esta nieve hácia las cumbres de los montes? ¿Llegará á desaparecer? ¿Vendrá un dia en que las pardas moles de granito, sepultadas hace miles de años bajo esta densísima losa sepulcral, tornen á ver la luz del cielo?—¿O tienen razon los *vulcanistas*, y hubo en efecto una época en que toda la tierra se hallaba en ebullicion incandescente? ¿Es positivo y cierto que nuestro astro se fue enfriando y solidificando luego, hasta hacerse habitable, como lo es... en algunas zonas? Y este enfriamiento, ¿ha terminado ya, ó continúa y continuará indefinidamente? Y si continúa, como algunos creen, ¿no podrá suceder, con el trascurso de los siglos, que toda la superficie del globo terráqueo quede sujeta á las condiciones climatológicas de los Altos Alpes, y nuestro pobre mundo se vea convertido en un *glacier* inmenso, en una nevera, en una roca de cristal, en un espectro blanco y pavoroso que represente en los espacios infinitos la total estincion de la raza humana?

Entonces sí que un Pastor-Diaz de otro planeta podria decir del nuestro lo que este insigne elegiaco ha dicho de la luna:

¿Qué eres de hoy mas sobre ese helado cielo?
—Un peñasco que rueda en el olvido,
ó el cadáver de un sol que endurecido
yace en la eternidad...

Pero esto es dejar á Scila para dar en Caribdis, ó sea abandonar las metáforas para emprenderla con la poesía geológica, que es acaso la mas quimérica y solemne de todas las poesías.—Sigamos, pues, nuestra relacion.

Ya hemos bajado de la *Mar de Hielo*, y nos encontramos en su límite.

Aquí nace el *Arbeiron*, ó por mejor decir, aquí aparece por debajo de los témpanos y las nieves.

El *Arbeiron* es, como sabeis, el mismo rio con que acabamos de platicar por un *embudo*.

Su salida al valle no puede ser mas grandiosa.—Un arco de hielo sirve de entrada á una gruta azul, que allá se pierde de vista en las tinieblas. Esta gruta es, como si dijéramos, la urna alegórica de donde se vuelcan las aguas, ó mas bien (y vuelvo á las imágenes) la regia morada de uno de aquellos rios mitológicos, que la escultura griega representaba con formas humanas, recordando sin duda que Homero les habia oido pronunciar discursos antes de pelear como desesperados.

Nosotros hemos querido aventurar algunos pasos por esta gruta de zafiro;

pero los *guías* nos lo han vedado, diciéndonos que ya ha pasado la estacion en que puede acometerse tal empresa sin gravísimo peligro.

Y aquí me han contado muchas historias de viajeros aplastados por témpanos desprendidos de la alta bóveda azulada...

Apartémonos, pues, de este sitio; montemos en nuestros mulos; atravesemos otra vez el valle de *Chamounix*, y emprendamos la subida á la *Flechere*, donde nos aguarda la mejor vista que puede disfrutarse de toda la cordillera del Mont-Blanc.

Porque dicho se está que nosotros no vamos á subir á la cumbre del coloso. Esto requiere tres dias de una penosísima ascension, pasando dos noches en medio de las nieves; lo que quiere decir que solo puede realizarse en muy pocos dias de los meses de julio y agosto.—Por lo demás, y segun el voto de los principales viajeros que han hecho esta escursion, el espectáculo que se disfruta desde arriba no vale el trabajo ni los peligros que cuesta; pues es tal la neblina que despiden los Alpes, vistos desde aquella altura, que en los dias mas serenos solo permite distinguir confusamente los rasgos principales del paisaje, como por ejemplo, la cadena del Jura y la de los Apeninos.—El Mont-Blanc, como todas las grandes cosas, es para mirado á cierta distancia.—No es la mejor manera de ver un árbol, encaramarse por sus ramas y ocultarse entre sus hojas.

La *Flechere*, á donde nosotros nos dirigimos, es un monte de seis mil piés de elevacion, que se levanta frente por frente del *Mont-Blanc*. La asociacion de *guías* ha edificado en su cumbre una buena casa, que viene á ser como un palco ó un observatorio, desde el cual, segun hemos dicho, se domina la gran cordillera mejor que desde ningun otro punto.

—Ya no esperábamos volver á subir este año á la *Flechere*, nos dicen los *guías*; de modo que lo habíamos encerrado todo hasta el verano venidero. Durante el invierno, la nieve sirve de guardian á los muchos enseres que tenemos allí... Ustedes serán los últimos que visiten este año aquella altura.

En esto ya hemos atravesado el valle y principiado á subir de nuevo.

Es cerca de las doce, y el sol sale en este momento para los habitantes de Chamounix.

La áspera cuesta,—la mas áspera que he subido desde que me conozco,—hace unos redoblados *zigzag* por un bosque de pinos, que parecen brotar de la misma nieve.

Cuando salimos de este bosque, ya nos encontramos á una altura estraordinaria sobre el valle de Chamounix. A cada momento volvemos la cabeza para ver el *Mont-Blanc*; y aquí reparamos que á medida que nosotros subimos, el *Mont-Blanc* parece subir tambien; es decir, que cuanto mas nos elevamos, mas por debajo de su cima nos creemos.—Lo mismo sucede cuando se discute con una alta inteligencia, ó cuando se leen muchos libros; que á medida que se remonta uno, encuentra mas y mas inaccesible el pináculo de la sabiduría.

Seguimos caminando, ó por mejor decir, escalando el monte. Los mulos no pueden mas. La senda tiene una inclinacion de 75°, y la determina un pedregal

cubierto de nieve y hielo. Echamos pié á tierra... ¡Qué fatiga! ¡Y qué hambre! —Los guías nos impidieron ir á almorzar á Chamounix, anunciándonos que en lo alto de esta montaña encontraríamos algun refrigerio... Pero ¿cuándo llegaremos á lo alto?

. . . .

Han pasados dos horas. Hénos al fin en la *Flechere*.

Desde aquí vemos toda la blanca cordillera del *Mont-Blanc*, todos los *glaciers*, todos los picos en su verdadera altura, todo el valle, en fin... desde el punto por donde entramos ayer en él hasta el *Col de Balme*, por donde saldremos mañana...

Porque ya es indudable que podemos saltar desde aquí á Italia, atravesando parte de la Suiza, hasta encontrar el Simplon. La *Tete Noire* no está tan nevada como temíamos.

Pero mirad al *Mont-Blanc*... Vedlo ahora levantado sobre todos sus émulos.

Aunque el dia no puede ser mas sereno y trasparente, vése una especie de nube sobre la cima del gigante. Desde esta mañana la estoy reparando; pero hasta este momento no me he persuadido de que no es una nube: es una cosa como humo, es un vapor plateado, es una irradiacion semejante á la que en algunas noches purísimas de enero vemos alrededor de la luna.

De cualquier manera que sea, ello es que esa nube recuerda el humeante penacho que ondea sobre los volcanes.—Al decir de los viajeros (y ya lo veremos nosotros, si Dios quiere), la cima del Vesubio humea de este mismo modo.

Asi, pues, el *Vesubio* y el *Mont-Blanc* son dos gemelos coronados.—Aquel, el rey del fuego; éste, el rey de la nieve.

En este instante diera yo cualquier cosa por estar enamorado de una hermosísima rubia, blanca y fria como el hielo, insensible y coqueta como un diablo, para compararla con el *Mont-Blanc* y compararme yo con el *Vesubio*.—¡Y qué buena égloga (de un gén[illegible]nuevo) [illegible] con esto [illegible]vo!—Aviso á los interesados.

Despues de con[illegible]asado á nosotros... [illegible] tanta
blancura, (conter[illegible]as cuatro de la tarde, y ya estamos de vuelta en Chamoun[illegible]r,
en la de las estr[illegible] no llegarán aquí hasta las seis.
en la casa de[illegible]nto, nosotros hemos hecho con el viejo capataz de los guías el ajus[illegible]
lleta, ques[illegible]e mañana, el cual no puede verificarse sino en mulo, pues el camino es
aquí, se[illegible] y casi tan áspero como los que hemos andado hoy.—Se trata de salir
[illegible]édalo de montañas en que nos hemos metido.
hasta —Mañana á la tarde, nos ha dicho el honrado jefe, llegarán ustedes á un
cher[illegible]eno llano, habitable y muy frondoso: pasado mañana dormirán en la Suiza
dida[illegible]mana; y al dia siguiente volverán á enfrascarse en nieves y hielos; atravesa[illegible]
[illegible] el *Simplon*, y bajarán á hacer noche en Italia.

—¡Italia! hemos esclamado Iriarte y yo con verdadera idolatría.

lo [illegible] —Antes de llegar á aquella hermosa tierra, nos ha replicado el anciano guía
[illegible]con cierta emulacion; aun tienen ustedes que admirar muchas maravillas en el

traduccion de aquel tomo á una sola lengua, constituiria un precioso libro, lleno de originalidad, de ingenio, de gracia y hasta de ciencia y de poesía. Allí cada uno ha reflejado su carácter, ha dado la medida de su inteligencia y hasta ha revelado el espíritu de su país. Por lo regular, el asunto que tratan todos es la hermosura del *Mont-Blanc*. Unos la cantan; otros la niegan; estos maldicen las incomodidades que les ha costado; aquellos la comparan con otras maravillas del globo; quién la dedica versos; quién caricaturas; muchos se contentan con escribir un nombre; no pocos refieren toda una historia. Pero lo que mas me llama la atencion son las ardientes polémicas que se han armado en este libro entre personas que no se conocen.

Figuraos que llegó un inglés y dijo: v. g.

—«Hay una cosa blanca que me gusta mas que el *Mont-Blanc*, y es la espuma de la cerveza.»

Leyólo un francés, y puso por debajo:

—«Este inglés es un imbécil.»

Pero vino otro inglés y dijo:

—«Para imbéciles, usted y toda la Francia.»

A lo que añadió un ruso algunos sarcasmos acerca de la alianza anglo-francesa, y un polaco una maldicion contra la Rusia, y un aleman una burla del polaco, y un italiano una mofa del aleman, y un español una censura al italiano, y un portugués un insulto al español, y otro inglés un discurso filosófico acerca de la paz universal, la fraternidad humana y la abolicion de los ejércitos.

Una de las polémicas mas recientes versa sobre la anexion del *Mont-Blanc* á la Francia, y son de ver las cosas que los italianos y los ingleses han escrito sobre este particular.

De lo dicho se deduce que el *Album de la Flechere* y todos los de su clase que se encuentran en lugares desiertos, son unos temibles periódicos en que se escriben apr[illegible] ios de las capitales; son
como la [illegible] hemos atravesado el valle y principiado á subi[illegible] son una especie de
carnav[illegible] a de las doce, y el sol sale en este momento para [illegible]quios; son, en fin,
para[illegible]x.
áspera cuesta,—la mas áspera que he subido desde que me [illegible]able de lo que
unos redoblados *zigzag* por un bosque de pinos, que parecen br[illegible]uraos lo que
[illegible]ma nieve. [illegible]contra las

Cuando salimos de este bosque, ya nos encontramos á una altura estra[illegible]naria sobre el valle de Chamounix. A cada momento volvemos la cabeza para [illegible] el de el *Mont-Blanc*; y aquí reparamos que á medida que nosotros subimos, el *Mont-Blanc* parece subir tambien; es decir, que cuanto mas nos elevamos, mas po[illegible]a la debajo de su cima nos creemos.—Lo mismo sucede cuando se discute con una alta inteligencia, ó cuando se leen muchos libros; que á medida que se remonta uno, encuentra mas y mas inaccesible el pináculo de la sabiduría. [illegible] y [illegible]elo

Seguimos caminando, ó por mejor decir, escalando el monte. Los mulos no pueden mas. La senda tiene una inclinacion de 75°, y la determina un pedregal [illegible]

¡Qué horror! Ya ha desaparecido el alud, y todavia rechinan en el aire los crujidos de los hielos quebrantados...—Se diria que asistimos al simulacro de un terremoto.

Al mismo tiempo, y cual si la catástrofe le hubiese abierto camino, aparece la luna por detrás de una nevada loma que va á morir en un bosque lejano.

Son las tres y media de la tarde, y el sol ha desaparecido ya de este angosto horizonte; pero su luz dorará todavía durante dos horas toda la alta region de las montañas.

La luna está en creciente, y por lo tanto, solo presenta una estrecha faz iluminada. Su blancura no iguala ni con mucho á la del monte de que se destaca lentamente; pero asi y todo, me hace el efecto de una pluma despeinada y luego desprendida de las alas de una gigantesca paloma.

Con que volvamos á Chamounix; que en esta elevacion, donde no puede vivir ni el heróico pino, hace ya un frio irresistible.

Pero no creais que vamos á bajar como hemos subido. Quédese esto para las mujeres, para los viejos ó para los que no conozcan la vida de las montañas. Vamos á bajar por *escotillon*; quiero decir, no vamos á bajar, sino á precipitarnos rectamente en el valle...—Aquí tenemos el lecho de un torrente, seco todo el año, menos la primavera, en que da paso al agua producida por el derretimiento de las nieves... Coloquémonos en medio de él; echemos el cuerpo atrás, apoyándonos en el baston calzado de hierro, en la misma actitud que queda un pasiego despues de dar su clásico salto; clavemos los talones en la nieve; hagamos un esfuerzo, y dejémonos ir...

Esto es delicioso, y no ofrece ningun peligro.

¡Así deben bajarse las cuestas que pasen de cuarenta grados...

Cuando os canseis ó tropeceis con un obstáculo, nada os será mas fácil que sentaros ó tenderos...

De este modo se desanda en quince minutos todo lo que se anduvo en tres horas...

Y esto nos ha pasado á nosotros...

Apenas son las cuatro de la tarde, y ya estamos de vuelta en Chamounix.

Los mulos no llegarán aquí hasta las seis.

Entre tanto, nosotros hemos hecho con el viejo capataz de los guías el ajuste del viaje de mañana, el cual no puede verificarse sino en mulo, pues el camino es infernal y casi tan áspero como los que hemos andado hoy.—Se trata de salir del dédalo de montañas en que nos hemos metido.

—Mañana á la tarde, nos ha dicho el honrado jefe, llegarán ustedes á un terreno llano, habitable y muy frondoso: pasado mañana dormirán en la Suiza alemana; y al dia siguiente volverán á enfrascarse en nieves y hielos; atravesarán el *Simplon*, y bajarán á hacer noche en Italia.

—¡Italia! hemos esclamado Iriarte y yo con verdadera idolatría.

—Antes de llegar á aquella hermosa tierra, nos ha replicado el anciano guía con cierta emulacion; aun tienen ustedes que admirar muchas maravillas en el

seno de los Alpes. Mañana la *Tete-Noire*; pasado mañana el *Valle del Ródano*; y al otro dia, el soberbio camino abierto por Napoleon el Grande en la region de las nieves eternas... ¡Oh! ¡ya verán ustedes!...

Despues de esta conversacion, que ha reanimado nuestras abatidas fuerzas, y nos ha hecho desear el dia de mañana con todos sus trabajos y fatigas, me he venido á sentar en unos trojes, en mitad del valle, donde escribo estas líneas, presenciando uno de los cuadros mas grandes que puede ofrecer la naturaleza, y lamentando con toda mi alma no ser el primer paisajista del mundo para trasladarlo al lienzo con todas sus tintas, con todos sus fulgores.

Por vía de despedida del *Mont-Blanc*, y en tanto que nos preparan la comida en el hotel, voy á procurar daros una idea de este momento, que no olvidaré nunca, y cuyas solemnes emociones resucitan en mi corazon una inefable poesía...

Ya son las cinco. El sol, que como os dije, desapareció hace hora y media de este limitado horizonte, ilumina aun toda la gran cordillera que se estiende ante mis ojos.

El cielo, hácia la parte de Poniente, ostenta un color verde claro que nunca habia visto en él.

Una montaña negra, tapada de árboles, y otra montaña blanca, abrumada de nieve, se juntan allí por sus bases, abriendo luego ancho camino á las luces suaves del ocaso.

Una ilusion óptica producida por el desvanecimiento del crepúsculo, me hace creer que el *Mont-Blanc* avanza, se me acerca, se me viene encima...—¡Oh... qué fascinacion ejerce sobre mí en este momento!

Mientras he afilado el lápiz, la decoracion he cambiado completamente.

La nieve se ha vestido de color de fuego, y aquella nube que ha coronado todo el dia la eminente cima del gigante, parece ahora un velo de oro...

¡Oh Dios mio! ¡Qué pureza de reflejos y matices! ¡Qué nitidez! ¡Qué limpieza!

Diríase que toda la disforme sierra se ha inflamado en el momento que el sol acaba de ocultarse para ella.

¡Sublime apoteosis!...

¡Estos son resplandores de gloria!... La nieve arde en un amor divino... Yo no habia soñado nunca semejante magnificencia!

Y todavía... todavía es *luz directa* del sol, la que enciende aquella escelsa y soberana cumbre.

¡Ah! el dios de los astros deflere todos los dias á la magestad del dios de los montes y permanece en su cima algunos instantes mas que sobre las otras alturas! ¡Y qué grato es ver desde la noche de los valles aquella plácida luz, recuerdo de un dia pasado; aquel sol de nuestro *ayer*!...—Son las últimas caricias que Febo enamorado hace á la cándida montaña... Es una tierna despedida en que los besos del osado amante enrojecen la púdica faz de la inmaculada nieve...

Entre tanto, resuenan en el valle los repetidos ecos de mil voces concertadas

formando un cántico solemne que parece ser la poética y sencilla historia del dia que acaba de morir. Las esquilas de los ganados que vuelven á sus rediles, los



Vista del valle del Ródano. (Suiza.)

murmullos de las aguas, los gritos de los pastores que se llaman y se buscan en las sierras, el plañidero y vibrante son de la campana de la Abadía que llama á los fieles al *Rosario*, todo se combina en un solo acento que flota en el espacio encerrado por los montes; todo recuerda los afanes de la vida, y los años pasados en idénticas tareas, y la inevitable muerte que sigue á las cotidianas luchas del hombre...

Pero ya no veo... entremos en el hotel...

¡Adiós para siempre, inolvidable dia! ¡Adios, deseos ya cumplidos! ¡Adios, esperanzas trocadas en recuerdos!... Adios...

. . . .

Y tan cierto es que ya no se veia, que no puedo descifrar la última línea que escribí ó quise escribir á tientas en esa hoja de mi cartera de viaje.

V.

Otra vez Suiza.—*La Tete-Noire*.—Unas inglesas.—El Valle del Ródano.—El Monte San Bernardo.—Martigni.—Sobre los tontos.—Sion.—Brig.—Entreveo la Alemania.—Prisioneros de Castelfidardo.—Paso del Simplon.—El hospicio.—Los perros.—Aparicion de Italia.

A la mañana siguiente, muy tempranito, salimos de Chamounix, ginetes en los mismos mulos que ya conoceis.

A eso de las diez, llegamos á la cabeza oriental del valle, y encontrando allí un sitio en que penetraba el sol por entre dos montañas, echamos pié á tierra; desliamos una merienda que nos habian preparado en el hotel la noche antes, y almorzamos como unos príncipes... sobre el duro y helado suelo.

Luego volvimos á montar, y emprendimos una subida tan áspera y peligrosa como la de la *Flechere*.—A las doce perdimos ya de vista el valle de Chamounix y la cadena del Mont-Blanc, encontrándonos engolfados en un laberinto de nieves y peñas que parecia no tener salida.

Tocamos al fin á la cumbre, señalada con una gran cruz, y entramos en un terreno quebrado y lleno de precipicios, en cuyo fondo se veian algunas cabañas y hasta pueblecillos de pastores...—pero pueblos y cabañas que solo tienen habitantes durante el verano, y que por consiguiente, estaban ya cerrados y desiertos.

Mas no continuaré adelante sin daros una ligera idea de estos que he llamado *pueblos*.

Las casas son de madera, y muchas veces no descansan en el mismo suelo, sino en unos altos zancos. De este modo los torrentes, que se las llevarian en otro caso, en tiempo de las grandes lluvias, pasan por debajo de ellas sin perjudicarlas.—Sobre los techos, que son de ramas, se ven enormes piedras, puestas allí á fin de que el viento no los arrebate; y aun asi y todo, nosotros encontramos ya hechas pedazos algunas de estas míseras viviendas.

Segun avanzábamos, la senda y el paisaje eran cada vez mas atroces. A nuestra izquierda abria siempre un abismo su lóbrega boca; y allá, en una hondura que causaba vértigos, bramaba un rio misterioso que lleva el lúgubre nombre de *El Agua Negra*.

Asi caminamos hasta descubrir una casita preciosa, de aspecto inglés, en cuyo frente se leia con grandes letras: *Hotel de la Cascada*.

Nuestra jornada habia mediado. Echamos pié á tierra, y mientras que los mulos tomaban un pienso, nos dirigimos en busca de la cascada que da nombre á aquel hotel.

La escursion era de media legua, y por un camino propio para águilas; pero el espectáculo valia la pena de tan áspera subida.

Un rio, *la Barberine*, procedente de una altísima montaña, se precipitaba de un solo salto sobre *El Agua Negra*. La violencia de la corriente era espantosa, y la altura de la cascada inmensa. El monte de granito, labrado incesantemente por las despeñadas aguas, se habia partido en dos, formando un hondo tajo en que hervian y rabiaban las blanquísimas espumas. El estruendo asordaba la comarca.

Nosotros nos hallábamos en un balcon de palo, osadamente construido en uno de los bordes de aquel abismo, y volado, por decirlo asi, de tal manera, que podíamos tocar con la mano la recia columna de cristal que formaba el rio en medio del aire.—Era una situacion conmovedora,— y realmente el balcon se conmovia sin cesar, como si amenazase hundirse;—era, sí, una situacion interesantísima; pero desgraciadamente, aquel balcon era obra del dueño del *Hotel de la Cascada*; estaba reconocido por un ingeniero y garantido de seguridad, y el asomarse á él costaba medio franco por persona.

De vuelta en el hotel (en donde nos dijeron que todos los ingleses tomaban allí una copa de *cognac*, para reparar las fuerzas que habian perdido al subir á la cascada, y que nosotros debíamos hacer lo mismo; pues hasta en la *Guía del viajero en Suiza* encontraríamos semejante prescripcion), volvimos á montar en nuestros mulos (con los que yo empezaba á reconciliarme, hasta el punto de haber bautizado al mio con el nombre de *Anexionado*), y seguimos nuestro camino, departiendo amigablemente con los *guías*, que eran ya para nosotros un antiguo y grato conocimiento.

A un tiro de fusil del *Hotel de la Cascada*, pasamos el *Agua Negra* (que no lo era sino de nombre), por un puentecillo de mala muerte, en que, al decir de nuestros conductores, terminaba la Saboya, esto es, la Francia (antes la Italia), y principiaba el canton del *Valais*...

Volvíamos, pues, á entrar en Suiza.

Ningun hecho, ningun signo nos demostró al principio semejante tránsito.

Un poco mas lejos encontramos las ruinas de una muralla en que hubo una puerta...

Allí hay ahora una casilla en que un viejo soldado suizo, de clásico aspecto, vestido con cierto *negligé* de guerra, y provisto de la indispensable pierna de palo, os pide con muy buenos modos el pasaporte; lo sella sin mirarlo; recibe una peseta ó cosa tal, y os saluda reverentemente...

Ya no podíamos dudar que habíamos pasado la frontera.

Un poco mas adelante empezamos á encontrar gente campesina, y *chalets* ó cabañas, cuyas chimeneas humeantes daban indicio de que no estaban desiertas.

El camino que seguíamos era una cornisa tallada en la roca. A nuestros

piés abríase un profundo barranco en que mujía despeñado el *Trient*, y do quiera que dirigíamos la vista percibíamos una pintoresca confusion de nieves, pinos, arroyos, cabras, pastores, peñas, puentecillos de madera, altísimas escaleras de mano para trepar á las chozas, y mil otros objetos adecuados á la afanosa vida de los habitantes de aquella naturaleza convulsa.

Y allí fue donde me esperaba una de las humillaciones mas grandes que he esperimentado en toda mi vida.

Figuraos que Iriarte y yo, muy orgullosos con la arriesgada visita que acabábamos de hacer al *Mont-Blanc* en tan adelantada estacion, y confiando en la opinion de nuestros guías, habíamos escrito el dia anterior en el *Album de la Flechere* estas imprudentes palabras:

«*Dia 17 de octubre.*

»*Nosotros seremos los últimos viajeros que pongan su nombre en este libro en el presente año.*»

Y hé aquí que, á poco de pasar la frontera suiza, nos cruzamos con tres viajeros que se dirigian á *Chamounix*, provistos de sus mulos, de sus guías y de sus bastones!

Para colmo de ignominia, estos viajeros eran dos jóvenes inglesas, de quince á veinte años, lindas como dos soles, elegantes y distinguidas hasta en los últimos perfiles de su *toilette*, y un apuesto jóven, que frisaria en los veinte y cuatro, y que por la pinta parecia ser hermano de ellas.

Yo no pudiera describiros la gracia y la tranquilidad con que aquellas preciosísimas *ladys* caminaban sobre sus mulos, sin pensar en el abismo que flanqueaba la senda, sin grandes precauciones contra el mucho frio de aquella region, sin ostentar en su rostro, en su traje ni en su peinado las huellas del penoso viaje que venian haciendo, y sin otra servidumbre que los guías.

El camino era tan estrecho, que nos costó trabajo el dejarnos pasar mútuamente. Ellas no se dignaron saludarnos: hízolo el hermano por toda la familia: preguntó á nuestros guías en mal francés si el valle de Chamounix estaba transitable; respondiéronle estos afirmativamente, y ellos siguieron por su lado y nosotros por el nuestro.

¡Oh! si viérais qué bonitas eran aquellas inglesas... y cuán interesantes las hacia el lugar en que las hallamos!

¡Y qué vergüenza para nosotros!—Al dia siguiente, aquellas intrépidas amazonas subirian á la *Flechere* y leerian en el Album nuestra impertinente fanfarronada!... ¡Solo Dios sabe lo que escribirian en seguida!—Yo, por mi parte, daria cualquier cosa por leerlo.

Muy preocupados íbamos con esta idea, cuando vino á distraernos uno de los cuadros mas grandiosos que debíamos admirar en los Alpes.

Estábamos en la *Tete-Noire*,—en español, la *Cabeza Negra*.

Llámase asi un altísimo monte cubierto de nieve y hielo por la base, y de oscuros pinos por la cumbre,—singular anomalía, que le da un aspecto aterrador.

Hay un punto llamado *Roche Percée* (Roca Agujereada),—especie de túnel que perfora la montaña por su pié,—pasado el cual, la naturaleza llega á tal grado de hermosura, de atrocidad, de poderío, que el viajero espantado cree contemplar las ruinas de un mundo ó el embrion informe de la creacion. En cuanto alcanza la vista, solo se perciben selvas y sombras, rocas inmensas festoneadas de abetos, despeñaderos profundos cortados á pico, moles desgajadas de sus cimientos, amenazando cegar los abismos; abismos cuyo fondo no se distingue, pero donde se oyen lamentos desesperados de torrentes que luchan como titanes para abrirse camino entre las peñas; cataratas que rugen en las tinieblas; montañas hechas pedazos, cuyos escombros, estratificados caprichosamente sobre aquella ancha grieta de la tierra, forman inaccesibles grutas tapizadas de musgo y flores y adornadas de trasparentes carámbanos; un rio, en fin, un misterioso rio,—el *Trient*,—Hércules potente, que trabaja y remueve todas aquellas masas ciclópeas, empujándolas, arrastrándolas, hundiéndolas, mojándolas con su sudor, y haciéndolas temblar y bambolearse al solo impulso de su anheloso aliento, cuyo estertor salvaje llena de palpitaciones la comarca.

Y todo esto, matizado de los mas vivos colores; alternando el verde de los árboles con el blanco de los hielos; contrastando el amarillo y rojo de las piedras abiertas por el corazon con la negra sombra de los recónditos abismos en que el sol no penetra nunca; resaltando las tintas violadas del granito húmedo sobre el pálido vislumbre del líquen agostado...—Y á veces, en el hueco de un risco, una cama de violetas aromosas que se han hecho allí un mundo y una primavera aparte...—Y en medio de todo, algunas losas funerales, en que se ve escrito el epitafio del *guía* ó del viajero que pereció en aquellos sitios al quererle robar sus secretos al hondo tajo de la *Cabeza Negra*!...

Tal es aquel horrible desfiladero, cuya aterradora magestad no olvidará en toda su vida quien haya tenido la fortuna de admirarla.—Tal es el acceso de los Alpes por sus flancos menos defendidos.—Tales son las condiciones de esa gigante cordillera, que sirve de alcázar á las nieves, de donde nacen para estenderse por Europa, rios tan ilustres como el Rhin, el Pó, el Ródano y el Danubio.

Dos horas empleamos en salir de aquel laberinto formidable. Al cabo de ellas, despejóse el terreno, *humanizóse* el camino, y empezamos á encontrar aldeas habitables en todas las estaciones, y gentes que vivian en sociedad.

Poco despues, y al llegar á la cumbre de una colina, apareció á nuestros ojos un anchísimo horizonte y luego un estenso valle cruzado por un rio y sembrado de pueblos y de praderas.

Era el *Valle del Ródano*.

Al ver aquella grande estension de terreno, aquella apacible llanura, aquellas poblaciones, aquel sosegado rio, aquel dilatado cielo, respiramos con ansia como si acabáramos de salir de una prision.

Y sin embargo, aquello no era todavía la libertad. Gigantescas montañas cerraban por todos lados aquel país: el valle era pantanoso, el cielo descolorido, el aire húmedo y poco trasparente...

Aun no habíamos salido de la patria de los hielos y las brumas. Aun nos faltaban dos jornadas para descubrir la tierra favorita del sol, el amoroso cielo de Italia. Aun se estendian los Alpes á nuestra izquierda como una muralla levantada entre el melancólico Norte y el ardiente y gozoso Mediodía.

En esto principió á anochecer; y nosotros, rendidos de cansancio, pero mucho mas incomodados por el frio, emprendimos á pié el descenso á *Martigni*, término de nuestra jornada, y primer pueblo de la llanura.

La bajada era tan pendiente como lo habia sido la subida; pero á mí me la hizo llevadera el constante pensamiento de que me encontraba al pié del *Gran San Bernardo* y de que aquellas nieves que veia sobre mi cabeza, teñidas de oro y rosa por el agonizante crepúsculo, eran las mismas con que yo habia soñado cuando niño, al leer la *Historia de Napoleon*, ó al ver en el teatro de mi pueblo la comedia de gran espectáculo, titulada: *Los perros del Monte San Bernardo*.

Napoleon pasó el *San Bernardo* en mayo de 1800 con los treinta mil hombres que vencieron en Marengo y en otros cien combates. Entonces apenas habia camino por esta parte de los montes, y la osadía del gran capitan llenó de asombro al mundo.—Hoy es ya la empresa mucho mas fácil; pues desde mayo hasta setiembre se atraviesa en coche la cumbre del San Bernardo.

En cuanto á mí, venia ya de hacer ascensiones muy mas penosas y arriesgadas que las de este tan famoso monte, y aun me esperaba la del *Simplon*, que al decir de muchos viajeros, las supera á todas en grandeza y hermosura.—Sin embargo, tienen tal influencia en nuestra vida las primeras impresiones de la infancia, que el *San Bernardo* me inspiraba mas respeto y miedo que la misma cadena del *Mont-Blanc*.

Ya era muy de noche cuando entramos en *Martigni*.

El píto del camino de hierro que pasa por esta ciudad y que recorre casi todo el valle del Ródano, resonó en nuestros oidos como una regalada música...

¡Considerad que llevábamos dos dias de viaje en mulo!

Martigni, silla episcopal del *Valais*, no encierra nada de particular, fuera de sus renombrados *cretinos*.

Los *cretinos* (á quienes ya hemos aludido una vez al hablar del *goitre* ó papera que tanto abunda en Saboya) son unos desventurados hijos de Dios, afectados de una doble enfermedad moral y material, endémica de este canton suizo y de algunos otros húmedos y profundos valles de Europa.

Yo no podré decir qué es mas deforme en los *cretinos*, si el alma ó el cuerpo. Su *idiotismo* raya en embrutecimiento, en estupidez: apenas hablan algunas palabras incoherentes: de sus cinco sentidos solo la vista goza de completa percepcion: andan vacilante y penosamente como si estuviesen catalépticos ó dominados por la embriaguez: cuando cambia el tiempo, sufren horribles convulsiones y dolores de huesos que les ponen á las puertas de la muerte, y su única, perpétua y delirante aficion es un desenfrenado apetito sensual.

La monstruosa figura de estos desgraciados se sujeta á dos tipos diferentes,

pero á cual mas repugnantes.—Unos son de pequeña estatura, cabeza ancha y mal configurada, piernas estevadas y muy cortas, quebrada cintura y escasísimo cuello.—Otros son estraordinariamente altos y endebles, muy zambos, con el cráneo estrechísimo, crecido y delgado el cuello, los brazos largos y la cabeza caida hácia adelante.—Unos y otros tienen de comun una carne muerta, fofa, de color terroso y surcada de arrugas que se cruzan en todas direcciones; una boca entreabierta de la que fluyen asquerosas babas; unos ojos pequeños, hundidos, llenos de imbecilidad y de lujuria; los dientes afilados, las barbas ralas y enfermizas, brotando en inconexos mechones; una enorme papera, la nariz aplastada, la raiz del pelo próxima á las cejas, y un prematuro sello de senectud en toda la fisonomía.

Añadid á estos hombres el traje habitual de los paisanos del *Valais* (un ancho pantalon de pana, una casaquilla corta, un chaleco de paño encarnado, una gran corbata ó pañuelo de vivísimos colores y una ridícula cachucha), y decidme si concebis nada mas horrible, mas grotesco, mas estrambótico, mas descomunal!

Viendo á aquellas espantosas criaturas, se comprenden todos los cuentos de trasgos, gnomos, duendes y *martinicos* de la mitología de las viejas...—A mí me daban miedo.

Para concluir, diremos, que el *cretinismo* se atribuye por unos á esceso de greda en la composicion del terreno; por otros, á falta de *iodo*, y por la generalidad, á crudeza de las aguas.—Ello es que esta enfermedad, ó lo que sea, despues de haber afligido el *Valais* desde una época inmemorial, y á veces hereditariamente, ha empezado á estinguirse de algun tiempo á esta parte, á tal punto, que apenas se encuentra ya en él un *cretino* menor de veinte años.—Los médicos se esplican este fenómeno por el mayor aseo y aumento de comodidades y recursos que la civilizacion ha introducido en la comarca.

Aquella noche dormimos en *Martigni*, y á la mañana siguiente salimos con el primer tren para *Sion*, á donde llegamos en menos de una hora.

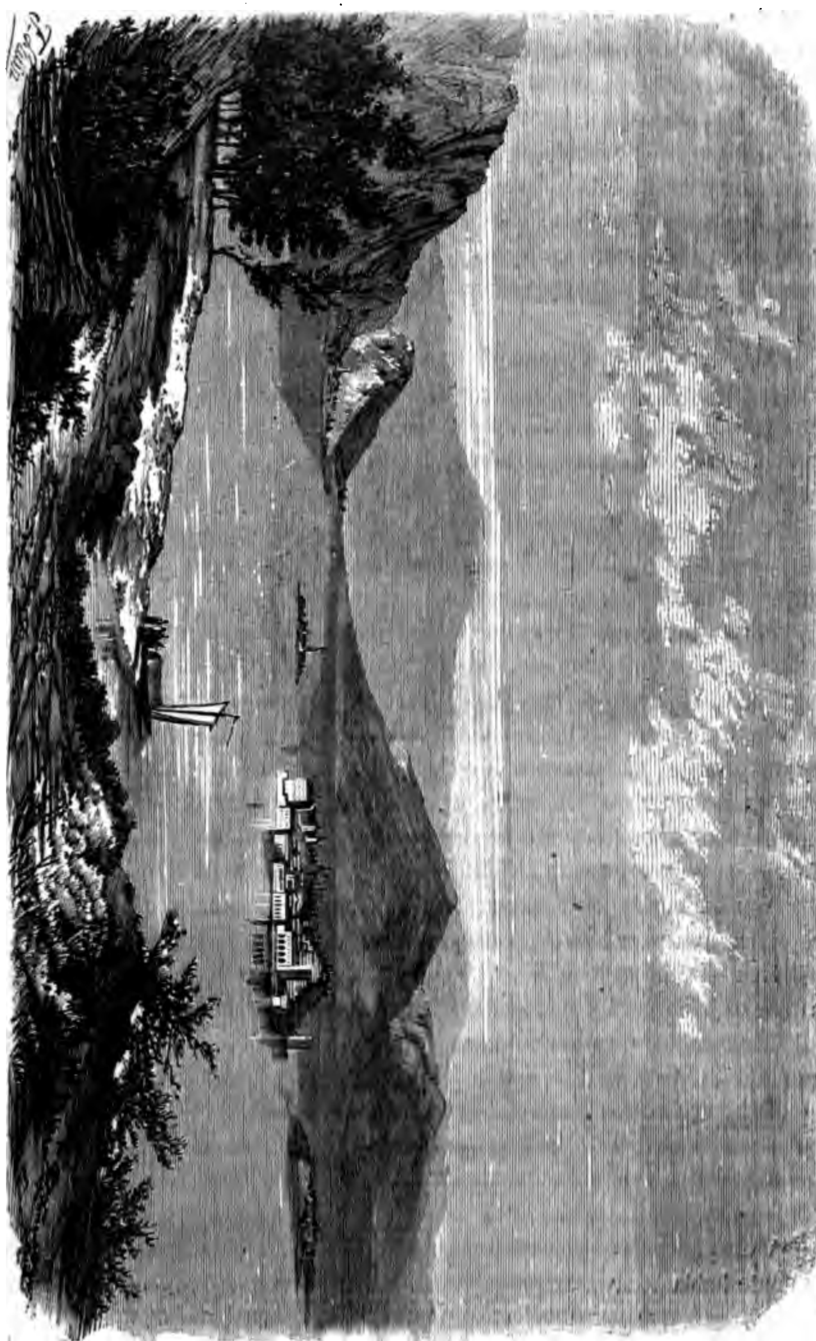
Esta *Sion* no es la de *Tierra Santa*, ni tampoco la *Sion Eterna* (que á todos os deseo), sino pura y simplemente la cabeza del canton del *Valais*.

Vista de lejos, es una graciosa ciudad. Corónanla dos venerables castillos, que dominan todo el *Valle del Ródano*, del cual es *Sion* altiva soberana.

Vista por dentro, llama aun mas la atencion del viajero á causa del silencio que reina en ella, de la triste severidad de los edificios, del reposo en que viven sus habitantes, y de no sé qué aire solemne, contemplativo, filosófico, que se advierte en todas las cosas.

Y es que en *Sion* empieza verdaderamente la Suiza alemana. La mayoría de la gente habla todavía francés, pero la raza tiene mas de sajona que de latina. No hay mas que ver aquellas caras tranquilas, aquel andar sosegado de los transeuntes, y aquel *fumar* y *pensar* de los bebedores, agrupados silenciosamente en torno de un océano de cerveza y envueltos en una atmósfera de humo.

La ciudad no encerrará arriba de tres mil almas, y nosotros la recorrimos



El lago Mayor.

varias veces en todos sentidos, buscando un carruaje que nos condujese á *Brig*, en donde pensábamos hacer noche.

Eran las diez de la mañana, de una hermosa mañana rica de sol, y en cuantas calles penetramos,—casi todas desiertas,—oimos resonar mas de un piano al través de las celosías de los balcones.

No sé por qué, aquella música matutina me hizo envidiar la vida de los habitantes de Sion, y suspirar por una paz y una dicha de que acaso carecen tambien ellos...

Sunt lacrimæ rerum, ó son melancolías de caminante, que no necesitan esplicacion.

A eso de las doce salimos para *Brig* en una carretela descubierta, mas adecuada á un paseo que á un viaje.—Bien es verdad que el camino era escelente.

Pasamos por *Sierre*, pequeña ciudad, mas alemana aun que Sion, y asiento de la nobleza del *Alto Valais.*

Tambien allí se oian acordes de piano en todas las calles que recorrimos...

¡Ah! ¡las alemanas!—Si las alemanas son efectivamente como yo me las figuro, ó como me la han hecho adivinar los libros y los viajeros, es una verdadera desgracia para mí el no haber estado nunca en Alemania.

Formando en la imaginacion novelas sobre este tema, tomamos en *Sierre* un vaso de cerveza, oimos tocar un *vals de Straus* á la vecina (ó al vecino) que vivia en frente de la casa de postas, y proseguimos nuestro viaje, lamentando yo con todas las fuerzas de mi alma no vivir y morir en aquella ciudad,—como pocas horas antes habia lamentado no habitar en *Sion*, y como debia de lamentar todavía muchas veces no haber nacido en otros varios pueblos.

Verdaderamente, yo quisiera vivir á un mismo tiempo en todas partes.—Todo lo que no sea esto, no es vivir.

Despues atravesamos una selva muy oscura, célebre por los muchos bandidos que ha albergado, y por el combate heróico que los suizos sostuvieron en ella, defendiendo su independencia nacional contra los ejércitos republicanos de Francia...

Al salir de aquella selva nos encontramos en *Finges*, pintoresco pueblecillo en que ya no se habla sino aleman.

Habíamos pasado la insegura y errante frontera de las dos lenguas que se dividen la Suiza.

Tambien hacia algun tiempo que habíamos penetrado en tierra católica.

En Finges mudamos tiro y seguimos adelante.

El pais que recorríamos era amenísimo. Las montañas aparecian cultivadas hasta una increible altura, y en ellas, como en el valle, se notaba un gran movimiento agrícola, al que no eran estrañas las mujeres.

El traje de estas es allí muy semejante al de las judías de Tetuan en los dias de gala: saya de *medio paso*, quiero decir, estrechísima; el talle debajo del brazo, á la manera del primer imperio; una enorme corona parecida á una mitra oriental, y altas hombreras, formadas por la rizada manga de la camisa.

Estas mujeres, así vestidas, discurrian á veces por el campo en compañía de

un magnífico buey, que se habia dejado cargar de yerba, de leña ó de legumbres, como el mas humilde jumento.

El cuadro que componian ambas rarezas no carecia de poético atractivo, de gracia, y hasta de ternura.—La mujer y el buey, nacidos para destinos mas altos que los que cumplian en aquel momento (ella para el hogar, y él para el arado ó para el carro), se inclinaban con resignacion ante la dura ley de su desdicha.—Aquella mansedumbre tenia su particular encanto.

A todo esto íbamos llegando al *Simplon*, cuya gigantesca masa nos cerraba el horizonte.

Empezaba á oscurecer.

Al pié del gran coloso se percibia un grupo de lucecillas...

Era *Brig*.

Pocos momentos despues, el camino empezó á ensanchar y á ofrecer un aspecto tal de solidez y de grandeza, que mas parecia un monumento que una obra de mera utilidad.

Era que entrábamos en la maravillosa carretera de universal renombre, concebida por Napoleon el Grande para poner á la Italia en fácil contacto con los paises del centro de Europa.

Dícese que la misma noche de la batalla de Marengo, Bonaparte, vencedor, recordó lo muy penoso que le habia sido á su ejército pasar los Alpes por el San Bernardo, y le preguntó á los ingenieros:— ¿Cuándo será, señores; cuándo será que la artillería pase el Simplon en veinte y cuatro horas?

Seis años despues atravesaba los Alpes una carretera de treinta piés de anchura, construida sobre seiscientos once puentes y al través de una multitud de túneles y galerías...

Pero henos ya en *Brig*.—Mañana recorreremos todo ese camino de titanes. —Procurarémonos ahora alojamiento en que pasar la noche, y soñemos con que estamos á las puertas de Italia, de la que nos separa solamente una muralla de granito de diez leguas de espesor y siete mil piés de altura.

El mejor hotel que encontramos en Brig era muy malo; pero á mí me agradó sobremanera por tres diversas razones. Primera, porque á buen hambre no hay pan duro: segunda, por el carácter septentrional y alemanesco que todo tenia en él; y tercera, por una escena interesantísima que nos ofreció allí la casualidad.

Las diez de la noche serian cuando nosotros penetramos en el salon que servia de comedor.—Aquel salon era muy grande y negro, y estaba alumbrado casi todo por los reflejos de una enorme chimenea de forma antigua en que se quemaba dando chasquidos todo un pino de los Alpes.—El resto de la iluminacion consistia en una sola vela colocada sobre la mesa redonda.—El techo y los ángulos del aposento desaparecian, pues, en las tinieblas.

Los muebles, por su parte, presentaban el mismo aspecto austero y hasta sombrío. Eran de nogal liso, grandes, oscuros, de anticuada forma. Las ahumadas paredes ostentaban alguna vista del *Simplon* ó de las batallas napo-

leónicas, y en la atmósfera se cernia una espesa nube de humo de tabaco.

Medio envueltos en esta nube y medio alumbrados por el fulgor rojizo de la chimenea, veíanse alrededor del fuego quince ó veinte hombres, todos armados de su correspondiente pipa, vestidos unos con destrozados uniformes militares, otros con la casaquilla del paisano suizo, y dos ó tres con sucios capotes, gorras de pieles y altas botas enlodadas, al modo de correos ó postillones.

Toda la gente civil prestaba suma atencion á uno de los soldados, que referia no sé qué cosa en aleman, mientras que sus compañeros parecian entregados á dolorosas meditaciones.

Nosotros nos sentamos á la mesa, dando la espalda al grupo, muertos de curiosidad por saber quiénes eran aquellos derrotados militares y conocer la historia que tanto interesaba á los paisanos.

Pronto vinieron á sacarnos de dudas algunos nombres propios de que estaba salpicada la relacion.

—*Castelfidardo... Pimodan... Lamoriciere... Cialdini...* decia á cada momento el soldado, en medio de otras muchas palabras que no comprendíamos.

Era claro como la luz del sol que aquel hombre contaba la reciente batalla de Castelfidardo, perdida por las tropas pontificias.

En esto penetraron en el comedor dos viajeros, cuyo aire nos hizo adivinar en seguida su patria.—Eran un inglés y un francés.

El inglés, hombre de unos cuarenta años, de cómica fisonomía... sumamente seria, alto como un varal, con el pantalon corto y la camisa deslumbrante de blancura, recien afeitado y muerto de frio, dirigió una tímida ojeada á la chimenea y la vió completamente ocupada; nos miró á todos de aquella manera filosófica que los ingleses miran á los demás animales; dió muestras de dolor al encontrar que todo el mundo fumaba; intentó irse; le temió al frio; calóse la gorra hasta los ojos; metióse las manos en los bolsillos de su levitilla de color de café con leche, y emprendió una especie de baile, que no paseo, alrededor de la habitacion, dando saltitos muy menudos con el fin de calentarse los piés...—¡Estaba divino!

El francés, jóven, elegante, de vulgar fisonomía, con apariencias de *commis-voyageur*, siguió el sistema contrario.—Llegóse á la chimenea; interrumpió la conversacion, diciendo:—¡Ah! ¡Diablo! ¡Hace un frio!... Perdon, señores... No se incomoden ustedes... ¡Héme aquí! Ya estoy bien... Les suplico que no se molesten y que sigan como estaban...—Y hablando asi, se metió en medio de los suizos, ocupó el mejor lugar, empezó á dar vueltas para calentarse por todos lados, y cuando ya entró en calor, dirigióse á uno de los soldados, como si le conociese de toda la vida, y le preguntó en francés:

—¿Qué uniforme *ha sido* ese, bravo militar? ¿A dónde se va? ¿De dónde se viene? ¡Mal tiempo empieza para la tropa! ¡Sapristi! ¡Yo me alegro de ser paisano!—El ejército francés está pasando muy malos ratos en Argel, no á causa del frio, sino del calor... En fin... Ustedes acaban por acostumbrarse... El hombre es como los maridos, que se acostumbran *á todo*!...

El suizo interpelado no respondió una sola palabra á este discurso, y su compañero siguió la relacion de la batalla...

El inglés miraba al francés con odio mezclado de desprecio, y quizás tambien con envidia, al verle posesionado del mejor sitio de la chimenea, mientras que él se veia obligado á caminar á brincos, sin conseguir meter sus piés en calor...

El francés no reparaba en nada ni en nadie; y como echase de menos una respuesta á sus preguntas, volvió á tomar la palabra, y dijo á los soldados:

—Perdon, señores; alguno de ustedes ¿habla francés?

—Yo hablo francés, dijo uno de los militares con visible impaciencia.

—Perdone usted si le molesto. ¿Usted será tan fino que tendrá la bondad de tomarse el trabajo de hacerme el favor de decirme qué diablos está refiriendo ese bravo militar, para ser escuchado con tanta atencion?

—Caballero, respondió el suizo. Nosotros hemos sido hechos prisioneros en la batalla de Castelfidardo.

—¡Ah! ¡Castelfidardo! ¡Hé aquí un mal negocio para la Francia! ¡Ese pobre Lamoriciere ha proporcionado á las armas francesas... (porque, al fin y al cabo, franceses eran él y los suyos, aunque enemigos del emperador...) les ha proporcionado, digo, la ignominia de una derrota ignominiosa que no conocian hace muchos años! Lamoriciere...

Estas palabras, dichas con cierta solemnidad, interrumpieron la narracion del otro suizo.

Tambien aquel comprendia el francés, y poco á poco fuí viendo que no habia en la habitacion una sola persona que no lo hablara.

El *commis* iba á realizar su propósito de convertir á su lengua una *soirée* que se habia iniciado en aleman.

—Señores, esclamó enfáticamente; como buen francés, no puedo menos de simpatizar con ustedes; pues han derramado su sangre á las órdenes de un hijo de la Francia.

—A la órdenes de un hijo de la Iglesia, replicó gravemente otro suizo. Nosotros servíamos al Papa.

—Eso era lo malo, repuso el *commis-voyageur*. Dios no quiere que la bandera francesa cobije causas abominables, y por eso la abandonó en Castelfidardo.

—Lo único abominable que ha habido en Castelfidardo, ha sido la traicion; lo único malo, la perfidia; y usted que es francés, debe respetar un hecho de armas que honra á muchos franceses, aunque no honre á la Francia, ó sea al gobierno imperial.

El comerciante comprendió que iba á ser derrotado en el terreno que habia elegido, é hizo con la mayor frescura un cuarto de conversion.

—Ciertamente... Ciertamente, dijo con un cómico lirismo. Lamoriciere representaba en aquella lucha la política histórica de la Francia, y Pimodan ha muerto en un puesto de gloria que todos debemos envidiar.

—Yo le ví morir, murmuró uno de los soldados.

—¿Cómo fue? Permitidme... Yo tendré mis ideas... pero soy francés, y me

interesa la suerte de todos mis compatriotas... ¿Murió como un bravo?... ¿Eh?

Ya no habia remedio. El francés se habia empeñado en que los suizos contasen en su lengua la batalla de Castelfidardo, y mi amigo Iriarte y yo lo deseábamos tambien. Terciamos, pues, en la conversacion; restablecimos el buen acuerdo entre todos, esceptuando al inglés que seguia bailando, y acabamos por averiguar lo siguiente.

Aquellos suizos se habian afiliado como voluntarios en el ejército de Lamoriciere, abandonando patria y familia, no por entusiasmo político, sino por devocion al jefe de la Iglesia. En la batalla referida fueron hechos prisioneros con otros muchos compatriotas suyos, y el gobierno piamontés, por desembarazarse de ellos, les habia conducido á la frontera suiza, dándoles la libertad bajo promesa de que en dos años no volverian á tomar parte en ninguna guerra italiana. Aquel dia habian pasado á pié el San Bernardo, con nieve hasta la cintura, separándose en seguida, cada cual con direccion á su país.

Los que esto nos contaban, eran del canton de Lucerna.

En cuanto á su derrota, la esplicaban de esta manera.

—Lamoriciere estaba en secreta inteligencia con quien podia asegurarle que los piamonteses no invadirian los Estados Romanos; y esa persona, ó sus representantes, se lo aseguraron asi. Aconteció que el ejército de Cialdini empezó á moverse en la frontera toscana, y Lamoriciere, que no tenia sino once mil hombres, y de ellos la mayor parte sin instruir, pensó en retirarse hácia Nápoles, á fin de unir sus fuerzas á las borbónicas y combinar con Francisco II una defensa simultánea contra Garibaldi y contra Victor Manuel. Pero hé aquí que entonces... no sé qué *demonio*... le dirige un parte telegráfico y otros avisos, diciéndole que la Francia imperial se piensa oponer á la invasion de los Estados del Papa por los piamonteses; que para ello es necesario que él entretenga á Cialdini algunos dias; y que si se ve acosado, siempre puede encerrarse en la fortísima plaza de Ancona, y esperar allí la intervencion francesa. Lamoriciere confia noblemente en estas seguridades de antiguos enemigos suyos y desiste de marchar á Nápoles. En tanto Cialdini y Fanti pasan de pronto la frontera y se le vienen encima con veinte y dos mil hombres y setenta piezas rayadas. Lamoriciere que no esperaba la invasion ni debia esperarla, trata de refugiarse en Ancona; pero los piamonteses, *que saben lo que se hacen*, le han cortado ya el camino. Nuestro general no vacila, (pues no habia otros medios en que escoger,) y manda el ataque, á fin de forzar la línea enemiga y penetrar en la plaza. ¡Ah! el combate era desigual. Los setenta cañones de Cialdini nos deshacian. El general Pimodan, que iba como segundo de Lamoriciere, intenta asaltar las posiciones de *delle Crocette*, en donde se hallaba la artillería enemiga. Tres veces ataca y las tres veces es rechazado. Courten, que mandaba en Ancona, no sale á tiempo con la guarnicion, ni viene en nuestro auxilio como esperábamos... En nuestras filas, compuestas de voluntarios de todas las naciones, bisoños mas de la mitad, cunden el desaliento y la desercion. Pimodan hace esfuerzos desesperados por animar á los que flaquean; rodéase de sus compatriotas, ¡de los bizarros franceses! intenta

un cuarto ataque á la terrible artillería; y cae muerto con muchos de los suyos, dando esta catástrofe la señal de la fuga á los miserables que aun vivimos. Lamoriciere, en tanto, pugna por una sola cosa; por ganar la plaza con alguna parte de su ejército. El la defenderá desesperadamente hasta que lleguen los sucesos que le han hecho esperar *los hipócritas*... y que no habian de verificarse... El aguardará allí la hora de su venganza!—Lucha, pues, denodadamente; ábrese camino entre el enemigo, y penetra al fin en Ancona seguido de tres mil bravos. —Pero ¡ah! El resto de su ejército ensangrienta el campo de batalla ó es prisionero del enemigo. Los que no se rinden aquel dia, tienen que capitular al siguiente. Treinta jóvenes oficiales, pertenecientes á las mas ilustres familias de Francia, de Irlanda, de Suiza y de la misma Italia, han muerto bajo los cañones sardos. Todo el bagaje del ejército ha caido en su poder... Ancona capitula mas tarde... ¡Nuestra dorada ilusion de aniquilar á los enemigos del Santo Padre ha desaparecido como un sueño!

Esta sencilla y auténtica relacion, hecha por un hijo de los Alpes, tan fuerte y rudo como pudieron serlo los antiguos francos, me impresionó vivamente.—El lugar en que la oia se prestaba á grandes meditaciones.

—Hace mas de mil años,—me dije yo cuando hubo concluido de hablar aquel tosco guerrero;—hace once siglos que, en una noche como esta, y acaso en este paraje, gente de guerra contaba una historia muy parecida á la que estoy oyendo.

El asunto era el mismo, y los mismos tambien los personajes del drama. De una parte, un rey del Norte de Italia que habia invadido los Estados de la Iglesia; de la otra, un francés que habia pasado los Alpes con un ejército reclutado en la Rhetia y en la Galia, yendo á socorrer al Santo Padre. Y el mismo combate sangriento; y la misma vuelta de los hombres del Norte á su país; y la misma conversacion en estos lugares, la noche solemne en que pudieron decir á sus familias:—«El sol que nos vió esta tarde bajar de los montes y estrecharos en »nuestros brazos, nos habia visto esta mañana en tierra de Italia, separados de »vosotros por los corpulentos Alpes.»—¡Todo, todo era igual!—Solo la accion era ahora diferente. Entonces los defensores del Papa volvian vencedores: hoy venian vencidos y dispersos.

En esto ya era muy tarde, y nosotros teníamos que levantarnos á las tres de la madrugada, hora en que partia la diligencia.

El francés contaba su biografía; el inglés seguia bailando sin atreverse á acercarse á la chimenea, y los suizos empezaban á desfilar ó á dormirse.

Desfilamos, pues, tambien por nuestra parte, y nos acostamos en seguida.

Tres horas despues nos despertó lo que yo llamo la *diana del viajero*, ó sean los chasquidos del látigo del mayoral.

Todavía era de noche, y hacia un frio de todos los diablos; por lo cual entramos en el comedor en busca de la chimenea.

El inglés seguia paseándose del mismo modo, sin haber logrado en toda la noche calentarse los piés, á pesar de hallarse solo en el comedor...

¡La chimenea estaba apagada!

Parece ser que el francés la atizó y revolvió tanto antes de acostarse, que la dejó en aquel estado.

Yo estoy seguro de que el inglés pasó la noche acariciando la idea de una próxima guerra entre Inglaterra y Francia; jurándose servir en ella en clase de voluntario, y escogitando la manera de vengarse de aquel hijo de San Luis.

Sin otra novedad que de notar sea, montamos en el interior de una especie de *góndola*; y emprendimos la marcha entre las últimas sombras de la noche.

Al amanecer habíamos ya subido muchas retorcidas cuestas y nos encontrábamos á tres mil piés sobre *Brig*.

El sol naciente reflejaba sus rosadas luces en las nieves del Simplon y en el macilento rostro del pobre inglés, que iba dormido en la berlina.

Detrás de nosotros se descubrian las lejanas cumbres del *Breithorn*, del *Jungfrau* y del *Monch*: es decir, que toda la Suiza se nos aparecia entera, en el mismo instante que íbamos á abandonarla.

La diligencia rodaba ya sobre nieves y hielos, y las casas de posta en que se mudaba tiro tenian el nombre de *Refugios*.

Esto queria decir que dependian de la benéfica asociacion que fundó los *Hospicios* del San Bernardo, del Simplon y otros muchos, como diremos mas adelante.

Pero lo que mas sorprendia y maravillaba en este viaje era la carretera que íbamos recorriendo. El trazado no podia ser mas atrevido, y las obras de fábrica asombraban por su grandiosa solidez. En todo el camino no hay un solo palmo de terreno en que no se hayan vencido inmensas dificultades. Unas veces se pasa por anchas cornisas talladas en la roca; otras por puentes de estraordinaria altura tendidos sobre abismos espantosos; ora bajo galerías que protegen á los viajeros contra las avalanchas; ora por túneles abiertos en el hielo y el granito. En un paraje se tropezó con el lecho de un torrente, que servía de desagüe á un *glacier* elevadísimo, y se venció la dificultad construyendo un acueducto que arranca de los mismos hielos, conduce el agua sobre un arco por encima del camino, y la precipita al otro lado de él en forma de cascada. Mas lejos, la carretera es un corredor, con balcones que dan á profundos despeñaderos, en los cuales la vegetacion, las rocas y las aguas presentan á cada momento preciosísimos paisajes. Así se camina horas enteras, bajo techado y de balcon en balcon, produciéndoos la estraña impresion que os causaria veros llevado en diligencia por los claustros altos de un convento ó por la galería de un palacio. Poco despues os encontrais sobre una muralla que arranca del hondo baranco y que parece construida por titanes. Aquí ruge la catarata sobre vuestra cabeza; allá rueda el alud bajo vuestros piés. En una ocasion os veis sepultados bajo corpulentas moles que amenazan cerrar la vía. A los pocos momentos os creeis suspendidos en el aire y próximos á caer despeñados en tenebrosos precipicios.—Y cuando llevais muchas horas de andar de esta manera, volveis la cabeza atrás, y os encontrais con *Brig* á vuestros piés,—muy por debajo de vosotros... es verdad... pero tambien

muy cerca,—como teneis cerca una ciudad cuando subís al campanario que la domina.

Al fin llegamos á la cumbre, señalada por una cruz de madera.



Vista de Sion. (Suiza.)

Allí hacia un frio espantoso.—Por donde quiera que se miraba no se alcanzaba á ver mas que nieve.—Estábamos á seis mil doscientos diez y ocho piés sobre el nivel del mar.

Ya no veíamos á *Brig*, ni el valle del Ródano, ni tan siquiera el horizonte de la Suiza...

Habíamos entrado en la gran meseta que constituye la cima del Simplon...

¡Desde allí solo se veia el cielo!

Tanta blancura, tanta luz, tanto espacio nos delumbraban completamente.

El sol, que se acercaba al cenit, lucia con todo su esplendor, y sin embargo, no calentaba nuestros ateridos miembros ni conseguia derretir un solo átomo de nieve.—Sus rayos caian sobre nuestro rostro, blancos y frios como los de la triste luna.

En esto hirió nuestros oidos el son de una campana, cuyo religioso eco nos llenó de espanto.

¿Quién podia vivir en aquella soledad melancólica? ¿Cómo resonaba allí el símbolo de la oracion de los mortales? ¿Qué alma en pena habitaba en aquel páramo, tan lejos de la tierra y tan distante del cielo?

—Vamos, señores. Estamos en el *Hospicio*... esclamó el mayoral abriendo la portezuela. Esa campana nos dice que pasemos adelante si queremos.

El *Hospicio* del Simplon fue construido por órden de Napoleon I, y terminado á espensas del convento de Agustinos de Martigni, con las mismas condiciones del famoso hospicio del Monte San Bernardo.

En uno y otro habitan diez ó doce religiosos de una congregacion que consta de cuarenta hermanos, y que se fundó con el solo objeto de auxiliar á los viajeros que pasan los Alpes.

El iniciador de tan piadoso pensamiento fue San Bernardo de Menthor, el cual hizo levantar el primer hospicio sobre el monte que lleva su nombre, por los años de 962.

Los padres que enferman en esta ruda vida, y los imposibilitados por la edad, encuentran á su vez un asilo en el citado convento de Martigni.

En cuanto á aquellos heróicos perros que tan importantes servicios prestaban á la humanidad,—buscando á los viajeros perdidos, sacándolos de entre la nieve, y dando aviso de ello á los frailes,—tengo el sentimiento de anunciaros que su raza se hà estinguido completamente.

Hoy se piensa en sustituirlos con otros perros alemanes, muy hermosos y de estraordinario instinto, pero que, al decir de los mismos monges que los aleccionan, no llegarán nunca al grado de valor, de inteligencia y de laboriosidad que alcanzaron sus ilustres predecesores.

Estas noticias nos las dió un venerable religioso, que salió á recibirnos á la puerta del Hospicio, invitándonos á descansar en él, y que llevó su amabilidad hasta enseñarnos todo el establecimiento.

El edificio es escelente. Tiene una magnífica enfermería, un oratorio, muchos aposentos con chimenea, cocina económica, refectorio, biblioteca, un pequeño taller para remediar las averías de los coches, y otras varias utilísimas dependencias.

A cualquier hora que llega allí el caminante, los padres Agustinos le ofrecen

una ligera comida; y si es á la hora en que comen ellos, le colocan á su lado en el refectorio.

En uno y otro caso, no se le permite pagar cosa alguna; y para colmo de edificacion, los mismos frailes le sirven la mesa como humildísimos criados.

Esta última circunstancia me conmovió profundamente. Nosotros (por novelería poética, no por otra cosa) cedimos á las instancias de los religiosos y pedimos una sopa de leche,—que nos presentaron en seguida, y que por cierto estaba deliciosa.—Pero cuando observé que un respetable sacerdote nos ponia y quitaba los platos, la vergüenza y el remordimiento, la gratitud y el asombro me infundieron impulsos de coger la mano que me servia, y besarla humildemente.

¡Ahora me pesa no haberlo hecho!

¡Ah! si la humanidad hallase en su peregrinacion por la tierra algo parecido á lo que encuentra el viajero en la cumbre de los Alpes, yo me prometeria todavía una larga era de paz, de dignidad y de consuelo para la sociedad angustiada...

Pero esto tambien formará parte del sermon que os he prometido predicar en Roma...—Sigamos, pues, nuestro camino.

Ahora, por si haceis alguna vez este mismo viaje, debo advertiros que en la capilla ú oratorio del Hospicio del Simplon, hay un cepillo de madera, donde, si os place, podeis depositar una limosna.

Con que ya estamos otra vez en marcha, y en lo mas solemne de ella... Pasada esta llanura, descubriremos el horizonte de Italia y empezaremos á bajar la inclinada cuesta que va á morir en el *Lago Mayor*...

A los veinte minutos de camino, pasamos cerca de una torre... Es el antiguo Hospicio,—propiedad ahora de algunos pastores de los vecinos valles.

Empezamos á bajar.

Demos un *adios* á la Suiza, á la Francia, al invierno que ya avanzaba por el Norte... Hemos saltado la muralla. Estamos en el lado meridional de los Alpes.

La interposicion de los montes nos impide ver el suelo de Italia, pero el cielo que descubrimos... ya es su cielo!

En menos de una hora bajamos dos mil piés y llegamos á un melancólico pueblo enclavado en la montaña.—Llámase el *Simplon*.

Habitánlo pastores, que viven de los productos de los hondos barrancos que lo cercan. El invierno dura aquí ocho meses.

Vamos despeñados... La cuesta se retuerce como una culebra que pugnase por no dejarnos descender á la llanura...

Cruzamos la magnífica *Galería de Gondo*, término de una garganta estrechísima y atroz, cuyo salvaje aspecto causa espanto.

El atrevimiento y la grandeza de ésta galería esceden á toda ponderacion.

A su entrada, una lápida recuerda que Napoleon la construyó en 1805, *ære italo*, con dinero italiano.

La salida del túnel está artillada con recios morteros, puestos allí por la Suiza.

Un poco mas lejos, salta (casi al alcance de la mano) la vistosa cascada de *Fressinone*, cuyas espumas rugen y se despedazan al chocar con ciclopeas moles de granito.—Sobre ella hay tendido un ligero puente de madera, que tiembla al solo impulso del aire agitado por las aguas.

Ese pintoresco y animado paraje ha sido copiado en todos tiempos por afamados pintores, y en verdad que lo merece.

Pero hénos en *Gondo*, último pueblo suizo.

El horizonte sigue cerrado por altas rocas que se elevan verticalmente sobre la carretera.

Un poco despues pasamos cerca de una columna en que se ve grabada esta inscripcion:

Italia.—Stati sardi.

¡Estamos en Italia!

Pero esto es solo en el nombre. Los Alpes siguen defendiéndose, siquier en retirada.—Como fieles amantes de la beldad que ocultan al mundo, no permitirán que nadie la vea mientras á ellos les quede un solo instante de vida.

Desde el *Hospicio* hasta aquí hemos bajado cuatro mil quinientos piés... Nos faltan mil para llegar á la llanura.

Mas hé aquí el primer pueblo italiano.

Llámase *San Marco* y es una pobre aldea por el estilo del *Simplon*.—Sus habitantes hablan el *patois* piamontés, mas cargado de palabras francesas que de italianas.

Seguimos rodando precipitados...

A los pocos momentos llegamos á *Isselle*, pueblo algo mas importante, donde se halla la aduana sarda y nos piden el pasaporte.

Aquí ya se leen edictos y muestras de tiendas en italiano, y tenemos ocasion de utilizar nuestra aficion á la música y á los poetas de Italia.

Quiero decir que empezamos á hablar un italiano de *libreto* y de poema, que no nos sirve para pedír un plato de sopa.

Volvemos á caminar. La tenacidad con que las montañas limitan el horizonte nos llena de impaciencia...

Y aun pasamos hora y media de este modo; siempre bajando, sin nunca llegar á la llanura; siempre dejándonos atrás montes y montes, sin que los montes tengan fin.

Así cruzamos otra garganta feroz, otra sorprendente galería, otro altísimo puente, hasta que por último, en una revuelta del camino, sepáranse las montañas, bájase el horizonte, dilátase el cielo, y una mar de luz inunda nuestros ojos...

—¡Italia! ¡Italia! esclamamos con frenético trasporte.

—¡Ahí tienen ustedes á Italia! esclama el mayoral, lleno de orgullo por haber vencido á los Alpes.

Hasta el inglés se permite entusiasmarse y sacar la cabeza fuera del coche.

¡Oh! si... aquella es Italia!—Aquel cielo turquí; aquel fulgurante sol, aquella riente campiña cruzada por plateados rios, aquellas verdes colinas coronadas de blancos palacios, aquellos olivares oscuros, aquellas praderas de esmeralda, aquellas graciosas quintas, todo aquello es lo que yo me imaginaba desde niño!

¡Cuánto fulgor en el espacio! ¡Qué matices en la llanura! ¡Qué perfumes en el aire! ¡Qué temperatura tan amorosa despues del frio que hemos pasado!

Allí reina aun la primavera... Las viñas ostentan todavía sus pámpanos, los árboles sus verdes hojas, el sol su creadora llama, el ambiente sus gérmenes de vida.

¡Cómo se comprende que esta tierra sea tan codiciada! ¡Cuán bella la verian todos los conquistadores al asomar por los Alpes! ¡Cuán hermosa la encontrarán sus hijos cuando vuelvan á hallarla despues de un largo destierro!

El inglés se quita el gaban y nosotros nos aligeramos tambien de ropa.—Hace calor...

En medio del gran triángulo de llanura que divisamos á lo lejos, se levanta sobre una colina un magnífico palacio blanco, de graciosas proporciones.

—¿Ven ustedes aquel palacio? Nos dice el conductor. Pues es de una persona muy notable, á quien de seguro han oido ustedes nombrar.

—De quién es?

—*De Juan María Farina*, del gran fabricante de Agua de Colonia.

—¡Bien por el conductor!—Esa noticia vale un mundo.

El inglés toma nota en su cartera de viaje.

Yo me contento con repetir esta frase de una epístola de Ventura de la Vega;

¡Todo es verdad!...

Y en prueba de que es asi, ya empezamos á ver hombres morenos de melodramáticas barbas y líricos ojos negros...

Ya principian á sonar en nuestros oidos y á presentarse á nuestros ojos palabras acabadas en *ini*...

Ya se acabaron las casacas suizas...

Estamos en *Domo d'Ossola*.

Las mujeres son pálidas y llevan mantilla negra...

La gente grita y salta. Los muchachos atruenan las calles. Las aves cantan y vuelan. Las casas ostentan fachadas con columnas. Los castaños y los nogales crecen á la salida del pueblo...

Nosotros seguimos adelante.—Vamos á dormir á *Baveno*, á orillas del *Lago Mayor*...

Y asi pasa la tarde... ¡Tarde embalsamada y bella!... y asi llega la noche... ¡Noche sublime, coronada de límpidos luceros!...

Serian las nueve cuando el mayoral abrió la portezuela del coche y nos encontró dormidos.

—¿A qué hotel vamos, señores? nos preguntó en su dialecto suizo. Hemos llegado á Baveno.

—A un hotel que tenga vistas sobre el *Lago Mayor*, respondimos Iriarte y yo á un mismo tiempo.

A los pocos minutos llegamos al hotel, y dejando íntegra para el dia siguiente la contemplacion del lago, nos acostamos y dormimos como duerme todo aquel que se ha levantado á las tres de la mañana.

CAPITULO III.

EL PIAMONTE.

I.

El Lago Mayor.—Un domingo en las *Islas Barromeas.*—La familia de San Cárlos.—Milicia nacional.—La cuestion de Italia.—Novara y Magenta.—Llegada á Turin.

Apenas la blanca aurora habia dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, Mr. Iriarte sacó la cabeza de entre el sudario nocturno que llamamos sábanas, y esclamó solemnemente desde su alcoba:

—Buenos dias.

—Dios te los de muy buenos, respondió mi humanidad compareciendo de pronto en este mundo, ó sea despertando repentinamente.

—¿No sabes qué hora es? siguió gritando mi amigo.

—Serán las cinco sobre poco mas ó menos...

—No deben de ser sino las seis, señor perezoso. Por las hendijas del balcon se filtra la luz del dia.

En efecto: algunas hebras de oro ó agujas de fuego penetraban en el salon que separaba nuestras dos alcobas.

Una campana tocaba á misa allá muy lejos, pero su son se dilataba puro y melodioso sobre la vibrante superficie del lago, llegando á nuestros oidos como una nota musical. El canto de los pájaros y los gritos de los hombres se esparcian limpios y sonoros por una atmósfera tensa, plácida, tranquila... Todo nos indicaba que habia amanecido un dia delicioso.

Nuestro diálogo continuó de esta manera.

—¿Cárlos?

—¿Qué?

—Estamos en el Piamonte...

—Muy mal dicho. Estamos en Italia.

—¡Quiéralo Dios!

—Ya lo veremos.—Y á propósito: creo que debemos levantarnos.



Vista de Turin.

—Hagamos antes un poquito programa.

—Eso es lo primero.

—Pues orientémonos. ¿Tú sabes lo que hay debajo de nuestros balcones?

—Me lo figuro, porque hace media hora que estoy oyendo el ruido de los remos en el agua.

—Perfectamente.—¿Tú sabes lo que hay un poco mas allá?

—Mas allá... deben verse las *Islas Borromeas*, brotando de en medio del lago como graciosas macetas de flores...

—Justo y cabal. ¿Y tú sabes que en *Isola Bella*, la mayor de las cuatro islas, hay un hotel en que se almuerza perfectamente?

—Sé mas que eso.—Sé que nosotros vamos á almorzar en ese hotel.

—¿Y sabes que hoy es domingo?

—Eso no lo sabia; pero me alegro de saberlo; pues si no mienten nuestros itinerarios, todos los domingos recorren varios vaporcitos el Lago Mayor, llevando de orilla á orilla, y de un pueblo á otro pueblo, y de una isla á otra isla, una infinidad de gentes de Turin y de Milan, que llegan en ferro-carril á estas márgenes encantadas.

—De manera que nosotros podemos vestirnos, cargar con nuestro equipaje, meternos en un bote á la puerta misma de este hotel, visitar las islas, oir misa en cualquiera de ellas, almorzar donde hemos dicho, acechar el paso del vapor, unirnos á una caravana que vaya de vuelta á Turin, tomar el camino de hierro en Arona, y llegar esta noche á la capital de Cerdeña...

—Sí que podemos. Y á fin de demostrárselo á nuestros enemigos, vamos á levantarnos.

—Te comunicaré antes una cosa.

—Soy todo orejas.

—Estamos en un país excomulgado.

—Lo sabia.

—Pues no se te conoce...—Yo estoy nervioso desde que me he acordado de ello.

—¿Y cuándo te has acordado?

—Cuando me dijiste que no estábamos en el Piamonte, sino en Italia. Yo bien sabia que el Piamonte era Italia; pero tú has querido darme á entender que Italia es el Piamonte.

—Italia es Italia.—No hablemos de política: lo hemos convenido.

—Pero yo estoy nervioso sin poderlo remediar. Tú no sabes dónde nos hemos metido. Estos piamonteses son el demonio. Ellos empiezan por estar excomulgados, como te acabo de decir. Ellos se encuentran metidos en dos guerras; la una contra un rey amigo; la otra contra el Santo Padre... Ellos han armado la milicia nacional... ¡Figúrate qué baraunda vamos á encontrar por todas partes; cuántos peligros, cuántos contratiempos!... ¡Digo! ¡Y yo, que soy español! Porque has de saber que en esta tierra, *español* es sinónimo de reaccionario, de borbónico, de *antonellista*, de napolitano, de inquisidor...

—Segun eso, ¿no quieres levantarte?...

—No me atrevo.

—Pues yo sí; y en prueba de ello...

—En prueba de ello...

—¡Aquí me tienes vestido y en marcha!

—No mas vestido ni mas en marcha que yo, respondí apareciendo en el salon al mismo tiempo que mi amigo.

Los dos habíamos tenido la idea de engañarnos, vistiéndonos con disimulo.

Abrimos, pues, el balcon,—que por cierto daba al Oriente.

Un mar de sol inundó la sala y nos dejó ciegos por un instante.

El lago, que empezaba debajo del mismo balcon, relucia como un espejo, ó mas bien como una llama... El sol se levantaba frente á frente de nosotros, radiante, alborozado, risueño, empezando su carrera por un cielo limpio de nieblas y de nubes.

Cuando mis ojos pudieron ya resistir tan vivos resplandores, quedéme estático ante la peregrina hermosura de un panorama sin rival.

Yo no intentaré describíroslo.—Esto seria imposible.

Mejor es que os asomeis conmigo al balcon del hotel, y disfrutemos juntos de tanta maravilla.

Mirad.—El lago se dilata de Norte á Sur en una estension de quince leguas; pero desde la orilla en que estamos hasta la de enfrente, solo habrá dos leguas escasas.

Esta es su mayor anchura.

Las aguas inmóviles parecen una tersa lámina de plata bruñida. En medio de ellas se levantan cuatro pequeñas y graciosas islas, amorosamente agrupadas, cuyos palacios y jardines se reflejan y copian con admirable minuciosidad en el diáfano elemento.

Son las *Islas Borromeas*.

Diríase que son cuatro mágicas naves, en que una reina voluptuosa, (una Cleopatra, una Semíramis ó una Faustina,) ha reunido todas las delicias de la tierra.

Mas allá se estiende la márgen oriental del lago, determinada por suaves colinas verdes, coronadas de árboles y de quintas, á cuyo pié se recuestan algunas blancas ciudades, que brillan al sol como si fueran de alabastro, y que se miran tambien en las cristalinas ondas, repitiéndose y como bañándose en ellas...

¡Es la *Lombardía*!

¡Salud á esa márgen y á esos pueblos!—Ayer pertenecian al Austria: ayer amenazaban desde allí al Piamonte los cañones del estranjero: ayer salian de aquella orilla los vapores austriacos y paseaban su aborrecido pabellon por delante de la ribera sarda. Ayer piamonteses y lombardos tendíanse los brazos desde una costa á la otra; estos pidiendo auxilio; aquellos ofreciéndoselo; los primeros lamentando su horrible esclavitud; los segundos jurando vengar el desastre de Novara...—Hoy las ciudades hermanas que se miran frente á frente desde las dos orillas del *Lago Mayor*, viven en paz, libres y contentas, bajo la bandera tricolor de la madre Italia...—¡Salud, salud á esos pueblos!

Al mediodía de la formidable plaza de *Laveno* (en que hace poco mas de un

año estrelláronse el valor y la fortuna de Garibaldi, y que solo se rindió despues de la batalla de *Magenta*), descúbrese un vasto horizonte sobre una tierra lisa, verde, estensísima.

Son las llanuras famosas de la Lombardía, en medio de las cuales se asienta Milan.—Sus campos son los mas ricos, los mas bellos y acaso tambien los mas ensangretados de toda Europa.

Hácia el Norte, el paisaje es muy diferente. El lago penetra por entre altos y abruptos montes, que proyectan su sombra sobre las aguas, dándolas un tinte verde y misterioso.—Los barcos que suben en aquella direccion y que desaparecen en el interior de la montaña, se dirigen á Suiza, á la cual pertenece la parte septentrional del lago.

A nuestra izquierda se estiende un ancho golfo, al través del cual divisamos á *Pallanza*, pintoresca ciudad del Piamonte; mientras que por el otro lado descubrimos á *Stresa* con su magnífico palacio y deliciosas *villas*.

Por todas partes, en fin, vénse caseríos, alcázares ó aldeas, cuya reproduccion en el cristal del lago hace soñar con los palacios submarinos de las nereidas; pues no parece sino que debajo del nivel de las aguas hay otro mundo, con sus montes, su cielo, sus árboles, sus casas, sus iglesias y hasta sus aves que cruzan en todas direcciones.

¡Y qué intensa luz, qué gozoso ambiente, qué dulce calor, qué acordes ruidos inundan la comarca!

Parece imposible que despues de haber estudiado á nuestro paso por Francia todos los portentos sociales, y de haber contemplado en Saboya y en Suiza todo el poder, toda la magestad de la naturaleza, aun encontremos aquí maravillas que admirar!

Y es que hemos llegado á la patria del arte: es que en el sublime cuadro que ahora tenemos ante la vista, combínanse las tres hermosuras, los tres atractivos que mas seducen al viajero: es que aquí se goza á un mismo tiempo de la vida social, con todas sus comodidades, encantos y placeres, del espectáculo de una espléndida y grandiosa naturaleza, y de los prodigios del arte,—que deja ya sentir su influjo en los menores accidentes, armonizando, como diria un preceptista, lo útil y lo agradable.

Pero, mientras nosotros hacemos estas reflexiones, se ha reunido debajo del balcon toda una escuadra de botes, gobernados por gallardos mancebos y hasta por hermosos niños, vestidos con una sencillez que no carece de gracia;—descubierta la frente, descalzos de pié y pierna, con los largos cabellos flotando sobre los hombros, el pecho desnudo y los brazos al aire, estendidos hácia nosotros.

—Señor... Señor... Tome mi barca... ¡Vamos á las *Islas Borromeas*! esclamaban todos los patrones á un tiempo.

—Vamos á las *Islas Borromeas*, repetimos nosotros.

Y cogiendo nuestro equipaje, abandonamos el hotel; á cuya misma puerta nos embarcamos en un bote.

El barquero, que tendria quince años, empuñó los remos, permaneciendo de

pié; y la tajante quilla empezó á romper el unido y terso cristal de aquel apacible estanque...

El movimiento era tan leve, que durante la travesía Iriarte iba dibujando las líneas generales del paisaje, y yo escribiendo todas estas cosas en mi cartera...

Nos dirigíamos á *Isola Madre*, la mayor del encantado archipiélago, y que sin embargo no tendrá un kilómetro de circunferencia.

Un cuarto de hora despues, atracábamos al pié de una ancha escalera tallada en la roca viva, cuyas gradas conducian á una puerta del *Renacimento*, sobre la cual se veia un escudo de armas.

Eran las armas del propietario de la isla; del conde Borromeo, descendiente por línea recta del mismísimo *San Cárlos*, cardenal arzobispo de Milan, muerto en 1584 y beatificado en 1610.

Saltamos, pues, del bote á la escalinata, y llamamos á aquella puerta.

Un jardinero vino á abrirnos.

El era el único habitante de aquella mansion de delicias.

A las pocas preguntas que hicimos á aquel jardinero, nos persuadimos de que era tonto; pero tonto imbécil, como los del *Valais*,— salvo el padecimiento físico.

—¡Dichosa comarca!... ¡Verdadero paraiso! ¡Refugio de la paz y de la inocencia! esclamé yo entonces, quitándome el sombrero y apostrofando á aquella tierra. ¡El único habitante de la *Isla Afortunada*, de la *Isla de Jauja*, es un idiota, es un hombre feliz, es un hombre de bien! ¡*Ave*! ¡*Salve*! Yo te saludo con el respeto que hubiera saludado el Eden, antes de que Adan contrajera matrimonio.

Y era la verdad. Aquel bienaventurado jardinero, único morador de todo un mundo en miniatura, y de un mundo tan bello y delicioso, me recordaba á nuestro primer padre,—el cual tampoco debió de ser muy avisado.

Entramos en la isla.

Yo la habia dado en broma el nombre de *paraiso*; pero es lo cierto que ningun otro la cuadraba mejor.

Primero nos hallamos en un bosque de laureles, por en medio del cual serpenteaba una arrecifada cuesta.

Este bosque era tan espeso, que por ninguna parte se descubria la bóveda celeste.

Millares de ruiseñores ocultos en las sombras del perfumado ramaje, prestaban voces de amor al alto silencio de aquella soledad dichosa.

Habia en todo esto un encanto, un misterio, una poesía, que recordaba el templo de la inmortalidad imaginado por los vates de la Grecia, la sagrada mansion de Apolo, el *Parnaso* pintado por Rafael Urbino.—Los ruiseñores, cantando en los laureles, parecíanme poetas inmortales, reunidos en Delphos en torno del hijo de Latona; ó bien creia haber desembarcado en la isla de Delos, y halládola, no tal como hoy se encuentra, deshabitada y pobre, sino tan rica y

bella como debió de ser en otro tiempo, cuando la respetaban las devastadoras haces de Gerges y Dario y la rendian homenaje los atenienses.

Terminada la cuesta, y fuera ya de la sacra mansion de los cantores, *Isola Madre* se nos presentó bajo otro aspecto no menos delicioso.

Los altos cedros, los naranjos cargados de fruto y los pomposos aloes sustituyeron á los laureles. Las palomas reemplazaron á los ruiseñores. El cielo se veia por los claros de las ramas, y la luz del sol lograba penetrar hasta los prados de flores que se estendian en rededor de los troncos seculares.

Si el bosque de laureles me habia recordado el templo de la gloria, el bosque de naranjos y limoneros me recordó el templo del amor.

Las palomas se arrullaban y besaban volando de árbol en árbol. Los faisanes y los pavos reales se perseguian dando vueltas en torno de las camas de jazmines, luciendo, con la ufanía propia de enamorados correspondidos, las galas de su espléndido plumaje. El aroma del azahar prestaba al ambiente una plácida dulzura que penetraba hasta mi corazon... La inmovilidad de las hojas, el sosiego y soledad del vergel y hasta la ininteligente condicion del guardian de tantas maravillas, daban un aire monumental, eterno, *apoteótico* á aquella artificial naturaleza.

Yo pensaba en la *Isla Afortunada* donde Reinaldo vivió preso entre los brazos de Armida, y en la isla de Chipre, consagrada á Venus, y en el paraiso de Mahoma, y en los jardines fantásticos de los cuentos persas, y en Circe y en el esposo de Penelope.

En medio de *Isola Madre* álzase un vasto palacio, medio ruinoso, deshabitado y sin muebles, donde solo viven los ecos de antiguas fiestas y los suspiros de pasados amores.

El actual conde Borromeo habita en *Isola Bella*.

En poco mas de un cuarto de hora dimos la vuelta á toda la isla y llegamos á la puerta por donde habíamos entrado.

Saltamos al bote y pusimos el rumbo á *Isola Bella*.

Durante la travesía, el barquero nos fue dando todas las noticias que necesitábamos acerca del Archipiélago Borromeo. Aquel rapaz sabia de memoria toda una *Guía del viajero en Italia*.

—De estas cuatro islas, nos decia en verdadero italiano; las dos mayores, ó sean *Isola Madre* ó *Isola Bella*, pertenecen al conde Borromeo, el cual viene á ellas los otoños con su familia y muchos convidados, que bailan y se divierten hasta mas no poder, y unas veces pasan las noches damas y galanes persiguiéndose por el lago en ligeras canoas; otras iluminan los jardines; ya queman arbolillos de pólvora; ya dan conciertos que se oyen desde todas las riberas y no nos dejan dormir. Anoche, sin ir mas lejos, hubo una de estas funciones, y yo he estado hasta la madrugada tendido en mi barca, pegada como una sombra á las peñas de la isla, oyendo cantar á las hijas del señor conde, á las cuales conozco ya en la voz; y en verdad les digo á ustedes, que aquello valia la pena de ser oido por alguien que no fuese un pobre pescador como yo soy.

¿Conoceis las novelas de Jorge Sand?—Ahora soy yo quien habla, y me dirijo á vosotros, lectores mios.—¿Conoceis á *Consuelo*, á *Lelia*, *Los dos amores*... sobre todo *Los dos amores*? ¿No es verdad que al oir á este barquero de quince años, bello como un Apolo y medio desnudo como él, hablar de música y de condesas con tan fogoso entusiasmo, en el seno de una naturaleza tan ardiente y esplendorosa, cree uno ver realizarse las mas apasionadas imaginaciones de aquella ilustre poetisa?

¡Oh! ¡Jorge Sand!

El, ó sea *ella*, vivió mucho tiempo en las orillas de este lago, y colocó allí la accion de muchas obras suyas. Ella, ó sea él, mas que ningun otro escritor, hizo adivinar á mi alma de niño la inmortal hermosura de la Italia. ¡Oh, Jorge Sand!—¡Lord Byron con faldas!...—¡Qué lástima de que este poeta fuera mujer, ó de que esta mujer fuera poetisa, ó de que esta poetisa no hubiera sabido morir á tiempo, antes de que la edad ajase su hermosura y la obligase á vestirse de nuevo por la cabeza!—Yo he sido fanático admirador de Jorge Sand, como del alma mejor templada, como de la vida mas poética, como de la organizacion mas esquisita, como de la historia mas romántica, como de la hermosura mas cabal, como de la musa mas elocuente y verdaderamente clásica, como del ser mas libre, mas gracioso y mas apasionado de nuestros tiempos...—Pero yo lamentaré siempre el haber llegado á saber que Jorge Sand es hoy una respetable anciana de cincuenta y siete años, que vive en prosa y con guardapiés en el fondo de un pueblo de provincia.

¡Con qué razon dijo nuestro insigne Quintana:

¡Muera mas bien que envejecer la hermosa!

Pero escuchemos al pescador.

—*Isola Bella* é *Isola Madre* eran hace doscientos años dos áridas rocas completamente despobladas. En 1670, el conde Vitalio Borromeo las cubrió de tierra y construyó el palacio de *Isola Bella* y los jardines de una y otra isla. Desde este tiempo, todos los condes se han afanado por hermosearlas, trayendo á ellas plantas y flores de lejanos paises y estatuas y cuadros de sus palacios de Turin y de Milan.—Aquella otra isla que ven ustedes cubierta de casas, se llama *Isola dei Pescatori*, por ser propiedad de los pescadores del lago, y constituye un pueblo con su iglesia, sus autoridades y todo lo demás que hay en los pueblos, menos un palmo de terreno en que plantar un árbol. En *l'Isola dei Pescatori* no crecen otras plantas que las que cada uno cuida en las macetas de su terrado. Las casas nos dejan apenas lugar para tender las redes al sol á fin de que se sequen. —En fin, aquella otra isla, llamada de *San Giovanni* (San Juan), que ve usted allá lejos, en frente de Pallanza, es tan pequeña que bastan á llenarla una capilla, una casa y un jardin. Toda ella ha pertenecido hasta ahora á los canónigos de Pallanza; pero hace pocos meses la ha comprado el conde Borromeo.— (En el lugar por donde vamos vogando en este instante tendrá el lago setecientos

piés de profundidad.)—Los condes Borromeo descienden del mejor santo que ha habido sobre la tierra.—Ya verán ustedes esta tarde su estatua colosal, cerca de Arona.—Este santo existió hace tres siglos, y era sobrino del Papa. El fue el inventor del *Catecismo* que aprendemos en la escuela, y estuvo en el Concilio de Trento, donde trabajó como nadie contra los herejes enemigos de la *Madonna* (la Vírgen María). En premio de esto, la *Madonna* le libró del puñal de unos frailes muy malos que trataron de asesinarle solo porque se empeñó en meterlos por vereda y corregirlos de las malas mañas que habian adquirido. Cuando la peste de Milan, llevaba los enfermos acuestas... ¡y eso que era arzobispo!... y pasaba la noche á la cabecera de los enfermos pobres, de los pescadores como yo, sin temer el contagio ni la incomodidad de las viviendas humildes. En fin, despues que murió, que fue á los cuarenta y seis años, Dios concedió á su sepulcro la virtud milagrosa de curar enfermedades mortales, por lo cual se vino en conocimiento de que aquel hombre tan bueno era un santo, y Pablo V, pontífice muy célebre, le canonizó tal como hoy se halla...—Yo me llamo Cárlos, para servir á los señores.

Esta relacion (que apenas discrepará en un ápice de la del barquero) me ha parecido digna de figurar íntegramente en mi relato; pues sobre contener noticias muy ciertas, que me escusan de dároslas por mí mismo, respira tanta gracia, tanta inocencia y tanta bondad, que me hizo breve y fugitiva la navegacion de una isla á otra, como á vosotros os habrá hecho llevadera y agradable la mucha erudicion que os ha proporcionado.

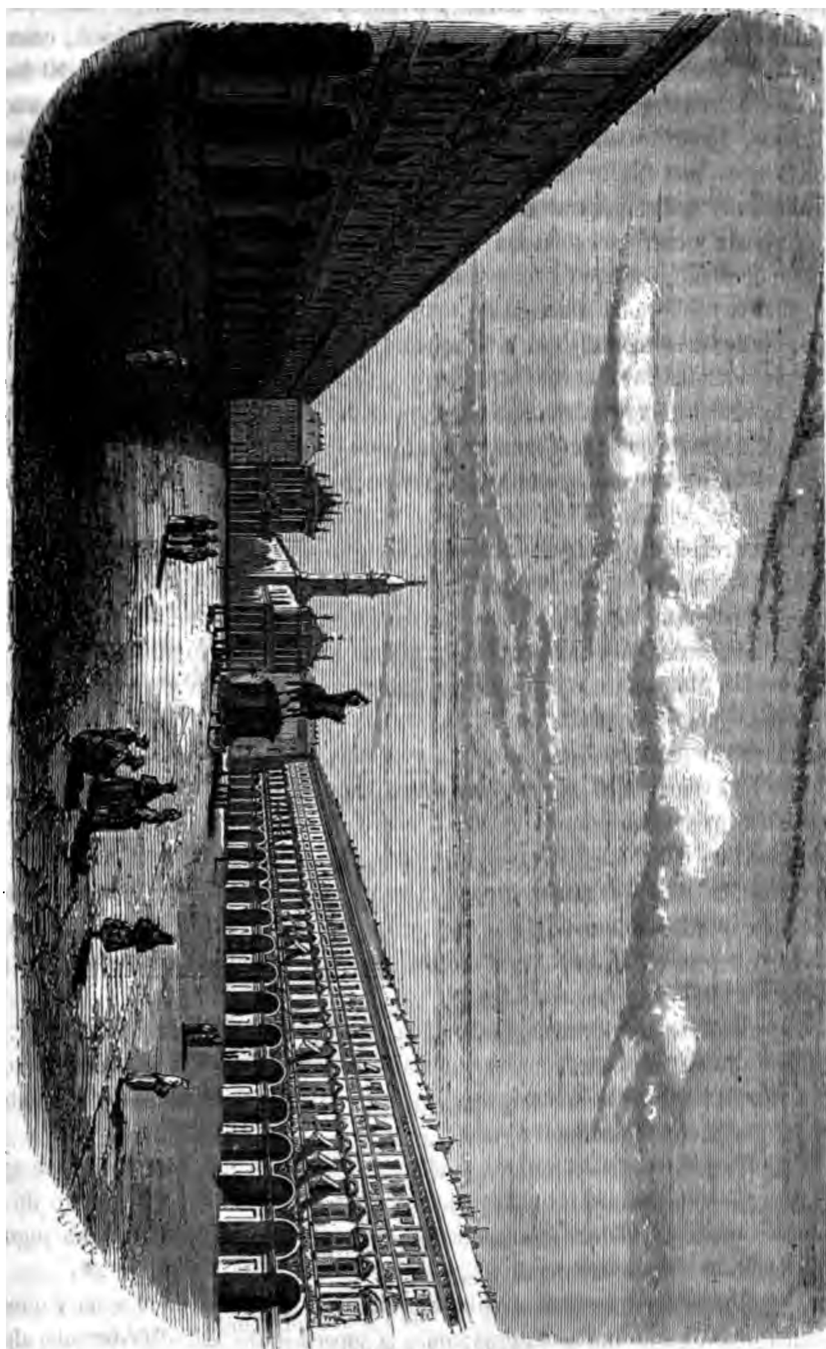
En esto pasamos cerca de una nueva isla, tan raquítica y diminuta, que ni figura en los mapas ni en las guías, ni en los diccionarios.—El mismo barquero la habia juzgado indigna de mencion, creyendo sin duda que nosotros no repararíamos en ella.

Aquella isla, que parece una hija recien nacida de las *Borromeas*, tendrá cincuenta pasos de circunferencia y apenas sobresale un pié del nivel del lago. —En ella crecen dos sauces y medio, estremadamente endebles y muy pálidos.

Cuando nosotros cruzamos á su vista, habitábala, al modo de Robinson, un barquerillo de diez ó doce años, que habia amarrado su ligera barca á uno de los sauces, y tomaba el sol, tendido boca arriba sobre la arena, fumando y cantando alternativamente.

Los sauces, la isla, la barca y el muchacho formaban un cuadro tan gracioso, tan sencillo, tan artísticamente dibujado sobre el fondo brillante de las aguas, y por añadidura tan pequeño, que todo ello junto parecia un juguete modelado en barro para servir de *palillero* en una mesa.

Réstame decir que la tal islilla suele dar sus capuzones en el agua y quedar sumergida durante meses enteros; pues la superficie del Lago Mayor sube algunos años, en la época de las grandes lluvias, hasta tres metros y medio sobre su nivel habitual.—De aquí que los sauces sean tan débiles y enfermizos.—Los baños largos debilitan mucho.



Plaza de San Carlos, en Turin.

Por lo demás, aquel paraje anfibio ha merecido los honores de llevar un nombre.—Se llama la *Isla de Malghera.*

Vogando, vogando... siempre con direccion á *Isóla Bella*, iba yo mirando la cordillera de los Alpes, que cerraba el horizonte al Noroeste; y sobre las brumas que coronaban todas las cúspides, veia asomar un pico blanco, limpio de nubes, que reflejaba como un espejo la luz ardiente del sol, próximo ya al Meridiano.

—Aquel pico es el *Sempione* (el Simplon), esclamó nuestro barquero, siguiendo la direccion de mi mirada.

—Ayer á estas horas estábamos nosotros allá arriba, añadió Iriarte.

Parecia imposible... y era verdad.

A todo esto el lago empezaba á poblarse de botes que cruzaban de pueblo á pueblo y de isla á isla, llevando y trayendo pasajeros de los muchos que un vaporcito iba dejando donde quiera que tocaba.

Este vapor habia salido de *Arona*, estacion de ferro-carril, que dista de Milan dos horas y de Turin menos de cuatro.

En el vapor y en los botes veíanse, pues, infinidad de familias, que por la mañana habian salido de ambas capitales á fin de pasar, como quien dice, un dia de campo en el Lago Mayor. Y aquí encontrábamos la alegre *partida* de la amistad, allá el gracioso grupo del amor, en otra parte el santo cuadro de la familia; ora gentes del pueblo; ora mujeres elegantes; en un lado las célebres hermosuras milanesas, que parecen nobilísimas estatuas; en otro las hijas del Piamonte, de franca y graciosa fisonomía.

El vapor ostentaba la bandera tricolor de Italia, blanca, encarnada y verde, con la *Cruz de Saboya* en medio... ¡Con la Cruz de Saboya!... ¡De Saboya, vendida al estranjero!!

Entre los hombres, veíanse muchos vestidos con el uniforme de guardias nacionales, y condecorados con una medalla pendiente de una cinta roja y blanca. Aquella condecoracion significaba que habian tomado parte en la última guerra contra los austriacos. ¡Salud á los héroes de Pallestro y Solferino!

El resto de los milaneses y sardos llevaban el traje europeo, quiero decir, un pantalon, un sombrero y una levita, que son los mismos en Madrid que en París, en Roma que en San Petersburgo.

Solo el pueblo bajo presentaba en su vestido cierto carácter italiano. Entre esta clase recuerdo haber visto algunos tipos soberbios, cuyos rasgos principales eran los siguientes: grande nariz aguileña, ojos negros y sombríos, barbas y cabellos largos, atlética complexion y muy noble estatura. Su mas pintoresco traje consistia en sombrero chambergo, de castor ó de paja, corbata roja, larga chaqueta de terciopelo y anchuroso pantalon de pana.

Estas figuras, campeando sobre la popa de una barca, dibujándose en el espléndido lago ó perfilándose sobre un cielo puro y luminoso, eran estremadamente bellas, y en muchas ocasiones hasta hermosas.

Se acercaban las doce. De todos los pueblos esparcidos en una y otra ribera llegaban á nosotros claras y vibrantes las voces de las campanas que llamaban á misa. Hacia calor. La comarca entera rebosaba placer y regocijo. Todos los pes-

cadores cantaban. Todos los pasajeros reian. Solo callaban, mirándose, las parejas de enamorados que cruzaban acá y allá los cristales del lago sobre ligeras barquillas, recordándome á las palomas que vagaban libres por los bosques perfumados de *Isola Madre*.—¡Inolvidable mañana!... El recuerdo de tu sol, de tu alegría, de tus inefables encantos, vivirá siempre en mi alma como un perdurable crepúsculo...

Llegamos á *Isola Bella*.

En aquel instante dieron las doce.

La plegaria del *Ave-María* resonó en todos los campanarios de los innumerables pueblos que bordan la márgen del lago y las faldas de los montes...

Parecia que la naturaleza misma entonaba un himno á la reina de los cielos.

La solemne emocion que nos produjo aquel concierto triunfó de la mucha hambre que teníamos.

—¿A dónde vamos? ¿Al hotel? nos preguntó el pescador, amarrando la barca y preparándose á servirnos de *Cicerone*.

—No tal, respondimos heróicamente. Vamos primero á misa.

Isola Bella puede dividirse en dos partes. La una ocupada por el vasto palacio y magníficos jardines de los condes Borromeo, y la otra cedida al público, que tiene en ella una especie de ciudad, con su iglesia, su hotel y su mercado.

En la iglesia habria unas cincuenta personas oyendo misa.

La mayor parte eran mujeres.

Entre estas las habia con mantilla, al modo de nuestro país.

Eran las avecindadas en la isla.

Otras llevaban sombreros medio húngaros, medio calañeses.

Eran damas de Turin y de Milan.

Algunas se paseaban viendo los cuadros y los altares sin poner atencion á la ceremonia.

Eran *touristes* inglesas.

Las pescadoras se distinguian por sus talles largos y esbeltos, por su cabeza, solo adornada con flores, y por sus corpiños negros y sayas azules ó encarnadas.

Despues de la misa, fuimos al *Hotel del Delfin*, en el que ya nos esperaba el almuerzo, en virtud de aviso de nuestro *Cicerone*.

La mesa se hallaba colocada en un balcon, cuya vista sobre los jardines y sobre el lago era sorprendente.

El sol bañaba el limpio mantel y los apetecidos manjares. Un ramo de flores y una soberbia pirámide de frutas fueron el único lujo de aquel almuerzo, que no hubiera yo cambiado por el festin de Baltasar.

La pesca del Lago Mayor es esquisita, y nosotros la hicimos los honores consiguientes á un largo ayuno.—El vino era de Asti, aromático, leve, generoso, como la limpia esencia de la uva.

A los postres nos sirvieron la *Opinione* de Turin y la *Perseveranza* de Milan, periódicos del dia, que nos dieron noticias de lestado de la guerra de Nápoles.

Aquel reino habia sido invitado á decir por medio del sufragio universal si queria ó no unirse al Piamonte y á los demás estados de Italia que se habian ya agrupado bajo la bandera de *independencia* y *unidad*.—Entre tanto Victor Manuel y Francisco II se encontraban frente á frente, cada uno á la cabeza de su ejército, á las orillas del Volturno.—Los Estados Pontificios habian quedado reducidos al Patrimonio de San Pedro.—El Papa redoblaba sus anatemas sobre el rey y sobre el pueblo que habian tomado la iniciativa en contra del antiguo órden de cosas.—Parma, Toscana, Módena, la Lombardía, las Legaciones, las Marcas, la Umbría, Sicilia y Nápoles, se habian fundido en una sola nacion.—Los príncipes de los estinguidos reinos habian pagado caro su desatentado amor al enemigo natural de los mismos pueblos que regian, al tirano de Milan y de Venecia, al aborrecido emperador de Austria.

Terminada esta lectura, dejamos el hotel y nos dirigimos al palacio, que es verdaderamente regio, y al decir de los peritos, demasiado grande para tan pequeña isla.

A mí me llamaron la atencion en él muchas y muy diversas cosas.

Primero, su severa entrada,—especie de cuerpo de guardia donde en otro tiempo se renniarian los soldados del conde á jugar y beber, en tanto que velaban el sueño de su ilustre amo.—Allí se ven colgadas de las paredes viejas armaduras, que parecen el férreo esqueleto de aquella gente venal y pendenciera. Sus armas, ennegrecidas por el moho, forman en otro lado venerables trofeos. Debajo de ellos vése una enorme chimenea,—cosa rara en un portal;—y el melancólico aspecto de aquel hogar apagado trae á la imaginacion las noches de otros siglos y las historias de batallas y de amores que se contarian allí al amor de la lumbre y entre el azar de los dados.

Las altas paredes de la soberbia escalera están adornadas con disformes escudos de piedra, que llegan desde el suelo al techo, en los cuales se ven esculpidas de relieve las armas de la familia Borromeo.

El lema de estas armas es la palabra *Humilitas* (Humildad), que se ve repetido en todos los muebles, en las cortinas, en las paredes, donde quiera que se fijan los ojos.

El salon principal es magnífico. En medio de él se alza el viejo trono condal, que, como todos los muebles, cuenta mas de trescientos años.

Magníficas camas del siglo XVI, que fueron entonces lechos nupciales, son hoy puestos de honor que solo ocupan los cadáveres de los condes, si por acaso les sorprende la muerte en la isla.

Sin embargo, en una de estas camas descansó en el presente siglo un ilustre huésped; y de ella se levantó al otro dia para ganar la batalla de Marengo.

Este huésped habia escrito con un puñal la tarde antes en un laurel del jardin de *Isola Bella* la palabra *Battaglia* (Batalla).—Cuando yo he visto ese laurel monumental, solo se leia ya la primera letra de aquella profecía de gloria. El pedazo de corteza en que estaban los restantes, se lo han llevado poco á poco los ingleses.

Tambien es notable en el palacio la Galería de cuadros, en que se ven lienzos de *Le Brun*, *Lucas Jordan*, *Ticiano* y otros famosos artistas.

Como los condes estaban en la isla, no pudimos ver las habitaciones en que al presente moran.—Al decir del criado que nos conducia, se hallan amuebladas á la moderna y con estraordinario lujo.—Dirigímonos, pues, á los jardines.

Para llegar á ellos pasamos por un nuevo palacio subterráneo, que consiste en una sucesion de grutas, revestidas de mosáico y de caprichoso risco. Aquellos aposentos se hallan al nivel del agua y son fresquísimos en el verano. Adórnanlos muebles rústicos.

Los renombrados jardines de *Isola Bella* (que para mi gusto son inferiores en hermosura á los de *Isola Madre*), se levantan, al modo de pensil babilónico, en diez y seis terrados construidos unos sobre otros hasta formar una especie de pirámide. El jardin mas alto se halla á cien metros del nivel del Lago Mayor, y en él como en los demás, admírase una variada multitud de fuentes, estatuas, macetas, árboles de las cinco partes del mundo, flores de todas clases, glorietas umbrosas y cuanto puede soñar la imaginacion y combinar el arte para convertir una árida peña y unas simétricas murallas en una mansion de delicias.

Desde la cúspide de aquella torre encantada, vimos en una fértil huerta que linda con el palacio, algunas damas vestidas con peinadores blancos, (lo que en el dialecto elegante quiere decir *no vestidas,*) que andaban de un lado á otro cogiendo flores y frutas.

Eran las castellanas de *Isola Bella* (por cierto muy bonitas).—Sus voces argentinas llegaban claramente hasta nosotros...

¡Ay! ¡Las diosas de aquel mágico recinto hablaban en francés!

¡Abominable *façon*!

—¡Cuánto mas mitológico no hubiera sido su propio idioma... el melodioso y dulce idioma de Petrarca!

Al volver de los jardines al palacio, nos encontramos en una ancha escalera á un caballero, vestido como cualquiera otro, con levita, pantalon y chaleco al estilo de París.

El subia y nosotros bajábamos.

Al pasar á nuestro lado se quitó el sombrero y nos saludó cortesmente.

Nosotros le contestamos sin saber quien era.

El criado que nos guiaba le hizo una profunda reverencia.

Aquel caballero era el rey del archipiélago; el dios de aquel eden; el señor á quien cantaban los ruiseñores, y perfumaban los mirtos y laureles de *Isola Madre* é *Isola Bella*;—el actual conde Borromeo.

El heredero de San Carlos se llama *Vitaliano* ó Vitalio, como algunos de sus mayores, y es hombre de unos sesenta y cinco años, alto, delgado y de severo aspecto.

Antes de 1848 vivia en Milan, como uno de los mas distinguidos patricios lombardos. Cuando estalló la revolucion, tomó en ella una parte muy activa, y

una vez espulsados los austriacos, despues de cinco dias de horrible combate, fue elegido miembro del gobierno provisional que se estableció en Milan y que duró desde el 18 de marzo hasta el 6 de agosto de dicho año.

Dueños otra vez de Milan los estranjeros, el conde Borromeo tuvo que emigrar al Piamonte. El Austria se vengó entonces de él secuestrándole todos los bienes que poseia en territorio lombardo; pero el gobierno de Turin premió su patriótico esfuerzo, nombrándole senador y Gran Cruz de la órden de San Mauricio.

Vitalio Borromeo Aprese casó con una hija del marqués d'Adda, de la cual ha tenido muchos hijos. Uno de ellos es camarero secreto del Santo Padre; otro es diputado, y los demás sirven en el ejército de la nueva Italia. Uno de estos últimos es ayudante del general Cialdini.—En cuanto á las hijas, ya las hemos visto coger flores en la huerta del palacio.

La familia Borromeo tiene parientes en España.—Entre ellos se cuenta mi noble amigo el duque de Fernan-Nuñez.

A eso de las dos abandonamos la isla, y nos dirigimos á *Stresa*,—siempre á fuerza de remo.

En *Stresa* pasamos una hora aguardando el vapor que debia conducirnos á Arona.

Durante este tiempo visitamos el magnífico palacio *Bolongaro*, en que vive ordinariamente la duquesa viuda de Génova, cuñada del rey Victor Manuel, y el famoso convento de *Rosminienses*, donde murió en 1855 el célebre obispo Rosmini, fundador de esta órden y amigo íntimo del inmortal Manzoni, que venia á visitarlo desde Milan.

De vuelta en la márgen del lago, y en tanto que nos recogia el vapor, cuyo penacho de humo asomaba ya por detrás del promontorio de *San Remigio*, sentámonos en la puerta de un café, á la orilla misma del agua.

Desde allí se veia el Lago Mayor en casi toda su longitud, ó sea desde *Sesto Calenda*, por donde se escapa el *Tessino* con direccion al *Po*, hasta las aguas suizas, que toman el nombre de *Lago de Locarno*.

Como el sol empezaba á caer, su luz heria de frente los pueblos y los palacios asentados en la ribera lombarda, destacando vivamente sobre el verde oscuro de los viñedos y olivares las blancas siluetas de los edificios, que resplandecian como el cristal. Los altos Alpes empezaban á festonearse de rosada niebla. El lago dormia suavemente, y sobre su brillante superficie trazaban largas estelas mil y mil pequeñas embarcaciones, que se dirigian á los puntos en que debia tocar el vapor. Cerca de nosotros, un grupo de guardias nacionales discutia los negocios públicos en la armoniosa lengua italiana. No lejos jugaba y alborotaba un gracioso escuadron de muchachos. En los balcones del café y de una fonda vecina veianse algunas elegantes inglesas y estravagantes ingleses que debian de embarcarse con nosotros. En otro lado cantaban millares de pájaros en una hermosa arboleda tendida á lo largo de un magnífico camino, que no era sino la continuacion de la carretera que habíamos nosotros abandonado en Baveno la noche antes. En una casa próxima sonaba un piano, que tocó sucesivamente el *himno*

de Garibaldi, una cancion tirolesa, muy repetida por los organillos en las calles de Madrid, y el coro de guerreros de la *Norma*.—Todos estos ruidos, y las campanas de la iglesia de *Stresa*, acordadas musicalmente, formaban un concierto, una gran voz, un acento jubiloso y prolongado, que murmuraba en mis oidos esta sola palabra mágica, llena de promesas, de deseos, de imaginaciones locas....—*¡Italia! ¡Italia!...*

Todo, todo era amor, todo belleza, todo alegría...—Yo buscaba en torno mio algo que me hablara de la guerra, de la muerte, de la excomunion; de sobresaltos, de peligros, de lágrimas, de lutos, de ruinas, de temores, de remordimientos... y por donde quiera que miraba solo veia placer, tranqullidad, regocijo, bienestar y confianza.

A las tres llegó el vapor en frente de *Stresa*; recogiónos á los muchos viajeros que lo esperábamos, y siguió su marcha al Sur.

Diez minutos despues pasábamos por delante de una punta de la orilla lombarda, poco distante allí de la ribera piamontesa.

Sobre aquella punta se levanta una fortificacion, cuyo nombre me recordó otros lugares muy remotos.—Llámase *Anghera*.

Pero toda mi atencion estaba ya fija en la famosa *Estatua colosal de San Carlos Borromeo*, que habíamos descubierto á poco de entrar en el vapor, y que á medida que nos acercábamos á *Arona*, iba desarrollando á nuestros ojos su imponente corpulencia.

Este monumento, célebre á un mismo tiempo por su grandeza y por su grandor, se eleva sobre un monte frondosísimo, á cuya falda se recuesta cariñosamente *Arona*.

La estatua representa al santo en actitud de bendecir á esta ciudad, que fue su cuna, el lago en que se mira, y los risueños campos que la rodean.

El pedestal tiene cuarenta piés de altura, y la estatua sesenta y seis.—La cabeza y las manos son de bronce, y el resto del cuerpo de cobre forjado.—El interior es hueco, y aunque con mucho trabajo, pueden subir los curiosos hasta la cabeza, trepando por los pilares de piedra que la sostienen. Una vez arriba, las aberturas de los ojos sirven de balcones, desde los cuales se disfruta una magnífica vista, si el que se asoma no carece de ella; pues la pobre estatua no ve nada por sí sola á pesar de tener los ojos tan grandes.

La longitud de la cara del Santo es de siete piés y medio; la nariz no baja de dos piés y siete pulgadas, y en cuanto á la boca... ¡desgraciado el que tuviese que dar de comer á un abismo semejante!

Dentro de la cabeza caben cuatro personas de un tamaño regular; por ejemplo: cuatro cabos de gastadores.

Esta verdadera maravilla se erigió en 1697. Costó unos 4.000,000 de reales, y fue modelada por *Cerano* y ejecutada por Ciro Zanella y B. Falconi.

Por lo que respecta á *Arona*, yo no encontré en ella nada de particular, fuera de un magnífico retablo de *Gaudenzio Vinci*, que vale todo lo que cuesta el subir á *Santa Maria*.—Yo subí, á pesar de encontrarme muy cansado.

Despues nos dirigimos al camino de hierro (*Strada-ferrata* en italiano), y tomamos nuestros billetes para Turin.

Esto no se verificó sin que palpitásemos de gozo, y quién sabe si de pena, al darnos cuenta de que con aquel paso acabábamos de comprometernos á realizar en pocas horas algunos deseos de toda nuestra vida.

Los que se casan enamorados deben de esperimentar, al firmar el contrato, una emocion de pesar y de alegría semejante á la que me causó á mí el tomar aquel billete.

—Cuando esta noche me acueste, pensaba yo, habré pasado ya por Novara; habré visto los campos de Magenta; habré dejado de desear y esperar conocer á Turin!

Así somos.—A mí me gusta el *mañana* mas que el *hoy*, y el *ayer* mas que el *hoy* y que el *mañana*.

Si hay algo mas bello que lo que se desea, es lo que se pierde.

Cuando yo deseo una cosa, la creo plata; cuando la tengo, se me figura cobre; y cuando la recuerdo, me parece oro.

Yo me he creido desgraciado todos los dias de mi vida, y sin embargo, no hay entre todos ellos uno solo que no eche de menos ahora, y cuya pérdida no lamente como una felicidad pasada.

Hablen otros todo lo mal que quieran de nuestro pobre mundo: yo recordaré siempre con envidia los años que he vivido en él.

El tiempo es como las medicinas, un poco amargo de tragar; pero despues que se ha tragado, hace mucho bien á nuestro espíritu.

Asi es que yo no deseo ya las cosas por poseerlas, sino por recordarlas despues que hayan pasado.

Y deseo vivir muchos años, y vivirlos pronto, solo por tener mas historia que hojear y con que divertirme.

Y lo mismo que yo, piensa todo el mundo.

Y si no, decidme: ¿por qué le temen los viejos á la muerte?

¿Será por lo que de presente están gozando ó por lo que esperan gozar en lo futuro?

De ningun modo.—Es porque les duele perder de vista su pasado, dejar de leer su vida, ver reducido á pavesas el poema ó el drama que con tantos afanes compusieron.

Por aquí iba yo en mis reflexiones, cuando dieron las cuatro y la campana de la estacion nos llamó al tren.

Un empleado del ferro-carril pregonaba en tanto á grandes voces los principales puntos para donde se admitian pasajeros.

—*¡Novara!*—*¡Verceli*—*¡Torino!* (Turin.)—*¡Milano!* (Milan.)—*¡Alessandria!*—*¡Génova!*... gritaba aquel hombre, sin adivinar el combate de deseos y de impaciencias que sus palabras provocaban en mi imaginacion.

El tren en que habíamos entrado, se dividiria en Novara en tres partes, de las que una se dirigiria á Milan, otra á Turin, y la tercera á Génova.—Con solo

desearlo, podíamos ir á dormir aquella noche, y hasta llegar á la hora del teatro, á cualquiera de tan famosas capitales.—Génova, que era la mas lejana, distaba solo seis horas del lugar en que nos hallábamos.

Pero ya no habia que dudar. Nuestros billetes eran para Turin.

De Arona á Novara se emplea una hora.—El paso que media entre ambas ciudades es monótono, llano y muy feraz.



Puente sobre el Po, en Turin.

A la izquierda del camino de hierro, corre el anchuroso *Tesino*.

Este célebre rio nace en el *San Gotardo*; da nombre á un canton de la Suiza; alimenta el *Lago Mayor*; traza la frontera de la Lombardía y del Piamonte, y va á morir en el Po, á poca distancia de los muros de Pavía.

¡Y cuánta sangre ha teñido sus ondas en todos tiempos! ¡Cuántas veces la han pasado ejércitos poderosos, ora en son de guerra y de conquista; ora fugitivos y deshechos!—Esos verdes campos de la Lombardía que miro dilatarse al otro lado del Tesino, y esta llanura que vamos atravesando, han visto luchar á Anibal con Escipion, á los lombardos con Carlo-Magno, á Güelfos y Gibelinos, á la *Liga Lombarda* con Barbarroja, á Francisco I con Carlos V, y á Napoleon el Grande con el Austria.

¡Y aquí fue precisamente donde, hace once años, Carlos Alberto sufrió la

terrible y gloriosa derrota de *Novara*... ¡Y allí fue precisamente donde el año pasado, el rey Victor Manuel vengó á su padre y á su patria, enseñoreándose de la llanura de ***Magenta***, cubierta de cadáveres austriacos!

Magenta y *Novara* se miran aquí frente á frente.



Victor Manuel, rey de Italia.

El Tesino corre magestuoso entre los dos campos de batalla...

Allá se distingue el puente de ***Bufalora***, de inmortal renombre...

En él debió de aparecerse á Napoleon III la sombra del primer Napoleon en toda su guerrera magestad, mostrándole los ejércitos confundidos entre el humo del combate, y diciéndole melancólicamente:—«Así fue toda mi vida. Ahí tienes el secreto de mi gloria.»

A las cinco llegamos á Novara.

Aquí la tentacion de mudar nuestro itinerario fue todavía mayor que en Arona.

Estábamos á hora y cuarto de Milan, y aun nos faltaban cinco horas para llegar á Turin,—teniendo en cuenta hora y media que habíamos de estar detenidos en Novara...

Confesad que la seduccion era poderosa.

Con pena, pues, vimos salir un tren para Alejandría y Génova, y otro para Milan; pero una vez libres de ellos, nos alegramos de haber sido fuertes contra nuestro deseo.

Dejar el Piamonte á nuestra derecha, y engolfarnos en la Lombardía, era una verdadera calaverada; pues nos esponíamos á sufrir en Milan la atraccion de Venecia, en Venecia la de Bolonia, en Bolonia la de Toscana, en Toscana la de Roma y en Roma la de Nápoles; y entonces, ó no veíamos nunca á Turin, ó lo veíamos demasiado tarde.

Lo natural era lo que íbamos á hacer: visitar antes que nada la capital del nuevo reino, y conocer el pueblo impetuoso que estaba influyendo en toda la península.

Novara es una viejísima ciudad defendida por un castillo. Tendrá de quince á veinte mil almas. Su catedral fue construida en el siglo V; pero las restauraciones la han arrebatado completamente el noble sello de tan venerable senectud.

En el *Bautisterio* ó capilla bautismal (que en todas las catedrales antiguas de Italia es un edificio separado, aunque próximo á ellas, con arreglo á la antigua disciplina), se ve representada la Pasion por unos grupos de esculturas pintadas, que tienen tanto renombre entre la gente lega en artes, como poco mérito á los ojos de los artistas.

Aquellos son los famosos *Santos de Novara*, de que se oye hablar desde los Alpes hasta Sicilia.

En los pueblos de Andalucía se veneran tambien grupos de imágenes por el mismo estilo, las cuales son llamadas generalmente *Pasos de Semana Santa*.

Como todavía era domingo, las calles de Novara estaban llenas de gente que volvia de paseo, luciendo el fondo del cofre, ó sea sus mejores trajes.

La lentitud y magestad con que andaban señoras y caballeros; las conversaciones casi al oido que mantenian entre sí las jóvenes hermosas; las escoltas de galanes que las seguian, y los diálogos, saludos y miradas que se cruzaban de la calle á los balcones, daban perfecta idea de la vida de provincias,—donde todos se conocen; donde los afectos son tan profundos y los amores tan platónicos; donde las gentes se ven cuando menos todos los domingos, pero no se hablan en años enteros; donde la etiqueta, en fin, hace casi siempre las veces de la educacion, como en las grandes capitales la educacion hace las veces del amor y de la amistad.

Las damas de Novara iban *en cuerpo* y llevaban tambien mantillas negras de blonda, que no les cubrian sino hasta la mitad de la espalda, dejando ver unos

talles largos y esbeltos, flexibles y voluptuosos como los de las hijas de Valencia.

Este traje tan sencillo, compuesto solamente del vestido y de la mantilla, cuadraba perfectamente á la elevada estatura, á los negros cabellos y al descolorido rostro de aquellas beldades un tanto novelescas.

Muchas de ellas hubieran podido servir para heroinas de melo-drama.

En hacer estas observaciones y tomar un refrigerio en un café, pasamos el resto de la tarde.

Durante mi permanencia en el café, llamóme la atencion el gran número de clérigos que en él habia, todos vestidos con levita, calzon corto, zapatos de hebilla y ancho sombrero pastoral de estendidas alas.

Estos clérigos no se parecian en nada á los de España.

Su aspecto era alegre, espansivo, desembarazado, hasta picante.

Los unos fumaban, los otros reian y charlaban ruidosamente; estos refrescaban con sosiego; aquellos leian y comentaban los periódicos.

Los habia tambien que jugaban al billar.

Los paisanos veian todo esto sin estrañeza.

Se diria que en Italia los clérigos y los legos se conocen de mas tiempo ó se tratan con mas confianza que en nuestro país.—Ni de una parte hay tanta reserva, ni de la otra tanto respeto.—Unos y otros son, como quien dice, *mas despreocupados*.

El mismo traje de los eclesiásticos contribuye mucho á desposeerlos de severidad.—Yo lo encuentro hasta mas gracioso y elegante que el de los seglares.

Aquellas piernas ceñidas por la aristocrática media de seda, aquella graciosa levita con esclavina, aquel ajustado chaleco, aquella muceta blanca, aquella larga cabellera, que cae á los lados de un rostro afeitado pulcramente y en que los ojos aterciopelados se destacan con energía; aquella cadena de reloj, aquellos lentes de oro y aquel charolado zapato, forman un conjunto mucho mas agradable, mas artístico, mas ventajoso para la figura, que nuestros pantalones cuadrados y nuestro sombrero de copa.

Y por supuesto, escluyen completamente la grave austeridad é imponente misterio que los hábitos talares y el sombrero de canal prestan á los sacerdotes españoles.

Con que prosigamos.

Decia, pues, que se nos pasó como un soplo el resto de la tarde.

A las siete menos cuarto salimos definitivamente para Turin.

Hacia lúna... lo cual no debe estrañaros, pues ya recordareis que pocos dias antes habíamos saludado el cuarto creciente desde las inmediaciones del *Mont-Blanc*.

El astro melancólico blanqueaba las llanuras que hay á la salida de Novara.

Aquellas llanuras eran el teatro de la lúgubre batalla á que hace poco aludimos.

Allí estaban enterrados miles de austriacos y de piamonteses.

De allí apartaron á Carlos Alberto la triste noche del 23 de marzo de 1849... aquella noche en que el *rey magnánimo*, como se le llama en Cerdeña, buscaba la muerte entre las bayonetas enemigas, no queriendo sobrevivir á su hermosa ilusion de hacer independientes y libres á todos los italianos!

En aquel campo, en fin, pensaria el bravo monarca, cuando, despues de abdicar su corona en el hijo que habia de vengarle, moria de pesar, de desesperacion y de amor patrio en el triste destierro que se impuso.

A poca distancia de Novara, el camino de hierro dejó de dirigirse al Sur y se volvió hácia Poniente.

Teníamos que desandar mucha parte del gran rodeo que habíamos dado en los dias anteriores para saltar los Alpes.

Es decir, que íbamos á ver á lo lejos y por sus vertientes del Mediodia, casi todas las montañas que habíamos visto de cerca y por sus vertientes del Norte.

Turin viene á estar bajo el mismo meridiano que Sion.

Hay para el viajero un verdadero placer en buscar en el Mapa el lugar por donde va andando; ver allí marcada una ciudad, señalado un rio ó delineado un monte; volver la cabeza en la direccion indicada, y encontrarse efectivamente con el monte, con el rio ó con la ciudad.

Yo he esperimentado este placer muchas veces, y la primera ha sido esta noche.

Reconocí, pues, uno por uno y al través de la vasta llanura que me separaba de ellos, el *Simplon*, el *Monte Rosa*, el *San Bernardo* y el *Mont-Blanc*... todos aquellos amigos mios (ya podia nombrarlos asi), cuyas blancas cimas, plateadas por la luz de la luna, me recordaban minuto por minuto los cinco dias que habia pasado entre ellos.

En cuanto al terreno que íbamos atravesando, consistia en unos arrozales estensísimos, que están inundados la mitad del año por las aguas de *Sesia* y del *Ogogna*.

Al término de aquella comarca hicimos alto en *Vercelli*.

Este nombre suscitó tambien en mi mente algunos pálidos recuerdos de las cosas que aprendí cuando viajaba por la Historia.

A las puertas de *Vercelli* derrotó Mario á los Cimbrios.—Es decir, que hace veinte siglos, ya corria en estos campos la sangre teutona mezclada con la latina.

Los cimbrios que escaparon de aquel terrible combate, tuvieron por conveniente refugiarse en España, donde, si no me equivoco, no fueron mejor recibidos...

De lo que sí me acuerdo es de que *Vercelli* ha sido tomada dos veces por los españoles; la primera, en tiempo de Felipe IV, y la segunda, durante la Guerra de sucesion.

Pero fuera el cuento de nunca acabar, si yo hubiera de citar una por una todas las glorias de España que recuerda el territorio en que he penetrado.

Baste decir que desde los Alpes hasta el Etna, apenas hay un pueblo, un arroyo, una montaña que no hayan regado con su sangre nuestros mayores.—En

Turin como en Milan, en Nápoles como en Roma, ha tremolado en un tiempo la bandera de Castilla.—Cuando el nieto de los Reyes Católicos daba sus leyes á dos mundos, este poderoso reino de Italia que no acierta á constituirse, era una de tantas provincias españolas...

¿Qué nos valió!

Respondiéndome estaba yo á esta pregunta, con los ojos fijos en las luces que se veian sobre las murallas de *Vercelli*, cuando el pito de la máquina me sacó de dudas y el tren siguió su camino.

Hora y media despues llegábamos á *Chivasso*.

De allí en adelante empezamos á ver á nuestra izquierda un ancho y poderoso rio, que ya no nos abandonó hasta Turin.

Era el *Po*.

De sus copiosas aguas se desprendia una vaga niebla que empañaba la claridad de la luna, impidiéndome ver el paisaje.

—¡Salud al *Po!* díjeme al descubrirlo. ¡Salud al viejo *Erídano*, sepulcro de la soberbia de Faeton! ¡Salud al mas potente de los rios de Italia!

El *Po* nace en el *Monte Viso*, á pocas leguas de Turin; recibe en su seno mas de cien rios desprendidos de toda la cadena de los Alpes, y recorre la Alta Italia de un estremo á otro, hasta ir á morir en el Adriático.

En aquel momento iba yo viajando en contra de su corriente; pero sabed que mas tarde seguiré su mismo curso; le acompañaré en su marcha de cien leguas; le saludaré en Pavía, en Piacenza y en Ferrara, y llegaré con él á avistar las saladas ondas que estrechan en sus brazos á Venecia.

A todo esto, Turin se nos venia encima.

Las casas de campo principiaban á menudear á los dos lados de la via férrea...

Largas hileras de luces de gas brillaban tenuemente en el brumoso horizonte...

Los ruidos de la capital empezaban á percibirse á lo lejos...

Y la máquina silbaba como un dragon en agonía,—si es que los dragones acostumbran á silbar.

—*¡Torino! ¡Torino!* gritaron al poco tiempo los empleados. ¡Preparad vuestros billetes!

—Estamos en Turin, digimos á nuestra vez todos los viajeros.

Y el techo de la estacion resonó sobre nosotros, y el tren hizo alto, y la máquina dió un largo resoplido como si se muriera, y se abrieron las portezuelas de los coches, y saltamos al anden del mismo modo que si hubiéramos llegado á otra cualquier parte.

En la capital de la reciente Italia eran las diez y tres minutos de la noche.

Al salir de la estacion nos encontramos en una anchísima esplanada, toda llena de coches de alquiler, entre los que se veian muchos en cuyos grandes faroles se leian los nombres de los principales hoteles de Turin.

Nosotros habíamos decidido ir á parar al *Hotel d'Europe*, dirigido por el *señor Trombetta*, cuya fama es universal.

Dirigímonos, pues, á su coche, y ya ponia yo el pié en el estribo para subir á él, cuando me sentí detenido por unos robustos brazos, y oí que una voz, nada española por el acento, me decia en español estas palabras:

—*¿Cómo estás?*

Me volví, y á la incierta luz de la luna y del alumbrado público, me encontré con un estraño personaje, elegantemente vestido de negro, alto y fuerte como un Sanson, moreno hasta rayar en mulato, y cuyos ojos de leon, cuyos dientes de marfil y cuya hermosa barba, azulada como las plumas del cuervo, recordaba yo haber visto en otra parte.

—*¿Y Caballero? ¿No venir contigo?* continuó preguntándome aquel hombre, con una espresion de cariño, de inocencia y de bondad en la mirada y en la risa, que contrastaba vivamente con su formidable figura.

—*¡Jussuf!* ¿Eres tú? esclamé yo entonces reconociéndole.

—Sí, sí... yo soy *Jussuf*, respondió mi aparecido con una alegría infantil.

Imaginaos mi sorpresa.—Jussuf era un marroquí de pura sangre, que habia yo conocido en Africa, donde vestia jaique, turbante y babuchas.—Durante la tregua que medió entre la batalla de Tetuan y la de Vad-ras, aquel moro, que nos habia combatido hasta entonces como una fiera, vino, como otros varios, á nuestro campamento; se aficionó á nuestras costumbres; intimó mucho con mi amigo don José del Saz Caballero (por quien acababa de preguntarme); vivió en su tienda; declaróse neutral en la última batalla, y allá me lo dejé cuando abandoné el ejército.

En cuanto al resto de su historia, él mismo se apresuró á contármelo, resultando de todo, que Caballero se lo habia traido á Europa en calidad de picador; que habia recorrido con él toda España, toda Francia y toda Suiza; que en España habia hablado á la reina; que en el *Mont-Blanc*,—donde se hallaba, vestido todavía de moro, cuando lo visitaron los emperadores franceses,—habia conversado con Napoleon y Eugenia; que en virtud de estos antecedentes, habia solicitado de su amo (él decia *de su amigo*), que le vistiese á la europea; que esto tuvo lugar en Milan hace pocos dias; que con aquel traje y su hermosura mora era el rey de todas las doncellas y criadas de los hoteles en que iba á parar; que *Caballero* se habia separado de él hacia dos semanas, y debia llegar á Turin de un momento á otro; que él conocia ya la capital del Piamonte como si hubiera nacido en ella, y que vivia en el mismo hotel á que nosotros nos dirigíamos; que nos serviria de *cicerone* y nos diria dónde estaban *el gobierno* de España, (la legacion española,) el teatro, el paseo, el café y cuanto pudiéramos desear; y en fin, que se encontraba muy aburrido sin Caballero; pero que ya empezaba á hablar el francés y el italiano, y se hacia entender de todo el mundo.

Esta relacion, dicha medio en español, medio en árabe, y salpicada de algunas frases francesas é italianas, nos entretuvo desde la estacion hasta el hotel.

Yo reparé, sin embargo, que habíamos pasado por hermosísimas calles, todas rectas y profusamente alumbradas, llenas de gente, de carruajes y de tiendas; y que el *Hotel de Europa*, en cuyo patio penetró el coche y donde escribo

estas líneas, se halla situado en una estensa plaza, rodeada de arcadas ó portales como la plaza Mayor de Madrid.

La impresion que hasta ahora me ha hecho la capital del Piamonte es sumamente favorable.—Todo lo que he observado en ella desde la estacion del ferro-carril hasta mi aposento, revela una gran riqueza pública, una refinada civilizacion, y un notable espíritu de órden en todas las cosas.—Los empleados del ferro-carril y los del hotel no ceden en serviciales y atentos á los franceses, pero son menos charlatanes.

Para concluir por hoy, os diré que cuando ahora poco cenábamos en el comedor (que es un vasto salon, verdaderamente regio), hemos visto cruzar por él una elegantísima dama, de singular hermosura, coronada de flores y envuelta en un lujoso capuchon blanco, la cual iba precedida de un criado con luces y seguida de un lacayo muy compuesto.

Era una duquesa florentina que volvia del teatro, y cuya habitacion se halla debajo de la nuestra.

Yo me inclino á creer que la aparicion de esta beldad aristocrática en semejante momento,—cuando llevamos tantos dias de rodar por valles y montes, lejos de los artificiales encantos de la sociedad,—habrá contribuido en gran parte á hacerme ver ó adivinar á Turin al través de un prisma tan optimista y lisonjero. —¡Es tan fácil de engañar nuestra loca imaginacion!

Como quiera que sea, ya solo debemos pensar en acostarnos.—¡Harto hemos visto y pensado durante el larguísimo dia que terminará dentro de pocos minutos!

Hace diez y ocho horas que despertábamos en Baveno...—Desde entonces... ¡Cuántas y cuán varias emociones!...

El *Lago Mayor*, reverberando un sol de fuego, que ahora alumbra á los antípodas... la misa y el almuerzo en las *Islas Borromeas*... la ribera lombarda... nuestra permanencia en *Stresa*... nuestra detencion en *Arona*... la *estatua de San Carlos*... el *Tessino*... el café de *Novara*... el horizonte de *Magenta* esclarecido por la luna... *Vercelli*... el *Po*... nuestra llegada á Turin... ¡cuántas y cuántas cosas en un solo dia!—¡A mí me parece que ha pasado un mes desde que amaneció hasta ahora!

Pero hagamos punto redondo; demos al olvido todo lo que hemos visto hoy, y durmámonos pensando en lo que hemos de ver mañana.

II.

Turin.—Resúmen de su historia.—Un paseo por la ciudad.—Emmanuel Filiberto de Saboya.—El Palacio Real por dentro.—Turin á vista de pájaro.—Las inglesas de Martigni.—Una ópera en Italia.—Jussuf.

Turin, 22 de octubre.

Mi primer cuidado esta mañana,—no bien Dios y su profeta Morfeo me permitieron abrir los ojos,—fue hacerme traer una Guia y un plano de Turin.

Con auxilio del plano y algunas esplicaciones de Jussuf, me enteré en un momento de la estructura y orientacion de la ciudad, asi como del lugar en que yo me hallaba y de los caminos que debia seguir para regularizar mis escursiones. —Averigüe, pues, antes de tener el gusto de verlo por mí mismo, que habia pasado la noche en el centro de Turin; que mis balcones daban á su plaza principal (la *Piazza Castello*); y que á pocos pasos de ella se encontraban los edificios públicos y monumentos mas curiosos que la córte de Victor Manuel ofrece al caminante.

En la *Guía* aprendí que Turin se halla situado á doscientos treinta metros sobre el nivel del mar:

Que hace cincuenta años solo encerraba 65,000 almas; pero que hoy la poblacion pasa de 160,000 idem,

Y que entre ellas hay 1,200 protestantes, y sobre unas 2,000 y tantas judías.

(De los *cuerpos* no dice nada el autor, sin duda por no incluir en una misma cifra á los vivos, á los muertos y á los irracionales.)

La *Guía* me recordó en seguida que Turin se llama Turin porque la fundaron los *taurinos*, como el Piamonte se llama Piamonte por hallarse al pié de los Alpes (*Pie-di-monte* en italiano):

Que Anibal la destruyó, porque no quiso aliarse con él en contra de los romanos:

Que César la conquistó (sin duda en recompensa), llamándola *Colonia Julia*... lo cual no acredita de modesto al héroe de Farsalia;

Pero que despues se denominó *Colonia Augusta Taurinorum*,—frase ruidosa y vana, que revela dos debilidades:

Que luego cayó en poder de los *lombardos*,—á los que no hay que confundir con los lombardos de hoy, por mas que estos les deban su nombre y la levadura de su sangre; pues aquellos eran unos germanos (que es como quien dice *alemanes*... *¡tedeschi!*) recien llegaditos de su país:

Que andando los tiempos, Carlo Magno la libró de aquella gente y se la guardó para sí, dándola á los señores de Susa, feudatarios de su imperio:

Que en el siglo XI esta desventuradísima Turin fué á parar por herencia á manos de un nuevo amo, es á saber: del duque de Saboya,—de lo que se acaba de vengar el Piamonte, regalando la Saboya á los franceses...!

Que en 1418, la tan llevada y traida ciudad empezó á ser capital de uno y otro Estado:

Que despues se apoderó de ella la Francia:

Que Enmanuel Filiberto de Saboya entró al servicio de Carlos V, y le sirvió de tal manera contra el enemigo comun, que mereció ser repuesto al frente de sus Estados:

Que, en 1675, Turin empezó á ser capital de un reino, por haber tomado los duques de Saboya el título de *Reyes de Cerdeña*:

Que la tal capital hubo todavía de serlo de una provincia bajo la república francesa y durante el imperio del primer Napoleon;

Que, en 1815, el congreso de Viena,—sin saber lo que se hacia,—la restituyó á la casa de Saboya, aumentando sus dominios con la que fue en un tiempo república de Génova, y que desde entonces el reino que Turin preside tomó la denominacion de *Estados Sardos*:

(Y aun no habia de ser esta su última denominacion, ni nadie puede asegurar que conserve mucho tiempo la que acaba de darse.)



El conde de Cavour.

Que el rey Carlos Alberto dijo un dia: *La Italia fará da se...* (y ya hemos visto lo que *la Italia ha hecho de sí*, segun afirman unos, ó lo que el Piamonte *ha hecho de la Italia*, segun pretenden otros):

Que hasta hace pocos años, el idioma oficial y popular de Turin era el francés, y que solo se empezó á legislar y hablar en italiano cuando el dicho Carlos Alberto dió el *Estatuto* y empezó á acariciar la idea de Napoleon I de hacer un solo reino con toda la Italia, idea que ha tenido sus apóstoles, sus mártires y sus guerreros desde épocas muy remotas...

Y qué...

Pero lo demás que lei en la *Guía*, y hasta lo que la *Guía* ignoraba, lo sabeis vosotros por los periódicos.

Levantéme, pues, y me eché á la calle, ó por mejor decir, salí á la plaza.

La *piazza Castello* es el punto céntrico de Turin; tiene 225 metros de longitud por 166 de anchura, y debe su nombre á un castillo ó palacio que se levanta en medio de ella.

Los edificios que determinan tan vasto cuadrilongo son altos y bellos, iguales todos por los lados del Sur, de Oriente y de Poniente, y levantados sobre elegantes pórticos, que forman tres hermosas galerías llenas de tiendas á derecha é izquierda, por en medio de las cuales circula incesantemente una apretada muchedumbre.

El lado del Norte lo ocupan una gran verja (que da entrada á otra plaza mas pequeña, en cuyo fondo se levanta el *Palacio Real*), los ministerios de Estado, de la Guerra, de Marina y de Hacienda, y la direccion de artillería y de fortificaciones.

Al fin de la galería del Este se halla el *Teatro Regio*, que no tiene fachada, y que, dicho sea de paso, no se abre hasta la Pascua de Navidad,—época en que principia lo que aquí se llama el *Carnavalone*, ó sea la verdadera temporada lírica, durante la cual da sus grandes bailes la aristocracia.

El edificio que, segun hemos indicado, se levanta en medio de la *Piazza Castello*, se llama ahora *il Palazzo Madama* (antes *le Palais Madame*) y debe su nombre á la circunstancia de haberlo vivido y restaurado la madre de Amadeo II, denominada generalmente *Madame Reale*, como todas las reinas madres del Piamonte.

Este palacio es antiquísimo, de noble arquitectura (á pesar de habérsele quitado en gran parte su carácter de la Edad Media para darle el del Renacimiento), fortificado por recias torres en su lado oriental, y residencia hoy del Senado, de la Policía y del Museo de Pinturas,—que visitaremos cuanto antes.

En resúmen, la *Piazza Castello* es digna de una gran capital. Sus vastas dimensiones, la noble regularidad de sus edificios, la severidad de sus pórticos *(i Portici)*, donde se dan cita por las mañanas los elegantes desocupados de Turin para ver pasar á las damas que van á compras, y sobre todo, el venerable aspecto del *Palais Madame*, campeando solo en medio de la estensa planicie, como un monumento, como una ejecutoria, como recuerdo histórico, sorprenden agradablemente al viajero, disponiendo su ánimo en favor del pequeño estado que se supo crear una tan decorosa metrópoli.

Las principales calles de Turin arrancan de la *Piazza Castello*.

Estas calles, que son las del *Po (Via di Po)*, la de *Dora Grossa* y la *Via Nuova*, corren en línea recta hasta los confines de la ciudad, pasando por plazas no menos bellas que la que acabo de describir.

La *Via di Po*, que indudablemente es la mas hermosa, tiene diez y ocho metros y medio de ancha, y una galería de pórticos á cada lado.

Al término de ella se divisa la *Piazza Vittorio Enmanuele*, (una de las mas espaciosas del mundo,) las riberas y el puente del *Po*, y una verde colina que cierra el horizonte.

Como yo habia de subir esta tarde á aquella colina, desde donde se ve á Turin á vista de pájaro, dejé para entonces el recorrer la parte meridional de la ciudad, y girando por la *Piazza Castello*, me asomé á la embocadura de otra calle.

Aquella era de la de *Dora Grossa*, cuya longitud pasa de un kilómetro.

Al fin de ella se distingue la *Piazza dello Statuto*; despues una alameda, detrás un campo que se eleva gradualmente, y allá en lo último, las nevadas cumbres del *Mont-Cenis* y del *Mont-Genévre*, levantándose muy por encima de la desembocadura de la calle, como una decoracion de teatro.

Tampoco entraba en mi plan dirigirme por aquel lado, y seguí dando la vuelta á la plaza hasta llegar á la embocadura de la *Via Nuova*.

La *Via Nuova* ofrece un golpe de vista que no cede en hermosura á las dos que hemos señalado.

Es tambien recta y ancha, y termina en una soberbia plaza (*Piazza San Carlo*), en medio de la cual se levanta una airosa estatua ecuestre.

Al otro lado de la plaza, continúa la calle con el nombre de *Via di Porta Nuova*, de modo que la estatua, en vez de destacarse contra un muro, campea en el espacio de aquella otra larga vía, que por su parte va á terminar en la magnífica plaza de *Carlo Felice*, plantada de árboles, detrás de los cuales asoma el embarcadero del camino de hierro.

Esta sucesion de plazas y calles, cuyo límite definitivo es la conjuncion aparente del verde campo y del cielo azul, presenta un aspecto magestuoso, muy superior á la decantada vista de la calle de la Paz, la columna Vendome y la calle de Castiglione de París.

Bajando, pues, por la *Via Nuova*, llegué á la *Piazza San Carlo* y al pié de aquella estatua ecuestre que tan airosa me habia parecido desde lejos.

La *Piazza San Carlo* es para mi gusto la mas bella de Turin.

Los edificios que la forman no son ya notables solamente por su tamaño y su regularidad, sino tambien por su noble arquitectura y conjunto armonioso.

Las alas laterales son dos estensos palacios, levantados sobre amplios pórticos mucho mas artísticos que los de la *Piazza Castello*.

El ala del Sur,—partida, como hemos dicho, por la *Via di Porta Nuova*, —esta ocupada por dos iglesias: la de *San Carlos* y la de *Santa Cristina*.

Al principio y al fin de la plaza, entran en ella simétricamente, aislando los dos palacios citados, cuatro calles trasversales, por las que se descubren tambien, ora el Po, ora otras plazas, ora las campiñas y los montes.

Todo esto se esplica por la regularísima planta de Turin, cuyas calles todas, tiradas rigorosamente á cordel, se cortan en ángulos rectos, cual si la capital entera hubiera sido hecha de una vez como se hace un solo edificio.

Y la verdad es esta.—La capital del Piamonte, arrasada varias veces por

los conquistadores, y una de ellas, al principio del siglo pasado, es hoy la córte mas moderna de Europa, por mas que se levante sobre cimientos tan antiguos.

El empedrado es uno de los mejores que yo he visto en parte alguna, no solo por su disposicion, sino por la calidad de la piedra, la cual, al decir de los inteligentes, es por lo general tan rica, que si se la pulimentase, podria servir para adorno interior de alcázares y templos.—Aparte de los pórticos, que tanto abundan en Turin, y que protegen al transeunte contra el sol del verano y las nieves del invierno, las calles tienen aceras, y además una especie de carril (y hasta dos, en las muy anchas) trazado con una doble hilera de losas, á fin de marcar su derrotero á los coches.

En cuanto á las casas, todas son buenas, sin que haya ninguna estraordinariamente hermosa.

El carácter especial de la poblacion consiste principalmente en esto.

Yo no he encontrado en toda ella (ni en los barrios mas apartados) una sola casucha de esas que sirven de compensacion en París y Lóndres á sus grandes hoteles y suntuosos palacios; como tampoco me ha llamado fuertemente la atencion hotel ni palacio alguno.

Esta monotonía no será pintoresca; pero es agradable en otro sentido.—En Turin son tan raros los pobres de solemnidad como los Cresos y los Midas.

Pero me he adelantado á los sucesos y os estoy dando cuenta de observaciones que hice mas tarde.

Decíamos que llegué al pié de la estatua ecuestre que decora la plaza de San Carlos.

El ginete de bronce que envaina allí su espada con la mas noble ufanía, representa á un hombre tan venerado en España como en Cerdeña, y á quien los españoles debemos tanto amor y gratitud como sus compatriotas, siendo de lamentar que no se nos haya ocurrido antes que á ellos la idea de levantar monumentos en su honor.

Aquel ginete representa al insigne general *Enmanuel Filiberto de Saboya*, apellidado *Cabeza de hierro*, quien desposeido de sus Estados por los franceses, entró al servicio de Carlos V, y despues al de Felipe II, cabiéndole la gloria de haber mandado á los españoles en la batalla de San Quintin.—Allí derrotó completamente á nuestros enemigos, que tambien eran los suyos; y esta victoria y otros memorables hechos de armas, que eternizaron la memoria del *ilustre saboyano*, como le nombra Mariana, produjeron la paz de Chateau-Cambrésis, tan ventajosa para la política de Felipe II, y en la cual se le devolvieron á Filiberto sus Estados, que él solo, con su propio esfuerzo, habia sabido redimir de la dominacion estranjera.

Ahora comprendereis la feliz idea que ha tenido el escultor al representar á *Enmanuel* en ademan de envainar la espada despues de haber concluido una paz tan gloriosa.

Por eso dice la inscripcion del pedestal, que Carlos Alberto dedicó aquel monumento *al vengador y salvador de su familia*.

Aparte de todas estas consideraciones, yo he encontrado sumamente bella aquella estatua como simple obra de arte.

En el pedestal hay dos bajo-relieves, de los cuales uno representa la ***Batalla de San Quintin*** y el otro la ***Paz de Chateau-Cambrésis***.

La figura del guerrero está llena de vida y magestad, á pesar de lo violento de su actitud, y traduce perfectamente la bien sentida inspiracion de su autor el famoso ***Marochetti***.

La armadura está copiada de la que usó Filiberto.

Ya la veremos en el ***Museo de armas***.

De la ***Piazza San Carlo*** me fuí al Palacio real.

Ségun os he dicho antes, una alta verja de hierro sirve de entrada á la plaza que lo precede.

Sobre los pilares que hay en medio de esta verja vénse dos grupos de caballos de bronce, mas buenos ó mas malos, pero que son allí de un gran efecto.

El palacio es de ladrillos, que están al descubierto; pues la fachada no ha sido aun revestida ni tan siquiera revocada; todo lo cual, como supondreis fácilmente, le da un aire tan pobre é insignificante que nadie lo tomaria por la morada de un rey.

Por dentro es otra cosa. Desde que se entra en el peristilo, empiezan á llamar la atencion las grandiosas y bien concertadas proporciones del edificio y el lujo con que se halla decorado.

Cerca de la escalera vése en una gran hornacina la estatua ecuestre de Victor Amadeo I, primer rey de Cerdeña.—La estatua es de bronce y el caballo de mármol blanco, sirviéndole de palafreneros dos esclavos bastante bien esculpidos.

Mientras subia la ancha escalera, esperimenté una rara emocion, que no acerté á discernir si era tristeza ó miedo, al considerar que el en otro tiempo pacífico habitante de aquella soberbia morada, hallábase en lejanas tierras al frente de su ejército, comprometido en una audaz empresa, en que jugaba el todo por el todo; anatematizado y maldecido por clases enteras de la sociedad; mirado con odio por fortísimas potencias, que acechaban el momento de aniquilarle; vencedor afortunado, pero que no dispondria nunca de un solo instante de reposo en que saborear sus triunfos; instrumento fatal, elegido por la revolucion para dar el asalto á la autoridad temporal de la Iglesia, combatida y cercada hace tanto tiempo; mantenedor, en fin, de la noble y levantada idea de unificar la Italia, librándola de la opresion estranjera; de príncipes desnaturalizados, que conspiraban contra sus propios súbditos, y de gobiernos parricidas, que atentaban á la madre patria.

¡Oh! ¡sí! Al recorrer aquel palacio desierto causábame espanto la tremenda posicion en que una generosa idea, prematura ó torpemente manifestada, habia colocado al héroe de Pallestro y San Martino, á aquel hombre á quien todos saludábamos con entusiasta admiracion cuando juraba no visitar el sepulcro de su padre hasta vengar su muerte y el desastre que la produjo; cuando enviaba á la Crimea aquel puñado de valientes que tanta gloria alcanzó á las orillas del

Tchernaia, y cuando Milan lo aclamaba su rey despues de la batalla de Magenta.

Pero yo no he venido á Italia á proclamar mis opiniones, si es que tengo algunas; yo he venido á observar y referir...

Os diré, pues, que el palacio del rey de Italia se hallaba todo revuelto y desordenado, á causa de estarse enviando á Nápoles algunos de sus muebles, y por haberse ya empezado á preparar las habitaciones para el invierno.

Llamáronme, sin embargo, la atencion, por su magnificencia y por otras consideraciones, primeramente: el salon del trono (donde hacia poco tiempo habian tenido lugar solemnísimas ceremonias y resonado importantes mensajes y discursos, con motivo de las anexiones de Parma, Módena, Toscana y parte de los Estados Pontificios), y despues, la sala del consejo, donde el rey habia tratado con sus ministros todas aquellas cosas que nosotros leíamos con tanto afan en los periódicos á medida que sucedian.

La mesa redonda, que se ve en medio de aquel aposento, cubierta con un tapete verde, y rodeada de ocho ó diez sillones, entre los que sobresale el destinado al rey, pudiera contar conversaciones muy curiosas.—Figuraos que lleva veinte años de asistir al Consejo de Ministros!—Allí dijo Carlos Alberto la primera palabra de esta revolucion que hoy ha tomado tanto cuerpo.—Allí dirá acaso la última el monarca *galantuomo*.

En una magnífica estancia me mostraron la cama en que falleció la madre de Victor Manuel; y en un reducido gabinete, la trampa ó escotillon con que bajaban al jardin á su esposa, la encantadora María Adelaida, que como sabreis acaso, murió de consuncion hace poco tiempo.

Y la he llamado encantadora, porque tal me ha parecido en los muchos retratos suyos que he visto en el palacio; porque la fama lo afirma tambien asi, y sobre todo, porque los piamonteses, que no pecan de místicos, la tienen en opinion de Santa.

Pero lo que mas me ha chocado en esta regia morada ha sido el aposento que habitaba ordinariamente la princesa Clotilde, hija de Victor Manuel, casada hoy con el príncipe Napoleon.

Escusado es decir que la princesa Clotilde tenia designado en el palacio un vasto departamento, compuesto de tantos salones y gabinetes cuantos son los ordinarios usos de la vida,—gabinetes y salones á cual mas espacioso y magnífico... Pero como no por ser reyes ó príncipes se tiene mas de un cuerpo ni mas de un alma (y gracias si la que se tiene vale algo), resulta que aquella jóven se procuró una especie de nido en la fria soledad de su vivienda, ó por decir mejor, se hizo una casa proporcionada á su mortal persona.

¿Y qué lugar creereis que eligió?

Voy á decíroslo, no sin suplicaros que me creais.

Los muros del palacio son espesísimos, y los balcones muy grandes; de aquí resulta que cada hueco de aquellos tiene unas tres varas de largo por cuatro de ancho y como seis de altura. Las cortinas interiores dejan aislados estos pedazos de terreno.

Ahora bien, la princesa empezó por huir del salon al gabinete; luego huyó del gabinete á la alcoba; despues se refugió en el tocador; del tocador pasó al cuarto del baño, y encontrándolo todavía demasiado grande para una persona sola, demasiado alto de techo, demasiado mudo y solo, se escondió detrás de una cortina y fijó su residencia en el hueco de un balcon.

Allí hizo poner un divan, un taburete, una mesa, un pequeñísimo estante con una biblioteca en miniatura, dos jarros de flores, un recado de escribir, una jaula con un ruiseñor, un costurero, los retratos de su familia, un espejo en que retratarse ella, un reloj, una lámpara y otras muchas cosas que no recuerdo.

Victor Manuel,—en quien todos reconocen, como sentimiento dominante, los afectos de familia,—no ha querido que se cambie cosa alguna en este singular aposento, que le recuerda á su hija ausente, y que á mí me ha dado ocasion esta mañana para discurrir cuanto me ha parecido, acerca de la condicion humana, de las vanidades de la vida, de lo verdadero y de lo falso; de lo que pensarán los reyes cuando están á solas con su propia humanidad; de lo necesario y de lo supérfluo; de lo finito y de lo infinito; de la insuficiencia de los sentidos para complacer á la imaginacion; de lo limitada que es la vida y de lo ilimitado que es el deseo; de la impenetrabilidad de los instantes, ó sea de la imposibilidad de vivir dos veces á un tiempo mismo; de la implacable marcha del tiempo, que no sale de su paso por nada ni por nadie; de la fatal precision de dormir, de lo que fuera un hombre *ubiquo;* de las diferencias que hay entre la nada y lo pasado, y entre lo pasado y lo futuro; de las fuerzas escedentes ó sobrantes del alma; de nuestra loca aspiracion á una nocion absoluta; de los afanes gratuitos ó injustificados de la imaginacion; de la máxima profundísima: *Ignoti nulla cupido...* y de otras muchas elucubraciones que aun me bullen en la mente; pero que me fuera imposible representar por medio de palabras.

Porque esta es la verdad.—Nosotros no sabemos lo que sabemos; nosotros no nos damos cuenta de lo que pensamos; nosotros no nos oimos...

Nosce te ipsum (¡conócete!) decia un filósofo...

¡Yo lo creo imposible!—Por mas atencion que presto á las voces de mi alma, no acierto á percibir sino muy pocas, y esas confusamente.

El que muere abrasado por un rayo, no ve el rayo, ni lo siente siquiera, ni se da cuenta de la novedad que le ha ocurrido...

Pues casi lo mismo, aunque en sentido inverso, acontece con ciertas ideas que pasan por nosotros sin que las veamos, y de las cuales solo sabemos *que pasaron ya.*

¿No habeis formado alguna noche el necio empeño de saber cuando os dormís, de tener conciencia de vuestra última idea, y de poder deciros: *todavía estoy despierto...—ya no lo estoy?*

Pues tan necio fuera empeñarnos en saber algunas cosas de las que pensamos despiertos.

Yo diria que nuestro pensamiento es una bola maciza de oro puro, de la

cual solo podemos ver la superficie.—El que lograra ver á un mismo tiempo, de una sola ojeada (¡oh qué absurdo!), todo el oro que contiene esa bola, átomo por átomo (¿pero qué hablo de átomos?), reduciendo el metal á mera superficie... (lo que ni aun se puede imaginar); el que hiciera eso (cual si la materia no fuese divisible hasta lo infinito, y cual si la fraccion mas infinitesimal no guardase otra masa escondida); el que eso consiguiera (lo cual equivaldria á convertir la materia en espíritu), ese podria tambien saber todo lo que encierra el alma humana; ese se conoceria á sí mismo; ese tendria conciencia de su propio entendimiento; ese seria Dios!

Hablemos, pues, solamente de lo que sepamos.

Por ejemplo: sigamos hablando del palacio real de Turin.

Pero el caso es que ya no nos queda nada que contar acerca del tal palacio.

Pues ¿y las habitaciones del rey? preguntarán algunos.

A estos les responderé que Victor Manuel II no es en su palacio sino una especie de empleado: que cuando está en Turin, vive en el piso segundo, en una modesta casa amueblada á la moderna y con menos lujo que la del último senador del reino: que de allí baja al piso principal á desempeñar su oficio de rey, como van los ministros á sus ministerios, y que en su casa y en la calle hace la vida de un simple particular.

Victor Manuel, el rey *galantuomo* (hombre de bien), recibió una severa educacion militar y científica, que le inclinó á la rudeza y á la sencillez de costumbres. En vida de su padre mandaba un regimiento, no en el nombre, sino real y efectivamente. Segun una tradicion de esta familia, siempre que el rey sale á campaña tiene que llevar consigo á su hijo mayor, y asi lo hizo Carlos Alberto en 1848.—Victor Manuel recibió un balazo en una pierna en la batalla de Goito, que precedió á la de Novara.—El, por su parte, ha cumplido tambien con el precepto tradicional, confiando en 1854 el mando de una brigada á su hijo Humberto, presunto heredero del trono, á pesar de que solo tenia quince años; y el jóven príncipe demostró en las batallas de Pallestro, de Magenta y Solferino, que corria por sus venas la sangre de Filiberto de Saboya.

La gran aficion de Victor Manuel es la caza, á tal punto que se le ha visto muchas veces solo, fatigando á pié montes y selvas, lejos ya de los sitios reales, llegar á la cabaña del pastor á pedir algun frugal alimento, y continuar despues su ruda tarea, hasta que la noche le ha sorprendido, obligándole á buscar, ora una estacion de camino de hierro, ora un pueblo en que alquilar un carruaje, ora la mansa cabalgadura de un campesino para volver á la córte, inquieta ya con su tardanza.

Este género de vida ha dado lugar á raros encuentros y singulares aventuras, dignas del romance y de la novela, que os recomiendo leais en las historias que tratan de este rey, á quien se tiene por el primer cazador, el mejor soldado y el mas constante madrugador de su reino.

Detrás del palacio hay un bello jardin *(il Giardino reale)*, abierto al público desde las once hasta las cuatro.

[illegible]

ñol), y éramos capaces de entender á medio mundo, á favor de seis lenguas que hablábamos entre los tres; y por último, para un caso de necesidad, contábamos con los puños del moro, que deshace las piedras con los dedos y echa por tierra al caballo que le desobedece...—¿Quién soñó nunca tan completa felicidad?

Ufanos, pues, y alegres, como triunfadores por país conquistado, entramos en la *Via di Po*, en cuyas anchas galerías, (llenas de gente, de tiendas, de anuncios, de puestos de libros y de frutas, de estamperías, de muestras fotográficas y de cuantos objetos é industrias pueden dar idea del movimiento social de un pueblo), vagamos á la ventura, *flaneamos*, como dicen los franceses, observando, leyendo, comprando; haciendo preguntas, juicios y comparaciones; formando cálculos; entregándonos á reflexiones sérias; diciendo burlas inocentes, y sobre todo, procurando sacar, deducir, estraer de tantas cosas el espíritu popular, la opinion pública, la conciencia y el deseo de la nacion.

Estos *ensayos* (como les llamaria un químico) no son ilusorios, ni ineficaces, ni de éxito inseguro.

Cierto que no pueden esponerse con cifras, ni menos comprobarse lógicamente; pero la operacion tiene lugar por medio de vagas impresiones, y el resultado se graba fuertemente allá en el alma.—Si algo enseñan los viajes es precisamente esto.—En vano es que un país trate de ocultar su índole; de disfrazar sus tendencias; de negar, por boca de sus gobiernos, sus odios, sus ambiciones, sus simpatías, sus esperanzas... Y en vano es tambien que os presenteis en ese país con antiguas opiniones, con preocupaciones, por mejor decir; con pasion de partido, con propósito firme de encontrar solamente lo que os agrade...—El país hablará á pesar suyo, y vosotros escuchareis á pesar vuestro. La sensibilidad os irá enterando poco á poco de la verdad de las cosas: esta verdad se desprenderá de todas partes, de lo animado y de lo inanimado, como un efluvio, como un perfume, y os penetrará por los poros hasta formar en vuestra conciencia una íntima conviccion.—Yo no desconozco que si esta verdad os disgusta; si se opone á vuestros intereses; si os coloca en contradicion con cuanto habíais proclamado antes, vos podeis ocultarla, y hasta negarla en alta voz; pero la llevareis eternamente en lo íntimo del espíritu, como un remordimiento, como un miedo, como una luz inestinguible encerrada en un sepulcro.

De esta manera fatal, indeliberada, irresistible, he adquirido yo hoy ciertas opiniones y creencias (que ya irán apareciendo en mi discurso), á medida que iba considerando la forma en que estaban espuestos en la *Via di Po* los retratos de Pio IX, de Victor Manuel, de Cavour, de Napoleon y de Garibaldi; el lujo y el precio de cada uno de ellos; los atributos que los adornaban; el modo que tenia el mercader de pregonar su venta; la venta que hacia; la espresion con que los miraban los soldados, los milicianos, los clérigos y las mujeres; lo que estas gentes esclamaban ó se decian; cómo trataban los *bersaglieri* (los zuavos del Piamonte) á los guardias nacionales; cómo se miraban los clérigos y los seglares; qué libros servian de muestra en las innumerables librerías que inundan á

Turin; qué títulos llevaban esos folletos que solo viven un dia, y que son la espresion cándida y sincera de lo que ocultan los diplomáticos; qué decian los periódicos callejeros, y cómo lo decian; y (en otro órden de cosas) qué precio tenian los géneros de los almacenes; qué valor la moneda; qué literatura los comerciantes; qué mañas los compradores; qué aspecto los transeuntes; qué fórmulas la cortesía; qué carácter la generalidad de las gentes; si habia mas alegres que tristes, mas ligeros que graves, mas tontos que discretos, ó mas buenos que malos; si existian costumbres; si la sociedad era antes que el individuo, ó el individuo antes que la sociedad; si la vida giraba en torno de ideales abstractos, ó de realidades terrenas, y si estas realidades eran permanentes ó transitorias; por cuánto entraba el sentimiento en el arte, y la poesía en la política; qué lugar ocupaba la mujer en la escala de las devociones; y en fin, otras muchas, innumerables fases que me presentaban en la *Via di Po* las personas y los objetos;—fases claras, distintas, reveladoras (sobre todo en un país tan libre y tan tolerante como este), que ora hablaban á la observacion, ora á la intuicion, ora á la sensibilidad, ora á la razon fria; pero que hablaban en suma... por lo que nada tiene de particular que yo me haya enterado de sus secretos.

No desconfieis, pues, de los dictámenes que yo emita, que no serán muchos, ni los creais gratuitos é infundados.—En cuanto á mi sinceridad, sé que no dudais de ella.

Pero todo este exordio es completamente inútil ó cuando menos estemporáneo, puesto que yo no pienso tratar ahora ninguna cuestion importante.—Reservadlo, pues, para su dia.

Ahora me contento con que me acompañeis en mi paseo y vayais viendo conmigo el animado cosmorama de esta ámplia y recta calle.

Jussuf, con su admirable olfato de moro, avivado por un odio fundado en el desprecio, descubrirá los judíos que andan mezclados con la muchedumbre, aunque se hallen vestidos á la europea.

Nosotros comprenderemos por nuestra parte que los piamonteses prefesan una verdadera adoracion á la dinastía de Saboya, y veremos repetido el nombre de sus reyes en los azulejos de calles y plazas, en los monumentos públicos, en historias y grabados, en la denominacion de teatros y paseos, telas y muebles, modas y usos, cual si el pueblo se creyera representado en esta familia.

En un lado encontraremos que las principales oficinas del estado se hallan en edificios provisionales.

En otro repararemos que hay muchas obras importantes suspendidas.

Aquí nos sorprenderá ver un mísero inquilino ó un pobre establecimiento en un vasto y hermoso local.

Allí nos convenceremos de que la ciudad ha sido construida en la prevision de altísimos destinos, y que es demasiado grande para la poblacion que contiene.

Y lo que sobre todo echaremos de ver es que Turin empieza á perder la esperanza de ser la capital del nuevo reino.

La misma actividad febril con que el gobierno se apresura á construir un gran

Parlamento provisional, á fin de que la primera asamblea italiana se reuna en Turin, y no en otra ciudad rival de ella, indica el temor que abriga esta vieja córte de verse anulada por sus propios hechos.

Porque ya comprendereis que además de la Turin política, hay una Turin municipal; y que todo lo que la Turin política ganaria con trasladar su trono á Roma (por ejemplo), lo perderia la Turin municipal irremisiblemente.

Yo recuerdo haber visto esta mañana una caricatura muy graciosa, titulada ***Historia de Gianduja***, que representa perfectamente estas dos ideas.

Gianduja es un personaje imaginario, de invencion popular, equivalente al *Girolamo* de Milan, al *Arlequin* de Bérgamo, al *Pulcinella* de Nápoles, y del que se puede decir que es la personificacion del Piamonte.

Ahora bien, en la caricatura citada, *Gianduja* empieza por ser un sugeto muy delgado y muy gloton.—Principia á comer, y se traga sucesivamente la Saboya, la república de Génova, los condados de Asti y Niza, los ducados de Monferrato y de Aosta, el señorío de Vercelli, la isla de Cerdeña, parte del ducado de Milan, etc., etc., con todo lo cual llega á ser un mozo robusto y bien portado que causa envidia á las gentes.

Pero *Gianduja* sigue comiendo, y devora la Lombardía, los ducados de Módena, Parma y Toscana, el reino de Nápoles y los Estados Pontificios.

Entonces se pone tan gordo, que revienta, dando de sí un hermoso reino de *Italia*, mientras que él se queda mas flaco y miserable que al principio de su carrera, despreciado y desatendido de la misma creacion que ha nutrido con su sangre.

Esta caricatura es sumamente filosófica como veremos despues.

Haciendo estas y otras observaciones, bajamos toda la *Via di Po*, y llegamos á la *Piazza Vitorio Emanuelle*, de trescientos sesenta metros de longitud por ciento once de anchura.

Al término de ella corre el *Po*, sobre el cual pasamos por un magnífico puente de cinco arcos, construido á principios de este siglo, cuando Turin formaba parte del imperio de Napoleon.

La decoracion que se alcanza por todos lados desde lo alto de aquel puente, es verdaderamente deliciosa.—Dejais atrás á Turin, hasta cuyo centro penetra la vista.—A un lado y otro teneis el rio, magestuoso y opulento, de entre cuyas ondas brotan dos islas, largas y estrechas como dos esquifes.—Pomposas alamedas embellecen ambas márgenes, sobre todo por la parte de la derecha, ó sea *rió arriba*.—La mirada reposa en los lindos barrios del *Rubatto* y *Borgo di Po*, en el *Asilo de mendicidad*, la *Vanchiglia* y el *Puente de hierro*,—lejanas perspectivas de uno y otro balcon,—y allá, en último término, descúbrense los jardines y los muros del *Castel del Valentino*, real casa de campo, tan ilustre por su antigüedad como reputada por su hermosura.

Al otro lado del puente se levanta una suave colina, cubierta de árboles flores, iglesias y palacios.

Allí pasan el verano muchas familias aristocráticas de Turin.

Cerca de nosotros se alzaba la *Gran Madre di Dio*, á la cual se sube por una ancha escalinata.

Esta famosa iglesia fue erigida en 1814 por la ciudad y por el gobierno para celebrar el fin de la dominacion francesa y la vuelta de Victor Manuel I á su antigua córte. El *Pantheon* de Roma le sirvió de modelo. Delante del pórtico se ven dos grupos de escultura, que simbolizan la fe y el amor.

En lo alto de la colina divisábamos un gran edificio, al cual nos dirigíamos nosotros, pues aquel era el *convento de Capuchinos del Monte*, célebre por la vista de Turin que se disfruta desde su atrio.

A nuestra izquierda descubríase entre los árboles, y tambien en la altura, la *Viña de la reina*, residencia de estío, sumamente celebrada.

El camino que debíamos seguir para llegar al convento era una pendiente cuesta, sombreada por altos álamos y trazada en violentos y redoblados *zig-zag*.

Una vez arriba, nuestra primera operacion fue asomarnos al balcon de piedra que rodea la plazoleta ó *compás* en cuyo centro se alza el edificio... y ahora quisiera yo poder daros una idea del estenso y grandioso panorama que se descorrió entonces á nuestros ojos.

Primeramente veíamos debajo del balcon un bosque espesísimo, dispuesto en anfiteatro, de tal modo que, empezando al alcance de nuestra mano, iba á morir al pié de la colina, á la orilla misma del Po...

Despues encontrábamos la ancha faja del sosegado rio, brillante como un espejo, perdiéndose de vista hácia Poniente y Levante, sin que una sola barca turbara su quietud, su tersura, su apacible soledad.

En seguida descubríamos el cinturon de árboles y paseos que rodea á Turin, en sustitucion de sus antiguas murallas.

Luego venia la ciudad, pacíficamente asentada en la llanura, mostrándose toda entera, descubriendo sus calles y plazas, revelando claramente su estructura, como si aun la estuviésemos viendo en un plano.

Turin, á vista de pájaro, es sumamente rojo, por estar cubierto de barnizadas tejas, asi como París es ceniciento oscuro, á causa de estar cubierto de pizarra.

Este rojo subido de los tejados de Turin hace que las calles se dibujen con estricta precision, al modo de largas cintas amarillentas, y da lugar á que el caserío contraste vivísimamente con el verde de los campos y con el azul del cielo.

Ahora bien, como la capital del Piamonte carece de grandes torres y cúpulas; como todas sus casas son igualmente altas, y todas las calles se cortan en ángulos rectos, resulta que, al verla desde el convento de *Capuchinos del Monte*, se comprende la cómica metáfora de un amigo mio muy querido, que comparó á Turin con una libra de chocolate.

A la izquierda de la ciudad y por detrás de ella, serpentea otro gran rio al través de amenísimas campiñas.

Es el *Dora*, cuyas aguas entran en el Po á las puertas mismas de Turin.

Mas allá se dilata una pintoresca llanura, cubierta de olivos, sembrada de quintas y de aldeas, y cruzada en todas dirrecciones por acequias y canales, hasta que la vista tropieza con una cordillera de montes oscuros, que á su vez se destaca en la línea semicircular de los nevados Alpes.

La esplendidez del dia,—verdadero dia italiano;—la magestad de la hora... (el sol empezaba á declinar); las variadas tintas del otoño; el sosiego del aire; la paz de mi espíritu... todo contribuia á engrandecer y hermosear el espectáculo de la ciudad y de los campos, de los rios y de los montes, tendidos á nuestros piés, bajo la bóveda trasparente de un placidísimo cielo...

A nuestros oidos llegaba el alto rumor del Po, ó mas bien, de una gran presa que interrumpia el solemne silencio de sus aguas. A aquel rumor se mezclaban el ruido de los talleres, las voces de los hombres, los ecos de alguna campana, el crugido de los látigos, el rodar de los carruajes... la respiracion, en fin, de la gran capital, que llegaba al término de un dia mas de trabajo, de lucha con la vida, de elaboracion histórica...—Esos carruajes y esos hombres, empequeñecidos por la distancia, iban y venian por plazas y calles, como indecisos é inquietos, al modo de un atribulado ejército de hormigas...—De los cuarteles, y acaso tambien de algun campo de instruccion que nosotros no descubriamos, salian á veces agudos toques de corneta, los cuales, unidos al sordo estruendo de uno que otro tiro disparado por cazadores ocultos en los parques de las orillas del Po, traian á la mente vagas ideas de combates, sensaciones de gloria, ráfagas de muerte, inciertas profecías, que no acertaba á descifrar el alma, pero que la sumergian en dudosas é incoherentes meditaciones.

Jussuf creyó sin duda que me dormia, y me tocó en un brazo, volviéndome á una vida mas real y limitada.

—Mira, me dijo el moro, mostrándome dos viejos capuchinos, de largas barbas y descoloridos hábitos, que se paseaban detrás de nosotros, á la puerta del convento.

Aquella era otra faz de la existencia humana; y el moro constituia una tercera.—Yo pensé en la vida contemplativa y descuidada del claustro y del desierto; en Jussuf, cuando aun no vestia levita, y en los frailes, cuando eran dueños de impedir que subiera la gente á turbar su soledad en aquel monte... y suspiré por una libertad individual, por una paz y una quietud que ya son muy raras sobre la tierra... Suspiré por lugares ignorados, por asilos inviolables, por destierros de la sociedad... Suspiré, finalmente, de amor á lo infinito, cuya nocion pierde el hombre á medida que se aleja de sí, repartiéndose en los demás y espaciándose por el mundo.

Sin duda estaba fatigado.—Era la reaccion consiguiente á las prolijas y estensas consideraciones en que habia ejercitado mi espíritu, primero en las calles de Turin, analizando nimiedades, y despues, en la montaña, resumiendo la capital entera en una sola sensacion.—Dichosamente, estas convulsiones del alma duran poco.

Cuando ya nos disponíamos á bajar á Turin, despues de haber visitado la

iglesia y el convento, que nada encierran de particular, reparamos en que los frailes que habíamos dejado paseándose en el compás, se hallaban rodeados de hombres, mujeres y niños, que les mostraban sucesivamente la boca abierta, despues de lo cual algunos penetraban en el convento y otros se marchaban desconsolados.

Pregunté á un muchacho la significacion de aquello, y entonces supe que de tiempo inmemorial los Capuchinos del Monte ejercen caritativamente el oficio de saca-muelas.

—¿Y las sacan bien? le pregunté.

—Admirablemente, me respondió el muchacho. A mi me acaban de sacar una.

—¿Y lo hacen de balde?

—Tan de balde, que hasta costean las pastas, los enjuagatorios y las demás medicinas.

—¡Pues no andarán muy medrados los dentistas de Turin!

—¡Tanto mejor para los pobres!

—Ya lo creo; asi no están espuestos á perder otras muelas que las verdaderamente dañadas.

—¡Toma! replicó aquel rapaz.—Y si la medicina se ejerciera tambien caritativamente, habria muchos menos enfermos, y las enfermedades serian mas cortas.

—Chico, ¿sabes que no eres tonto? esclamé yo, dándome por vencido.

—Soy de Génova, señor, dijo el tunante, haciendo un raro mohin, que terminó en una reverencia.

Iriarte, Jussuf y yo emprendimos la bajada á la ciudad.

Cuando llegamos al hotel, resonaba el tercer toque de campana, llamando á los huéspedes á la mesa redonda, y las puertas de todos los cuartos se abrian dando paso á damas y caballeros de diversos paises.—Como yo venia todavía preocupado con los capuchinos, parecióme ver á una comunidad que salia de sus celdas y se dirigia al refectorio.

Pocos momentos despues, el soberbio comedor de que hemos hablado contenia de ochenta á cien personas, sentadas á una misma mesa, á pesar de no haberse visto en toda su vida.

Allí habia familias inglesas, suizas, alemanas, francesas... hasta rusas. Allí habia unos jóvenes que hablaban español, pero que no eran españoles, sino *americanos*, lo cual me hacia muy mal efecto. Allí estaba la duquesa florentina que vi anoche. Y allí encontré... ¡oh rubor! tres caras conocidas,—dos de mujer y una de hombre,—las de mujer sumamente hermosas, y la de hombre un tanto burlona á costa nuestra...

Porque aquellas tres caras estaban vueltas hácia nosotros... Porque aquellas tres personas nos miraban.

¡Eran las dos inglesas y el inglés que encontramos hace pocos dias en el camino de Martigni!—La espresion de sus rostros nos decia claramente que habian

leido en el *Album de la Flechere* aquellas imprudentes palabras nuestras: *Nosotros seremos los últimos viajeros que pongan su nombre este año en el presente libro.*—¡Y ellos habrian escrito despues el suyo! ¡Y ellos se habrian reido de nuestra necia baladronada!

—¿Cuándo han llegado al hotel aquellos jóvenes ingleses? pregunté á uno de los criados que servian la mesa.

—Esta tarde, me respondió.

—¿De dónde vienen?

—De Chamounix.

—¿Por qué camino?

—Por el San Bernardo.

—¡Por el San Bernardo!

—Si señor; por el camino de Aosta.

No me quedaba mas que oir.—Aquellas dos divinidades aristocráticas habian hecho lo que Iriarte y yo no nos habíamos atrevido á hacer.

¡Y sin embargo, su tez parecia de hojas de rosa, sus manos blanqueaban como las azucenas, sus ojos irradiaban inocencia, reposo y alegria!—Yo las veneraba... á pesar de que me gustaban mucho.

Al comprender que las reconocíamos, pusiéronse las dos muy coloradas, para lo cual necesitan poco las señoritas y hasta las matronas de los tres reinos unidos.

Nosotros devoramos en silencio nuestra humillacion y los *grissini* que nos tocaron en suerte.

Dejo á vuestro cuidado el averiguar qué cosa se entiende por *grissini*.

Despues de comer, todas las señoras volvieron á sus habitaciones, en tanto que los hombres nos reuníamos en otra pieza á fumar y tomar café.

El jóven inglés, el hermano de sus hermanas, se dignó entonces tambien ruborizarse y sonreirnos.

Nosotros empezamos á comprender que su reserva no procedia de orgullo, sino de timidez natural, y de esa refinada etiqueta que forma la base de la educacion de los insulares.

—Ese inglés quiere hablarnos, me dijo Mr. Iriarte. Le estoy viendo luchar con su temperamento; pero al cabo vencerá su curiosidad. Dejémosle, pues, tomar la iniciativa. Probablemente pasará toda esta noche sin dormir, pensando en las cosas que hubiese podido decirnos, si se hubiera atrevido, y en la manera de abordarnos mañana. Antes de tres dias seremos amigos de nuestras aparecidas de la *Tête Noire*. Hoy somos ya toda una aventura en el viaje de esos tres jóvenes. Mañana podremos ser una novela.

En esto vino á buscarnos Jussuf, ganoso de hacernos conocer *su teatro*.

Yo tambien ardia en deseos de encontrarme en él.

¡Oir una ópera en Italia! ¡Ver la *Norma* en la patria de la música!... ¿Qué mayor ilusion para mí? ¿Qué cosa mas natural, mas propia, mas indígena, mas auténtica, mas de circunstancias?—Esto equivalia á comer ostras en Ostende, á

ir á los toros en Sevilla, á ver un serrallo en Asia, á tomar leche en Suiza, á verse vigilado en Venecia, á presenciar un asesinato en Roma, á beber cerveza en Lóndres, á hablar de filosofía en Viena,



El baron Ricasoli.

Tomamos, pues, el camino del *Teatro Nazionale*, situado á un estremo de Turin, cerca del *Giardino pubblico*.

Nuestras sorpresas empezaron en el despacho de billetes.

Nosotros pedimos butacas, lunetas, (*stalles, fauteuils*,) ó cosa por el estilo, y á todo esto nos contestaban alargándonos tres llaves.

—No son palcos lo que queremos, insistíamos nosotros. Queremos butacas, lunetas, *fauteuils d'orchestre...*

—Pues bien, eso les doy, respondia el espendedor, que hablaba indistintamente francés é italiano. Aquí se llaman *sedie chiuse* (sillas cerradas). Con estas llaves las abrirán ustedes.

—Pero, señor, ¿cómo se abre una silla?

—Ya se lo dirá el acomodador.

—¿Y son estas las mejores localidades de la platea?

—Si señor: son las mas caras: son lo que se llama en Francia *sillon de orquesta.*

—¿Y cuánto valen?

—Cuatro mutas *(mute)* cada una, comprendida la entrada.

La *muta* es una moneda especial del Piamonte, que ni es de cobre, ni de plata, sino una mezcla de plata y cobre, como la que antiguamente se llamaba *vellon* en España.—Cada *lira*, ó sea cada franco, equivale á cinco mutas.—Nos habian, pues, pedido unos tres reales por cada sillon de orquesta.

—¡Barata anda la música en este país! esclamé yo.

—Es natural, me contestó Iriarte. ¿No ves que aquí se cria?

—Por esa misma razon debe de ser mejor que en ninguna otra parte.

—Lo que ya no admite duda es que los cantantes italianos no son pagados en su tierra como en el estranjero.

—*Nemo propheta est...*

Provistos de estas ilusiones y de las susodichas llaves, entramos en el teatro.

La sala era espaciosa, si bien demasiado alta para su longitud y anchura. El decorado me pareció sumamente pobre, y el público... de la última calidad. Los ciento diez y seis palcos en que se dividia el anfiteatro estaban llenos de hombres, mujeres y niños. Los niños lloraban ó gritaban... segun su edad. Las mujeres comian castañas. Los hombres conservaban el sombrero puesto.—Esto en cuanto á los palcos.

En la platea habia cuatro ó cinco filas de *sedie chiuse* y otras diez ó doce de asientos de madera lisa.—Una tercera parte de la sala quedaba sin localidades. Allí se agrupaban de pié los que solo habian comprado entrada.

La *sedia chiusa* se llama así, porque su asiento (que se levanta y se baja, como el de las sillas de coro de algunas catedrales) está sujeto al espaldar con una cerradura de hierro, á fin de que solo pueda ocuparlo el poseedor de la llave.

Segun me dijeron mis vecinos, estos usos y costumbres son iguales en casi todos los teatros de Italia.

Yo empezaba á perder mis ilusiones...

—¡Con tal que canten bien!... esclamaba á cada momento.

Ya estaban encendidas las luces de la orquesta, consistentes en unos quinqués enormes, que mucho me engaño ó debieron de conocer á Guido el Aretino.

El telon de boca, que era una alegoría del *Estatuto Sardo*, empezaba á menearse...

El público rugia de entusiasmo é impaciencia al oir templar los instrumentos.

Jussuf se multiplicaba para atender á las innumerables víctimas que esperaban una mirada de sus africanos ojos.

Los primeros acordes de la sinfonía restablecieron al fin la calma en el público, ahuyentándola de mi corazon.

¡Dios de Israel! ¡Qué orquesta! ¡Qué algarabía! ¡Qué trompetazos! ¡Qué violines, sonando como rabeles! ¡Qué furia marcial la del *signor direttore*!—¡Ah! ¡perro moro! ¿Para qué nos has traido aquí?—¡Ah, querido Iriarte!... ¿Quién diria que estamos en Italia?—¡Oh, divina Euterpe! ¡Cómo toleras semejantes abominaciones!

En esto se corrió el telon y apareció la sagrada selva.

El público siguió con el sombrero puesto.

Esto me consoló en cierto modo.

Cuatro galos y un cabo, y ocho druidas seguidos de *Oroveso* ocuparon la escena.

Uno de los druidas salia temblando como un azogado, á fin de significar que era viejo.—Media arroba de lino le servia de barba.

En cambio, habia otro con bigote y perilla.

A Oroveso le llegaba la barba á las caderas... y no exagero ni una pulgada.

Toda esta tropa rompió á cantar sin pararse en barras, levantando los brazos con una simultaneidad y un concierto que desgraciadamente no empleaban al levantar la voz.

Luego salió *Pollione*, formidable sugeto de dos varas y media de estatura, el cual empezó á gritar desaforadamente. A los pocos momentos desafina; luego da un espantoso gallo; el público aplaude... tal vez irónicamente... El artista saluda con la mayor seriedad.—Toda su aria trascurre de este modo.

En seguida sale *Norma*, no trágica, sino patibularia figura, de recios y descarnados huesos, macilenta fisonómica y amanerado traje.—La *Casta diva* es cantada de tal manera, que ni su autor la hubiera reconocido.—Al final del aria aparece un criado en la escena, llevando un gran ramo de flores, que entrega á la *prima donna* delante de todo el mundo y de parte de no sé quién. El público aplaude á mas y mejor, no sé si de veras y de broma. Jussuf nos mira con aire de triunfo, como diciéndonos:—*Ya veis á dónde os he traido: todo esto me lo debeis á mí.*

Yo no puedo mas, y abandono el teatro.—Iriarte se queda allí, haciendo sin duda estudios caricaturescos.

Al poner el pié en la calle, renegando, no de mis ilusiones músico-italianas, (pues aquello no era el arte, ni aquel el público, y ya me habian dicho que hasta el 25 de diciembre no empezaba en Turin la temporada lírica), sino de mi triste error de haber empezado por semejante profanacion el catálogo de las impresio-

nes musicales que debia producirme Italia; al salir á la calle, digo, quiso mi buena suerte que tropezase con una veintena de soldados y otros tantos pescadores del Po, que vagaban del brazo por el *Giardino pubblico*, cantando á la luz de la luna; (tan escarnecida por su sacerdotisa poco antes,) el famoso *Miserere* del *Trovatore*... pero con voces tan hermosas, con tal afinacion y gusto, que me dí por indemnizado del mal rato que acababa de pasar.

Del *Giardino pubblico* me dirigí á la *Piazza Castello*, dando un gran rodeo por la orilla del rio.

Al llegar á los pórticos que hay delante de nuestro hotel, me encontré de manos á boca con Iriarte.

—¿De dónde vienes? le pregunté.

—Del hotel; de buscarte.

—¿Pues no te divertías tanto en el teatro?

—¡Oh! no he podido resistir á *Adalgisa*...—Norma es una sublimidad al lado de ella.

—¿Y Jussuf?

—Allá queda aplaudiendo. Creo que tiene intereses comprometidos en el cuerpo de coros.

—¿Y dónde vamos? Son las nueve de la noche.

—Podemos ir á otro teatro, que hay aquí cerca, y en el que he oido música al tiempo de pasar. A la puerta he visto muchos coches, y la orquesta no parecia mala...

—Ese será el *Teatro Carignan*; pues si no me equivoco, la plaza de este nombre se encuentra por aquí. En ese teatro, construido bajo la direccion de Alfieri, se representaron por la primera vez las tragedias de este inmortal poeta. Es el segundo coliseo de Turin...

—Aquí lo tenemos.

—*En avant*...

—Ya ves que esto es otra cosa...

—En cambio, yo no conozco esa música...

—Debe de ser un baile.

—¡Ah! sí. Recuerdo haberlo leido en un cartel. Esta noche se representa aquí el gran baile de espectáculo titulado *La Esmeralda*.

—Pues entremos.

El *Teatro Carignan* es muy lindo; pero tambien en él hay una parte de la sala sin asientos; tambien en él asiste el público á la representacion con la cabeza cubierta; tambien en él hay *sedie chiuse*... por cierto bastante incómodas.

En cambio, los palcos de *primo* y *secondo ordine* estaban ocupados por la mejor sociedad de Turin; ó sea por la parte de ella que no se encuentra en el campo.

El baile se reducia á una larga y pesada pantomima, cuyo argumento estaba sacado de *Notre Dame de Paris*.

La señorita Salvioni, la heroina de la fiesta, era una bailarina muy hermo-

sa, aunque demasiado alta para sílfide, y escesivamente propensa á la traspiracion...—Por lo demás, bailaba bien, y era aplaudida con locura.

Pero no ha sido seguramente el espectáculo lo que mas nos ha llamado esta noche la atencion en el teatro *Carignan*, sino un célebre personaje que formaba parte del público.

Este personaje se encontraba solo en el palco-platea de proscenio de la derecha, sentado de espaldas á los espectadores, que solo veian de él á veces los muchos periódicos que iba leyendo y depositando en otro sillon.

Era el conde de Cavour.

Siempre que la Salvioni aparecia en escena, el presidente del Consejo de Ministros dejaba los periódicos; avanzaba al antepecho del palco, y fijaba sus gemelos en la voluptuosa *Esmeralda.*

En torno mio decia la gente que el noble conde se perece por el baile y las bailarinas.

Cavour es hombre de unos cincuenta años, grueso, de pequeña estatura, elevada frente y vivísimos ojos, que relucen al través de las gafas; descuidado, aunque decoroso, en el traje; con mas aire de sabio, de bibliómano ó de arqueólogo, que de diplomático ó de guerrero; sencillo, en fin, y llano en su aspecto y actitudes.

Yo le hice estas observaciones al individuo del público que me habia dicho:—*Aquel es Cavour...*

—Pues si conociera usted su vida, me replicó el mismo; veria usted que corresponde perfectamente á su figura. Cavour se levanta á las cuatro de la mañana y estudia hasta las seis. A esa hora empieza á despachar los dos ó tres ministerios que tiene siempre á su cargo. A las diez puede usted verlo dando un paseo á pie por las calles de Turin. A las once viene al café del *Cambio* (que se halla al lado de este teatro), donde almuerza confundido con la multitud. Despues va á palacio ó al Consejo de Ministros. En seguida al Parlamento. Luego come espléndidamente. A la noche recibe á los diplomáticos ó da audiencia pública. A las diez viene un rato á ver bailar, á leer los periódicos estranjeros, á hablar desde su palco con las bailarinas y á aplaudirlas con el furor que usted ve. Desde aquí se va á hacer alguna visita particular, y á las doce se mete en la cama. Esto quiere decir que solo duerme cuatro horas.

Yo sabia por mi parte que el conde *Camillo Benso di Cavour* es uno de los hombres mas ricos de Italia, y que su familia pertenece á la primera nobleza del Piamonte.

El pueblo turinés, que le conoce, quiere y respeta mucho, á pesar de Garibaldi, le llama generalmente:—*Papá Camillo..*

El baile acabó á las once, á cuya hora nos vinimos al hotel, donde en este momento acabamos de hacer el programa de mañana.

Se me olvidaba deciros que la duquesa florentina y las heróicas inglesas estaban en el teatro.

III.

Iglesias de Turin.—Palacio del Tasso.—Galería real de cuadros.—Establecimientos públicos.—Isabel y Juana.—La fotografía.—Almuerzo con españoles.—El Museo egipcio. —La Superga.—El cementerio.—Juicio del Piamonte.

Turin 30 de octubre.

Han pasado ocho dias.

Dentro de dos horas habré abandonado á Turin.

Me dirijo á Milan, no directamente, sino pasando por Marengo, Casteggio y Pavía.

Mi amigo Iriarte se habrá embarcado hoy en Génova con direccion á Nápoles.

Va en busca de la guerra...

Yo he preferido la paz y el arte, y no pisaré el suelo napolitano sin haber visitado antes á Venecia, Florencia y Roma.

Jussuf seguirá en Turin esperando á Caballero.

En adelante, pues, viajaré solo, lo cual debe de ser poco alegre.

Pero vamos al asunto.

Durante esta última semana he recorrido y estudiado prolijamente á Turin.

He aquí mis principales observaciones y aventuras.

Empezaremos por las iglesias.

La capital del Piamonte encierra ciento nueve templos católicos y uno protestante, y entre todos ellos no hay ninguno de primer órden, que sorprenda grandemente al viajero.

La catedral (San Juan Bautista) tiene una regular fachada del Renacimiento, y un cuadro de Alberto Durero digno de atencion.

El edificio se comunica por un lado con el palacio real y por otro con la famosa capilla del *Santo Sudario.*

La capilla del *Santo Sudario* es indudablemente la obra mas notable que se debe á la devocion piamontesa.—Figuraos una gran rotonda de mármol negro, formada por una multitud de columnas, cuyas bases, asi como los capiteles, son de bronce dorado. Cuatro sepulcros de mármol blanco, adornados con estatuas y con figuras alegóricas, se destacan valientemente sobre el fondo oscuro de tan lúgubre columnata. Aquellos sepulcros contienen las cenizas de cuatro duques de Saboya, uno de los cuales es *Emmanuel Filiberto,* de quien ya hemós hablado al ver su estatua ecuestre. La cúpula consiste en una superposicion de muchas bóvedas, caladas artificiosamente, en medio de las cuales la luz del dia finge una gran corona aérea, una especie de estrella rutilante, cuyo fulgor esclarece la fúnebre capilla, yendo á desvanecerse en el pavimento, que es de mármol celeste, salpicado de estrellas de bronce.—Diríase, pues, que aquel luctuoso recinto se eleva sobre el cielo y que la cúpula trasluce ya un reflejo de la Gloria.

En el altar hay un gran relicario de plata, bajo un fanal magnífico.—En él se guarda el *Santo Sudario* que envolvió el cuerpo de Jesus.—El sacristan que nos acompañaba sostuvo acaloradamente (contestando á las observacianes de un inglés,) que los otros *Santos Sudarios* que se veneran en San Pedro de Roma, en Besanzon y en Cadouin son apócrifos y supuestos, y que el único auténtico y verdadero era el que teníamos delante.

Despues de la catedral y de esta capilla, las iglesias mas notables son:

San Lorenzo, celebrada con justicia por su doble cúpula ingeniosísimamente edificada:

La Consolata, famosa tambien por la devocion que inspira y peregrinos que atrae una Vírgen que hay en ella:

San Felipe Neri, la mas espaciosa de Turin, construida, como todas las anteriores, por el padre Guarini:

El *Corpus Domini*, y su aneja el *Espíritu Santo*, insignes las dos por la riqueza de sus adornos, y muy renombrada la última á causa de haber abrazado en ella el catolicismo Juan Jacobo Rousseau, á la edad de diez y seis años,—conversion que anuló en Ginebra veinte y seis años despues, volviéndose al protestantismo:

Y por último, *Il Tempio Valdese* ó *iglesia evangélica*, que es como quien dice *protestante*, erigida á consecuencia de la proclamacion de la libertad de cultos en 1848, y bastante bella como obra de arquitectura.

Pasemos, pues, á otra cosa; pero antes de pasar á ella, consignemos una especialidad negativa de Turin.

Turin, mis amados lectores, es acaso la única gran ciudad de Europa en que no se ve una sola fuente monumental.

La otra cosa de que iba á hablaros es del *Palacio del Tasso*, que se levanta en la calle de la Basílica, y en el que leí la siguiente inscripcion:

TORQUATO TASSO
NEL CADERE DELL'ANNO MDLXXVIII
ABITÓ QUESTA CASA PER POCHI MESSI E LA
CONSACRO PER TUTTI I SECOLI.

(Torcuato Tasso, al espirar el año de 1578, habitó esta casa pocos meses y la consagró para todos los siglos.)

Esta inscripcion se refiere á una de las muy contadas épocas felices de la vida del gran poeta.

Os diré el caso, tal como yo lo sé.

Reinaba en Turin el célebre Emmanuel Filiberto, de quien tantas veces hemos hablado, y siempre con el mismo placer y entusiasmo que ahora.

Tres años iban pasados desde que la *Jerusalen libertada*, á pesar de la envidia y de la ignorancia, que tan mal la recibieron, habia demostrado á la Italia que Torcuato Tasso era el primer poeta de su siglo y de todos los siglos que habian seguido á Dante.

Cuantos príncipes y señores gobernaban á la sazon la península (que lo menos serian ciento,) procuraban atraer á su córte al creador de Tancredo y de Reinaldo; pero el pobre cantor se habia enamorado perdidamente de Leonora, herma-



Lago de Garda.

na del duque de Ferrara, y no sabia alejarse de ella, á pesar de los tormentos que su esquivez y el orgullo de su hermano le daban á probar continuamente.

Perdió en esto la razon el infeliz Torcuato, y con ella la esperanza de ablandar aquellos corazones de roca; por lo cual huyó de la ciudad de la Ferrara, y empezó á vagar de córte en córte, honrado, sí, en todas ellas; pero esquivo ya

á todo halago, enfermo, loco, miserable, y sin poder apartar de su alma la imágen de Leonora.

Sabedor Emmanuel Filiberto de tanta desventura, creyó encontrar la manera de remediarla, proporcionando al gran poeta un triunfo y un honor de que no hubiera ejemplo en la antigüedad.

Imaginó, pues, construir á las orillas del Po una copia de los jardines de Armida y dar en ellos una fiesta semejante á las que describe Torcuato en su inmortal poema, y envió emisarios á este, invitándole á dirigir la obra y la representacion, pretesto decoroso que le permitiria asistir á la apoteosis de su genio.

El Tasso acudió á tan delicado llamamiento, y esta fue la ocasion en que habitó el palacio de la calle de la Basílica.

Las fiestas de Armida llegaron á tal grado de esplendor, que se habló de ellas en á toda Europa. El infortunado vate descansó algunos meses en la culta y galante córte de Turin, y sus dolores se adormecieron en medio de los agasajos, de las atenciones, del amor y del entusiasmo que le rodearon á todas horas.

Lo que despues sucedió al cantor de Godofredo, ya se lo contaré á quien lo ignore, cuando pasemos por Ferrara y cuando visitemos el convento de San Onofre en Roma.

Ahora os contentareis con saber que hace pocos años un inspirado artista y célebre hombre político, *Massimo d'Azeglio*, pintó un magnífico cuadro que representa las *Fiestas del jardin de Armida*, tal como la historia las relata, con los retratos de todos los personajes de la córte de Enmanuel Filiberto que tomaron parte en ellas, el del duque, el de su esposa y el del poeta laureado.

Además del palacio que me ha sugerido tan larga digresion, he visitado estos dias:

El *Palacio Carignan*, antigua morada de los príncipes reales del Piamonte, cedido por Cárlos Alberto á la nacion, para ser convertido en *Cámara de los diputados*.

El salon de sesiones podria contener apenas cómodamente á los representantes del reino de Cerdeña, antes de las anexiones famosas; y sin embargo, se le ha obligado á servir últimamente para cuádruple número de diputados.—Esto no ha podido verificarse sin estrechar los asientos hasta lo sumo, sin levantar una fila sobre otra en violento declive, sin aprovechar los huecos de los balcones y hasta las escaleras que ponen en comunicacion las filas altas con las bajas, sin convertir finalmente la cámara en una especie de colmena, que se presta mucho al ridículo.

Creo haberos ya dicho que para la reunion del primer parlamento italiano, en que tomarán parte todos los pueblos de la península, menos Venecia y Roma, se construye en el patio del mismo palacio una gran cámara provisional, ó sea una enorme jaula de madera y telones pintados,—asi como los acróbatas y los cómicos ambulantes improvisan un teatro ó un hipódromo en las pequeñas ciudades de provincia.

Tambien he vuelto estos dias al palacio real, donde he registrado la magní-

[illegible] manuscritos [illegible] y [illegible] de [illegible] volúmenes [illegible].

Entre los manuscritos [illegible] de [illegible] Diario militar de [illegible] Filiberto de Saboya.

[illegible] además allí muchas cartas de este príncipe, algunos autógrafos de Napoleon y de [illegible] el Grande, y una [illegible] de [illegible] y dibujos de Rafael, [illegible] de Vinci, Correggio, Tiziano y otros célebres artistas.

Y á propósito de arte.—En el Palacio Madama se [illegible] las diez y [illegible] salas que constituyen la Galería Real de pinturas, [illegible] de [illegible] más ó menos notables de pintores de todas las escuelas.

En su conjunto, este museo no hay ninguna obra verdaderamente maestra, de esas que atraen á los peregrinos del arte y dejan una impresion indeleble en su memoria.

Contiene sin embargo, la hermosa una *Madonna della Tenda*, de Rafael, igual á otra que tenemos en Madrid;—un *Hombre jugando á los naipes*, de Pablo Veronés;—los *Hijos de Carlos I de Inglaterra*, pintados por Van Dyck;—un [illegible] Rembrandt;—una *Madonna* de Palma el viejo, paisajes de [illegible] y [illegible], y algunos otros cuadros insignificantes, ilustres solamente por la grandeza de sus autores.

Ticiano, Guercino, Tintoretto, Borgoñone, Gherardo de la Notte, [illegible] y Julio Romano, están representados en este museo de una manera [illegible], ó [illegible] no [illegible] en una idea de que ya [illegible], y es que los piamonteses [illegible] á sus grandes cualidades [illegible], militares y domésticas, el buen sentimiento de lo bello.

Esto que digo es proverbial en Italia y en Europa. El Piamonte no ha producido un solo grande artista ni en pintura, ni en escultura, ni en arquitectura, ni en música.—Gaudenzio Ferrari y [illegible], de quien [illegible] algunos cuadros en la sala [illegible] de la *Galería Real de pinturas*, son sus pintores más ilustres, y sin embargo no pasan de ser unas medianías entre los artistas de segundo órden.

En punto á letras, el Piamonte puede al menos envanecerse de haber sido cuna de Alfieri y de Silvio Pellico.—El conde José de Maistre es saboyano.—Gioberti, como filósofo, y Massimo d'Azeglio, como pintor y novelista, hacen tambien honor á Turin.—*El [illegible]*.

En compensacion de una tan escasa originalidad artística y limitada produccion literaria, el Piamonte ha sido y es fecundo en hombres de ciencia, entre los cuales descuella el famoso matemático Lagrange.

El *Gabinete de mineralogía*, la *Coleccion numismática*, la *Coleccion zoológica* y el *Museo egipcio y de antigüedades* de Turin, son de los mejores de Europa.—La *Biblioteca de la Universidad* es tambien importantísima. Baste decir que empezó á formarse en el siglo X.—La universidad comprende sesenta y cinco cátedras y tiene un magnífico gabinete anatómico y patológico, laboratorios y

anfiteatro de química, gabinete de física, jardin botánico y un patio revestido de bajo-relieves preciosísimos, inscripciones griegas y latinas y otras curiosas antigüedades.

Además de la *Galería Real de cuadros*, hay en Turin otras cinco ó seis galerías particulares, cuyos dueños las abren al público algunos dias.

Yo recorrí algunas de ellas, y las encontré muy semejantes al museo del *Palazzo Madama*.

Los establecimientos de beneficencia de esta capital son sumamente notables. —En el *Hospital Mayor* hay cuatrocientas diez y ocho camas. En el de la *Caridad* se encuentran albergados mil y quinientos pobres. El de la *Maternidad* contiene seiscientas mujeres y otros tantos niños.—Cuéntanse además dos *Hospitales Militares* y el *Manicomio Real*, en que habrá ahora mas de seiscientos dementes... y no son muchos, atendidas las circunstancias políticas del país.

Asimismo he visitado el *Arsenal*, que es soberbio, y donde se halla un museo de armas, con puentes, barcos y herramientas; una escuela de metalurgia; un depósito de planos en relieve de las principales fortificaciones de Europa; una fábrica de cañones; un gabinete de historia natural, y una escuela de artillería.

En cuanto á la *Academia real militar*, no he podido verla; pero me aseguran que es de primer órden.

Turin encierra doce teatros, de los que casi todos están cerrados todavía.— En ellos se dan durante el invierno representaciones de ópera italiana, de bailes franceses, de comedias, dramas y tragedias en francés y en italiano, de autómatas, de ejercicios ecuestres, y de juegos malabares.

Pero esto no es lo convenido: yo no escribo la *Guía de Turin*, sino mis propias impresiones.—Apresuremos, pues, á referir y copiar aquellas escenas y panoramas que mas nos hayan sorprendido en esta capital, y levantemos el campo sin pérdida de tiempo.—El tren para Alejandría sale á las diez de la mañana, y ya son las ocho y media...

Empezaré por deciros que los tres hermanos ingleses se humanizaron al fin; que he tomado el té con ellos estas últimas noches; que me he visto obligado á hacerles un plan de viaje por España, y que me han confesado que se rieron mucho á nuestra costa cuando vieron el *Album de la Flechere*, donde se contentaron con escribir, debajo de nuestra frase y de nuestros nombres, esta elocuente y tremebunda nota:

«*Isabel y Juana W..., menores de edad, naturales de Lóndres, leyeron las anteriores palabras á los dos dias de ser escritas.*»

—*¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!*... digo yo, como dice Shakspeare, y como hubiera podido decir cualquiera otro sin necesidad de ser un gran poeta.

En cambio de esta pesada broma, las encantadoras inglesas nos han proporcionado muy buenos ratos, ora luciendo su habilidad al piano, ora cantando baladas escocesas, ora mostrándonos sus albums de dibujo, ora (y esto era lo mas delicioso) dejándonos contemplar estáticamente su peregrina hermosura, escuchar su dulce voz, recibir su modesta y tentadora sonrisa, respirar la atmósfera

de gracia, de distincion, de misterio que las rodeaba, y por último, acompañarlas al ferro-carril de Génova, y despedirnos de ellas y de su honorable hermano como buenos amigos, cambiando las señas de nuestra habitual morada, y escribiendo ellos tres sus nombres en nuestras carteras, y nosotros los nuestros en las suyas.

¡Porque se han ido!...—¡Quién sabe si Mr. Iriarte me habrá abandonado por seguirlas!

Yo de mí sé decir que nunca me he visto mas espuesto á enamorarme...

Pero ¿de cuál de las dos?

Esto es lo que no sé.

Yo no podia comprender á la una sin la otra.—Eran dos figuras diferentes, que se completaban al reunirse.—Separarlas, hubiera equivalido á deshacer un armonioso grupo de escultura.

Isabel era mas alta; mas fuerte. Tenia los ojos y los cabellos negros, la tez mate, los dientes como perlas, y el talle noble y gentil como el de Juno.—Juana era rubia, de ojos azules, blanca y delgada, alegre y chispeante.—Sin Juana no hubiera sonreido nunca Isabel. Isabel prestaba en cambio su serenidad melancólica á la impresionable Juana. Eran, en fin, dos flores de un mismo tallo.—La una era la gracia y la otra la hermosura; pero esta hermosura y esta gracia se influian, combinándose en un solo atributo, que constituia el principal encanto de las dos hermanas. Asi es que lo que mas me agradaba en ellas, lo que mas me enamoraba, era oirlas hablar entre sí, verlas abrazadas, mirarlas mirarse, considerar cuánto se querian, en qué se diferenciaban, cómo se equilibraban sus diversos atractivos, y hasta qué punto hubiera sido imposible á un hombre prendarse solamente de una de las dos hermanas.

Creo, pues, que me hubiera enamorado de las dos.—¡Oh!... ¡Yo no habria tenido el mal gusto de contentarme con la mitad de tanta maravilla!—Los gemelos de Siam eran dos almas en un solo cuerpo.—Juana é Isabel eran dos cuerpos con una sola alma. No amarlas juntas hubiera sido amarlas á medias...—Regalo este asunto á la imaginacion de un novelista, suplicándole que me dedique la novela.

Ni han sido estos los únicos ratos de buena sociedad que he disfrutado en la capital del Piamonte; puesto que he tenido la dicha de encontrar en ella, de ministro plenipotenciario de España, al distinguido publicista señor don Diego Coello, con cuya amistad me honro hace algunos años.

Siempre es grato para el que viaja por el estranjero, penetrar en la casa cobijada por la bandera de su pais y á cuya puerta se ven las armas que simbolizan su nacionalidad. Dentro de aquellos umbrales está la patria. Allí cree uno respirar el aire amigo que meció su cuna. A pocos pasos que dé, resonará en sus oidos la lengua natal; encontrará afables compatriotas; recibirá noticias de la materna tierra...

Pero esta impresion es mucho mas dulce cuando se encuentra, como yo encontré en Turin (y pago una deuda de gratitud consignándolo en este lugar), la

patria y la amistad reunidas bajo un mismo techo; la acogida mas cariñosa; las atenciones mas delicadas y hasta un reflejo de los perdidos goces de familia.

Asi es que yo recordaré siempre con placer las noches que he pasado en casa del señor Coello, oyendo á su amable cuanto bella y elegante esposa recordar en el piano las melodías populares de España; departiendo amigablemente sobre nuestro pais con los ilustrados jóvenes agregados á la legacion; trabando una amistad, que promete ser cordial y larga, con el secretario señor Duro, que tanto me ha acompañado y atendido; jugando al tresillo con el famoso ingeniero y diputado español señor Ardanaz y con mi delicioso amigo el nunca bien ponderado duque de la Roca, antiguo conde de Requena, ó viendo mas de mil retratos fotográficos de otras tantas personas de Madrid,—entre ellas mas de la mitad amigas ó conocidas mias; beldades afamadas, hombres políticos, periodistas, militares, poetas, músicos y danzantes.

¡Oh, la fotografía es á la vista lo que el telégrafo eléctrico al oido!—Con el telégrafo eléctrico, podeis oir á vuestros amigos y parientes, á vuestros padres y vuestras amadas, á una distancia de miles de leguas.—Con la fotografía, podeis verlos; cruzar vuestra mirada con la suya; palpar su misma sombra; creeros en su presencia...

Regalo este asunto á un poeta enamorado.—Por mi parte... son las nueve menos diez minutos, y no puedo detenerme en largas consideraciones.

Volvamos, pues, á la historia.

El señor Coello trasladó una mañana toda su tertulia á *Stupiniggi*, donde nos dió un magnífico almuerzo.

Stupiniggi es una residencia real de caza, situada á dos leguas de Turin.

El intendente de palacio la habia puesto aquel dia á disposicion de nuestro ministro.

El castillo, que se alza en medio de unos estensos jardines y dilatados bosques, ostenta sobre su techo un enorme ciervo de bronce dorado, como símbolo venatorio.

Nosotros nos instalamos en una linda glorieta, cerca de un lago artificial, á la sombra de espesísimos árboles, desde donde se alcanzaba una admirable vista de todos los jardines y de las interminables alamedas que arrancan del castillo.

La hermosura de aquel lugar, en que la naturaleza y el arte han acumulado singulares encantos; la esplendidez y serenidad de un apacible dia de otoño; la alegría de los comensales; el idioma español que no abandonamos ni un momento; la vaga melancolía que nuestra condicion de estranjeros no podia menos de infundirnos, y la dulce tristeza que á mí me inspiraba aquel dia de efusion y de quietud, despues de tantos otros de soledad y vértigo, y en vísperas de volver á luchar con los azares del viaje y con las melancolías propias del que va por estrañas tierras, al modo de ave de paso; todo esto, digo, producia en mi alma una sorda inquietud, un suave placer, unos tácitos movimientos de ternura, una confusion, en fin, de encontradas emociones, que nunca olvidaré... ni lo deseo.

Al siguiente dia (que fue el de ayer) cambió la decoracion completamente.

—Tres escursiones hice, y las tres me pusieron en inmediato contacto con los muertos.

Mi primera escursion fue al *Museo egipcio*, que como os dejo indicado, es de primer órden. Algunos afirman que no tiene rival en Europa; y por consiguiente, ni en ninguna parte.

En él vi los despojos de un pueblo, de una civilizacion, de una edad del mundo.—Desde las estatuas de los dioses que se veneraban antes del nacimiento de Moisés, hasta las de los reyes que edificaron las Pirámides; desde las esfinges y los animales inmundos que se adoraban en el valle del Nilo, hasta las momias de los mismos que los adoraban; desde las armas del guerrero, hasta las telas preciosas y las alhajas que adornaron á las reinas; desde los manuscritos en *papyrus*, que han revelado el secreto de tan remota historia, hasta los instrumentos de agricultura, el ajuar doméstico, los vasos llenos de pinturas y los emblemas mitológicos que han desvelado el misterio de aquella vida, de aquellas costumbres...; todo, todo se encontraba en tan magnífico museo; todo acreditaba las mas peregrinas aseveraciones de la historia; todo hablaba un severo lenguaje que introducia la desolacion en mi espíritu.

Porque esta es la verdad. Cuando los testimonios del tiempo pasado se refieren solamente á tres, á doce, hasta á veinte siglos, despiertan en el alma poéticas imaginaciones; pero cuando se estienden mas allá de la historia de nuestra raza; cuando nos hablan de civilizaciones anteriores á la nuestra; cuando nos revelan otro mundo completamente estraño á nuestra genealogía histórica, lo que se despierta en el alma es una glacial filosofía, una ráfaga de muerte, que aniquila y barre todas las imágenes que son vida de la vida y sustancia de la imaginacion.—Un sepulcro de la Edad Media, v. g., se contempla con amor, con devocion, con respeto, con melancolía... Diríase que á él nos une un sentimiento filial y religioso... Pero las ruinas de Palmira, un sepulcro fenicio, un geroglífico de Thébas, nos inspiran graves y áridos pensamientos, una indiferencia estóica, una cruel misantropía.

Estas eran al menos mis ideas al contemplar las momias del *Museo egipcio*. —¡Tenia ante mi vista una infinidad de cadáveres, cuyos ojos, cuyos cabellos, cuyos dientes, cuya carne, cuyas facciones todas se conservaban tan perfectamente, que si hubieran resucitado tal como se hallaban, de seguro se hubieran reconocido los hijos y los padres, los amigos y los enemigos, los amantes y las amadas, los deudores y los acreedores, los vasallos y los reyes!—¡Y sin embargo, hacia cuatro mil años que aquellos cuerpos se habian despedido de sus almas! ¡Hacia cuarenta siglos que yacian en aquella postura, que dormian con aquel gesto, que se encontraban liados en aquellas fajas de engomada tela!

Yo pido encarecidamente á mis albaceas testamentarios (que nombraré con el tiempo), que no me embalsamen de manera alguna, ni me sepulten en ataud incorruptible, ni tan siquiera me entierren en un nicho de los que se estilan hoy. —Volvedme á la tierra cuando la tierra me llame.—No me legueis á la sacrílega curiosidad de futuras generaciones. ¡Que no me vea yo... esto es, que no me

vean á mí las gentes con el poco amor, con el ningun miedo, con la falta de respeto y hasta de asco con que miro yo ahora á estos infortunados egipcios!—¡Infortunados, sí!—¡Hace cuatro mil años que se les niega la madre tierra!—¡Qué *destierro* podrá compararse con el suyo!

Desde el *Museo* me fuí á la *Superga*.

La *Superga* (de la que no sé como no os he hablado ya muchas veces) es la mas alta cumbre de la serie de colinas que llevan el nombre de Montes de Turin, y de que forma parte el Monte de los Capuchinos, que ya conocemos.

Sobre aquella eminente cumbre levántase un hermoso templo, que se divisa á muchas leguas de distancia, por cualquier parte que se acerque el viajero á la capital del Piamonte.

En aquel templo duermen el sueño de la muerte los reyes de Cerdeña. Es, como si dijéramos, el Escorial de la dinastía de Saboya.

De Turin á la *Superga* hay dos leguas escasas, pero muy penosas, en razon á que se componen de ásperas cuestas y complicados rodeos. Para llegar á la misma puerta de la iglesia en carruaje, hay precision de enganchar cuatro caballos, y aun asi se va muy lentamente y con gran peligro de rodar cejando hasta estrellarse.—La costumbre inglesa es hacer la escursion en asnos.—Yo hice la mitad en coche y la otra mitad á pie.

Solo la vista que se disfruta desde lo alto de este monte, que se eleva mil cuatrocientos pies sobre Turin, vale la pena de la subida.—Dichosamente para mí, el dia no era muy trasparente: de lo contrario habria tenido el disgusto de divisar antes de tiempo todo el territorio que pienso recorrer en cuatro ó cinco dias.—Sin embargo alcancé á ver todo el Piamonte, todos los Alpes y mucha parte de las llanuras lombardas.

La iglesia de la *Superga* es de noble aspecto. Precédela un peristilo corintio al que se sube por una escalinata. El edificio principal es redondo, y termina en una elegante cúpula. A los lados, y armonizando con él, hay unas casitas cuadradas, coronadas por altas torres.

Los franceses, que no cuentan nunca sino sus victorias, se han cuidado muy bien de omitir en sus libros de viajes el orígen del panteon de la *Superga*. Es el siguiente.

Al amanecer el dia 7 de setiembre de 1706, hallábanse en el mismo sitio que hoy ocupa la iglesia, el famoso *Príncipe Eugenio*, generalísimo del emperador de Austria, y el duque de Saboya, Victor Amadeo I, observando los movimientos de un ejército francés que se acercaba á Turin, á cuyas puertas estaban acampados los soldados imperiales.—Mandaban las tropas francesas el duque de Orleans y el mariscal Marchin, batidos ya muchas veces por el Príncipe; y como notara este cierta vacilacion en la marcha y maniobras del enemigo, cuando aun no habia principiado la batalla, esclamó dirigiéndose á Victor Amadeo:

—*Señor, se me antoja que aquella gente está ya medio vencida.*

El duque de Saboya creyó en el presagio, é hizo en seguida voto de dedicar

una iglesia á María Santísima en el mismo lugar que entonces pisaba, si el Príncipe Eugenio derrotaba aquel dia á los franceses.

Asi sucedió, en efecto, pocas horas despues; y fue tan decisiva y brillante



José Garibaldi.

aquella victoria, que terminó la campaña y le valió al duque de Saboya el recuperar todos sus Estados y cambiar su título de duque por el de rey.

Dicho se está que la iglesia fue edificada; mas, para colmo de piedad, se dis-

puso hacer un gran panteon debajo del templo, donde serian sepultados todos los reyes de Cerdeña.

Yace allí, pues, Victor Amadeo I, tal vez en el mismo lugar en que hizo la promesa, y en pos del suyo, siguen los sarcófagos de la regia dinastía que principió en él.

El panteon tiene la forma de una cruz, y en su centro se alza un magnífico sepulcro, donde es costumbre depositar el cadáver del último rey muerto, hasta que viene su sucesor á relevarle.

Por consiguiente, aquel sepulcro contiene hoy los restos mortales de Cárlos Alberto.

Su ataud está completamente cubierto de coronas de siemprevivas, ó de plata y oro; de guirnaldas de flores; de ramas de laurel, y de otras ofrendas que renueva sin cesar el amor de los agradecidos piamonteses.

En una de las torres de los edificios contiguos á la iglesia, hay un salon cuyas cuatro paredes están cubiertas con retratos de todos los papas que han ocupado la silla de San Pedro...

¡Y qué singulares ideas despertó en mi ánimo la vista de todos los pontífices, encerrados en la torre mas alta de Turin!...

—Mire usted, me dijo el conserje de la casa. Este papa era español.

Y me señalaba á Calisto III.

—Eso quiere decir que usted sabe que yo lo soy.—Gracias por la galantería.

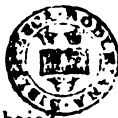
—He visto á tantos estranjeros, que adivino por la voz la patria de cada uno.

—Es natural. Pero dígame usted. ¿Por qué está mas estropeado que los demás el retrato de Pio IX, siendo asi que debe de haber sido pintado de los últimos?

—¡Ah!... Señor... Los liberales... los ingleses...

—Basta. ¿Y aquel? ¿Por qué está colgado del revés?

—Porque es Alejandro VI.



—¿Pero quién le ha colocado asi?

—Los estudiantes, señor... los estudiantes...

—¿Y aquel otro? ¿Por qué tiene la cabeza para abajo?

—¿Pues no la conoce usted? ¡Es la papisa Juana!...

—¿Y usted, qué dice á eso?

—Yo... señor... que cada uno cree sus cosas. Los tiempos han venido asi, y yo estoy esperando que el mejor dia me echen á mí y á los Santos Padres por ese balcon.

—¿Luego usted ha conocido otros tiempos en este mismo oficio?

—Ya lo creo... Hace cuarenta años que vivo aquí.

—¡Oh!... hace cuarenta años...

—Hace cuarenta años todo el mundo entraba rezando por esa puerta. Ahora entran los muchachos diciendo de corrido la historia de los papas. ¡Y qué historias! ¡Peores que las comedias!

—Pero ¿qué es eso? ¿No hay religion en Turin?

—Religion... si, señor. Pero la han tomado con el clero... ya me entiende usted... Con el clero alto... ¡Con Roma! —añadió bajando la voz.

—¿Y á eso? ¿Qué dice usted?

—Señor, yo no digo nada.

—Pues ni yo tampoco.

Y el hombre se quedaria diciendo:—«Todos estos españoles son absolutistas...»

Y yo me fuí diciendo... lo que os podeis figurar.

Cuando llegué á Turin serian las tres de la tarde. El tiempo estaba hermoso; mi espíritu se encontraba templado algo filosóficamente, y el coche me pertenecia hasta el oscurecer.

—¿A dónde vamos? me preguntó el cochero.

—Al cementerio, le contesté sin vacilar.

El *Campo-Santo* de Turin, ó sea el cementerio nuevo, abierto al público (¡qué frase!) en 1829, se halla situado á una media legua de la capital, á las orillas del tortuoso Dora.

Cuatro galerías de arcos, revestidas de nichos, habitados en su mayor parte, encierran un vastísimo cuadrilongo, sembrado de lápidas y cruces, y dividido por una quinta galería.

Lo que mas sorprende al viajero en aquella pacífica ciudad es su grande estension, el órden y el aseo de las tumbas... quiero decir, de las casas, y el nombre de alguno de sus inquilinos.

Allí moran los cuerpos de cuatro hombres, cuyas almas conocí yo y traté en mis pasados tiempos de estudiante.

Y es que sus almas habian ido á buscarme á Guadix, adheridas á las hojas de algunos libros.

Estos libros se llamaban *Las veladas de San Petersburgo*, *Le mie Prigioni*, *Francesca de Rimini*, *Eufemio di Messina*, *Ensayo sobre lo bello*, *El jesuita moderno*, *Mérope*, *Agamenon y Mirra*.

Dicho se está que los hombres de que hablo y cuyas tumbas visité ayer, son el conde José le Maistre, Silvio Pellico, el abate Gioberti, y Victor Alfieri.

En punto á monumentos, el único digno de mencion que encierra aquel Campo-Santo es el de Pier Dionigi Pinelli, dos veces ministro y otras dos presidente de la cámara popular de Turin.—Este sepulcro es obra de G. Albertoni.

Finalmente, el conserje del *establecimiento* me dijo que se trataba de ensanchar aquella vasta necrópole, añadiéndole nuevas galerías de nichos; y esto me hizo volver á reprobar el sistema de inhumacion que se emplea generalmente en nuestra época.

—¡Ilusos mortales! murmuré en mis adentros... ¿A dónde ireis á parar por este camino? ¿Tratais de construir una casa para albergar á cada difunto? ¿Creeis posible retener sobre la tierra á todas las generaciones? ¿No se os ocurre que si ensanchais los cementerios á medida que se vayan poblando, llegará un dia en

que las ciudades de los muertos serán mas grandes que las de los vivos? Y despues... ¿qué sucederá? Que los cadáveres ocuparán todos los campos; que llegarán á las puertas de nuestras capitales; que nos echarán de nuestras casas; que cubrirán toda la superficie del globo...—¡Por mi fe que esto seria sumamente poético!

¡Dejad, dejad comer á la hambrienta tierra! ¡No quebranteis las leyes naturales!—¿Quién puede asegurar que el oidium, el cólera, el desórden atmosférico que se nota en todos los climas y en todas las estaciones, las nuevas ideas que tanto os intimidan, los fenómenos morales que os asustan, la decadencia de las bellas letras, la escasez de algunos metales preciosos, y hasta la carestía de los inquilinatos, no consisten en que la madre tierra echa de menos su racion de carne humana?

¡Quién lo sabe, señores, quién lo sabe!...

Pero son las nueve y media... No hay tiempo que perder. Las demás cosas que he visto en Turin, asi como los que no he visto, serán asunto de otra conversacion, si por acaso vuelvo á esta ciudad, lo cual puede suceder...

Ahora pensemos solamente en que esta noche dormiremos en Pavía y mañana á la noche en Milan; y en que hoy es pleniluvio, y yo necesito estar en Venecia antes del cuarto menguante.

Adios, pues, al Piamonte... Adios... ó *¡á rivederci!*—En medio de todo, fuerza es confesar que este es gran pueblo.—Su civilizacion, sus buenas costumbres, sus adelantos materiales; el severo carácter, acendrado patriotismo, probada fortaleza y noble compostura de la raza; la sensatez y laboriosidad de las clases pobres; la ilustracion de la nobleza; el órden administrativo; las virtudes cívicas y privadas de que dan sus hombres públicos tantos ejemplos; la paz y la libertad que reinan en todas partes, á pesar de las graves circunstancias porque atraviesa el país; la red de ferro-carriles, carreteras y canales de riego y navegacion que envuelve todo el territorio; el estado de los campos; la seguridad con que se camina por las mas pobres y solitarias comarcas, y la prodigiosa rareza de los crímenes, se atraen la simpatía del viajero, haciéndole olvidar lo que haya de violento, de temerario, de desleal y de odioso en los medios de que, al decir de algunos, se ha valido el gobierno piamontés para hacer estensivas á toda Italia la libertad, la prosperidad y la independencia que aquí se disfrutan.

¡Las diez menos cuarto!...—Cojo mi saco de noche; dejo el hotel; entro en una *vettura*; grito al cochero: *¡Strada-ferrata di Alessandria!*.... llego al camino de hierro, cuando el tren principia á moverse; lo asalto al paso con mil apuros... y pocos momentos despues estoy ya tan lejos de Turin, que apenas diviso por encima de los frondosos árboles de *Moncalieri*, la enhiesta cima y el mortuorio templo de la *Superga*, paladion de la independencia del Piamonte.

CAPITULO IV.

LA LOMBARDIA.

I.

El autor tiene una esplicacion con los lectores.—Marengo.—Casteggio.—Una tarde en Pavía.—Recuerdos de la patria.—*El Albergo della Croce Bianca*.—Lugar de la batalla de Pavía.—La cartuja.—Los monjes.—La celda de Francisco I.—Descubro á Milan.

Pues señor, héme aquí solo en mi solo cabo, empaquetado en un coche del tren que me sacó de Turin, rodeado de estranjeros que no he visto ni volveré á ver en toda mi vida, y reducido á hablar conmigo mismo, ó sea con mi cartera de viaje... la única que sabe aquí quién soy yo, de dónde vengo, á dónde voy, y á quién habria que enviarle mi saco de noche, si por acaso me muriera ó este ferro-carril hiciera una de las suyas...

Yo envidio á los hombres que sienten y callan, ó por decir mejor, que pueden callarse lo que sienten.—Yo he pasado siempre por el estremo opuesto, de trasmitir al primer recien-venido mis alegrías, mis pesares y mis entusiasmos,—debilidad que me ha acarreado muchos sinsabores y bastantes compromisos; pues no todos los hombres administran honradamente la hacienda agena.—Desde que adquirí tan amargo convencimiento, dejé de dar á nadie parte de mis dolores, y los encerré con siete llaves en mi corazon, á riesgo de morir de una aneurisma; pero en cambio me siento cada vez mas inclinado á comunicar á los demás todos mis contentos y felicidades.—¡Singular filantropía!... cuando me encuentro solo, delante de alguna cosa bella, de algun hermoso espectáculo, de algun prodigio natural ó creado por el arte, lo primero que se me ocurre es lamentar que no se halle en torno mio toda la humanidad, participando de mi admiracion; y si estoy acompañado, necesito, para que mi goce sea completo, que los demás se conmuevan tanto como yo, que lo demuestren, que lo proclamen, que me prueben que no soy yo solo el afortunado, el entusiasta, el sensible.—De aquí mi indeclinable necesidad de referir todo lo que veo y me sorprende; de aquí mi precision de ir escribiendo este viaje; de aquí la publicidad que le daré mañana; de

aqui mi resistencia á dejar el oficio de escritor por otro mas regalado y lucrativo...—¡Oh! si yo no escribiera cuando viajo solo; si no hablara cuando me entusiasmo; si hubiera de devorar siempre mi admiracion, mis inspiraciones y mis dichas, como devoro mis inquietudes y mis penas, estoy seguro de que me ahogaria.—Y de aquí tambien que cuando escribo no me propongo nunca como principal objeto que mi libro guste á los lectores, sino que les gusten aquellas cosas que me gustaron á mí y cuya descripcion les hago.—Quiero que viajen, no que me lean; que miren, no que me oigan; no les presento una pintura, sino un espejo; no les ofrezco una copia de los objetos, sino un lente para que los vean por sus propios ojos.—Asi es que si yo fuera *cuatrillonario*, en vez de dar este libro al público, costearia á todos mis lectores un viaje por Italia, y vendria confundido entre ellos, á fin de participar de sus emociones.—Pero ya que no estamos en ese caso, ni mucho menos, admitid, lectores mios, los mal trazados renglones que iré escribiendo con lápiz y sobre la rodilla, en mi cartera de viaje, siempre que lo permita el movimiento del tren ó del coche en que camine y siempre que haga un alto de un minuto; pues á vosotros van dedicados y dirigidos, y muy particularmente á las personas caras á mi alma de que me acuerdo en cada lugar y á cada hora durante mi solitaria peregrinacion.

Por ejemplo: este viaje de Turin á Milan te le dedico á ti, padre mio, que me hablaste el primero de los lugares que voy á recorrer; á ti, que me esplicabas, cuando yo era niño, la batalla de Pavia, cuyo teatro saludaré esta tarde: á tí, que darias un año de tu preciosa vida por poder decir, como yo diré dentro de algunas horas: *he visitado* LA CARTUJA *que retembló con el estrépito de aquel combate, y pasado por el mismo lugar en que entregó su espada, ya vencida, el rey Francisco I.*

Lo que es hasta ahora, poco tengo que contarte.—El camino de hierro que voy recorriendo, es, segun la fama, uno de los mejores que se han construido en Europa; pero sus grandes obras se encuentran acumuladas cerca de Génova, en el paso de los Apeninos; de modo que yo no las veré hasta dentro de algunas semanas.—Hoy dejaré esta línea en Alejandría, y tomaré otra que me conducirá á *Casteggio*, por donde pasaré al Milanesado.

Lo único notable que me ha salido al encuentro en la hora escasa que llevo de camino desde que abandoné á Turin, ha sido alguno que otro puente de los muchos atrevidos y vistosos que se hallan á cada paso en esta línea.

Ahora nos encontramos parados en *Asti*, viejísima ciudad, rodeada de interminables viñedos, que producen el delicioso vino de que ya he hablado en varias ocasiones.

Asti se halla situada en la confluencia del Tanaro y del Borbore.—El Tanaro es muy conocido en nuestra historia por haberse dado á sus orillas una gran batalla en que los españoles y los franceses, mandados por el infante don Felipe, derrotaron á los piamonteses y á los austriacos... allá por los años de 1745.—¡Singulares alianzas!

El tren vuelve á marchar, siempre con direccion al Este, y siempre por un

plano inclinado...—El país que recorremos es monótono, pero sumamente feraz. —El sol empieza á nublarse.

Una hora despues divisamos los muros y las torres de Alejandría; y apenas tengo tiempo de recordar que esta célebre plaza fuerte ha sido la base de operaciones de muchos ejércitos belijerantes, y sin ir mas lejos, de los mandados por Napoleon III y Victor Manuel el año pasado, cuando el tren llega rugiendo á las puertas de la ciudad, y penetra en una estacion vastísima, llave y centro de cuatro ferro-carriles importantes.

Alessandria della Paghia (Alejandría de la Paja) se llama asi, porque en su orígen, cuando el papa Alejandro III la hizo construir aceleradamente, como posicion estratégica que tuviera á raya á sus adversarios *los gibelinos*, era toda ella de tierra y paja.

Hoy no sé cómo será, pues la estacion se halla en las afueras; pero su perspectiva me hace comprender que desde los tiempos del gran pontífice *güelfo* hasta nuestros dias, la ciudad ha adelantado mucho.

Sin embargo, la *Guía* dice que Alejandría no encierra nada de particular.

Yo me alegro de que asi sea, pues de este modo almorzaré tranquilamente en el *buffet* de la estacion, aprovechando la media hora de parada que se hace aquí para mudar de tren.

Solo siento no ver las famosas esclusas del Tanaro que sirven para inundar esta comarca, derramando el rio en torno de la ciudad, siempre que la amenazan y cercan ejércitos enemigos.

Si alguna cosa pudiera dar una idea completa del movimiento y vida de la época actual, seria el espectáculo que estoy contemplando mientras almuerzo.

El vasto salon del *buffet* contiene mas de trescientos viajeros que comen apresuradamente lo primero que hallan; casi todos de pié; cada cual vestido á su manera (pues nada hay que se preste tanto al capricho como una *toilette* de viaje); revueltas las familias; confundidos los sexos; mezcladas las clases; hablándose unos á otros con la mayor franqueza, á pesar de no haberse visto nunca, y gritando la mayor parte, golpeando en la mesa ó en las copas, ó dando recias palmadas, á fin de atraer á los mozos, que contestan desde lejos con no menores gritos.

Toda esta gente se ve reunida aquí por un momento, y partirá dentro de pocos minutos en diversas direcciones. Ya os he dicho que en Alejandría se cruzan cuatro grandes ferro-carriles. Uno de ellos viene del Norte, habiendo recogido viajeros del Lago Mayor, de Milan, de Como, del Tirol, de Venecia y de Alemania; otro llega de Susa y de Turin, el tercero sube de Génova, trayendo á remolque toda la península; y el cuarto acude desde Bolonia, atravesando los ducados de Módena, de Parma y de Plasencia.—Y esto sin contar con el pequeño camino de hierro de Acqui, tributario tambien de Alejandría.

De vez en cuando, óyese gritar á la puerta del comedor.—*¡Partenza!...*

Y todo el mundo deja de comer y presta oido atento á lo que sigue... Y lo

que sigue es una lista de los pueblos para donde va á salir tren ahora mismo.

Y cada uno, al oir nombrar el pueblo á que se dirige, tira el tenedor ó la cuchara; arroja unas monedas al mozo, y sale á escape, como si le acabaran de



Vista de Verona.

anunciar que arde su casa...—*¡Marengo! ¡Spinetta! ¡San Giuliano! ¡Tortona! ¡Pontecurone! ¡Voghera! ¡Casteggio!* oigo gritar yo... y hago lo que los demás.

¡Marengo! ¡Marengo! voy esclamando maquinalmente mientras me dirijo al tren.

Y mi imaginacion lo vé todo bajo la forma de un hombre pálido y delgado, de pequeña estatura, lacios cabellos, ojos claros y luminosos y nariz aguileña,

vestido con un largo redingote gris y llevando el clásico sombrero napoleónico.—Es el primer cónsul; es la estatua de la columna de *Vendome*; ¡es Bonaparte!

Algunos minutos despues el tren atraviesa una vasta llanura tan monótona como las de la Mancha, pero cubierta toda de interminables y holgadas hileras de olivos y de morales.

A lo lejos se distingue un pueblecillo, dominado por la alta y solitaria torre de su iglesia.—Es Marengo.

El fantasma del rendingote gris y del sombrero clásico corre desalado por los campos que median entre el ferro-carril y aquella aldea.

Acaso ese fantasma es una ilusion óptica producida por el humo de la máquina.

Las estensas y ordenadas filas de árboles galopan en pos de él, á medida que nosotros recorremos la llanura.

Se diria que son columnas de combatientes que se lanzan al ataque.

Decididamente, estoy viendo la batalla.

El estruendo del tren imita el fragor de la pelea. El humo de la locomotora representa el de los cañones. El movimiento aparente del terreno finge las cargas de caballería. Mi imaginacion suple el resto.

Hace sol; pero tambien en el cielo hay contienda entre las nubes.—Pardos ejércitos se buscan ó se evitan en la atmósfera, dibujando sobre la tierra la movible sombra de sus masas...

Yo me creo trasladado al 14 de junio de 1800. Yo me imagino la acometida simultánea, la lid sangrienta, las rápidas maniobras, la fiebre, el horror, la dispersion, los cadáveres...

En esto se nubla el sol... Un velo de luto cubre la llanura de Marengo...

Los austriacos han vencido... Los franceses huyen por todas partes...—Son las tres de la tarde... de aquella tarde sangrienta...

Mas el sol vuelve á salir...

Nuevos fantasmas recorren estos campos...

Es *Desaix* que llega con sus tropas al teatro de la accion, atraido por la voz de los cañones.

Bonaparte mira al fatigado astro del dia con mas ansiedad que Josué en Gabaon; consulta la hora, y dice á sus generales:—*Aun tengo tiempo de dar otra batalla.*

Y recomienza la lucha. Desaix se lanza al frente de sus escuadrones sobre la línea austriaca y consigue romperla. El resto de los franceses cae sobre las dos alas enemigas y las desbarata en una hora...

Torna á ocultarse el sol...

Desaix ha muerto... ¡El bravo Desaix, que acaba de llegar de Egipto, cubierto de inmarcesible gloria; el noble Desaix, cuyo monumento corona la cima de los Alpes!...

Pero la victoria es de Napoleon. El desastre de por la mañana ha sido ven-

gado con creces á la tarde. Esta doble jornada entrega toda la Alta Italia á la república francesa.—Bonaparte sueña ya con el trono.

El sol luce de nuevo, inundando de oro el horizonte...

Marengo ha desaparecido...

Nos acercamos á *Montebello*.

Hé aquí *Tortona*... Hé aquí *Voguera*... riquísimas ciudades ambas...

Hé aquí *Montebello*, donde el general Lannes derrotó tambien á los austriacos y ganó su título de duque, pocos dias antes de Marengo, y donde el año pasado volvieron á luchar austriacos y franceses.

Pocos kilómetros mas allá encontraremos á *Casteggio*,—otro teatro de la misma lucha...

¡*Casteggio*!...—Hemos llegado.

Yo echo pié á tierra, pareciéndome que acabo de despertar de una horrible pesadilla.

El tren sigue hácia Levante en busca de Plasencia, Parma y Módena.

Yo me quedo... Estoy á cinco leguas de Pavía.—La silla de posta del correo me llevará en tres horas.—No hay tiempo que perder.

Y á la verdad, no pierdo ninguno. Cuando llego á la administracion, encuéntrome los caballos enganchados y el conductor sobre su trono.

Partimos.—El terreno que atravesamos constituye el punto de interseccion de las fronteras del Piamonte, la Lombordía y el ducado de Parma.

Por donde quiera que miro, solo veo morales y mas morales, signo que demuestra la inmensa cantidad de seda que produce este país.

Pronto pasamos el Po (no sin espanto de los caballos), por un largo puente de barcas que amenaza hundirse bajo el peso del carruaje.

El avariento rio lleva aquí ya doble caudal del que le conocí ayer en Turin, y eso que todavía no han ingresado en él las abundantes aguas del Tessino.—La confluencia se verifica á legua y media de este puente.

El terreno sube un poco... Los caballos van á escape... El mayoral los arenga en italiano...

Caminamos bajo la ancha sombra de una gigantesca nube; pero allá á lo lejos se ve una zona alumbrada por el sol. En medio de ella distingo una altiva ciudad, coronada de muchas torres, ceñida por las brillantes aguas de un rio, y cercada de frondosas huertas y estensos y verdes campos...

Es Pavía.

¡Salud á Antonio de Leyva, su heróico defensor! ¡Salud á las armas españolas! ¡Salud á don Fernando de Avalos, á Lannoy, á Hernando de Alarcon, al marqués del Vasto, á don Hugo de Cardona!—¡Salud al valeroso rey vencido! ¡Salud á Francisco primero!...

Otro puente... Hé aquí el *Gravellona*, que no es sino un brazo del Tesino. —El otro brazo ciñe las murallas de Pavía.

Y esto me recuerda aquel ardid de guerra del rey de Francia, que reunió en el Gravellona todas las aguas del Tesino, á fin de asaltar la ciudad por el álveo

seco de la corriente que la defiende hácia el Sur: ardid ingenioso, que era una imitacion del que empleó Ciro para entrar en Babilonia; pero que no dió buen resultado al rey Francisco; pues las aguas rompieron los diques, á consecuencia de una gran lluvia, y tomaron su curso acostumbrado.

El *Gravellona* sirve de frontera al Piamonte y á la Lombardía.—Aquí estaban antes las aduanas sarda y austriaca.—Hoy no hay mas que una pobre castañera, establecida con su gran anafe á la cabeza del puente.

Del otro lado principia una larga alameda que va á terminar en la almenada puerta de Pavía.

La tarde se ha nublado definitivamente.—El viento, frio y húmedo, me trae remotos clamores de campanas que tocan á muerto.—Esto me hace pensar en que pasado mañana es víspera de Difuntos.

En el *cupé* del correo viene conmigo un buen señor, natural y vecino de Pavía, confitero de profesion, que salió anteayer para Casteggio á ver á un hermano suyo, y que vuelve á su casa lleno de afan por encontrar á su mujer y á sus hijos.—¡Hace cuarenta horas que está separado de ellos!

Nuestra conversacion por el camino ha versado casi toda sobre el estado de *la confitería* en Italia y en España. Yo le he esplicado los progresos que esta industria ha hecho en los reinos de Granada y de Valencia, y él me ha puesto al corriente de la marcha de sus negocios, ventajas de su establecimiento, géneros que ha inventado y estudios á que consagra sus insomnios.—El tal confitero es hombre de una elevada ambicion y de no comun inteligencia. Aspira á ser el Napoleon de su oficio, y tiene en mas la gloria de su confitería que los provechos pecuniarios.—Ahora se dedica á perfeccionar el dulce de pimiento.

Al avistar á Pavía, le he preguntado hácia dónde cae el lugar de *la batalla,* pero él me ha respondido, como si le hablara de la de Magenta:

—Fue mucho mas allá... en el camino de Milan á Turin.

Yo le he dicho que se trataba del siglo XVI, y de un rey de Francia hecho prisionero por los españoles, en el parque de una Cartuja.

—La cartuja se halla al otro lado de la ciudad, me ha respondido gravemente; pero yo soy de Pavía, y no he oido hablar nunca de semejante batalla. Ya sabe usted que se miente mucho cuando se trata de paises lejanos. Aquí no se han conocido mas batallas que la que le he dicho á usted, y la de Marengo; y esas tuvieron lugar á bastantes leguas de Pavía. ¡Como no lo diga por Garibaldi!... Pero bien que usted habla del siglo XVI...—¡Nada... nada!... Usted viene equivocado. Aquí no ha sido preso jamás ningun rey de Francia.

Yo me he dado por satisfecho con esta esplicacion, y he vuelto á la conversacion de los confites.

Al llegar á la puerta de Pavía (*porta di Ticino*), mi compañero de viaje se apea del coche y pasa á los amantes brazos de su familia.

Yo penetro en la ciudad, asomándome alternativamente á las cuatro ventanillas del cupé, con el lápiz en una mano y la cartera en la otra.

Los vecinos de Pavía se asoman por su parte á las puertas y á los balcones para ver pasar el correo.

La importancia que dan á un acontecimiento tan insignificante, y el silencio que reina por doquier, me demuestran desde luego que la ilustre Pavía es una ciudad sedentaria, falta de vida y animacion, que vegeta pacíficamente á la sombra de su histórico pasado.

Las calles que recorro hasta llegar á la administracion de correos son tristes y solitarias. La yerba crece impunemente entre el empedrado. Las casas tienen grandes balcones, muy volados ó salientes, como en muchas ciudades de Andalucía. Estos balcones están llenos de enormes macetas, en que no solo crecen flores, sino tambien árboles frutales y otras corpulentas plantas, entre cuyas verdes hojas cantan su presente desdicha y sus pasados amores millares de pájaros prisioneros.—Sobre las puertas de las casas se ven muchos mas escudos heráldicos que muestras y rótulos de tiendas.—Todo esto me recuerda algunos barrios de Valladolid y de Segovia.

Y la verdad es que el parecido se justifica por el parentesco.—Pavía ha pertenecido durante siglos enteros á la monarquía española.

Desde el correo soy conducido al mejor hotel de la antigua *ciudad de las cien torres*.

El primitivo hotel italiano se llama *albergo*, asi como el *restaurant* ó fonda se llama *tratoria*.

Héme aquí, pues, en el *Albergo de la Croce bianca*, caseron antiquísimo, sumamente incómodo, en el que no hay un solo huésped, por lo que he podido disponer del aposento principal.—Este aposento es un salon, en que pueden correr caballos, adornado de muebles seculares, y provisto de dos camas inmensas, altísimas, históricas, en que han debido dormir Antonio de Leyva y Juan de Urbina, y morirse diez ó doce generaciones.

Afortunadamente, toda esta fúnebre grandeza se disfruta casi de balde.

Son las cuatro.—Salgo á recorrer la ciudad; á disponer mi escursion á la Cartuja y al lugar de la batalla, y á preparar mi viaje á Milan, que dista de aquí nueve leguas.—A la noche continuaré estos apuntes.

. . . .

Vengo de visitar todas las cosas notables que encierra Pavía. Solo me falta ver *la Cartuja*, que se halla en el camino de Milan, por lo que he decidido detenerme mañana en ella, á mi paso para la capital de la Lombardía.

En cuanto al parque en que se dió la batalla, ya sé dónde se encuentra.

Trabajo me ha costado adquirir esta última noticia; pues todas las personas á quienes he preguntado por esas calles de Dios, me han respondido, lo mismo que el confitero, que aquí no se sabe de mas batallas que de las de Casteggio, Montebello, Magenta y Cavriana.

—Merezco este castigo, me decia yo al oir tales contestaciones; merezco este castigo por desmemoriado ó por ignorante, que es igual.

O bien esclamaba,—para vengarme de aquellas gentes:

—¡Comprendo que estos desgraciados no tengan noticia de semejante batalla! ¿Qué les va á ellos en tan señalada gloria? Aquel memorable dia no pertenece á los anales de Italia, sino á-los de España y Francia. Los italianos (entonces, como otras muchas veces) fueron testigos de agenos triunfos; eran la prenda disputada por los estranjeros; dejaban de ser esclavos del vencido para pasar á serlo del vencedor. ¿Qué les importa, pues, á los hijos de Pavía que en 1525 los españoles vencieran bajo estos muros á los franceses, ó que los franceses hubieran vencido á los españoles?...

¡A fé que en España no se olvidará nunca aquella lid!—¡A fé que los franceses no la olvidarán tampoco!

Quiso al fin el cielo depararme un padre cura muy entrado en años y de bondadosa fisonomía, el cual salia de una iglesia al mismo tiempo que yo entraba.

Tuve, pues, levantada la mampara hasta que pasó, y respondiendo entonces al espresivo saludo con que me dió las gracias, me atreví á decirle, sombrero en mano:

—Perdone usted, señor cura.

—Hable usted, señor caballero.

(Todo esto en italiano, ó lo que es lo mismo, en música.)

—Quisiera usted decirme hácia qué parte de la ciudad se dió hace tres siglos y medio una batalla...

El cura se sonrió cariñosamente, y me interrumpió de este modo:

—Lo habia adivinado... Usted es español...

—Para servirle, padre mio, respondí soltando la mampara.

—Y como español (continuó el buen viejo, prendado de mi respetuosidad,) va usted buscando el lugar en que sus compatriotas derrotaron é hicieron prisionero al rey de Francia...

—Justamente, señor. Eso es lo que busco.

—Pues bien, hijo mio. Vamos á cuentas. ¿Usted viene de Milan?

—No señor. Voy á Milan.

—Perfectamente. ¿Usted deseará ver la famosa Cartuja de Pavía?

—¡Oh! ¡si lo deseo!...

—Perfectísimamente. ¿Usted acaba de llegar á Pavía por la *porta Ticino?*

—Hace media hora...

—¿Usted no ha visto todavía nada?

—Nada...

—¡Buenísimo!—Pues señor... Yo iba á dar un paseo por las calles, porque la tarde está demasiado fria para ir al *Stradone* (el paseo público) y además amenaza lluvia... Pasearé con usted; le enseñaré las principales cosas que comprende la ciudad, y luego le dejaré...—¿Dónde vive el señor caballero?

—En el *Albergo de la Cruz blanca* me tiene usted á sus órdenes; pero debo partir mañana...

—Mañana mismo, añadió el señor cura, indicándome con un ademan que tuviese calma.

A todo esto, no me habia dicho todavía lo que yo deseaba saber.

—Lo primero que vamos á hacer, prosiguió mi venerable *cicerone*, es ir á ajustar un carruaje particular que le conduzca mañana á Milan. Llevando usted á sus órdenes el coche, puede hacer alto en la Cartuja, que se halla á media legua de Pavía, y detenerse allí todo el tiempo que quiera. Cerca de la Cartuja, ó sea en torno de ella, está el parque de *Mirabello*, en que se dió la batalla...

—¡Gracias á Dios!

—Espérese usted, jóven.—Aquel es un paraje amenísimo, donde le aconsejo que almuerce... para lo cual hará usted que le dispongan esta noche en el *albergo* un cestito de provisiones.—Allí podrá usted recordar la batalla, despues de haber visitado la Cartuja, y con tal que prosiga su camino antes del mediodia, llegará á Milan con sol.—¿Qué le parece mi programa?

—Es escelente, dije yo con toda verdad; y solo siento que usted se incomode...

—Yo no me incomodo... Al contrario... Yo tengo particular afecto á los españoles. Como hijo que soy de Pavía, he leido con detencion su historia, y no he podido menos de entusiasmarme con la relacion de los grandes hechos que acometieron en este país los generales y soldados de Cárlos V.—No es que yo sea cortesano de la fortuna y me ponga siempre del lado del vencedor, sino que hallo mas grandes, mas nobles y mas generosos á Pescara y á Leyva que á tantos otros capitanes de diversas naciones como alternaban con ellos.—Vea usted si no lo que hizo el francés Lautrec en 1527 para vengar la derrota de 1525... ¡Entregó á Pavía al pillaje de sus tropas durante una semana!... ¡Permitió el saqueo y la violencia!... ¡Se ensañó en una ciudad inocente y desarmada! ¡Como si Pavía tuviera la culpa de que los franceses no hubieran podido resistir á los españoles en el parque de *Mirabello!!*—¡Ah! ¡pero Antonio de Leyva!... El que á mí me enamora es Antonio de Leyva!—Yo me lo figuro encerrado aquí en Pavía, sin recursos de ningun género, casi moribundo, con la mayor parte de la guarnicion sublevada porque no se le pagaba hacia muchos meses; con la plaza casi abierta hácia el Sur, á consecuencia de haber estraviado los franceses las aguas del Gravellona; sin noticias del ejército español; amenazado por el hambre... Y bien: ¿Qué cree usted que hizo aquel insigne caudillo en semejante aprieto?—Leyva empezó por reunir á los españoles, que constituian la mitad de la guarnicion de Pavía, y en vez de pagarles, les pidió y alcanzó que le dieran todo el dinero que tenian. (Verdad es que los españoles no eran los sublevados.) Con aquel dinero apaciguó á los alemanes, que componian la otra mitad de la guarnicion, y de esta manera pudo contar con todos ellos á los pocos dias, para rechazar un tremendo asalto, en que mataron dos mil franceses y al duque de Longueville, que los mandaba. En otra ocasion, y para acallar tambien las quejas de los mismos tudescos, reunió toda la plata de las iglesias, la que pidió

prestada por la ciudad y la mucha que habia empleada en adornos militares, y acuñó una infinidad de moneda.—¿Pues y sus salidas y sus ataques al campamento enemigo? ¿Y aquel sitiado convertido en sitiador? ¿Y su último rasgo, el dia de la batalla, cuando se hizo llevar á ella en una silla de manos al frente de la guarnicion, que cayó como un rayo á retaguardia de los franceses y decidió en un momento la victoria?... ¡Ah! ¡bravo! ¡bravo Leyva! Crea usted que aunque soy eclesiástico y me veo tan viejo, pelearía yo todavía con gusto á las órdenes de un hombre semejante!

Aunque yo sabia todas estas cosas, me agradaba oirlas en Pavía y de boca de aquel viejo, por lo cual me guardé muy bien de interrumpirle.

En esto llegamos á la *Plaza Grande*, donde hicimos el ajuste del coche que ha de llevarme á Milan.

La *Piazza Grande* es fea, vieja, súcia, melancólica. Rodéanla unos pórticos enanos, desiguales, de arcos algo apuntados, construidos, se conoce, hace algunos siglos.

Lo único bello que he visto en aquella plaza ha sido unas enormes pilas de hermosísimas frutas de muchas clases, en que no sabia qué admirar mas, si el tamaño, si la variedad ó si la profusion.

En la casa de ayuntamiento (que diríamos en España), llamó mi atencion una imágen de la Vírgen delante de la cual ardia una lámpara.

—Veo, le dije al cura, que los vecinos de Pavía son muy devotos.

—Como todos los lombardos, me respondió el padre de almas. Ya verá usted en Milan.

—Reparo tambien, continué yo, que sus paisanas de usted son estraordinariamente altas.

—Las lombardas lo son por lo general; pero las hijas de Pavía, sobre todo, tienen fama por su estatura. Las hay que miden cinco piés y medio.

El cura se quedaba corto. En aquel momento pasaban á mi lado dos señoras que hubieran podido servir como granaderos.

Estas señoras y otras muchas que he encontrado esta tarde, llevaban mantilla de tul.—En su rápido andar y desgarbados movimientos habia no sé qué fantástica nobleza.

En cuanto á los hombres, casi todos usan nuestra capa española.

A este propósito, me recordó el cura que hace poco mas de un siglo, en 1745, los españoles se hicieron otra vez dueños de Pavía.

—Yo tengo setenta años, prosiguió despues con tristeza el buen sacerdote, y durante ellos Pavía ha cambiado cinco veces de nacionalidad. Cuando yo nací era austriaca; luego la hicieron francesa; despues la devolvieron al Austria; en seguida se emancipó y fue italiana; al poco tiempo la recobraron los austriacos, y hoy forma parte de los Estados del rey de Cerdeña. Tal es el destino de Pavía. Y sin embargo ella ha sido ilustre y poderosa como las mas grandes ciudades de la península. Ella ha sido en la antigüedad capital de la Lombardía, república independiente, Estado feudatario del imperio de Carlo-Magno. Aquí tiene su pa-

lacio la célebre familia Malaspina. Aquí nació Lanfranc, el famoso arzobispo de Cantorbery, que civilizó la Inglaterra. Aquí nació Cardan...

—¿Cómo? ¿Cardan es de Pavía?

—Ni mas ni menos que yo.

Este Cardan es aquel sabio médico, matemático, astrólogo, visionario, ***espiritista***, como se dice hoy, que predijo el dia en que habia de morir, y que á fin de no equivocarse, dejó de comer cuando vió que se acercaba el plazo, consiguiendo á la postre que el hambre cumpliera la profecía.

El cura continuó de esta manera:

—Hoy solo le queda á Pavía su renombrada universidad, y 25,000 habitantes dedicados á la agricultura, á la sedería y á las ciencias. Verdad es que dentro de quince dias, esta desanimacion y tristeza que advierte usted hoy en calles y plazas, se tornarán en júbilo y ruido, con la llegada de 1,400 estudiantes que están de vacaciones; pero luego viene el verano, y vuelve la decrépita ciudad á su pacífico sosiego.

En estas y otras conversaciones se nos ha pasado la tarde, que, merced á la afabilidad é instruccion del señor cura, ha sido una de las mas aprovechadas de mi vida.

Asi fuimos á la catedral, á la *universidad*, al *castillo*, y á otras muchas partes, yo preguntándole lo que no sabia, y él refiriéndome lo que se le antojaba.

La catedral se empezó en el siglo XV y aun no está concluida. Una de las cosas que quedan por hacer es la cúpula, en cuyo hueco se ha tendido provisionalmente un cielo raso.

En este templo hay un magnífico sepulcro de mármol blanco, adornado con mas de trescientas estatuitas de santos y personajes alegóricos de un mérito nada comun.—Aquel sepulcro encierra las cenizas de San Agustin.

Acerca de la identidad de estas cenizas, hay encontrados pareceres.—Por ejemplo: el *Itinerario de Italia* la niega; y el sacristan que enseña el monumento, la afirma.—Aquel dice: *pretendu tombeau*. Este dice: *vera tomba*.

Yo me quedo con el *vera* del sacristan.

En cuanto al vecindario de Pavía, le llama piadosamente: *l'Arca di San Agostino*.

La *Universidad* es magnífica y una de las mas antiguas y reputadas de Europa. Su fundacion se atribuye á Carlo-Magno. Comprende cuatro patios espaciosos, una multitud de clases, el mejor *Gabinete anatómico* de Italia, un *Museo de Historia Natural*, otro de *Física*, una gran *Biblioteca* y un *Jardin botánico*.

Il Castello es el antiguo palacio de los Visconti, convertido hoy en cuartel. —Allí debió de habitar Antonio de Leyva.

Pero la verdadera rareza de Pavía no es ninguna de estas, sino sus famosas *cien torres*, de que ya quedan muy pocas en pié.

Estas torres no coronan templos, castillos ni palacios, como cualquiera se



Portada de la Cartuja de Pavía.

figurará, sino que arrancan de la tierra, en medio de las plazuelas y hasta de las calles, y se levantan solas, escuetas, cuadradas, angostas, altísimas, al modo

de colosales maderos clavados en el suelo.—Todas son de ladrillo, sin que el arte haya entrado por nada en su construccion.

—Padre, ¿qué representan esas torres? le pregunté al señor cura. ¿Para qué servian? ¿Qué significaban?

—No servian para nada, y significaban solamente el ridículo estremo á que puede llegar la vanidad del hombre. Estas torres las levantaban los antiguos magnates de Pavía (los *Botticella*, los *Olevano*, los *Mezzabarba*, los *Brambilla* y otros de que ni aun queda memoria), para conmemorar el nacimiento de sus hijos. Al principio fueron pequeñas; pero luego los señores empezaron á competir sobre quien las construia mas altas, y llegó á haber algunas de una elevacion prodigiosa. Estas fueron las que se hundieron mas pronto, no sin graves daños para la ciudad. ¡Como eran tan altas y tan endebles, el mas leve terremoto las derruia!—Esto mismo les pasa á los soberbios.

Confesad que mi *cicerone* de hoy no tiene precio.

Cerca del oscurecer, el señor cura hizo una paradita de las suyas, y me dijo:

—Amigo mio (permítame usted darle este nombre), yo me retiro á casa...

—Señor cura, tendré el honor de acompañarle á usted.

—No lo permito, á menos que quiera usted tomar posesion de ella, y acompañarme á hacer colacion.

—Le doy mil gracias; pero harto he abusado de su bondad. Si usted quiere venir á mi pobre *albergo*...

—Esta usted en la puerta...

—¡Oh! ¡qué bondad! ¡me ha traido usted hasta aquí!

—Nada. Descanse usted, que mañana tiene que hacer un viaje.

De buena gana seguiria copiando la larga serie, no diré de *cumplidos*, sino de requiebros y protestas del alma que nos dirigimos todavía antes de separarnos el señor cura y yo. Tendria una complacencia en ello, aunque solo fuera por no olvidar nunca las afectuosas palabras del respetable anciano y aquellas en que consigné yo la eterna gratitud y agradabilísima memoria que me llevaba de su merced; pero temo enojaros con semejante relacion, y habré de limitarme á deciros que el buen viejo lloraba cuando me dijo *adios*, y que yo me quedé clavado en mitad de la calle, como una de aquellas macilentas torres, procurando darme cuenta de este encuentro, de este tipo y de la emocion con que le he visto desaparecer para siempre.

¿Quién sabe? ¿Quién conoce los parentescos ignorados, físicos ó espirituales, que mediarán entre personas que se crean estrañas? ¿Quién me dice á mí que este padre cura no es un alma española en un cuerpo italiano? ¿Quién me puede convencer de que su cuerpo no es una renovacion del de cualquiera de los españoles que murieron en Pavía hace trescientos treinta y cinco años? ¿Quién me asegura que cuerpo y alma no descienden de algun personaje con quien yo simpatizo al través de la historia? Y además, ¿no estuvo aquí mi décimo abuelo? ¿Seré yo sobrino del señor cura? ¿O el señor cura no existirá realmente? ¿Será una vision mia? ¿Será el genio de la ciudad que se ha despertado para hacerme los

honores de ella? ¿Será el *Quasimodo* de la Pavía histórica, el alma de los tiempos pasados, que ha vibrado á compás con mi alma? ¿Será una recompensa que me ha otorgado el cielo por haber cumplido esta peregrinacion de gloria?

¡Todo es posible!

Como quiera que sea, yo he vagado por las calles otra hora mas, embozado en una capa que en nada se diferencia de las que aquí se usan, solo y bastante triste, viendo jugar á los chicos en las plazuelas, á la luz de la luna, y oyendo en todos los campanarios el toque de *Vigilia* con que se recuerda á los fieles que mañana es víspera de *Todos los Santos*...

Y como este toque, y aquella luna, y aquel juego de los muchachos, y aquellas vetustas casas, y aquellos grandes balcones (al través de cuyos cristales se percibia ya la luz de la velada doméstica, y acaso tambien la amante sombra de alguna beldad que esperaba á su rondador); como todo esto, digo, era igual á lo que se vé al anochecer en las antiguas ciudades españolas, á lo que ahora mismo se verá en aquella en que yo nací, á lo que constituye el tétrico fondo de la historia de mi niñez... he tenido momentos de profunda melancolía, en que he suspirado por la patria ausente, y momentos tambien de ilusion, en que me ha parecido estar en España, y he creido reconocer á los transeuntes, y amar de largo tiempo á alguna de aquellas pensativas y descontentas hijas de familia que hacian la centinela en los balcones, y ser tertuliante y familiar de muchas de las casas en cuyo portal acababan de encender un farolillo, y á cuya puerta daba un aldabonazo, muy conocido ya sin duda, el padre que volvia de paseo ó el novio que entraba de visita...—Y este delirio, alimentado á un mismo tiempo por los afectos del hombre y por la imaginacion del poeta; esta fantasmagoría, fruto del corazon y del alma, se combinaba y fundia con los recuerdos históricos; iba y venia por el tiempo, reflejando lo pasado en lo actual; daba cuerpo y vida á los dramas y leyendas, á las novelas y pinturas que esta lejana tierra ha inspirado á los ingenios españoles; y confundiendo la verdad y la ficcion, unas generaciones con otras, y la distancia con la antigüedad (cosa sumamente fácil), hacíame creer, por último, que me encontraba en España, dormido y soñando con una ciudad quimérica; que la historia era un mundo fabuloso; que Pavía solo habia existido en la imaginacion de un romancero, y que si no hubiera España, no habria Pavía, como sino hubiera ojos, tampoco habria colores.

En el momento que escribo estas líneas, mis ideas son muy diferentes.

Serán las diez de la noche. Me encuentro solo en el vasto salon de los dos lechos. La bujía que me alumbra no alcanza á esclarecer los altos artesonados ni los ángulos de la habitacion.

Cerca de mí distingo vagamente una lámina, único adorno de la pared en que se apoya la mesa.

Esta lámina representa una escena de la *Rosmunda* de Alfieri.

Rosmunda es toda una faz de la primitiva historia de Pavía.

En un cuarto contiguo á este, y separado de él por una puerta condenada, oigo hablar en italiano á unos huéspedes que han llegado esta tarde

al *Albergo*, y los cuales han comido en la mesa redonda al mismo tiempo que yo.

Son dos jóvenes marqueses de Milan, soldados voluntarios, sargento el uno y cabo el otro, que vienen de Florencia con parte de su batallon á relevar la guarnicion de Pavía.

Los demás soldados se han alojado por la ciudad.

Ahora poco, cuando aun estábamos á la mesa, entró en el comedor una elegantísima y hermosa jóven, que se lanzó al cuello del marqués sargento, y le llenó de besos toda la cara.

Era una hermana suya, residente en Milan, que no le habia visto desde antes de la última guerra, y que sabedora de que esta noche llegaba el marqués á Pavía, ha venido á sorprenderle de este modo, haciendo uso de su reciente indemnidad de casada.

De la conversacion de los tres jóvenes, he deducido que el feliz hermano ha hecho toda la campaña de 1859; que fue ligeramente herido en Pallestro, y que tiene una novia, amiga de su hermana y hermana de su amigo el aristocrático cabo.

Despues de las primeras espansiones han entrado los tres en esa habitacion, donde les oigo hablar y reir, ó tocar el piano y cantar...—La marquesita tiene una voz preciosa.

Esta escena es la última faz de la historia de Pavía.

En medio de su alegre concierto, ha venido á interrumpirles el sargento segundo, con otros cabos de la compañía, á fin de darle cuenta *al primero* del alojamiento de la tropa, y pedirle no sé qué dinero ú órden de raciones, todo lo cual ha entretenido largo tiempo al pobre marqués. Pero no bien han quedado solos, ha vuelto á principiar la fiesta; y en verdad os digo que yo no recuerdo haber oido muchas carcajadas tan argentinas, tan frescas y tentadoras como las que lanza á cada instante la recien-casada marquesita.

> Ya ví mi cielo yo claro algun dia...
> Mostrábaseme amiga la fortuna,
> pareciendo en mi bien estarse queda...

dice fray Luis de Leon.

Con que vamos á acostarnos en cualquiera de esas dos horribles é inconmensurables camas, que mas que para el sueño, parecen dispuestas para la muerte ó para el insomnio.

Mañana á estas horas me encontraré probablemente en el teatro de la *Scala* de Milan.

Esta esperanza me consuela de muchas cosas.

. . . .

Dia 31

Son las once de una hermosísima mañana. Estoy en el parque de *Mirabello*,

á una legua de Pavía, en el mismo lugar en que, al decir del sacristan de la *Cartuja*, fue hecho prisionero el rey Francisco. Acabo de pasar dos horas en el monasterio, cuyos altos obeliscos y arrogante cúpula aun distingo desde aquí. Tambien he almorzado ya, del modo y manera que me aconsejó el cura. El cochero que me conduce, y que no se ha desdeñado de participar de mi merienda, ha vuelto á enganchar los caballos al cabriolé ó calesa en que he venido, y me aguarda sosegadamente en medio de la carretera, que distará de aquí un tiro de bala.—Voy, pues, á abandonar estos lugares; pero antes, bueno será que me desahogue en mi libro de memorias del entusiasmo ardiente que me ha causado la maravillosa Cartuja, y de los gratos pensamientos que me asaltan en este parque.

La Cartuja de Pavía es indudablemente un prodigio de arte. La misma imaginacion no puede soñar un monumento tan rico, tan primoroso, tan acabado, tan bello. Acaso, en cuanto á *belleza*, y considerando esta maravilla en conjunto, la superan otras obras de arquitectura, por ejemplo, nuestras catedrales de Sevilla,de Búrgos y de Toledo. Quizás y sin quizás, aquellos templos hablan mas alto á la imaginacion, despiertan mas nobles y religiosos sentimientos, elevan mas el ánimo, son mas solemnes, y por decirlo asi, mas ideales. Pero la Cartuja de Pavía no debe considerarse bajo este punto de vista: en ella no hay que atender al espíritu, sino á la forma: su ideal no es la religion; su ideal es el arte. Dicho se está, por consiguiente, que su estilo es del *Renacimiento.*

Para mí, el *Renacimiento* revela un gran fenómeno moral, social, político, religioso, cuyas causas no debo examinar ahora.—Baste decir el efecto que me producen sus creaciones mas peregrinas.—Yo creo que en la Edad Media, el arte se hallaba al servicio de la religion, y que desde el *Renacimiento*, la religion se puso al servicio del arte.—En las iglesias góticas y bizantinas, en las pinturas anteriores á Rafael, y hasta en la primera época de este soberano artista, la forma es lo secundario: lo principal es el sentimiento. Pintores y arquitectos trabajan por devocion; y la fé, el amor divino, inspiran todas sus obras: el mundo espiritual es su mundo; la hermosura del alma, su tipo de belleza; la glorificacion de Dios, su afan y su deseo.—El *Renacimiento* (ya lo dice su nombre) es la vuelta del paganismo; es la adoracion de la forma humana; es la exaltacion de la belleza terrena; es el arte por el arte; es el culto de la materia; es la verdad racional.—Los términos se han invertido. El *fin* se ha convertido en *medio* y el *medio* en único fin.—La religion es ya el asunto, el pretesto, la ocasion del arte; como antes el arte habia sido el auxiliar, el devoto, el sacerdote de la religion.—*Giotto* ó *Perugino*, por ejemplo, le decian á su paleta: «dáme colores con que pintar una Vírgen.»—Ticiano y Miguel Angel le decian á la Pasion: «dáme asunto para pintar un cuadro.»—Y lo mismo aconteció con la arquitectura y la escultura.—Y lo mismo aconteció tambien con la poesía.

Pero todo esto seria demasiado largo de esponer y de probar, y la ocasion no se brinda á ello.

Diré, pues, únicamente que si la *Cartuja de Pavía*, con ser un portento de

te, de gusto y de riqueza, no conmueve profundamente el ánimo, consiste en las razones prefijadas.—Su conjunto maravilla, pero no impone; admira, pero no persuade; recrea, pero no enamora.

Examinada detenidamente, ya es otra cosa. Como obra de transicion (pues está muy lejos de ser puramente clásica ó pagana); como término medio entre el el gótico y el greco-romano; como hija del siglo XIV; como *plateresca*, en fin (que este es su verdadero carácter), la Cartuja de Pavía refleja todavía en sus *detalles* el espíritu místico de los siglos medios. Los bajo-relieves, las esculturas y los mosáicos que la revisten, reunen muchas veces el primor artístico y el sentimiento cristiano. El aspecto general de la fachada, de las naves y hasta el de las capillas, ofrece todavía, gracias á la multitud y finura de sus adornos, algo de aquella sutileza, de aquella vaguedad, de aquel espiritualismo que escluyen completamente las líneas horizontales, los arcos perfectos, las recias columnas y el triangular frontispicio que hay encima de la puerta. La riqueza, en fin, la gracia, la asombrosa inventiva de tantos y tan renovados accidentes como decoran todas y cada una de las partes del edificio, hacen á este templo digno de su fama, y concluyen por acallar las severas exigencias de la mas rigorosa crítica.

Despues de este prefacio, que no sé si me perdonareis, voy á daros una breve idea de la iglesia y del monasterio, sin volver á meterme en semejantes honduras.

Viniendo de Pavía, por una carretera espaciosa, que va recta y llanamente á Milan, encuéntrase á la derecha, despues de andar una legua ó poco menos, un camino de segundo órden, que lleva, por entre altos árboles, hasta un puente echado sobre un canal navegable.

Este canal (*naviglio*) pone en comunicacion á Milan y Pavía. Al otro lado de él se pasa una verja de hierro y se llega á un vestíbulo de hermosa arquitectura, cuyo interior está pintado al fresco por *Luini*, de quien, segun mis noticias, tendremos ocasion de hablar mucho dentro de pocos dias.—*Luini* fue el discípulo mas aventajado de Leonardo de Vinci.

Despues del vestíbulo, encuéntrase un ancho patio ó compás, de mas de cien metros de longitud, cerrado á derecha é izquierda por altos y regulares edificios (que son hospederías, almacenes y otras dependencias del monasterio), y en cuyo fondo se ve la fachada principal de la iglesia.

A pesar de cuanto hemos dicho, ó sea *antes de pensar en ello*, no habrá nadie que no se detenga maravillado al descubrir aquella obra portentosa.—Su magnitud; su noble regularidad; el brillo del mármol blanco, dorado por los siglos; las mágicas labores que bordan toda aquella gran masa; la armoniosa disposicion de tantos accidentes; las mil columnitas; las altas galerías de calados arcos; las innumerables estatuas; la piedra de colores que da mas realce á lo esculpido en el segundo cuerpo; la abundancia y proligidad de los adornos, de los bajo-relieves, de los bustos, de los medallones; y sobre todo, el lujo, la suntuosidad, la magnificencia, que se combinan allí con el gusto mas refinado, hacen

creer al caminante que lo que tiene ante los ojos es un precioso manto colgado de cielo, que le oculta regiones sobrenaturales; ó un velo de gasa y oro, en que los ángeles, no los hombres, han bordado primorosos trasuntos de cuanto vieron en su patria, la Jerusalem eterna.

Y si al caminante no se le ocurre nada de esto, por lo menos habrá de reconocer que, á pesar de la fama universal de la Cartuja, nunca se prometió encontrar en el seno de los campos, en tan solitario y monótono paraje, un tan singular prodigio; y que siquiera una vez, la realidad ha mejorado con mucho las ilusiones mas doradas de su mente.

Vista de cerca esta fachada, causan verdadero asombro las mil obras maestras que constituyen su ornamentacion. Hay detalles allí que gozan de una celebridad europea. Los bajo-relieves son tan preciosos, que algunos crueles amantes del arte no han podido resistir á la tentacion de arrancar ora una cabecita, ora una mano casi imperceptible, ora un ángel que pudiera llevarse en un alfiler, lo cual ha dado orígen á sérias reclamaciones cuando se ha sabido su paradero.—Estos bajo-relieves representan por lo general episodios de la vida de Juan Galeazzo Visconti, fundador de la Cartuja, ó asuntos tomados de la historia de la órden de San Bruno.

Todo el mundo sabe que Juan Galeazzo Visconti fue un duque de Milan, perteneciente á aquella familia de Atrídas que por espacio de dos siglos presidió los destinos del Milanesado.—Este tal contentóse, á lo que parece, con asesinar á un tio y á unos primos suyos, á fin de heredar el trono, y con enjendrar dos hijos, Juan María y Felipe María, que dejaron en mantillas en punto á crueldad á todos los Visconti, sin esceptuar al renombrado Azon. Mas, por fortuna suya, (de *Galeazzo* hablamos), y por fortuna tambien de la humanidad y del arte, casó con una mujer piadosa, que logró infundir en su alma el temor de Dios y vivos remordimientos por tamaños crímenes, y ya en este estado, queriendo el usurpador y asesino desenojar al cielo, fundó nada menos que la catedral de Milan y la Cartuja de Pavía. Para esta última obra, dió el parque en que nos hallamos (el cual mide legua y media de circunferencia), disponiendo que se levantara al lado de la iglesia, dedicada á la Vírgen de Gracia, un monasterio para veinte y cinco cartujos, asignándoles un millon de renta, á fin de que incesantemente perfeccionasen la maravilla que les dejaba á medio hacer.

Ahora bien, uno de los bajo-relieves que adornan el porche de la puerta principal, representa el acto de poner Visconti la primera piedra de tan insigne monumento,—cuya ceremonia se verificó el dia 8 de setiembre de 1396, á presencia de toda la córte y vecindario de Milan, que habia acudido por una parte, mientras que por la otra habia venido una legacion, comisionada al efecto por el Sumo Pontífice, compuesta de priores y visitadores de las principales cartujas de Italia.

Otro de los bajo-relieves representa la consagracion de la nueva iglesia por un cardenal español, obispo de Murviedro, á presencia tambien de muchos obispos y caballeros. Entre estos últimos se ve al embajador de España en la

[illegible] de Milan. [illegible] quisiera yo saber quién era ese embajador.

En el interior de uno de la portada se lee la siguiente dedicatoria:

MARIÆ VIRGINI, MATRI, FILIÆ, SPONSÆ DEI.
A la Virgen María, Madre, Hija y Esposa de Dios.

El interior del templo no puede describirse.—Yo no acierto á decidir qué es mas notable en él, si el gusto ó si la riqueza; si las líneas generales ó la orna-



Catedral de Milan.

mentacion; si el primor de los accidentes considerados en sí, ó el armonioso aspecto de su conjunto.—Os diré, pues, únicamente, á fin de que vuestra imaginacion *trabaje* siquiera el espacio que ha de poblar con sus mas bellas creaciones, que la iglesia tiene la forma de cruz latina y se divide en tres naves, además de las dos que forman los brazos de la cruz. Todas las bóvedas son azules con estrellas de oro. La arquitectura recuerda mucho el gótico, sin serlo precisamente. Diríase que es un gótico *italianizado*, mas amplio, mas regular, mas simétrico, mas sólido que el de España y el del Norte. En la base ó arranque de aquella bóveda, que semeja un cielo, vénse grandes frescos del Borgognone, representando patriarcas, santos y profetas. Siete capillas, separadas de la nave central por verjas de bronce y hierro y que se comunican entre sí, constituyen cada nave lateral. Cualquiera de estas capillas pasaria en otra parte por un portento. Durante trescientos años, una dinastía de artistas (la familia Sacchi) ha

tenido vinculado el encargo de adornarlas, y son innumerables los mosáicos, las estatuas y los bajo-relieves de gran mérito que han acumulado allí una y otra generacion. Añádase á esto una soberbia coleccion de cuadros del mismo Borgognone y del maestro del divino Rafael, del sublime Perugino (estos cuadros del Perugino son copias: los originales han sido robados por los conquistadores ó vendidos por los religiosos en épocas de tribulacion); revestid los altares de ricos mármoles, de enormes malaquitas, de pórfido, de alabastro oriental, de serpentina y de piedras aun mas preciosas; imaginaos las verjas, de una riqueza



El Arco de la Paz, en Milan.

y de un gusto artístico que esceden á toda ponderacion; salid á la nave central y ved los monumentales candelabros del célebre Fontana; las puertas de concha, nácar, marfil, plata y ébano; los magistrales vidrios de colores; la sillería del coro, riquísimo museo de escultura en madera; figuraos, en fin, la alta y elegante cúpula, en que Casolani di Sienna ha pintado al fresco el *Apocalipsis*, con una notable fuerza de fantasía y de colorido, y aun no tendreis idea de todo lo que la paciencia, el saber, la devocion, el arte y la opulencia han reunido en aquella iglesia solitaria.

Réstame hablar, como de una de sus obras mas acabadas y sublimes, de la capilla mortuoria de Juan Galeazzo, situada en la nave trasversal de la derecha. —Los religiosos, agradecidos al fundador de tan suntuosa iglesia y rico monasterio, no han escaseado medio alguno de embellecer y realzar el mausoleo de

Visconti.—Cincuenta ó sesenta años emplearon varios insignes artistas en esculpir su sepulcro, que es una especie de retablo, del mas delicado estilo plateresco, en el que la piedra ha llegado, bajo el cincel del genio, á conmoverse, á sentir, á palpitar, á idealizarse, á hablar de tal modo, que parece haber desaparecido la primitiva materia de aquella obra milagrosa, para convertirse en flores, ángeles, marciales atributos y seres animados. Allí se ven dos grandes bajo-relieves, que representan escenas de la vida de Galeazzo; una hermosa estatua de la Vírgen, coronando el altar, ó sea el segundo cuerpo del sepulcro; y en la parte inferior, detrás de dos elegantes arcos, encuéntrase la urna cineraria, de noble y severo corte, sobre la cual yace la estatua del poderoso duque, custodiada por dos magníficos genios, que son, si no me engaño, la *Fama* y la *Victoria*.

¡Y ved lo que son las cosas humanas!—Juan Galeazzo Visconti dispuso en su testamento que su corazon fuese trasladado á Vienne, en el Delfinado; que sus entrañas se sepultasen en la catedral de Santiago de Galicia, y que sus huesos fuesen conservados en la iglesia de la Cartuja, en el lugar donde se levanta el fúnebre monumento que he descrito. Ahora bien; mientras este se construia, los religiosos depositaron en otra parte los restos de su protector; mas hé aquí que una vez terminado el mausoleo, nadie pudo acordarse del sitio en que habian enterrado provisionalmente á Visconti.—La suntuosa urna de que hemos hablado, está por consiguiente vacía.

Es decir, que aquel hombre que habia erigido dos de los templos mas hermosos de la cristiandad; aquel hombre que habia fundado un monasterio, ricamente dotado, para que fuese su perpetuo albacea y prosiguiese la obra de reconciliarle con Dios; aquel hombre que murió convencido de que sus restos dormirian el sueño eterno en un magnífico sepulcro y á los piés de su abogada la Vírgen María; aquel hombre, en fin, á cuyas cenizas hubieran tributado los cartujos, durante siglos y siglos, todo linaje de exequias y de honores, yace en ignorada sepultura, sin que una cruz preste sombra á sus despojos mortales, sin que una oracion, una flor ni una lágrima haya purificado la olvidada tierra que tragó ansiosa al parricida, al asesino, al usurpador, al tirano.—Diríase que Dios no habia querido admitir al réprobo en su santa casa! Ni faltaria quien creyera, en aquellos tiempos supersticiosos, que el diablo se habia llevado el cuerpo de Visconti á los profundos infiernos, no contento ni pagado con tener allí su alma.—De cualquier manera, el lance es sumamente cómico, y yo me he reido mucho al saberlo de boca del sacristan, que acabó tambien por reirse.—La iglesia ha sido siempre democrática en sus relaciones con los reyes.

El monumento de Juan Galeazzo recibe luzde una alta ventana, en cuyos vidrios se ve pintado, por cierto magistralmente, un colosal retrato de San Gregorio el Grande.—¿Qué hace allí el austero y noble Pontífice, interpuesto entre el cielo y el mausoleo de Visconti?—¿Es un mediador ó es un anatema? ¿Defiende al arrepentido, ó acusa al hipócrita que pretendió engañar al cielo? ¿Acepta la Cartuja, ó la rechaza?—¡Quién lo sabe!

Desde la iglesia he pasado al monasterio, que es vastísimo.

El *claustro grande*, en torno del cual se encuentran las celdas de los religiosos, tiene 125 metros de largo por 102 de ancho. Su arquitectura es severa y magestuosa.

Pero al penetrar en aquellos sitios, yo no he pensado ya en las artes, sino en los cartujos. Una honda paz, nunca sentida, se ha apoderado de mi espíritu. Reinaba un silencio perenne, sublime, deleitoso. La luz del sol se esparcia alborozada por tanta soledad. Unicamente las aves, que cruzaban el alto cielo y pasaban inadvertidamente sobre el patio, daban señal de la vida del mundo y del mundo de la vida.

Todas las celdas estaban cerradas.

Eran veinte y cuatro, sin contar la del prior.

Algunas se encontraban vacías, ó sea habitadas por el cadáver del último cartujo que vivió en ellas.

En estó se abrió una, y apareció un monge.

Yo me estremecí involuntariamente, creyendo ver un resucitado.

—Es el padre Ludovico, me dijo al oido el sacristan. Va á la celda del prior.

Nosotros nos habíamos parado.

El religioso avanzaba con los ojos clavados en el suelo.

Al pasar por delante de mí, bajó aun mas la cabeza y se levantó un poco la capucha.

Era un hombre alto, moreno, demacrado, bastante jóven...—Yo creo que no tendria treinta años.—Llevaba afeitada la cabeza, y vestia un sayo blanco de laña, ceñido á la cintura con una correa negra.—Si yo hubiera visto sus ojos, podria deciros algo de su historia... Pero como no se los ví, ni aun adivinarla me es dado.

Despues entramos en una celda vacía—Su último morador se murió hace dos meses.

—¿Era viejo? le preguntó al sacristan.

—Tendria cuarenta años.

La celda, ó por mejor decir, la casa de cada cartujo, se compone de dos pisos y un pequeño jardin.

El piso bajo comprende una habitacion con chimenea de campana, y un cuartito para leña.

El jardin de la celda que yo veia, habria tenido flores... Pero sus secas matas estaban ya por tierra.

En un rincon habia un pozo, cuyo ocioso acetre y reposadas aguas me llenaron de melancolía.

No lejos se adivinaba el lugar de la sepultura, abierta mil veces por el monje que allí habia vivido, y cerrada la última vez por sus compañeros.

En el piso alto habia dos aposentos, uno de ellos con chimenea.

Un jergon de paja que ví tendido en el suelo, habia servido mucho tiempo de cama al solitario.

Allí se acostó con sus pensamientos; allí se revolvió con sus dolores; allí soñó tal vez con su pasado.

Sobre una pobre mesa se veian un crucifijo, una calavera, un tosco recado de escribir y un rosario.

Completaban el ajuar una silla, una alhacena con algunos libros, una pila de agua bendita y una palmatoria.

En el otro aposento habia algunas tablas y un banco de carpintería con sus correspondientes herramientas.—¡Y nada mas!—¡Y aquello era... aquello habia sido toda una vida!

Hé aquí ahora las noticias que me dió el sacristan acerca de los cartujos, refiriéndose sin duda á algun libro; pues su relacion fue tan rápida y acompasada que se conocia que hablaba de memoria.

—«Aquí no se sabe nunca nada de lo que pasa en el siglo. Los acontecimientos que mas ruido hacen en el mundo, son ignorados por los religiosos durante años y años, hasta que el prior cree conveniente revelarlos á la comunidad.—Los cartujos son á un mismo tiempo cenobitas y solitarios. Como cenobitas, van todos los dias á la iglesia á celebrar los Santos Misterios y cantar los Divinos Oficios. Los dias ordinarios se reunen tres veces: una, á media noche, para cantar maitines; otra, por la mañana, durante la misa conventual y misas privadas; y otra, por la tarde, á la hora de vísperas, que en los dias feriados van seguidas del oficio de difuntos. Los domingos y fiestas, comen reunidos en el refectorio, donde uno de ellos lee en alta voz, sin que sea permitido á los demás hablar una palabra. Una vez por semana dan juntos un paseo de tres horas, y los dias de fiesta gozan de algun recreo, en que están prohibidos los juegos, la música y todo lo que sea contrario á una vida de oracion y recogimiento.—Como solitarios, los cartujos pasan todo el tiempo restante metidos en su celda, en donde no pueden recibir á nadie sin licencia del prior, y de donde no salen sino para ir á la iglesia en las horas de oficios, ó al cuarto del superior cuando lo reclama algun asunto muy importante.—En cuanto al empleo que hacen de su soledad, consiste en rezar las *horas* que no se cantan en la iglesia, y un oficio particular á la Vírgen; en estudiar la Sagrada Escritura, la Teología y los Santos Padres, y en hacer algun trabajo manual que sirva de distraccion al espíritu y de ejercicio al cuerpo.—Estos trabajos son generalmente obras de carpintería, ó el cultivo de su jardin.—Cada cual tiene en su celda un cuadro en que están marcados todos los deberes y ocupaciones que tiene que cumplir en cada hora del dia, segun las estaciones.—Acuéstanse temprano, y despues de cuatro horas de sueño, la campana les avisa que se levanten y recen en su celda los maitines del oficio de María, y tres cuartos de hora despues han de estar en la iglesia, donde se canta á media noche el oficio canonical. De vuelta en sus habitaciones, rezan aun hasta las tres de la mañana, que se acuestan para dormir otras dos ó tres horas.—Los cartujos ayunan ocho meses del año, y comen perpetuamente de vigilia. Durante el Adviento y la Cuaresma, asi como todos los viernes y muchos dias señalados, se abstienen hasta de lacticinios. Por úl-

timo, les está prohibido el uso de ropa blanca, y duermen siempre vestidos, sobre un pobre jergon como el que acaba usted de ver.»

Esta relacion, lejos de espantarme, me ha causado envidia, y he lamentado mi flaqueza de alma, que me impide abrazar una vida semejante. Su rigor no me asusta... Ni aquello es rigor. Yo he llevado en Africa una existencia mucho mas dura, mas incómoda, menos sana, mas llena de privaciones y peligros, y sin embargo no recuerdo haber vivido nunca mas feliz, mas alegre, mas descuidado, mas satisfecho.—El desprecio de la materia, la reduccion de las necesidades, la vida natural, la certidumbre del porvenir, la contemplacion solitaria, el olvido de toda vanidad, el coloquio perpetuo del hombre con su alma y de su alma con el infinito, son goces muy superiores á todos los placeres que encierra la sociedad.

—¿Y la mujer?—me direis.

Es verdad.—Pero yo supongo que cuando os encerrais en una cartuja llevais ya en la mente un océano de recuerdos.—La mujer pasó ya por vuestra vida, escribiendo muchos adorados nombres en vuestro ardiente corazon.—Y lo mejor de una mujer es su nombre y su memoria.—Para el que amó ya, para el que vió morir, ó casarse, ó envejecer, ó convertirse en lodo viviente las prendas de su alma, el retiro es un desposorio con lo pasado; es la vuelta á los primeros amores; es un matrimonio á la turca con todas las mujeres de su vida; es un valle de Josaphat, en que vuelve á ver todo lo que perdió; es una resurreccion anticipada; es la fidelidad de la muerte.—¿Qué mejor casamiento?

—Pero ¿y los hijos?

Teneis razon.—La gloria, la honra, la magestad y la dicha de tener hijos deben comprarse al precio de la paz de la existencia, y hasta me atrevo á asegurar que se saldrá ganando.—¡Tener hijos debe de ser un cielo!—El que tiene hijos no envejece, no pierde el tiempo, no malversa la vida; no malgasta su alma.—Sus años van cayendo en una especie de caja de ahorros, que en cualquier momento puede presentarle reunido, efectivo, contante y sonante, todo el capital que antes se le convertía en sombras, en recuerdos, en olvidos ó en remordimientos. Y esta caja de ahorros son sus hijos.—«¿Qué he hecho yo de estos años? ¿Dónde está mi ayer? ¿Dónde está mi juventud?» se pregunta un padre; y vuelve la cabeza, y ve reunidos en el hijo de sus entrañas, en otro *él*, en *él* mismo, en su propia sustancia, en la vida de su vida, todos aquellos años, toda aquella historia, toda aquella juventud que echa de menos.—¡Ay del que muere sin dejar fruto ni semilla! ¡Ay del que no vincula sus esperanzas! ¡Ay de los solterones!

¡Macbeht no tiene hijos!—¡Consuélate, pobre padre, que has perdido el tuyo!—¡Macbeht tiene mujer... y una mujer estéril!!

Quedamos, pues, en que ser cartujo es preferible á ser casado, y en que ser casado y tener hijos es preferible á ser cartujo.—La suprema desgracia, por consiguiente, seria hacer el sacrificio de casarse, y dar con una mujer infecunda.—Esta desgracia es mucho mayor que la de tener hijos y perderlos.—En este úl-

timo caso, yo creo que optaría por tenerlos y morirme.—Lo que nadie debe desear es no casarse y tenerlos... ¡Esto menos que nada!—Pero hasta ahora no se me ha ocurrido el colmo del horror...—¡El colmo del horror debe de ser el llegar á dudar de que nuestros hijos sean *nuestros*!!—Vuelvo á creer que lo mejor es ser cartujo.

• Con que vamos al grano, que el sol se acerca al cenit, los caballos se impacientan en el camino, y yo quiero llegar á Milan de dia, segun me aconsejó el señor cura.

Poco me resta que contar. Al volver a la iglesia, mostróme mi bondadoso guía una silla del coro, y me dijo:

En esa silla se sentó muchas veces Francisco I, durante los dias que estuvo preso en esta Cartuja.

¡Ah! ¡es verdad! respondí yo. Se me habia olvidado pedirle á usted noticias acerca de aquellos acontecimientos.

Al pasar por el claustro grande, ha podido usted ver el balcon del aposento en que vivió el rey de Francia. No le he llevado a usted á él, porque no se puede entrar sin licencia del prior.

Dígame usted: ¿y cómo fue que los españoles trajeron su prisionero á la Cartuja, en vez de llevarlo á la fortaleza de Pavía?

Porque lo pidió él mismo, tomando á mengua el entrar preso en una ciudad que no habia podido rendir en año y medio. Venia levemente herido; cubierto de sangre y rendido de cansancio, pero resignado y hasta afable. Al entrar en esta iglesia, rodeado de su corte, prisionera como él, los religiosos, que cantaban vísperas en el coro, indiferentes á lo ocurrido á las puertas mismas del monasterio, entonaban precisamente el psalmo 118, que dice: ***Bonum mihi quia*** *humiliasti me, ut discam justificationes tuas*.—(Es un bien para mí que me hayas humillado, para que aprenda á conocer tus juicios.)—Y es fama que el rey, cayendo de rodillas, unió su voz á la de los monjes, cantando en voz alta y con un tono de humildad aquellas palabras tan consoladoras y tan acordes con su situacion.

A la verdad, yo no sé qué es mas bello en esta escena: si la calma solemne con que los cartujos siguieron aquel dia los preceptos de su regla, sin prestar atencion al estruendo de la batalla ni á la muerte de los imperios, ó la magnánima resignacion del rey vencido que interpreta tan piadosamente su desgracia, y escribe luego á su madre aquellas palabras célebres: *Madame, tout est perdu, fors l'honneur.*

Mientras yo pensaba esto, el sacristan me ha sacado de la iglesia para conducirme á este punto del parque, donde me ha dejado solo, despues de decirme con la mayor finura:

Le he traido á usted al lado de esta pobre casa, que se llama por mas señas *la Repentita*, porque aquí fue precisamente donde el rey Francisco se vió obligado á rendirse. Allí tiene usted el coche. Felicidad y buen viaje.

Y aquí me tienes hace dos horas procurando rehacer en mi imaginacion el

cuadro que presentaria este parque el viernes 24 de febrero de 1525.—Y veo luchar como en una justa, cuerpo á cuerpo y brazo á brazo, á tantos ilustres capitanes y valerosos príncipes vestidos de hierro, terciopelo y oro...—Veo al marqués de Pescara, caballero en su viejo y querido *Mantuano*, que perdió aquí la vida, sembrar el terror y la desolacion al frente de los arcabuceros de Castilla... Veo á otro puñado de españoles arremeter contra la numerosa artillería francesa y apoderarse de los cañones, matar á los artilleros y desjarretar los caballos... Veo aparecer por la parte de Pavía las heróicas tropas que la guarnecen, capitaneadas por Leyva, que va moribundo en una silla de manos: la caballería francesa, que se ve atacada por la espalda, huye y atropella á los suizos; estos se dispersan arrojando sus armas; y *perdida la vergüenza*, dice la historia, huyen tambien los franceses... Veo en fin, al rey de Francia, haciendo prodigios de valor. Sus mas ilustres capitanes, Tremoville, Bonivet y La Pallissade, han muerto ya á manos de nuestros arcabuceros. El lucha todavía, y vence y mata con su lanza irresistible á enemigos tan poderosos como el marqués de Santangel. Pero todo es ya inútil... Sus alemanes están deshechos... Su gente de armas riega la tierra con su sangre... Solo le queda el recurso de la fuga, si no prefiere morir.—Asi lo comprende el bravo monarca, y poniendo espuelas á su caballo, se dirige hácia el Tesino. . . . .

. . . .

Al llegar á esta página de mi libro de memorias, no puedo resistir á la tentacion de ceder la palabra á un testigo presencial de aquellos hechos, al soldado *Juan de Oznayo*, paje de lanza del marqués del Vasto, y mas adelante fraile de Santo Domingo. La relacion de la batalla de Pavía, escrita por este soldado, se encontró en un códice de la Biblioteca del Escorial, y ha sido publicado en la coleccion de *Documentos inéditos para la Historia de España*. El mas elegante cronista no hubiera dado á sus descripciones el colorido, la frescura, la verdad, la vida que se encuentran en la tosca relacion de Oznayo.—Hé aquí como pinta la prision del rey:

«Iba casi solo, cuando un arcabucero le mató el caballo, é yéndose á caer con él, llegó un hombre darmas de la compañía de don Ugo de Moncada, llamado Joanes, vizcaino, é viéndole tan señalado, va sobre él cuando el caballo caia, y poniéndole el estoque al costado, díjole que se rindiese. Y viéndose en peligro de muerte, dijo: «A vida, que yo soy el Rey.» Y el vizcaino lo entendió, é diciéndole otra vez que se rindiese, dijo: «Yo me rindo al emperador.» Como esto dijo, vió el vizcaino luego allí á Cuenca, alferez de su compañía, que le tenian cercado de franceses, y en peligro, porque le querian quitar el estandarte, y el vizcaino, como buen soldado, por honrar su bandera, sin tener acuerdo de pedir gage ó señal de rendido al Rey, le dijo: «Si vos sois el Rey de Francia, hacedme una merced,» y él le dijo que se la otorgaba: entonces el vizcaino alzó la vista del almete, y le mostró ser mellado, que le faltaban dos dientes de la parte de arriba, é le dijo: «En esto me conocereis;» é dejándole en tierra, é la una pierna debajo del caballo, fué á socorrer á su alferez, é hízolo tan bien que con su

Segunda llegó el alférez de ... á mano de franceses; é luego vino á donde había dejado al Rey, y estaba con él otro hombre de armas de Granada llamado Diego de Avila, y como viese en tierra al Rey y tan malas heridas, fué á él que se le rindiese, y el Rey le dijo quién era, é que ya estaba rendido al emperador, y preguntándole si había fulano, dijo que no, y Diego de Avila se lo pidió, y el Rey le dió el estoque que traía bien sangriento y una manopla; é queriendo Diego de Avila trabajaba de le sacar de debajo del caballo. Estando en esto llegó allí otro hombre de armas, gallego de nacion, llamado Pita, el cual ayudó á levantar al rey, y le tomó la insignia de San Miguel que la traía al cuello en una cadena de oro. El rey le ofreció por ella 6.000 ducados; mas no los quiso, sino traerla al emperador. Estando ya el Rey en pie, acudieron allí algunos soldados é arcabuceros, los cuales, no conociéndole, quisieron matarle, no dando crédito á los que lo traían; y sin duda no se pudiera salvar la vida si no acudiera por allí Monsieur de la Mota, gran amigo de Borbon, que había andado con él, y desmandándose hácia aquella parte, vió la contienda que allí tenian. Los que le querían matar alegaban lo que el Marqués había mandado, no creyendo ser el Rey. Como entendió Monsieur de la Mota que la contienda era por no haber quien le conociese, pidió que se le dejasen ver; é llegado le conoció, é hincadas las rodillas le quiso besar las manos; y el Rey le conoció, é mandándole levantar le dijo que le rogaba que hiciese como siempre había hecho. Viendo esto los soldados, se certificaron ser aquel el Rey, y quitándole Diego de Avila el almete por limpiarse el Rey el sudor, se ensangrentó el rostro con sangre que en la una mano traía, é pensaron algunos que estaba herido; pero no fué así. Luego llegaron algunos soldados, é unos le tomaban los penachos é banderetas que en el yelmo traía, é otros le cortaron pedazos del sayo que traía sobre las armas, para memoria: cada uno como podía llevaba su pedazo, de suerte que en breve espacio no le dejaron nada del sayo. A todo esto siempre se mostró [illegible], mostrando holgar de todo, y los soldados le daban materia para que riese, diciéndole cosas donosas. En esto, el escuadron de gente de armas, é los esguízaros que con Monsieur de Lango (1), criado del Rey, habían recogido nuestra gente italiana, por poco que se quisieron detener á descansar é reposar del mucho trabajo y daño recebido, como tan presto conocieron la perdicion é desbarato de su gente é ejército, recogiendo la gente que hácia aquella parte huía, tomaron el camino de una buena villa, 18 millas de Pavía (2), donde muchos señores de los franceses tenian su recámara é estaba bien guardada. La otra gente comenzó á huir por diversas partes: algunos pudieron llegar á la puente que Guevara guardaba, é recogidos los mas que pudo, viendo ya venir la gente española que iba en el alcance, cortó la puente é fuese con aquella gente en salvo, la via de Turin, y de allí pasaron en Francia. Otros muchos que no pudieron tomar el camino de la puen-

(1) Era el Alenzon.

(2) Sandoval, hablando de este mismo, dice que tomaron el camino de Vigevano, que es una buena villa, 18 millas de Pavía

te, se lanzaron en el rio, é como venia grande, se ahogaron. Entre estos fué el escuadron de los esguizaros é frontopinis (1), que salian de la batalla, y tomando la via del rio, no bastaban voces de españoles que tras ellos iban, prometiéndoles buena guerra é asegurándoles las vidas, porque no pereciese tanta multitud. Finalmente, con el gran temor que llevaban se lanzaron los mas en el rio, y to-



El Gran duque de Toscana.

dos se ahogaron, que fueron mas de 6,000 hombres; y otros temblando se venian á poner en manos de los españoles, asidos á los estribos, y asidos unos á otros. Asi venian con cada uno cuarenta ó cincuenta rendidos, é con algunos mas de setenta, todos con lágrimas pidiendo misericordia, que era compasion. Los españoles los aseguraban é prometian hacerlo bien con ellos, como cierto lo hicieron. A esta sazon un buen soldado español de caballo, llamado Cristóval

(1) Sandoval dice *Frantopines*.

[illegible], se topó con el Príncipe de Navarra, é se procuraba poner en salvo: el español, pidiéndole el encuentro, hubieron su batalla, é el Príncipe quedó rendido é preso prometiéndole 20.000 ducados por la vida. Alguna otra gente huyó la via de Milan, de los cuales muchos fueron muertos por el villanaje que andaba en cuadrillas de toda la comarca, como lo han de costumbre de perseguir al vencido, y era cosa maravillosa que las propias mujeres de estos se habian juntado allí, é con la batalla andaban despojando los que caian.

Andando las cosas desta manera, divulgóse la prision del Rey de Francia entre los unos y los otros, lo cual fue causa que muchos caballeros franceses que estaban ya en salvo, y se pudieran salvar, se volvieron voluntariamente á darse por prisioneros de españoles, prometiendo grandes rescates, diciendo que nunca Dios quisiese que ellos tornasen á Francia, quedando su Rey preso. Sabido por los señores de nuestro campo, todos caminaron á verle, y el primero que llegó fue el Marqués de Pescara que á la sazon venia de junto á Pavía, con gran gente que consigo llevaba é con algunos que salieron de Pavía, habia hecho huir los italianos que habian quedado sobre Pavía, y de ellos traia muchos presos. Sabiendo, pues, dónde estaba el Rey de Francia, fué allá, y halló con él muchos soldados, y otros eran idos en seguimiento de la vitoria. Estaba allí Musiur de la Mota, y viendo al Marqués, dejó al Rey, y dejándole con él, fué á buscar al Duque de Borbon, por traerle allí. El Marqués, hincadas las rodillas con gran acatamiento, pidió al Rey las manos, é no se las quiso dar, é se las puso sobre los hombros, é le hizo levantar, mostrando holgarse mucho con él, é habló con buen semblante rogándole que mirase lo que con caballeros vencidos se debia, é que los prisioneros fuesen tratados con la piedad que siempre han tenido españoles, como la mejor gente del mundo. Al Marqués le vinieron las lágrimas de oir lo que el Rey decia, siendo tan gran señor, y por no le affigir, las disimuló diciendo: que su Magestad no tuviese pena, certificando que á los españoles les pesaba de las muertes pasadas, é quel haria todo buen tratamiento á los soldados presos, é los pornia en libertad. El Rey mostró agradescimiento. Luego llegó allí el Visorey de Nápoles, y haciendo el acatamiento quel Marqués, fue recibido del Rey con buen semblante, é á todos decia buenas palabras que movian á piedad. Llegó el Marqués del Vasto con el mismo acatamiento, y el señor Alarcon. Viendo el Rey la persona del marqués del Vasto (1), tan señalado en gentileza entre todos, con buen semblante é risa le dijo: «Marqués, yo he deseado mucho veros; pero no quisiera que se me cumpliera ansi, sino que yo pudiera haceros la honra que merece vuestra persona.» El Marqués le respondió con mucha gracia: «Señor, á Dios gracias por todo, que desta manera bien puedo yo decir que se me cumplió mejor á mí mi deseo, pues veo á vuestra Magestad en poder del Emperador mi Señor.» Lo uno y lo otro dió algun regocijo. A esta sazon vieron llegar allí cerca al Duque de Borbon (2), su estoque en la mano

(1) Hijo del marqués de Pescara.

(2) Príncipe francés, pariente y enemigo mortal de Francisco I.

muy teñido de sangre francesa, é la camisa que sobre el sayo traia; que bien mostraba no haber estado ocioso. Como el Rey le vió, preguntó quién era, é diciéndoselo, dió dos ó tres pasos atrás retirándose, casi poniéndose á las espaldas del de Pescara, con alguna turbacion. Conociendo esto el Marqués, salió adelante hasta donde estaba el Duque, é con hermosa gracia le dijo que le diese el estoque. El Duque traia la vista del almete levantada, y dijo con gran alegría: «Yo soy contento, señor Marqués, de os dar mi estoque, pues tan justamente os deben hoy los nacidos las armas por vencedor;» y tendiendo la mano se le daba. El Marqués con mucho agradecimiento de la honra que le daba, le suplicó que poniendo el estoque en su lugar, se apease, é con toda mansedumbre é acatamiento hablase al Rey, pues allende del deudo, le obligaba verle en su prision. El Duque dijo que ansí lo haria: asi fué á ponerse de rodillas delante del Rey, é porfió que le diese las manos, é no lo pudiendo acabar, con los ojos llenos de agua dijo: «Gran Sira (1); si mi parecer se hubiera tomado en algunas cosas, ni vuestra Magestad se viera en la presente necesidad, ni la sangre de la casa y nobleza de Francia, anduviera tan derramada y pisada por los campos de Italia.» El Rey con gran turbacion de rostro, alzando los ojos al cielo con un entrañable sospiro, respondió: «Paciencia, pues ventura falta.» Como el Marqués vió la pena que el Rey recibia, hizo á Borbon que se apartase un poco, y con palabras alegres dijo al Rey cuánto convenia á su autoridad no mostrar turbacion, ni pensar que habia otra ventura sino la voluntad de Dios que habia permitido aquel revés, y que le debia dar gracias por le haber traido á poder del mas benigno príncipe del mundo. El Rey se lo agradeció, respondió (2) alegremente. Diéronle allí un chapeo del Visorey. Asi armado en blanco, salvo las manos é la cabeza, subió en un cuártago sin espuelas, é mueven todos aquellos príncipes con él hácia Pavía, las banderas españolas tendidas, recogiendo alguna gente, porque mucha de ella iba siguiendo el alcance, é vinieron por mandado del Marqués por donde el Rey los pudiese ver, é muéstranle el escuadron de los tudescos que todavía estaban juntos; é pasando cabo los españoles, le hicieron una muy hermosa salva.

»Allí pasaron cosas de reir. Unos le decian: «Ea, señor: que en semejantes toques se muestra el valor de los príncipes.» Otros «que podia estar seguro que él seria mejor tratado en poder del Emperador, que lo fuera el Emperador en el suyo.» Otros «que pensase verse preso de la mejor gente del mundo, é que todo lo habia de dar por bien empleado.» El Rey se reia de todo esto, y preguntaba lo que querian decir, lo cual le declaraba Mosiur de la Mota que allí venia. En esto llegó á él un arcabucero español, llamado Roldan, y bien se le podia llamar por su esfuerzo: traia dos pelotas de plata é una de oro en la mano, y llegado á él le dijo: «Sepa vuestra Alteza que ayer, sabiendo que se daria la batalla, hice seis pelotas de plata é una de oro para mi arcabuz; las de plata para unos musiures,

(1) *Sire.*
(2) Tal vez: *é respondió.*

y la de oro para vos: creo que empleé las cuatro sin otras muchas de plomo que tiré á gente comun: no topé mas musiures, y por esto sobraron dos: la de oro véisla aquí, y agradecedme la voluntad de os dar la mas honrosa muerte que á príncipe se ha dado. Y pues codicia de oro os puso en este peligro, yo quisiera hartaros de una vez para toda vuestra vida; mas pues Dios no quiero que os viese en la batalla, tomadla para ayuda de vuestro rescate, que ocho ducados que es una onza pesa.» El Rey tendió la mano y tomóla, y dijo que le agradecia el deseo que habia tenido y mas el darle la pelota. Esto fue muy reido.

»Todavía se iban acercando á la cibdad, é á la contina topaban caballeros franceses en poder de españoles, que ellos holgaban ser vistos de su Rey, y él los saludaba alegremente, diciéndoles por gracia que pensasen de aprender la lengua española, y que pagasen bien los maestros, que haria mucho al caso; y siempre encomendaba á los señores que hiciesen que los que los llevaban los tratasen bien. Desta manera llegaron cerca de Pavía, y viendo el Rey la puerta, detuvo el cuártago con alguna turbacion. . . . .

. . . . »

(Hasta aquí el soldado de entonces: lo demás me lo ha contado el sacristan de ahora.)—Prosiguen mis apuntes.

.....Recordando todas estas cosas, espero á que mi reloj marque las doce; salgo del parque; despierto al cochero; subo al cabriolé y seguimos adelante hácia Milan.

Hace calor. El último sol de octubre se despide de la tierra enviándole todo el fuego, todo el amor, toda la vida que aun pueden derramar sus rayos.

La naturaleza, próxima ya á la muerte, y presintiéndola quizás, está sumergida en una somnolencia estática, semejante á la felicidad melancólica que esperimenta una hermosa y enamorada tísica el último dia que se levanta... ¡el último dia que ve la luz y el cielo, sentada cerca de un balcon, en frente de un jardin que principia á perder sus hojas!...

Duerme sosegado el aire... Zumban aun algunos insectos sobre las flores postrimeras del otoño... Los pájaros se disponen á abandonar los árboles en que han pasado tantos meses de amor y de ventura... El agua devuelve al cielo su plácida sonrisa...—El cochero, poseido, como toda la creacion, del misterioso encanto de esta hora, ha vuelto á dormirse sobre el pescante...—Los mismos caballos trotan jubilosa y acompasadamente, sin que nadie los ostigue, cual si fuese en ellos voluntario, y hasta les causase cierto placer, el recorrer estos campos en un dia como el de hoy...—¡Inolvidables momentos!

La llanura se pierde de vista por todos lados, sin que se descubra en ella alma viviente; ni un pastor, ni un viajero, ni un campesino... ¡Nadie!—Y como el cochero duerme, y los caballos parecen dos máquinas, y hay tanta quietud en cielo y tierra, y todo se diria sumergido en un parasismo magnético, mi soledad es absoluta, mi aislamiento completo; mi constante meditacion, la única conciencia de la vida universal.

A veces creo que viajo por el aire. El coche, los caballos y el cochero pare-

cen hechos de una sola pieza de materia inerte, impelida por un poder fantástico.

El camino sigue leguas y leguas entre dos solitarias filas de árboles...

Paralelamente con él, dilátase á la izquierda el canal de que ya hemos hablado, cuyas aguas ponen en comunicacion al Pó y á Pavía, con Milan y con los lagos Mayor y de Como.

Esa era la antigua grande arteria del comercio lombardo.

Allá, muy lejos, descubro los Alpes, mudos testigos, vigilantes eternos, que nunca dejan de ver, por mucho que se aparte de ellos, al que recorre los estensos territorios de la Alta Italia.

Pero ¿qué otra montaña es aquella que distingo á seis ó siete leguas de distancia, sola en mitad de la llanura, y en cuya masa cuadrada reverbera á veces la luz del sol como en un colosal espejo?

Yo no os perdonaria que no hubiéseis leido la mejor novela que ha visto la luz pública despues de nuestro QUIJOTE. Yo quiero creer que todos conoceis la obra inmortal de Manzoni, Y PROMESI SPOSI, á cuyo lado palidecen las mágicas resurrecciones de Walter-Scott, y dejan de ser tan singulares y milagrosos los estudios de Balzac.

Pues si habeis leido ese libro, recordareis que el pobre *Renzo*, el noble y sencillo amante de *Lucía*, el *héroe por fuerza* de aquella célebre asonada, que se deja muy atrás la descrita por Victor-Hugo en *Notre Dame de París*, hizo un viaje de Monza á Milan, en donde nunca habia estado ni conocia á nadie; y que al llegar á cierto punto de esta misma llanura, aunque por otro lado de ella, vió á lo lejos *quella gran macchina del duomo*, que se elevaba sola sobre el llano, como si en vez de surgir de en medio de una ciudad, se levantase en un desierto; y recordareis tambien que el jóven campesino, olvidando todas sus penas, se *empinó sobre la punta de los pies...* (¡oh Manzoni!) para ver mejor, aunque á tal distancia, aquella octava maravilla de que tanto habia oido hablar desde muchacho!

Y bien: lo que yo veo ahora es lo mismo que vió Renzo hace doscientos cincuenta años; ¡la *gran macchina del duomo*; la *catedral de Milan!*

Tambien yo he oido hablar de ella desde niño: tambien la ví en mis primeros años en aquellas *catalinetas* que hoy se llaman *cosmoramas*: tambien me he puesto de pie en el coche, como si de este modo hubiera de ver mejor lo que pasa en este pais por octava maravilla, como entre nosotros el Escorial; tambien me asombra á mí aquel enorme edificio, que brota de la llanura como se destaca una isla sobre la superficie del Océano.—El resto de la ciudad no se descubre todavía.

A mitad de camino pasamos por *Binasco*, donde el cochero despierta y cambia de caballos, en tanto que yo veo el antiguo castillo, restaurado últimamente, en que Felipe María Visconti dió tormento y decapitó á su mujer, la bella y virtuosa *Beatrice di Tenda*, por celos infundados, ó por ferocidad natural de aquel hijo y nieto de asesinos.

Y no digo mas acerca de este asunto: pues supongo que lo habeis sentido y llorado con toda el alma al dulce son de las melodías de Bellini.

¡Solo os advertiré (pues esto no consta en la ópera) que si Felipe María Visconti mató á su mujer, su hermano, Juan María Visconti, mató á su madre!!...

¿Qué os parecen los hijos de *Galeazzo*, del fundador de la catedral de Milan y de la Cartuja de Pavía?

Estamos en marcha...

El cochero canta para no dormirse: y canta una balada tirolesa, tan espresiva y tierna como toda la música de montaña.

Estos caballos son mas bulliciosos que los del tiro anterior.

En el camino se empieza á ver alguna gente. Por una parte nos alcanza el correo de Pavía: por la otra se cruzan con nosotros varias sillas de posta.—Todo ha cambiado en el viaje.

Ya no es solamente *il Duomo* lo que se descubre de Milan, sino una multitud de torres, cúpulas y campanarios...

Un vientecillo fresco y aromoso menea mansamente los altos árboles que se cruzan á veces sobre la carretera.

Del canal que siempre nos acompaña, se desprenden mil ramales que esparcen el riego por toda la llanura...

Démos un adios á la soledad y á la tristeza.

Ya principian las casas de campo ó sea las *aranzadas* de Milan... —El suelo es cada vez mas fértil.—Los olivares y los bosques de morales y moreras se pierden de vista por todos lados.—La capital, que se veia desde tan lejos, no se distingue ahora que la tenemos tan cerca... pero en cambio se oye su vago y *remitente* murmullo.

Estas casas y estos huertos que vemos á los lados del camino, constituyen ya un barrio de Milan.—Hé aquí la muralla... Hé aquí la puerta... (*Porta Ticinese.*)—Pasamos la verja de hierro que sirve de entrada;—luego bajo un arco de triunfo, sustentado por cuatro columnas de granito;—despues sobre un gran canal...

Esto es hecho: estoy en la capital de la Lombardía.

Son las cuatro de la tarde.

II.

Un paseo por las calles de Milan.—Estética recreativa.—Primera visita á la catedral.—*Guillermo Tell* en el *Teatro de la Scala*.—Recuerdos históricos.

—¿A qué hotel vamos, señor? me pregunta el cochero, parándose en la encrucijada de tres calles.

—Al que esté mas cerca de la catedral, con tal de que sea bueno.

—Entonces iremos al *Hotel de la Ville*, que se halla situado á pocos pasos del *Duomo* y en la mejor calle de Milan: en el *corso Francesco*

—Vamos andando; pero no muy deprisa.

El coche toma por la calle de en medio.

El primer aspecto de Milan, al menos por este lado, recuerda en cierto modo á Sevilla.—Las casas son grandes, y entre una y otra se ven á veces magníficos jardines. Las calles, limpias, bien empedradas, pero estrechas y torcidas, buscan indecisamente un centro. La ciudad es completamente llana. Hermosas tiendas de comercio alternan con los amplios y vacíos portales de los palacios. A veces asoman corpulentos árboles por encima de las tapias de los huertos, y prestan sombra, olor y frescura á la calle contigua. El ornato y color de las fachadas son por lo general alegres y graciosos. No hay, en fin, rincon ni esplanada, calle ni plazuela, donde no se encuentren abundantes puestos de flores.

Pasamos sobre otro canal que marca el recinto de la ciudad antigua.

Aquí ya el movimiento y la vida de la poblacion son estraordinarios. Miles de carruajes, muchos de ellos elegantísimos, discurren en todas direcciones. La gente *comm'il faut* se dirige á paseo en carretelas descubiertas, en lindas *victorias*, en *americanas* y en otros vehículos á la moda. Los coches de alquiler conducen á la clase media y á los hombres de negocios. Los ómnibus llevan de una parte á otra falanges enteras de ciudadanos de todas clases.

Desde luego llama mi atencion la singular hermosura de los milaneses de ambos sexos.

Yo he oido tachar á estas bellezas, sobre todo á las femeninas, de demasiado fuertes, de muy huesudas y pesadas, y reconozco que algo habrá de cierto en esto cuando se las contemple de cerca. Pero vistas asi, á distancia, las hijas de Milan son lo que se llama en nuestra tierra muy buenas mozas.

Su noble estatura; sus amplias proporciones; su altiva cabeza; su despejado y tranquilo rostro, blanco, lleno y descolorido, en que se destacan briosamente las dobles trenzas de su pelo, negras y relucientes como sus ojos; su misma quietud, su misma pesantez mármorea, les dan un aire grandioso, monumental, estatuario, que si carece de la esquisita insinuacion de la gracia, inspira en cambio un sentimiento muy parecido al culto, y no sé qué temeraria ambicion, semejante á la que nos hace desear subir á la escelsa cumbre de los montes.

Porque no hay que olvidarlo: la mujer es la musa, la inspiradora, el modelo ideal de todas las artes, como el hombre es la suma y clave de todas las ciencias.—Ya digimos que en el entendimiento del hombre está condensada y oculta, inesplorada y latente la sabiduría infinita: pues asimismo, en la belleza de la mujer reside la pauta misteriosa, la ley estética de todo lo que es y puede ser hermoso en la madre naturaleza y en las imaginaciones del hombre.—Hay, por consiguiente, mujer-poesía, mujer-pintura, mujer-escultura, mujer-arquitectura y mujer música.—Y hasta hay mujer-oficio, mujer-industria y mujer-comercio!—Pero estas últimas son aberraciones monstruosas, como las culti-latini-parlas, las amazonas, las vestales y las feas.

En cuanto á las primeras que he citado, y permitidme la digresion, en cuanto á los cinco tipos eternos de las artes, ya comprendereis que no deben confun-

dirse entre sí.—Las cinco pueden ser bellas, y no parecerse en nada la una á la otra. Digo mas: algunas de ellas pueden no ser hermosas, é inspirar, sin embargo, vehementísimas pasiones.

La mujer-música, por ejemplo, puede llegar á ser una divinidad, aunque



Plaza Sabona en Padua.

esté desposeida de hermosura física; aunque tenga las facciones irregulares; con tal que no sea antipática al estómago, á la conciencia ni á los sentidos. (Y no llamo mujer-música á la mujer que canta, sino á aquella que produce en nuestra imaginacion los mismos efectos que el canto, y que por consiguiente lo inspira.) La mujer-música, para ser un prodigio, solo necesita que su alma se filtre al través de su cuerpo; que sus ojos besen; que sus manos hablen entre las vuestras; que

al tiempo de andar, las leves ondulaciones de su talle revelen la esquisita naturaleza de sus mas recónditos pensamientos; que sus ademanes, su voz, sus actitudes, sus gustos, sus instintos, sus aficiones de todo género den por resultado un conjunto armónico de elegancia, de delicadeza, de gracia, de refinada sensibilidad, de no sé qué *espiritualismo voluptuoso* que parezca el celaje intermedio que separa ó reune los cuerpos y las almas.

La mujer-poesía no tiene tampoco precision de ser hermosa. Basta con que recuerde y represente algo que sea bello. La fealdad y la belleza no son antitéticas. Fea es una tempestad; fea es una tigre; feos son los verdugos del *San Bartolomé* de Rivera; y sin embargo, todo esto es muy bello. Yo temo, pues, por mujer-poesía á aquella que corresponde á un sentimiento poético: v. g. la de anticuada figura, que se diria sacada de una hornacina gótica; la tétrica y sombría, que parece una lady Macbeth; una tísica en segundo grado, cuyos ojos reflejan ya la eternidad; una campesina fresca y arrebolada como un albaricoque criado al sol; una gitana de color de cobre, flexible como las mimbres con que fabrican cestas, que recuerda la vida nómada de Asia y Africa; una americana dura, feroz, de aplanada cabeza, torva mirada, amenazante boca y desenvueltos hombros, que traiga á la imaginacion las historias primitivas, las trajedias salvajes y los amores de las fieras, y otras muchas mujeres por el mismo estilo, cuyo principal encanto ha de ser siempre el misterio.

La mujer-pintura es aquella en que adoramos la suavidad de su tez, las penumbras de su garganta, las medias tintas de sus ojeras, el carmin de sus frescos labios, el amoroso vapor en que nadan sus menudos dientes, la sombra de los párpados sobre las mejillas, la plácida lumbre de los ojos, el apacible tono de la carne, los suaves hoyos de la risa, el lánguido ondear del pelo, los dintornos del talle, puestos de relieve por los siete colores de la luz, y sus puros contornos, dibujados por los tres lápices de las tinieblas; la tersura, la diafanidad, el calor, la blandura, el perfume, la mirada, la sonrisa, la graciosa regularidad de las facciones... pero no el alma y la gracia como en la mujer-música; no la originalidad y el misterio como en la mujer-poesía; no todavía el dibujo, ni las proporciones, ni la economía general, como en la mujer-escultura, de que hablaremos despues.—La mujer-pintura es la que generalmente se llama *una mujer bonita*.

Mujer-arquitectura es la que no puede considerarse sino en determinadas circunstancias, en cierta hora, en tal ó cual sitio, rodeada de tales ó cuales atributos. Como este arte es complejo, y por decirlo asi, compuesto, la mujer que lo simboliza se representa siempre combinada con otras muchas cosas que no son ella. La mujer-arquitectura ha de estar, por lo tanto, peinada de este ó aquel modo, vestida de una manera dada, de pie sobre un trono, recostada en una barca á la luz de la luna, leyendo debajo de los árboles, bailando, corriendo la posta, galopando en un brioso troton, asomada á una ventana, etc., etc. Para esta mujer se inventaron los miriñaques, los vestidos de cola, las diademas, los revoques y afeites, los velos, los carruajes de doble suspension, los palcos de los

teatros, las plumas y las joyas, y los lacayos elegantes.—En resúmen: estas mujeres solo son bellas dentro de su posicion accidental.

Viniendo ahora á la mujer-escultura, que es la que estamos viendo, os diré que es aquella de correctas formas, justas proporciones, clásicas líneas y equilibrados miembros, que, con espresion ó sin ella, insulsa ó agraciada, ingeniosa ó estúpida, simpática ó repulsiva, despierta en nuestro corazon aquel amor innato á la belleza humana, que tantas veces se convirtió en idolatría, y una instintiva adoracion al inmutable tipo de la forma, ideal artístico de los griegos;—Elena inmortal, tan infiel como querida, tan hermosa como ingrata.

Decíamos, pues, que las milanesas parecen nobilísimas esculturas.

En cuanto á los milaneses... que los analicen las escritoras.

Yo repetiré solamente que son tambien muy buenos mozos.

Milan es hoy un pueblo alegre, ruidoso, voceador, entusiasta.

Y digo *hoy*, porque *ayer* no era lo mismo.

Ayer gemia bajo la dominacion austriaca, y los viajeros que iban estos últimos años de Milan al Piamonte, nos hablaban de la tristeza, del marasmo, del lúgubre silencio que reinaban en toda la Lombardía, como hoy se habla en la Lombardía de la tétrica desesperacion y amargo desaliento en que yace la mísera Venecia.

Figuraos, pues, el júbilo, el vértigo, el ansia de vida y de placer que agitarán á Milan, despues de tantos años de servidumbre.—La bandera tricolor italiana ondea, no solo en los edificios públicos, sino en muchas casas particulares. Las esquinas se hallan totalmente cubiertas de anuncios de libros, de espectáculos y de ceremonias referentes á la resurreccion de la Lombardía, á su independencia, á su libertad. Los retratos de Garibaldi, Victor Manuel, Napoleon y Cavour se encuentran en todas partes. La Milicia Nacional (de rigoroso uniforme) recorre calles y plazas, respirando á grandes tragos el aire de la libertad, y midiendo con marciales pasos el alborozado suelo de la nueva Italia. Los organillos tocan, entre otros, aquel vehemente himno, cuya letra dice:

¡Que muera Radetzky!...

himno prohibido durante once años, bajo pena de la vida; ó aquel otro, compuesto el año pasado, cuyas primeras palabras son, si mal no recuerdo:

Ewíva l'Italia
é Napoleone...

Los últimos resplandores del sol, hiriendo horizontalmente las fachadas de algunas casas, reverberando en las vidrieras de los balcones y haciendo bullir como un dorado humo el polvo de las calles, presta su alborozada luz á la gozosa muchedumbre.

La lengua italiana deja sentir sus melódicos acentos en gritos y cánticos, en los pregones de los vendedores y en los fugaces diálogos de los transeuntes...

Al doblar una esquina, leo en un cartel: TEATRO DE LA SCALA... *Oggi mercoledi*... GUILLERMO TELL...

¡Oh fortuna! ¡Esta noche se canta *Guillermo Tell*... la obra maestra de Rosini! ¡Y en el *Teatro de la Scala!!* —No faltaré, á fé mia.

Asi andamos todavía un cuarto de hora.—El cochero se ve muy apurado para abrir camino al cabriolé entre tantos carruajes como se cruzan en todas direcciones.

Al fin desembocamos en una plaza irregular... Levanto la vista... Y ¿qué es lo que veo?

—¡Para! ¡Para! le grito al conductor.

Este detiene los caballos, y señalando á lo que tanto me habia sorprendido, dice quitándose el sombrero:

—¡*Ecco il Duomo*!

El aviso llega tarde.—Yo he adivinado, yo he sentido, yo he reconocido ya á la *Catedral*.—¿Qué otra cosa puede ser esta montaña de mármol que se eleva en medio de la plaza?

Pocos edificios, acaso ninguno, producirá en el ánimo del que lo mira por primera vez, una admiracion tan súbita, tan espontánea, tan decidida como la catedral de Milan.—Aun para el hombre mas rudo, mas lego en artes, mas in-indiferente y frio, verla y entusiasmarse serán una misma cosa.—Y es que hay en este monumento (aparte de su mérito artístico, y quizás sobre él), no sé qué hermosura física, material, esterna... al alcance del gusto mas vulgar.

Semejante circunstancia, tratándose de obras de arte, no es una recomendacion, sino, por el contrario, es casi siempre un síntoma funesto.—El vulgo se complace mas de lo raro que de lo bello, de lo abigarrado que de lo puro, de lo difícil y laborioso que de lo noble y sencillo. La plebe, que se detiene estasiada delante del churrigueresco *trasparente* de la Catedral de Toledo, del enorme *San Cristóbal* pintado en sus muros, de la fachada del Hospicio de Madrid, de los *Santos de Novara* y de otras aberraciones por el mismo estilo, pasaria indiferente por delante del Parthenon; ve sin asombro el *Jacob* de Rivera, y no encuentra bello, sino grotesco y ridículo, un bajo-relieve del siglo XII.—Sin embargo, hay creaciones privilegiadas, que son á un mismo tiempo sublimes y populares, y cuya hermosura afecta de igual manera al perito que al profano.—Tales son, por ejemplo, el palacio árabe de Granada, el *San Antonio* de Murillo y el grupo de *Laocoonte*.—Y tales son, en otro órden de ideas, el *Quijote*, Napoleon el grande y el *Barbero de Sevilla*.

Pues esto precisamente acontece con la catedral de Milan.

Y vais á comprenderlo.

La catedral de Milan es el mayor edificio de mármol blanco que hoy existe, y está construida en estilo gótico.—El gótico, que da un aire místico, ascético, solemne y pavoroso, á pesar de su ligereza, á la piedra amarilla ó parda, renegrida por el tiempo, en que se emplea comunmente, es risueño, gozoso, angelical, triunfante, cuando labra el mármol blanco.—Por otra parte, el gótico (como ya lo hemos indicado una vez) modificó sus líneas al pasar los Alpes; se dilató, por decirlo asi, al ardiente sol de Italia; reflejó algo de las artes paganas

que le salieron aquí al encuentro; y ensanchó sus ojivas, aclaró sus naves, perfiló mas cuidadosamente sus columnas, y albergó en sus capillas y contuvo en sus bóvedas el luminoso y perfumado ambiente del Mediodía.—Semejante trasformacion (que yo no celebro; pues despojó al estilo gótico de lo mas esencial de su carácter) dió lugar á una arquitectura de transicion, decadente, desvirtuada, híbrida en ocasiones (las ventanas y las puertas de la fachada del *Duomo* son greco-romanas); pero arquitectura reveladora, espresiva, acomodada al tiempo y al lugar en que se produjo, y no exenta de gracia, de sublimidad y de poesía.

Ahora bien: la catedral de Milan, blanca como una paloma; vaga y aérea como todos los edificios góticos; alegre y brillante como un templo gentil; bañada en la fulgente luz del cielo italiano; bordada, como un velo de encaje, de vistosos casetones cuajados de estatuas; de elegantes doseletes, de preciosas molduras y de finas archivoltas; coronada de cien esbeltas agujas, que se levantan al cielo como atrevidos cipreses; poblada toda de esculturas, que se escalonan desde la base de las pilastras hasta su altísimo remate, y que parecen representar las gerarquías celestes; esta catedral, decia, mas hermosa como ídolo que perfecta como símbolo, produce en todos los ánimos una grata y dulce emocion, un sentimiento blando y cariñoso, una respetuosa confianza, semejante á la que inspira el amor materno; una devocion concreta, determinada, local; no sé qué halagüeña simpatía, en fin, que se dirige á la voluntad por medio de los sentidos.

Y esto se esplica sin esfuerzo alguno.—Los italianos, que (como muchos españoles) ponen mas fe en la Vírgen que en Dios, hasta el estremo de haber algunos que jamás piensan en Dios y siempre tienen en sus labios el nombre de la *Madonna*; los italianos, que no han dejado nunca de ser un poco gentiles, y sienten y comprenden mejor en la religion cristiana todo lo que es hermosura, triunfo y esperanza, que lo que es rigor, penitencia, trabajo, miedo y sufrimiento: los italianos, que por naturaleza y por tradicion se complacen en adorar como bueno lo que es bello; en confundir en un mismo culto á la mas hermosa y á la mas pura de todas las mujeres; en referir el ideal de la virtud al ideal de la forma artística... no revisten sus afectos religiosos de aquella austeridad, de aquella misantropía, de aquella fúnebre compuncion que hace amables á otras almas entristecidas todos los tormentos del Calvario; que las lleva á pedir á Jesucristo parte en sus dolores, y que acaba por presentarles el mundo como una larga Calle de la Amargura. Sus iglesias, por consiguiente, no son tampoco tristes y luctuosas como aquellas que todos conocemos y que yo tanto amo, en que el espíritu fatigado de las vanidades y alegrías mundanas encuentra no sé qué santo terror, no sé qué paz mortuoria; tinieblas y soledad en las capillas; luz profética, reflejo de otro mundo, en las mortecinas lámparas; dolor mayor que el nuestro en las imágenes del Crucificado que vemos en los altares; santidad y sosiego en todas partes...—La religiosidad y los templos de los italianos son, como la catedral de Milan, festivos, gozosos, entusiastas, idolátricos, semigentiles.

Mariæ Nascenti (á la Natividad de María) está dedicado *il Duomo*.—Y su riente aspecto, su blancura, su esplendidez, justifican la advocacion.—El estilo gótico ha perdido aquí su solemne tristeza. El sentimiento germánico se ha trocado en pasion latina. El sol de Italia ha desvanecido las eternas nieblas del Norte. La piedad se ha convertido en amor: el misterio en júbilo: la oracion en himno.—La catedral de Milan es, por tanto, la casa de la Vírgen: es un templo levantado en su honor: es la Vírgen misma:—*domus aurea*.

Pensando estas cosas y otras muchas he permanecido en la catedral mas de media hora, sin atreverme á pararme en pormenores, de miedo de pasar en ella el resto del dia, y sin resolverme á ir en busca del *Hotel de la Ville* y dar por terminado mi viaje.

Al fin decido esto último, con gran contentamiento del cochero; pero no sin prometer al *Duomo* volver antes de una hora.

Entro, pues, en el *Corso Francesco*, que principia en la misma plaza de la Catedral.

Llámase *Corso* en este pais toda calle que, arrancando del centro de una ciudad, llega hasta sus afueras. Las calles secundarias llevan el nombre de *contrade*, y las de circunvalacion el de *strade*.

El *Corso Francesco* es la arteria principal de Milan, y se dilata con los nombres de *Corso* y de *Borgo* (barrio) *di Porta Orientale*.—Es ancho y vistoso, aunque no recto, y sirve de punto de exhibicion á la alta sociedad lombarda, que se pasa la tarde andándole y desandándole *in carrozza*, y departiendo amigablemente con los que pasean á pie por las aceras.

El *Hotel de la Ville*, donde ya me encuentro, es inmenso, destartalado, pero magnífico y lujoso.

El balcon de mi cuarto da sobre el *Corso*, frente por frente de *San Cárlos Borromeo*, enorme iglesia mal proporcionada; remedo servil, pero infortunado, como tantos otros, del *Pantheon* de Agripa; redonda por consiguiente, coronada de una cúpula chata, y precedida de un exagerado pórtico de colosales columnas corintias de granito, en que se apoyan algunas casas viejas, acabando de afearle y escarnecerle.

En cambio, la vista del *Corso*, lleno de suntuosas tiendas, y cuajado de elegantes coches y de una copiosa multitud, es muy bella y animada en este instante. —Dicho se está, sin embargo, que damas y caballeros, tiendas y carruajes, edificios y cocheros, están adornados al estilo de París.

Desde el hotel me vuelvo á la catedral; pero al llegar á la plaza que lleva su nombre, reparo en otro gigantesco edificio, en que hace poco no fijé la atencion, preocupado como estaba con la fachada del *Duomo*.

—¿Qué palacio es aquel? pregunto á una viejecita que vende estampas, medallas y relicarios alusivos á San Cárlos Borromeo, sentada delante de una mesilla, á las puertas de la catedral.

—El *Palacio de la Corte*, me responde la interrogada,—no sin aconsejarme que le compre algo, como memoria de mi visita al *Duomo*.

Yo tomo el consejo; pero dejo para mañana la visita; pues no es cosa de ver de prisa y con poca luz aquello que se ha estado deseando durante un cuarto de siglo.

Dirijome, por lo tanto, al *Palacio*, adivinando que en él habrá mucho menos que estudiar.

El sol acaba de ponerse.

Yo no tengo noticia de este palacio, aunque sospechaba su existencia.—Aténgome, pues, á las noticias que me da el conserje que me lo enseña y á mis propias observaciones.

Hoy no lo habita nadie; pero está amueblado y dispuesto para recibir á Victor Manuel, que pasará aquí el Carnaval.

El edificio no es notable como obra de arquitectura, á no ser por su magnitud.—Segun el conserje, fue edificado á principios del siglo XIV por Azon Visconti, y contuvo muchos frescos de *Giotto*. Despues vino en ruinas y quedó deshabitado, hasta fines del siglo último, en que se reconstruyó casi totalmente.—Los Visconti, los Sforza y los gobernadores españoles y franceses han vivido entre tanto en el *Castello*, situado á la otra parte de la ciudad, y convertido hoy en cuartel y ciudadela.

Por consiguiente, la gran importancia histórica del palacio en que nos hallamos consiste en haber sido residencia de los vireyes y gobernadores generales austriacos, cuando Milan era capital del reino Lombardo-Veneto, ó sea hasta hace quince meses.—Este era, pues, el centro del odio de los italianos al Austria.—De aquí partian las medidas de rigor, los decretos tiránicos, las prisiones arbitrarias, las sentencias de muerte; y hácia aquí se dirigian las maldiciones, los juramentos de venganza, las conspiraciones continuas, las canciones patrióticas, los alborotos de los teatros, los conatos de regicidio.

Tiene este edificio otro aspecto interesante, y es el que se refiere á Napoleon I.—El moderno César se hizo coronar aquí rey de Italia. El gran *Salon de las Cariátides*, que es precioso, se halla adornado con la *Apoteosis* del vencedor de Marengo, pintada al fresco por Appiani. Bonaparte está representado bajo la figura de Júpiter, apoyado en el Aguila. En otro salon se ven dos admirables bustos del insigne conquistador, esculpidos por *Cánova*, por el inmortal Cánova, por el último descendiente de Fidias!—Estos dos bustos y el célebre grabado de *Calamata*, copia monumental de la mascarilla modelada sobre la faz exánime del prisionero de Santa Elena, son los mejores y mas vivos trasuntos que han quedado de la hermosa, clásica y sublime cabeza del capitan del siglo.—De los dos bustos de Cánova, uno representa á Bonaparte, jóven, delgado, sentimental; al general de Italia; al héroe de las Pirámides; cuando mas, al primer cónsul. El otro es ya el César; el legislador; el dueño de Europa; el caudillo de Jena; el diplomático de Tilsitt.

En otra habitacion me enseñan el lecho en que durmió Napoleon III despues de la batalla de Magenta.

La principal reforma hecha últimamente en el palacio, consiste en haber

cortado una de sus dos cabezas á las águilas austriacas bordadas con oro sobre los tapices de terciopelo. Con esto y con añadirles algunas cruces de Saboya, han conseguido que estas águilas puedan pasar por latinas.

Pero son las seis y cuarto, y la mesa redonda del hotel es á las seis y media. —Vámonos allá sin pérdida de tiempo.—El *teatro de la Scala* se abre á las ocho, y yo no quiero perder la sinfonía...

Estamos á la mesa en el soberbio comedor del *Hotel de la Ville.*

Entre las veinte personas que comen al mismo tiempo que yo, no hay una sola mujer agradable; no tengo un solo amigo; no se encuentran siquiera dos personas que se conozcan.—Reina, pues, un silencio sepulcral.

Yo me acuerdo de la *table d'hote* de Turin, de Iriarte, de las inglesas, de España, de aquellas amables familias madrileñas que dan hospitalidad en su mesa á los hijos-pródigos, librándolos asi de la esquiva soledad de las fondas y casas de huéspedes, ó del triste velador en que come el soltero de casa abierta... y póngome melancólico; y reniego de mi viaje...

Pero pronto viene á consolarme la idea de que todos los que callan en torno mio se encontrarán en mi mismo caso.—A mi izquierda come un jóven aleman, y á mi derecha un jóven inglés.—Uno y otro llevan su nacionalidad impresa en la fisonomía.—En frente de mí hay un caballero que me mira tenazmente, y cuya patria no he podido adivinar. Yo le miro tambien, pareciéndome haberle visto en otra parte.—Será ilusion mia.

El aleman que tengo á la izquierda no habla una palabra de italiano, y me suplica que diga á un camarero no sé qué cosa.—Yo le complazco, sin darme cuenta, al principio, del idioma en que me ha dirigido la súplica.

La mesa es muy larga, y mas de la mitad se halla desierta, como un arenal, como una pampa, ó como el valle de Chamounix cuando yo lo visité.

Al estremo de ella acaban de colocarse de pie tres fatídicos espectros, armados de instrumentos músicos.

Son tres artistas callejeros, vestidos con una elegancia que da espanto...

Empiezan á tocar...—¡Hé aquí el terceto final de *Hernani!*—Pláceme la eleccion.

Ella...—porque hay una *ella* (y por cierto jóven y hermosa, aunque lúgubre como el hambre)—ella toca el violin. Un hombre de treinta años lleva la voz cantante en un clarinete. Un pobre viejo toca el violon...—el *violoncello*, quiero decir. El resultado es admirable. ¡Infelices! ¡Tan artistas y pidiendo limosna!

De pronto asáltame el recuerdo, ó bien despiértaseme la conciencia de que acabo de oir hablar en español.—El eco de la palabra *usted* resuena en mis oidos... ¡Y ha sido el aleman quien la ha pronunciado... no tengo duda!

Interpelóle sobre el particular, y resulta que el jóven habla el castellano como Cervantes. Es hijo de Prusia; pero hace ocho años que vive en la América española, representando una casa de comercio y acreditado como cónsul de Dinamarca en la capital de una república del Sur.

La circunstancia de tener yo amigos muy queridos en aquella apartada region, y amigos que él tambien conoce, acaba de relacionarnos.

H. de V..., que así se llama el prusiano, ha venido á Europa á ver á su familia, con la que ya ha pasado un mes. Despues ha recorrido la baja Italia. Ahora se dirige otra vez á su casa por Venecia y Viena: y el 1.° de diciembre debe de embarcarse en Liverpool para el Nuevo Mundo, donde piensa permanecer aun otros ocho años.—Esto es viajar; no lo que yo voy haciendo.—¡Ese jóven si que tiene motivos para ponerse melancólico á ratos!—Pero él es aleman.

Al levantarnos de la mesa, es ya cosa convenida que haremos juntos el viaje de Milan á Verona, donde yo quiero detenerme un dia, y que luego volveremos á vernos en Venecia.

Con que vamos al teatro.

Preguntando se va á Roma, y preguntando voy yo al *Teatro de la Scala*.

Al fin lo descubro en una plazoleta formada por la confluencia de seis calles. La luz de la luna ilumina su alta y graciosa fachada. Muchos faroles de gas alumbran el vestíbulo. Lujosos carruajes acuden por todas partes, y de ellos descienden esas huecas, blancas, flotantes, fantásticas visiones, que representan á la dama principal del siglo XIX en toda su vaporosa magestad. Un enjambre de revendedores de localidades y de espendedores del programa de la funcion, del libreto de la ópera, del argumento del baile y de los periódicos de la noche, obstruye todas las puertas del coliseo. La milicia nacional monta la guardia.

Yo no veo todas estas cosas sin cierta emocion. ¡Ha oido uno hablar tanto desde niño de este colosal templo de Euterpe! ¡Se han formado aquí tantas reputaciones! ¡Han debutado aquí tantos cantantes que despues alcanzaron renombre universal! ¡Se han estrenado aquí tantas obras maestras!

En este teatro presentó Donizetti las partituras manuscritas de *Anna Bolena*, *Lucrezia Borgia* y *Gemma di Vergi*, y esperó temblando, con aquel terror que solo conocen los autores de obras líricas ó dramáticas, el fallo inapelable del público. Aquí se oyó por primera vez la música de Verdi (*Oberto di San Bonifazio*). Aquí aparecieron tambien *Ernani*, *I Due Foscari* y *Nabuco*. Aquí ensayaron y dirigieron sus principales obras Rossini y Bellini, y de aquí fueron llevados en triunfo á sus casas. Aquí recogieron larga cosecha de aplausos la Pasta, la Malibran; su hermana Paulina, Tamburini, Moriani, Rubini, Ronconi y tantos otros célebres cantantes. Aquí se resume, finalmente, casi toda la historia de la música moderna, casi toda la vida de la ópera.—Este es el emporio del arte predilecto de nuestro siglo.

La antigua nombradía del *Teatro de la Scala* no proviene, sin embargo, de estas razones, que llamaré *morales*, sino de su magnitud y hermosura, y del lujo y pericia que resplandecen en los espectáculos que se dan en él.

Acerca de todo esto, juzgaremos pronto por nosotros mismos.

Ahora nos resta solo decir que fue construido en 1778 por una sociedad particular, y que debe el nombre que lleva á la circunstancia de haber sido edificado en el sitio que fue iglesia de *Santa María de la Scala*, erigida por una princes

de la familia de los *Scala* de Verona, casada por mas señas con Barnabo Visconti, duque de Milan, grande amigo de Petrarca y padre de aquel famoso *Galeazzo*, que tanto nos dió que pensar esta mañana en la Cartuja de Pavía.



La duquesa de Parma.

Con que vamos adelante.—En el despacho de billetes compro por unas siete pesetas una llave de *sedia chiusa*, ó sea una butaca, y penetro en el coliseo.

Indudablemente, es una magnífica obra, de amplias y elegantes proporciones; pero la verdad sea dicha, se diferencia muy poco de los demás teatros principales que llevo vistos. Cierto que es mas noble y desahogado que los de París y Turin, y el mas espacioso de toda Europa; cierto que sorprenden sus seis órdenes

de palcos y su decorado del mejor gusto; cierto que habrá habido razon para admirar este coliseo cuando tenia tan pocos rivales, y que, aun hoy, debe llamar la atencion de los franceses, cuyos teatros son tan incómodos y abigarrados; pero con todo, no es tan singular y estraordinario, tan monumental y grandioso como se lo promete la imaginacion del viajero.

En cuanto á mí, yo digo mas.—Yo proclamo que la sala, los palcos, los pasillos y las butacas de nuestro *Teatro Real* de Madrid, esceden con mucho en suntuosidad, en holgura, en *confort*, en buen tono, á la sala, los palcos, las butacas y los pasillos del *Teatro de la Scala*.—El *Teatro Real*, con ser mas pequeño que este; con tener solamente cuatro órdenes de palcos; con no poder albergar sino una mitad de los espectadores que caben aquí, ofrece tal lujo ó prodigalidad de espacio; aposenta al público tan cómodamente; respira tanta magestad y tanto decoro, que parece doble mas espacioso de lo que es, cual si, á los ojos de la ilusion, *grandor* y *grandeza* fueran una misma cosa.

Añádase á esto que en el *Teatro de la Scala* no se ve ni por asomos aquella brillante y aristocrática sociedad que en el *Real* de Madrid ocupa siempre todos los palcos y butacas; aquel *mundo* elegante, rigorosamente vestido, que acude á la ópera como á una fiesta; aquellos dos mil guantes blancos (á dos guantes por persona) que se agitan en el aire en el momento del aplauso.—En el *Teatro de la Scala* está la gente como en la plaza pública; como antiguamente estaria en el teatro pagano abierto á la luz del sol y al aire libre; con no sé qué abandono y confianza, que demuestran que el espectáculo escénico no es para los italianos una funcion solemne, sino el acto mas ordinario y familiar de su vida. Asi es que, esceptuando los palcos de platea y los *d'ordine nobile* (principales) en que se ven damas y caballeros *en grande tenue*, el público se halla vestido de cualquier modo, conserva el sombrero puesto durante la representacion (como en los antiguos anfiteatros); se agrupa de pie en el fondo de la sala, lo mismo que en Turin; se embriaga con la música como nosotros con los toros, los franceses con el *cancan* y los ingleses con las carreras de caballos; y al aplaudir frenéticamente,—cosa que hace con demasiada frecuencia,—se conoce que aplaude á un mismo tiempo á los cantantes, al compositor, al libretista, á sí propio, al idioma italiano, y hasta á la Italia misma... ¡á la noble Italia, patria de la música; á la imperecedera Italia, señora ayer del mundo, y hermosa vestal hoy, encargada de mantener vivo el fuego inmortal del arte!

Con que héme en mi *sedia chiusa*, que ya es una *silla abierta*, y por cierto nada cómoda.

¡Qué casualidad! A mi derecha se halla sentado el caballero que ha comido en frente de mí en el hotel; aquel que me miraba fijamente y cuya patria no he podido adivinar.—Es hombre de unos cuarenta y cinco años, sério, condecorado con una cinta roja, y de elegante y distinguido porte.—Yo me afirmo cada vez mas en que lo he visto antes de ahora; pero no recuerdo dónde, cómo ni cuándo.

Empieza la sinfonía; la sublime sinfonía de *Guillermo Tell*: oda inmortal que sirve de prólogo á un poema.

La orquesta es de primer órden, así por el cuantioso número, como por la variedad de los instrumentos, y por la armoniosa distribucion de sus partes, por la simultaneidad y concierto de sus voces, por su *unidad de espresion*, si se me permite esta fórmula.

Córrese el telon.—El escenario es inmenso; las decoraciones esceden á todo elogio; los coros y los trajes son escelentes.—Unicamente los cantantes dejan mucho que desear.

Todos me son desconocidos... hasta de nombre. La compañía no es de *primo cartello*, ni aun de *secondo*.—Está visto; hasta que llegue la pascua de Navidad, no conseguiré oir cantar bien en Italia.—Los grandes artistas se hallan ahora dando conciertos en Inglaterra, Alemania y Rusia.—La pobre gente que profana este clásico escenario, desgarra mis oidos y marchita mis ilusiones, es, sin embargo, mucho mas soportable que la del Teatro Nacional de Turin.

Afortunadamente, el programa de la funcion se compone tan solo de los dos primeros actos del *Guillermo* y de un baile de espectáculo.

El argumento de este baile es turco, la música francesa, y los pasos y pantomimas cosmopolitas.—En cuanto á las bailarinas, las hay verdaderamente hermosas.

¡Quién me lo dijera! ¡Me estoy aburriendo soberanamente en el *Teatro della Scala!*

Mi vecino y compañero de mesa se aburre tambien á lo que parece.—El baile no tiene fin y carece de toda novedad.

Con este motivo hablamos, primero en italiano y luego en francés; y uno y otro nos convencemos de que ninguno de aquellos idiomas es el nuestro, y de que no somos tampoco ingleses ni alemanes.

—Usted es español, me dice de pronto mi vecino.

—Sí, señor: y usted tambien, le contesto yo en el castellano claro que él acababa de emplear.

—Me lo habia figurado desde que lo vi á usted.

—En cambio, yo creo haberle visto á usted en otra parte.

—Yo soy el duque de U.—; todo el mundo me conoce en Madrid.

El duque de U.—es grande de España de primera clase.

—Pues si es usted el señor duque de U.—, le replico, yo no le he visto á usted nunca; pero conozco y trato á su señora, á sus hijos y á toda su familia: de modo que le he sacado á usted por la pinta.

—Yo falto de Madrid hace tiempo.—Y usted ¿quién es?

Etc.

—¿Conocerá usted á Fulano?

—Sí... mucho... ¡Qué guapo es!

—¿Y qué se hizo de Mengano? ¿Sigue...

—¡Hombre! ¿Y Zutano?

—¡Ah! Zutano. Yo lo quiero mucho. Pues ¿y Perengano?

—¡Qué bueno es Perengano!

—¿Y cómo anda aquello?

—¡Ah! España es esto y lo otro... y lo demás de allá... ¡Pero no hay cosa como España! Los italianos son asi, y los franceses del otro modo, y los españoles... ¡ah! ¡los españoles!

—¡Caramba! ¡Mire usted que es casualidad! ¡Comer juntos y pasar la noche codo con codo sin hablarnos una palabra!

—Y no obstante parecia que algo nos avisaba que no nos éramos completamente estraños.

—¿Y viene usted por mucho tiempo?

—¿Y vuelve usted pronto por aquella tierra?

—¿Y vió usted á mi familia?

—¡Qué mal han cantado!

—¡Qué baile tan soso!...

—¿Usted vive en el hotel?

—¿Usted conoce á Milan?

—Etc., etc.

—Pues señor, tomaremos té en el *café del Comercio*, plaza de la Catedral, y nos iremos á casa.

—¿Y mañana qué hacemos?

—Etc., etc.

. . . .

Es la una de la noche.

Parééceme que acabo de darme un baño de España.

¡Cuánto hemos charlado ese buen aristócrata y yo! ¡Qué modo de convenir en ideas! ¡Qué manera de elogiar á todos los ausentes! ¡Qué buenos han sido todos los hombres que conocíamos los dos! ¡Qué embellecido por la distancia hemos visto á Madrid! ¡Qué tontería es viajar! ¡No hay nada como España! ¡Qué gana teníamos los dos de hablar en español y como españoles! ¡Y cómo nos hemos divertido!

Ahora estoy solo, en mi celda de viajero, completando mi larga historia de hoy y formando mi programa de mañana.

¿Qué será á estas horas del señor cura de Pavía?

Pero no retrocedamos, no nos paremos en esta cruel peregrinacion, en que los sentidos, como otros tantos bárbaros, van asolando todas las ilusiones de mi vida; van desvaneciendo todos los fantasmas de mi imaginacion; van reduciendo á prosáicas realidades mis sueños dorados de ver el Mont-Blanc, el Pó, la Cartuja, *il Duomo*, el *Teatro della Scala* y tantas otras cosas. Sigamos adelante, á fin de que pronto la luz crepuscular del recuerdo preste una nueva poesía, mucho mas bella que la de la esperanza, á estas fugaces y desabridas emociones.

¡Estoy en Milan!—Esto no significa hoy nada para mí, sino con referencia al ayer. Si yo hubiera nacido en Milan, habria deseado conocer la Andalucía. Cuando el año que viene esté en Andalucía, la memoria de mi residencia en Mi-

lan me llenará de encanto. Ya lo he dicho: el hombre no ama mas que lo que desea y lo que pierde.

¡Estoy en Milan! Posesionémonos bien de esta idea.—Analicemos lo que esto quiere decir.—Establezcamos cuál era la importancia que yo daba á Milan antes de penetrar por sus puertas.—Recordemos su historia; consultemos su plano; estudiemos su estadística.

Milan fue fundada por los galos 587 años antes de la venida de Jesucristo, y despues de haber sido capital de los Insubres, formó parte del imperio romano y se vió eclipsada por Módena y Mantua.—Pocos siglos despues mereció ya ser considerada como la capital de la alta Italia; tanto, que el emperador Maximiano residió en ella.—Aquí fue donde Constantino dió su famoso Edicto en favor de los cristianos, que cambió la faz del antiguo mundo.—Tomáronla despues los lombardos y la supeditaron á Pavía, en que establecieron su capital; pero cuando Carlo-Magno destruyó esta última ciudad, Milán volvió á ser la metrópoli de la Lombardía; puesto de honor que no perdió ya nunca.—Mas adelante, cuando principió la lucha entre los *Güelfos* y *Gibelinos*, ó sea entre los *Papas* y los *Emperadores*, ó por mejor decir, entre Italia y Alemania, Milan declaróse *güelfa*, emancipóse de la dominacion imperial y erigióse en república independiente.—Esta actitud heróica atrajo sobre ella la ira del emperador Federico I, que la destruyó en 1162, no dejando piedra sobre piedra.—De aquí nació la célebre *Liga Lombarda*, alianza guerrera formada entre Milan y otras ciudades, que se habian propuesto tambien sacudir el yugo aleman.—Esta formidable Liga derrotó en *Legnano* al emperador Federico Barbarroja y obtuvo la ventajosa *Paz de Constanza*.—Entre tanto Milan habia vuelto á brotar de la llanura, mas floreciente y poderosa que antes.—Cincuenta años despues, los emperadores de Alemania volvieron á probar fortuna; pero formóse la segunda *Liga Lombarda*, y la victoria militó de nuevo bajo sus banderas.—Entonces aconteció lo que acontece siempre en semejantes casos: la gloria reemplazó á la libertad. La guerra habia hecho célebres á algunos hombres, y estos hombres se prevalieron de su fama para convertirse en señores, trocando en obediencia el amor que inspiraban á sus conciudadanos.—El *César* de Milan fue un tal *Pagano della Torre*, oriundo de los Alpes, que habia ganado una gran popularidad curando heridos; popularidad que le valió ser proclamado jefe de la república.—Una vez en este camino, se adivina el resto: el mérito se hizo hereditario: la gratitud popular á sus libertadores y el amor á la independencia se cifraron á una familia: los *della Torre* vincularon en su nombre el gobierno de Milan.—Despues de *Pagano* vino *Martin*, que dominó como *Podestá*. A este siguió *Felipe*, que acabó con las franquicias republicanas y ejerció la dictadura; pero, que, en cambio, dió mucha gloria á la república en los campos de batalla. Muerto Felipe, asomó un sobrino suyo, llamado *Napoleon della Torre*, el cual arrojó ya la máscara; intitulóse *Señor de Milan;* oprimió al pueblo; reinó por el terror, y no reconoció como arzobispo de Milan á *Othon Visconti*, á pesar de estar nombrado por el Papa. Pero este arzobispo era hombre que lo entendia, y en vez de andarse con discusiones esco-

lásticas, montó á caballo; empuñó una espada; sublevó la Lombardía; derrotó en una batalla á *Napoleon della Torre*; hízole prisionero; entró en Milan triunfalmente; asumió la direccion y mando de lo temporal y lo eterno, y fue origen de aquella dinastía Visconti, que habia de reinar en el Milanesado cerca de dos siglos.—De la historia de esta familia ya hemos adelantado los principales rasgos. Todos sus señores y duques fueron tiranos, fratricidas, parricidas ó algo por el estilo, y pocos de ellos murieron de muerte natural. En cambio dieron muestras de amor á las letras y á las artes, y se les deben grandes monumentos.—A los Visconti sucedieron los *Sforza* en virtud del casamiento de la última heredera de aquella casa con un famoso caudillo. Los *Sforza* fueron tambien déspotas, y casi todos ellos murieron asesinados, desterrados ó prisioneros.—A fines del siglo XV, la Francia los arrojó del trono y se apoderó del Milanesado; pero Cárlos V intervino en el asunto del modo que sabemos, y habiendo vencido á los franceses en Pavía, repuso en su trono á Francisco Sforza. Poco tiempo despues, y á la muerte de este duque, Milan formó parte de los Estados del rey de España, en cuya situacion permaneció hasta principio del siglo pasado, que fué á poder del Austria, á consecuencia de la guerra de *Sucesion*.—Lo demás, ya nos lo dijo el cura de Pavía. El Milanesado fue invadido por los ejércitos republicanos de Francia en 1796. El tratado de Campo-Formio lo hizo centro de la República Cisalpina. En 1805 formaba parte del reino de Italia, y Napoleon ceñia á su frente la *corona de hierro*. Los tratados de 1815 entregaron nuevamente á Milan al imperio de Austria, que la puso á la cabeza del reino Lombardo-Véneto, y desde entonces hasta nuestros dias solo registra dos fechas notables: 1848 y 1859.—¡No puede darse mas triste y azarosa historia!

Milan, con ser estensísima, solo cuenta 200,000 habitantes.—Como hemos dicho, se halla situada en una fértil llanura, levemente inclinada de Norte á Mediodía.—A su izquierda corre un modesto rio—el *Olona*—; pero el riego y la navegacion interior de la comarca se hacen por medio de magníficos canales que atraviesan la ciudad en varias direcciones.—Milan es una de las ciudades mas ricas, mas cultas, mas manufactureras del continente. Aparte de la sedería, que es acaso su principal industria, cuenta innumerables fábricas de lanería, platería, loza, espejos, instrumentos de matemáticas y astronomía, y de obras de bronce, marfil, alabastro, coral y otras materias.—Su campiña, muy semejante á la de Valencia, produce una cuantiosa cosecha de arroz.—El hierro, el mármol y el carbon de piedra constituyen la principal riqueza de sus montañas.—Los habitantes de la llanura hilan y tejen el algodon en sus casas, pudiendo decirse que cada hogar de campesino es una pequeña fábrica.—Por lo demás, la Lombardía es la tierra mas poblada, mas feraz, mejor cultivada y regada de toda Europa.—Volviendo á la ciudad, diremos que encierra cuanto puede contribuir al lustre y la cultura de una capital importantísima, llevando ventaja á muchas, y entre otras á nuestro Madrid, en el número y esplendor de los grandes establecimientos destinados á consagrar y propagar los adelantos y conquistas del saber humano. Hay en Milan un *Palacio Real de ciencias y artes* con *Ob-*

servatorio, academias especiales de *Escultura* y *Arquitectura*, otra general de *Artes* y *Ciencias*, otra de *Artes* y *manufacturas*, varias *Galerías de cuadros y estatuas*, una magnífica Universidad, dos Liceos, dos Gimnasios, la famosa *Biblioteca Ambrosiana*, que comprende mas de 15,000 manuscritos; un Museo y gabinete de historia natural; treinta hospicios y hospitales; centenares de imprentas, que no dejan de producir libros importantes ó curiosos en varios idiomas; círculos literarios, casinos, institutos y otros muchos centros de ilustracion y de trabajo, que fuera prolijo nombrar.—Los progresos materiales del pais corresponden á los intelectuales, y ceden en honor de la dominacion austriaca. Milan se comunica por medio de ferro-carriles con el lago de Como, esto es, con los Alpes; con Turin, y por consiguiente con el Mediterráneo; con Verona y Venecia, y por lo tanto con el Adriático, con Trieste, con Austria, Prusia, Bélgica, Francia, Suiza, Polonia y Rusia; y pronto se comunicará con Pavía y Piacenza, enlazándose de este modo á la línea que corre por Parma, Módena y Boloña, que irá luego á buscar á Ancona y la baja Italia, uniéndose á su paso á los caminos de hierro que cercan á Florencia.—Además de esto, cuenta con una inmejorable red de carreteras y de canales.

Milan, en fin, es una de las ciudades mas importantes del mundo, por su representacion histórica, por los Concilios que en ella se celebraron, por los varones eminentes que cuenta entre sus hijos (santos, guerreros, artistas, poetas, sabios, inventores), por sus grandes desventuras; por sus monumentos; por sus iglesias, cuya historia se enlaza íntimamente á la de la religion cristiana; por los dramas de que fue teatro; por las guerras á que dió lugar; por los hombres ilustres de todas las naciones que figuran en sus anales; por su hermosura, por su riqueza, y sobre todo (para mí, que soy español) por haber ondeado sobre sus muros durante doscientos años la bandera de Castilla.

Tal es la ciudad en que nos hallamos, y á cuyos númenes vamos á confiar nuestro destino, al depositar la mitad del alma y de la vida en las temerosas manos del sueño.

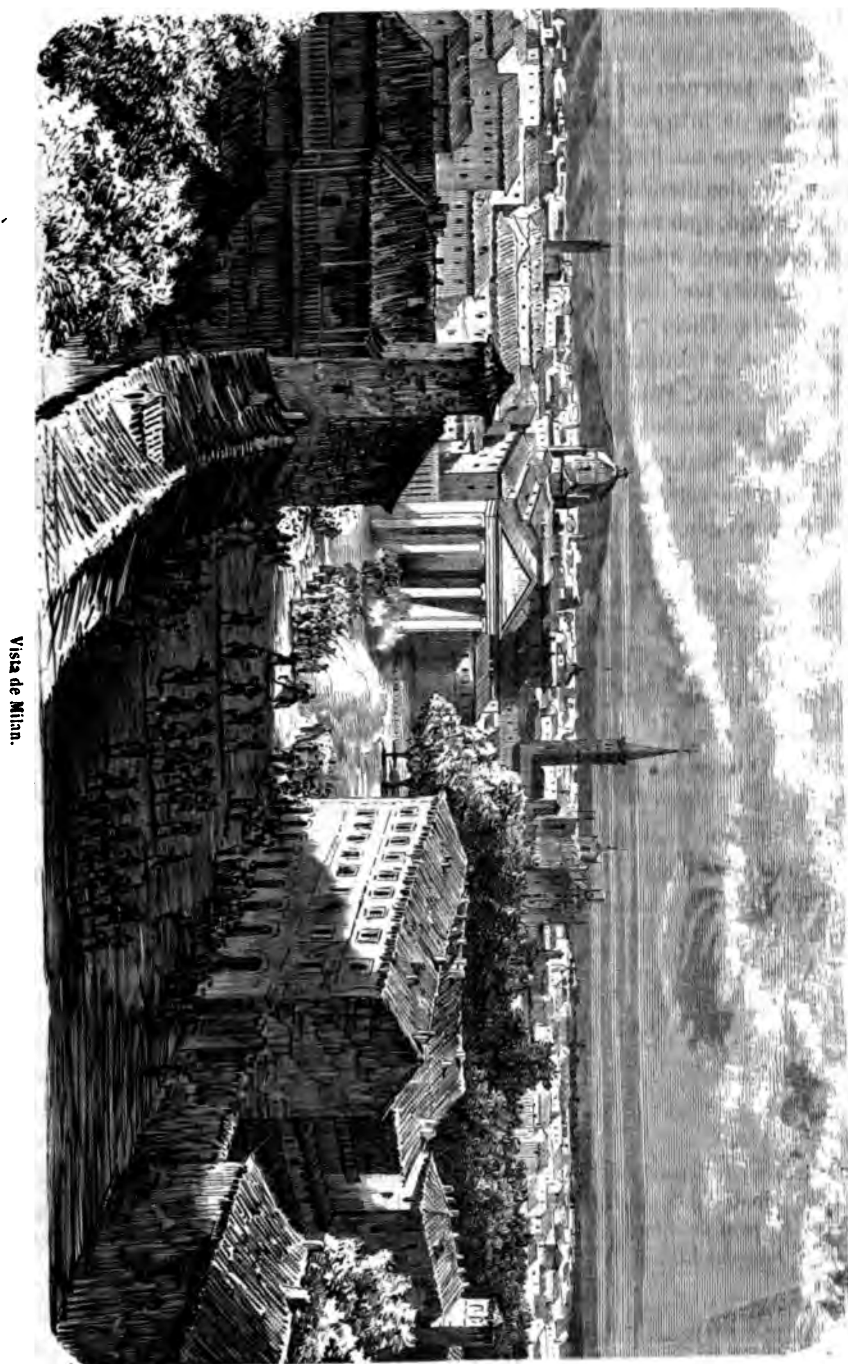
Acostémonos, pues, y hasta mañana, si Dios quiere.

III.

La catedral por dentro y desde lo alto de su pirámide.—Museo de pinturas.—La *Cena* de Leonardo da Vinci.—Un anfiteatro romano.—El Arco de la Paz.—Iglesias antiquísimas. —La víspera de difuntos en un cementerio italiano.—Un drama patriótico en el teatro de *S. Radegonda*.

Milan 1.° de noviembre.

¡Qué dia el de hoy! ¡Cuánto he visto! ¡Cuánto he andado! ¡Qué tropel de ideas nuevas brilla todavía en mi mente! ¡Cuán diversas emociones han agitado



Vista de Milan.

mi alma!—La catedral... Leonardo de Vinci... el circo romano... *San Ambrosio*... el cementerio... *Daniel Manin*... ¡qué estraña confusion de cosas pasadas

y presentes, de sagrado y de profano, de júbilo y de pena, de entusiasmo y de fastidio!

Pero vamos por partes.

Esta mañana, no bien fue de dia, tomé el camino de la catedral, donde permanecí tres horas.

Como hoy ha sido dia de *Todos los Santos*, el templo estaba lleno de fieles que oian misa en los innumerables altares que lo decoran.

Yo empecé tambien por oir una, aunque no con la devocion que debiera, pues me tuvieron constantemente distraido las novedades que eché de ver en la manera como celebraba el sacerdote la santa ceremonia. Consultando mis recuerdos de aquellos años en que estudiaba Sagrada Teología, dime cuenta al fin de que las alteraciones que me estrañaban tenian su esplicacion en que Milan no está sujeto al rito romano, sino á otro peculiar de sus iglesias, compuesto por San Ambrosio, obispo que fue de esta diócesis, y de quien hablaremos mas adelante.

Tambien estrañé alguna cosa en el tono y la forma de *cantar horas* en el coro, y á esto me dijo un monaguillo que aquel era el *Canto ambrosiano*, que solo se usa en la Lombardía.

Por lo demás, quedé completamente edificado con la suma devocion de que daban muestras en el templo todas las clases de la sociedad.—El cura de Pavía tenia razon. Los milaneses son muy religiosos.

Cumplido el precepto, púseme bajo la direccion de un semi-sacristan, semi-*cicerone*, que me enseñó prolijamente todas las maravillas que encierra la catedral.

Este sacristan-*cicerone* (dicho sea por lo que valga) era calvo, y usaba dentro de la iglesia un enorme solideo; pero cuando salimos del recinto sagrado para subir á la parte alta del edificio, púsose un képis de miliciano, que contrastaba divinamente con sus medias negras y sus zapatos de hebilla.—Yo no podré esplicaros cómo, no siendo clérigo, se cubria la cabeza dentro de sagrado, ó cómo, siéndolo, era al mismo tiempo guardia-nacional... Pero la verdad es que esto ví; y pues que lo ví, lo cuento.—Sálvese el que pueda.

En cuanto á la catedral, tampoco intentaré describirla minuciosamente, ni creo que esto seria dado á la mas hábil y esperimentada pluma. Figuraos cinco naves góticas, sostenidas por cincuenta y dos gigantescas columnas, de cuyos soberbios capiteles, bordados de esculturas, arrancan elegantes bóvedas ojivales: figuraos bajo estas bóvedas un espacio de 148 metros de longitud por 57 de anchura y 64 de elevacion: figuraos en los muros, en los pilares y en las capillas hasta 679 estatuas, y casetones y doseletes dispuestos para otras 158 que aun quedan por hacer... (En la parte esterior del *Duomo* hay cerca de 2,000 estatuas, y aun faltan unas 600. Total de estatuas que tendrá con el tiempo, 3,400 y tantas. En la catedral de Milan se trabaja incesantemente hace mas de 500 años, y aun no está concluida. Los trabajos se han emprendido últimamente con grande actividad, y se cree que esta generacion verá terminado el colosal pensamiento de *Galeazzo Visconti*.) Figuraos, detrás del altar mayor, tres inmensas ven-

tanas, adornadas, como todas las del templo, con magníficos vidrios de colores; en el intrados de las bóvedas, pinturas que fingen adornos esculturales; en las capillas, algunos retablos de gran mérito por su antigüedad ó por su primor artístico; en otros parajes, magníficos sepulcros de arzobispos y cardenales; figuraos, dijo, todo esto, con su riqueza, sus inmensas proporciones, su magestad y su hermosura, y formareis una vaga idea del conjunto de la insigne catedral.

Descendiendo ahora á algunos pormenores, os diré las cosas que mas llaman la atencion al recorrer aquellas naves.

Primeramente se repara en un pilon de pórfido, donde se bautiza *por inmersion*, como prescribe el rito ambrosiano.—Se dice que este pilon pertenece á unas antiguas termas de no sé qué emperador de Roma.

Sobre la puerta principal de la iglesia, y en su lado interior, hay un gran balcon sostenido por dos columnas de granito, de una sola pieza, cuya longitud es de siete metros, por un metro y veinte centímetros de diámetro. Estos dos trozos de piedra son los mayores que existen en Europa, al decir del *cicerone*.

No son menos notables los púlpitos que rodean completamente los dos pilares próximos al altar Mayor. Son de bronce dorado, y están sostenidos por grandes cariátides. En la parte alta se ven los cuatro evangelistas y los cuatro doctores de la fe. Esta maravillosa obra se debe á los cardenales San Cárlos y Federico Borromeo.

La famosa estatua que representa á *San Bartolomé desollado*, de que todos habreis oido hablar, es una obra de gran paciencia, que revela profundos conocimientos anatómicos; pero está muy lejos de ser una escultura interesante,—quiero decir, artística, en el sentido abstracto de la palabra.

Mucho mas bello me ha parecido un colosal candelabro de siete brazos, del mas puro gótico, entre cuyas primorosas labores, que imitan follaje, se ven innumerables diminutas estatuas. Este candelabro se llama el *Arbol de la Vírgen*.

Pero el gran prodigio de la catedral; su mas importante obra y el centro de la piedad milanesa, es la capilla subterránea en que descansan los restos mortales de *San Cárlos Borromeo*. Esta capilla está toda cubierta de bajo-relieves de plata. El sepulcro es del mismo metal y de cristal de roca, y deja ver el incorrupto cuerpo del Santo, vestido de pontifical. Diez y seis millones de reales se han gastado en adornar aquella sepultura, que es al mismo tiempo un santuario, y en que no se sabe que admirar mas, si el gusto artistico ó la fastuosa riqueza que brilla por todas partes.

En cuanto al antiguo y célebre *tesoro* de la catedral, tan saqueado por los innumerables conquistadores que han dominado este pais, todavía ostenta algunos objetos de gran valor; entre ellos, dos estatuas de plata, una del mismo San Cárlos, de 100 libras de peso, y otra de San Ambrosio, de 125; una *Paz* de oro, mas preciosa aun por su trabajo que por la materia en que está cincelada, y un *frontal* de plata maciza, tambien de mucho precio.

Finalmente, en el ábside se ve el sepulcro de *Marino Caraccioli*, famoso

cardenal que tuvo la gloria de coronar á Cárlos V. *Qui primam Carolo V Imp. ad Aquasgrani coronam imposuit*... dice una cláusula de su epitafio.

Despues de haber estudiado tan detenidamente todo el templo, me disponia ya á marcharme, cuando el *cicerone* me dijo:

—Espérese usted, que todavía no ha visto la catedral de Milan. Si quiere usted comprender de una sola ojeada toda la grandeza de este edificio, venga usted detrás de mí.

Y asi diciendo, abrió una puerta que hay cerca de un soberbio mausoleo, dibujado, segun la tradicion, por Miguel Angel y que encierra las cenizas de algunos *Médicis*.

Yo salí detrás de él por aquella puerta, que daba á una escalera de mármol. Empezamos á subir... y hubo momentos en que me figuré que no íbamos á acabar nunca. ¡Aquella escalera tiene 486 gradas!

Cuando llegamos á lo alto, me encontré sobre la pirámide central del edificio, y ví á mis pies una inmensurable masa de mármol blanco; una montaña semejante á aquellas, cubiertas de nieve, que visité en Saboya; un bosque de caladas agujas, erizadas, por decirlo asi, de estatuas colosales; un laberinto de escaleras, azoteas, esplanadas, arcos, puentes, pasadizos...—¡Era la catedral á vista de pájaro!

En aquella ciudad de piedra, hay una poblacion... de piedra tambien. De las 135 agujas que se levantan sobre los techos, álzase una multitud de ángeles y santos, que en actitudes diferentes, parecen pugnar por abandonar la tierra. En medio de las plazas embaldosadas se ven, al modo de monumentos, preciosas esculturas que no se distinguen desde parte alguna de Milan, y que parecen estar espuestas á la sola contemplacion del cielo. Entre aquellas estatuas las hay hasta de Miguel Angel: tales son un *Adan* y un *Cain niño*, no muy bellas por cierto, aunque siempre notables por el nombre que las ilustra.

La catedral de Milan carece de una torre (que aqui se llama *campanile*) digna de su magnificencia.—Hay, sí, una torre provisional, cuadrada, de pésimo gusto y estraña arquitectura, que da albergue á las campanas y ataques de nervios á quien la mira; pero repito que es provisional y que se piensa en derribarla, sustituyéndola con un campanario gótico, adecuado al monumento de que será remate y coronacion.—Sin embargo, hasta ahora no se ha presentado un solo proyecto que merezca la aprobacion del cabildo.

Como podreis suponer, desde lo alto del *Duomo* se goza una hermosísima vista.

Primeramente se descubre toda la ciudad, calle por calle, plaza por plaza, iglesia por iglesia...—Mi mirada penetró, pues, en los jardines de los palacios y en algunas habitaciones. En las azoteas se veia mucha gente que descansaba ó trabajaba al sol. Las jóvenes que se creian solas, estaban acompañadas de mi espionaje. Los amantes que se hacian señas de un terrado á otro, me entregaban, sin saberlo, el secreto de sus almas. En una parte divisaba á una madre que peinaba á sus hijos; en otra á los pequeñuelos que jugaban con sus padres; aquí

al estudiante que repasaba su leccion; allí al que fumaba tranquilamente.—La catedral, como Dios, lo ve todo.

Mas lejos se descubrian los campos, las aldeas, los canales, las quintas, las carreteras, los ferro-carriles, ocupando leguas y leguas.

—¿Ve usted aquella cosa blanca? me decia el *cicerone*. Pues es la Cartuja de Pavía. Aquel monte es la *Superga*... Debajo está Turin... Aquellas cimas azules son los Apeninos... Aquella faja de niebla es el Po... Hácia aquel lado cae Magenta... Allí tiene usted á Monza... Todas aquellas blancas montañas son los Alpes... Aquel pico último dista de aquí 40 leguas... Desde ningun punto de Italia disfrutará usted una vista panorámica de los montes tan completa como desde aquí.—Desde aquí está usted viendo á un mismo tiempo el Monte Viso, el Mont-Cenis, el Mont-Blanc, el Gran San Bernardo, el Mont-Rosa, el Simplon, el Jungfrau, el Finsteraarhorn, el San Gothardo, el Sphügen, el Ortler... ¡De la Francia al Tirol! ¡Cien leguas de cordillera! ¡Un horizonte sensible de trescientas leguas de circunferencia! ¡Tanto cielo como en los desiertos de Africa!

Era, en verdad, un panorama imponente; pero se pasaba el tiempo, y yo ardia en deseos de ver otras muchas cosas.

Entre ellas, la que mas me solicitaba, era la celebérrima *Cena* de *Leonardo de Vinci*, obra maestra de pintura, que todos habreis visto reproducida en magníficos grabados, y en cuya posesion fundan los milaneses un legítimo orgullo.

Estudié, pues, desde aquella altura la situacion de la iglesia de *Santa María della Grazie*, en que se conserva el renombrado *fresco*; tracéme el itinerario que habia de seguir para llegar á ella, pasando por otros lugares que me proponia visitar, y bajé á la plaza del *Duomo*, desde donde tomé el camino que me habia fijado, rehusando los servicios que me ofrecian cocheros y *ciceroni*.

Algunos minutos despues entraba en el *Palacio de las ciencias y las artes*, llamado Brera, donde se encuentra el museo de pinturas.—Antes de ver el *Cenacolo* de Vinci, queria templar mi espíritu en la contemplacion de otras grandes obras de pintura.

El palacio de *Brera* (antiguo convento, cuya licenciosa comunidad atentó á la vida de San Cárlos Borromeo cuando este insigne varon trató de corregirla, por lo que fue disuelta y severamente castigada) encierra, además de la *Galería de cuadros*, un Gimnasio, la Escuela de Bellas-Artes, el Observatorio, el Gabinete de Numismática, una gran Biblioteca con 200,000 volúmenes, y el Instituto de Ciencias, Artes y Letras.—Dicho se está, por tanto, que es un magnífico edificio.

Entrase en él por un espacioso patio, en medio del cual se encuentra provisionalmente la estatua colosal de Napoleon, esculpida por *Canova*. En la meseta de la escalera hay otra estatua que representa al jurisconsulto *Beccaria*, al ilustre impugnador de la pena de muerte. En el piso principal se halla la *Pinacoteca*.

Esta no llega ni con mucho á nuestro Museo de pinturas de Madrid; pero encierra sin embargo muchos y muy buenos cuadros de maestros tan eminentes

como Rubens, Tintoreto, Dominiquino, Palma il Vecchio, Guido Reni, Van-Dyck, Pabló el Verones, Giorgione y otros que citaré mas adelante.

En el vestíbulo admiré unos hermosísimos frescos de aquel *Luini* cuyo nombre oí pronunciar por la primera vez en la Cartuja de Pavía.

Bernardino Luini, á quien se supone discípulo de Leonardo de Vinci por lo mucho que se le asemeja en el estilo, es generalmente desconocido fuera de Italia. Esto se esplica fácilmente. Las obras de Luini no han viajado, por la sencilla razon de que casi todas son *frescos*, y su reputacion no viajó tampoco, porque tuvo la desgracia de nacer al mismo tiempo que aquellos colosos del arte que se llaman Rafael, Miguel Angel y Leonardo de Vinci. Solamente hoy ha empezado á hacerse justicia al esquisito gusto y suave delicadeza de su pincel, que se inspira á un mismo tiempo en la piedad y en la forma y combina sabiamente el espiritualismo de los pintores *trecentistas* con la verdad humana (pagana por mejor decir) á que debia llevar el Renacimiento.

Entre las obras que ha legado á la posteridad en el citado vestíbulo, se ve una *Santa Catalina trasportada al cielo por tres ángeles*, que es indudablemente el original ó el tipo de otras muchas composiciones análogas que andan por el mundo, y las escede á todas en dulzura, inspiracion y maestría.

Mas adelante llamó mi atencion un *San Jerónimo en el desierto*, de Ticiano; que me recordó otro cuadro mayor, pero copia de este, que hay en el claustro principal alto del Escorial.

Tambien descuella en aquel museo el célebre *Baile de los amores* de Albano, lienzo copiado miles de veces por el pincel, el lápiz y el buril, y que es acaso la primera obra de su género.

El *cicerone* ó guia de la Pinacoteca tuvo especial cuidado de decirme, al llegar en frente de un cuadro de *Guercino da Cento*, que representa á *Abraham arrojando á Agar*, que lord Byron se habia pasado muchas horas en diferentes ocasiones contemplando estasiado aquella pintura.

Yo la miré entonces con el detenimiento que podeis imaginaros, y la encontré llena de defectos, aunque no de tantos como le atribuye la crítica de los inteligentes. Y á fuerza de examinarla, comprendí que lo que habia interesado tanto al gran poeta inglés era la hermosura mortal de la madre de los agarenos y su tristísimo lloro, que no hace sino duplicar sus atractivos.—Añádase á esto la posibilidad de que lord Byron hubiese hallado en sus largos viajes, y amado tal vez, á alguna egipcia (ó no egipcia) parecida á la rival de Sara, y se justificará la predileccion que le merecia el cuadro de Guercino.

Ahora, lo que yo no me esplico es cómo el autor de *Parisina* pudo detenerse tanto tiempo delante de *Agar* ni de otro ningun cuadro de este *Museo*, existiendo en él una de las mas nobles y felices creaciones del arte; el *Casamiento de la Vírgen*, obra inmortal del divino Rafael.

El *Spozalizio*, como le llaman los italianos, eclipsa completamente todas las demás pinturas del palacio *Brera*.—Dibujo, composicion, interés, poesía... hasta color... (cosa rara en el sublime artista) todo es notable en tan peregrino lienzo!

—Permitidme detenerme á esplicaros la manera como el pintor de María ha representado los santos desposorios.

Toda la parte alta del cuadro la ocupa un grandioso templo, al que se sube por una larga y amplísima escalinata. Al pie de esta escalinata hay trece figuras del tamaño natural, que son la Vírgen, San José, el sacerdote hebreo, cinco mancebos y cinco doncellas. El sacerdote, venerable anciano, suntuosamente revestido, está entre los dos desposados, cuyas diestras tiene cogidas, acercándolas suavemente, á fin de que San José coloque el anillo nupcial en la de María. María, bella sobre toda ponderacion, sencilla, graciosa y noblemente vestida, alarga sus dedos de marfil hácia el conmovido esposo. Los castos ojos de la Vírgen de quince años están clavados en el suelo. Su rostro todo espresa no sé qué triste ventura. José tiene tambien los ojos bajos, y adelanta el brazo respetuosamente, sin atreverse á dar un paso mas hácia la hija de Joaquin. Si tímida y modesta es la actitud de la esposa, humilde y piadoso es el temor del marido. Sin los trajes, atributos y accesorios que revelan el asunto de esta obra, nadie dudaria, solo con ver las caras de los dos novios, que son los descendientes de David, en cuya casa naceria el Hijo de Dios. No es el triunfo del amor; es un santo misterio el que se cumple en aquel instante, el que adivinan los contrayentes, el que los turba y desasosiega. Las doncellas, agrupadas detrás de María, atienden al acto con reverente y afectuosa curiosidad. Los mancebos que siguen á San José rompen sus varas, significando de este modo el mal éxito de sus pretensiones á la mano de la Vírgen. En cambio, la vara de San José está coronada de flores.

Tal es la forma en que Rafael ha presentado esta escena, tantas veces y de tantos modos tratada por la pintura.

Lo que yo no pudiera haceros comprender, es la pureza y la gracia del dibujo y la *difícil facilidad* de la composicion.

Diré solamente que, como obra de la primera época del discípulo de Perugino, domina todavía en la disposicion de los personajes algo de aquella simetría propia de los cuadros devotos de la edad media; pero que hay tal animacion, tal vida, tanta verdad y belleza en el movimiento particular de cada figura, que ya se admira la clásica maestría del Renacimiento, sin que por esto falte en la acion el sublime misticismo que por aquellos dias se empezaba á echar de menos en las creaciones del arte.

Mas no es todavía ocasion de que nos estendamos en largos discursos acerca del genio de Rafael y de su influencia en la pintura. Aplacemos esta cuestion para el dia en que veamos sus grandes obras en el Vaticano y en otros museos de Roma, y sigamos ahora recorriendo la galería de *Brera*.

Pocos fueron los cuadros que me impresionaron vivamente despues del *Spozalizio*.—Solo recuerdo una *aguada*, tambien de Rafael, que representa á varios personajes alegóricos, completamente desnudos, que disparan flechas á un *Término* cubierto con un escudo; una *Vírgen y el Niño* de Luini, en que pude aun admirar la esquisita dulzura de este pintor; un *Monje dormido* de nuestro in-

mortal Velazquez, sumamente deteriorado por el tiempo y las restauraciones; pero en el que se ven aun ciertos valientes toques de la mano del maestro, y un lienzo de Leonardo de Vinci, que hubiera sido notable, pero que está por concluir, y en el que los artistas pueden estudiar el procedimiento de que se valia Vinci para pintar sus cuadros.—El asunto es *la Vírgen teniendo en brazos al niño Jesus, que juega con un cordero*, y está desempeñado admirablemente como dibujo, que es como solo puede juzgarse.

Por mi parte, recuerdo haber visto en el museo del Louvre, en París, un cuadro análogo á este, tambien de Leonardo de Vinci, en que el pensamiento está mas desarrollado y que produce una tierna emocion en cuantos lo miran.

Allí hay una figura mas, que es *Santa Ana*. Sobre las rodillas de la esposa de Joaquin se halla sentada la *Vírgen Madre*, la cual retiene á duras penas al *Niño Jesus*, que juega á sus pies con un *cordero*.—Santa Ana mira con plácida tranquilidad á su hermosa hija, cuya atencion toda es para el futuro Redentor, mientras que este solo piensa en el gracioso y alegórico animal á quien sujeta con piés y manos y que pugna mansamente por escaparse.—Es una gradacion de ternuras tan encantadora en sí misma, como solemne y espresiva la encontrarán los místicos. Santa Ana se complace con tener en su falda á María, la Madre del Dios hombre. María se inquieta por Jesus, al verle tan inclinado al cordero, símbolo del sacrificio. Jesus se resiste á su Madre y continúa en tierra, porque un amor mas grande que todos los afectos humanos le marca su infalible porvenir. El cordero, *la víctima*, representa la lucha de la naturaleza con el martirio.—¡Y cómo está compuesto aquel cuadro! ¡Cómo está sentido! ¡Cuán nobles y bellas son todas las figuras!

Pero repito que esto lo vi en el Louvre.

Desde el palacio de *Brera* pasé á una *trattoria*, hostería, taberna, figon ó lo que fuese, que ví en la misma calle, y donde me hice dar de almorzar *á la italiana*.

Allí habia tambien un magnífico cuadro; pero cuadro vivo, digno del pincel flamenco.—Borrachos, humo, poca luz, una Maritornes, vino de Monza, peces fritos, queso de Parma, juramentos *per Baco* y una estampa de la Vírgen, alumbrada por una mariposa...—Hé aquí los rasgos característicos de aquel lugar.

Yo volví á acordarme de *I Promesi Sposi* y de *l'osteria* en que tanto peroró el pobre *Renzo* la noche del tumulto.—Era la misma mesa estrecha y larga: eran los dos mismos escaños de madera: eran los mismos comensales. En vano habian pasado sobre Milan dos siglos y medio.

Repuestas mis fuerzas, la *Strada del Portaccio* me llevó á unos jardines y alamedas que delimitan una estensísima plaza, la mayor que he visto en toda mi vida.

Era la *Plaza de Armas*.

Indudablemente, aquel es el punto mas bello y mas grandioso de todo Milan.

Diez mil árboles rodean la gran planicie, formando redobladas calles.

En un lado se ve el *Castello*, antigua morada de los duques, convertida hoy en cuartel, pero imponente y noble todavía.



Rafael de Urbino.

Detrás de la fortaleza se distingue una vista panorámica de la ciudad, cuyas torres y cúpulas campean airosamente sobre el cielo. Entre ellas se levantan arrogantes las caladas agujas de la catedral, como los cedros entre los pinos.

Esta vista panorámica es mucho mas artística que la *vista de pájaro* que se disfruta desde lo alto del Duomo.

En otro lado se eleva magestuoso el célebre *Arco de la Paz* ó del Simplon, erigido en la puerta por donde Napoleon I entró en Milan el año de 1807.

Mas tarde, cuando el Austria volvió á imperar en Lombardía, este arco fue consagrado, no ya á la gloria, sino á la mengua del vencido en Waterloo, y se grabaron en su mármol fechas tan aciagas para Francia y para Italia como la batalla de Leipsik, la capitulacion de Dresde, la entrada de los cosacos en París, la vuelta de los austriacos á Milan y los tratados de 1815.

Todas estas inscripciones se han borrado despues de la batalla de Magenta, escribiéndose en su lugar las siguientes palabras:

ALLE SPERANZE DEL REGNO ITÁLICO
AUSPICE NAPOLEONE PRIMO
I MILANESI DEDICARONO L'ANNO MDCCCVII
E FRANCATI DA SERVITU
FELICEMENTE RESTITUIRONO L'ANNO MDCCCLIX.

El nombre de *Arco de Simplon*, que en mi concepto es el que mas legítimamente le corresponde, significa que en él termina la gran carretera que ya conocemos.

Por lo demás, es una obra soberbia, de puros y elegantes contornos. Toda ella está construida con mármol blanco, y corónanla el carro de la *Paz*, arrastrado por seis caballos de bronce, y cuatro estatuas ecuestres del mismo metal, representando heraldos que parten en encontradas direcciones á estender la buena nueva.

El costo de este monumento pasó de 17.000,000 de reales.

Finalmente, entre el *Arco* y el *Castello* vénse los muros de *l'Arena*, inmenso anfiteatro, digno de la antigua Roma, pero no obra suya, como cualquiera creeria á primera vista, sino de un hombre de estos tiempos, aunque digno tambien de los siglos clásicos.

L'Arena fue construida por órden de Napoleon I en 1805. Su forma es elíptica y está ajustada perfectamente á los modelos de la antigüedad. El héroe del salon de las Cariátides, de la Apoteosis y de las esculturas de Cánova dejó en ella el sello de su grandeza cesárea.

A la entrada hay un pórtico de ocho columnas de granito. El diámetro grande del circo es de 750 pies. Las gradas están cubiertas de yerba. En ellas caben 30,000 espectadores.

Todo el espacio destinado á las carreras, puede llenarse de agua, convirtiendo el anfiteatro en *naumaquia*, y asi se hizo en 1807 para obsequiar á Napoleon con el espectáculo de una regata de bateleros y nadadores.

Desde lo alto de la gradería volví á gozar de la vista de la Plaza de Armas, de la antigua ciudadela y de todo Milan. El dia ha sido purísimo. Los caballos del *Arco de la Paz* parecian bordados sobre el cielo. La blanca silueta de la ciudad recortaba graciosamente el azul profundo del espacio. Los árboles, que todavía conservan sus hojas, aunque muy amarillentas, contrastaban con los cam-

pos, en que verdea la cosecha del otoño. El horizonte era inmenso y la luz del sol deslumbradora. Las chimeneas de las fábricas que rodean la capital parecian otros tantos obeliscos. El estruendo de la vida industrial bramaba allá á lo lejos. Todos los relojes daban las doce, y las campanas de cien iglesias entonaban la oracion del mediodia. Los pájaros cantaban los últimos soles del año bajo las últimas sombras de las alamedas. Los silbidos remotos de una locomotora me hicieron reparar en un tren que salia para Venecia. Yo le ví desaparecer hácia Levante, y esclamé:—«Ya te sigo.»—En opuesta direccion recorria los campos otro larguísimo tren que llegaba de Turin, dejando en la atmósfera una larga faja de humo, como los barcos dejan estela en el mar. Dentro del *Castello* sonaban tambores y cornetas, que tocaban á no sé qué cosa. Hácia el *Corso Francesco* se oian, ya ruidosa, ya vagamente, los acordes de una música militar. Seria algun regimiento que iba á misa...—Todo esto producia en mi ánimo sensaciones diferentes, pero que se resumian en admiracion y respeto á Milan, cuya importancia se me revelaba en fórmulas confusas, hasta que brotó en mi mente una idea y de mis labios una frase:—«Esta es, me dije, la capital de la *Alta-Italia*.» Cuya frase podia traducirse de este otro modo: «Comprendo y siento el pasado de Milan.»

De la *Plaza de Armas á Santa Maria delle Grazie* ya me quedaba poco que andar. Atravesé los paseos y las huertas en que termina la ciudad por el Oeste, y llegué al antiguo convento.

El *fresco* de Vinci (que no es tal *fresco*, sino una pintura al óleo sobre cal) se halla en la habitacion que fue refectorio.—El convento es hoy cuartel.

Atravesé, pues, claustros y patios llenos de tropa, y llegué á una puerta sobre la que se leia en una lápida, que aquel era el aposento en que se conservaba el *cenácolo* de Leonardo de Vinci.

Llamé, y salió á abrir *il custode de la* CENA, etc.

Entré, y ví una habitacion desmantelada y ruinosa, en medio de la cual habia una máquina fotográfica, y una mesa llena de astampas, libritos, y otras publicaciones referentes al mismo asunto.

Figuraos, pues, la emocion con que se acercará el viajero amante de las artes al decrépito muro que ostenta una tan estimada maravilla.

¡Triste es decirlo! en aquella pared no hay pintura alguna de Leonardo de Vinci.—Lo que allí se ve es la malhadada obra de imbéciles restauradores; la barbarie de los frailes que poseyeron tal tesoro; las injurias del tiempo; mil abominaciones sucesivas... pero tal vez ni una sola pincelada del autor de la *Cena*.—Lo que allí se guarda no es, por consiguiente, sino el sitio, como en un templo ruinoso; un testimonio vivo de que existió tan grande obra; un monumento; una conmemoracion.

Me apresuro, sin embargo, á consolaros. Nosotros la veremos tal cual fue. Yo os la describiré en su primitiva grandeza.

Para ello necesito antes referiros la historia de este prodigio del arte.

Leonardo de Vinci, uno de los hombres mas ilustrados de su tiempo, arquitec-

to, ingeniero, escultor, poeta, escritor, músico; dotado además de grandes ventajas físicas por su hermosura y estraordinaria fuerza; gladiador y nadador sin rival, habia alcanzado ya imperecedera fama por tan múltiples y raras calidades, cuando hizo olvidar sus propios méritos pintando el cuadro de la Cena.— Desde entonces, ya no se acordó nadie del magnífico canal que habia dirigido y que puso á Milan en comunicacion con el Adda, ni del certámen en que habia ganado un premio tocando en una lira de plata, fabricada por él (y cantándolo magistralmente), un precioso romance, cuya música y cuya letra eran tambien suyas; ni de la estatua de Francisco Sforza, con que venció á su maestro Verrocchio; ni de las fortificaciones que habia inventado, como ingeniero militar que era, á fin de neutralizar los efectos de la artillería, que empezaba á emplearse por entonces; ni de sus notables trabajos en la construccion de la catedral; ni de sus inspirados sonetos... de nada, en fin, sino del pintor. Milan, Florencia y Roma se disputaban al artista. Los reyes de España y Francia se procuraban su amistad. Miguel Angel le temia y conspiraba en contra de él, no en el terreno del arte, sino en el de la intriga. Pero todo era ya inútil. La gloria de Leonardo llenaba el universo.

Desgraciadamente, la *Cena* habia sido pintada, como hemos dicho, mediante un nuevo é infortunado procedimiento (al óleo sobre cal), y en una habitacion húmeda, que en cierta ocasion llegó á verse hasta inundada. A consecuencia de esto, la pintura empezó á caerse á pedazos, cuando aun no llevaba treinta años de existencia. Tambien quiso la desgracia que el fogon de la cocina del convento se encontrara precisamente del otro lado de la misma pared ilustrada por Vinci, lo cual sometió á los colores á una alternativa de resecacion y humedad que acabó por destruirlos. Despues aconteció que los frailes, á fin de recibir la comida mas caliente, hicieron ¡en medio de la obra maestra! una ventana de comunicacion entre el refectorio y la cocina! En 1726, un tal *Belloti*, encargado de restaurar el *fresco*, llevó su temeridad hasta repintar casi todas las figuras. En 1770 hizo lo mismo un señor *Mazer*. En 1796 el refectorio era cuadra de la caballería francesa. Mas tarde sirvió de pajar. Algun tiempo despues, no sé qué alma caritativa creyó encontrar un remedio á tantos males, tapiando á piedra y lodo la puerta de la habitacion; pero cuando á los pocos años se entró en ella, encontráronse indicios de que habia estado llena de agua, á consecuencia de un largo temporal, hasta una grande altura. ¡Toda esta agua habia desaparecido por evaporacion!... ¡Figuraos cómo estaria la obra de Vinci!—Finalmente, hace pocos años, el *fresco* ha sido restaurado en lo posible y con bastante inteligencia; pero repito que ya solo se trata de conservar en aquel sitio una sombra, un reflejo, una memoria de la perdida maravilla.

Dichosamente para el arte, mientras que unos destruian bárbaramente el cuadro de *Santa María delle Grazie*, otros lo copiaban y rehacian con religioso cuidado. Para ello buscaban la admirable copia, hecha al óleo sobre lienzo por un discípulo de Vinci (Marco d'Oggione): estudiaban los bocetos de las cabezas de los Apóstoles, que el grande artista habia conservado y que aun hoy existen en

Inglaterra, y Bossi hacia un carton, del tamaño del original, en que ateniéndose á los dibujos, noticias y restos que quedaban de la obra de Vinci, la restablecia tal como debió ser. En Viena se ejecutaba un mosáico, que es acaso (á lo que dicen los artistas) un perfecto *fac símile* del primitivo *fresco*. En fin, Morguen, el insigne grabador, auxiliado por todos estos datos, á costa de largos viajes, despues de pasar meses y meses en el húmedo refectorio y de emplear nada menos que seis años en su tarea, produjo un magnífico grabado que es un verdadero milagro del arte.

Yo conozco muchas de las copias y bocetos que acabo de citar, y además habia visto esta mañana en el palacio Brera (y os lo ocultaba con toda intencion) el boceto de la cabeza del mismo Cristo que figura en la *Cena*, dibujado con lápiz rojo y negro por Leonardo de Vinci; yo he estudiado delante del *fresco* las muchas fotografías del mismo y del mosáico de Viena que vende el *custode*; yo habia reparado tambien esta mañana en el dicho Museo, en otra copia al óleo por el caballero Rossi, y compulsando todas estas interpretaciones, reuniendo todos estos elementos y contemplando detenidamente la obra original, en que á lo menos quedan las líneas generales, ó sea el dibujo y la composicion, puedo decir que he entrevisto, que he sentido, que he comprendido aquel prodigio de la pintura.

Y á la verdad yo no sé qué me ha admirado mas en él: si la naturalidad y el arte de la composicion; si la variedad y la energía de los afectos que espresa cada apóstol, ó si la hermosura verdaderamente celestial de Jesucristo.

El momento de la *Cena* elegido por Vinci es aquel en que el Redentor dice con melancólica ternura:—*Amen dico vobis, quia unus vestrum me traditurus est.* (En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar.)

Estas palabras han producido en los discípulos un movimiento de asombro, de indignacion, de curiosidad, de miedo... La fisonomía de Jesus (ya sabeis que me refiero á la original de Vinci que he visto en *Brera*) espresa dolor y mansedumbre. Sus manos estendidas traducen la paz y la resignacion con que espera los mayores tormentos.

Simon, colocado el último, á la izquierda de Jesus, duda que haya entre ellos quien cometa semejante felonía, y está tranquilo como su conciencia. *Tadeo*, con aire sombrío, vuelve el rostro para no ver á Judas, cual si le asaltase una sospecha. *Mateo* repite enérgicamente las palabras del Salvador, como diciendo: «No debeis dudarlo, puesto que Jesus lo afirma. Entre nosotros hay un traidor.» Estos tres personajes forman un grupo, ó sea una escena del drama.—Luego viene otro episodio de mayor vida y mas poderosos afectos. *Felipe*, suavísima figura, se ha puesto de pie y se dirige á Cristo con las lágrimas en los ojos, diciéndole: «Yo no soy: yo te amo.» *Santiago el Mayor*, mudo de espanto, abre los brazos con energía, como si esclamara: «Lee, Señor, en mi corazon, y verás que ni podia sospechar que eso sucediera.» *Tomás* se acerca al Divino Maestro, por detrás de Santiago, y levantando el dedo con ciega furia, jura vengarle si tal sucede.—Este segundo grupo no puede ser mas vehemente, mas persuasivo,

mas inspirado.—Sigue el Hijo de María, bello sobre toda ponderacion, grande en su humildad, imponente en su tristeza.—A su derecha está *Juan*, el dulce y amado apóstol, con la cabeza caida y las manos cruzadas, lleno de afliccion y de pesadumbre. *Pedro* estudia las fisonomías, pregunta á Juan y les amenaza á todos lleno de ira. *Judas*, sentado, afectando tranquilidad, revela en su semblante, sabiamente colocado por el artista en una media luz, la turbacion del criminal que se ve descubierto. *Andrés*, maravillado, parece decir: «Señor, no me dejes caer en semejante tentacion.» *Santiago el Justo* mira á Pedro, acechando una ocasion de hablarle, cual si esperase saber por él de quién se trata. *Bartolomé*, en fin, está de pie y adelantado sobre la mesa, creyendo haber oido mal y como pidiendo á Cristo que repita sus palabras.

Tal es la accion del cuadro, vária en sus accidentes, y llena de interés y vida por su unidad. El semblante de cada apóstol es un trasunto fiel del carácter con que aparece en los Evangelios y de los hechos posteriores de su vida. Conservando todos el tipo judio, son, sin embargo, tan diferentes entre sí como lo fueron en sus relaciones con Jesus y en sus predicaciones y escritos. Otros cuadros referentes á este asunto adolecen de monotonía y amaneramiento, á causa de estar todas las figuras sentadas en fila; pero en la pintura de Vinci, aunque los doce discípulos se hallan tambien necesariamente en un mismo *término*, hay tal movimiento en las actitudes, tanto arte en la composicion, tanta naturalidad y tanto fuego en cada personaje, que su obligada disposicion delante de la mesa parece accidental ó escogida por el artista.

Al salir de *Santa María delle Grazie*, formé una lista de las mas notables iglesias de Milan; tomé un carruaje, y díjele al cochero que me hiciese pasar por todas ellas.

Las iglesias de Milan pueden dividirse en tres clases. Antiguas basílicas, venerables por su fecha, por su rara arquitectura y por los grandes varones que figuran en su historia; iglesias del renacimiento, resplandecientes de lujo y alegría, é iglesias modernas, solo recomendables por su clasicismo artístico.

Entre las primeras, la que mas llama la atencion es *San Ambrogio*, fundada por San Ambrosio en el siglo IV, y en la cual se cree tuvo efecto aquella célebre escena, tan soberanamente reproducida por la pintura, en que el dicho santo prohibe la entrada en el templo al emperador Teodosio, á consecuencia de haber este mandado degollar á 7,000 habitantes de Tesalónica.—Tambien fue en esta iglesia donde San Agustin abjuró sus errores y se convirtió al cristianismo.—En ella predicaron San Basilio, San Juan Crisóstomo y otros Santos Padres, y bajo sus bóvedas fueron coronados muchos reyes y emperadores.—Monumentos de tan grandes tiempos son los innumerables bajo-relieves, bustos é inscripciones que decoran el atrio, verdadero museo de las artes cristianas.—El interior del templo ha sido restaurado varias veces y en diversos estilos, que le han arrebatado su primitivo carácter.

En *San Lorenzo*, tambien antiquísima, se encuentran asimismo grandes recuerdos de los primeros siglos de la Iglesia; entre otros, una capilla, cuya

fundacion se atribuye á la mujer de nuestro rey Ataulfo. Muchos arqueólogos é historiadores niegan el hecho; pero la tradicion señala hasta el sepulcro que encerró las cenizas de Placidia.

San Nazaro Grande, erigida por San Ambrosio sobre un teatro gentil, y *San Stéfano in Broglio*, edificada por San Estéban en el siglo V, merecen del mismo modo, como vestigios de las artes bárbaras, todo el respeto y toda la admiracion del viajero.

Las iglesias del renacimiento, que tanto abundan en Milan, son alegres, brillantes, lujosas como las habitaciones destinadas á saraos y festines en los palacios reales. El oro y el mármol relucen por todas partes. La pintura, la escultura y la arquitectura agotan todos los medios de lucir sus encantos, con tal de hermosear la casa de Dios; y la verdad es (á mi juicio) que no logran sino profanarla.

La luz del sol refleja en los dorados capiteles de las columnas corintias, en los frescos de las cúpulas, en el bronce de los pedestales, en los mármoles bruñidos.—La riente hermosura que resulta de esto, es demasiado mundana.—*San Alejandro* y *la Madona di San Celso* son las que brillan mas por semejante estilo.

En cuanto á las iglesias de arquitectura greco-romana, lo mismo podrian servir para teatros que para bolsas, para templos de Vesta que para academias ó liceos.—Su belleza es puramente artística.

Réstame consignar que unas y otras deben visitarse aunque solo sea como museos de pintura. Luini, Ferrari, Crespi, Lodi, Borgognone y otros grandes artistas han dejado en ellas sus mejores obras.—En este sentido recomiendo á *San Maurizio il Maggiore* y á *San Giorgio in Palazzo*.

De camino que he recorrido todos estos templos, situados en opuestos estremos de Milan, he visto la ciudad entera, asi los barrios elegantes como los habitados por la plebe.

En todos ellos he pasado á la puerta de seculares palacios, notables unos por su bella arquitectura, y otros por los históricos nombres que llevan.

Pero el lugar que mas me ha impresionado, á causa del sello de antigüedap que conservan todos los edificios, es la *Piazza dei Mercanti*, verdadero centro del Milan de todas las épocas, foco de los motines, emporio del comercio, mentidero público, asiento de la Bolsa y atrio del palacio de la *Ragione*, construido para servir de asamblea al *Consejo de los ochocientos*, cuando Milan era república independiente.

En otras plazas he visto fuentes públicas bastante graciosas, pero no tan bellas como las puertas de la ciudad, entre las que merecen especial mencion la *Porta Orientale* y la *Porta Romana*.

Esta última es un arco de triunfo, levantado para celebrar la entrada de Margarita de Austria, mujer de Felipe III de España, en la ciudad de Milan, cuando la ciudad de Milan era una capital de provincia dependiente de Madrid, como hoy Palma de Mallorca.

Finalmente, he pasado una media hora en la *Biblioteca ambrosiana*,

donde he visto. muchos libros, mas de 100,000; pero no he abierto ninguno.

En cambio he leido varias cartas de amor, originales de Lucrezia Borgia, dirigidas al cardenal Bembo.—Una de ellas dice: *Ahí te envio, mi bien amado, algunos de estos mis cabellos que tantas veces elogiaste...*

Al llegar á este punto, dióme la humorada de preguntar al bibliotecario:

—¿Y los cabellos?

—Arriba los verá usted, me respondió este con la mayor seriedad.

Y en efecto, en una galeria de objetos preciosos que hay sobre la biblioteca, enseñáronme despues, al través de un cristal, un hermoso rizo de cabellos rubios perfectamente conservados.

Ya no hay mujeres como Lucrezia Borgia.

Mujer temible se llama hoy á aquella que devora *la fortuna* de los hombres...

¡Hasta el crímen se ha empequeñecido entre nosotros!

La contemplacion de los cabellos muertos de una mujer que fue muy hermosa y muy enamorada, conmueve siempre á los hombres *bien-nacidos*... ¡Comprendo que se guarde con tanto cuidado el pelo de aquella Magdalena impenitente!—Pero esto no es escribir: esto es pecar.—Yo me arrepiento de lo que acabo de decir, no sin dolerme de no haber sido víctima de aquella mujer de cuatro maridos.

Lucrezia Borgia, Margarita de Valois y María Stuardo serán siempre compadecidas... ¡Ellas amaron mucho!...—Mas dejemos esto.

Desde la *Biblioteca ambrosiana* fuí en busca de mis nuevos amigos del hotel, el prusiano H. de V.—y el español duque de U.—, con quienes estaba citado, y nos marchamos juntos á visitar los cementerios, como buenos cristianos que somos (el prusiano es protestante), y como víspera de difuntos que ha sido hoy.

Los cementerios de Milan son muy sencillos. Redúcense á estensos bosques de cruces de madera.

En ellos habia muchísima gente arrodillada, rezando, llorando ó cantando psalmos mortuorios. Todos tenian la cabeza descubierta. Nadie comia castañas ni otra cosa alguna.

Yo recordé nuestros cementerios de Madrid, y la sacrílega romería que va á ellos todos los años, en son de fiesta, á conmemorar los difuntos, y encontré que en Milan se trata á la muerte mas cristianamente que entre nosotros.

Pero esta compuncion era del público; no del gobierno.

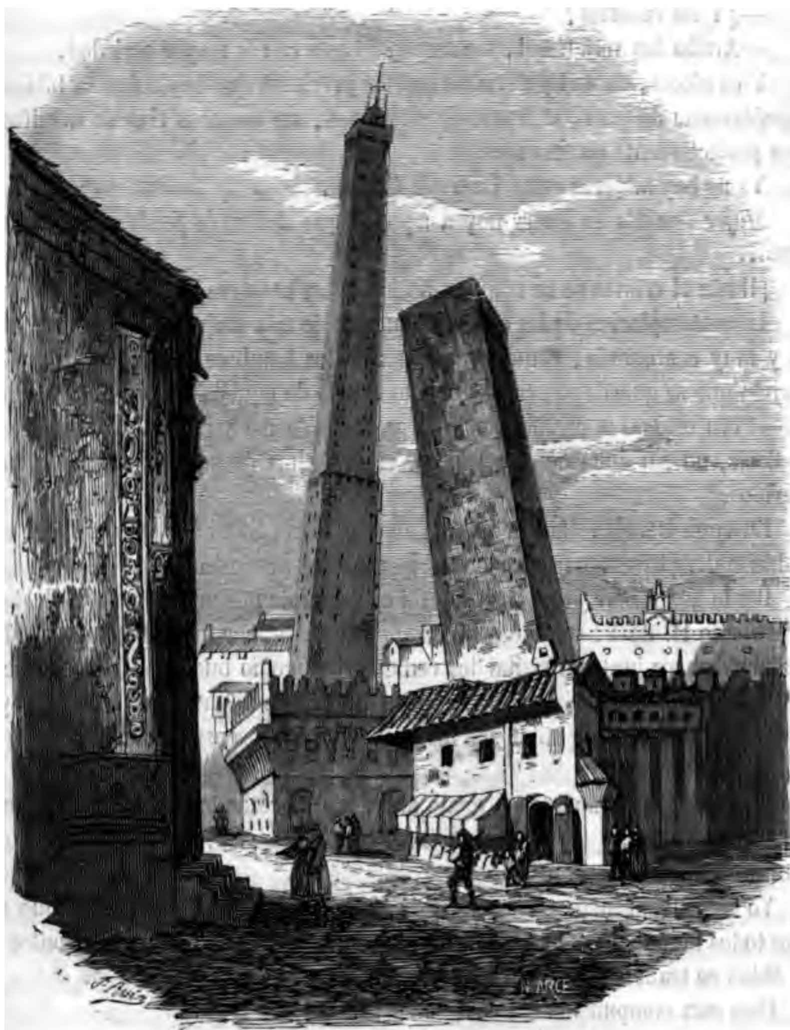
El gobierno ha permitido que esta noche haya funcion en los teatros.—No es que yo proteste contra semejante tolerancia.—Solo consigno el hecho.

Y estoy tan lejos de protestar, que en este momento vengo del teatro.

Dos funciones interesantes se daban esta noche: la una era en el *teatro Ré*, donde se estrenaba el drama nuevo titulado: *El desembarco de Garibaldi en Sicilia*; y la otra, en el teatro de *San Redegonda*, donde se representaba: *Daniel Manin ó Venecia en 1848*.

Yo elegí este último, y el duque y el prusiano fueron de mi opinion.

En el teatro de *San Redegonda* cuesta un palco *d'ordine nobile* (esto es, la localidad mas cara que puede tomarse), la cantidad de 3 francos, comprendidas tres entradas.—Y sin embargo, ni el coliseo, ni la compañía ni el público eran



Bolonia.—Las Torres inclinadas.

de la última clase.—Ya os he dicho que el teatro para los italianos no es un artículo de lujo, sino de primera necesidad.

En cuanto al drama, escrito últimamente para escitar el amor y la compasion á la mísera Venecia, tiene la fuerza de un millon de caballos.—En él se habla del rey de Nápoles, llamándole simplemente el *rey Bomba*; en él se trata á

Pio IX de una manera lamentable; en él se nombra á Cavour, á Garibaldi, á Victor Manuel, al emperador de Austria, á Radetzky y á otros muchos persona-



Vista de Venecia.

jes que andan por el mundo; en él hay *vivas* y *mueras*, himnos, cañonazos, policía austriaca, motines populares... todo lo que puede encender la sangre de las masas.

El personaje mas interesante, despues del defensor de Venecia, es un inglés, partidario de la independencia y de la unidad de Italia.

El último acto sucede en París.

Manin, devorado por el amor patrio, por el dolor de ver sufrir bajo el yugo estranjero á la hermosa ciudad que creyó un dia hacer libre, y por la mas melancólica *nostalgia*, se encuentra moribundo.

En el momento de espirar, otórgale Dios la vision de lo porvenir, y presencia la emancipacion de una y otra ciudad de Italia; y ve á Roma en un trono; y en torno suyo á Turin, Milan, Florencia, Nápoles, Palermo, Parma, Boloña, Módena... amorosamente agrupadas.

Todas estas ciudades eran representadas por otras tantas actrices, que daban forma corpórea á las imaginaciones del agonizante patricio.

Cada una llevaba la bandera y los atributos de su pasada historia, y los deponia á los pies de la capital de la península.

Era la alegoría de la unidad italiana.

Sin embargo, el canto de triunfo no se entonaba.

—¿*Y Venecia?* preguntaba Manin...

¡Y nadie respondia!—Venecia yacia aun en triste servidumbre.

Entonces óyense remotos cañonazos, rumor de espadas y gritos de agonía... —Todos tiemblan...

Pero hé aquí que por último estalla el himno de *victoria*... el ansiado canto de triunfo... y aparece en escena una mujer pálida, vestida de negro, llevando en la mano un estandarte hecho girones...

¡Es *Venecia!*

¡Venecia, que acaba de emanciparse y que se prosterna á los piés de Roma, concurriendo á formar con todas sus hermanas el que por tanto tiempo se ha llamado *soñado reino!*

Os lo diré con franqueza. Este final de un tan ridículo drama, tenia algo de sublime. Aquella alegoría estaba bien imaginada. El asunto era noble y digno... la causa de Venecia, justa... el entusiasmo de los actores indescriptible...

Asi es que el público lloraba y aplaudia.—¡*Venecia!* ¡*Venecia!* gritaban mas de mil voces.

Los músicos de la orquesta se habian puesto de pié, y tocaban vueltos de cara á los espectadores, á fin de manifestarles su emocion de este modo...

¡Hasta nosotros aplaudimos sin darnos cuenta de ello!

. . . .

Todavía no sé qué pensarán de los recientes acontecimientos en los demás pueblos de Italia; mas por lo que he visto en Milan desde que puse en él la planta hasta este momento, me atrevo á decir que la anexion de la Lombardía al Piamonte ha sido el deseo y el voto de todos los milaneses; que no existen entre el Po y los Alpes elementos algunos de reaccion, y que, por el contrario, la opinion pública, la opinion unánime, empuja á Victor Manuel á ultimar su obra, libertando á Venecia y estableciendo su córte en Roma. La gratitud de los lombardos á los piamonteses solo puede compararse á su odio á los austriacos; y su devocion y religiosidad son tan fervientes como profunda es la antipatía que les inspira el

gobierno de los Estados Pontificios. Todas las personas con quienes hablais; desde el eclesiástico al militar; desde el prócer al mendigo; asi el pobre ochero, á quien *examinais* para entretener los ocios de una caminata, como el escritor y el artista cuyas obras se ven espuestas en la calle; lo mismo el rico comerciante, que el mozo de café, distinguen y separan perfectamente á Pio IX, representante de Jesucristo en la tierra, de Pio IX, rey de Roma; y aman y respetan al primero, tanto come combaten al segundo.

. . . .

Al salir del teatro he reparado en que la luna empieza á menguar; y como yo tenga empeño de entrar en Venecia de noche, en góndola y con luna, he decidido partir mañana mismo.

Nada me resta que ver en Milán.

Segun estaba tratado, H. de V. me acompañará hasta Verona, donde yo haré noche y permaneceré pasado mañana casi todo el dia.

El me esperará en Venecia, en el *Hotel d'Europe.*

De Verona á Venecia se va en poco mas de cuatro horas.

Asi, pues, pasado mañana á la noche dormiré al blando arrullo de las lagunas, en el seno de la reina del Adriático.

CAPITULO V.

EL VENETO.

I.

Adios á la Lombardía.—El lago de Garda.—La frontera austriaca.—Italianos y Tudescos. —La policía.—El cuadrilátero.—Verona.—Noche lúgubre.

Son las once de la mañana del dia 2 de noviembre.

Las campanas tocan á muerto.

Vengo de recorrer algunas iglesias, y en todas ellas se alza un fúnebre catafalco.

La poblacion de Milan, sin distincion de clases, se halla al pié de los enlutados altares, rogando por los difuntos.

Nobles y elegantes damas, graves ancianos, bellísimas jóvenes, tiernos infantes, todos vestidos de negro, van de un templo á otro en sus lujosos carruajes á ofrecer todo género de sufragios por el reposo eterno de sus finados queridos.

Yo creo adivinar la razon por qué este año son tantos y tan ilustres los milaneses que están de duelo.

En la campaña del verano pasado, la flor de la juventud de Milan murió luchando contra el Austria.

Y es que aquí la revolucion no fue la obra de un partido, ni la tiranía de la gente descontenta y revoltosa sobre la pacífica y acomodada. Fue un alzamiento general, capitaneado por la aristocracia, secundado por todas las clases; en que el príncipe y el obrero pelearon como simples soldados; en que los caballos habituados á lucir en el *Corso-Francesco* fueron á caer con sus donosos ginetes en los campos de batalla; en que los elegantes carruajes de las damas milanesas estuvieron siempre á disposicion de los pobres heridos.

Todo el mundo recuerda aquel regimiento de caballería, compuesto de vo-

luntarios pertenecientes á la primera nobleza lombarda, que fue abrasado por la metralla en la llanura de Pallestro...

Las lágrimas que hoy vierten las primeras familias de Milan, responden á la sangre de aquel dia...

¡Gloria y honor á tan insignes mártires!

Tales son mis últimas impresiones al penetrar en la estacion del ferro-carril que ha de llevarme en cuatro horas á la frontera del Veneto, al terrible *Cuadrilátero*.—El drama de anoche y los enlutados de hoy han depositado en mi corazon no sé si miedo ó aborrecimiento al Austria... Ello es que no emprendo este viaje sin cierta emocion, sin cierto sobresalto. Paréceme que voy á entrar en pais enemigo; que voy á tomar parte en una batalla; que voy á atravesar un pais salvaje, contra cuyas hordas no son garantía las leyes de la sociedad.

H. de V.—calma mis poéticos temores, diciéndome que él habla aleman, conoce perfectamente el Austria y sabe que mi condicion de español me evitará el espionaje y las molestias que encuentran otros viajeros al entrar en el Veneciado.

Estas seguridades me desesperan.—Yo queria drama.

—¡*Partenza*! grita al fin un empleado del camino de hierro. ¡*Treviglio!* ¡*Bérgamo!* ¡*Brescia!* ¡*Peschiera!* ¡*Verona!* ¡*Vicenza!* ¡*Padua!* ¡*Venecia!*

Y un aluvion de viajeros deja los salones de espera y toma por asalto el tren...

Estamos en marcha.

Hace un dia magnífico...—Se diria que el buen tiempo está vinculado al cielo de Italia. Ha principiado noviembre, y ni la atmósfera pierde su sereno azul, ni los campos su verdura.

La comarca que recorremos es deliciosa. Innumerables palacios campestres (*villas*) se ven á la falda de suaves colinas pobladas de árboles y viñedos. La llanura empieza á rizarse y á ondular. Algunos riachuelos bajan del Norte, abriéndose camino hácia el lejano Po, al través de las fértiles campiñas.

Así pasamos por delante de *Linito*, *Melzi*, *Pecco* y *Cassano*, pequeños pueblos, y estaciones del ferro-carril.

Luego llegamos á las márgenes de un gran rio, y lo atravesamos por un soberbio puente de seis arcos.

Es el *Adda*.

El Adda es la segunda de las ocho trincheras naturales que defendian al difunto reino Lombardo-Veneto; la segunda línea; la segunda paralela.

En este pais tan llano, los rios constituyen las posiciones militares. ¿Quién no se acuerda de haber leido el año pasado en los partes de la guerra: «Los aliados han vadeado el *Tessino*... Los austriacos se han visto obligados á pasar el *Adda*... Los franceses se hallan sobre el *Oglio*... Los austriacos han abandonado la línea del *Mincio*... Napoleon y Victor-Manuel están ya sobre el *Adige*...»

Pues esto consiste en que el Tessino, el Adda, el Serio, el Oglio, el Mella, el

Chiese, el Mincio y el Adige bajan casi paralelamente del Norte á buscar el Po, partiendo en zonas estratégicas la Lombardía y el Veneciado. (El Adige tuerce á Levante antes de llegar al Po y entra por sí mismo en el Adriático.)

A poco de pasar el *Adda*, que es la derivacion del lago de Como, llegamos á *Treviglio*, graciosa ciudad de 10,000 habitantes, á cuyas puertas permanecemos tres minutos.

Desde Treviglio hasta Bérgamo el ferro-carril deja de dirigirse al Este y sube hácia el Norte hasta llegar al pie de los montes de la Valtelina, hijos de los Alpes tiroleses.

Pero hé aquí *Bérgamo*, patria del ilustre Donizzetti, y patria tambien de *Arlequin*, del bufon clásico de Italia.

Bérgamo es una capital muy importante y muy rica; pero nosotros nos habremos de contentar con verla por fuera, asentada en anfiteatro sobre verdes colinas y bañada por el *Serio* y por un confluente suyo.

En cambio podemos solazarnos en contemplar el frondosísimo territorio que se estiende á sus pies, y que es acaso el mas feraz y pintoresco que hasta ahora he visto en Italia.

¡Qué inmensos bosques de árboles frutales! ¡Qué numerosos ejércitos de olivos! ¡Cuántas amarillentas viñas! ¡Qué graciosas aldeas! ¡Qué profusion de cristalinas aguas! ¡Qué perfumado ambiente! ¡Cuántos ganados en las laderas de los montes! ¡Qué poéticos trages los de la gente campesina! ¡Y qué zagalas, medio italianas, medio alpestres, con sus cabellos negros y su corpiño rojo, vienen á ofrecer á los viajeros *aqua limone, arancia e cedrato!...*

Pocos minutos despues de abandonar á Bérgamo, cruzamos el *Oglio*, que baja del *Lago de Iseo*.

Luego pasamos por delante de los alegres pueblecillos de *Palazzuolo*, *Coccaglio* y *Ospitaletto*, señores de algunos valles tapizados de vides, hasta que hacemos alto en frente de la antigua y heróica ciudad de *Brescia*.

A la vista de sus viejas murallas, recuerdo á *Carmagnola*, el ilustre enemigo de los Visconti, el osado general, el servidor de Venecia, víctima de la feroz ingratitud del *Consejo de los Diez*.

Y el nombre de *Carmagnola* me lleva naturalmente á pensar en la famosa trajedia de Manzoni, y pone en mis labios aquellos sublimes versos con que el gran *Condottier*, sentenciado á muerte, trata de consolar á su esposa y á su hija:

¡La morte!...
Il piu crudel nemico altro non puote
che accelerarla.—¡Oh! gli uomini non hanno
inventata la morte: ella saria
rabbiosa, insoportabile:—dal cielo
ella ne viene, e l'acompagna il cielo
con tal conforto, que ne dar ne torre
gli uomini ponno...

El nombre de Brescia me recuerda tambien á Gaston de Fox y al caballero

Bayardo, que tales proezas llevaron á cabo al pie de sus muros, y los tiempos de la *Liga Lombarda*, en que figuraba esta pequeña república como uno de sus elementos mas poderosos.

Los hijos de Brescia fueron siempre enérgicos y batalladores, y estas nobles cualidades les hicieron padecer horriblemente durante la dominacion austriaca.

Todo el mundo sabe la heróica resistencia que opusieron no hace muchos años al general Haynau.

Pero,—dicho sea francamente,—la gran celebridad de este pueblo proviene de haber dado cuna y nombre al audaz é infortunado reformador *Arnaldo de Brescia*, mísero fraile, que hizo tanto ruido en el siglo XII como Napoleon el Grande en el siglo XIX (1).

Brescia es hoy una ciudad de 40,000 almas, no muy bella, dicen; pero rica de antigüedades y monumentos.

Yo no la veré...—Me llama Venecia...

¡Y bien sabe Dios que si pienso hacer alto en Verona, Shakspeare tiene la culpa!—¿Cómo no visitar el nido de los amores de Romeo y Julieta?

—*¡Oh noche afortunada! ¡noche divina!* decia Romeo al pie del balcon de su amada. *Como es de noche, temo que todo esto no sea mas que un sueño.*

Y decia Julieta:

—*Solo tu nombre es mi enemigo.—Tú no eres un Montaigu: tú eres tú mismo. ¿Qué quiere decir un Montaigu?...—Lo que llamamos* ROSA, *no exhalaria, bajo otro nombre, un perfume menos suave...*

¡Ah, Verona! ¡Verona!...

En Brescia se queda la mayor parte de los viajeros que venian en el tren.

Brescia es la última ciudad de la Lombardía.

¡Nos acercamos á la frontera austriaca!

Ahora solo vamos en el tren unas cincuenta personas.

Desde que abandonamos á Brescia, un silencio de muerte reina en los coches.

(1) Hé aquí sucintamente la historia de Arnaldo, tal como la trae un diccionario biográfico.

Arnaldo de Brescia, famoso hereje, nació en dicha ciudad el año de 1100. En su juventud pasó á Francia y fue discípulo de Abelardo, despues de lo cual volvió á su pais y tomó el hábito de religioso. Pretendió reformar el clero y restablecer la primitiva iglesia, sosteniendo que los eclesiásticos no podian poseer bienes temporales sino á trueque de condenarse. Hizo un gran número de partidarios y produjo turbulencias en muchas ciudades en que el pueblo empuñó las armas contra los sacerdotes. Condenado por el papa Inocente II y por el concilio de Letran en 1139, se retiró algun tiempo á Suiza; pero en 1141, viendo crecer su partido, fué á Roma y arrojó de ella sucesivamente á los papas Lucio II y Eugenio III. Enlazando la reforma política á la reforma religiosa, restableció la antigua república y creó un senado. Durante diez años fue dueño de Roma; pero al cabo de este tiempo, Adriano IV logró entrar en la capital, haciendo huir á Arnaldo, que se refugió en Toscana. El emperador Federico Barbaroja, á quien Adriano habia pedido auxilio, prendió al fin á Arnaldo y lo entregó al prefecto de la ciudad eterna, el cual le hizo cortar la cabeza en el castillo de *Sant'Angelo*, el año de 1155.

Casi todos los pasajeros son italianos, y parece como que sienten vergüenza ó remordimientos de ir á la tierra dominada por el comun enemigo.

—¡Ah, traidores!... se diria que esclama cada uno mirando á los demás. ¡Con que no veníais á Brescia! ¡Con que os dirigíais al Austria! ¿Qué vais á



Venecia.—Puente de Rialto.

hacer allí? ¿Vais á servir al tirano de Venecia? ¿Vais á vender la Italia? ¿Habeis sido espías en las ciudades libres y vais á ser sus delatores en la ciudad esclava? Yo hago este penoso viaje, compelido por sagrados intereses de familia... ¿Lo haceis vosotros para decir á los *tudescos* que yo soy ardiente italiano y que aborrezco de muerte á Francisco José?

Algo por este estilo irán pensando mis compañeros de viaje. El hecho es que

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] en un [illegible] Lugano [illegible] y [illegible] que se [illegible] la frontera para [illegible].

La frontera pasa [illegible] por en medio del agua y de [illegible] por en medio del [illegible] y del Lago Mayor.

[illegible] Lago de [illegible]

[illegible] de la tarde.

[illegible] sus [illegible] agues...

[illegible]

[illegible] blanca y [illegible]

[illegible] uniformes en [illegible] que representaban [illegible] de Magenta y Solferino [illegible] y [illegible]

Son los austriacos.

Al otro lado del rio, y al término de una dilatada llanura, distingo dos pueblecillos, cuyas torres parroquiales se miran á gran distancia.

El uno es *Villafranca:* el otro es *Solferino.*

Hácia el Norte se elevan unas corpulentas montañas de color de violeta, á cuyo pie se distinguen muchas villas y ciudades.

Las de esta orilla son libres: las de la otra son siervas.

El Veneciado y la Lombardía se miran aquí al través de las aguas con la misma angustia que antes se miraban, al través del Lago Mayor, la Lombardía y el Piamonte.

Algunos vapores cruzan las olas, paseando á la vista de los redimidos habitantes de *Desenzano*, *Salo y San Marcos* la aborrecida bandera austriaca.

Dentro y fuera de esta sala, en torno mio y á lo lejos, reina un silencio sepulcral.—Sin esto, me pareceria que sobre ese lago se está dando en este instante una batalla.

La niebla, enrojecida por el sol poniente, semeja el humo de la inflamada pólvora... El relucir del agua trae á la imaginacion el brillo de los aceros... El odio, que reina noche y dia en esta comarca, aguarda solo una señal para trocarse en encarnizada lucha...

Esa batalla se dará, yo no lo dudo...

Todo lo que es violento, es transitorio.

Mientras escribia en mi cartera estas reflexiones, se ha acercado á mí un señor muy rubio, y se ha puesto á ver, por encima de mi hombro, lo que yo hacia con el lápiz sobre el papel.

¿Si creeria que estaba ideando un plan de ataque contra *Peschiera?*

De cualquier modo, se habrá quedado en ayunas; pues mis abreviaturas españolas no son para leidas por cualquier aleman.

Al fin me dan el pasaporte.

Trae doblado un pico, y algunas señales misteriosas hechas con lápiz...

¿Qué significará esto?

¿Será una patente de mi inocencia, ó atraerá sobre mí la vigilancia de la policía?

Ello dirá.

A eso de las cinco salimos de Peschiera, pasando el *Mincio* sobre un magnífico puente.

Los coches del nuevo tren son hermosísimos. Los campos están perfectamente cultivados. Los caminos vecinales podrian servir de modelo.

En cuanto á *bienes materiales*, la administracion austriaca no deja nada que desear.

Ya van en el tren tantos italianos como tudescos.—El silencio se hace mas terrible, mas amenazador que nunca!

En el coche en que yo voy se respira una atmósfera pesada, aflictiva, cargada de odio y de maldiciones.

Yo creo que si se cerrasen las ventanillas y se encendiese un fósforo, estallaria el carruaje, como una habitacion llena de gas.

En las estaciones se ven escudos de armas del imperio con el águila de dos cabezas, y gruesos destacamentos de tropa, cuyas severas levitas blancas y hermosas y serias fisonomías me recuerdan siempre la campaña del año último.

Los vencidos están tristes; pero no domados.

Todo el mundo conviene en que desean volver á empezar.

Llegamos al fin delante de Verona.

Verona se aparece al caminante precedida de muchas líneas de fortificacion, —fosos, parapetos y trincheras,—rodeada de sólidos muros, flanqueados de recias torres; protegida por un doble cinturon de *fuertes* aislados; dominada por grandes palacios y un castillo, y defendida además por el anchuroso y profundo *Adige*, que cerca casi completamente la antigua ciudad, separándola de una isla y de un barrio que llevan el nombre de *Veronetta.*

Yo soy el único viajero que se queda en Verona. Los demás siguen en el tren hácia Venecia, adonde llegarán á las once de la noche.

Despídome de H. de V.—y quédome solo y triste, entre unos esbirros que examinan de nuevo mi pasaporte y mi equipaje, y unos cocheros que me nombran todos los hoteles y *alberguí* de Verona, brindándose á llevarme á ellos.

Empieza á oscurecer.—La atmósfera está húmeda.—Este pais es mal sano Tengo frio... pero un frio que me anuncia la fiebre.

—¿A dónde va usted á parar? me pregunta la policía.

—Venga usted al *Hotel de las Dos-Torres*, me dice un cochero.

—No señor; al de la *Torre de Lóndres*, me aconseja otro.

—A la *Gran Czarina*, añade un tercero...

—Decídase usted, continua el comisario.—Yo me quedo con el pasaporte. Mañana á las diez se presentará usted en la policía á recogerlo. Entre tanto, conserve usted este papel.

¡Qué nombres de hoteles! *¡Las Dos-Torres! ¡La torre de Lóndres!*—Yo creo que la policía me dice que elija prision.—¡Y se quedan con mi pasaporte! Esto es cortarme las alas. Ya no seré libre. Ya no podré marcharme en el momento que se me antoje.—¡Y tendré que decir el tiempo que voy á permanecer en Verona! ¡Y el lugar adonde me dirijo!...—¡Adios, pues, mi hermosa independencia, mi vida sin plan ni concierto! ¡En adelante seré esclavo de mi palabra y de las concesiones de un comisario!

—Vamos al hotel de *Las Dos-Torres*, esclamo por último.

El papel que me ha dado la policía dice asi,—en inglés, francés, aleman é italiano:

Il viaggiatore si presentará entro il termine de 24 ore all' I. R. Uffizio di Polizia per ottenere la vidimazione del suo passaporto, od il permesso di soggiornare in questa cittá.

¡El permiso de vivir en esta ciudad!...—¡Pobre Austria... y qué trabajo le cuesta tener un puerto de mar y algunos millones de esclavos!

Con estas y las otras, cuando subo á Verona ya es de noche.

Entro por la puerta del Obispo (*Porta-Vescovo*).

Las calles que recorro son anchas y solitarias.

Todavía no han encendido el alumbrado público, ni acaso lo enciendan; pues en el almanaque hace luna.

Una espesa niebla impide á sus plateados rayos llegar hasta las calles de Verona.

El coche que me lleva, pasa sobre el *Adige* por un largo puente. Luego recorremos diez ó doce calles cortas y rectas, en que se ven pocas tiendas y muchos soldados, hasta que al fin llegamos á una plaza en que se levanta una gran iglesia.

A la derecha del templo hay un viejísimo y deforme palacio, coronado por dos torres.—Es el hotel.

Yo creo que me suben á una de ellas.

En toda la casa no he encontrado mas alma viviente que el camarero que me ha conducido á mi cuarto.

Este es muy grande, muy triste y muy frio.

Dichosamente, tiene chimenea...

Pero la chimenea le da humo.

—Todavía no hemos alfombrado, dice el servidor, reparando en la mirada de disgusto que dirijo á mi aposento.

Lo que yo creo es que el dueño del hotel no habia previsto que pudiese parar aquí este año viajero alguno.

Y á la verdad que el que acaba de penetrar por sus puertas no le sacará de pobre.—Una violenta calentura me hace temblar como un azogado...—Digo, pues, que ya he comido; pido agua de naranja, y me acuesto, despues de apagar la chimenea.

¡Qué noche! A las cuatro de la madrugada aun no he podido conciliar el sueño.

En cambio lucho desesperadamente con mil visiones y pesadillas, producidas por la fiebre que me devora.

¡Y cosa estraña! el sentimiento dominante en mis alucinaciones, es un miedo cerval á los austriacos; no sé qué terror pueril, parecido al que me inspiraba en mi niñez una habitacion oscura.

Yo no he tenido el gusto de vivir bajo el antiguo régimen. Yo no conozco la tiranía sino de nombre. Cuando abrí los ojos al mundo, me encontré en una sociedad libre, digna, racional, que ofrecia á todos los individuos el sagrado amparo de las leyes.—Todo lo que despues ha querido pasar en España por despotismo, me ha hecho reir. La tiranía de nuestros ministros responsables me parecia cómica. Yo no he tenido nunca la fortuna de temer la ira de aquellos sultanes de sainete que arrancaban á los periódicos tantas lamentaciones. Yo no he conocido el drama político, sino la vulgar comedia. Yo he envidiado la suerte de nuestros padres, que tuvieron que luchar contra la arbitrariedad de los con-

quistadores, contra la Inquisicion, contra Fernando VII... enemigos respetables si los hay. Yo he dicho en cierta ocasion:

¡Oh!... ¡quién me diera de la antigua fama
digno un lugar, en que la estéril vida
rendir en feudo á patria, Dios y dama!
¡quién el desierto de la edad perdida
poblar pudiera de esforzados hechos,
dignos de un alma á batallar nacida!

Yo he suspirado, en fin, por trágicas situaciones, lamentando no haber nacido en Polonia, en Hungría ó en Venecia. ¡Ah! en estos pueblos es imposible el ocio del alma. El amor y el odio tienen grandes objetivos. El esfuerzo individual halla dispuesto un gran teatro y puede prometerse un noble premio. La vida y la muerte encuentran á cada instante un empleo digno, que á cualquiera le es dado alcanzar, con aplauso de Dios y de la patria.

Ahora bien: la esclavizada Verona reproduce en mi imaginacion todos mis sueños de conspiraciones, luchas, cárceles, tormentos y patíbulos.

Aquí reina un despotismo serio, dramático, pavoroso.

Así eran la España de 1809, invadida por Napoleon, y la España de 1824, dominada por el absolutismo. Tal se encontraba la Francia en la época del Terror.

Estas ideas, confundiéndose con otras, me han hecho pensar en el Santo-Oficio, en la Vendée, en las crueldades marroquíes, en Antonio Perez, en la Ley de sospechosos, en el 2 de diciembre, en el *órden* de Varsovia, en la Saint-Barthelemi, en Silvio Pellico, en Savoranola y en otros muchos horrores y heroicidades. Y uniéndose esto á cierto drama que yo ví cuando era niño, titulado *Jusepo el Veronés*, y al *Congreso de Verona*, que produjo la gran iniquidad de 1823, y al fúnebre desenlace de *Romeo y Julieta*, y al recuerdo de la familia *Scala*, que tantas atrocidades hizo aquí, y á todo lo que se cuenta de las prisiones y persecuciones que en estos dias tienen lugar contra los pobres veroneses que aman el dulce nombre de *Italia*, me hace pasar una noche que no olvidaré jamás y que con sobrada razon he llamado *noche lúgubre*.

. . . .

II.

Redeunt spectacula mane.—El palacio *Giusti*.—Un paseo por Verona.—Otro anfiteatro.—El sepulcro de Julieta.—Paso por Pádua.—Aire de mar.—Venecia á lo lejos.—Llego á Venecia.

Son las doce de la mañana; de una mañana hermosa, templada, refulgente, rica de sol y de alegría.

El cielo está azul; el aire sosegado; mi espíritu tranquilo.

La fiebre y sus visiones desaparecieron con la noche y sus tinieblas.

Me encuentro en los jardines altos del soberbio palacio *Giusti*, que dominan á toda Verona.

El dia está tan claro que distingo desde aquí un horizonte de veinte leguas. —El *Adige* reluce por todas partes, como una inmensa serpiente de plateadas escamas que se desliza ondulando por la amplísima llanura.—Allá, hácia el Norte, se perciben las ásperas montañas del Tirol.—Por la parte del Sur y Levante, el terreno se inclina suavemente, adivinándose ya su muerte en el Adriático.

A mis pies se estiende la ciudad, coronada de torreones, cúpulas y campanarios, y atravesada por el ancho rio, cuyo magestuoso curso cortan cinco puentes. A mi alrededor se levantan árboles seculares, viejas estatuas, escaleras de mármol que conducen de un jardin á otro, y un palacio del siglo XIV que pudiera pasar por prision y fortaleza.

Imposible parece que Shakspeare escribiera su gran tragedia sin haber venido á Italia, sin haber estado en Verona, sin haber visto este palacio.—En estos jardines, llenos de fúnebres cipreses y rodeados de altos muros, se respira no sé qué romántica tristeza semejante á la que domina á todos los personajes de *Romeo y Julieta*.—El mismo alborozo con que cantan los pájaros, rien las aguas y abren sus cálices las flores, infunde un hondo terror, cual si se adivinase que los encantos del amor y de la belleza han de vivir cautivos y atormentados en este severo recinto.

Mas no creais por esto que el palacio Giusti tiene relacion alguna con aque doloroso drama.—La casa de Julieta, al decir de los veroneses, se encontraba situada al otro lado del Adige, sin que se designe el sitio.—No sucede lo mismo con su sepulcro, al cual haremos luego una visita, siempre bajo la fe de la tradicion.

Tambien recuerda este palacio aquellos famosos tiempos de Verona en que reinaba en ella el *Can grande de la Scala*, jefe del partido gibelino y amigo y protector de Dante.

Los *Scala* fueron en la historia de Verona lo que los Visconti en la historia de Milan: los verdugos de la ciudad y la gloria y la grandeza del Estado.

Para venir desde el hotel hasta aquí, he seguido el camino mas largo, deteniéndome en calles y plazas, penetrando en algunas iglesias y procurando sentir y comprender los principales caracteres de Verona.

Al mismo tiempo he rescatado mi pasaporte.

Verona, á pesar de sus 50,000 habitantes, de su gran importancia militar y nobles recuerdos históricos, pasaria hoy á los ojos de un hombre práctico, por una capital pobre y fea.

Para mí, su pobreza y su fealdad constituyen todo su mérito. Verona es una ciudad de la edad media, alumbrada por el sol del siglo XIX.

Los tiempos modernos no han dejado en su fisonomía otra huella de su paso que la vejez y la tristeza.—Parece, pues, un ilustre señor arruinado, pero no degradado, que soporta orgullosamente su miseria sin descender á oficios indignos de su elevada clase.

Bien sé que la descripcion y narracion de Verona no pretenden de semejante [illegible] que las [illegible] de la [illegible] y la [illegible] en el [illegible] en su lugar

Las calles de Verona son por lo regular anchas y largas, y rara es aquella en que no se vea de un antiguo palacio de monumental aspecto, ya portada gótica, ya de un [illegible] del Renacimiento, [illegible] con los [illegible] de los [illegible], con las [illegible] de las puertas y con la [illegible] de sus actuales moradores.

En la *Piazza de' Signori* se ve el antiguo palacio de los *Scala*, [illegible] y el palacio del *Consejo*, adornado con las estatuas de los personajes célebres, entre los cuales se cuentan hombres tan insignes como *Cornelio Nepote*, *Catulo* y *Plinio el Joven*.— Bien podian los modernos haber añadido una escultura mas, en honor del grande artista *Pablo el Veronés*.

La *Piazza delle Erbe* (*Plaza de las yerbas*) me ha llamado aun mas la atencion, por el sello de antigüedad que conservan todos sus edificios. Las fachada de la mayor parte de las casas particulares está pintada al fresco. En un lado se ve la *loggia* de los mercaderes, ó sea la alhóndiga, ó la lonja, edificada en el siglo XIII. En otro se levanta el palacio de los célebres *Maffei*, donde nació hace dos siglos el mas insigne individuo de esta familia, el marqués Francesco Scipion, capitan y literato muy famoso.

Hay todavía en Verona otra plaza notable, la *Piazza Bra*, en la cual no he estado todavía, pero á la que he de ir forzosamente; pues en ella se levanta el tan celebrado anfiteatro romano, conocido con el nombre de *l'Arena*.

Además de ese monumento, encierra esta ciudad otros muchos que acreditan el alto grado de importancia que alcanzó en los grandes tiempos de Roma.—Entre ellos merecen citarse la *Porta Borsari*, arco de triunfo que se encuentra en medio del *Corso* (calle principal), que sirve de paseo á la aristocracia veronesa, y l'*Arco de Leoni*, que se cree erigido por Vespasiano.

En cuanto á las iglesias de Verona, que pasan de cincuenta, y de las que, como os he dicho, he visitado algunas esta mañana, son dignas de toda la atencion del viajero por su venerable antigüedad. Ellas solas bastarian para resolver muchos problemas de la historia del arte, y aclarar el caos de aquella época en que el sentimiento cristiano buscaba su espresion en la arquitectura *lombarda*, asimilándose y purificando los corrompidos restos de la antigua forma clásica, adulterados al chocar con el gusto bizantino, y pugnando por fundirlos con el estilo *gótico*, floreciente en Alemania.

Lo mas notable que encierra Verona en este género es la iglesia de *San Zenone*, fundada por *Pepino*, restaurada en el siglo X y reedificada, tal como se halla hoy, á mediados del siglo XII.

Pero es cerca de la una, y á las dos sale el tren para Venecia, á donde llegaré esta tarde á las seis.—Aprovechemos esta hora en ver el anfiteatro y la *tumba de Julieta*, y partamos.

. . . .

Estoy en la *Arena*, que como os he dicho, se halla situada en la plaza *Bra*.

Esta plaza constituye el centro de Verona, y se comunica con el *Stradone de Porta Nuova*, ancha y hermosa calle formada por palacios y jardines.—Adornan la plaza dos cuarteles monumentales, uno antiguo (*Gran Guardia antica*) y otro moderno (*Palazzo de la gran Guardia*), asi como un bello teatro, precedido de pórticos llenos de preciosidades arqueológicas, que hacen de aquel lugar un verdadero museo.

En cuanto al *anfiteatro*, en cuyas gradas mas eminentes estoy sentado escribiendo estos apuntes (como hace dos dias en *la Arena* de Milan), es una imponente y grandiosa construccion que respira aquella magestad cesárea peculiar de las grandes obras de los romanos. Su forma es elíptica, y el gran diámetro no baja de 450 pies. Hasta hoy se han hundido dos pisos y con ellos todos los palcos, quedando solamente cuarenta y cuatro gradas de mármol blanco en que caben 22,000 personas.

Tan sensible ruina ha provenido de la funesta idea que tuvieron los veroneses hace algunos siglos, de levantar tiendas y hasta habilitar casas sobre este colosal cimiento,—casas y tiendas que no desaparecieron hasta hace 200 años. Hoy habita todavía alguna gente en los vomitorios y en las galerías bajas; pero sin que le sea permitido á nadie añadir ni quitar una sola piedra á tan augusto monumento.

Dos mil años de fecha cuenta esta obra portentosa, y aun parece recien construida en su mayor parte, causando asombro la solidez y atrevimiento de sus arcos y galerías. Puede, pues, asegurarse que seguirá de pie miles y miles de años, si la barbarie ó un cataclismo no la destruyen, y respétasela tanto por lo que ha visto en veinte siglos de existencia pasada, como por lo que le resta que ver en las edades futuras.

¡Quién sabe cuántos monumentos, cuántos palacios, cuántas ciudades que hoy se levantan, se borrarán sobre el haz de la tierra antes que acabe de sepultar su frente en el polvo este gigante moribundo!

Para imaginárselo, basta pensar en las cosas que han nacido y han muerto desde que esta dilatada gradería recibe la visita diurna del infatigable sol.

Por lo demás, yo me he complacido mas de una vez desde que me senté en estas gradas, en figurarme el anchuroso circo poblado por los 50,000 espectadores que cabian en él, y he creido verlos, sentados á la sombra de cortinajes de seda, vestidos con la túnica y el manto, descubierta la frente, hablando el latin, nuestra materna lengua, en tanto que de las 24 prisiones que acabo de visitar iban saliendo los esclavos, los criminales ó los cristianos destinados á las fieras, que bramaban hambrientas en sus jaulas...

Y recordando nuestras fiestas de toros, he escuchado, sin hacer un gran esfuerzo de imaginacion, el vocerío de la muchedumbre, el grito del condenado, el rugido del tigre que se lanzaba sobre él, el atronador aplauso, el alarido de las trompetas...

Y luego, en un tiempo dado, he visto desaparecer aquellas gentes, y reinar

el silencio y la soledad en el anfiteatro, y crecer la ociosa yerba entre los mármoles, y aparecer por un vomitorio una procesion de hombres pálidos y tristes, vestidos ya de otra manera, que paseaban solemnemente una cruz por uno y otro corredor, por las gradas, por los acueductos que servian para los juegos navales, por las prisiones empapadas de lágrimas, por la arena empapada de sangre, y por la tribuna que profanó la crueldad bajo la investidura de la justicia...

Todo esto he creido ver.

Y despues he visto, no ya con la imaginacion, sino con los ojos, otra cosa que me ha hecho reir homéricamente y que merece ser contada.

Es el caso que en medio de la arena del circo se ha construido modernamente un teatro, improvisado con madera y lienzo, en el cual, á lo que me han dicho, se representan pantomimas los domingos por la tarde.—Una tercera parte de las gradas tienen vista sobre el escenario, y en ellas se coloca la plebe. En el espacio que media entre el teatro y las gradas hay algunas hileras de sillas en que se sientan las personas de mas suposicion. Y por último, desde el proscenio hasta la circunferencia del circo avanzan divergentemente dos galerías, cubiertas de tejas, en que se hallan los palcos de la aristocracia. Un insignificante corredor del colosal edificio sirve de café, y aun resulta grande para tal uso.

Cualquiera diria que un espíritu burlon ha concebido la idea de este coliseo para establecer un contraste entre los pasados y los actuales tiempos de Verona. —Esta *rebanada* (permitidme la palabra) del antiguo anfiteatro, sirviendo para contener un templo de las artes modernas y al público veronés de hoy, es la mas cruel irrision que puede hacerse del destino de algunos pueblos y de las vicisitudes humanas.

Aparte de esto, las galerías inferiores sirven para almacenes de heno y paja de la caballería tudesca. En otro lado se ve un gran depósito de leña, de donde creo que se surte toda la capital. Y sin embargo, el edificio es tan inmensurable, que con encerrar tantas cosas, resulta todavía desierto y desocupado.

. . . .

Para venir del *Anfiteatro* á la *Tumba de Julieta* he pasado por una hermosa calle, en la cual he visto asomadas á los calados balcones de renegrido mármol, ó á las ferradas rejas, algunas *Julietas* de nuestros dias, vestidas de tartan y de otras humildes telas ahora en uso.

Entre estas Julietas habia una tan hermosa como pudiera serlo la de Shakspeare, y su vista me ha hecho el mismo efecto que la del sol contemplado desde las gradas de *l'Arena*

El sol, tan jóven y amoroso hoy como lo era hace veinte siglos, contrastaba con las obras del hombre, cuya vida es una continua muerte, y para las cuales existir es envejecer y aniquilarse. La tremenda cifra que marca la edad de aquel monumento está escrita con el polvo de cien generaciones. Nada de lo que *fué* cada dia, *era* ya al dia siguiente. Las olas humanas habian pasado sobre el edificio para nunca mas volver. Solamente el sol volvia constantemente y volverá hasta el fin de los siglos. El tiempo es siempre nuevo.

Pues lo mismo acontece con el amor.—El amor, que se creeria enterrado con *Romeo*, *Páris* y *Julieta*, ha vuelto todos los años sobre Verona, y ha inflamado nuevos corazones. La esperiencia no se hereda, y los desengaños de un alma no son parte á impedir que las rosas de la ilusion broten en los adolescentes que sin cesar vienen á la vida. Sobre el cadáver de la beldad revolotean los céfiros creados por los suspiros de otros amadores, como el sol alumbra las ruinas de lo que no existe hace mucho tiempo.

¡Oh primavera, juventud del año;
juventud, primavera de la vida!...

La bella adolescente que acabo de admirar, es el sol del amor que vuelve al mundo, y el corazon de algunos hombres se parece á las ruinas del anfiteatro.

La tumba de Julieta, ó sea el sepulcro vacío de granito rojo, que al decir de todo Verona, encerró el cuerpo de aquella infortunada amante, se encuentra hoy en un establo vecino á un jardin, que fue en otro tiempo cementerio de un convento de franciscanos.

Este convento, al que perteneció indudablemente aquel bondadoso fraile que protegia á Julieta (el padre Lorenzo, si no recuerdo mal), es hoy cuartel de los ingenieros austriacos.

El jardin pertenece á unos pobres hortelanos que le obligan á criar lechugas y calabazas. Algunos parrales, que lo hermosearian antiguamente, yacen ahora por tierra. Las flores, desterradas por la horticultura, se han refugiado en algunos rincones, al pie de las tapias, donde viven y aman tímidamente, sin incomodar á nadie.

Un niño de ocho á nueve años, hijo del dueño de la huerta, sirve de conserge del establo en que se halla el sepulcro, y es el encargado de mostrar y esplicar á los viajeros aquella venerada peña, que ciertamente, no sé yo por qué es objeto de tan solemnes peregrinaciones.—¿Pues qué? ¿El amor ha muerto?

Yo comprendo que se visiten las ruinas de pasadas instituciones, de hundidos imperios, de civilizaciones desvanecidas... y las tumbas de los conquistadores, de los artistas y de los sabios... ¡Pero visitar el sepulcro de una enamorada cualquiera, de una mujer vulgar, sin importancia histórica, desposeida hasta de virtud... ¡y todo porque amó mucho, y porque dos hombres murieron por su amor!...—*¿Ubinam gentium sumus?*

¿Pues qué?—vuelvo á decir.—¿Es esto monumental? ¿Es esto antiguo? ¿No pasan hoy cosas semejantes? ¿Pertenece esto á la arqueología?

Acabamos de convenir en que no: acabamos de consignar que hoy se ama y que se amará siempre, á pesar de las predicaciones de lord Byron y compañía...

Pues entonces, ¿en qué consiste, de qué proviene el culto que se rinde al sarcófago de Julieta?

No nos hagamos ilusiones.—La importancia de esta jóven no está en ella misma, sino en ser heroina de una tragedia de Shakespeare, del primer autor

dramático del mundo.—El homenaje que los viajeros tributan á este sepulcro, pertenece por entero al gran poeta.

Por eso me importa muy poco á mí que sea ó no auténtica esta piedra.—Y en cuanto á lo demás,—suponiendo que lo sea,—¿cómo he de conmoverme en presencia de una fosa vacía, yo que he tenido ayer entre las manos las hebras de oro de la cabellera de Lucrezia Borgia?

Sin embargo, no todo el mundo piensa de esta manera, ni yo mismo estoy seguro de no haberme engañado.

El tierno guardian del amatorio monumento me ha dicho que la archiduquesa María Luisa (la viuda de Napoleon I), se hizo labrar un collar y unos brazaletes con granito de este sepulcro, y que todas las damas sentimentales de Verona llevan entre sus dijes un pequeño sarcófago de la misma materia, pagada á peso de oro por los *touristes* ingleses.

Háse, pues, prohibido rigorosamente por el gobierno austriaco semejante comercio, sin lo cual ya se habria ido todo el sepulcro en cataduras.

No obstante (y sentiré que esta declaracion mia pare perjuicio al hijo del hortelano) yo he entrado en codicia, á causa quizás de la misma prohibicion, y llevo en el bolsillo un pedazo muy regular de tan codiciado tesoro, con el cual pienso hacer un tintero.

Por lo demás, este pobre muchacho, que penetra en la vida pronunciando á todas horas y sin comprenderlas las dos palabras sacramentales de los humanos destinos—*amor* y *muerte*, sabe de memoria el argumento de la tragedia del inmortal Guillermo, y cuenta las cosas con tanto aplomo, inocencia, naturalidad y gracia, que hay momentos en que cree uno que Capulet, Montaigu, Scalus, Baltasar, Mercutio y Gertrudis existen todavía; que Romeo, Julieta y Páris murieron hace dos ó tres años, y que este chico se acuerda vagamente de ellos y de su trágico fin, como de una cosa que sucedió cerca de su cuna.

—¿Ve usted en aquella tapia?—dice el rapaz con su voz argentina.—¿Ve usted allí unas piedras desmoronadas que dejan una brecha en el muro?—Pues por allí entró Romeo en el cementerio.

Yo hubiera creido mas bien que aquella brecha la han abierto los merodeadores que vienen á robar las frutas y las legumbres de esta huerta.

—¿Ve usted estos agujeros del sepulcro?—prosigue el muchacho.—Pues se hicieron para que respirase Julieta, la cual, como usted sabe, no estaba muerta cuando la enterraron, sino solamente narcotizada. ¿Ve usted esta ligera concavidad? Pues este era el lugar de la cabeza.

Yo empezaba á sospechar que este llamado sarcófago no era ni habia sido otra cosa que una pila destinada á bañarse, y que los agujeros en cuestion habian servido para llenarla de agua.

Sin embargo, creo á puño cerrado todo lo que me dice mi gracioso *cicerone*.

En medio del ex-jardin, bajo una medio hundida glorieta, formada por vides y calabazas muy gordas, se ve el sitio que ocupó antes el sepulcro.

Al sacarlo, ha quedado una especie de estanque, lleno de agua hasta la mitad.

¿Son las lágrimas de los peregrinos? ¿Es la lluvia del cielo?

Aunque Verona no es el lugar mas á propósito para que un español recuerde con gusto á Chateaubriand, no puedo menos de repetir aquí las patéticas palabras con que termina *El Ultimo Abencerraje*:

«Aquel monumento (la tumba de *Aben-Hamet*) es muy sencillo: la piedra sepulcral es toda lisa, sin adorno ni inscripcion: solamente en medio de ella, segun una costumbre antigua de los moros, hay una especie de concavidad, cortada á propósito con el cincel á manera de una pila. El agua de la lluvia se recoge en el fondo de aquella copa fúnebre; y en aquel clima ardiente, las aves del cielo bajan allí á aplacar su sed.»

. . . .

¡Gran noticia, lectores!—Estamos en marcha para Venecia.

Nada podrá ya detenerme.

Pasaré por Vicenza y Pádua sin hacer alto, y eso que Pádua me interesa vivamente.—Pero ya la veré cuando vuelva de Venecia con direccion á la Romaña.

Al salir de Verona, el tren ha cruzado el *Adige* sobre un magnífico puente.

Luego hemos visto á la derecha los baños de Caldeiro, en cuyas cercanías han combatido muchas veces á principios de este siglo Francia y Austria, y se cubrió de inmarcesible gloria el general Massena.

Mas adelante hemos saludado los célebres campos de Arcole, regados tambien de sangre austriaca y francesa, y una de las páginas mas brillantes de la historia de Napoleon I.

Despues hemos pasado cerca de dos castillos ruinosos, situados sobre dos colinas gemelas que se miran frente á frente, y que, segun la tradicion, son las antiguas moradas de las dos familias enemigas de Romeo y Julieta, de los *Montaigu* y los *Capulet*, ó sea de *Capulletti e Montechi*, como se dice en la ópera.

Ahora, en fin, nos encontramos parados al pie de *Vicenza*.

Vicenza es famosa en la historia del arte por ser cuna y contener las principales obras del inmortal *Palladio*, arquitecto ilustre que fijó el gusto vacilante del Renacimiento y sirvió de modelo y guia á la arquitectura moderna.—Yo siento en el alma no ver los palacios y las iglesias que constituyen la gloria de ese artista; pero consuélame de todo la idea, que ya no me abandona ni un instante, de que dentro de tres horas habré surcado la laguna en que se asienta Venecia y me pasearé ufanamente por la plaza de San Marcos...

Despues de algunos minutos de detencion, durante los cuales nos dejan algunos compañeros de viaje é ingresan en el tren otros nuevos, silba el pito de la locomotora, óyese cerrar apresuradamente todos los coches y seguimos nuestro camino.

Al cabo de una hora de atravesar como un relámpago por fértiles campiñas, llenas de quintas y de aldeas, y por dos largos túneles, y sobre algunos riachue-

los, volvemos á hacer alto, y un empleado del ferro-carril grita con voz estentórea:

—*¡Padova! ¡Padova! ¡Cinque minuti!*

—¡Pádua! ¡La ciudad de San Antonio! ¡La ciudad de *Angelo, tirano de idem*! ¡La patria de Tito-Livió! esclamo yo, consultando apresuradamente mi memoria.

Y miro por las ventanillas del coche, y solo veo una estacion como cualquiera otra, á la derecha del camino de hierro, y detrás una carretera, y luego un collado en que aran algunos labradores, y en último término unas voluminosas cúpulas, doradas por el sol poniente...

Aquella es Pádua...—Yo volveré dentro de algunos dias.

Tornamos á caminar.

El terreno se baja progresivamente. Algunos canales se dirigen hácia Levante. A lo lejos se abre un horizonte profundo...

Nos acercamos al Adriático.

Al ocultarse el sol pasamos el melancólico *Brenta*, cuyas aguas van á alimentar la *fatal laguna*.

Sucédense los pantanos; escasean las tierras cultivadas; ya no se ve humana vivienda por ninguna parte...

Los tristes resplandores del crepúsculo se pierden en la monótona soledad...

Ya respiramos el ambiente marino.—Acércase la noche...

Mestre es la última estacion de tierra firme.

En la pequeña ciudad que lleva este nombre, empiezan ya á encender el alumbrado...

Es noche completa.

Al salir de *Mestre*, pasamos al lado de algunos fuertes.

Luego vemos blanquear el terreno á derecha é izquierda del camino...

—¿Qué es eso que blanquea? pregunto á un compañero de viaje.

—Es agua, me responde.

En efecto, aquello es agua... alumbrada ténuemente por la lúna.

Hemos entrado en el magnífico viaducto de una legua de largo que une á Venecia con el continente.

En otro tiempo ya habríamos tenido que tomar un barco para llegar al archipiélago que constituye la ciudad.

Hoy pasa el ferro-carril por encima de las aguas como el pueblo hebreo sobre el Mar Rojo.

Este itsmo artificial es una de las obras mas atrevidas que existen en Europa.

¡Y qué emocion causa sentirse llevado con tal violencia y como por arte mágica, sobre la estension de las olas!—A cualquier parte que se mire, no se ve mas que agua; agua sin fin por la izquierda; agua y mas agua á la derecha; agua delante y detrás de la locomotora...—Y sin embargo, esta ruge, y camina, y devora la distancia, arrastrando su formidable séquito de wagones y reflejando la

lumbre del fogon y la luz rojiza de sus linternas en el unido cristal de la plácida laguna.

Entre tanto empiézase á ver surgir del plateado horizonte una fulgente constelacion de luces, que forma como un inmenso collar de topacios, cuyos reflejos tiemblan sobre las olas...

Luego se destacan sobre el estrellado cielo algunas pardas sombras de cúpulas y campanarios...

Despues se distinguen ya los cristales de los balcones, irradiando ora la blanca claridad de la luna, ora la luz dorada que brilla en cada aposento.

Todo aquello parece un colosal navío de ébano, plata y oro, ó un fantástico alcázar en que los resplandores de una maravillosa fiesta logran hacer mas bella que el dia la lúgubre oscuridad de la noche...

¡Es la esposa del mar; es la reina del Adriático; es la ciudad de los *Dux*; es *Venecia*!

En esto desaparece tan espléndida vision, y penetra el convoy en un vasto recinto cubierto de hierro y de cristal é iluminado intensamente por colosales faroles.

—*¡Venezia! ¡Venezia!* gritan los empleados del camino de hierro, con la misma indiferente tranquilidad y rutinario tono con que pudieran decir:—*¡Getafe! ¡Getafe!*

VENECIA—leo yo en el muro de la estacion.

Y por donde quiera que miro, solo veo mozos, polizontes, empleados, carbon de piedra, reverberos, máquinas, coches, el *buffet*, el *café*, las oficinas, el despacho de billetes, el salon de equipajes, y otras cosas por el estilo.

Esto me desespera.

—*Signor... ¿Vuole una góndola?* me dice al fin un muchacho que parece tomado de la *Consuelo* de Jorge Sand.

¡Una *góndola!*... Esta palabra me vuelve todas las ilusiones que empezaba á perder.

—¡Sí... sí!... le digo,—añadiendo para mi capote:

—Huyamos pronto de esta realidad prosáica. Busquemos la soledad en las lagunas. Entremos en Venecia á nuestro modo.

Y mientras hablo asi, el reloj de la estacion marca las siete de la noche...

En Madrid serán las cinco y media de la tarde...

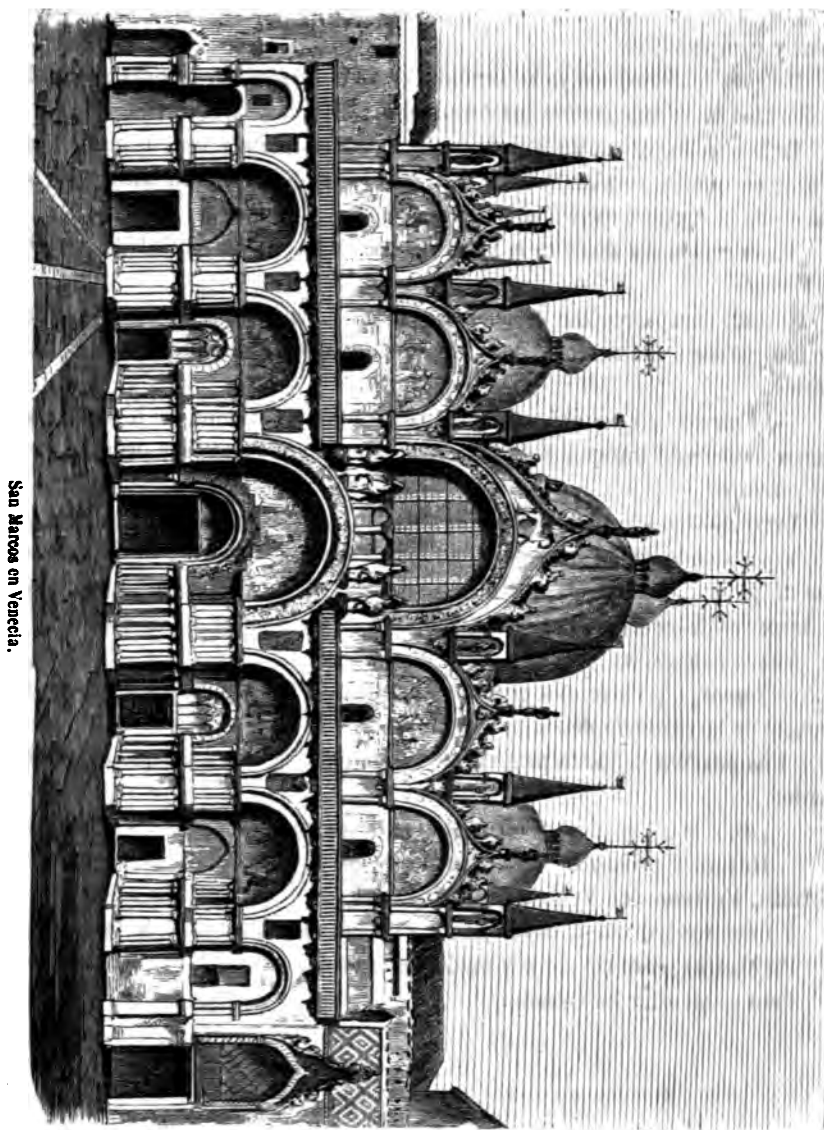
Esto es ya estar en Oriente.

III.

Primer paseo por Venecia.

Quisiera yo al llegar á este punto poseer la sagaz observacion de un diplomático inglés, y una máquina fotográfica en lugar de un lápiz y una cartera, para coger y reproducir todos los pormenores y accidentes de la entrada del viajero

en Venecia.—Y es que yo os creo dominados del mismo vivísimo deseo que yo habia alimentado toda mi vida de conocer tan estraña y célebre ciudad, y os supongo grandemente interesados (ya que habeis tenido valor para seguirme hasta


San Marcos en Venecia.

sus puertas) en verla tal cual es, en esperimentar la crítica emocion del primer encuentro, en sentir lo que yo he sentido; en figuraros que lo sentís vosotros.

¡Venecia! No hay pueblo en el mundo que se presente á la imaginacion de

las personas que han leido algo, ataviado de tanta poesía, de tanto misterio.— Venecia es la ciudad poderosa que avasalló los mares; la enemiga ó aliada de los papas, los emperadores y los reyes; el antiguo emporio del comercio; la temida república que daba leyes en Asia, Africa y Europa; el asiento del terrible Consejo de los X; la residencia de los *dux*, cuya cronología es una serie de melodramas; la escena en que figuraron *Dandolo, Foscari, Gradenigo* y *Marino-Faliero;* la mansion de las fiestas y los crímenes, con su carnaval y sus góndolas, sus cantos y sus gemidos, sus amores y sus asesinatos; Venecia es un ideal que se cree irrealizable, producido por la lectura del *Bravo* de Fenimore Cooper, de las tragedias de Byron y de las descripciones de Chateaubriand, Sand, Musset y tantos otros; Venecia es, en fin, la interesante beldad, cuyo presente infortunio arranca elegías á todos los oradores y periodistas del universo; la heroina del 1848; la huérfana desamparada de 1859; el suspiro constante de los italianos; la paloma que espera la muerte bajo la garra feroz del buitre...

Con estas ideas en la imaginacion, he pugnado valerosamente por alejarme de mis compañeros de viaje, (que han venido á Venecía á vulgarísimos negocios, y para los cuales la ciudad no tendrá ya encanto alguno) y he desoido ó rechazado estóicamente la fingida devocion artística con que los comisionados de los hoteles y los *ciceroni* me ofrecian tal ó cual alojamiento, situado en frente del *palacio Foscari*, en la *plaza de San Marcos*, en la *Riva degli Schiavoni*, en esta ó la otra calle, con vistas sobre el *Gran Canal*, cerca del *Puente de los suspiros*... etc., etc.

El falso entusiasmo con que pronunciaban estos nombres, y el comercio que hacian con la belleza de su patria, me producian muy mal efecto.—Yo no queria probar las delicias de Venecia por medio de terceros ó corredores. Preferia buscar á la deidad por mí mismo, aun á riesgo de que, desdeñosa, me ocultase al principio su hermosura.

Antes de salir de la estacion, he tenido que entregar nuevamente mi pasaporte, recibiendo en cambio un papel como el que me dieron en Verona; he sufrido tambien interrogatorio y registro, y soportado miradas de desconfianza y de vejatorio exámen, que iban acabando ya con mi paciencia.

Asi es que mis contestaciones á la policía han sido un poco imprudentes.

—¿A qué viene usted á Venecia? me preguntaba un aleman de dos varas y cuarta, rubio como unas candelas y con todo el aire de un tambor mayor.

—Vengo á observar, le he respondido. A estudiar sus costumbres... A formar idea por mí mismo del estado de la opinion pública.

—¿De dónde viene usted?

—De Guadix.

—¡Ya! esclamó el digno empleado, como si hubiese salido de dudas.

Luego añadió:

—¿Y cuánto tiempo va á permanecer usted en Venecia?

—No sé. Segun me vaya en ella. Si me fastidian mucho las gentes, me iré pronto. ¿Cree usted que lo pasaré bien?

—¿Dónde va usted á vivir? replicó el de policía secamente y como si no hubiera oido mi pregunta.

—Iré al hotel que mas me acomode, y cuando me canse de uno me mudaré á otro. Tenga usted la bondad de tomar acta de esta facilidad mia para mudar de alojamiento, á fin de que no se preste á enojosas interpretaciones. ¿Qué hotel cree usted que me convendrá mas?

—¡Qué sé yo! respondió el aleman encogiéndose de hombros.—A ver... otro viajero.

—¡Ya ve usted!—proseguí.—¡Y usted vive en Venecia! ¿Cómo he de saberlo yo que acabo de llegar ahora mismo?—¿Es usted italiano?

—¡Otro viajero! repitió el pobre hombre, no sabiendo cómo desembarazarse de mí.

—Dígame usted, continué yo. ¿Y Venecia? ¿Está tranquila? ¿No hay que temer ninguna asonada? ¿Se halla contento el pueblo?

El comisario no acertaba á darse idea de lo que le ocurria.—¡El... nacido para preguntar, se veia preguntado!!!

Un francés se hubiera ya exaltado: un español me habria puesto preso: el aleman se contentó con atusarse el bigote.

—¿Y qué me importa á mí, dijo, que el pueblo esté ó no esté disgustado?

—Dígame usted, añadí yo sin turbarme. ¿Hay tarifa para las góndolas?

El hombre me miró de pies á cabeza. Creyóme sin duda loco, y me volvió la espalda con la magestad de un pavo.

Yo estaba satisfecho. Habia vengado á Venecia. Habia adulado á mi querida.

En esto vino á buscarme el chico de la góndola, diciéndome que ya estaba preparada.

Salí, pues, de la estacion; bajé unas escaleras, y ví en frente de mí una infinidad de faroles, cuya viva luz me deslumbró al principio.

En los cristales de aquellos faroles se leian (como en los de los ómnibus que esperan la llegada de los trenes en París, Turin y otras capitales) los nombres de los principales hoteles de Venecia; nombres que eran repetidos á grandes gritos por sus comisionados y representantes.

Albergo Reale.—Albergo della Vittoria.—Hotel de la Luna.—Hotel d'Europe.—Hotel d'Italia.—Hotel de la Ville.—Hotel dell'Aquila d'Oro.—Hotel de la Gran Bretagna... etc., etc., decian las voces y los letreros.

Entonces reparé en que aquellos ómnibus no tenian caballos; en que estaban en el agua; en que eran góndolas...

La escalera que acababa de bajar, tenia por último peldaño la laguna...

La *góndola ómnibus*, recientemente inventada con permiso del gobierno, es mas grande y menos bella que la góndola propiamente dicha, y solo pueden usarla las empresas de ferro-carril ó navegacion.

En cuanto á la clásica góndola veneciana es hoy la misma que era hace doscientos años; pues existe una rigorosa ley suntuaria que prohibe hacer variacion alguna en su forma.

Ya hablaremos mas detenidamente de estos célebres vehículos, cuando los examinemos á la luz del dia.

Ahora solo debo decir que la verdadera góndola es una especie de esquife estrecho y largo, todo negro y de una fantástica elegancia, en medio del cual hay una como litera ó caja de coche, en que pueden encerrarse cómodamente cuatro personas.

Antes de entrar en la góndola, eché una mirada en torno mio.

Me encontraba á la orilla de un ancho canal, que se dilataba á derecha é izquierda entre elevados edificios, cuya parte superior blanqueaba la naciente luna, mientras que la parte de abajo se perdia en densas tinieblas.

Al través de los cristales de muchas ventanas y balcones se filtraba la luz de la velada nocturna, yendo á reflejarse vagamente en la inmóvil y tersa superficie de las aguas.

El alumbrado público proyectaba tambien largas fajas luminosas, mucho mas brillantes, en el líquido elemento...

Este cuadro, donde todo era resplandeciente ó negro,—agua y luz, ó impenetrable sombra,—inspiraba una fúnebre tristeza.

El canal se perdia de vista por sus dos estremos, retorciéndose de modo que formaba como una S.

El silencio y la soledad que reinaban en él, contrastaban lúgubremente con el ruido del viaje y con el tumulto de la estacion.

Entré en la góndola. Hacia frio. Envolvíme en mi capa española y abrí las ventanillas de la que he llamado litera, á fin de ver todo lo que fuese saliéndome al encuentro.

El gondolero que me habia hablado antes, se colocó á popa, y otro, aun mas jóven, hermano suyo, permaneció á proa.

Cada uno estaba armado de un largo remo, y los dos siguieron de pie durante toda la travesía.

Los gondoleros no se sientan nunca para remar.

—¿A dónde vamos, señor? me preguntó uno de los jóvenes con un suavísimo acento en que noté ya las dulces inflexiones del dialecto veneciano, célebre por su infantil y femenina ternura.

—Al *Hotel d'Europe*, contesté, recordando mi cita con el prusiano.

—Ese hotel está al otro estremo del *Canal Grande*.

—¿Es este el *Canal Grande?*

—Sí señor: aquí principia. Tiene cerca de una legua de largo; pero nosotros tomaremos luego por algunas callejuelas que nos ahorrarán mucho camino.

—Como quieras.

Vogamos.

Los remos levantaban fosforescencias en el agua, y producian un lento, claro y melancólico ruido, única señal de vida que daba la ciudad.

El resto de los viajeros que habian venido conmigo, se habia quedado en la estacion sacando sus equipajes.

Mi góndola era, pues, la única que surcaba el gran canal, triste y solitario en aquel paraje, por ser aquella la parte mas humilde y pobre de la poblacion.

Segun revolvíamos la ámplia curva que forma constantemente, aunque en varios sentidos, el Canal Grande, la luna iba alumbrándolo de lleno, hasta que por último, se bañó en su misteriosa luz toda el agua que servia de suelo á la calle, y brotaron de la oscuridad, fantásticas é indecisas, las graciosas fachadas de algunos palacios, cuya noble y aérea arquitectura se copiaba en las olas trasparentes.

Al ver aquellos otros edificios debajo de la góndola, pareciame que esta volaba, como una golondrina, por una calle cualquiera, á media altura de las casas...

Entre tanto, el canal se ensanchaba y embellecia poco á poco.—Ya tendria cuarenta metros de anchura.—El alumbrado era cada vez mas frecuente y esplendoroso. Los palacios y las iglesias se sucedian sin interrupcion. Las puertas de unos y otras, y las de todas las casas grandes ó pequeñas, estaban como á vara y media de altura sobre el nivel del canal. De cada puerta arrancaba una escalinata de mármol, cuyo último escalon era siempre el agua...—Cada lado del canal podia compararse á un inmensurable navio.

Frecuentemente desembocaban en la via principal que nosotros seguíamos, algunas modestas callejuelas.

Yo escrutaba entonces con ávida mirada hasta el fondo remoto de aquellas travesías, y siempre encontraba lo mismo:—agua dormida entre dos hileras de edificios; agua opaca y silenciosa, cuya existencia se revelaba solamente por el largo reflejo que, á la manera de una estela de oro, trazaba, á todo lo largo de encrucijadas y callejones, algun turbio reverbero, destacándose de una esquina...

Nada mas triste, mas pavoroso que el dédalo de estrechísimos canales que se adivinaba allá dentro.—Ni un alma, ni un rumor, ni un punto de terreno en que tenerse de pie se percibian en aquellos barrios interiores, cuyo cielo apenas se alcanzaba á ver por encima de las altas y estrechísimas callejas, y cuyo pavimento era siempre un abismo taciturno.

Yo no habia creido nunca que fuera absolutamente verdad todo lo que cuentan los libros acerca de las calles de agua de Venecia; pero fuerza me es reconocer que, por esta vez siquiera, no hay exageracion en los asertos de los novelistas.—Venecia es mas poética, mas romántica, mas interesante de lo que se la puede fingir la imaginacion,

Seguíamos vogando.—Los gondoleros remaban en silencio. Sus airosas figuras, vestidas con un largo gaban y un sombrero de anchas alas, parecian formar parte de la embarcacion y se destacaban agigantadas y negras sobre el agua fulgurante y el esclarecido firmamento...

¡Oh! la luna, la arquitectura y el agua! ¡Qué riente y grandiosa perspectiva! ¡Qué espléndida suavidad! ¡Qué lontananzas plateadas! ¡Qué círculos de juguetonas luces en torno de la góndola, producidas por la quilla y por los remos!

¡Cuántos millares de quebradas lunas en el movible espejo del prolongado estanque! ¡Qué fulgor submarino! ¡Qué palacios acuáticos! ¡Qué fantásticas torres avecinándose al cielo y repitiéndose en el abismo! ¡Qué ilusion! ¡Qué hermosura! ¡Qué fantasía!—Dijérase que Venecia es de cristal y que tiene luz propia como los astros.

El plácido arrobamiento en que venia sumergido no me ha dejado voluntad ni accion para preguntar cosa alguna á los gondoleros. Un palacio se sucedia á otro. A la puerta de algunos de ellos se veian *atracadas* varias góndolas que indicaban ó que los señores iban á salir, ó que tenian visitas.—Así juzgamos en otras ciudades cuando vemos carruajes á la puerta de una casa.—Los gondoleros fumaban sentados en la húmeda escalinata de aquellas antiguas mansiones de fiestas y placeres.

Al deslizarnos por enfrente de un altivo palacio, cuyos numerosos balcones irradiaban una viva iluminacion, he oido cantar al piano el aria de tiple de *María de Padilla...* – ¡Amores de Andalucía que conmueven las almas en Venecia!—La voz de aquella mujer era limpia, sonora y apasionada como las notas graves del ruiseñor.

El cadencioso y tardo latido de la laguna herida por los remos se mezcló largo rato á aquella lejana música. Luego dejó de percibirse la voz, y volvió á resonar sola, en el alto silencio de la noche, esta monótona palabra, que el agua soñolienta nos decia cada vez que los remos turbaban su quietud:—*Pasad...*—*Pasad.*

Y nosotros pasábamos, dejando en pos nuestro revueltas y turbadas las antes adormecidas olas.

Yo no he visto nunca barco alguno de remo que marche tan de prisa como esta especie de piragua llamada góndola.—Entre uno y otro golpe de remo mediará siempre un intervalo de cinco segundos, y en este tiempo la nave hiende las ondas como una exhalacion, adelantando mas de cincuenta brazas de camino.

Despues de una media hora de navegacion, he divisado un elevado puente de un solo ojo, tendido sobre el canal.

Nuestra góndola debia pasar por debajo de él.

—*Il ponte di Rialto*, esclamó solemnemente un gondolero.

¡Qué mundo de recuerdos! ¡Qué recuerdos de antiguas esperanzas!—¡El *Puente de Rialto!...*—En una novela que escribí yo hace nueve años, hice pasar á una góndola por debajo de este puente, sin conocerlo.—¡Cuán poético soñaba yo este sitio! ¡Y cuánto lo es en efecto!

Encima del puente hay trece arcos, dispuestos en sentido longitudinal.—El de en medio está vacío. Los otros doce son otras tantas tiendas, profusamente iluminadas. Delante de ellas hay un barandado ó balcon, al través de cuyos balaustres se veia andar á la multitud. Por el arco hueco pasaban tambien longitudinal y trasversalmente algunas personas. Esto significa que el puente sirve de asiento á tres calles, una interior y dos esteriores, formadas por las balaustradas

y las tiendas, y que el susodicho arco central es al mismo tiempo una travesía.

Las tiendas, sus luces y el ojo del puente se copiaban por entero en el canal, trazando en sus cristales otro semicírculo, que unido al de arriba, formaba un ancho óvalo argentado por la luna y ornado de rojizos esplendores; una especie de aro ó disco, semejante al que rompen de un salto los acróbatas y por el centro del cual pasó nuestra embarcacion como un relámpago.

Siquiera allí, la ciudad daba señales de vida. Pasos, gritos, golpes resonaron un momento sobre nosotros. Los habitantes de Venecia se nos aparecian en los aires, como una bandada de pájaros marinos, ó como la tripulacion de un barco gigantesco, vista desde un humilde bote que pasara cerca de él.—Allá arriba todo era luz, animacion y movimiento.—Abajo, en la laguna, seguia reinando la callada soledad.

Pasado el puente, el *Canal Grande* se dilató y hermoseó mas todavía. La luna se bañaba en el centro de un desierto de agua, iluminándolo todo, tornando en líquida plata el melancólico elemento, esclareciendo con los reflejos de su hermosura las lejanías del horizonte y trocando en filigrana y encaje la piedra labrada de alcázares y templos.

Al llegar á este punto, la góndola viró á la izquierda, y dejando el gran canal, se deslizó en un callejon oscuro por entre los muros sombríos de dos palacios.—Empezábamos la anunciada travesía, que habia de traerme al *Hotel d'Europe*, evitando un larguísimo recodo.

Aquí ya la navegacion cambió completamente de carácter.

La luna no penetraba en las angostas y profundas callejuelas ó pequeños canales que hemos atravesado.

Los remos daban con frecuencia en las paredes.

Sobre nuestras cabezas pasaban de una manzana á otra infinidad de puentecillos, que no eran sino las *calles de tierra*, las *vias sólidas*, por decirlo asi, de la ciudad anfibia.

Ya os esplicaré el misterio de la estraña complexion de Venecia.

Sobre aquellos puentecillos se sentian á veces los sordos pasos de algun transeunte.

El sentiria á su vez debajo de sí el rumor de la góndola en el agua.

Algunos faroles, colocados muy altos, alumbraban al mismo tiempo, y asaz débilmente, nuestro camino y el suyo.

Nada mas medroso que todos estos lugares, que todos estos encuentros, que todos estos ruidos.

Asi pasábamos de un callejon á otro; así encontrábamos plazoletas de agua; asi doblaba la góndola una y otra esquina: asi torcíamos á la derecha, luego á la izquierda; asi dejábamos á un lado y á otro cien y cien canales que llevaban á otros puntos; asi me persuadí finalmente de que se puede recorrer toda la ciudad navegando.

A veces, oíamos detrás de una esquina el son de otros remos.

Entonces los gondoleros que me conducian, ó los que venian á encontrarse

con ellos, decian dos palabras, á que no contestaba nadie; pero que daban lugar siempre á una maniobra.

—¡*Sia premi!*

—¡*Sia stati!*

—¡*Sia di lungo!*

Cón uno de estos tres gritos se indicaban lo que debian hacer para evitar un choque ó un *pase-por-ojo* al tiempo de doblar una esquina.

¡Y qué lúgubre, qué dramático efecto produce en el recien-llegado este lacónico grito, que tiene su música especial!

A poco de oirse la advertencia entre el murmullo del agua, veis pasar á vuestro lado una cosa larga, estrecha y enlutada como un atahud.

¿De dónde viene? ¿A dónde vá? ¿Qué guarda dentro?

Nada sabeis.

Ni una palabra se cruza de una góndola á otra.

O los que las llevan no se conocen en tanta oscuridad, ó dejan de hablarse, por respeto á las personas que conducen.

Ello es que la góndola pasa... y se pierde en los oscuros canalizos.

¿Quién sabe si detrás de aquellas persianas negras se esconde el amor ó el crímen, el dolor ó el placer, la riqueza ó la miseria, el horror ó la hermosura?

. . . .

La góndola atracó por último al pie de una empinada escalera que bajaba de un alto puentecillo.

—¿Hemos llegado? pregunté.

—Estamos muy cerca del *Hotel d'Europe*, me respondió el mayor de los gondoleros. Desembarcaremos aquí, y recorremos tres ó cuatro calles á pie. De este modo nos ahorramos mucho camino. *Jacobello*,—continuó, dirigiéndose á su hermano;—espérame aquí con la góndola, que yo voy á conducir al señor.

Subí, pues, aquella escalera, y me encontré en el segundo piso de Venecia, ó sea en la Venecia terrestre.

Allí era tambien grande el silencio; pero no tan profundo como en las lagunas.

Las calles que he recorrido para venir al hotel son sumamente estrechas; pero resplandecian de luz, de cristales y de vistosos objetos como las galerías de un palacio ó como los *pasajes* principales de París.

En Venecia todo es subir y bajar escaleras.

De aquí que no sean posibles ni conecidos los carruajes ni los caballos.

Y de aquí tambien el silencio que reina en la ciudad.

La gente que faltaba en los canales iba y venia por aquellos corredores y pasillos que tienen el nombre de calles.

El embaldosado suelo brillaba como el de la mas cuidada habitacion.

En Venecia no se conoce el polvo. ¿Ni cómo ha de conocerse?

Nadie hablaba en voz alta...—Solo se oia el rumor de los pasos.

Este es otro rasgo característico de Venecia.

La mayoría de los transeuntes se componia de pandillas de oficiales austriacos, cuyas espadas producian un lúgubre son al golpear los peldaños de las escaleras que bajaban á los canales ó subian á los puentes.



Vista de Ferrara.

Aquel silencio podía compararse al que interrumpe la alegría de un festin cuando un convidado pronuncia una palabra amenazadora, á que no puede seguirse sino un duelo.

Y mientras las gentes callaban de este modo, las calles ardian, por decirlo

asi, con las multiplicadas luces de innumerables tiendas, cafés, almacenes y bazares que en nada se diferenciaban de los del resto de Europa.

Resulta, pues, de todo esto, que hay dos Venecias, comprendidas mutuamente



Puente de os Suspiros en Venecia.

la una en la otra: la Venecia esterior y la Venecia interior; la alta y la baja; la oscura y la luminosa; la italiana y la tudesca; la del agua y la luna y la de los brillantes aparadores, en que resplandece el comercio; la de los palacios y la de las tiendas; la solitaria y la poblada; la de las góndolas y la de los ambulantes

Y resulta tambien que desde una Venecia no se adivina la existencia de la otra. El que discurre por las tenebrosas lagunas no puede sospechar que sobre su cabeza y al otro lado de las casas hay una ciudad despierta, viva, radiante, esplendorosa: como el que pasea por las calles no se da cuenta de que debajo de él y en torno suyo hay otra ciudad dormida, silenciosa, llena de oscuridad y de misterio.

Y sin embargo, asi como desde la góndola oí alguna vez en los aires sordos pasos de fantásticos transeuntes, del mismo modo oí desde los puentes balbucir el agua en coloquio con los remos, y tuve conciencia de que alguien pasaba por debajo de mí.—Pero esto era rápido y transitorio como una distraccion del sentido, y luego tornaba á la realidad de lo que veia, olvidando y no comprendiendo la faz oculta de Venecia.

Llegué al hotel.

La puerta de cristales por donde he entrado da á una estensa galeria, al fin de la cual hay otra vidriera semejante. Esta segunda puerta se encuentra sobre el Gran Canal.—El *Hotel d'Europe*, como todas las casas de Venecia, tiene una entrada por tierra y otra por agua.—La fachada principal mira siempre á los canales.

Pero todo esto lo examinaremos mañana por nosotros mismos. Hasta ahora me atengo á las esplicaciones del hermano de *Jacobello*.

Con que hénos en Venecia.

Yo no pienso salir ya esta noche. Estoy fatigado y quiero madrugar.

¡Mañana!...—Mañana veré la plaza de San Márcos, el palacio de los Dux, el Lido, las iglesias bizantinas, las obras maestras de Ticiano, el Puente de los Suspiros, las prisiones, los palacios del *Canal Grande*... ¡cuántas y cuantas cosas que constituyen los mas dorados sueños de mi vida!

Ahora son las ocho de la noche. Todas las campanas de Venecia repican á vuelo.—Mañana es dia de San Cárlos.

—Esas últimas que suenan, me dice el camarero, son las campanas de San Márcos.

Despues me da otra noticia.

—Venecia, me dice, no está hoy para fiestas. Acaba de saberse que Victor Manuel ha perdido una batalla á orillas del Garegliano. La derrota de los piamonteses ha sido completa, y Francisco II estará á estas horas de vuelta en Nápoles. Asi al menos lo afirman los periódicos de esta noche.

—¿Pues qué? le pregunto yo. ¿Hay periódicos en Venecia?

—Si señor: todos los dias. Aquí tiene usted uno de hoy.

La primera cosa que leo en el diario que me alarga el camarero, es la siguiente frase con que principia un suelto:

«*S. M. I. R. A. se ha graciosisimamente dignado* etc.»

La abreviatura S. M. I. R. A., quiere decir *Su Mayestad Imperial Real Austriaca*.

Veo que los periódicos de Venecia son del gobierno.

Acaso sea tambien del gobierno la noticia de la derrota de Victor-Manuel.

¡ Batalla del Garegliano !—Esta palabra suena bien en oidos españoles.—Hace tres siglos y medio don Fernando el Católico le ganó una *batalla del Garegliano* á Luis XII de Francia.

¡ Victor Manuel derrotado por Francisco II !—Ahora comprendo el lúgubre silencio que reinaba esta tarde en el tren, y esta noche en las calles de Venecia.

¡ Povera Venezia !—como dicen á cada instante los gondoleros.

IV.

Venecia á vista de pájaro.—Un paseo por el Lido.—La *Piazzetta*.—La plaza de San Márcos á las dos de la tarde.—Los venecianos y los austriacos.—El café *Florian* y el café *Cuadri*.—La noche de un domingo.

Venecia 4 de noviembre.

Esta mañana, á eso de las ocho, tomábamos café en el magnífico balcon de piedra del comedor del *Hotel d'Europe*, mi antiguo amigo H. de V., un jóven inglés llamado *Sir Arturo* y vuestro atento servidor.

De H. de V. ya sabeis que es prusiano de nacimiento, dinamarqués de profesion y español por el trato y las costumbres.

Sir Arturo es hijo de un opulento banquero de Lóndres, y ha venido á Venecia, de paso para la isla de Corfú, en donde está convidado á una cacería.

Solo un inglés hace un viaje de Inglaterra á Grecia sin mas objeto que matar un ciervo.

Por lo demás, Sir Arturo tiene veinte años, es blanco y rubio como una Ofelia, y se pone colorado siempre que le dirigimos la palabra.

Este inglés es el mismo que comia con nosotros en el hotel de Milan.

De aquí nuestro conocimiento.

Mas advertencias:

El prusiano y yo nos entendemos por lo regular en español.

El inglés me habla en italiano.

El prusiano y el inglés se comunican en aleman.

A veces cambiamos de sistema, y el inglés y el prusiano hablan inglés; el prusiano y yo nos lanzamos al francés, y el inglés me dirige la palabra en latin.

De esto resulta que no es posible que nos entendamos los tres á un mismo tiempo, por la sencilla razon de que entre esos seis idiomas no hay ninguno que nos sea comun.—El prusiano no conoce el italiano ni el latin; el inglés no comprende el francés ni el español, y yo ignoro completamente el inglés y el aleman.

Nuestros diálogos son, por consiguiente, una maraña de traducciones.

Dos palabras ahora sobre el lugar de la escena.

El *hotel d'Europe* fue en otro tiempo *palacio Giustiniani*.

Es decir, que aquí nacieron ó moraron muchos individuos de una de las principales familias patricias de Venecia.

Cuéntanse entre ellos: *San Lorenzo Justiniano*, primer patriarca de la ciudad; *Bernardo Giustiniani*, senador, diplomático y célebre historiador; *Agustin Giustiniani*, renombrado orientalista, y *Marco Antonio Giustiniani*, dux de Venecia, debelador de los turcos.

El palacio data del siglo XV: su arquitectura es noble y severa.

La familia Giustiniani ha desaparecido, como tantas otras que florecieron en la estinguida república.

¡Y su ilustre solar es hoy propiedad de un hostelero francés!

¡Tal y aun mas desgraciada ha sido la suerte de la reina del Adriático!...

Dos bailarinas, la *Taglioni* y la *Elssler*, compraron últimamente la famosa *Ca d'oro* y el palacio de no sé qué dux.

El palacio *Cavalli* pertenece al duque de Burdeos.

El de los *Foscari* es hoy cuartel de infantería austriaca.

Continuemos.

El balcon en que tomábamos café esta mañana es un *cierre* de cristales volado sobre la laguna; una especie de gabinete suspendido en los aires, desde el cual se disfruta la mas deliciosa vista.

Ya os he dicho que el *Hotel d'Europe* se halla situado á la entrada del *Canal Grande*, en el punto en que este es mas ancho y mas magnífico.

Veiamos, pues, á nuestra izquierda el que pudiéramos llamar *Boulevard* ó *Corso* que parte en dos mitades la ciudad.

Las aguas que forman tan magestuosa vía, brillaban al sol de una manera deslumbradora.

Los palacios y los templos se miraban en ellas, y se destacaban además en el turquí purísimo del cielo.

Algunas góndolas cruzaban de un lado á otro del canal, parándose á las puertas de las casas ó desapareciendo por angostas callejuelas.

Este panorama no podia confundirse con ningun otro.—Indudablemente, estábamos en Venecia!

En frente del balcon, al otro lado del canal y como un centinela colocado á su embocadura, teníamos la *Dogana di mare* (la Aduana de mar), arrogante edificio, sobre cuya alta torre, que se dibuja dos veces en las ondas y en el espacio, se levanta una estatua giratoria de la fortuna.

Al lado de la aduana, descubríamos la iglesia de *Santa María della Salute*, brotando tambien de las fulgentes olas, que copiaban como en un espejo su doble cúpula, su fachada embellecida con 125 estatuas, sus gigantescas volutas y recio campanario.

Mas allá se dilataba la laguna, azul y solitaria, y en medio de ella veíamos dos grandes islas, la de *San Gorgio Maggiore* y la *Giudecca*, en que hay mas jardines que edificios.

Despues seguia la laguna, estensa ya y magestuosa como la mar vecina...

—¡Hé aquí Venecia! repetíamos maquinalmente y á cada instante mis compañeros y yo.

Ecco la mia Venezia...
Ecco il suo mare...

Pero en vano me esfuerzo por conseguir que mi pluma haga lo que no acertarian á hacer los mas hábiles pinceles.—En vano trato de daros una idea del cuadro que descubríamos esta mañana desde el gran balcon de este hotel.

Yo pudiera bosquejar las líneas; establecer los términos; demarcar las perspectivas; pero, ¡cómo espresar el color, la luz, el ambiente radioso, las sombras de las islas en el agua; la deslumbrante blancura ó el áurea esplendidez de los palacios bañados por el sol y por el reflejo de las ondas; los recortes de los edificios sobre el fondo de plata del Canal Grande y su limpia silueta sobre el azul del firmamento! ¡Cómo haceros ver esta ciudad de nácar y zafiro; estos prodigios de arquitectura, surgiendo de las olas, como los templos y alcázares de las ninfas, y estas góndolas negras (únicos puntos de oscuridad en tan fulgurante panorama), que van de una parte á otra llevando escondido al antiguo veneciano que no se ha dejado ver todavía del opresor estranjero!

¡Imposible de toda imposibilidad!

Sin embargo, seguid conmigo; que yo cuento con vuestra imaginacion, y algo lograreis adivinar, si por acaso acierto (lo cual es mas fácil) á referiros mis impresiones.

El prusiano tenia la palabra.

—Queda dicho, esclamó, resumiendo la discusion que acabábamos de sostener acerca del programa del dia; queda dicho que hoy veremos á Venecia á *grandes rasgos*; que estudiaremos su conjunto; que la contemplaremos á lo lejos y desde una altura; que la recorreremos ligeramente sin penetrar en ninguna parte; y que yo, como mas antiguo en la ciudad, puesto que llegué á ella veinte y cuatro horas antes que vosotros, mandaré en jefe la espedicion.

—Queda dicho, le contestamos el inglés y yo.

—¡Magnífico! continuó el prusiano: ahora vamos á lo alto del *Campanile* (como se dice aquí) de la basílica de San Márcos. Desde aquella elevacion veremos á nuestros pies á Venecia entera, como se ve un navío desde el tope del palo mayor.

—Aprobado.

—Pues en marcha... Pero antes he de advertiros una cosa. Para ir al *Campanile* tenemos que pasar por sitios muy importantes, muy bellos, muy sorprendentes. Yo os suplico que no los mireis. Clavemos la vista en el suelo y penetremos en la torre sin reparar en la plaza. Ya hemos convenido antes en que confundir las impresiones es no saber viajar. A las ciudades, como á los cuadros, hay que buscarles la luz...

—Comprendido.

—Entonces... adelante.

Cinco minutos despues atravesábamos á escape un ángulo de la famosísima *Plaza de San Márcos*...

Esta espedicion la hacíamos por tierra.

La plaza...

Pero yo no debo hablaros todavía de la plaza.—Suponed que no la ví.—Y en verdad aquello no pudo llamarse verla.

El campanario de San Márcos no es, como cualquiera podrá imaginarse, una torre adherida á la basílica de este nombre. El *Campanile* de San Márcos es un edificio aislado, contiguo á la catedral, que se levanta solo, en un estremo de la plaza, á la manera de un obelisco.

De su aspecto esterior, y de la *Loggia* que le sirve de pedestal, hablaremos mas adelante.—Ahora solo nos toca decir que el *Campanile* es una torre cuadrada, embutida en otra, y que entre los muros de las dos hay 32 rampas, como las de la Giralda de Sevilla, por las cuales se puede subir á caballo hasta una altura de 240 pies, de donde arranca la aguja ó flecha, que tiene por su parte 60 pies de elevacion.

Se comprende sin esfuerzo que esta colosal atalaya, levantándose en medio de una ciudad tan lisa como Venecia,—rodeada á su vez de una planicie de agua, y de las bajas y pantanosas tierras en que termina el Veneto,—domina soberanamente un vastísimo territorio, se enseñorea sobre él, lo ve tendido á sus plantas.

Si alguna vez se me han aparecido el mar y la tierra dibujados como en un mapa, ha sido desde aquella altura.

El *Campanile* se empezó á construir á fines del siglo IX, destinándosele principalmente á torre de vigía, desde donde se descubriese el Adriático y pudiera prevenirse á la ciudad siempre que apareciesen velàs en el horizonte.

¡Era ya Venecia tan poderosa y tenia tantos enemigos!

Determinóse, pues, que hubiese constantemente un vigilante en lo alto de la torre y que diese una campanada cada cuarto de hora, á fin de indicar que estaba alerta.—Este centinela avisaba además á los venecianos siempre que descubria un incendio en la ciudad, marcándoles el barrio en que era, segun el número de campanadas que daba.

Tambien fue en esta torre donde Galileo ensayó por la primera vez su célebre telescopio.

Hácia la mitad del *Campanile*, y por su parte esterior, se ve aun el lugar en que antiguamente se colgaba una jaula de madera, dentro de la cual eran encerrados con pan y agua los sacerdotes que habian cometido ciertos crímenes.

Pero todas estas consideraciones son nada en la mente del viajero desde el instante que llega á lo alto de la torre y contempla el maravilloso cuadro que se desarrolla en torno suyo.

Ya lo he dicho: toda Venecia se abarca desde allí de una ojeada: ¡toda Venecia, clara, completa, distinta; esmaltada sobre el agua resplandeciente; partida en dos por el *Canal Grande*, que ondula por medio de ella como una cule-

bra de cristal; matizada de jardines en algunos parajes; con sus cien iglesias y sus mil palacios; con sus ciento cincuenta canales, que dividen la ciudad en ciento treinta islas, y con sus cuatrocientos cincuenta puentes, que las enlazan de mil modos!

¡Era una grandiosa perspectiva!

Al pie mismo de la torre se dilataba la vasta planicie de la plaza de San Marcos, formada por nobles, bellos y regulares edificios y por la soberbia catedral.

El suelo de la plaza, magníficamente enlosado, relucia como la encerada cubierta de un buque.

La gente que cruzaba por aquella especie de salon regio, dirigiéndose de unos pórticos á otros, aparecia tan achicada por la distancia, que llamaban mucho mas mi atencion las palomas que revolaban sobre los tejados.

Al lado de la plaza veíamos las nueve cúpulas de la Basílica; la famosa *Piazzetta*, museo histórico de la ciudad; los techos de plomo del *palacio Ducal;* su patio, sus prisiones, y el canal angosto que pasa por debajo del *Puente de los Suspiros*. Mas lejos divisábamos el puerto, antes tan concurrido, hoy pobre de mástiles; en otro lado las *dársenas*, los campos de instruccion y los cuarteles; por una parte los canales, las góndolas, los embarcaderos de madera; por otra los puentecillos coronados por la multitud; en algunas plazas remotas, mucha gente que entraba y salia en las iglesias, como domingo que ha sido hoy y dia de San Cárlos; en el Jardin Público, familias que iban de paseo; aquí el famoso teatro de la *Fenice*, cerrado todavía; allí el teatro *Malibran*...

En torno de esta gran masa de edificios, distinguíamos algunas apartadas islas que rodeaban á Venecia como hijas cariñosas.

Cada una de ellas ostentaba sus iglesias, sus casas, sus jardines, sus huertos, viniendo á ser como un barrio de la capital.—Y estas islas tenian tambien sus canales interiores, sus puentes, sus vistosos reflejos en el agua; una belleza, en fin, muy semejante á la de la reina de las olas.

Despues descubríamos en todas direcciones la laguna solitaria, cortada hácia poniente por el istmo que recorrí ayer, y cuyos centenares de arcos, repitiéndose en las aguas, le daban una fantástica apariencia.

A lo lejos, y por la parte de Levante, reposó mi mirada en una estrecha y larguísima isla que cerraba la laguna, separándola del Adriático...

¡Era el *Lido!*

En aquella isla, especie de dique ó antemural que la naturaleza ha levantado, acumulando granos de arena, para proteger á la ciudad de San Márcos contra el recio embate del mar, se veian algunas pobres casas, muchas huertas y dos ó tres fuertes ó castillos.

Aquellos castillos defienden la entrada de los canales que ponen en comunicacion á la laguna con el mar.

¡El mar!... Detrás del Lido descubríamos sus agitadas olas, perdiéndose en la inmensidad del horizonte...—Su verdoso color contrastaba con el apacible azul de las aguas en que se copia Venecia.

Aquel era el *Adriático*; el mar italiano, dálmata, turco y griego; el escondido golfo en que se miran frente á frente y se reflejan su poesía dos civilizaciones hermanas, que ya se reconocen apenas, pero que se reconciliarán algun dia; Roma y Bizanzio; Oriente y Occidente; las dos iglesias; los dos imperios.

Por el opuesto lado, y tambien á gran distancia, se ofrecia á nuestra vista una costa humilde, melancólica, en que yacian abandonados dos ó tres pueblecillos...

Aquella tierra insalubre era el continente; el límite oriental del suelo italiano, inundado casi siempre por desbordados rios; la region que ve morir en el mar, tristes y desatendidas, despues de una triunfal carrera al través de populosas ciudades, aquellas mismas aguas que miré yo nacer de las nieves de los Alpes, y cuyo curso he seguido durante mas de cien leguas.

Finalmente, al término ya del horizonte, por el lado del Noroeste, asomaban algunos fantasmas azulados, que á veces se confundian con el cielo...

¡Eran todavía los Alpes!

Ahora bien; teñid este inmenso panorama de blanco, verde y azul; recamadlo de plata refulgente; imaginaos el cielo y el agua compitiendo en trasparencia y hermosura; figuraos la luz del sol refractada de uno en otro espejo; ved la ciudad dibujada en la laguna; ved la laguna aprisionada entre el Lido y la tierra firme; ved todo esto, inundado de vívidos fulgores, diáfano, radiante, trasparente, y tendreis una vaga idea de este rincon del mundo, que albergaba ayer tanto esplendor y poderío y que encierra hoy tanta orfandad y desventura.

Bajamos del *Campanile*, y fieles á nuestro programa, apartamos los ojos de la *Piazzetta*, en la que nos proponíamos entrar solemnemente al cabo de pocas horas, y nos dirigimos de nuevo al cercano hotel, á cuya puerta nos aguardaban nuestras góndolas.

Digo *nuestras góndolas*, porque cada uno de nosotros tiene desde esta mañana la suya, alquilada por 10 francos diarios.

Yo he hecho buscar al gondolero mas viejo de Venecia, á fin de que me sirva al mismo tiempo de *cicerone*.

Beppo (que asi se llama mi hombre), tiene setenta años, y se acuerda de los tiempos de la República y de los *dux*.

El mismo parece un dux, con su larga vestimenta, su gorro frigio y sus venerables barbas.

Su hijo *Gaetano* maneja el remo de proa.

Gaetano tiene diez y ocho años: lleva las piernas y los brazos desnudos; un gaban con capucha cuelga de sus hombros, y cubre su cabeza un sombrero negro, cuyas luengas alas dan sombra á los cabellos castaños, á los ojos negros y al rostro, curtido por la intemperie, mas artísticos y hermosos que os podeis imaginar.

En virtud de estas escelencias, mi góndola fue preferida á las otras dos para hacer la escursion al *Lido*.

Nos embarcamos, pues, en ella, y surcamos la laguna.

La góndola (ha llegado el momento de describirla minuciosamente) es, como hemos dicho, una embarcacion estrecha y larga, en medio de la cual hay una especie de camarin.



Venecia.—Patio del palacio Viejo.'

El casco es de hierro y madera, pintado de negro y cuidadosamente barnizado.

El camarin está forrado por fuera de paño negro tambien, y por dentro, de terciopelo del mismo color.

Penétrase en él por delante.

Las ventanillas, que son tres, tienen cristales y persianas como los coches.

Los asientos son de *marroquí* negro.

Verdaderamente, la góndola ha sido imaginada para que dos personas solas vayan sentadas en el fondo y estiendan los pies sobre unas banquetas laterales; pero si se aprovechan estas banquetas, puede albergar cómodamente otras dos personas.

Por último, el que hemos llamado camarin, va cubierto de un forro de gruesísimo paño, llamado *felze*, que se quita y se pone, segun la estacion y á medida que se teme mas ó menos ser conocido.

Ya hemos indicado que todas las góndolas de Venecia, lo mismo las de los magnates que las de los pobres, asi las públicas como las de dominio particular, son completamente iguales.

Esta igualdad procede de una ley dada hace tres siglos, á causa de las grandes sumas que los nobles, empeñados en una insensata competencia, gastaban en adornar sus góndolas.

Solo los embajadores están exentos de esta ley.

Ahora bien: la mas pobre imaginacion podrá adivinar el cúmulo de misterios á que se presta semejante uniformidad, y el aspecto interesante y dramático de estas enlutadas navecillas, cuyo número no baja de 9,000.

La poblacion de Venecia, en estos últimos años, ha fluctuado entre 120 y 130,000 almas.—Bajo la república pasaba de 200,000.

En Venecia,—á pesar de que la guarnecen muchos miles de austriacos,—hay mas mujeres que hombres.—Segun el último censo de poblacion, el esceso era de 8,000 faldas.

Esta singularísima desproporcion se esplica de dos maneras, la una muy triste y la otra muy honrosa para los venecianos.—El Austria saca del Veneto una crecida quinta y se la lleva á ciento cincuenta leguas de distancia á que esclavice y encadene al pueblo húngaro.—Otra gran parte de la juventud de Venecia se espatría voluntariamente por no sufrir el yugo austriaco, y sirve en el ejército piamontés, ó conspira y trabaja en las naciones libres de Europa.

Hablando de estas cosas, nos acercábamos al *Lido*.

. . . .

El Lido,—ya lo hemos apuntado,—es una larga y estrecha isla, ó por mejor decir, un banco de arena, que se estiende entre la laguna de Venecia y el Adriático.—*Lido* significa en español *ribera*.

En otro tiempo se llamó *bovense*, por el mucho ganado vacuno que pastaba en sus prados.—Mas tarde levantáronse en él muchas casas, de que aun se ven los cimientos.—Despues fue cementerio de judíos, como acreditan todavía algunas preciosas tumbas medio arruinadas.—Hoy está todo plantado de viñas y huertas.

No bien desembarcamos en el Lido, mi primera operacion fue atravesarlo en línea recta, buscando la playa marítima.

Crucé, pues, fuera de camino, sobre vides y sembrados, y en menos de cinco minutos, me encontré en frente del Adriático, ó por mejor decir, con los pies en sus espumas.

El mar es para mí un antiguo y buen amigo, á quien siempre encuentro con placer. El Occéano me infunde respeto: el Mediterráneo, amor.—Yo recordaré siempre con entusiasmo el dia que desde un pico del pequeño Atlas, entre Tetuan y Tánger, los ví á los dos al mismo tiempo; el uno, á mi derecha, azul y reposado; el otro, á mi izquierda, verde y tormentoso.—Aquel dia me dí cuenta, mejor que nunca, de los varios afectos que me inspiran. El Mediterráneo me parecia la vida; el Occéano la eternidad. Aquel me hablaba de muchos lugares conocidos, de ciudades amadas, de horas inolvidables, de seres ligados á mi corazon... Este elevaba mi mente sobre la existencia humana y sumergía mi pensamiento en la inmensidad del infinito.—El mar que principia en las columnas de Hércules y termina al pie del monte Carmelo, me recordaba nombres, pueblos, historias, civilizaciones afines con mi alma; mi religion, mi patria, la historia de Europa, sus guerras, sus primeros pobladores; Egipto, Fenicia, Cartago, Grecia, Roma gentil y Roma cristiana; la Palestina, cuna de nuestra fé, y el litoral agareno, de donde se lanzaron sobre Europa tantos y tantos enemigos...—El otro mar no me decia nada... El otro mar no tenia nombre.—Modernamente habia adquirido uno... ¡pero *uno solo* para tal inmensidad!—Aquel nombre era el de Colon.

Figuraos ahora cuáles serian mis impresiones al encontrarme esta mañana con el Mediterráneo, en este apartado lugar, en este paraje escondido, adonde suben sus olas, penetrando atrevidamente por entre la Italia, la Grecia y la Dalmacia.

El Adriático es un misterio, es una aventura amorosa del Mediterráneo.—Despues de su gran temeridad de pasar los Dardanelos, el Bósforo y el estrecho de Yenikalé para formar el Mar de Mármara, el Mar-Negro y el Mar de Azoff, (esforzándose por separar el Asia de la Europa), nada ha emprendido tan osado y romancesco como venir casi al pie de los Alpes, á visitar á la encantadora Venecia.—Asi es que yo le contemplaba con entusiasta admiracion y cariñoso júbilo, cual si fuera un compatriota y amigo mio á quien encontraba en pais estranjero.

En la playa del Lido que mira al mar se ven algunas chozas de pescadores, varios cobertizos pertenecientes á un establecimiento de baños, y dos ó tres fuertes que defienden la entrada en el puerto de Venecia.

El canal mas profundo y mas frecuentado que pone en comunicacion á la laguna con el Adriático es el que pasa por delante de *Malamocco*, antiquísimo pueblo, que dió orígen á Venecia, situado sobre una isla que viene á ser la continuacion del Lido.

Por aquel canal se verificaban las bodas de cada nuevo dux con el Adriático. Por allí salia, en el *Bucentauro*, ó sea en la dorada góndola de la República, el anciano elegido jefe de la nacion, á arrojar su anillo en las olas, como en prenda de amor y de alianza.—Por allí salieron tambien las galeras venecianas á conquistar todo el Adriático, el Archipiélago griego, Constantinopla, Candia, Chipre y tantos y tantos pueblos como rindieron vasallaje á la Tiro de la Edad-Me-

dia.—Por aquel canal salió el dux Enrique Dandolo al frente de la Cuarta Cruzada, llevando en pos suyo cerca de quinientas naves.—Por allí salieron, en fin, los que, aliados con el Papa y con España, derrotaron á los turcos en Lepanto.

Despues de recorrer el Lido de parte á parte, tornamos al lugar en que habíamos desembarcado.

Allí hay una pobre casa, habitada por dos ó tres familias de hortelanos y pescadores.

Aquella gente habia aceptado el encargo de darnos de almorzar.

Sentámonos, pues, á la puerta de su cabaña, debajo de un emparrado, cuyos pámpanos amarillentos empiezan á caer.

Desde allí se descubria toda Venecia, de la que nos separaban dos millas de laguna.

Las cúpulas de San Márcos se destacaban sobre el cielo.—Estas cúpulas son de un estilo muy particular, medio árabe, medio chino, quizás algo moscovita, completamente estraño á cuanto yo habia visto hasta hoy Su amplia cimbra, su hinchazon, su misma estructura recuerdan los kioskos, las pagodas, las glorietas orientales, y sobre todo traen á la imaginacion la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla, que todos conocemos, gracias á la fotografía, y que, al decir de los críticos, sirvió de modelo á la basílica de San Márcos.

Ni son estas cúpulas la única reminiscencia oriental que ofrece Venecia. La mayor parte de sus palacios, construidos de manera que las grandes masas sólidas se levantan sobre huecos, esto es, sobre galerías de columnas; las torres de sus iglesias, muy parecidas á los alminares moriscos; la línea horizontal de los techos; los arcos de las ventanas; una total ausencia de simetría; lo angosto de las calles; lo apiñado de las casas; el esplendor del cielo... todo contribuye á dar á la última ciudad latina un carácter levantisco, musulman, semi-griego, semi-asiático, que ha hecho decir á no sé á qué viajero: «Venecia parece un viejo pirata retirado de los negocios.»

Nuestro almuerzo no ha podido ser mas sencillo ni delicioso.—Pesca del mar y pesca de la laguna; alcachofas y frutas de una huerta vecina, y vino de aquella misma parra que nos daba sombra.—Este vino, áspero, tinto, ligero y espirituoso, lleva el poético nombre de *vino del Lido*.—Nuestros gondoleros le hicieron largamente los honores, en pago de habernos servido la mesa, y con este motivo, el viejo republicano nos contó muchas y muy interesantes cosas, de las que recordaré solamente las que se refieren á lord Byron.

Lord Byron es á Venecia lo que nuestro Zorrilla á Granada; el revelador de su hermosura, el cantor infatigable de su peregrina historia, el que creó en todas las imaginaciones un mágico ideal de su belleza; el que dijo al mundo, olvidado ya de una ciudad que habia cumplido su destino histórico: «Venecia existe todavía: su hermosura no ha desaparecido con su poder: sus palacios no se han hundido con sus guerreros y navegantes: la poesía y la tradicion levantan aquí su voz entre las ruinas. ¡Venid á verla.»

El canto cuarto de *La peregrinacion de Childe-Harold*, que principia: «Es-

taba yo en Venecia, sobre el Puente de los Suspiros, entre un palacio y una prision...» fue la primera señal de aquel entusiasmo por la ciudad de los dux que le llevó á escribir despues sus dos famosas tragedias ***Marino Faliero*** y ***Los dos Foscari***, y por último, la sublime ***Oda á Venecia***.

«¡Oh Venecia, Venecia! Cuando tus palacios de mármol esten ya al nivel de tus olas, se oirá el grito de las naciones sobre tus ruinas, y un largo lamento resonará en las orillas del agitado mar.—Si yo, peregrino del Norte, lloro sobre tus escombros, ¿qué no te deberán tus hijos?—¡Todo, menos estériles lágrimas!—Y sin embargo, ellos se contentan con murmurar en medio de su sueño!—¡Qué contraste con sus mayores!—¡Ah! ellos son á sus padres lo que el verdoso fango, deshechado por la mar, es á la potente ola que separa al marinero de su nave!»

Estos enérgicos acentos pusieron de moda á Venecia en ambos mundos. Desde entonces, la poesía, la música y la novela hicieron de la hija de las lagunas la isla de Delos del romanticismo. Los poetas y los artistas fueron en peregrinacion á saludarla.

La musa de Byron, heredera de la de Shakspeare, levantó la proscripcion que el neo-paganismo del siglo XVIII habia hecho pesar sobre las obras del gran Guillermo, y *Otelo, Syllock* y *Pedro Jaffier* volvieron á repetir en el teatro el nombre de Venecia. Entonces Fenimoore Cooper escribe el *Bravo*. Mad. Stael habia ya imaginado á *Corina*. Victor Hugo lanza á la escena á *Angelo* y á *Lucrezzia Borgia*. Jorge Sand crea á *Consuelo*. Martinez de la Rosa presenta en París su drama *La Conjuracion de Venecia*. Alfredo de Musset, Jules Sandeau, Chateaubriand y Lamartine visitan la ciudad y recuerdan todo lo que Rousseau y Montesquieu habian escrito acerca de Venecia. Pero ninguno habla de nuestro QUEVEDO, huésped tambien de ella, y de los mas esclarecidos!...—Entre tanto, toda Inglaterra y media Francia pasan los Alpes para venir á ver la patria de *Margarita Cogni*, la *Fornarina* de *Harold*.

Tal es lord Byron para el viajero que llega á esta insigne ciudad ó para el vate que la acaricia en sus sueños.

Para los venecianos es algo mas interesante todavía.

Lord Byron vivió muchos años en Venecia, habitando ora en el palacio *Mocenigo*, situado en el Gran Canal, ora en una *villa* ó quinta, á dos leguas de Pádua y á otras dos de Fusina, desde donde venia á Venecia en góndola.

En una y otra parte; en la ciudad como en el campo, fue tanto el ruido que dieron sus aventuras amorosas, tal el efecto que causó su género de vida, tanto el dinero que derrochó á manos llenas; fueron tantos, en fin, los viajeros que acudieron á visitarle ó á verle desde lejos, que Venecia toda se llenó de su nombre, y no hubo mujer, niño ni anciano, de cualquier clase de la sociedad que fuese, que ignorara en el Veneto que residia en él un hombre estraordinario, un inglés medio poeta, medio diablo, terror de los maridos, encanto de las damas, providencia de los pobres, anfitrion de los calaveras, y pasmo y admiracion de todos, al cual se le creia, y es cuanto se puede decir, tan superior á los demás

hombres como al terrible Napoleon-Bonaparte, prisionero á la sazon en Santa-Elena.

—Baste decir, continuó mi viejo gondolero, que yo mismo me ví obligado á averiguar su vida y costumbres, á fin de contestar á las innumerables preguntas que me hacian todos los estranjeros que conducia en mi góndola.—¿Conoce usted á lord Byron? me decian antes de entrar en ajuste. Y como les respondiera afirmativamente, seguia el interrogatorio de esta manera: —¿Cómo es? ¿Dónde vive? ¿Qué hace? ¿A qué hora se le ve? ¿Por dónde pasa? ¿Qué come? ¿Qué dice? ¿Cojea mucho? ¿Es verdad que bebe sangre? ¿Tiene muchas queridas? ¿Es cierto que no duerme nunca?... y no sé cuántas cosas mas.

—¿Y qué les contestaba usted?

—¡Ah! ¡yo conocia á lord Byron tanto como á mi góndola! Hasta me atrevo á decir que era su amigo.—El tenia dos góndolas propias; pero sin embargo, recurria muchas veces á las nuestras; y en este caso, si yo me encontraba donde él pudiera verme, preferia siempre la mia á la de todos mis compañeros. ¡Oh! ¡cuántas veces le llevé del palacio Mocénigo al puerto de Fusina! ¡Cuántas le traje al Lido! ¡Cuántas le paseé de noche por los canales!—Esto era en 1819.—El noble lord vivia ordinariamente en *La Mira* (que así se llama esa *villa* que hemos dicho), con su querida, la condesa Guiccioli, una de las mujeres mas hermosas de Italia. Cuando venia á habitar el palacio Mocénigo, hacia trasladar dos de sus caballos á esta misma cabaña. Por las tardes salia de su casa en góndola, cruzaba la laguna y desembarcaba aquí, donde le aguardaba un criado con los caballos dispuestos. El gran poeta montaba en uno, y salia á escape por esas playas, recorriendo el Lido en todas direcciones, sin dar respiro alguno al animal. Cuando el primer caballo no podia ya correr, tomaba el segundo y lo fatigaba del mismo modo en un violento é incesante galope. En seguida se embozaba en su capa, entraba en su góndola y volvia á Venecia.—Allí frecuentaba dos tertulias, la de Mad. Albrizzi y la de la condesa Benzoni, donde era mirado como una divinidad.—Verdaderamente, yo no he conocido hombre mas hermoso que lord Byron.—Despues de la tertulia, recorria en góndola los mas intrincados canales, hasta las altas horas de la noche; y cuando ya dormia toda Venecia, hacíase conducir al muelle de la *Piazzetta*, si era noche de luna, y allí desembarcaba, penetrando solo en la plaza de San Márcos, donde permanecia largo tiempo paseándose. Era la única hora del dia en que marchaba á pie.—Ustedes sabrán que era cojo, y que nada le humillaba tanto como que echasen de ver que tenia esta imperfeccion. En la época á que me refiero habia conseguido á fuerza de estudio y de voluntad disimular de tal modo su cojera, que cuando entraba en un salon, solo se notaba que andaba muy despacio y que balanceaba el cuerpo con cierta languidez que podia atribuirse á coquetería. —Otra de las escursiones favoritas de lord Byron era á la isla de *San Lázaro de los Armenios* (en la que tocaremos, si ustedes quieren, al volver á Venecia). Allí hay un convento de frailes armenios, sumamente sabios, entre los cuales halló muy buenos amigos el poeta inglés. Esta espedicion solia hacerla comple-

tamente solo, manejando él mismo el remo de la góndola, y eligiendo para ello las ocasiones en que habia tempestad en la laguna. ¡Si vierais cuántas veces se le dió por muerto en Venecia! Pero Byron era tan consumado nadador como infatigable ginete, y aunque las olas devorasen su nave, como sucedió mas de una vez, no por eso dejó él de llegar á tierra sano y salvo.—¡Oh! ¡indudablemente habia en aquel hombre algo de sobrenatural!

El jóven sir Arturo escuchaba embelesado al gondolero.—Hugo de V. no entendia una palabra y fumaba tranquilamente.—Yo recordaba la visita de Tomás Moore á lord Byron, el retrato del amante de Margarita Cogni, escrito por madama Albrizzi, las escenas sublimes de *Marino Faliero* y de los *dos Foscari*, la historia entera del bardo peregrino, su juventad disipada, su tormentosa vida, su heróica muerte. . . . .

Siguiendo el consejo del gondolero, al volver á Venecia, tocamos en la isla de San Lázaro de los *Armenios*, y visitamos el convento de *Mekhitaristas* que le da nombre.

Allí supimos que el sabio religioso, amigo de lord Byron, que le enseñaba el armenio, murió en 1853.

Un jóven profeso, tan ilustrado como amable, y cuyo nombre siento no recordar, nos enseñó el monasterio, la biblioteca y la famosa imprenta de donde salen á luz continuamente curiosísimas obras orientales, traducidas al armenio por la comunidad.

Las obras de lord Byron, con ser tan profanas, han merecido tambien los honores de esta traducion y de ser impresas con estraordinario lujo.—Asi han honrado los religiosos la memoria del malogrado genio que tantas pruebas les dió de estimacion y de cariño.

Cuando íbamos ya á marcharnos, el jóven Mekhitarista nos presentó un album, rogándonos que escribiésemos en él nuestros nombres, como lo han hecho todas las personas que de muchos años á esta parte han visitado el convento.

Yo hojeé el album y encontré algunos nombres españoles, entre ellos los de mis muy queridos amigos los marqueses de Molins y el del general Narvaez.

Mas adelante, entre las firmas últimamente sentadas, leí: *Salustiano Olózaga.—8 de octubre de* 1860.

Es decir que nuestro ilustre orador estaba en Venecia hace menos de un mes.

A todo esto era la una de la tarde, y nosotros queríamos hallarnos en la plaza de San Márcos á las dos en punto, á fin de oir la música austriaca, que toca en ella todos lós domingos, y asistir á la comida de las célebres palomas.

Dejamos, pues, la isla de San Lázaro y pusimos el rumbo á la *Piazzetta*.

Al fin nos decidíamos á hacer nuestra entrada solemne en Venecia.

La *Piazzetta* es, como quien dice, una antecámara ó recibimiento que precede á la plaza de San Márcos, y que indudablemente la aventaja en hermosura.

Al descubrirla desde la góndola; al ver que nos acercábamos á ella, nos pusimos de pie indeliberadamente.

Parecíanos que llegábamos hácia el escenario de un teatro, pasando sobre la sala ó *parterre* para entrar en el mismo proscenio.

En frente de nosotros veíamos á la izquierda la soberbia fachada del palacio de los Dux, cuya masa enorme, afiligranada como las construcciones árabes, se levantaba sobre dos séries galerías de elegantes arcos, que parecian arrancar del agua, ó mas bien apoyarse en otras dos galerías sub-marinas, que no eran sino el reflejo de las primeras.

A la derecha se alzaba otro palacio no menos bello (la Librería Vieja), revestido de dos órdenes de arcadas jónicas y dóricas, que se copiaban tambien en la laguna.

Entre ambos edificios se abria la *Piazzetta*, en medio de la cual surgian dos altísimas columnas de granito, como dos centinelas apostados allí para defender la entrada en el *forum* veneciano.

Una de aquellas columnas sostiene la estátua de San Teodoro, primitivo patrono de Venecia.

Sobre la otra campea el *Leon alado de San Márcos*, defensor de la ciudad.

En cuanto á las columnas, fueron trasportadas del archipiélago griego, hace mas de siete siglos, por el dux *Michieli*, y erigidas en 1170 en el lugar donde hoy se hallan.

Detrás de ellas, veíamos otras dos columnas cuadradas, procedentes de Siria, y no lejos un grupo de pórfido, llamado la *Pietra del bando*, en que de tiempo inmemorial se fijan los edictos del gobierno.

Despues descubríamos el principio de la plaza de San Márcos, la Torre del Reló, los *Tres mástiles*, enhiestos sobre sus pedestales de bronce, y la aguja audaz del *Campanile*.

Todas estas cosas, surgiendo al parecer de las aguas y destacándose en el cielo, dan á aquel lugar una fisonomía inesplicable, en que no acierta uno á distinguir si lo que ve es un navío, un templo, un palacio, una decoracion teatral, ó un museo de arquitectura.

Y aquello no es mas que un monumento fúnebre que pregona la muerte de Venecia.

¡Ah!... ya no ondean en los tres elevados mástiles las banderas de Chipre, de Morea y de Candia: ya no es esta la Venecia que dominaba todo el Oriente del Mediterráneo, en Grecia y en Turquía, desde Italia á la Tierra-Santa; la que reinaba en Constantinopla y humillaba á Roma y Viena; la que imperaba en los mares, como Tiro, Sydon y Cartago en la antigüedad, como Inglaterra en nuestros dias. —El descubrimiento de América la arrebató su poder y su importancia; la revolucion francesa acabó con su aristocrática república; el tratado de Campo-Formio la entregó maniatada al estranjero. —1848 fue un sueño de libertad y gloria: la promesa de 1859, una palabra vana.—Venecia espera, sin embargo.

¡Oh, cuántas veces arribó el *Bucentauro* á este muelle de la *Piazzetta* en que nosotros vamos á desembarcar! El nuevo dux que acababa de desposarse con

el Adriático, en el puerto de Malamocco, pasaba de la dorada góndola á unas lujosas andas y era paseado por delante del palacio ducal, esparciendo puñados de plata y oro entre la apiñada muchedumbre, mientras que la campana de San



Balcon del palacio ducal.—Venecia.

Márcos anunciaba solemnemente la proclamacion!—¡Cuántas otras viéronse cubiertas estas aguas de iluminadas góndolas, en las alegres noches del Carnaval, y millares de máscaras, agitadas por el amor, por la intriga ó por la sed de sangre, inundaban la *Piazzetta*, á la luz de los vasos de colores que festoneaban los palacios, mientras que el *Consejo de los Diez* aprovechaba los misterios

del disfraz para ejercer su terrible espionaje; para prender ó asesinar á los nobles, ó para fingir motines que justificasen otros bárbaros atentados! ¡Y cuántos reos de delitos políticos, que diríamos hoy, han amanecido colgados de esas altas columnas que sostienen á los patronos de la ciudad!...

El golpe de la ferrada proa, chocando contra la escalinata del muelle de la *Piazzetta*, me sacó de estas cabilaciones.

Habíamos llegado.

Eran las dos menos cuarto de la tarde.

La *Piazzetta* estaba solitaria,—salvos los centinelas.

En el pórtico ó soportal del palacio de los Dux, cerrado con una verja de hierro, conté hasta seis cañones, que apuntaban á la plaza de San Márcos...

¡Qué insolente amenaza! ¡Qué alarde de violencia y tiranía!

El palacio de los Dux es una de las obras mas bellas é imponentes que ha creado la arquitectura...

Pero ya lo describiremos despues.

Saludémoslo ahora con el poético entusiasmo, con el histórico respeto, con la artística devocion que se merece, y penetremos en la plaza de San Márcos.

La plaza de San Márcos es un vasto é imperfecto cuadrilongo, formado por grandiosos y regulares edificios, unidos con elegantes pórticos.

En verdad, aquel sitio, mas que una plaza, parece el patio interior de un palacio enorme.

En el lado oriental, elévase aislada la Basílica de San Márcos, ocupando todo un frente.

Los lados de Poniente y Mediodía pertenecen al *Palacio real*, residencia del gobierno austriaco.

Al Norte están *le Procuratie Vecchie*, en que antes moraban los procuradores de San Márcos, y hoy propiedad de varios particulares.

En un ángulo de la plaza se levanta la *Torre del Reló*, y hácia la parte por donde nosotros entramos, hállase el *Campanile*, que ya hemos descrito, al que sirve de pedestal un edificio precioso, llamado la *Loggia*.

Esta *Loggia*, revestida de ricos mármoles, adornada con estatuas y bajo-relieves, ceñida por una hermosa balaustrada, y decorada además con magníficas puertas de bronce, es una de las primeras preciosidades artísticas de Venecia.

Allí se reunian antiguamente los nobles á murmurar ó á conspirar. Luego fue cuerpo de guardia. Hoy... yo no sé lo que es.

Delante de la Basílica, álzanse aquellos tres colosales mástiles que habíamos divisado desde la laguna, símbolos presuntuosos del gran poder marítimo de la república.

Nada tan triste, tan espresivo, tan patético como aquellos altísimos palos, plantados á la puerta de la iglesia, como ayer lo estuvieron en poderosas naves. —Yo no recuerdo haber esperimentado ante monumento alguno una impresion tan melancólica y solemne como la que aquellos trofeos produjeron en mi ánimo.

—Y es que todo recuerdo auténtico tiene algo de cadáver.—Los Mástiles de la plaza de San Márcos parecen el esqueleto de la difunta Señoría.

La fachada de la Basílica está considerada por todo el mundo como la obra mas acabada y bella de la arquitectura bizantina.

Mañana, cuando estudiemos el arte veneciano, haremos tambien su descripcion.

Hoy nos contentaremos con dirigir una mirada á sus elegantes arcos, á sus grupos de delgadas columnas, á sus preciosos mosáicos sobre fondo de oro, á su elegante balaustrada, á sus diez y seis torrecillas y cinco cúpulas, á sus ocho puertas de bronce y á los cuatro célebres caballos del mismo metal, levantados sobre la puerta de en medio, como heraldos que pregonan que aquella suntuosa basílica fue erigida á costa del heroismo veneciano, con los tesoros ganados en remotas guerras y en accion de gracias al cielo por el poder de que había dotado á la República.

La historia de estos caballos es larga de contar. Yo la referiré en dos palabras.—En la antigua Roma adornaron los arcos de triunfo de Neron y de Trajano. Despues fueron en pos de Constantino á la hermosa ciudad que tomó su nombre. En 1204, el dux Enrique Dandolo, el conquistador de Constantinopla, se los trajo á Venecia y los hizo colocar donde hoy se hallan. En 1797, los franceses se los llevaron á París, y los pusieron sobre el arco de Carrousel. Finalmente, cuando en 1815 los aliados entraron en París, se apoderaron á su vez de los caballos, y los devolvieron á Venecia.—¡Quiera Dios que este haya sido su último viaje!

Pero olvidemos ahora las artes muertas; olvidemos la historia veneciana, muerta quizás tambien, aunque insepulta, y fijemos nuestra atencion en los actuales moradores de Venecia, que toman el sol paseándose á todo lo largo de la plaza.

Los que hayan estado en Cádiz en invierno y concurrido á la *plaza de San Antonio* los domingos y fiestas de guardar, de dos á tres de la tarde,—hora en que las bellas gaditanas, que se han vestido lujosamente para ir á misa de doce ó una y hacer algunas visitas, lucen sus galas y encantos en aquel sitio verdaderamente delicioso,—podrán formarse idea del aspecto que presentaba hoy á las dos de la tarde la plaza monumental de San Márcos.

Las mas lindas mujeres de Venecia,—vestidas (¡triste es repetirlo otra vez!) al estilo de París, y escoltadas de enamorados jóvenes, cuyo traje era tambien el uniforme *de dia* del paisanaje europeo (pantalon de color, levita negra y sombrero de copa),—iban y venian de la *Loggia* al *Ala nueva del palacio real*, electrizando el aire con sus graciosos movimientos, con el crugido de sus faldas de seda y de sus abanicos de nácar y con sus argentinas voces y mal sofocadas risas.

Las venecianas son muy hermosas. Reunid en un solo tipo el fuego de la andaluza y la interesante belleza de la valenciana, y tendreis á una hija de Venecia.

Esta es alta, por lo regular; esbelta, morena muy esclarecida, pálida, de noble perfil, grandes ojos, (negros como el cabello,) y pie, manos y cintura estremadamente reducidos.

En este modelo, que parece valenciano puro, son andaluces los relámpagos de la mirada, el andar voluptuoso, la gracia tentadora de la alegría ó de la pena, y cierta vehemente inquietud, que en las hijas del Turia es plácido reposo y lánguida terneza.

Resumiendo: la andaluza es la impaciente y esplendorosa mañana de un dia destinado á la felicidad; la valenciana es la tierna y melancólica tarde que se siguè á ese dia: la mujer de Venecia es el dia, ó por mejor decir, la *noche* de ventura, la crisis del amor, la trágica estatua del sentimiento.

Los venecianos, con sus luengos cabellos negros, su faz pálida y sombria, sus ojos de luto, su aire lento y silencioso, y su tranquilidad, que no es la calma, sino la espectativa de la lucha, revelan en su semblante, en su actitud, en su manera de mirarse y de mirar á los estranjeros, todo el horrible drama que palpita en lo recóndito de su corazon.

Cruzándose con ellos, discurrian por la plaza innumerables oficiales austriacos, de severo porte, serios y tranquilos, respetuosos hácia el pueblo que avasallan; entristecidos por sus recientes derrotas en la Lombardía; no humillados ni descorazonados por ellas; muy distantes de presumir de su dominio sobre el Veneciado; muy lejos tambien de admitir la posibilidad de perderlo; sin rebajarse al miedo ni tampoco á la baladronada; como quien ñi *la busca ni la escusa*; dignos y corteses, enérgicos y afables; con la grave actitud, en fin, que adoptan los caballeros al presentarse en un desafío, cuando ya no consideran á su ofensor como á enemigo odioso, sino como á respetable adversario.

Por lo demás, estos oficiales son generalmente muy buenos mozos; casi todos blancos y rubios, altos y delgados; elegantes con su levita blanca ó su capote gris, y marciales y distinguidos al mismo tiempo, como personas de una esmeradísima educacion militar y literaria.

Los venecianos y los austriacos no se miran nunca cara á cara.—Hasta se podria decir que no se ven.

Cierto que pasean juntos en un mismo sitio; pero lo hacen como los locos en el patio de un hospital;—creyéndose solos (acaso estándolo), á pesar de que les rodea la multitud, y evitándose mútuamente al pasar, cual si los unos fuesen para los otros meros obstáculos materiales,—árboles ó columnas.

¡Ya se miraron una vez hace doce años!—¡Ya volverán á mirarse algun dia!

Y sin embargo,—véase lo que son las mujeres,—las venecianas *se dejan mirar* por sus opresores!!

Supongo que sabeis lo que significa *dejarse mirar*.

Dejarse mirar equivale á *hacerse admirar*.

Ahora bien: las venecianas, como todas las mujeres del mundo, saben, sin necesidad de verlo, cuándo y por quién se las mira. Y cuando el que las mira es

un arrogante oficial tudesco; en vez de ponerse serias ó tristes, de procurar parecerle feas ó de volver la cara hácia otro lado, se ponen lo mas bonitas que pueden; sonrien, aunque no lo exija lo que van hablando; hacen su mas gracioso movimiento y su mohin favorito; se alegran de tener buenos ojos y un lindo talle, é inscriben en su diario de operaciones, en su *boletin del dia*, el obtenido triunfo, sin pararse á considerar que lo han alcanzado sobre un enemigo de la patria.

Pero ¡quién sabe!—Acaso, por lo mismo que están en guerra permanente contra el Austria, procuran vencer y esclavizar á sus soldados,—firmemente resueltas á no darles cuartel, ó sea á no destilar por los labios el antídoto del veneno que les dan á beber en sus ojos... —¡Quién sabe!... vuelvo á decir.

Con todo,—como no hay regla sin escepcion, y hasta sin escepciones,—yo me permito imaginarme la posibilidad de algunos casos, en que la *prohibicion* (causa del apetito, como todo el mundo sabe) produzca (*malgré* la conciencia y la voluntad) interesantísimos dramas por el estilo de *Romeo y Julieta*.

Yo me figuro, v. gr., á un oficial austriaco, ènamorado en silencio, sin esperanza y sin poderlo remediar, de una de estas hijas de las olas, cuyo moreno mate recuerda el color de las Venus de Ticiano,—ó bien me imagino á una veneciana muriendo de amores, sin atreverse á confesárselo á sí misma, por uno de estos maldecidos estranjeros, cuyas tristes y respetuosas miradas le dirán á todas horas: «No me podeis amar: no me ameis: entre nosotros hay abierto un abismo lleno de sangre.»

Tambien puede suceder que los azules melancólicos ojos del guerrero germánico y los negros y apasionados de la náyade del Brenta se sobrepongan á los odios de raza y concluyan un tratado de paz y amistad...

Ya en este caso, figuraos las citas misteriosas; los peligros arrostrados; los momentos de terror que amenizarán las entrevistas; la lírica combinacion del amor y el miedo; las lágrimas y los remordimientos de la amada; la infinita gratitud y los temerarios proyectos del amante; las sospechas del hermano; la delacion del gondolero; el encuentro de dos rivales en una oculta galería; el desafío ó el asesinato; la maldicion del indignado padre; la cautividad de la liviana hija; el rapto y la fuga; el convento, el suicidio, la tisis ó el casamiento de conveniencia,—ó bien el cambio de guarnicion, la ausencia, la infidelidad y el olvido del austriaco; la imposibilidad de quejarse en que queda la italiana; las cartas sin respuesta; los plazos que no se cumplen; la noticia de la muerte del oficial, acaecida en Pallestro ó Solferino, y la enfermedad sin nombre de la soltera-viuda; y el retrato de un mancebo rubio, besado disimuladamente en las noches de agonía; y la muerte de la desposada; y su blanco sepulcro, sobre cuya lápida fria revelan los confidentes la secreta historia, de la cual se apodera un vate; y finalmente, el poema, la tragedia ó el melodrama que este vate escribe, y las lágrimas piadosas de la posteridad entusiasmada!

Ninguna historia mas verosímil que las que acabo de bosquejar.—Es el contraste de siempre. El hombre del Norte enamorado de la beldad del Mediodía.

Ved si no á los ingleses en Sevilla y en Granada.

O ved á los tercos rusos bebiendo los vientos por Constantinopla.

¡Ah! Si no fuera herético, yo negaria la unidad de la especie humana...

Tales eran hoy mis pensamientos en la plaza de San Márcos.

Entre tanto, algunos soldados iban colocando en medio de ella unos atriles con papeles de música, en cuya cubierta se leia: SONNAMBULA, *per Vincenzo Bellini*, mientras que los profesores de una numerosa banda militar templaban sus instrumentos.

En esto dieron las dos en *l'orologio di San Marco*.

Lo que pasó entonces en menos de diez segundos, no puede referirse en una hora.

Primeramente oyóse un redoble de tambor que terminó en un golpe de música.

No bien sonó este golpe, toda la gente que se paseaba por la plaza, echó á correr y se desbandó en varias direcciones, apresurándose y atropellándose por desaparecer en seguida y no oir la música tudesca.

Esta *manifestacion* del odio de los venecianos á sus opresores se repite todos los domingos.

¡Y sin embargo, los pobres tudescos iban á rendir un homenaje al genio nacional, tocando la obra maestra de Bellini!

Un momento despues la plaza estaba casi desierta.

Las venecianas se dirigian por tierra á sus palacios.

Los venecianos se habian refugiado en el café *Florian* ó seguian su paseo por la *Piazzetta*.

En cuanto á los oficiales austriacos, se habian ido todos al café *Quadri* un momento antes de la consabida *manifestacion*, á fin de no presenciarla.

El café *Quadri* se halla situado bajo los pórticos de *le Procuratie Vecchie*, en el lado septentrional de la plaza, en frente del café *Florian*.

Nota.—Los austriacos no van nunca al café *Florian*, y no hay un solo veneciano que haya puesto los pies en el café *Quadri*.

Ya iremos nosotros á los dos cafés y veremos buenas cosas.

Continuemos ahora nuestro relato.

Aquella misma primera campanada de las dos que habia dispersado á los venecianos, dejándonos solos á quince ó veinte estranjeros y á los desairados músicos, fue una especie de conjuro que atrajo sobre nuestras cabezas un tropel de mas de mil palomas, las cuales, despues de asordar el aire, durante un momento, con el crugido de sus alas, bajaron á tierra y se reunieron en el ángulo Noroeste de la plaza, cubriendo materialmente un inmenso espacio de terreno.

Aquellas palomas, azules en su mayor parte, habian acudido simultáneamente de las torres y cúpulas de San Márcos, del *Campanile*, del Palacio Ducal y de todos los tejados circunvecinos.

Una vez reunidas en apiñado grupo, abrióse sobre ellas un balcon (el balcon 14.°) del segundo piso de una de las casas en que está dividido el estenso

palacio de *le Procuratie Vecchie*, y apareció en él un criado con una bandeja en la mano.

Las palomas se estremecieron de júbilo.

La bandeja estaba llena de trigo.

El doméstico lo esparció á puñados sobre las impacientes aves; sacudió la bandeja, y desapareció, cerrando la ventana, con la mayor indiferencia del mundo.

Hace bastantes siglos que esta singular escena se repite todos los dias á la misma hora y en el mismo lugar.

Hé aquí su esplicacion.

En los primeros tiempos de la república de Venecia, acostumbrábase el Domingo de Ramos á soltar, despues de la *Procesion de las Palmas*, un gran número de palomas; pero cargándolas de cierto peso, á fin de que no levantasen un vuelo muy largo, y pudiese el pueblo apoderarse de ellas.

A pesar de esta precaucion, cada año escapaban á la codicia popular algunas docenas de aquellas aves presidiarias, las cuales, no pudiendo atravesar la laguna con la especie de grillete que les habian atado al pie, se refugiaban en los techos de la Basílica y del Palacio Ducal, donde encontraban fáciles y seguros nidos.

Allí se propagaron estraordinariamente; y, como acontece siempre en casos análogos, al cabo de cierto tiempo llegaron á ser objeto de amor y veneracion para los mismos que las habian perseguido.—Ellas, en cambio, habian tomado carta de naturaleza en la ciudad, y aunque libres ya de *la cadena* que antes les impidiera irse á sus lares patrios, quedáronse de buen grado en aquellas estranjeras cúpulas que habian visto nacer á sus pichones.

Así las cosas, y atendidos los pocos recursos que ofrecian las islas á la creciente colonia, dispuso el dux *Mocenigo*, que en adelante se alimentase á aquellas inocentes criaturas por un delegado de los graneros públicos, á costa de la ciudad que las habia retenido á dura fuerza, y que se les guardasen los mismos respetos y consideraciones que á los demás habitantés de Venecia.

Desde entonces, las palomas bajaron de sus altas viviendas y se hicieron amigas de los venecianos, con los cuales pasean hoy tranquilamente por la plaza de San Márcos, y cuyas casas visitan sin recelo alguno.

Pero aun no habian terminado los sufrimientos de esta tribu infortunada.

En 1797, á la estincion de la República, el gobierno francés les retiró la pension que disfrutaban hacia siglos, y las pobres palomas atravesaron algunos años de verdaderos apuros.

Finalmente, quiso Dios tocar al corazon de una noble señora, de la familia de *Pocastro*, moradora de la casa á cuyo balcon habian acudido desde los tiempos de Mocenigo las hijas adoptivas de la ciudad á recibir el pan de socorro; y dicha señora se constituyó y constituyó á sus herederos en la sagrada obligacion de alimentar á sus espensas, gratuita y generosamente, á estas huérfanas de la re-

pública, hasta tanto que la ilustre Señoría sacudiese la servidumbre y pudiese restablecer las antiguas prácticas.

Y tal es hoy el estado de la cuestion.

Mientras yo me enteraba de ella, la música austriaca seguia tocando el primer acto de la *Sonnámbula*, y ciertamente, de una manera admirable.

Esta última opinion no es mia: es de los mismos venecianos.

Los paisanos del insigne *Pórpora* aman la música sobre toda ponderacion, y si razones de patriotismo les impiden disfrutar públicamente de las acordadas armonías de las bandas tudescas, no es mucho verlos parados detrás de las esquinas que dan á la plaza de San Márcos, con el oido atento á las melodías italianas, interpretadas magistralmente por los profesores alemanes, ni menos es raro oirles esclamar á cada momento:

—*¡Corpo di Dio! ¡Questi barbari eseguiscono come angeli!* (Estos bárbaros tocan (ejecutan) como ángeles!)

No una, sino muchas frases por el mismo estilo oimos esta tarde mis amigos y yo en el café *Florian*, en donde entramos en busca de sombra y de descanso, cuando ya hubieron concluido de comer las palomas.

Tocaban á la sazon los austriacos la magnífica introduccion del primer acto de *Lucrezzia Borgia*, en que, no sé por qué misterio de la sensibilidad humana, Donizetti ha pintado con notas musicales, y todos hemos entrevisto al oirlas, una mascarada de Venecia.

Los mas ardientes patriotas de la ciudad (que es como quien dice, las personas mas principales de ella) parroquianos constantes del café *Florian*, no prestaban atencion alguna á los periódicos de París y Lóndres que tenian en la mano, y llevaban con la cabeza el compás de la música, esclamando maquinalmente:

—¡Magnífico! ¡Soberbio! ¡Delicioso!

El son de sus propias palabras les recordaba entonces que estaban aplaudiendo á sus mortales enemigos, y haciendo un brusco movimiento como para sacudir una fascinacion, tornaban á la lectura del *Journal des Debats*, del *Times*, de la *Presse* ó de la *Patrie*, en cuyas largas columnas encontrarian indudablemente palabras de consuelo y esperanza.

Alrededor de cada lector habia un grupo de ocho ó diez amigos suyos, que alargaban la cabeza para oir tal ó cual noticia ó comentario, dicho en voz muy baja y precedido de una mirada recelosa hácia alguno que otro personaje rubio que refrescaba tranquilamente, sentado solo en una apartada mesa.

Aquellos individuos rubios eran agentes de policía, disfrazados de caballeros.

Como habia tanta gente en el café, nosotros nos vimos obligados á sentarnos muy cerca de uno de aquellos grupos de lectores, los cuales nos miraron y se miraron con marcado recelo y bajaron mas la voz siempre que se dirigieron la palabra.

Yo atribuia aquella actitud á la cara alemana de H. de V., á los cabellos

dorados de Sir Arturo, que tambien podia pasar por tudesco, y á algunas palabras españolas que yo le dirigí al jóven cónsul.



Palacio del Dux de Venecia y Puente de la Paja.

En toda Italia, *español* es hoy sinónimo de austriaco, de teócrata, de partidario de Francisco II.—Ya os lo dige en el Lago Mayor.

Sin embargo: á pesar de toda su reserva, comprendimos que se ocupaban de la reciente batalla del *Garegliano*.

Los jóvenes patricios se reian y bromeaban al leerse algunas noticias.

Esto me afirmó en una sospecha que tenia yo desde anoche; y sin encomendarme á Dios ni al diablo, aconsejé á Sir Arturo que metiese la cabeza en uno de aquellos grupos y pidiese noticias de Nápoles.

Sir Arturo no vaciló, aunque se puso muy colorado; y valiéndose de su italiano de colegio, saturado de un marcadísimo acento inglés, arrojó estas palabras en medio de aquel *club*.

—Perdon, caballeros. Yo soy inglés, y por consiguiente amigo de la Italia. ¿Tendrian ustedes la bondad de decirme qué ha sucedido allá abajo, en el Garegliano?

La pregunta de Sir Arturo fue perfectamente recibida.

En Venecia, *inglés* es sinónimo de liberal, de amigo de San Márcos, de enemigo de Antonelli, de protector de Garibaldi.—La estratagema de *Marsala* está muy reciente.

—*Sono inglesi*, esclamaron los venecianos despejando el ceño. Y mirándonos con afabilidad, respondieron á la pregunta de nuestro amigo:

—Las tropas italianas han ganado la batalla del Garegliano. Cápua y Mola di Gaeta están en poder del rey *Galantuomo*. El ejército borbónico ha sido aniquilado y su restos se han visto en la precision de encerrarse en Gaeta con Francisco II. El asunto de Nápoles puede darse por concluido. Vea usted los despachos telegráficos.

¡Qué imbecilidad tan ridícula la de todos los opresores! ¡Qué necia candidez la del gobierno austriaco!—¡Ayer pone en sus periódicos que Francisco II ha derrotado á los piamonteses, y hoy deja circular por Venecia los periódicos de París y Lóndres en que se afirma lo contrario!—Bien es verdad que poco hubiera adelantado con recogerlos. En Venecia entran todos los dias tres largos trenes de viajeros procedentes de Milan y Turin, y por estos se hubiera descubierto la mentira.—Pero, entonces, ¿á qué llenar de grotescas falsedades los periódicos destinados á promulgar las leyes?—¡Qué feo, qué difícil y que deslucido es el papel de tirano!

El *café Florian* tiene un renombre europeo, y es el mas lindo que yo conozco. Mas que un cafe, parece el tocador de una reina, adornado en un estilo medio Médicis, medio Luis XIV. Sus habitaciones son muy pequeñas y están decoradas con tanto lujo como primor artístico. Las puertas, los sillones, la vajilla, todo respira en él una ortodoxia estética (perdóneseme la frase), que no se encontraria ni en un gabinete dibujado por Rafael. Las paredes, en vez de estar cubiertas de papel ó estuco, se hallan pintadas al fresco y revestidas luego de espaciosos cristales. Unas estatuitas doradas, del mejor gusto, sostienen las luces de gas en lámparas pompeyanas. Muelles divanes de terciopelo ázul ó rojo dan la vuelta á cada aposento. Las mesas, de mármol de Carrara, son sumamente chicas, y se apoyan en una sola columna, de forma bizantina, labrada tambien en mármol. Las vidrieras, los aparadores, el mostrador, los mas insignificantes enseres del servicio son verdaderas preciosidades dignas de atencion y estudio.

Para decirlo de una vez: el café *Florian* es digno de la plaza de San Márcos, como la plaza de San Márcos merece ser, como es, la sala principal de Venecia.

El café *Florian*, y algunos otros, permanecen abiertos toda la noche, segun una práctica inmemorial.

En cuanto al café *Cuadri*, en el cual entrábamos algunos momentos despues, no nos llamó la atencion por su riqueza ni por su hermosura, pero sí por su concurrencia.—Todo él estaba lleno de oficiales, entre los que se veian algunos paisanos austriacos, empleados sin duda del gobierno.—Allí se leian periódicos en aleman, se fumaba y se bebia cerveza.

El dueño del establecimiento es italiano...

Yo creo que el café *Cuadri* está destinado á ser hecho ceniza por el pueblo, asi como cierta tienda en cuya muestra se lee: *All'Imperatore d'Austria*.

El resto de la tarde y el principio de la noche los hemos pasado vagando á la ventura por las calles sólidas de Venecia.

La Venecia terrestre, con sus callejuelas alumbradas de gas, llenas de un brillantísimo comercio (que no es sino la sombra de lo que fue antiguamente), con sus pequeñas plazas, con sus angostas y complicadas travesías, con su limpio é inmejorable empedrado, me recuerda la arábiga Sevilla y me hace comprender lo que seria una ciudad mora en que lograse penetrar la civilizacion.

La estraña y al principio ininteligible complexion de Venecia, es bastante sencilla.—Cada una de las numerosas islas, medio naturales, medio artificiales, que constituyen la ciudad, comprende dos largas manzanas de casas, entre las cuales corre una calle. Estas casas arrancan inmediatamente del agua por la parte esterior de la isla, teniendo cuando menos una puerta hácia el canal que separa á una isla de otra, mientras que, por el lado opuesto, miran á la calle interior que hemos citado, sobre la cual abren dos ó tres puertas generalmente ocupadas por tiendas de comercio.—De esta manera se esplica que no haya casa alguna que no tenga acceso por agua y por tierra.—Centenares de puentes enlazan á islas con islas y á calles con calles, formando el intrincado dédalo de la ciudad.

Lo que mas gracia me hace en este laberinto es la facilidad que encuentra uno á cada instante de interrumpir su marcha, si va fatigado, y continuarla en góndola.—De cien en cien pasos, y aun con mayor frecuencia, os hallais entre dos escaleras: una que sube y otra que baja. La que sube va á un puente que os pasará á otra isla. La que baja lleva á un canal, donde nunca falta una góndola que os ofrezca sus servicios.—Toda la diferencia de tomar uno ú otro camino, consistirá solamente en que, si por ejemplo os dirigís á una casa, entrareis en ella por una puerta en lugar de entrar por otra, lo que será completamente igual para su amo, acostumbrado ya á vivir entre dos fuegos.

Durante la escursion de esta tarde, hemos pasado por en frente de algunas magníficas iglesias, situadas por lo regular en el centro de las mas espaciosas islas, y rodeadas de árboles y monumentos. De buena gana hubiera entrado en algunas de ellas, á admirar las obras maestras de pintura ó á visitar los sepulcros

de grandes hombres que encierran casi todas; pero esto era contra nuestro programa, y lo he dejado para otro dia.

En cambio, hemos pasado y repasado por sus tres vías paralelas el famoso Puente de Rialto, deteniéndonos mas de una vez á contemplar desde su elevada cimbra el magnífico panorama que á un lado y otro presentaba el *Canal Grande*, enrojecido primero y teñido de ópalo despues por las luces del crepúsculo, que prestaban una fantástica apariencia á los palacios.

Cuando ya fue de noche, volvimos á la plaza de San Marcos.

Una espléndida iluminacion de gas, reflejándose en las bruñidas losas del suelo, en los cristales de los cafés y en las hermosas fachadas de le *Procuratie Vecchie* y del Palacio Real, le daban el aspecto de un salon de baile.

Las venecianas y su séquito de amadores estaban de vuelta en la plaza.

Su animacion y su alegría eran aun mayores que esta tarde. Los novios, protegidos por la noche, paseaban juntos. Los oficiales jóvenes se permitian reir y bromear y hasta mirar á sus enemigas, yendo en largas hileras, cojidos del brazo. El ruido de sus sables se confundia con las carcajadas de las hermosas. Diríase que la velada es en Venecia una hora de olvido y reconciliacion. Mil conversaciones distintas,—balbucientes declaraciones, juramentos á media voz, íntimas confidencias, apasionados suspiros, murmuraciones, chanzas, incoherentes preguntas, nombres pronunciados en voz alta, reprimendas de madres, sordos rugidos de celosos cónyuges, alguna amenaza, alguna queja, tal vez alguna lágrima cruzándose con una risa, el tarareo indiferente del que iba solo,—todas estas cosas juntas formaban un confuso rumor, plácido y melancólico, en que palpitaba y gemia nuestra pobre vida humana, el eterno poema de la juventud, *amor che nullo amato amar perdona*; Venecia, en fin, que no ha muerto todavía, ó que sale de su sepulcro durante la noche y recuerda los tiempos que pasaron.

¡Oh! ¡Venecia! ¡Venecia!—Cuando á esa hora se la ve recobrar algo de su antiguo júbilo, de su apasionada alegría, de aquella alegría que no lograban turbar los sangrientos dramas públicos ó secretos de que era teatro en los grandes dias de su libertad; cuando se oye el blando murmurio de su armonioso idioma, que aun repite bajo el dogal estranjero los suaves acentos del amor, y contempla uno á sus hijas, tan bellas hoy y encantadoras como en los tiempos en que Tintoreto y Ticiano las legaban á la admiracion del mundo, la imaginacion recompone el magnífico pasado de la ciudad galante, y se figura las mil y mil escenas que la música y la pintura han eternizado, uniéndolas á la celebridad de Shakspeare y de Rossini, de Byron y de Donnizetti, de Verdi y de Victor-Hugo.

El muelle de la *Piazzetta*, á donde nos trasladamos luego, atraidos por los acordes de un concierto ambulante, acabó de exaltar mi fantasia, haciéndome soñar con las poéticas historias que he citado.

Allí se embarcaron Otelo y Desdémona para la isla de Chipre, de donde nunca mas volvieron.—Allí desembarcó *Lucrecia Borggia*, viniendo de Ferrara, en busca de su adorado hijo.

El concierto callejero se componia de guitarras, violines y contrabajos.

Los músicos eran siete; de ellos tres mujeres, hermosas y tristes, á cuyas ropas de luto se asian algunos pequeñuelos, probablemente sus hijos, cansados de vagar todo el dia de una calle en otra y rendidos ya por el sueño.

Sus padres tocaban distraidamente, mirando de través á aquellas pobres criaturas, temerosos que se durmieran y rodasen por el suelo.

Y sin embargo de esta preocupacion, y de la inquietud que sentirian acerca de si el público que les escuchaba se iria á la fin sin pagarles, tañian los instrumentos y armonizaban sus melodiosas voces con inspiracion tan sentida, con suavidad tan patética que se hubiese dicho que en el fondo de sus cantos lloraban agrupados el genio del arte, los númenes de la ciudad y el adverso destino de aquellos miserables trovadores.

A veces, toda aquella tribu de famélicos artistas, lo mismo las madres que los esposos y los soñolientes hijos, unian sus quejumbrosas voces al son de los instrumentos, y cantaban en dialecto veneciano no sé qué historias de amores sin fortuna, no sé qué luchas con la suerte, no sé qué desgracias vagamente definidas, que me parecian á mí su propia historia y acaso tambien la historia de Venecia.

La menguada luna aparecia en tanto por encima de los muros del *Arsenal*, viniendo á visitar los mismos canales en que yo la encontré anoche, bañándose sola y sin recelo en las olvidadas ondas...

Y *Beppo*, mi astuto veneciano, sentado en su góndola, á pocos pasos de nosotros, nos invitaba á un paseo por aquellos canales, permitiéndose describirnos con celadas y discretas fórmulas las delicias ocultas de Venecia, los gabinetes vestidos de raso, brillantes de luz, llenos de perfumes, que, segun él tiene entendido, se ocultan detrás de los muros negros y medrosos de las mas lóbregas callejuelas... Y yo me acordaba de que Chateaubriand (que, entre paréntesis, escribió parte de sus *Memorias de Ultratumba* en el mismo hotel en que nosotros vivimos), cuenta que al pasar por no sé qué puente en que habia una Vírgen, alumbrada por muchos faroles, vió á unas hermosas y desdichadas jóvenes que rezaban Ave-Marías, y que con la mano derecha hacian la señal de la cruz, mientras que con la izquierda detenian á los transeuntes, hablándoles de aquellos mágicos recintos que nos describia mi gondolero.

No me censureis, pues, el que os haya hablado de estas cosas: censurad al autor del *Genio del Cristianismo* que me ha dado el mal ejemplo.

Yo por mí puedo decir que si accedí á la invitacion de Beppo y salté de la *Piazzetta* á la góndola, fue para venirme al hotel y escribir estos pálidos recuerdos del primer dia que he pasado en Venecia.

¡Ah! Ya han dejado de estar de moda aquellas escandalosas escenas en que se cantaba el brindis que Victor-Hugo pone en boca de Maffio Orsini:

Amis, vive l' orgie!
J' aime la folle nuit
Et la nappe rougie

Et les chants et le bruit,
Et les dames peu sévéres,
Les cavaliers joyeux,
Le vin dans tous les verres,
L' amour dans tous les yeux!

Hasta mañana, pues, y concluyamos por hoy copiando la copla veneciana que Gaetano, el hijo de Beppo, canta al pie de mis balcones.

Coi pensieri malinconini
no te star à tormentar:
vien con mi, montemo in gondola
andremo in mezzo al mar...

Lo que, traducido al castellano, viene á decir:

Con ideas melancólicas
déjate de atormentar:
ven conmigo; entra en mi góndola
é iremos en medio el mar...

Antiguamente, no cantaban los gondoleros tan pobre y vulgar literatura, á la puerta de esta mansion, sino las octavas sublimes de la *Gerusalemme liberata.*

Verdad es que antiguamente el suntuoso palacio *Giustiniani* no era una posada pública.

Dice bien el poeta Niccolini, imaginando que habla desde los siglos pasados:

¡Citta superba! il tuo crudel Lione
disarmato dagli anni andrá deriso;
privo dell' ire, onde la morte é bella,
egli cadrá senza mandar ruggito.

Conque muy buenas noches.

V.

El palacio de los Dux.—De la *Escalera de los Gigantes* al *Puente de los Suspiros.*—Sala del *Gran Consejo.*—Sala del *Consejo de los Diez.*—El *Consejo de los Tres.*—Los *Plomos* y los *Pozos.*—Recuerdos de Silvio Pellico.—Lugar del tormento.—Un *Cicerone* como hay pocos.—El canal de *Paglia.*

Venecia 5 de noviembre 1860.

Son las doce de la mañana cuando salgo del *Palacio Ducal*, donde he pasado cuatro horas.

Creedme: una verdadera y profunda emocion de asombro y miedo me embarga todavía.—La luz del sol me causará ya hoy la misma estrañeza que le produce al que deja el lecho por la primera vez despues de una larga enfermedad en que ha entrevisto la muerte.

Yo ví esta mañana el esplendor del cielo: luego me sumergí poco á poco en una tremenda noche; y ahora que he tornado al mundo, me parece que me hallo en otro dia; que despierto en un letargo; que la marcha del tiempo ha estado suspensa durante algunas horas, ó que yo repito un dia de mi vida y vuelvo á ver un sol que se puso hace mucho tiempo.—Mejor dicho: en este instante esperimento aquel asombro indefinible en que pasé este verano la perdurable tarde subsiguiente al eclipse total de sol que presencié desde las ruinas de Sagunto.

¡El *Palacio Ducal*!..—Yo entré en él por la *Escalera de los Gigantes*, refulgente de luz y de hermosura, y he salido por la angosta y sombría escalera de los *Pozos*,—por donde sacaban los cuerpos de los ajusticiados para llevarlos á enterrar ó echarlos en la laguna.—¡Dichosa, sí; pero no interesante edad la nuestra, en que me ha sido tan fácil y tan poco arriesgado recorrer el laberinto pavoroso donde miles de hombres se han perdido para siempre!

No hace todavía muchos años, entrar en el Palacio Ducal por la *Piazzetta* para salir por el Canal *della Paglia*, equivalia á ir de la vida de la muerte.—Entre una y otra puerta estaban el *Consejo de los Diez*, las prisiones, la sala del tormento y la horca espantosa que yo acabo de tocar con mis manos!—Y si alguno llegaba vivo al término de esta calle de amargura, no era sin que sus cabellos, por negros y juveniles que fuesen á la entrada, blanqueasen, como pavesas, á la salida.—¡Cuántos y cuántos invirtieron treinta ó cuarenta años en recorrer la *Via Crucis* que yo he visitado en cuatro horas!

¡Oh, mísera poesía! Tú *te vás* como muchos otros númenes, dejándonos demasiado venturosos á los cultos habitantes del planeta!

¡Oh, libertad! ¡cuán dulce es desearte!

Pero dejemos estas filosofías, y describamos el Palacio Ducal y las interesantísimas escenas que acaban de ocurrirme en él.

Ya lo he dicho: el Palacio de los Dux es una de las obras mas bellas é imponentes que ha creado la arquitectura. Yo no sé qué nombre dar al estilo de su fachada: si el de *árabe-italiano* ó el de *gótico-bizantino*. Mejor será decir que es puramente veneciano.

En aquella fachada resplandecen los mosáicos orientales, los arcos romanos, las ojivas góticas, la decoracion *plateresca* y las columnas bizantinas, y todas estas cosas juntas dan por resultado una belleza esclusivamente veneciana, que resume los varios caractéres de la historia de la República y armoniza con la estraña contextura de la ciudad.

Donde el pavimento de las calles es de agua, se concibe que la base de los edificios sea una doble columnata aérea, que dibuje en el cielo y en las ondas los esbeltos perfiles de sus abiertas galerías.

Donde confluyen el imperio aleman, la clásica Italia y el esplendoso Oriente, se esplica que las estatuas gentiles figuren en hornacinas cristianas; que el arco apuntado se levante sobre la cornisa griega, y que el *macizo* bordado de arabescos descanse en los calados rosetones góticos.

¡Y qué armonía, qué incomprensible unidad en esta amalgama de estilos tan hetereogéneos!

Pero el palacio ducal no puede describirse.—¡Cuánta maravilla de arte! ¡Cuánta riqueza! ¡Qué graciosos adornos de todos los gustos! ¡Qué atrevidos arcos! ¡Qué esbeltas columnatas!—Hay esquinas que son obras maestras de ornamentacion; escaleras que parecen sueños de la fantasía; perspectivas ideales; verdaderos tesoros de pintura y de escultura; un asombroso lujo de mármoles y bronces, y sobre todo esto un aire severo de antigüedad, un perfume histórico, una grandeza monumental que llenan el alma de veneracion y respeto.

¡Imposible enumerar tantos prodigios! Yo diré solamente aquello que me impresionó mas vivamente.

En medio del *patio interior* (que es por sí solo una maravilla, y bastaria para atraer á los viajeros á Venecia) ví dos elegantes cisternas de bronce, que son las mismas que veia Silvio Pellico desde la reja de su prision.

Ahora, como entonces, acuden á ellas algunas hijas de la ciudad, con su clásica ánfora en la cabeza, en busca del agua del cielo.

Y esto es lo único que resta de los antiguos destinos del palacio de la Señoría.

En aquel palacio se redactaban antes las leyes, se administraba justicia, se gobernaba el Estado; allí estaban las prisiones y los suplicios; allí vivia el Dux; allí celebraba sus sesiones el Gran Consejo; allí era este vigilado por el *Consejo de los Diez*; allí reinaba sobre el *Consejo de los Diez* la Inquisicion de los Tres (*I Capi*).

Hoy no busca allí el veneciano sino el agua llovediza. El palacio está deshabitado.

Pero no: que en él moran todavía, siquier inmóviles y mudos, todos los legisladores y guerreros de Venecia, pintados en las paredes ó representados en estatuas. Los conquistadores han hecho bien de dejarlos allí solos.—Asi podrá decirse todavía que Venecia no ha muerto.—Venecia vive en el Palacio de los Dux.

En el patio interior y en frente de la puerta de entrada empieza la famosa *Escalera de los Gigantes*, llamada asi á causa de dos estatuas colosales que representan á Marte y á Neptuno, deidades protectoras de la ciudad anfibia.

Esta escalera es sumamente bella, asi por la riqueza de los mármoles que la revisten, como por la delicadeza y primor con que están labrados.

En su ancha meseta se verificaba la coronacion de los Dux, y aun se dice que en ella fue decapitado *Marino Faliero*...

Pero esta última tradicion es á todas luces inexacta, puesto que la *Escalera de los Gigantes* no fue empezada sino diez años despues de la ejecucion del anciano esposo de *Angiolina*.

La *Escalera de Oro*, adornada de riquísimos dorados, notables frescos y bellas esculturas, conduce á un gracioso vestíbulo.

Luego se penetra en la vastísima sala del *Gran Consejo*, verdadero capitolio de la república veneciana, cuyos techos y paredes están revestidos de famosisi-

mas pinturas debidas á Pablo el Veronés, Tintoretto, Bassano, Palma el Jóven y otros célebres artistas.

Las pinturas de las paredes representan los fastos de la República,—las alianzas del Dux y de los Cruzados; las dos conquistas de Constantinopla; las coro-



Loggia de'Lanzi, en Florencia.

naciones de los Dux mas eminentes; la vuelta de guerreros vencedores; la batalla de Lepanto; los tratados con los pontífices y con los césares de Alemania; las guerras con los vecinos de la altiva señoría, con los *Este* de Ferrara, con los *Visconti* de Milan, con los *Scala* de Verona; una victoria (no he podido recordar cual) obtenida sobre un rey de Aragon; los triunfos del infortunado *Carmagnola*, cuya prision ví mas adelante; la presentacion de los emisarios venecianos en el

campamento sitiador de Pavía, y otros muchos episodios históricos que acreditan lo muy temido y respetado que fue en toda Europa el *Leon alado de San Márcos*.

Entre estos lienzos hay uno que pasa por el mayor en tamaño que existe sobre la tierra.—Su altura es de treinta pies y su anchura de setenta y cuatro. —Representa la *Gloria del Paraiso*, y está firmado por *Tintoretto*.

El *Tintoretto*, imitador de Miguel Angel, se propuso indudablemente con este cuadro crearle un rival, ó cuando menos un hermano, al famoso *Juicio Final* de la Capilla Sixtina.

Sin conocer yo todavía la grande obra de *Buonarotti*, sino por el grabado, me atrevo á asegurar que Tintoretto no consiguió, ni aun remotamente, su propósito.

La *Gloria del Paraiso* carece de unidad, de conjunto, de espresion armónica. Es una aglomeracion de mil figuras, una amalgama de episodios, una multitud de cuadros análogos reunidos en un solo lienzo.

En cuanto al color, está completamente perdido.

Sin embargo, esta obra es digna de admiracion y respeto por la fuerza de inventiva que revela y por el correcto dibujo de casi todas sus partes.

En el friso de la sala se ven los retratos de setenta y seis *dux* de Venecia.

Mas no de setenta y seis; que en el lugar donde debia hallarse el de *Marino Faliero* hay un cuadro negro con estas lúgubres palabras:

Hic est locus Marini Falieri, decapitati pro criminibus.

Tal es el único monumento que recuerda en el *Palacio ducal* al que puso su primera piedra.

El techo de la sala del Gran Consejo no desmerece de los muros.

En él se vé primeramente una de las obras capitales de la pintura veneciana: *Venecia en medio de las nubes coronada por la Gloria*, de Pablo el Veronés.—En otro lado está *Venecia coronada por la Victoria*, de Palma el jóven. El resto del techo representa á *Venecia rodeada de las divinidades del Olimpo*, y es obra de Tintoretto.

En aquella especie de competencia, triunfa Pablo el Veronés.

Despues de la sala del Gran Consejo, viene la del *Escrutinio*, en que eran votados los dux.

Allí son tan notables los ricos dorados y artísticos adornos de las paredes como los cuadros que las adornan.—En el fondo de esta sala se eleva, sirviendo de puerta, un arco de triunfo erigido por el senado en honor de F. Morosini.

Luego se entra en la *Biblioteca de San Márcos*, compuesta de 120,000 volúmenes y 10,000 manuscritos; de ella se pasa á la *Camera Degli Scarlati*, en que se guardaban las togas rojas de los consejeros; en seguida se penetra en la *Sala dello Scudo*, donde se colocaban las armas ó blasones del dux reinante, y al fin se llega á la *Sala della Bussola*, antecámara del Consejo de los Diez, donde antes habia una cabeza de leon, en cuya boca depositaba la cobardía delaciones anónimas contra los enemigos del gobierno.

Todas estas salas merecen un detenido exámen, no solo por su importancia histórica, sino por las obras de arte que encierran. Allí se ven, entre otras maravillas, algunas esculturas griegas de gran mérito:—una *Minerva* colosal; una copia antigua de la *Venus de Médicis*; un grupo lascivo de *Júpiter y Leda*, lleno de espresion y encanto; otro de *Ganimedes robado por el águila*, atribuido por Cánova nada menos que á Fidias; varios *gladiadores*, y otras muchas magistrales estatuas.—Sin embargo, yo no me he parado á estudiar aquellos preciosos mármoles.

Esto hubiera introducido una fatal perturbacion en mis sensaciones. En Venecia persigo solamente el ideal de los tiempos medios.—Pronto iré á Florencia, donde empieza la patria del arte clásico, y allí, y en Roma y en Nápoles, encontraré repetidos hasta la saciedad todos los prodigios de la escultura antigua.

Luego pasé por la *Sala dei Capi*, donde se reunian los *Tres Inquisidores* que reinaban sobre el *Consejo de los Diez*, y al fin penetré en el aposento en que celebraba sus sesiones este pavoroso tribunal.

Aquellas célebres estancias no dirian nada á la imaginacion sin la esplicacion del conserje. Por el contrario: las hermosas pinturas que las adornan, los raudales de luz que penetran en ellas por puertas y ventanas, y la graciosa ornamentacion de las paredes y de los techos, alejan de la mente toda idea de horror y sobresalto.—Yo pasé, pues, por aquellos tremendos sitios sin emocion alguna, aunque muy satisfecho y orgulloso con el solo pensamiento de que ya podria decir toda mi vida que los habia visitado.

Esta desilusion principiaba á mortificarme un poco, cuando hé aquí que repentinamente cambió por completo el carácter de mis impresiones, convirtiéndose en lo mas dramáticas, auténticas y terribles que nunca hubiera imaginado.

Fue el caso que el conserje, despues de enseñarme todas las habitaciones que acabo de enumerar, me llevó de nuevo á la *Sala dei Capi*; abrió una puerta secreta, perfectamente disimulada, y señalándome un pasadizo oscuro que principiaba en ella, me dijo:

—Entre usted por ahí; al fin de ese corredor encontrará al conserje de las prisiones. Yo he concluido ya de servir al caballero.

Y hablando asi, me tendió la mano, en la cual puse una moneda, y se marchó, dejándome solo en medio de la mas triste oscuridad.

La puerta por donde yo acababa de entrar se cerró detrás de mí.

Era cosa de tener miedo.

Lo pasado aparecia á mi imaginacion, real, elocuente, pavoroso, resucitado.

Para tranquilizarme y atreverme á dar algunos pasos por aquellas tinieblas, tuve que recordar que estamos en el año 60 del siglo XIX, y que el Consejo de los Diez dejó de existir hace muchos años.

Anduve, pues, á tientas por el lóbrego corredor, y llegué á una puerta entornada por donde salia un débil rayo de luz.

—¿Quién va? dijo una voz cavernosa detrás de aquella puerta.

Yo no respondí, y la abrí de par en par.

La puerta daba á la meseta de una escalera, de la cual se veian á la luz de un opaco farolillo algunos peldaños que subian y otros que bajaban.

En medio de la meseta estaba sentado en un enorme sillon un viejo decrépito, vestido con un largo rendingote oscuro con capucha y mangas perdidas, y cubierta la cabeza con un gorro negro de dormir, que parecia el gorro frigio de Venecia.

Aquel hombre tenia una barba cana y crecida, cuidadosamente afeitada por ciertos lados, y sin bigote, como es costumbre entre los judíos.

Parecia un dux.

Si yo hubiera tenido en Francia un semejante encuentro, habria sospechado que aquel lúgubre personaje era una máscara, esto es; que se le había buscado y vestido de aquel modo á fin de producir una ilusion artificial en el ánimo de los viajeros...

Pero en Venecia no se está para farsas.

—¿Quién sois? volvió á preguntarme aquel hombre, cuyo rostro enjuto, verdinegro, arado por hondas arrugas, revelaba un carácter violento, impaciente, melancólico.

—Soy un curioso, le respondí. ¿Y vos? ¿quién sois?

—Yo soy conserje de las prisiones de la señoría de Venecia hace sesenta años. Yo tengo setenta y siete de edad. Yo he pasado catorce años bajo la república de San Márcos. Yo he conocido á dos dux. Yo he nacido en este palacio, donde mi padre era carcelero, como yo lo soy ahora; con la diferencia de que él custodiaba prisiones llenas de reos, y yo custodio unos aposentos vacíos ó llenos de telarañas. ¡A tales tiempos hemos llegado!

—Este viejo está loco, fue la primera idea que me ocurrió al oir el anterior discurso.

Pero luego recordé haber leido no sé donde que en el palacio ducal de Venecia existe un famoso conserje, fanático defensor del Consejo de los Diez, al cual es preciso oir con paciencia, si se quiere formar un verdadero juicio del gobierno de la república.

Indudablemente, era el que tenia delante.—Adulémosle, me dije; y esclamé en alta voz:

—Ya tenia yo noticias vuestras. Vos fuísteis el que esplicó á lord Byron y á Chateaubriand...

—¡Chateaubriand! ¡Lord Byron! me interrumpió el viejo, temblando de cólera. ¿Por qué no me nombrais tambien á Silvio Pellico? ¡Todos vienen con la misma cancion! ¡Reniego de los poetas! ¡Si yo hubiera sabido que iban á mentir con el descaro que lo han hecho, no les hubiera tratado con tanta bondad!—¿A qué venís aquí? (prosiguió, mirándome de hito en hito). Aquí no hay nada que ver. Todo lo que cuentan los poetas es mentira. Aquí no se martirizaba á nadie. Esta era una cárcel como cualquier otra. Los austriacos hacen muy mal en permitir que el público se pasee por estos sitios; y yo soy muy desgraciado, puesto que el hambre me obliga á acompañar á los poetas, sabiendo como sé que

luego salen de aquí calumniando al Consejo de los Diez y á la ilustre señoría.—¡Lord Byron!—Yo he leido sus obras, y son un tejido de patrañas. El gobierno de la República era mas clemente, mas justo, mas paternal que todos los que se han sucedido despues en Venecia... lo cual no quita que Silvio Pellico sea tambien un embustero.

—Sin embargo, repliqué, yo os suplicaria que me enseñáseis los *Plomos* y los *Pozos*.

El hombre me miró de una manera espantosa al ver que yo sabia el nombre de aquellos tremendos lugares; y dando una especie de rugido, continuó, como si hablara solo:

—¡Los *Pozos*! ¡los *Plomos*!—Ni hay tales *Plomos*, ni hay tales *Pozos*. Venid á verlos, y decidme si no son las prisiones mas cómodas del mundo. ¡Ah! ¡los poetas! ¡los poetas!

Hablando de este modo, cogió un manojo de llaves y empezó á subir penosamente la escalera de que he hablado.

Yo le seguí.

Al término de aquella larga, estrecha y empinadísima escalera, encontramos una especie de crugía, muy baja de techo, á la que daban cinco ó seis puertas iguales, chapadas de hierro y cargadas de cerrojos y fuertes cerraduras.

El conserje abrió una de ellas, y entramos en una pequeñísima bohardilla, á cuyo techo se tocaba con la mano.

Una angosta ventana de reja dejaba ver el cielo y algunas chimeneas, y daba paso á torrentes de viva luz.

A pesar de que estamos en noviembre y de que hoy ha hecho un dia muy fresco, en aquel zaquizamí se sentia un calor insoportable.

El techo de aquella prision se reducia á la fuerte lámina de plomo que cubre todo el palacio Ducal.

El sol la habia ya caldeado, y eso que eran las diez de la mañana!

¡En qué estado de incandescencia estará á las dos de la tarde de un dia de verano!

—Estos son *los Plomos* (*i Piombi*), esclamó el conserje. Ya ve usted que no tienen nada de particular. Como prision, no conocerá usted ninguna mas alegre. Aquí hay luz; desde aquí se ve el cielo; desde aquí se ve hasta la ciudad... ¿Dónde se encontraria un calabozo semejante? Un hombre encerrado en esta habitacion, podia creerse en su casa. Por esa ventana entraba el sol á visitarle: las palomas se paraban en los hierros de la reja y le daban los buenos dias: los rumores de la ciudad, el ruido de los remos, los repiques de las campanas, los golpes de los talleres, los cantos de las criadas, hasta las conversaciones de las calles llegaban á sus oidos.—Esto no es estar preso: es estar en el mundo. ¡Vayan los poetas noramala y díganme donde podria pasar un pobre los rigorosos inviernos de Venecia mejor que en el último piso del palacio de los dux.

Mientras que el implacable cancervero hablaba asi, yo pensaba en *Le Mie Prigioni*; recordaba todo lo que padeció Silvio Pellico, abrasado *bajo los plomos*,

devorado por los cínifes, colgado sobre el mundo, suspendido entre el cielo y la tierra; solo, en medio de la humanidad; muerto para todos, cuando todos vivian para él y le dejaban oir sus ecos de júbilo y alegría, la música inefable de la libertad!...—¿Qué mayor tormento? ¿Qué prision mas espantosa?

Y cuenta que la estancia ocupada por el autor de *Francesca da Rimini*, situada en el estremo Norte del palacio ducal, era la mas cómoda y ventilada de todas!

Volvimos á bajar.

En medio de la escalera habia una puertecilla, que daba á una galería oscura, en la cual penetramos.

El carcelero se detuvo delante de dos puertas iguales y abrió una.

—Vamos á cruzar, esclamó, el famoso *Puente de los Suspiros*.

El *Puente de los Suspiros* es un doble pasadizo cerrado, suspendido á una grande altura sobre el canal de la *Paglia*, y que pone en comunicacion al *Palacio Ducal* con el *Palacio de las Prisiones*.

Este *Palacio de las Prisiones*, construido á fines del siglo XVI, es una cárcel como cualquiera otra, notable solamente por su artística fachada.

De las dos galerías que comprende el *Puente de los Suspiros*, la una daba entrada en la cárcel á los *presos ordinarios*. Por la otra comparecian ante los inquisidores los *prisioneros de Estado*.

Cada una de aquellas galerías cubiertas tiene dos ventanas con reja de hierro y celosía de piedra, por las cuales los reos que iban del tribunal al suplicio ó venian de la prision al tribunal, veian por un instante la laguna, la ciudad, las góndolas, el cielo...

Dícese que entonces suspiraban, y que de aquí viene el nombre de *Puente de los Suspiros*.

Otros creen que esta denominacion procede de los gemidos que iban dando los reos al pasar por allí despues de haber sufrido el tormento en el *Palacio Ducal*.

Yo consulté sobre esto al conserje.

El conserje se puso hecho una furia cuando me oyó hablar de tormento.

—¡Aquí no se atormentaba á nadie! esclamó con voz de trueno. Eso lo han inventado los poetas. Es decir: aquí no se daba tormento sino á los convictos y á los no confesos... Ya ve usted que ellos tenian la culpa. ¿Por qué no confesaban? Además que todos esos rigores eran para los reos políticos... Pero los reos ordinarios vivian perfectamente en el Palacio de las Prisiones. En cuanto al nombre de *Puente de los Suspiros*, no lo inventó el pueblo, como dicen los poetas: lo inventamos nosotros, los de casa, al ver que los prisioneros suspiraban por su perdida libertad siempre que pasaban cerca de estas claraboyas. Y la prueba de que no suspiraban porque les dolieran los huesos de resultas del tormento, es que el tormento se daba despues de haber pasado este puente. Desengáñese usted. Los poetas no han contado mas que fábulas.

Yo me asomé á una de aquellas claraboyas, y suspiré tambien á pesar mio,

al respirar un aire mas puro que el de las mazmorras y escaleras que acababa de recorrer, y al contemplar la luz y el cielo, la radiante laguna y la alborozada humanidad, que pasaba cantando por debajo de aquel altísimo puente, tan gracioso y artístico visto desde fuera, como horrible y pavoroso visto por dentro.

—Ahora vamos á los *Pozos*, dijo el carcelero, sacándome de mi contemplacion.

Yo me estremecí.

¡Cuántas veces habria pronunciado aquel hombre las mismas palabras, dirigiéndose á infelices condenados, que no debian volver á ver la luz del dia!

En esto, el estraño personaje habia encendido una lámpara de aceite, fija en una punta de cierto baston negro, cuya vejez causaba verdadero espanto.

—¡Esto es de aquellos tiempos! murmuró el conserje con bárbara complacencia.

Y me miró y sonrió con ferocidad, dejándome ver la caverna de su boca desdentada.

Entre tanto habia abierto otra puerta y me invitaba á bajar detrás de él una escalerilla húmeda y tenebrosa, en cuya bóveda, cubierta de telarañas, se reflejaba lúgubremente el rojizo fulgor de la pestilente lámpara.

Yo me detuve un momento, no precisamente porque me dominara un terror moral, sino porque aquel camino era repugnante, incómodo, desaseado.

El carcelero, que habia bajado algunos escalones, volvió la cabeza al reparar en que no le seguia.

¡Oh, cómo le ví entonces!—Yo no olvidaré jamás aquella horrible, patibularia figura!—Yo no habia visto nunca nada tan dramático, tan medroso, tan sangriento como aquel anciano medio esclarecido por la torva luz del humeante mechero, medio sepultado en la tenebrosa espiral de la escalera, tan estrañamente vestido; con aquella barba blanca, con aquel gorro negro, con aquella especie de hopa, con aquellos ojos, con aquella risa...

—Vamos adelante... No tengais miedo, dijo atizando la lámpara.

Yo le seguí, creyendo que iba á conducirme á no sé qué infierno de no sé qué mitología.

Y bajamos, bajamos...—El aire era cada vez mas húmedo y mefítico. La lámpara, levantada en alto, alumbraba el techo, pero no los peldaños de la escalera.—El viejo, que conocia el tiento, bajaba mas deprisa. Yo iba tentando con pies y manos y me quedaba á veces atrás, solo, en medio de las tinieblas.—Entonces se paraba el carcelero, y alargaba hácia mí el baston, en cuya punta ardia la turbia luz, falta ya de aceite y próxima á espirar...

La idea de que iba á apagarse, me hacia apresurar el paso.

Los muros que tocaba con la mano, estaban frios... á veces chorreaban agua.

Los escalones, mojados y lodosos, se escapaban bajo mis pies.

Al fin hicimos alto en una oscura esplanada, baja de techo y rodeada de puertas chapadas de hierro y de rejas muy angostas.

El conserje abrió una de aquellas puertas.

Al ruido de la llave parecia natural que respondiese dentro del calabozo algun doliente gemido...

Mi imaginacion sufrió como si lo oyera.

Sin embargo, en la prision no habia nadie.

—Aquí tiene usted un *pozo*, murmuró el carcelero.

Al mismo tiempo se estinguió la lámpara.

El viejo hizo un movimiento, sin duda para acabar de apagar el pábilo, y oí resonar el manojo de llaves que pendia de su cintura.

La oscuridad era completa.

Yo creí por un momento que el carcelero se iba y cerraba la puerta detrás de sí, dejándome preso...

En esto, divisé cerca del techo un agujero redondo por el cual se filtraba un débil resplandor del dia.

Algunos instantes despues aquella ténue claridad hirió mas vivamente mis pupilas y encontré cerca de mí al lúgubre personaje.

—Estamos bajo la laguna, dijo tranquilamente. El nivel de las aguas se halla dos ó tres palmos debajo de aquella reja.

En comprobacion de estas palabras, oí sobre mi cabeza sordos golpes de remos.

Luego pasó una sombra por delante de la ventanilla, dejando durante un momento en absoluta oscuridad la fúnebre prision.

Aquella sombra que habia pasado, era una góndola.

Dentro de ella y á la luz del sol, cruzando el aire sin fin de la hermosa libertad, irian el amor, la juventud, la dicha, el orgullo, la esperanza...

¡Oh, qué vision tan dolorosa á los ojos de un prisionero!

El carcelero seguia en tanto con su tétrico estrivillo.

—Ya ve usted, me decia, que á pesar de estar los *pozos* bajo el nivel del agua, los presos no tenian nada que temer de la humedad. El suelo que pisamos es de madera, y aquí tiene usted otro tablado mas alto, que servia de lecho. Todavía falta en él la paja que lo cubria, á fin de que el criminal encontrase la cama blanda. ¿Qué mas podia hacer la República con sus enemigos, que conspiraban á todas horas contra ella, que querian su muerte, que atentaban hasta á la vida de los Dux?

Salimos del *Pozo* á la esplanada oscura que antes he descrito.

Yo tenia ya deseos de concluir, de ver el sol, de respirar el aire de la vida.

—Subamos, le dije al conserje.

—Espérese usted, me contestó abriendo otra puerta, que daba á una reducida estancia, á la cual se subia por tres ó cuatro escalones.

Aquella habitacion estaba tambien medio alumbrada por una alta claraboya.

—Aquí se verificaban las ejecuciones, añadió el implacable anciano.

Y me señalaba á una especie de nicho que habia en una pared.

—Se metia al reo en ese hueco; se le hacia sentarse de espaldas; se liaba

este cordon de seda alrededor de su cuello; luego se pasaba la punta por esta anilla; el verdugo tiraba... y el hombre quedaba estrangulado... asi...

Y el viejo tiró del cordon...

Al mismo tiempo oí un chisporroteo como de sarmientos que ardian... ¡No sé qué triste y crugiente ruido que me erizó los cabellos...



Palacio del Podestá, en Florencia.

—¿Qué es eso que suena? pregunté retrocediendo.

—Venga usted detrás de mí, continuó el conserje, que poseido de un vértigo sanguinario, no atendia ya á mis preguntas.

Y abrió una puerta, y despues otra.

Los chasquidos de la lumbre continuaban...

Al abrirse la segunda puerta, una vivísima claridad hirió mis ojos y me dejó ciego.

Un océano de llamas se dilataba ante mi vista.

Era el sol; era el agua; era el dia.

Estaba libre. Tenia los pies en el borde mismo de la laguna.

Me hallaba en la puerta del Palacio Ducal que da sobre el canal de la *Paglia*. debajo del *Puente de los Suspiros*.

—Por aquí se sacaba de noche el cuerpo de los ajusticiados, prosiguió el viejo carcelero. Aquí esperaba una góndola con dos esbirros, que arrojaban el cadáver en la laguna, despues de atarle una bala de cañon á los pies, si la causa habia sido secreta, ó lo llevaban á la iglesia de San Juan y San Pablo, donde era sepultado, si la causa habia sido pública y notoria.

Mientras el conserje terminaba asi sus esplicaciones, yo reparaba en una especie de portería, situada entre las dos puertas que habíamos atravesado últimamente, y destinada á cocina por no sé qué irrision de los tiempos.

Allí freia pescado una vieja centenaria; sin duda la mujer del conserje.

No era otra la causa del ruido que me habia sobresaltado tanto.

Aquella habitacion, que sigue á la del suplicio, habia sido durante muchas generaciones el *Depósito de Ajusticiados*.

—*Buona salute*, me dijo el carcelero, guardándose unas monedas que le alargué.

Y cerró la puerta detrás de mí.

Yo me encontré solo, entre el palacio y el canal, es decir, preso otra vez entre la puerta y el agua.

Dichosamente, allí hay siempre góndolas.

Llamé una; entré en ella y pasé bajo el *Puente de los Suspiros*, cuya belleza arquitectónica escede á toda ponderacion, y al cual ha llamado no recuerdo qué poeta: *un sarcófago colgado sobre el mar*.

Me parecia que acababa de despertar de una horrible pesadilla.

VI.

Iglesias y palacios.—Ticiano.—Cánova.—Dos noches de teatro.—Escursion á las islas.—Adios á Venecia.

Venecia 18 de noviembre.

Llevo quince dias en Venecia.—Durante ellos he visto mas de una vez toda la ciudad, todos sus templos, todos sus palacios, todas sus maravillas de pintura y escultura, los teatros que están abiertos, los paseos, las islas que son como arrabales de la capital, las bibliotecas, los museos, las academias, todo!

Al mismo tiempo me he divertido mucho; he hecho la antigua vida veneciana; he abusado de la góndola; he penetrado en el fondo de las costumbres de este singularísimo pueblo; he plagiado á lord Byron; he visto á la ciudad de San Márcos á la luz de los dos crepúsculos, en las sombras de la noche, despierta y dormida, solo y acompañado.

Hoy hace frio. La laguna está muy alborotada. El tiempo amenaza lluvia... —Decididamente me marcho de Venecia.

Mucho me duele separarme de la ciudad de mis sueños... ¡tal vez para siempre!—Pero ¿qué he de hacer?—Ya estoy solo. Sir Arturo partió hace tres dias para Grecia. El prusiano se marchó tambien anoche. Estoy triste. Mi destino de caminante es amar las cosas y perderlas. Yo no habia de permanecer aquí toda la vida... Partiré, pues.

Para consolarme, pienso en Florencia, en la ciudad de las flores y las artes, donde estaré dentro de cuatro ó seis dias; en Pisa, donde el invierno es tan dulce; en Sienna la monumental, que me abrirá el campo de Roma...—¡Oh! sí... partamos.

Pero no lo haré ciertamente sin ordenar antes mis recuerdos, sin compaginar mis apuntes y daros una idea de las cosas mas notables que he visto estos dias en Venecia.

Empecemos por los templos.

A la caida de la República, esto es, hace sesenta y tantos años, encerraba esta ciudad mas de doscientas iglesias abiertas al culto. Hoy no pasan de sesenta. Las restantes fueron destruidas ó destinadas á usos profanos durante la dominacion de los franceses.—Dicho se está que se respetaron las mas hermosas y que se acumularon en ellas todas las obras de arte que encerraban las demás. Asi es que las iglesias actuales de Venecia, edificadas por arquitectos tan ilustres como *Sansovino*, *Palladio*, *Massari*, *Sammicheli*, etc., llenas de cuadros de *Ticiano*, *Tintoretto*, *Pablo el Veronés*, los dos hermanos *Bellini* (uno de ellos maestro de Ticiano y de Giorgione), los dos *Palmas*, el *Jóven* y el *Viejo*, y otros célebres artistas, y adornadas de bronces y estatuas de *Vittoria*, *Tulio Lombardo*, *Antonio Dentone*, *Leopardi*, *Grapiglia* y otros maestros de la misma fama, son verdaderos museos en que las cuatro artes del dibujo compiten en prodigios de belleza.

Como podeis comprender, mi primera visita fue á la *Basílica de San Márcos*, hoy metropolitana de la ciudad.

Ya la hemos visto por fuera, si bien muy ligeramente. Ahora, para acabar de formaros una idea de su magnífica fachada, habreis de imaginar un inmenso retablo medio árabe, medio gótico, en cuyas líneas generales, asi como en la ornamentacion, se ven confundidos el genio místico y sombrío del Norte y la risueña y voluptuosa inspiracion del Oriente. Figuraos una armónica combinacion de la mas austera capilla de la catedral de Toledo y de la mas riente y graciosa estancia de la Alhambra; ved vacilar el arco entre la herradura y la ojiva; considerad reunidas la cúpula y el alminar; encerrad el mosáico bizantino bajo la cimbra aplanada de un arco oriental bordado de arabescos; representaos la severidad gótica, vestida de lujo por los mas ricos y variados mármoles; dadle color á la arquitectura; confundidla con la pintura, como hacen siempre los artistas mahometanos; mezclad el oro, los colores y la piedra, como están mezclados en la *Sala de los Abencerrages* de Granada; pero en vez de producir con esas dos

artes amalgamadas unas labores geométricas ó unas piadosas inscripciones, dibujad y pintad Vírgenes y Santos, y sabreis lo que es en Venecia el arte bizantino; lo que son las dos Iglesias, la de Oriente y la de Occidente, cuando inspiran un solo monumento; lo que es, en fin, la fachada de *San Márcos.*

Este mismo espíritu, que parece engendrado por dos crepúsculos; que es hijo de la lucha de una barbarie civilizada con una civilizacion bárbara; que simboliza el instante en que el Oriente y el Occidente se disputaban la dominacion de Europa; que refleja de un modo maravilloso los siglos de las Cruzadas, y bastaria para probar, si la historia no lo demostrara, que al principio de la Edad Media el cristianísmo fué á buscar cultura á los mares de Levante; este mismo espíritu, vuelvo á decir, domina en el interior de la Basílica, siendo mas patente y manifiesto á medida que se estudian su forma general y los adornos que lo decoran.

Yo no puedo detenerme en este exámen, que me llevaria demasiado lejos. Os haré sentir solamente la dulce oscuridad, la venerable senectud y la magestuosa riqueza que engrandecen aquel templo. Gruesísimos pilares y arcos enormes forman austeras naves y misteriosas cúpulas, revestidas de oro é incrustadas de mosáicos, que representan la historia de la Vírgen y de San Márcos, de San Teodoro y de otros santos amigos de la República de los Dux. En torno de la iglesia y á media altura de sus bóvedas, gira un balcon ó galería que recuerda el *gyneceo* de los templos cristianos de Constantinopla. Toda la Basílica ostenta una asombrosa profusion de los mas ricos mármoles orientales; por donde quiera se ven columnas de pórfido, de serpentina y de verde-antiguo; en todas partes lucen las estátuas, los dorados, los bronces, la plata, la pedrería... y sin embargo, *San Márcos* no es un templo alegre, profano, gentil, como las iglesias lujosas que ví en Milan. San Márcos es austero, solemne, místico á la manera de las viejas tablas alemanas, ó como un cuadro de Cimabue,—que traslada la imaginacion á los primitivos tiempos de la Iglesia, á los siglos de los santos y de los espositores, á la cuna del cristianismo, al ya difunto Oriente.

¡Ah! de no ser góticos, que sean bizantinos los templos del Crucificado!—En el sagrado limbo de estas melancólicas tinieblas, goza el alma con la lejanía del mundo. La religion de los tristes no ha necesidad del jubiloso y triunfante aparato de las iglesias del Renacimiento. Para llorar las miserias de la vida, basta un rincon oscuro, lleno de testimonios de la fe de nuestros padres, cargado de años y merecimientos, palpitante de autenticidad histórica.

Mas de quinientas columnas de las que adornan la Basílica de San Márcos, son turcas y griegas, conquistadas por los Dux, como la arquitectura del templo.—Chateaubriand ha dicho que Venecia entera es un trofeo.

San Márcos fue erigida hace cerca de mil años; pero solo es catedral desde la caida de la República.—Antes lo era la iglesia de *San Pietro di Castello.*

Entre las cosas que mas me han llamado la atencion en la Basílica, citaré las tumbas de los Dux Bartolomeo Gradenigo, M. Morosini y Vitale Faliero, que se hallan en el peristilo; las tres puertas principales del templo, maravillosa-

mente taraceadas de plata, el sepulcro de Andrea Dandolo, desgraciado general, si eminente literato; y la pila del agua bendita, sostenida por un preciosísimo altar de la antigua Grecia.

Tambien debo mencionar, aunque solo sea por la originalidad de la advocacion, la capilla de *Nuestra Señora de los Machos* (la *Madonna de' Mascoli*), llamada asi porque las mujeres estaban escluidas de la cofradía que la erigió, y hasta creo que de rendir culto á aquella imágen de María.—Esto es islamita puro, y trasciende á Constantinopla tanto como los agimeces que suplen por ventanas ojivales en las torres de la fachada.

Sin embargo, en esta capilla se venera tambien el *Arbol genealógico de la Vírgen*.—¡Qué mejor vindicacion de la mujer!

El *Tesoro* de San Márcos, famoso en otro tiempo por sus fabulosas riquezas, ha sido saqueado hasta el punto de no quedar ya en él sino una joya, y esa de mérito disputable.—Tal es un ánfora de granito en que se lee una inscripcion grabada con caractéres caldeos cuneiformes, que dicen que dice: ARTAGERGES, GRAN REY.

A mí me parece que es demasiado decir.

Pero la gran preciosidad de la Basílica es indudablemente el altar mayor.

Este consiste en un tabernáculo de verde-antiguo, sustentado por antiquísimas columnas de mármol griego, en las cuales está primorosamente esculpida la historia del Redentor.

Adorna este altar un *icono*, pintado al óleo sobre madera, dividido en catorce partes y del mejor gusto griego. Es obra del maestro Paolo y de sus dos hijos, y una de las pinturas mas antiguas de Venecia. Debajo de este *icono* hay otro, que solo se descubre los dias festivos, construido en el siglo X en Constantinopla, por encargo de la Señoría. Llámase la *Pala de oro*, y consiste en una lámina de este metal, pintada con esmalte de colores y adornada de perlas, camafeos y piedras preciosas. El dibujo es bizantino, y se le considera como una de las obras mas acabadas de aquella civilizacion.

Despues de San Marcos, la iglesia que mas me ha impresionado en Venecia ha sido *San Juan* y *San Pablo*, de la que ya nos habló el carcelero del palacio ducal el dia que visitamos *los Pozos*.

A la puerta de aquel templo, en medio de una plaza irregular, levántase la hermosa estatua ecuestre de *Colleoni*, célebre general de la República.

Yo no sé quien es mas famoso en Venecia: si este general ó su estatua.—Tal vez lo sea la estatua.

En todo caso, esto seria justo, pues el grande hombre tuvo la debilidad de acordarse á sí mismo el honor de la apoteosis, destinando en su testamento una crecida suma á la ereccion de su estatua ecuestre.

La iglesia de *San Juan y San Pablo* (*SS. Giovanni é Paolo*: *San Zanipolo*, en dialecto veneciano) es el panteon histórico de Venecia.—Allí, bajo altas ojivas góticas, á la misteriosa luz de preciosos vidrios de colores y entre magistrales pinturas de *Ticiano* y *Tintoretto*, duermen en suntuosos mausoleos diez y

seis Dux de los mas renombrados; entre ellos Morosini, Loredano, el heróico y sin fortuna Marco Antonio Bragadino, Malipieri, tres Mocenigo... Allí descansan los restos de innumerables guerreros, artistas y prelados; el almirante Canal, Palma el jóven, el general Giustiniani, en cuyo palacio vivo hoy yo por el dinero, y otros muchos varones ilustres, que fuera prolijo nombrar.

Pero la verdadera maravilla de esta iglesia es la *Muerte de San Pedro Mártir*, celebrado cuadro de Ticiano, considerado como una de las mas grandes obras de este maestro y tambien de la pintura.

Este lienzo (y ya os diré por qué es lienzo) representa un bosque, que por sí solo es un prodigio, y que bastaria para dar celebridad á Ticiano como eminente paisagista. San Pedro, dominico lombardo, que vuelve de un concilio, acompañado de otro fraile, ha sido sorprendido por unos bandidos. En primer término solo hay tres figuras: San Pedro caido en tierra; un bandido, que le retiene pisándole los hábitos y se dispone á herirle por segunda vez, y el otro monge, que huye. La viveza dramática, el fuego del dibujo, y sobre todo, el rico y valiente color de esta escena, esceden á toda ponderacion. Allá arriba, entre los árboles, se ven dos ángeles que acuden con la palma del martirio á premiar al bienaventurado. Este no mira al asesino feroz que le pisotea y le va á herir, sino que tiene los ojos clavados en aquella vision de gloria, como refiriendo su muerte al que murió por todos los hombres. El otro dominico, (naturaleza mas vulgar,) aunque visiblemente compadecido de la suerte de San Pedro, apela á la fuga, no sintiéndose con valor para ser mártir. El lugar de la catástrofe, admirablemente pintado, la energía de las figuras, los efectos de la luz entre los árboles, todo contribuye á dar á este cuadro un interés, una vida, un movimiento, de que carecen por lo general las obras religiosas del pintor de las *Venus*.

Dícese que el senado de Venecia, que ya habia nombrado á Ticiano primer pintor de la República, se entusiasmó tanto al ver el *Martirio de San Pedro*, que prohibió *bajo pena de muerte* el que saliese nunca de Venecia.

Napoleon I, el gran derogador de la ley antigua, desatendió tambien este decreto y se llevó el cuadro á Paris. La Academia de Bellas Artes le sometió allí á una arriesgada operacion, que lejos de haberle perjudicado, le ha favorecido y prolongará muchos siglos su existencia. Tal fue la de desprender la pintura—¡los colores!—de la tabla en que la colocó Ticiano, y fijarla sobre un lienzo, sin alterar en nada el aspecto de tan peregrina obra.—Cuando en 1815 volvieron tantas cosas á su antiguo ser, el *Martirio de San Pedro* volvió tambien á Venecia.

Pero fuera cuento de nunca acabar si yo hubiera de describiros todos los portentos de arte que guardan los templos de Venecia. Solo *Santa María della Salute*, que como os he dicho se halla en frente de mis balcones, encierra diez ó doce obras de Ticiano, algunas de primer órden, y en *San Rocco*, iglesia no muy notable, hay mas de cincuenta pinturas de *Tintoretto*, de las que citaré solamente *la Piscina probática*, llena de inspiracion y colorido.

En *San Sebastiano* he visto el sepulcro de *Pablo el Veronés*, uno de los mas

ilustres pintores de Venecia, y el mas ilustre segun algunos críticos. El mausoleo del insigne autor de las *Bodas de Canaan* y del *Rapto de Europa*, consiste en una sencilla lápida. En cambio, se ven cerca de su sepulcro tres lienzos suyos, y suyas son tambien las pinturas del techo de la iglesia. ¡Qué mejor monumento para un artista!...

Mas dichoso Ticiano, tiene un magnífico mausoleo en la iglesia de *I Frari*. —Allí descansa entre héroes el amigo de Cárlos V y de Ariosto, el pintor de la *Asuncion* y de *Danae*, el cortesano de Lucrezzia Borgia y de la princesa de Eboli, y allí le acompaña tambien una obra suya, pálido vislumbre de su genio.

El sepulcro de Ticiano, de mármol oscuro con estatuas blancas, ha sido construido en estos últimos años. Su epitafio dice: TITIANO, FERDINANDUS I.— ¡Qué me place este tributo de admiracion rendido por el dominador estranjero á las glorias italianas!—En el mausoleo están esculpidos en bajo-relieve los principales cuadros religiosos del inmortal artista: *La Asuncion*, *el Martirio de San Pedro*, *San Lorenzo*, *la Visita de Santa Isabel y el Entierro de Cristo*.

Ticiano pintaba este último cuadro á los noventa y nueve años de edad, cuando le atacó la peste que reinaba entonces en Venecia (1576). El gran pintor cayó al suelo y empezó á agonizar. En aquel instante entraron unos ladrones en el taller, y sin respetar el estado en que encontraban al ilustre anciano, se llevaron todos los objetos que le eran queridos y le dejaron en las garras de la muerte. Espiró, pues, solo y abandonado, como su *San Pedro Mártir*, en frente de aquel fúnebre lienzo en que habia representado el entierro del Hombre-Dios.

Cuando sus discípulos entraron en el taller, situado en el palacio Barbarigo, Ticiano era ya cadáver; pero aun conservaba el pincel entre sus crispados dedos.

El senado de Venecia, á pesar de que acababa de mandar que se destruyeran los cadáveres de los apestados, hizo una escepcion en favor del egregio artista, y mandó que fuese enterrado con gran pompa en el lugar donde hoy se halla.—El fúnebre cortejo recorrió en góndolas los canales, entre las lágrimas de la aterrada muchedumbre, horriblemente mermada por la epidemia, y mas de un pintor dibujó aquel dia tan luctuosa ceremonia, objeto despues de muchos célebres cuadros.

El *Entierro de Cristo* fue terminado por Palma el jóven.

No lejos del sepulcro de Ticiano se encuentra el del infortunado *Francisco Foscari*, á quien todos hemos visto mas de una vez morir en escena al oir la campana de San Márcos que anuncia la proclamacion de su sucesor.

Questa e dunque la inicua mercede
Che servasti al canuto guerriero...

dicen los versos de la ópera de Verdi.

—«La campana de San Márcos toca por la eleccion de Malipieri,» dice el jefe del *Consejo de los Diez* en la tragedia de lord Byron.

—«Reconozco su sonido...—contesta el Dux.—Yo lo he oido otra vez en mi

vida... ¡Una vez solamente! De esto hace treinta y cinco años... cuando tampoco era yo jóven...»

En esta misma iglesia de *I Frari* se ve otro suntuoso mausoleo, que encierra el corazon del último grande hombre del Veneciano.

Es el monumento de *Canova*.

Canova es el último escultor, el único heredero de Miguel Angel, el postrimer suspiro del genio griego.

Canova, Napoleon, lord Byron y Bellini son los cuatro hombres fabulosos, las cuatro figuras clásicas, los cuatro semidioses que presidieron á la entrada del mas grande de los siglos. Los cuatro brillaron juntos, como una constelacion de gloria, y se apagaron casi al mismo tiempo.—Napoleon murió en 1821. Canova, en 1822. Lord Byron, en 1824. Bellini, en 1834.—Los cuatro pasaron por Venecia, y se dividieron los aplausos de la inmortal Italia.—Canova labró los bustos del moderno César. Lord Byron cantó sus triunfos y lloró su muerte. Bellini cubrió de flores su sepulcro. Son cuatro genios hermanos que resumen la poesía del siglo XIX.—Sin Canova, pudiera decirse que la belleza plástica era irrealizable en nuestra época.—Sin Napoleon, la diplomacia hubiera heredado á la epopeya, y nuestra generacion, al leer la historia de la que le dió el ser, solo tendria aplausos para los prodigios de la máquina.—Sin lord Byron, la revolucion moral y social careceria de poesía.—Sin Bellini, esto es, sin la música, de que él es la espresion mas elevada, la civilizacion hubiera sido sorda-muda.

El sepulcro de Canova fué dibujado por él mismo para que sirviera á Tiziano.—Representa al genio de la patria apagando su antorcha, mientras que el Leon de San Marcos gime desesperado á sus piés.—Razon hay para tanto duelo. El autor de *Hebe*, de *Venus triunfante* y de *Napoleon pensando* fué la última encarnacion del númen artístico de Venecia.

En Venecia quedan aun algunas esculturas de Canova. En el Palacio Treves se conservan con veneracion y se enseñan al público dos estatuas colosales de *Hector* y *Ajax*.—En el Palacio Barbarigo, y precisamente en el mismo aposento en que murió Tiziano, he admirado el grupo de *Dédalo é Icaro*. En el Palacio Ducal vi su estatua de *San Jorge*, una de sus primeras obras. En el Arsenal, lleva su nombre el monumento del almirante Emo, adornado de preciosos bajo-relieves, y en la Academia de bellas artes me han enseñado el modelo original de su grupo *Hercules y Licas*.

En Génova, Florencia y Roma veremos sus obras maestras, que tan populares han hecho los vaciados en yeso y el grabado.

Los palacios de Venecia, sobre todo los situados en el Canal Grande, no ceden en mérito artístico á los templos que acabamos de mencionar.

La mayor parte de ellos, y ciertamente los mas grandiosos, son de estilo ojival, entre gótico y morisco; veneciano, en fin.—El palacio *Foscari* y el de Cavalli recuerdan el Palacio Ducal, que ya hemos descrito.—El palacio *Foscari*, sobre todo, situado en la vuelta ó recodo del Canal Grande, mirándose en el agua, tan proporcionado y aéreo, tan histórico y melodramático, es uno de los

edificios mas interesantes que encerrará pueblo alguno. Ya hemos dicho que hoy sirve de cuartel á la guarnicion austriaca.

La doble serie de palacios del Canal Grande, parece una calle de tumbas, como la Via Apia de Roma.—Los nombres de aquellas regias moradas forman la cronologia de los Dux de Venecia, desde Anafesto hasta Luis Marini, esto es, desde 697 hasta 1797; la historia de 1,100 años!

Aquellos suntuosos alcázares son hoy propiedad de avaras bailarinas, albergue de viles cortesanas, oficinas del opresor estranjero, posadas públicas ó asilo de príncipes desterrados.

¡Todas las profanaciones fueran como la de los palacios *Mocenigo*, donde lord Byron escribió el *Don Juan*, *Marino Faliero*, *Los dos Foscari* y otras obras inmortales!

Hemos llegado á punto de decir algo acerca de la *Academia de Bellas-Artes* de Venecia, que encierra unos setecientos cuadros, notabilísimos en su mayor parte y casi todos firmados por los mas ilustres artistas nacidos en la ciudad de San Márcos.

Sin embargo, las obras maestras son pocas, si bien de primer órden.

Cuéntase entre estas la famosa *Asuncion* de Ticiano, verdadera joya de la escuela veneciana, con la cual se dió á conocer al mundo el discípulo de Bellini, eclipsando las glorias de su maestro y de todos los pintores de aquella edad.

L'Assunta, como se la llama en Venecia, es un prodigio de arte, así por la composicion y el colorido, como por el dibujo y la espresion de casi todas las figuras. El lienzo mide siete metros de alto por tres de anchura. La accion se compone de tres episodios, magistralmente combinados. En la parte inferior del cuadro se ven once apóstoles, que en diferentes actitudes,—ora de éstasis, ora de pesar, ora de adoracion, ora de asombro,—miran á la Madre de Jesus, que se remonta por los aires. En medio del lienzo está la Vírgen, de pie sobre una nube, con las piernas púdicamente cruzadas bajo la túnica revuelta, con los ojos y las manos levantadas al cielo, y rodeada y bendecida por un coro de ángeles. En la parte superior se ve al Padre Eterno que abre los brazos para recibir á su predilecta hija, acompañado tambien de un ejército celeste.—Los críticos hallan en esta obra demasiada belleza humana, afectos terrestres, no sé qué profanos indicios de la naturaleza mortal. Es muy cierto. Entre los ángeles que cercan á María, si bien hay muchos que Murillo adoptaria, por el ingénuo y santo júbilo con que la aclaman su reina, hay otros que parecen *Amores* ó por mejor decir *Cupidos*, y que revelan el verdadero genio de Ticiano, mas mitológico que religioso. La misma Vírgen es demasiado mujer.—Pero aun así y todo, este cuadro merece su universal renombre, si no como obra de devocion, como obra de arte; y su vigorosa entonacion, su intenso colorido, sus masas de luz y de sombra, el relieve y viveza de los grupos de figuras y la suprema beldad de aquella nobilísima matrona suspendida en el espacio, bastan á ufanar el humano ingenio, capaz de crear tales maravillas con un puñado de tierra deleznable.

Despues de la *Asuncion*, los cuadros que mas sorprenden al que visita la

Academia, son la *Presentacion de la Virgen en el templo*, del mismo Tiziano, obra tambien muy importante y preciosa modelo como *color*;—*Un pescador presentando al Dux el anillo ducal encontrado en el vientre de un pescado*, de Paris Bordone, pintor que yo no conocia, pero á quien esta obra coloca seguramente entre los colosos del arte;—y la famosa *Cena en casa de Leví* de Pablo el Veronés, grandiosa pintura en ese género propio de los grandes talentos, que pudiera denominarse *teatral*: género que necesita para cada cuadro todo un pueblo y que prefiere los fondos de arquitectura á los de paisaje.

Las firmas que mas abundan en los setecientos cuadros restantes son las de Tiziano, Pablo el Veronés, Tintoretto, Bellini, los dos Palmas, Caravaggio, Bassano, Van-Dyck, Pordenone y Victor Carpaccio, siendo innumerables las buenas pinturas que se admiran allí, suscritas por nombres desconocidos en toda Europa.

Tambien se ven en la Academia muchos dibujos originales de Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Rafael, entre los que se encuentra el bosquejo de casi todas sus grandes obras.—Imaginaos el placer y el entusiasmo con que se contemplarán aquellos primeros gérmenes de tantas maravillas del arte.

No produce la misma emocion, sino otra muy dolorosa, por no decir repugnante, el ver bajo un fanal la mano derecha de *Canova*, segada á la madre tierra por el cruel sentimentalismo de un sacrílego entusiasmo.—Siempre se ha dicho que de lo sublime á lo ridículo no hay mas que un paso.—Menos distancia media entre la ternura y la ferocidad.

Con que acabemos, y resolvámonos á abandonar á Venecia.

Para ello dejaré de contaros mi visita á la Galería *Manfrin*, donde vi dos magníficos retratos de Tiziano, uno de su madre y otro de su amigo Ariosto.

Tambien pasaré por alto la descripcion del Arsenal, uno de los primeros del mundo. En él se ven á un tiempo las armas y las banderas conquistadas por la extinguida República, y el inmenso poder material con que el Austria pesa hoy sobre Venecia. ¡Penosísimo contraste!—Allí he contemplado tambien un diminuto fac-símile del *Bucentauro*; del simbólico bajel de la ilustre señora.—Los venecianos quemaron el original cuando los franceses los *libertaron* del gobierno tiránico de los Dux!.—Aquel temerario auto de fe puede considerarse como el suicidio de Venecia.—El tratado de Campo-Formio vengó al infortunado Luis Marini.—Pero en una y otra ocasion, la espada del extranjero atravesó el pecho de la patria.—¡*Pobre Venecia*!

Una palabra no mas acerca del famoso *Mapa-mundi* de Fra-Mauro, que se conserva en el palacio ducal.

Este mapa lleva una fecha anterior al descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza (1460), y sin embargo, da una idea muy aproximada de todo el litoral de África, completamente desconocido á los navegantes de aquel tiempo, y hasta parece adivinar la existencia del continente americano.—Aquel Mapa-mundi es un verdadero prodigio.—Yo recuerdo haber leido, creo que en César

Cantú, que el célebre Tocanelli mostró este mapa á su jóven discípulo Cristóbal Colon, asegurándole que asi comprendia él la forma de la tierra.

Mis paseos bajo los árboles del *Jardin público*, donde he visto jugar á los futuros ciudadanos de Venecia, acaso destinados á ser libres, presos hoy bajo la vigilancia de niñeras y criados; mi espedicion á la *isla de San Cristóbal*, solo habitada por cadáveres, pues ella constituye el cementerio de la ciudad; el dia inolvidable que pasé con H. de V. y con sir Arturo en la *Isla de Murano*, donde están las famosas fábricas de espejos y otras obras de cristalería en que Venecia no tiene rival hace muchos siglos; nuestras correrías por la *Riva d' Schiavoni*, acompañados del fantasma de lord Byron; nuestras cenas en la isla de la *Giudecca* (Judería); nuestras escursiones en góndola alrededor de Venecia; nuestras horas de acecho para ver á las elegantes venecianas salir de sus góndolas y entrar en misa; las canciones de *Gaetano*, el hijo de mi gondolero, á media noche, en mitad del *Canal Grande*...; la salida del sol por el mar, que nos dejaba entrever un momento las lejanas costas de la Istria; las tardes en que le veíamos ponerse hácia los Estados Romanos, y decíamos: «todavía le verán en España durante hora y media...;» todas estas cosas pudieran ser objeto de otros tantos capítulos acerca de la vida veneciana; pero yo me contento con mencionarlas aquí, como en un índice, á fin de que mañana sirvan de Norte á mis plácidos recuerdos.

A todo esto no os he dicho nada de los teatros de Venecia.—Verdaderamente, poco tengo que decir.

El teatro de la *Fenice*, que es el principal, donde se han estrenado tantas óperas magistrales, y uno de los primeros coliseos del mundo, segun la opinion de los que lo conocen, se halla cerrado hace tiempo por órden del gobierno austriaco, á consecuencia de las *manifestaciones* ó tumultos que allí han tenido lugar.

Ved de qué modo.

Todos los grandes músicos de Italia han sido y son republicanos; lo mismo Bellini que Donizetti; asi Verdi como Rossini: por consiguiente, los argumentos que han elegido para casi todas sus óperas respiran libertad é independencia.—Ahora bien, los druidas de *Norma* clamando contra la dominacion romana; los suizos alzándose contra el Austria en *Guillermo Tell*; los *Puritanos*, gritando libertad y patria; los *Mártires*, caminando gozosos al suplicio con tal de no renegar; el pueblo hebreo gimiendo bajo los Faraones en el *Moisés*; Babilonia escandalizada por *Nabuco*; los amigos de *Beatrice di Tenda* pugnando contra la tiranía de Visconti, y tantos otros casos análogos como abundan en las obras de aquellos maestros, eran estrepitosamente aplaudidos por el público veneciano, que aprovechaba la ocasion para cantar desde palcos y butacas, y á coro con los artistas, mágicas frases de ardiente patriotismo, que los gobernadores austriacos no podian sufrir con paciencia, tanto mas cuanto que en todas esas óperas *lo straniero* acababa siempre por ser degollado.

El teatro de la *Fenice* fue, pues, cerrado indefinidamente.

El de *San Benedetto*, en que se acostumbra á representar comedias italianas, no se abrirá este año hasta fin de diciembre.

Me he contentado, pues, con asistir una noche al teatro *Apollo* y otra al teatro *Malibran*.

En el teatro *Apollo*, grande y pobre, incómodo y baratísimo, se representaba la tragedia de Altieri: *Orestes*.

Entre la orquesta y las butacas habia dos centinelas austriacos, con la bayoneta calada, encargados de mantener el órden.

La compañía era detestable, y sin embargo, representaba con un furor y un énfasis, con una suficiencia y un aplomo, que me hicieron pasar una noche muy divertida.

La concurrencia, que pasaria de mil personas, y por cierto de mediana condicion, aplaudia á rabiar los gritos desaforados de aquellos histriones.

Los italianos aplauden fácilmente.

En el teatro *Malibran*, mas pobre todavía, mas grande y mas barato (un palco entresuelo y tres entradas nos costaron 10 reales), vimos un *vaudeville* melo-dramático; ó por mejor decir, no lo vimos; pues el aburrimiento nos hizo desertar á los pocos minutos.

Yo estoy ya resignado á no ver en los teatros de Italia nada digno de atencion, hasta la pascua de Navidad, en que, como os he dicho, principia el *Carnavalone*.

Tal es el pálido resúmen de mis impresiones en la ciudad mas bella del universo.—Mucho dudo haber conseguido que mis lectores se imaginen vagamente los cuadros que he descrito, ni que se figuren los que apenas he bosquejado.—Sin embargo, habrán comprendido por el afan con que me he empeñado en esplicarles á Venecia punto por punto, que la llamada con justicia *reina del Adriático* es una maravilla de arte; que su hermosura ha escedido los ensueños de mi imaginacion, y que su poética memoria me acompañará toda la vida.

Yo le doy un adios tanto mas melancólico, cuanto que adivino que no volveré á verla; yo hago votos al cielo porque pronto sacuda los hierros de la esclavitud, y yo preveo que ese dia llegará tarde ó temprano.

La dominacion de una raza sobre otra será siempre pasajera. Solo los pueblos hermanos pueden conquistarse y fundirse. El aleman será eternamente estranjero al Mediodia de los Alpes. En cuarenta y cinco años de dominacion, el Austria ha ensayado todos los medios de asimilarse el Veneciado, de captarse la voluntad de sus hijos, de echar raices en su suelo. Y el halago, la adulacion, el beneficio, el ruego, la amenaza, el castigo, el terror, la muerte... todo ha sido inútil. Los tudescos son hoy en Venecia lo que eran el primer dia. La sangre repele á la sangre. La tierra se niega á fecundar la semilla de abominacion. Todo lo que el Austria implanta en Venecia, caduca y muere falto de jugo, falto de aire, falto de sol amigo.—Son el agua y el aceite: podrán estar cercanos el uno al otro; pero nunca confundidos, nunca identificados.

Y esto se ve en otras muchas partes. Esto se ve en Polonia: esto se ve en

Turquía.—Polonia, despedazada por tres grandes potencias, de las que cada una se atribuyó y devoró su parte; borrada del mapa de Europa; muerta y sepultada al decir de los políticos, da muestras hoy de estar viva, entera, animada, poseida de su derecho, como antes de sucumbir.—Las gentes que moran entre la Grecia y el Danubio, avasalladas hace cuatrocientos años por una raza asiática, mueven sus hombros al cabo de los siglos, y el poder otomano se hunde, y el imperio cristiano de Oriente resucita.—*Los turcos*, se dijo hace mucho tiempo, *no están mas que acampados en Europa.*

Tal será siempre el porvenir de toda dominacion exótica: tal será el porvenir de Venecia.—Los hombres suelen atentar á la obra de Dios, torciendo el curso de los rios y fundando ciudades en el álveo seco de la antigua corriente; pero llega un dia en que el agua rompe los diques y reparos, y busca su antiguo lecho, en el cual deja sepultados á los impíos.

Sin embargo (ved si los poetas somos crueles,) yo me alegro (en cuanto poeta, se entiende) de haber visitado á Venecia en su época de tribulacion. De no haberla visto cuando era poderosa República independiente, señora de estensos mares y apartadas tierras, con sus Dux y su Senado, con sus navegantes y sus guerreros, con sus fiestas tradicionales, con sus terrores y sus alegrías, de ningun modo la hubiera encontrado mas interesante que con sus tocas de duelo, llorando en las ruinas de su pasado de gloria, misteriosa y callada, solitaria y digna, sin que el estruendo de nuestra prosáica civilizacion turbe el magestuoso sueño de sus patricios; sin que los gritos de la Bolsa espanten á las palomas, hijas adoptivas de la ciudad; sin que los modernos Midas, enriquecidos en el agio, se posesionen ufanos de los palacios de los Dux; sin que cruce sus lagunas la góndola del hombre de negocios... capaz de establecer una sociedad para cegar los canales y sustituirlos con calles á la parisien.

Yo me imagino á Venecia libre y convertida en provincia del reino de Italia. Yo, repito, le pido á Dios que esto suceda pronto. Pero entonces, adios, poesia! —La milicia nacional recorrerá las calles cantando himnos como en Milan; un prefecto cualquiera profanará el pavoroso misterio del palacio de los Dux; la seguridad personal acabará con el dramático miedo de las noches venecianas; la libertad le perderá el respeto á todo; la riqueza comprará á peso de oro la historia; el trabajo estirpará la melancolía; el movimiento industrial traerá gentes de otras comarcas de Italia, y desaparecen los tipos, los trajes y el dialecto de Venecia... ¡Esto será horrible para los poetas y los artistas!

En resúmen de mi teoría abominable: á Venecia le sientan muy bien las cadenas.

No diria mas un realista español del tiempo de Fernando VII.

VII.

Un dia en Pádua.—San Antonio.—La frontera pontificia.

Ferrara 19 de noviembre.

¡Ya no estoy en Venecia!

Ayer mañana á las nueve atravesé por última vez el *Canal Grande* desde un estremo á otro, en la góndola de *Beppo*, del viejo *Beppo*, que ha fingido llorar al tiempo de dejarme.

En la proa iba mi saco de noche. A popa iba yo con mi tristeza de viajero...

¡Melancólicos instantes los últimos que se pasan en una ciudad querida!

Llegué al fin á la estacion del camino de hierro, á la cual no habia vuelto desde aquella poética noche en que vi surgir ante mis ojos á la reina de las olas, esclarecida por la naciente luna.

¡Qué diferencia entre un momento y otro!

Entonces deseaba ver lo que abandono ahora. Ahora temo olvidar lo que entonces codiciaba.

¡Ah! ¡Venecia! ¡Venecia! ¡Tú seguirás viviendo lejos de mí, tan bella como yo te veia! Tú te has quedado ahí, en el Oriente; y yo he emprendido ya mi vuelta hácia el ocaso.—Y llegaré á él... llegaré al ocaso de mis dias... moriré como tantos otros que admiraron y cantaron tu hermosura, y tú seguirás recibiendo los besos de las olas, las miradas del sol y las caricias del astro de la noche!—¡Adios, adios, Venecia!

Estas y otras cosas pensaba yo hoy, cuando la policía me hubo dejado escapar, despues de someterme á nuevas inquisiciones, y en tanto que la locomotora nos arrastraba sobre las aguas por aquel maravilloso istmo, que me recordaba en cierto modo el camino de *Puerta de tierra* que une á Cádiz con la península española.

Hora y media despues, el tren hizo alto, y volví á oir gritar, como hace quince dias:

—¡*Pádua!* ¡*Pádua!*

Y como entonces, vi á lo lejos unas grandes cúpulas, que salian de un suave barranco.

—Hé aquí mi camino, murmuré echando pie á tierra.

Y mientras el tren volvia á rugir y seguia en marcha hácia Verona, yo subí á un ómnibus con dos ó tres viajeros mas; crugió el látigo del automedonte; galoparon los caballos; envolviónos una nube de polvo, y en menos de cinco minutos nos encontramos en la ciudad.

Pádua está rodeada de muros, y tiene siete puertas.

Nosotros entramos por la puerta *Codalunga*.

Las calles que recorrimos para ir al hotel della *Stella d'Oro*, en donde paraba el ómnibus y donde yo me instalé, eran las principales de la ciudad, y sin

embargo, no brillaban por su alineacion, por su alegría ni por su empedrado. En muchas de ellas ví pórticos, nada elegantes, que me recordaron los de nuestra Palencia. Entre las casas, antiquísimas y adornadas con escudos heráldicos, habia bastantes palacios en estado de decrepitud.

Pádua contiene 45,000 almas. Yo no me lo hubiera imaginado nunca. Tales eran el silencio y la soledad que reinaban por todas partes.

Solo en las plazas encontré alguna animacion, y esa era debida á los soldados austriacos que iban y venian, cargados de sacos de harina y de cajones de pólvora.

El sol estaba nublado desde por la mañana, que lo ví brillar un momento en la laguna de Venecia. El dia se habia vuelto muy frio, á pesar de que Pádua se halla solamente á 33 metros sobre el nivel del mar. Los paduanos vagaban lentamente bajo los pórticos, embozados en sendas capas, iguales á las de nuestro pais.

Todo esto contribuia á presentarme á Pádua bajo un aspecto sombrío, tétrico, melancólico, que simpatizaba con mi tristeza de amante separado de su querida.—Venecia seguia reinando en mi imaginacion.

De esta manera llegué al hotel, donde permanecí una hora, sin resolverme á tomar ningun partido.

Al cabo de este tiempo comprendi qúe debia sacudir el marasmo que me dominaba, y á fin de conseguirlo, me eché á la calle, ó por mejor decir, á la plaza en que se levanta el hotel.

A la puerta habia una especie de calesa desvencijada, en el pescante de la cual costóme trabajo descubrir á un muchacho de catorce ó quince años, jorobado como una *etcétera*, de lo mas jorobado que nunca he visto, jorobado hasta el punto de que el lazo de la corbata le adornaba el orígen de las piernas.

Y lo mas estraño de todo, es que aquel jóven parecia el ser mas alegre y mas feliz del mundo.

Riendo y bromeando, ofrecióme *il suo legno*, no sin añadir que tenia toda la ciudad en la palma de la mano y que me llevaria á la iglesia del SANTO, á ver los frescos de *Giotto*, al *Prato della Valle*, al café *Pedrocchi*...

—¡Alto! esclamé al llegar á este punto. Llévame al café *Pedrocchi*.

Yo habia oido decir toda mi vida que aquel café era uno de los prodigios de Italia y la gran curiosidad de la ciudad de San Antonio.

.—Tengamos la gloria, me dige, de almorzar en el café *Pedrocchi*, y despues recorreremos la ilustre ciudad de Pádua.

El café *Pedrocchi*, como todas las cosas de su género que gozan una antigua celebridad, ha llegado á ser indigno de ella. Aquel inmenso edificio, abigarrado, oscuro, ahumado y feo, seria una maravilla hace treinta años, cuando se abrió por primera vez al público. Entonces tenia pocos y débiles competidores. Pero hoy lo aventajan en lujo, comodidad y belleza casi todos los cafés principales de Europa.

Sin embargo, en el café *Pedrocchi* se almuerza perfectísimamente.

Despues de almorzar, pasé aun todavía media hora fumándome un detestable cigarro austriaco, coordinando mis ideas acerca de Pádua, trazándome el itinerario de mis escursiones, y repartiendo el tiempo de que pensaba disponer.

Mas de mil personas almorzarian, fumarian ó tomarian café al mismo tiempo en los diferentes salones del vasto establecimiento.

—Estoy en Pádua, pensaba yo; en Pádua, antiquísima ciudad, cuyo orígen se pierde en los tiempos mitológicos. En Pádua, oprimida sucesivamente por los romanos, por Atila, por los húngaros, por los emperadores alemanes, por los Scala de Verona, por los Carrara, por la república de Venecia y actualmente por el Austria. Estoy en la tierra de los sepulcros, en la patria de Tito Livio y de Mantegna, en la ciudad amada de Dante y de Giotto, los dos ilustres amigos. Aquí murió y está enterrado aquel franciscano *Antonio*, nacido en Lisboa, que ha estendido el nombre de *Pádua* hasta las aldeas y cortijos del territorio español. Aquí pasó Petrarca los últimos años de su vida, como canónigo que era de esta catedral. En esos montes que se elevan al Oeste se halla la aldea de *Arqua*, donde murió y está sepultado el sentimental poeta. En ese palacio, en fin, que he visto al pasar por la *Piazza dei Signori*, figuró Victor Hugo la tremenda accion de su drama *Angelo*, que tan pavorosa celebridad ha dado en toda Europa á esta ciudad sin fortuna.

Y tambien pensaba en otras cosas y en otros nombres... que ahora no vienen á cuento.

Ello es que volví á la calesa; di mis instrucciones al postillon, y empecé á correr por las calles de Pádua como una exhalacion.

Primero fuí á la catedral, magnífica obra del Renacimiento, dibujada, á lo que se dice, por Miguel Angel.

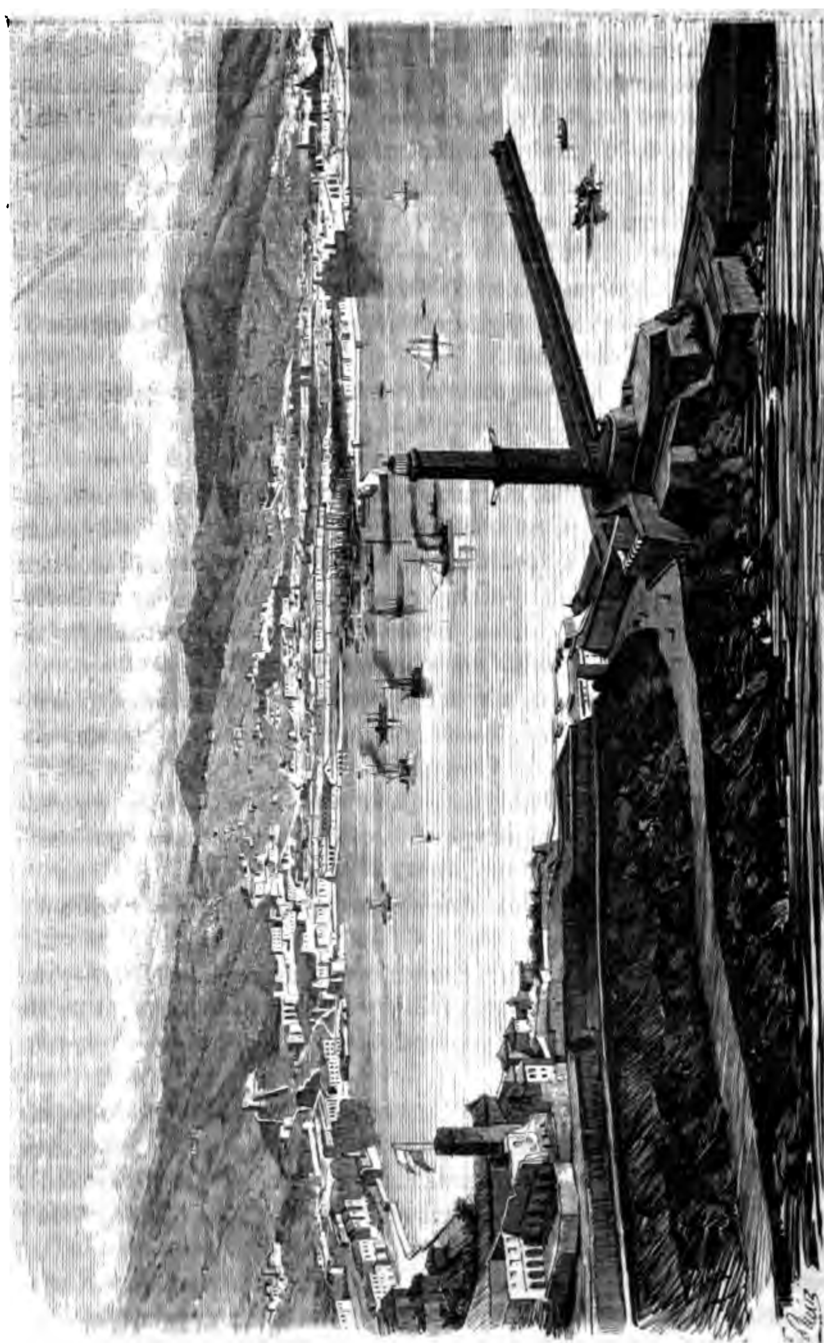
Allí ví un busto del amante de Laura, en el hueco de una losa negra, con una inscripcion en que solo se dice que Francisco Petrarca fue canónigo de aquella catedral, sin hacer mencion alguna de sus timbres literarios, como si la gerarquía histórica del grande hombre consistiera mas en haber gozado de tal prebenda que en haber escrito sus sonetos.

De la catedral me hice conducir al *Palazzo della Ragione*, una de las primeras curiosidades de Pádua, donde se ve la sala mas grande del mundo. Esta sala mide 300 pies de longitud por 100 de anchura, y fue construida á fines del siglo XII. El techo de tan vasta habitacion fue plano al principio; pero se hundió en el siglo XIV, y hubo que sustituirlo con una bóveda. Asi y todo, es un prodigio de edificacion.

El *Salone*, como se le llama por antonomasia, se estiende paralelamente al Ecuador, y en medio de él hay trazado un meridiano, al que baja un rayo del sol por un pequeño agujero de la bóveda á marcar á los paduanos la hora del mediodía.

En torno de la sala y á media altura de sus estensas paredes, corre una balaustrada ó galería, á la que se sube por cuatro magníficas escaleras.





Vista de Génova.

Este balcon facilita el estudio de las cuatrocientas pinturas que adornan los muros de tan descomunal estrado.

Dichas pinturas representan los varios destinos de la humanidad, juzgados por un criterio histórico-astrológico.

Yo no he visto nunca alegoría mas estravagante, mas disforme, mas incoherente y gratuita (pero grande al mismo tiempo, en medio de su locura, al modo de las aberraciones de los cuadros fantásticos del *Greco*), que aquella multitud de episodios de la vida humana, relacionados *ad libitum* con los movimientos de los astros, con la marcha de las estaciones ó con la representacion mitológica de cada estrella.

Tambien es de notar en el salon el *Monumento de Tito Livio*, así como su sepulcro, por mas que muchos nieguen que sean los huesos del célebre historiador los que se veneran como tales.

—¡*Chi sa!* me dijo filosóficamente el *cicerone* cuando le pregunté su opinion en este punto.

¡*Quién sabe!* repito yo á mi vez.

Tal es el famosísimo *Salone* de Padua, *Forum* y *Capitolio* de la ciudad durante muchos siglos.—Allí se ha administrado justicia por los *Podestá*; allí se ha reunido el concejo; allí se han celebrado elecciones; allí han dado audiencia los tiranos; allí han funcionado, en fin, todos los poderes, todas las instituciones, todas las corporaciones que han regido á Padua en sus multiplicadas vicisitudes.—Hoy no pasa allí nada, absolutamente nada.

El *Palazzo della Ragione* es hoy pura y simplemente un monumento fúnebre que recuerda á los viajeros la pasada historia de la ciudad.—Lo mismo sucede con el Palacio de los Dux de Venecia.

Diríase que el Austria, cediendo á un poderoso escrúpulo, ó á un supersticioso respeto, no se atreve á establecer su odiada dominacion sobre estos venerandos santuarios de la nacionalidad italiana.

Pues aun hay en Padua otro monumento mas augusto que el que acabamos de describir.

Tal es la iglesia de *San Antonio*, llamada comunmente EL SANTO;—y van dos veces que escribimos esta palabra con tan visibles caracteres, á fin de espresar de algun modo el énfasis y la veneracion con que la pronuncian los paduanos.

La iglesia de *San Antonio*, blanca y luminosa, sin unidad de estilo, con sus ocho cúpulas, con sus capillas cuajadas de monumentos, con sus esculturas en mármol y madera, con sus antiquísimas pinturas, reune al mismo tiempo los opuestos caractéres de una grandiosa mezquita, de un lúgubre templo gótico y de una espléndida catedral del *Renacimiento*.

Semejante heterodoxia artística le sienta bien á una iglesia de pura *devocion*.—La ingénua y candorosa piedad de los niños adorna así la *Cruz de Mayo* con todo lo que puede embellecerla, sin fijarse en el simbolismo de cada cosa.

¿Quién no ha reparado en esos *altares*, y quién no los ha levantado en su niñez?—En ellos colocábamos el vistoso schal de colores de nuestra hermana, las flores del jardin, el retrato de Mina y de Castaños, los anillos de nuestra

madre, el busto de Napoleon, armas y brazaletes, santos y soldados, bandejas y escribanias, y un frasco de agua de rosas, traido de Argel, al lado de un salero lleno de incienso ó de pebete.—Y todo era un homenaje rendido á las escelencias de la *Cruz* que se alzaba en medio de aquella mesa revuelta.

Pues asi procede siempre la devocion, y tal es el punto de vista estético de la Iglesia de San Antonio de Pádua.

La *Cruz* que allí se venera es el cuerpo del *Santo*.

La capilla que encierra su sepulcro es un prodigio de riqueza. Toda ella está revestida de mármol blanco y negro. Estátuas de bronce y preciosos bajo-relieves alusivos á la vida del Santo, adornan las paredes. En el centro se levanta el altar. Este es de *verde-antico*, en el cual se destacan cuatro ángeles de mármol blanco, que sostienen otros tantos candeleros de plata. Delante del altar hay dos grupos de ángelos, tambien de mármol, que son obras maestras de escultura. Cada uno de aquellos grupos sirve de base á un enorme candelabro de plata, de admirablemente ejecucion. El candelabro de la izquierda pesa 1607 onzas: el de la derecha, 1.450.—Del techo del santuario penden innumerables lámparas de plata y de alabastro, constantemente encendidas. Y en fin, por todas partes se ven ricas y piadosas ofrendas, *ex-votos*, cuadros que representan los recientes milagros del santo; (diligencias volcadas, enfermedades, caidas, naufragios y otras desventuras, remediadas todas por la intercesion de San Antonio.)

Detrás del altar hay una lámina de bronce que sirve de puerta á la tumba del glorioso portugués.

Yo no he visto nunca, y cuidado que he vivido en Andalucía y en Valencia, devocion semejante á la que inspira este sepulcro á los hijos del Veneciado. Yo fuí á visitarlo á las dos de la tarde de un dia cualquiera, y estaba rodeado de damas y caballeros, de gentes del pueblo, de niños y ancianos, que con el mayor recogimiento oraban de rodillas.—Los campesinos, que habian ido á Pádua al mercado ó á negocios, entraban, fatigados de los quehaceres del dia, con sus compras debajo del brazo, á tocar medallas y rosarios en aquella plancha de bronce; á aplicar á ella sus miembros doloridos, como á una fuente de salud; á que sus hijos impusieran allí sus manos, su boca y su cabeza, á fin de que fuesen buenos de pensamiento, palabra y obra; á confiar sus penas al patrono de la comarca; á pedirle ayuda ó consejo; á darle las gracias por anteriores mercedes, ó á visitarlo, á cumplir con él, á llevarle espresiones de sus familias, que al despedirlos aquella mañana con direccion á la ciudad, les habian dicho indudablemente:—«Que no te vengas sin ver al *Santo*.»

Al lado de la iglesia está la antigua *Scuola del Santo*, que merece ser visitada, aunque no sea mas que por los muchos y muy notables frescos de Ticiano que adornan sus paredes, alusivos todos á la historia de San Antonio.

Mas no es aquel todavía el gran monumento artístico de Pádua.—Este hay que buscarlo en las ruinas de la antigua iglesia llamada *Madonna dell' Arena*.

La *Madonna dell' Arena* fue edificada á fines del siglo XIII sobre los cimientos de un anfiteatro romano,—y de aquí su nombre.—Hoy está cerrada al cul-

to, desmantelada y ruinosa, en el fondo de un jardin de propiedad particular.

Sin embargo, pocos serán los viajeros que pasen por Pádua sin ir á ver en las vacilantes paredes de aquella nave vacia los célebres frescos de *Giotto*.—Estos frescos (ya lo he dicho) son un monumento del arte.—Su fecha no baja de 1276.

Giotto es todavia el pintor ideal, genuinamente cristiano, bizantino como su maestro el griego Cimabue; pero propende ya á resucitar la belleza pagana y á convertirla en espresion y forma de su teológico misticismo. Esta idea la habia heredado de su maestro, en quien era un instinto de su sangre helénica, y la legó á sus discípulos, que encontraron en el Mediodia de Italia mal apagados recuerdos de la beldad gentílica. Asi, pues, *Giotto* es, como si dijéramos, el segundo príncipe de la dinastía de Rafael, de la genealogia del Renacimiento.—Verdad es que hubo un dia en que el ascetismo cristiano, combinándose con la hermosura humana del arte antiguo, produjo la escuela estática, de que es lucero radioso el inimitable *Beato Angelico*; pero despues llegó *Perugino*, el maestro de Rafael y la revolucion del arte siguió su rumbo.—Perugino se afana por no inmolar el espíritu en aras de la forma; mas no intenta ni por un momento retroceder en el camino que ha adelantado el arte. Sus cuadros son una *transaccion* entre lo divino y lo humano, entre lo inmaterial y lo terreno, solo que, como el espíritu es siempre mas grande, mas noble, mas augusto que la belleza mortal, sus vivos resplandores dominan y resplandecen sobre la materia.—Rafael no es ya la *transaccion*, sino la *transicion*. Su primitiva *manera* refleja todavía el genio místico de su maestro. Esta es la época de sus Vírgenes sobrehumanas, de sus rostros seráficos, de sus visiones de gloria. Mas tarde, Rafael conocerá á Miguel Angel, estudiará el arte griego, se enamorará de la forma por la forma, y pintará la *Transfiguracion*... ¡la *Transfiguracion*, en que él tambien se transfigura; pero no convirtiéndose de hombre en Dios, como Jesus; sino trocando su intuicion de ángel por la sabiduria de hombre y olvidando la naturaleza divina, para complacerse en la copia y exaltacion de la naturaleza humana.

Pero me alejo demasiado de *Giotto*.

Entre los frescos de la *Madonna dell Arena*, hay unos que son del mismo *Giotto*, y otros que se atribuyen á sus discípulos por la religiosa fidelidad con que se sigue su escuela.—Los del maestro se conocen por la alta concepcion del asunto, por las sencillas actitudes de los personajes y por la ideal poesía de los rostros. Todos ellos recuerdan escenas de la vida de Jesus y de la Vírgen, á escepcion de uno que cubre una pared entera (sobre la puerta de entrada), que representa el *Juicio Final*.

Esta célebre pintura, anterior en tres siglos al *Juicio Final* de Miguel Angel, recordaria la *Divina Comedia* aun á aquellos que ignoraran que Dante y Giotto fueron íntimos amigos; que el poeta vivió mucho tiempo en Pádua en casa del artista, y que uno y otro se dieron en sus obras testimonios de amor y de estimacion,—Dante hablando de Giotto en unos sublimes versos, y Giotto retratan-



do mas de una vez al infortunado Dante.—Lo que nadie ha podido decidir hasta ahora es si la *Divina Comedia* fue inspirada por el *Juicio Final*, ó si la idea de esta pintura surgió en la mente de Giotto al oir á su amigo su inmortal poema.—Como quiera sea, todos los críticos han hallado (y yo la he hallado tambien sin ser crítico) una pasmosa semejanza entre una y otra obra. En el *Juicio Final* como en la *Divina Comedia*, la concepcion es elevada, un poco abstrusa, eminentemente teológica, ó por mejor decir, escolástica, sombria como el genio bizantino, tremenda y misteriosa como aquella noche de lúgubres pesadillas que se llama la Edad-Media. En la pintura como en el poema, la disposicion del cuadro es cándida y pueril, abigarrada y confusa, irracional ante las leyes de la perspectiva. Y por último, en ambas obras hay episodios y figuras de una belleza ideal, de una espresion encantadora, de un nobilísimo dibujo, en que se advierte la influencia de aquella elegancia gótica que trajeron de Oriente los Cruzados.—El *Juicio Final* de Giotto ostenta mas de una *Beatriz*, mas de una *Francesca*, mas de una *Pia*.

Yo no haré la descripcion detallada de aquella pintura disforme. Esto seria muy largo. Me contentaré con decir que el Padre Eterno ocupa el centro, y que de sus pies brota un rio de llamas que inunda toda la parte izquierda de la composicion.

—«Allí están, dice la *Guía de Pádua*, las mujeres de mal vivir y los obispos simoniacos, todos con la bolsa en la mano...»

A la derecha se ven los elegidos, los santos, los ángeles y las vírgenes.

En un lado todo es fealdad, tristeza y agonía: en el otro, todo es belleza, amor y bienaventuranza.

De la *Madonna dell' Arena* me hice llevar á la iglesia de *Santa Justina*, solo por ver el *Martirio* de esta santa, famosa pintura de Pablo el Veronés,

Santa Justina es un hermosísimo templo del Renacimiento, que pudiera servir dignamente de catedral en una córte esplendorosa como París y Lóndres.

Lo mismo digo de otras muchas iglesias secundarias de Italia, que no tienen nombre en Europa, pero que si se alzaran en un pais en que no fuesen tan comunes las obras maestras de arquitectura, bastarian por sí solas para dar nombre y lustre á las capitales que las encerraran.

Pues bien: Santa Justina sirve hoy de granero á los austriacos.

Ayer, cuando la ví, contendria mas de veinte mil sacos de trigo, sobre los cuales estaban tendidos, jugaban ó cantaban algunos soeces soldados, cuyas voces resonaban sarcásticamente en las altísimas cúpulas, á donde subia el humo, no del incienso como otras veces, sino de las pipas de los tudescos.

(Diré aqui de paso que el Austria, en vista de lo que acontece en Nápoles, está acumulando hace algunos dias tropas, víveres y municiones en las orillas del Po, y que los paduanos creen que de un momento á otro las águilas de Hapsburgo pasarán el rio y caerán sobre los nuevos estados de Victor-Manuel.)

En cuanto á la pintura de Pablo el Veronés que yo habia ido á ver á Santa Justina, hállase todavía en el altar mayor; pero disfruta allí de tan mala luz,

encuéntrase tan ahumada por los cirios que la alumbraban en otro tiempo, y ha sido restaurada últimamente con tan mala fortuna, que apenas pude formar juicio de su verdadero mérito.

A todo esto eran las cuatro de la tarde. Yo estaba fatigado, y ademas habia visto los mas notables monumentos de Pádua. Di, pues, por terminada mi escursion artística, y dije al astuto corcovado que me paseáse por los principales sitios de la ciudad.

El rapaz acogió con júbilo el mandato discrecional que le confiaba, y blandiendo el látigo denodadamente, puso al escape la apolillada calesa, que empezó á dar saltos mortales sobre el incoherente empedrado, haciéndome creer á cada momento que habia llegado mi última hora.

Así pasamos por la *Plaza de los Frutos*, en que se venden los granos, por la *Plaza de las Yerbas*, por la *Plaza de [illegible]*, y no sé por cuántas plazas mas, hasta que finalmente llegamos al *Prato della Valle*, cuya hermosura desdice del resto de la ciudad y donde pasé lo que quedaba de tarde dando vueltas á pie ó en coche bajo unas amarillas arboledas.

El *Prato della Valle* es la plaza principal de Pádua. En medio de ella hay un gran jardin cubierto de césped, cruzado por varias calles de árboles y rodeado de un canal elíptico, en cuyas dos márgenes se elevan hasta setenta y cuatro estatuas de italianos célebres, paduanos en su mayor parte. La forma de aquel jardin recuerda la de un anfiteatro que ocupaba antiguamente el mismo lugar. Las estatuas son menos que medianas; pero confundidas con los árboles, repetidas en el agua, dibujadas en el cielo, ennoblecen y hermosean aquella plaza monumental, en que solo eché de menos alguna gente de agradable porte que me acompañase en mis paseos.

Pero la verdad es que ayer tarde hacia demasiado frio en la insigne ciudad de Pádua, para que las ahijadas de San Antonio dejasen sus históricas viviendas.

Hube, pues, de contentarme con verlas detrás de los cristales de sus antiquísimos balcones,—y lo que ellas no saben es que cuando alguna me llamaba la atencion, le pedia noticias suyas al tremendo jorobado, el cual me revelaba el nombre de la beldad, su historia, sus amores, su posicion, sus gustos, la iglesia á que iba á misa, los trajes que usaba habitualmente, y otras muchas cosas que me hacian tanto efecto como las novelas de Balzac.

¡Oh! nada hay tan melancólico en nuestra vida humana como estas intersecciones de dos destinos, procedentes de diversas y apartadas cunas, y llamados á no encontrarse mas sobre la tierra!

Si ¿quién será tan insensible que no haya esperimentado alguna vez la vaga inquietud de semejantes emociones?

Pasais por una ciudad sedentaria en que nunca habeis estado y á la que no pensais volver. Veis en un balcon una hermosa jóven pensativa, que por casualidad fija en vos sus tristes ojos. Indudablemente, ella se ocupa de vuestro destino durante un fugitivo instante.....

—«¡Un hombre! ¡un desconocido!...—murmura distraidamente su pensa-

miento.—¿Quién será? Seguramente será alguien para algunos. El creerá que para mí no es nadie. Y es que yo no soy nadie para él. El pasa por aquí viniendo no sé dónde y dirigiéndose á alguna parte. Nuestras vidas no se conocen. Solo se han visto nuestros cuerpos. Nuestras almas tienen diferente norte. El habrá ya constituido sus afectos, como yo los mios... ¡Dobló la esquina! Héme aquí otra vez sola, encerrada en el círculo de hierro de mi monótona, rutinaria y fastidiosa existencia.»

Asi, pues, el viajero es para aquella mujer la sombra querida de la libertad, la imágen del porvenir, lo desconocido, lo insólito, lo poético... el mas allá de los muros de su casa y de las montañas de su horizonte.

En cambio, aquella mujer es para el viajero como la esfinge de su vida.

—«¿Quién sabe,—se pregunta uno,—si esa es el alma gemela de la mia; si esa mujer me está esperando hace mucho tiempo; si ella seria mi felicidad? ¿Quién sabe si yo estoy pasando ahora mismo por delante de la dicha, sin adivinarlo siquiera, y he de seguir adelante buscando una cosa que me he dejado atrás? ¿Quién sabe si mañana volveré á encontrar á esta mujer en mi camino, y la amaré y suspiraré por ella, y entonces será ya tarde?»

Y en medio de estas dudas, nos maravilla que aquel ser haya existido diez y ocho ó veinte años sin que nosotros lo supiéramos, sin que lo hubiésemos imaginado siquiera; y nos duele el corazon al comprender que ya nunca volveremos á saber de aquella vida; que ignoraremos su futura historia; que no tendremos noticias ni de su muerte; que al dejar aquella calle es cuando verdaderamente morimos el uno para el otro... ¡y que era tan bella, era tan espresiva, era tan grave, seria tan cariñosa!...

¡Oh, lo desconocido!—¡Lo desconocido es lo infinito! ¡Lo desconocido es todo lo que nos falta! ¡Lo desconocido es el cielo!

Mientras yo pensaba de este modo (sin mas razon ni motivo que haber visto moverse las cortinillas de dos ó tres balcones y haber columbrado entre cristales, aquí unas trenzas sedosas, allí unos ojos negros rasgados, ora una mano aristocrática, ora un talle juvenil mal desfigurado por los pliegues de una bata), el dia empezaba á desaparecer; los pájaros cantaban ya reunidos en las marchitas copas de la arboleda; el frio se hacia sentir cada vez mas; la niebla se levantaba del suelo é iba á reemplazar á las nubes que empezaban á desalojar la atmósfera... En los balcones de algunas casas brillaba ya la luz de la velada de familia.

Todas estas cosas dieron otro rumbo á mis ideas, y pensé en que hoy haria buen dia, puesto que la niebla empezaba á helarse, y en que ya habia visto á Pádua, y por consiguiente debia continuar mi camino. Pregunté al jorobado cómo se hacia el viaje á Ferrara, y me dijo que todas las mañanas á las cinco salia una silla de posta con direccien á esta ciudad, á la que se llegaba en diez horas.

Fuíme, pues, al hotel: comí solo, lo cual es mas triste que no comer, suponiendo que se halla almorzado: escribí á España una carta, muy mas interesante y curiosa que este capítulo: envié á la posta por un billete para Ferrara: ar-

En la orilla esclava habia un fuerte destacamento de soldados de Austria, con sus capotes grises y sus kepis aplastados.

En la orilla libre paseaban algunos *bersaglieri*, ufanos con su traje montañés y su sombrero de plumas.

Entre una y otra márgen no hay todavía puente alguno.—La travesía del Po se hace en frágiles barquichuelos.

El que debia trasladarme á mí, hallábase ya preparado.

Sufrí, pues, nuevos vejámenes en la frontera austriaca; dejé que me interrogaran y que registraran mi saco de noche; dí espresiones para Giotto al conductor, que desde allí se volvia á Pádua con la silla, y penetré en un bote de mala muerte, gobernado por dos remeros.

Pocos minutos despues, pasábamos en medio del Po aquella línea imaginaria,—¡demasiado imaginaria!—que separa *legalmente*, y no de otra manera, á dos pueblos dotados por Dios de unos mismos rios, de un mismo horizonte, de una misma sangre, de una misma lengua, de un mismo genio, en fin; ¡del genio de las artes, lazo indisoluble de la unidad italiana!

¡Inolvidable momento!...

. . . .
. . . .

CAPITULO VI.

LAS LEGACIONES.

I.

Una tarde en Ferrara. — El *Castello*. — Recuerdos de Lucrecia Borgia. — Parisina. — El Tasso.

. . . .
. . . .

Mi primera operacion al desembarcar en *Ponte Lagoscuro* fue respirar con toda mi fuerza, como si acabaran de quitarme de encima una montaña de plomo.

¡Estaba en un pais libre!

Maquinalmente, me volví hácia la orilla que acababa de dejar; y al ver en ella á los soldados austriacos y la bandera amarilla y negra sobre la aduana de *Santa María*, diéronme tentaciones de significar á los tiranos del Veneto no sé qué sangrienta burla, no sé qué odio mezclado con regocijo, no sé qué amenaza y qué desprecio... que podian resumirse en este solo grito: ¡*Viva Italia*! pero no me atreví á pronunciarlo, temeroso de que los *bersaglieri* y los habitantes de *Lagoscuro* lo tomasen por una cobarde adulacion, y los tudescos por una tardía baladronada.

Sofoqué, pues, mis afectos y me dirigí á la aduana piamontesa.

—Puede usted continuar su camino, se apresuraron á decirme los empleados, sellando mi pasaporte sin leerlo y devolviéndome el saco de noche sin abrirlo.

Yo les dí las gracias, y monté en una silla de posta igual á la que habia dejado en la otra márgen.

Los caballos, que piafaban impacientes, salieron al galope.

Una hora despues llegaba á las puertas de Ferrara.

Serian las cuatro de la tarde.

Desde que penetré en la primera calle de esta antigua córte de los duques de Este, eché de ver que la ciudad es demasiado grande para la poblacion que hoy la habita.

El perímetro de Ferrara no bajará de dos leguas y media; y sin embargo, apenas contiene 30,000 almas.

Las calles son anchas, rectas, y están empedradas de menudos guijarros. Los enormes edificios que las forman, entre los que se ven centenares de palacios, tienen un aire señoril, magestuoso, venerable, que recuerda los grandes tiempos de esta ilustre capital.—Muchos de estos palacios están cerrados por falta de inquilinos.

La yerba, amiga siempre de la soledad, crece impunemente á la puerta de aquellos sepulcros de pasadas generaciones, y los escudos de armas, tallados en piedra, que adornan las torres y las portadas, así como los que se ven engastados en los hierros de rejas y balcones, parecen los epitafios de las nobles familias que allí vivieron y de que ya solo queda un pálido nombre en la historia.

Al principio atravesé calles completamente desiertas.

Mas adelante ví algunos hombres embozados en capas negras, mas cortas y de menos vuelo que las españolas.

Luego entramos en una calle en que habia ya algun comercio, algun ruido, alguna animacion.

Llegábamos al centro de la estensa capital.

En muchos balcones ondeaba la bandera tricolor de Italia, y en las muestras de las tiendas se advertian indicios del entusiasmo que inspira á los ferrareses el nuevo estado de cosas.

Almacen de la Unidad, decia un letrero. *Café de Cavour*, se leia en otro lado. *Calle de Solferino*, rezaba un azulejo. *Bazar de Victor Manuel.*—¡*A la nueva Italia!*—*Fonda de la libertad*, decian otros rótulos.

Y á mas de esto, veíase en las esquinas una infinidad de carteles con anuncios de folletos, libros, periódicos y espectáculos, cuyo solo título hubiera constituido un crímen ó una heregía á los ojos del *Cardenal Legado* que imperaba en esta ciudad, en nombre de la Santa Sede y con ayuda de las bayonetas austriacas, antes de las famosas anexiones del año último.

Al considerar todas estas cosas, no podia menos de conmoverme, pensando en la profunda turbacion que debió de esperimentar este pueblo al pasar bruscamente desde el mas intolerante absolutismo á la mas amplia libertad.—¡Qué catástrofe aquella para los que vivian apegados al antiguo régimen! ¡Qué delirio de júbilo para los que deseaban, pero no se atrevian á esperar lo que sucedió de pronto! ¡Qué terrores! ¡Qué vértigos! ¡Qué alegrias! ¡Cuántas lágrimas de placer ó de pena! ¡Cuánta locura en todas las imaginaciones! ¡Cuántas ruinas y cuántas resurrecciones en una hora!

De todas estas peripecias solo quedan ya en la ciudad (en el centro de ella, vuelvo á decir) los vestigios de la alegría.

La pena acaba siempre por ocultarse.

Un júbilo espansivo se reflejaba esta tarde en todos los rostros. Los ferrareses iban y venian de una calle á otra, vestidos con su ropa de los dias de fiesta, á pesar de ser hoy dia de trabajo. Todas las jóvenes de la ciudad (¡cosa rara en un pueblo de provincias!) salian á paseo en el momento que yo cruzaba por la *via dei Piopponi*, y dicho sea de paso, algunas de ellas me han parecido muy lindas y muy elegantes. (Réstame ahora saber si perpetuan la tradicion de Lucrecia Borgia.) Los jóvenes, vestidos de guardias nacionales, conferenciaban gravemente á la puerta de los cafés. Algunos organillos tocaban los himnos de Milan y de Garibaldi. En un canal que atraviesa toda la poblacion, se veian dos ó tres falúas empavesadas con gallardetes tricolores. El sol, en fin, que se ponia por el estremo de una larga calle, proyectaba horizontalmente su radiosa luz sobre el leve tamo de la atmósfera, haciéndole bullir y reverberar como un polvo de oro. —Esta claridad de gloria aumentaba el sublime alborozo de aquel pueblo convaleciente, que todavía no puede contar por años sus dias de independencia y libertad.

Luego pasé por delante del *Castello*, antigua morada de los señores de la ciudad.

Su sola vista me volvió á los tiempos pasados.

La Ferrara papal y la Ferrara piamontesa desaparecieron á mis ojos.

El *Castello* ó sea el palacio ducal, es uno de los alcázares mas poéticos, mas románticos, mas novelescos por su forma y por sus tradiciones, que puede imaginar la fantasía.—Aislado en medio de una plaza, rojo, elevadísimo, rodeado de profundos fosos llenos de agua, flanqueado por cuatro esbeltas y macizas torres, con sus arcos que pasan de un ala á otra, con sus puentes levadizos, con sus muros almenados, con sus ventanas ogivales y sus cadenas de hierro, ofrece un aspecto sombrío, imponente, amenazador, como la edad en que fue construido, como los príncipes que reinaron en él, como las historias de que son monumentos sus torreones y sus mazmorras.

Estas historias acudieron en tropel á mi imaginacion.

—Aquí, me dige, vivieron los Azos, los Hércules y los Alfonsos de Este, aquellos otros Médicis, famosos por sus amoríos, sus crueldades y sus fiestas.— De allí salian á pelear en defensa de la soberanía de los Papas y de la independencia de Italia, cobijadas entonces por una misma bandera.—Aquí celebraban despues sus victorias con espléndidos regocijos, que estendian por toda Europa el nombre de Ferrara, llamada con razon en aquel tiempo el emporio del placer, de la hermosura, del lujo, de la galantería, de las letras y de las artes.—Aquí tuvo lugar la tremenda tragedia de *Parisina*, cantada por lord Byron y Donizetti. Aquí los saraos presididos por Lucrecia Borgia. Aquí la disolucion, la gloria y los asesinatos cantados por Victor-Hugo.—En esos vastos salones, cuyas ventanas abiertas me dejan ver molduras doradas y lujosos cortinajes, leyó Juan Guarini su tragi-comedia *Il Pastor Fido*, en presencia de Alfonso II, de su hermana Eleonora y del infortunado Tasso.—¡*Tasso* y *Eleonora*! Ahí se conocie-

ron; ahi la amó años y años el inmortal poeta; ahí leyó por primera vez su *Gierusalemme liberata*, buscando en los ojos de la ingrata beldad el único lauro á



El Cardenal Antonelli.

que aspiraba en el mundo, y de ahí le llevaron un dia al hospital de Santa Ana, y le encerraron en un calabozo, tomando por locura su pasion devoradora!—Los salones de ese alcázar (continué diciéndome) recuerdan tambien haber oido á

Boiardo y Ariosto recitar sus inmortales poemas;—vieron á Ticiano retratar á Lucrecia Borgia, ó inspirarse en su peregrina hermosura para pintar las *Bacantes* y el *Triunfo del Amor*;—conocieron á Tito Vespasiano Strozzi; el último poeta latino, que componia madrigales en honor de la liviana hija de Alejandro VI,—temblaron al oir la voz de Savonarola, cuyas primeras predicaciones condenaron el escándalo en que vivian los Borgias y los Este;—albergaron á Calvino, llamado á esta ciudad por su sectaria la mujer de Hércules II;—hospedaron despues por espacio de dos siglos á los Cardenales Legados;—se estremecieron un dia de asombro al ver entrar por sus puertas al primer Napoleon;—y últimamente han sufrido la ominosa ocupacion austriaca, único sosten del odiado gobierno pontificio.

. . . .

Con esto llegamos á la puerta del hotel de la *Estrella de Oro*, de que yo tenia buenas noticias, y donde escribo estas páginas. Escogí cuarto; dejé en él mi equipaje, y torné á salir á la calle, á fin de aprovechar lo que restaba de dia para acabar de ver á Ferrara y tomar un billete en la diligencia que parte mañana para Bolonia.

Como podreis suponer, mi primera visita ha sido á la *Prision del Tasso*.

Es esta una especie de sótano húmedo, oscuro, infecto, que en su orígen fue leñera del hospital de Santa Ana.

Sus cuatro paredes, su puerta y hasta el techo se hallan cubiertos de nombres ilustres.

Entre ellos he leido los de Goethe, Byron y Lamartine.

Byron grabó el suyo en gruesos caracteres, labrando una piedra con un puñal.

El conserje dice que el poeta empleó dos horas en esta operacion y que pasó otras dos encerrado en el calabozo.—Lo cierto es que al cabo de ellas, y de vuelta en su casa, escribió su célebre elejia *La lamentacion del Tasso*.

Encima de la puerta de la prision hay una lápida de mármol con estas palabras en letras de oro:

RISPETATE, Ó POSTERI,
LA CELEBRITÁ DI QUESTA STANZA,
DOVE
TORCUATO TASSO,
INFERMO, PIU DE TRISTEZZA CHE DELIRIO,
DETENUTO DIMORÓ ANNI VII MESSI II.
SCRISSE VERSI E PROSE,
E FU RIMESSO IN LIBERTA
AD ISTANZA DELLA CITTA DI BERGAMO
NEL GIORNO VI IVGLIO MDLXXXVI (1).

Aquella mazmorra es de todo punto inhabitable, aun contando con que tu-

(1) «Respetad, oh generaciones venideras, la celebridad de esta estancia, donde Torcuato Tasso, enfermo, mas de tristeza que de delirio, vivió prisionero siete años y dos meses. Aquí escribió versos y prosa, y fue puesto en libertad á instancias de la ciudad de Bérgamo el dia 6 de julio de 1586.»

viera la otra ventana cuyo sitio indica el conserje.—Yo no comprendo como un hombre ha podido permanecer allí siete años... ni siete dias.

—¡Siete años!—Y con un alma como aquella, con una imaginacion de fuego, con un corazon tierno y afectuoso, con una vasta inteligencia... con tan viva sed de gloria!...—Repito que no lo comprendo.

Y sin embargo es verdad.

Entre tanto, Eleonora, la causa de las penas de Torcuato brillaba y lucía en los saraos del *Castello*, rodeada de galanes, feliz y sonriente, olvidada del mísero poeta y dispuesta á casarse con un príncipe de su alcurnia.

Nada mas natural.

Lo estraño hubiera sido que las cosas no pasaran de este modo.

El pobre Tasso debió de ser un ángel de inocencia, cuando no contó con esto y con lo demás que le sucedió.

El contraste de aquellos dos destinos ha sido admirablemente espresado por un gran poeta español de nuestros dias, en un drama que nadie puede haber leido (por la sencilla razon de que no está escrito); pero del cual sé yo de memoria algunas escenas, que su autor me ha recitado varias veces.

El poeta es Fernandez y Gonzalez; el drama se titulará *El último sueño*, y Torcuato Tasso habla en él de este modo:

Un tiempo mas dichoso,
cuando la luna pálida lucia,
iba á *encontrarla*. . . . .
¡Cuán dulce el tiempo resbalaba y grato!
¡Todo era encanto allí! ¡todo pureza!
¡todo mentira al par!!!—Y yo, insensato,
esclavo de su mágica belleza,
ángel soñaba á la beldad perjura
que en soledad de muerte me abandona
y, adúltera del alma, su fé pura
infame trueca por ducal corona.
—¡No le basta un laurel!—Pobre es mi lira;
mis héroes son soñados; mis amores
sueño que el alma en su afanar delira...
¡Todo cuanto yo soy... todo es mentira!
¡Solo hay verdad, y horrible, en mis dolores!

El guardian de la prision me ha encargado que, puesto que me dirijo á Roma, no deje de visitar en el convento de San Onofre la celda en que murió el Tasso, donde veré y leeré cosas interesantísimas, referentes al laureado vate.—Lo haré asi.

Despues me presentó un libro para que escribiera mi nombre.

En él habia millares de firmas de viajeros de todos los paises del mundo.

La última es la de un español amigo mio, y lleva la fecha de hace quince dias.

Desde la prision de Tasso he vuelto al *Castello*:—de la casa de Torcuato á la de Eleonora.

En el camino he encontrado la *Plaza Ariostea*, en medio de la cual se levanta la estatua del cantor de *Orlando el furioso*.

Su pedestal ha sostenido ya otras dos estátuas: una del papa Alejandro VI, derribada por los revolucionarios en 1796, y otra de Napoleon I, arrebatada por los austriacos en 1815.

El *Castello* sirve hoy de prefectura.

Algunos milicianos daban la guardia en la puerta.

Preguntéles si se podia entrar, y con la mayor urbanidad me dijeron que sí.

Entré, pues, y no encontré á nadie por ningun lado.

Empezaba á oscurecer.

Ví á la izquierda una escalera iluminada, y me dirigí á ella.

Era una hermosa escalera de caracol, ámplia, cómoda y bella, toda revestida de mármol blanco, alfombrada con mucho lujo, hecha indudablemente para arrastrar colas.

Los peldaños giraban en torno de una elipse, y de aquí el que fueran tan anchos y suaves.

Yo creí encontrarme en el siglo XVI y que acudia á un baile dado por los duques de Este.

Pero la verdad es que el primer piso del palacio ha sido restaurado por dentro, y que el prefecto de la ciudad daba á aquella hora audiencia en su despacho.

Pasé, pues, como sobre ascuas por delante de la puerta de la habitacion en que penetraba la tira de alfombra, y continué subiendo la escalera sin saber á dónde iria á parar.

Ya no revestian bruñidos mármoles las paredes. Ya no habia tampoco iluminacion ninguna. Mis pies se sepultaban en una densa alfombra de polvo. Y la espiral de la escalera no terminaba, ni conducia á ninguna parte.

Al fin encontré una puerta, por la cual se alcanzaba una débil claridad del moribundo dia.

Aquella puerta daba á un corredor, con ventanas al patio.

Este corredor me llevó á una galería con vistas á la plaza.

Al fin de la galería habia una escalera oscura...

—¿Bajaré por ella? me pregunté.

Ni ladrones ni asesinos eran de temer en el asilo de la autoridad... pero la escalera podia estar hundida, cortada... ¿Quién sabe? ¡Podia llevar á una cisterna, á una prision... tal vez á la prision de Parisina!...—Y luego, ¿quién está seguro de que no hay nada de fundamento en lo que se cuenta de los aparecidos, de los fantasmas, de las almas en pena?

Renuncié, pues, á bajar, y eché por otro lado.

Entonces recorrí salones y mas salones, todos vacíos y abandonados completamente.

El rojo crepúsculo, ya casi muerto, me alumbraba apenas lo bastante para no tener que ir tocando las paredes.

Por último me perdí.

Y seguí perdido mucho tiempo, andando y desandando un mismo camino; fatigado ya y próximo á empezar á voces, á fin de que me sacaran de aquel laberinto; con hambre y miedo... miedo de pasar allí la noche, ó de ser tomado por un ladron, ó de encontrarme de pronto con los cinco ataudes del festin de *Lucrezzia Borgia*, y con el coro de Agonizantes, y con la misma Lucrezzia..., armada de puñal y de veneno, envuelta en aquella rubia cabellera, tan fina y abundante, de que yo habia besado... digo, tenido en la mano... una preciosa trenza en la biblioteca de Milan...

Comprended que mi situacion era apurada.—Yo habia acariciado el cabello de aquella terrible mujer, acaso contra su gusto... Ella se distinguió siempre por su sagaz policía y por su don de ubicuidad... Ella era muy capaz de hacer un viaje del otro mundo á este con tal de vengar una ofensa... Ella podia haber esperado á que yo visitase su palacio para pedirme cuenta del insulto de Milan...— ¡Ah! si conoceis el retrato de la Borgia pintado por Ticiano, comprendereis todo lo que aquí digo; y si conoceis la vida y aventuras de aquella mujer, comprendereis todo lo que callo.

Asi andaba por pasillos y crugías, por escaleras y salones, cuando—os suplico que me creais,—yo no invento nada en estos apuntes,—oí unos leves pasos y el ruido de una falda que rozaba las paredes.

Ya era noche completa.

Yo me paré.

—¿Quién va? preguntó entonces una voz de mujer al fin de la galería en que me encontraba.

¡Creí que me moria!

—¿Sois vos? repitió el mismo acento femenil con un timbre ronco, que me pareció el de la ira.

—¿Quién va? dije yo á mi vez... por decir algo.

—Soy yo, repuso la voz aproximándoseme. ¿El señor quiere ver la prision de *Parisina*!

Este nombre me tranquilizó un tanto.—*Parisina* me alejaba de *Lucrecia*.—Se trataba de una historia menos terrible que las que yo recordaba en aquel momento.

—Pero ¿sois vos Parisina? repliqué entonces, adivinando la verdadera situacion.

—Yo soy la mujer del conserje, para servir al caballero, contestó la voz á pocos pasos de mí. Le he visto entrar en el *Castello* y le he seguido.—¡Por cierto que hay poca luz y nos hemos estraviado!—Si el señor quiere ver la prision de Parisina, venga mañana por la mañana.—Mi marido tiene la llave y no volverá hasta media noche.

—Lo que quiero es que me saqueis de aquí, contesté todavía trémulo.

—Seguidme, dijo la mujer.

Y bajamos una escalera, y luego otra, y nos encontramos en el patio grande del *Castello*.

—¿Veis aquella luz? esclamó entonces la mujer, que era fea, y de bastante edad (ya veis que no miento.) Pues allí está la salida.—Ahora, si el señor tiene voluntad de darme alguna cosa...

Aquella luz alumbraba á una Vírgen.

Cerca de ella habia una puertecilla que daba sobre los fosos del *Castello*.

Cuando puse el pie en la calle esperimenté una alegría mayor que la que me produjo el salir de los Pozos de Venecia.

Con esta aventura dí por terminada mi escursion á los tiempos pasados de Ferrara, y me vine al hotel, donde me esperaba ya la comida.

Durante ella hablé largamente de política con el que me servia á la mesa, el cual me ha contado á su modo una porcion de anécdotas de la dominacion romana, de la revolucion del año pasado y del actual órden de cosas.

Estas anécdotas no son para referidas al público; pero me sirven á mí para formar juicio de la Italia de ayer y de la Italia de hoy.

Creo habéroslo dicho: cuando viaja uno por pais estranjero, aprende muchas mas verdades oyendo á los mayorales, á los fondistas y á los mozos de los cafés que departiendo filosóficamente con profundos estadistas.—Estos os dicen sus opiniones: aquellos os relatan los hechos.

Cuando salí del hotel para ir al teatro, encontré que Ferrara habia vuelto á sumerjirse en la noche de su historia.

Todo era tristeza y soledad en las calles. La animacion política se habia trasladado al teatro, como vereis despues. Los palacios se sucedian en la sombra, mudos y severos, olvidados de las alegrias pasajeras de esta tarde y recordando sus grandes dias de los siglos XV y XVI.

A pesar de las minuciosas señas que me habian dado en el hotel, me perdí varias veces antes de encontrar el teatro.

Una de ellas sirviéronme de guia tres embozados de mala catadura, que se quitaban el sombrero, sin descubrir por eso la cara, al pasar por delante de los muchos Cristos y Vírgenes que hay en las esquinas de la ciudad. Estos embozados me llevaron por intrincadas callejuelas, en que no se veia otra luz que la de las susodichas imágenes. Yo me acordaba de Toledo y de Guadix á las altas horas de la noche, y como que me arrepentí de haberme dejado guiar por aquella gente.

Pero tambien esta vez eran infundados mis temores, y los buenos ferrareses me sacaron á puerto de salvacion, dejándome en la puerta del teatro.

El teatro de Ferrara es grande y bello. De sus ciento veinte palcos solo habia ocupados doce. En cambio la platea estaba completamente llena. La mayor parte de la gente se hallaba de pié, y los hombres conservaban el sombrero puesto, á pesar de haberse corrido las cortinas que hacen las veces de telon de boca.

Representábase una comedia de flamante actualidad. *El desembarco de Garibaldi en Marsala.*

El público aplaudia estrepitosamente.

Yo conocia ya el asunto por los periódicos; los actores eran muy malos y el público gente muy comun.

Dime, pues, por satisfecho con media hora de espectáculo; busqué un *cicerone* entre la multitud, lo cual me costó poco trabajo y menos dinero, y abandoné el teatro con intencion de venirme derecho á casa.

Pero el *cicerone,* que era un muchacho muy listo, lo dispuso de otro modo, y quieras que no quieras, me hizo pasar por delante de la casa en que nació *Ariosto*; pararme delante de otra en que murió, situada á media legua de la primera, y saludar el palacio *Guarini*, en que viven todavía los descendientes del gran bucólico.

Ahora me alegro mucho de haber hecho semejantes visitas á los Penates de dos genios que tanto amo; pero la verdad es que estoy rendido.

A bien que la cama que me ha caido en suerte tiene nueve palmos de anchura!—En cuanto á su fecha, yo creo que no bajará del siglo XV.

¿Quién sabe si esta cama formaria parte del mobiliario de los duques d'Este, vendido en pública almoneda en 1598, cuando la Santa Sede se apoderó de Ferrara?

¿Quién sabe si habrán dormido en esta cama Lucrecia Borgia y sus cuatro maridos?

Duca Alfonso, mio quarto marito!...

¿Quién lo sabe?

Lo que yo sé es que son las doce de la noche; que mañana he de madrugar á fin de llegar á Bolonia temprano; y que me estoy cayendo de sueño.

Con que muy buenas noches.

II.

El amanecer en Ferrara.—Viaje á Bolonia.—Las torres inclinadas.—Paseos por la ciudad. —La academia de Bellas Artes.

Son las siete de la mañana cuando escribo estas líneas en una ancha, recta y larguísima calle de Ferrara, sentado á la puerta de una casa, cerrada todavía, pero donde debe de vivir alguien, pues oigo barrer en el piso principal; enfrente de la administracion de correos, que se abrió hace un cuarto de hora, y esperando á que acaben de enganchar cuatro caballos al carruaje que ha de conducirme á Bolonia.

La mañana no puede estar mas hermosa, aunque bastante fria. Anoche ha escarchado mucho. El cielo se halla azul y limpio, como si Dios acabara de crearlo. El sol sale en este instante... y por cierto, de una manera muy original y sorprentente, que no debo pasar por alto.

La calle en que me ancuentro termina en una puerta monumental, (*Porta*

di Po) compuesta de tres arcos desiguales, que se dibujan graciosamente en una verde llanura y en el turquí del firmamento.—Ahora bien: al sol le ha tocado hoy salir precisamente por aquel punto del horizonte que se divisa por el arco central de la *Porta di Po*. Ha habido, pues, un momento (hace un minuto) en que el astro del dia asomó su disco por el medio punto de la tallada piedra, como un glorioso rey que entrara en la ciudad bajo un arco de triunfo.

En cuanto á su luz, todavía penetra fúlgida y rutilante por aquel magestuoso rompimiento, inundando de vívidas llamas toda la longitud de la calle.—Diríase que un cañonazo de luz, disparado en el remoto oriente, ha abierto tres brechas en el muro que cerca á Ferrara, y barrido y dispersado las tinieblas, acampadas hacia catorce horas en esta silenciosa calle.

Ferrara duerme todavía.—Por donde quiera que miro, solo veo enormes casas cerradas. Las únicas personas que hasta ahora han dado señales de vida son los dos ó tres dependientes de la diligencia, que conversan á su modo con los caballos; un señor que se pasea por la acera de enfrente, y en el cual adivino un compañero de viaje; la criada de la casa á cuya puerta estoy sentado (y digo *criada;* porque ya ha empezado á amenizar el barrido con algunas canciones,) y yo, que escribo y tomo el sol á un mismo tiempo, esperimentando un bienestar y una alegría que no se como esplicarme.

Al fin de esta calle, y cerca de la puerta citada, se distingue una esbelta columna, levantada en honor de Ariosto.—El daros esta noticia, me ha costado un paseo desde aquí á la columna y desde la columna hasta aquí.

¡Qué hermosa mañana!—Ahora será todavía noche completa en mi país natal.—Si alguna persona cara á mi alma ve hoy desde aquellas tierras la salida del sol, no sospechará seguramente que el astro benéfico me ha visto á mí dos horas antes que á ella, y que lo que ella toma por el primer rayo del dia es un destello cualquiera de los que yo veré lanzar al padre de la luz cuando ya se encuentre muy levantado en mi horizonte.

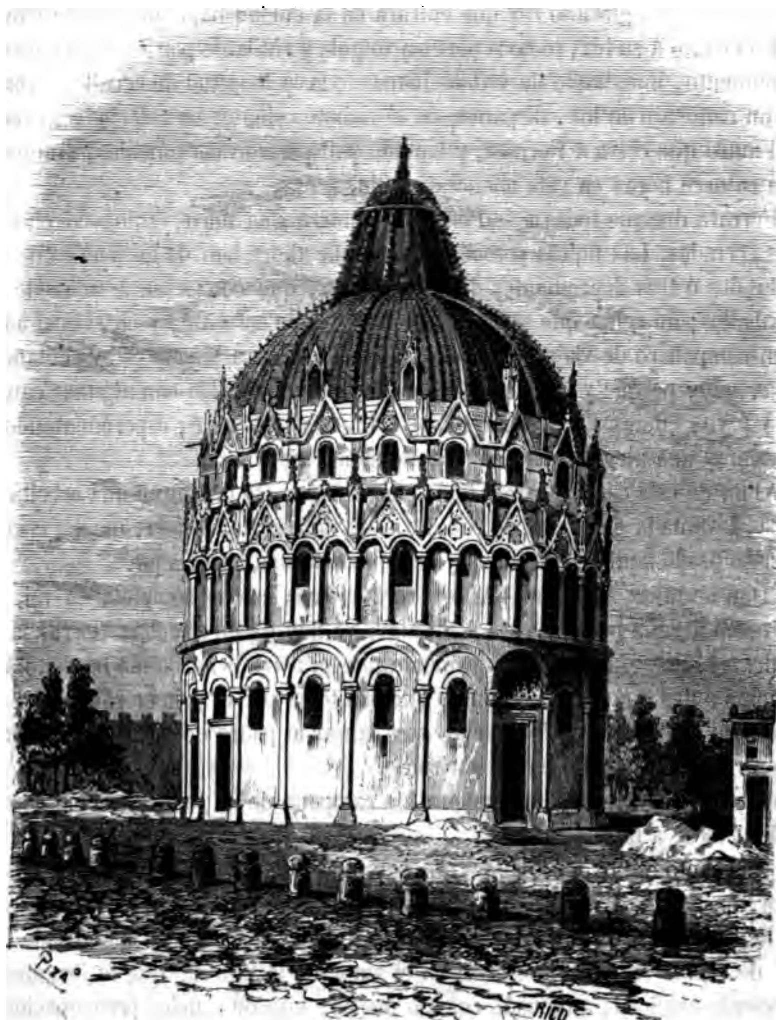
Mientras discurro de esta manera, la campana de un templo vecino ha empezado á tocar á misa.

¿Qué santo es hoy?—Estamos á diez y nueve de noviembre... *Santa Isabel.* —Hoy, en España...

¡España! ¡Siempre España!—Hubo un tiempo, cuando yo la daba de filósofo, de *esprit fort*, que no creia en el amor de la patria; que lo juzgaba un sentimiento artificial, anticuado cuando menos, hijo de crueles preocupaciones. —«Todos los hombres son hermanos, me decia: las fronteras son una iniquidad inventada por los conquistadores y por los déspotas; toda la tierra es patria de toda la humanidad; las demarcaciones y delimitaciones que separan á unos estados de otros, no son sino convenciones tiránicas que anulará la civilizacion.» Y hasta leí libros y periódicos que hablaban de esta manera.

¡Oh! los que asi pensais todavía, salid de vuestra patria; recorred una ciudad que no se diferencie en nada de las que visteis en vuestro pais; prestad oido atento á la campana católica, que toca lo mismo que en el pueblo que os vió

nacer, y esperimentareis una honda pena, un frio de soledad, una estrañeza melancólica que no sentísteis nunca en vuestra nacion, aunque os halláseis en ciudades desconocidas y muy apartadas del lugar de vuestra cuna.



Bautisterio de Pisa.

Y es que os parece que la campana habla otro idioma; es que el aire carece de diafanidad y se interpone como un muro entre vos y el horizonte; es que el cielo se os aparta y os niega abrigo, como diciéndoos:—*No te conozco*... Es que la patria existe; es que cada hombre tiene una patria, como tiene una madre; es que esa patria y esa madre no se pueden reemplazar con otras. Los amores y las

aficiones cambian de término y de objetivo; el respeto, la gratitud y el temor con que el hijo ama á su padre pueden sentirse alguna vez por un bondadoso pro-



Pio IX.

tector, por un sabio maestro, por un confesor, por un héroe, por la virtud, por el arte, por Dios...; pero el amor á esas dos madres que nos llevaron en su seno, que nos nutrieron con su sangre, que nos calentaron contra su corazon, que nos

echan de menos en sus entrañas; el amor á esas madres, de las que una nos reclama antes que nacemos y la otra despues que morimos; sentada aquella al borde de una cuna, sentada esta al borde de nuestra tumba; ese amor, digo, es alma de nuestra alma, vida de nuestra vida, ser de nuestro ser, como el eterno tipo de nuestra forma terrena,—que nunca altera sus primitivas líneas, á pesar de la incesante renovacion de nuestro cuerpo.

Mas hé aquí que una puerta se abre, á pocos pasos de la que me sirve de escritorio...

Ya era tiempo de que sucediera algo; pues de no suceder nada, Dios sabe á dónde habria ido á parar esta hoja de mi cartera.

¡Hola! una jóven que va á misa... ¡Estraña fisonomía y estraña vestimenta! —Yo conozco algo semejante...

Sin duda es una judía.

Bien puede serlo.—El gobierno pontificio, menos meticuloso que los que en otros pueblos imperan en su nombre ó *siguen su política*, practica la tolerancia religiosa.

La judía permanece en frente de la puerta por donde ha salido.

Quizás espera á otra persona.

¡*Ecco*! la judía es la criada y ahora sale el ama.

La judía es bella; pero la señorita á quien custodia lo es todavía mas.

Ninguna de las dos tendrá veinte años.

La señorita lleva vestido de seda negro, mantilla española, y un devocionario en la mano.

¡Madrugadora devocion!

La judía cierra la puerta y guarda la llave.

La señorita nos mira á los pocos personajes que estamos en la calle; mira despues á los balcones de su casa; mira en fin al correo... y en esto empieza el segundo toque de misa.

La señorita gira entonces sobre sus menudos pies, y toma por la calle arriba, como atraida por la campana.

En esto la judía se le incorpora; le habla... y las dos dan media vuelta; tornan á bajar la calle, y se dirigen al correo.

La señorita se para á alguna distancia de la reja de la administracion, y finge que se arregla el peinado, el vestido y la mantilla, y que está sosegada é indiferente.

Pero yo veo el temblor en sus hermosos ojos negros, que no saben donde fijarse, y en su blanca y fina mano, que no acierta á encontrar las agujas escondidas entre el pelo.

Entre tanto, la judía se acerca á la reja: habla con el administrador de correos; vuelve al lado de su ama; consulta, y torna á la administracion.

La señorita se pone muy colorada; échase el velo, y sin esperar á la judía, toma otra vez el camino de la iglesia.

A los pocos pasos se para y vuelve el rostro con disimulo.

¡Oh divina alegría!—La criada corre ya hácia ella, enseñándole *una carta.*

Ríense las dos, ahogando en aquella risa de completo alborozo todos los escrúpulos del miedo, del pudor y de la cortesía, y una vez mano á mano, echan á correr, que no á andar, con direccion al templo, á cuya puerta llegan precisamente en el instante en que empieza á sonar el tercer toque.

—¿Y á qué va la judía á misa? me preguntará ahora alguno.

—¿Y á qué va la cristiana? le replicaré yo.—A pensar en la carta que ha recibido, y tal vez á leerla!

Pero no seamos hipócritas.—La verdad es que esa escena me ha encantado.

¿Cómo no? En todo lo que acabo de ver hay algo de la *Lucía* de Manzoni, de la *Julieta* de Shakspeare.

Es el eterno poema italiano: amor, guerra, misa, criada... ¡todo!

Porque yo no dudo que esa carta viene de las orillas del Volturno ó de los torreones de Gaeta.—La elegante madrugadora sueña todas las noches que su amante ha muerto en una batalla... y por eso va todos los dias á misa, á pedirle por él á la *Madonna*, y llega de paso al correo...—Porque los padres ignoran estos amores... ó se oponen á ellos...—De otro modo no habria drama!—Convengamos en que se oponen.

Pero ya está dispuesto el carruaje.

¡Adios, Ferrara!...

. . . .

Estamos en Bolonia.

Cinco horas de paseo en coche por un jardin: hé aquí el viaje que acabo de hacer.

Las diez leguas que separan á Ferrara de Bolonia son amenísimas. Básteos saber qne he pasado horas enteras viendo á los dos lados del camino interminables llanuras plantadas de árboles, rigorosamente alineados. Casi todos estos árboles eran frutales ó moreras. Al tronco de cada uno se enredaba una pomposa vid, que nacia á su pie; y como si esto no fuera ya bastante exigir á la madre Cibeles, los espacios de tierra què mediaban entre los árboles y las cepas se veian sembrados de cereales.—No puede darse mayor fecundidad.

Al atravesar algunos terrenos pantanosos, he visto muchos búfalos domesticados que se revolcaban á su sabor en las aguas estancadas.—Su imponente bramido, muy mas formidable que el de su pariente el toro, prestaba una severa voz á aquellas deleitosas soledades.

Lo primero que divisé al acercarme á Bolonia, fue una de sus célebres *Torres inclinadas.*—Confieso que no la ví sin emocion, no solo por su amenazante aspecto, que trae en seguida á la mente ideas de terremoto, sino porque satisfacia una de las primeras y mas vivas curiosidades de mi infancia.—*Las Torres inclinadas de Pisa y de Bolonia* figuran en el estrecho y maravilloso cuadro de la erudicion de todos los niños.—¿Quién ha olvidado el asombro con que oyó hablar de ellas á su catedrático de física?

La torre que yo veia es la mas estrecha y alta de las dos que encierra Bolo-

nia; la que lleva el nombre de *Asinelli*.—Su mole diagonal se dibujaba sobre la masa azul del próximo Apenino.

Poco despues descubrí la otra torre, llamada *Garisenda*, mas recia, mucho menos alta, pero doblemente inclinada que la *Asinelli*.—Y ví tambien innumerables cúpulas, campanarios, castillos, tejados y chimeneas... el panorama, en fin, de una importantísima ciudad.

Bolonia es, ó *era*, la segunda capital de los Estados Pontificios. Su historia se parece bastante á la de muchas ciudades de que ya hemos hablado; pero difiere en la predileccion con que siempre la miraron los Papas.—Etrusca en su orígen, formó parte sucesivamente del imperio romano, de la dominacion lombarda y del imperio de Carlo-Magno. Despues fue república independiente, hasta que empezaron á disputársela varios príncipes italianos, que la ganaron y perdieron muchas veces, abandonándola siempre en poder de los Pontífices. En el siglo XV vuelve á ser república por otro poco tiempo, é incorporada nuevamente á los estados de la Iglesia por el inolvidable Julio II, permanece de este modo hasta 1796, que la invaden los franceses. Aquí empieza otra era de rápidas vicisitudes para Bolonia. De los franceses pasa á manos de los austriacos: piérdenla estos en Marengo: recóbranla los franceses: es devuelta al Papa en 1815: sublévase contra él en 1831 (el que hoy se llama Napoleon III tomó una parte muy activa, con las armas en la mano, en aquella guerra contra Roma): es reducida de nuevo por la Santa Sede, con ayuda de los austriacos: levántase contra estos en 1848 y lucha desesperadamente durante seis dias..... ¡Esfuerzo inútil! —Bolonia inclina otra vez la frente bajo los hierros.—Llega, en fin, 1859; y no bien el Austria retira las tropas con que obligaba á vivir bajo el régimen teocrático á una ciudad que lleva por lema en su escudo la palabra *Libertas*, los boloneses proclaman por unanimidad su incorporacion al naciente reino de Italia...—¿Y despues?... Quiero decir ¿y mañana?—¡Mañana, Dios dirá!

Con ser tan interesante y dramática la historia de esta ciudad; al acercarme esta mañana á ella, no me preocupaban de ningun modo sus vicisitudes políticas. A mí me era familiar bajo otra forma. Bolonia habia vivido siempre en mi imaginacion como patria de la escuela de pintura que lleva su nombre; como arena en que lucharon el llamado *Francia*, los tres *Caracci*, el *Dominiquino*, *Guercino*, *Albano* y *Guido Reni*, y sobre todo, como asiento de las *torres inclinadas*. —Esta es la verdad.—Tambien resonaba en mis oidos la denominacion de *doctores de Bolonia*, que han llevado muchos españoles eminentes, y deseaba ver el *Colegio de Albornoz para españoles*, fundado hace quinientos años.

Entré, pues, en Bolonia á eso de las doce.

La ciudad se halla rodeada por un muro de ladrillo. Las calles son tristes, irregulares y sombrías. Casi todas tienen pórticos en vez de aceras. La gente me parece habladora y de buen humor. Ello es que el ruido y la animacion de los transeuntes contrastan con el tétrico aspecto de los edificios.

Bolonia encierra 75,000 almas.—¡Cuántas grandes capitales en tan poco terreno!

Las mujeres son notables por su hermosura, por el lujo con que visten y por su escesivo número.—En cuanto á su sensibilidad, es probada.—Yo sé ya que en *San Petronio* hay un bajo relieve, hecho por una célebre boloñesa, pintora, escultora, grabadora y música, llamada *Properzia Rossi*, en el cual esta Sapho de las artes se ha retratado bajo la forma de Putifar, reteniendo por la capa á un José, en el que todo el mundo reconoció á cierto mancebo de quien la artista estaba perdidamente enamorada.—La historia, por su parte, cuenta que cuando el rey Enzius estaba prisionero en Bolonia, una señorita de la poblacion, *Lucía Ventagoli*, visitaba secretamente al real cautivo, añadiendo la tradicion que aquellas melodramáticas entrevistas dieron orígen á la ilustre familia Bentivoglio.—¡Benemérita ciudad!

A todo esto, se me olvidaba deciros que encima de todas las puertas de Bolonia hay un gran cartel impreso, que dice: ¡*Evviva il nostro legítimo re Vittorio-Emanuele*!; que en todos los balcones se ven todavía banderas italianas; que en las esquinas se leen anuncios de historias de la dominacion pontificia, cuyos títulos erizan el cabello; que los muchísimos sacerdotes que discurren por las calles, vestidos de aquella elegante manera que describimos al pasar por Novara, llevan en el sombrero una escarapela tricolor, y que las dos ó tres personas á quienes he hablado del gobierno papal, me han respondido con terribles aspavientos: «*Eso no volverá*... Nosotros nacimos y moriremos católicos... Pero *eso no volverá*, y antes pereceremos ó emigraremos al fin del mundo que volver á tolerar el despotismo del clero apoyado en los austriacos.»

Y yo me pregunto: —¿Qué diablos habrán hecho aquí las autoridades romanas, que tan mal las quieren?

Lo que las autoridades romanas habian hecho en Bolonia, puede resumirse en una frase: *Se habian aliado con los enemigos de la patria.*

¿Por qué, si esas autoridades eran italianas y gobernaban á italianos, consideraban un crímen el grito de *viva Italia*?

Ni es esto todo: durante la guerra del año pasado, esos hombres pedian á Dios que otorgase la victoria á los tudescos, á los estranjeros, á los opresores de Venecia y de Milan, y que se la negase á las águilas latinas!—¡Hacian lo que los *afrancesados* de España en 1808; pero de una manera mas cínica, mas descarada, mas blasfema!—¡Inconcebible ceguedad!

Con que sigamos adelante.

Ante todas cosas, almuerzo en el *Hotel Brun*, que en otro tiempo fue Templo de Júpiter.—Asi lo reza al menos con grandes letras de oro una lápida de mármol, fija en una pared del portal.—Mucho me enorgullece esta circunstancia.

Despues, calculando que es posible (por las razones que os diré despues) que abandone esta misma tarde la ciudad, cojo mi equipaje y me establezco con él en un coche de plaza.—Este coche será, por lo tanto, mi único alojamiento en Bolonia.

Mi primera visita es á las *Torres inclinadas*.

Estas se hallan casi juntas, en medio de la ciudad, en la confluencia de cinco

anchurosas calles, y ambas fueron construidas casi al mismo tiempo, en 1109 y 1110, la una por la familia *Asinelli* y la otra por los hermanos *Garisandi*.

Al encontrarme debajo de ellas, esperimento un vértigo y un espanto que no puedo dominar. Paréceme que me amenazan, que se mueven, que se caen sobre mí, que van á aniquilarme. Yo no comprendo como hay quien viva en las casas que se levantan en torno de estas dos *espadas de Damocles*. Ni menos me esplico como *Asinelli* y *Garisenda* se tienen de pie, ó sea *sobre un solo pie*, hace tantos cientos de años!

La torre *Asinelli*, que como os he dicho es la mayor, se eleva á una altura de 102 metros, y tiene cerca de metro y medio de inclinacion fuera de la perpendicular.

La altura de la *Garisenda* es de 42 metros, con dos metros y medio de inclinacion hácia el Este y medio hácia el Sur.

El remate de esta es cuadrado. La otra, mas elegante en todo, termina en una especie de cúpula que sostiene una enorme cruz de hierro.

En 1779 hubo un terremoto en Bolonia, y todo el mundo temió que las dos torres viniesen abajo. Pero medidas al dia siguiente, se encontró que su inclinacion no habia aumentado ni en una línea.

Algunos años despues, en 1815, volvieron á ser medidas, y entonces se advirtió que la *Garisenda* se habia inclinado desde 1779 cerca de medio metro!...

¡Y aun hay quien viva y duerma á su sombra!

Desde las torres, tomo por la *Strada di San Donato* y me dirijo á la *Academia de Bellas Artes*.

La *Galeria de cuadros* de esta academia es una de las mas importantes de Italia, puesto que posee las principales obras de la escuela boloñesa.

Aquí admiro dos cuadros de *Francesco Raibolini*, vulgo *Francia*, el mas original y acaso tambien el mas ilustre pintor de Bolonia.

Estos dos cuadros son una *Madonna* y un *San Sebastian*.

Francia es un artista lleno de uncion, de misticismo, de poesía. Recuerda á Beato Angelico y á Perugino, y escede en ternura al mismo Rafael. Casi todas sus obras maestras se hallan en Viena y Munich. Sin embargo, todavía encontraremos algunas de ellas en el Mediodía de Italia.

Los otros grandes pintores de la escuela boloñesa carecen de originalidad, de espíritu propio. Enclavada esta ciudad entre Venecia, Milan, Florencia y Parma, sus artistas reflejan indistintamente la inspiracion de Ticiano, Vinci, Rafael y Corregio. De aquí la calificacion de *plagiarios* que se ha dado á los grandes maestros de Bolonia.

Agustin Caracci, el menor de los tres pintores de este apellido, tiene aquí dos magníficos cuadros: *la Ultima comunion de San Gerónimo* y la *Asuncion*.

Este es un plagio servil de la *Asunta* de Ticiano que hemos visto en Venecia.

El otro ha sido plagiado á su vez por *Dominiquino*.

Y ¡cosa estraña! los dos plagios son superiores á sus modelos.—La *Asuncion* de Caracci es mas ideal, mas vehemente, mas viva, y por supuesto mas

religiosa que la de Ticiano.—La *Ultima comunion* del Dominiquino (que se halla en el Vaticano, en frente de la *Trasfiguracion* de Rafael, y que al decir de algunos, la eclipsa y oscurece) goza de una celebridad que no ha alcanzado ni con mucho la *Ultima comunion* de Caracci.

Luis Caracci, primo del anterior, tiene en este museo una obra de primer órden,—la *Vírgen de la Gloria*;—pero los boloñeses le dan mucha mas importancia á la *Madonna della Pietá* de Guido Reni, que ocupa el lugar preferente de la galería.

Yo creo que en este juicio ha entrado por mucho la devocion; pues hay que tener presente que en la parte baja del cuadro de Guido figuran los santos patronos de Bolonia.

No diré lo mismo de su célebre *Crucificado*.

Este cuadro bastaria á la gloria de un artista.—Cristo está en agonía en la soledad del Gólgota. El pueblo y los verdugos se han marchado. Es de noche; pero no una noche natural, sino la noche milagrosa y terrible que vino sobre el mundo al espirar el Redentor. Las tinieblas del eclipse no podian ser pintadas por nadie mejor que por Guido Reni. *La luz incierta y pálida* que los críticos han censurado en todas sus obras, es aquí una belleza, lejos de ser un defecto. Diríase que el silencio, el horror y el luto del alma han encontrado colores en la paleta del artista. Jesus dirige los ojos al cielo por la última vez. Al pie de la cruz, la rubia pecadora, abrazada al leño, espresa admirablemente aquella singular pasion que es uno de los mas bellos afectos de esta sublime trajedia. María, de pie, clásica, hermosa, contando los últimos suspiros del moribundo, es la estatua del dolor mas grande que ha sufrido el corazon humano. ¡Qué nobleza! ¡Qué magestad en esa patética figura!—San Juan, el dulce y sensible apóstol, es hombre al fin, y como que protesta!—¡Supremo y angustioso instante! ¡Qué recogimiento! ¡Qué muda elocuencia! ¡Qué tinieblas en esas almas!—Parece imposible que haya tanta vida en tanta muerte.

Pero todavía no es esta la obra capital que encierra el museo...

Hé aquí á Rafael.—¡Hé aquí su *Santa Cecilia!*...—Cuando Rafael se inspira verdaderamente, todo calla, todo palidece, todo se marchita en torno suyo.

Santa Cecilia, rodeada de cuatro santos, uno de ellos San Pablo, oye un concierto de ángeles. Estos ángeles ocupan la parte alta del cuadro. La jóven siciliana y los bienaventurados que la cercan han caido en un delicioso éxtasis. Santa Cecilia, la inspirada música, la Euterpe cristiana, sostiene ya apenas el salterio, que se le cae de las manos... como vencido por aquella melodía de la Gloria. A sus pies se ven los instrumentos y atributos de la música terrestre, declarando tambien su impotencia y nulidad.

En este cuadro callan y lloran todos los personajes, como en el *Crucificado* de Guido; pero este recogimiento es glorioso; estas lágrimas son como un rocío del cielo; este silencio está lleno de voces, como el sueño del *medio-punto* de Murillo está lleno de vida eterna.

Santa Cecilia, bella sobre toda ponderacion, niña y santa, con la faz levan-

tada al cielo, parece inundada de una inefable melancolia, cual si aquellos cantos le trajesen el recuerdo de *su patria*. San Pablo, el varon fuerte, se acaricia la barba con blando ademan y frunce el entrecejo al sentirse conmovido. Las demás figuras (dicen que la de San-Pablo es demasiado vigorosa para una escena tan ideal y suave) son dulces y bellas como ensueños de Rafael. El dibujo es purísimo, como suyo. El color intenso, pero mas igual y armonioso que en el *Pasmo de Sicilia*. El cielo, azul turquí muy oscuro, hace resaltar las perfecciones de los clásicos contornos.

Yo creo que Rafael usaba estos fondos y este *color*, deliberada é intencionalmente. Sus figuras se recortarian mal sobre términos mas vagos.—Sus obras parecen hechas para campear sobre oro, como las de los siglos precedentes.

Pero dejemos esto y volvamos al alma del asunto.—¡Qué lloro interno! ¡Qué félicidad! ¡Qué mundo de pensamientos y de profecías!—Lo repito: el aire... el ambiente de este cuadro es el mismo que hemos admirado todos en la Academia de Madrid, en el cuadro del *Sueño* de Murillo; solo que este aire pesa en el cuadro del de Urbino sobre gentes que están despiertas.—Y es que en él duerme tambien todo lo que es de este mundo, y las almas, arrobadas, han huido al cielo...—¡Oh! ¡Rafael! ¡Oh Bellini... reveladores de otra vida!...

Tambien son muy de notar en estos salones, á pesar de su falta de novedad y de inventiva, algunos cuadros del *Dominiquino*, especialmente el *Martirio de Santa Inés, el Martirio de San Pedro* (plagio ó parodia del de Ticiano) y una *Vírgen del Rosario con el Niño Jesus*.

En este último lienzo se nota algun fuego, alguna inspiracion. El Niño Jesus esparce rosas y rosarios, como recomendando á los hombres que rindan culto á María.

En otro lado se ve una *Asuncion* de Perugino, fruto precioso de la fé y del arte.

Finalmente, *Albano*, el pintor mitológico, el autor de la *Dama de los Amores*, tiene aquí algunos buenos cuadros religiosos, entre los cuales me sorprende y cautiva estraordinariamente uno que representa el *Bautizo de Jesus*.

¿Y cómo no ha de sorprenderme?—En la capilla bautismal del Sagrario de la catedral de Guadix; esto es, sobre la pila en que yo he sido bautizado, hay un hermoso lienzo que he admirado y oido celebrar toda mi vida, sin que nunca hayamos podido averiguar, ni mis paisanos ni yo, quién sea su autor ni cuál su procedencia.—¡Figuraos, pues, mi asombro y mi alegría al encontrarme aquí con un cuadro enteramente igual á aquel, firmado por un pintor tan insigne! Ya no tengo duda: la pintura de Guadix es una copia de esta, si no es una repeticion hecha por el mismo Albano.—No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. El artista boloñés será nombrado en adelante con tanto respeto como cariño, por todos los que contemplen su peregrino cuadro, anónimo hasta ahora.

Una vez fuera de la Academia, hágome conducir á la *Plaza Mayor*, situada en el centro de Bolonia.

Esta plaza es sumamente bella. Fórmanla la basílica de *San Petronio*, el *Palacio Público* y el *Palacio del Podestá*. En medio de ella hay una magnífica *fuente de Neptuno*, obra del famoso escultor *Juan de Bologna*.—En esta fuente



Arqua. — Casa en que murió Petrarca.

son de notar cuatro hermosas sirenas desnudas que se oprimen con ambas manos las voluptuosas y abultadas formas de su seno, hasta hacerles brotar raudales de agua. Esta reminiscencia de la *via láctea*, tal como la esplicaba la mitología griega, no es muy propia que digamos de la plaza pública de una ciudad gobernada por cardenales.

El *Palacio público* ó *del gobierno* data del siglo XIII y fue concluido en el siglo XV.—Entre los adornos de la fachada figura una estatua de Gregorio XIII, que pasa hace tiempo por efigie de San Petronio.—Esta piadosa mentirilla fue absolutamente necesaria para evitar que los boloñeses la arrastrasen por las calles á fines del siglo pasado, como hicieron los ferrareses con la de Alejando VI.

En el *Palacio del Podestá* visito la sala en que se reunió el cónclave que eligió papa á *Baltasar Cossa* con el nombre de Juan XXIII, en tanto que parte de la cristiandad obedecia como á Sumo Pontífice al español *don Pedro de Luna*, residente en Peñíscola bajo el nombre de Benedicto XIII, y mientras que otra parte no pequeña de Europa se sometia á *Angelo Corario* (Gregorio XII), que presumia tambien de ocupar la verdadera silla de San Pedro.—¡Qué cosas han pasado en el mundo! ¡Y luego nos asombramos de las que suceden hoy!

Cerca de la *Plaza Mayor* está la *Universidad vieja* (ó sea el *Archigimnasio*), una de las mas antiguas de Italia.—La *Universidad nueva*, sumamente notable por los museos y gabinetes de ciencias físicas y matemáticas que encierra, se halla en un hermoso palacio construido en el siglo XVI en la *Strada di San Donato*.

La *Universidad vieja* me hace el efecto del cráter frio de un antiguo volcan. —Ella fue, durante la poética barbarie de los tiempos medios, la única luz que alumbraba la alta Italia, y otros muchos pueblos de Europa volvian anhelantes los anublados ojos hácia sus vivos resplandores. Hoy la habita el silencio.

Habia tambien en estas célebres aulas la gran particularidad de que era permitido á las mujeres ejercer en ellas el magisterio, contándose de muchas sapientísimas *catedráticas*, que esplicaron aquí jurisprudencia, filosofía, medicina y ciencias naturales.

Una de estas doctoras, llamada *Novella*, heredó la cátedra de su padre en 1360; pero era tan jóven y tan linda, que se veia obligada á esplicar detrás de una cortina, á fin de que sus hechizos no distrajeran al auditorio.

Tambien han dejado nombre la profesora de griego *Clotilde Tambroni* y la gran matemática y latina *Gaetana Agnesi*, asombro y envidia de los primeros sabios de Milan.

Por los tiempos de la hermosa *Novella* fue cuando don Gil Alvarez Carrillo de Albornoz, arzobispo de Toledo, fundó en Bolonia el *Colegio para españoles* de que hemos hablado antes (1).

(1) Este ilustre prelado nació en Cuenca á principios del siglo XIV, y fue tan insigne por su ciencia y sus virtudes, como por sus dotes especiales de hombre de Estado y de esclarecido guerrero. El rey Alfonso XI, á quien habia salvado la vida en una batalla, le tuvo siempre en grande aprecio; pero su hijo don Pedro el Cruel le trató con tanta ingratitud, que tuvo que refugiarse á Aviñon al lado del papa Clemente VI, quien le nombró cardenal. Mas tarde, Inocencio VI le dió el mando de sus tropas á fin de que sometiese al poder de la iglesia la ciudad de Roma y todos los Estados Pontificios, lo cual logró Albornoz en pocos años, teniendo la gloria de llevar á la ciudad eterna á Urbano V, sucesor de Inocencio VI, y ponerle en posesion de cuantos territorios habia perdido la Santa Sede.—Albornoz se retiró entonces á Viterbo, donde murió seis años despues

Este colegio existe todavía, como todo el mundo sabe; pero España lo tiene completamente abandonado.—Yo he preguntado en la portería si habia en él algunos colegiales españoles, y me han contestado que el colegio no tiene mas dueño que el rey de Italia y que los colegiales españoles de Bolonia pertenecen á la historia.

Esto último es demasiado cierto; pero el colegio y sus pingües rentas son propiedad de España; aunque España no se dé por entendida de ello. ¡Aquí si que pudiera decirse: *Cosas de España!*

Al paso que voy haciendo estas visitas, entro en algunas iglesias de las innumerables que encierra Bolonia.

La catedral se parece mas que mi fonda á un templo de Júpiter. El interior es corintio, no del Renacimiento, sino estrictamente pagano. Ni tiene cúpulas ni casi segundo cuerpo. Altísimas pilastras sostienen una aplanada bóbeda, que pudiera llamarse techo.—Asi y todo, esta gran nave respira cierta grandiosidad, que si no es religiosa, no deja de ser artística.

Pero la iglesia favorita de los boloñeses, asi como la mas ilustre y bella de la ciudad, es indudablemente la basílica de *San Petronio*, patron de Bolonia.

Esta iglesia fue votada por aclamacion popular cuando Bolonia se declaró independiente el siglo XIV, y para edificarla, empezaron por derribar ocho iglesias que habia agrupadas en un mismo punto. El plan era construir un templo mayor que todos los conocidos hasta entonces; y á la verdad que hubiera sido inmenso, á no haberse abandonado la obra cuando apenas estaba levantada una de las cuatro naves que debia tener.—Lo mismo aconteció en España con la catedral de Valladolid.

Sirve, pues, de basílica un fragmento del primitivo plan; y sin embargo, San Petronio es la iglesia mas grande de Bolonia, y una de las mayores que he visitado en parte alguna.—Su estilo es gótico italiano. La fachada no está tampoco concluida; pero ostenta preciosidades esculturales y arquitectónicas dignas de prolijo estudio. Las puertas sobre todo son verdaderos prodigios.

Sobre una de ellas,—¡qué tenacidad!—hubo en algun tiempo una magnífica estatua de bronce del papa Julio II, modelada por *Miguel Angel*. Mas hé aquí que el pueblo se desencadenó un dia, allá por los años de 1511, y sin respetar al pontífice ni al artista, derribó la estatua, la arrastró, la rompió en mil pedazos y concluyó al fin por fundirla y hacer con ella un cañon.—¡*Mihi quoque*! debió esclamar el arte compungido, encarándose con su madre Italia.

El interior de *San Petronio* está cubierto de escelentes cuadros, bellas esculturas, vidrios de colores, y otras muchas joyas artísticas.

Pero como ornamentacion, tiene que ceder la palma á la iglesia de *Santo Domingo* (*S. Domenico*).

Santo Domingo, el fundador de la órden religiosa que lleva su nombre, vivió y murió en un convento que aun se alza al lado de esta iglesia,—erigida en honor suyo y para que encerrase, como encierra, su venerado cuerpo.

La *Capilla de Santo Domingo* es tan rica y mucho mas bella que la de San

Antonio de Pádua.—Pinturas, esculturas, ricos mármoles, plata, oro, pedrería, todo contribuye aquí tambien á hermosear la tumba del santo; pero la obra verdaderamente maravillosa, la que tendrá pocos rivales en el mundo, es la misma urna sepulcral—*l'arca*.

Débese esta en su mayor parte al célebre *Juan de Pisa*, que es como quien dice, al Giotto de la escultura, al Dante de la arquitectura.—Toda ella está cubierta de bajo-relieves que representan episodios de la vida de Santo Domingo; pero con tal gracia, con tal sentimiento, con tanto amor, que se creerian mas bien visiones del éstasis de un bienaventurado que frutos de la inspiracion de un artista.

Juan de Pisa, el gran precursor del Renacimiento, tardó treinta años en labrar este sepulcro, y lo terminó en 1231.—Solo esta fecha bastaria para indicar la importancia de tan peregrina obra como monumento de la historia del arte.

Otro de los templos notables de Bolonia, es *San Stefano*, formado por la reunion de siete iglesias pequeñas y de diferente plan y arquitectura. Entre ellas las hay del siglo XI y del siglo XVII. El conjunto de tan hetereogéneos edificios y su complicada trabazon producen en el ánimo una perplejidad semejante á la que nos causa un rápido y completo estudio de la disciplina de la Iglesia.

Pero empieza á oscurecer. Demos por terminada nuestra visita á Bolonia, y pensemos en la manera de continuar esta peregrinacion.

Tengo que optar entre dos partidos:

El primero es seguir mi primitivo plan, dormir esta noche en el *Hotel Brun* y salir mañana para Florencia.

Este viaje se hace en la *mala-posta*, atravesando el Apenino por sus mayores fragosidades, y empleando diez y ocho horas, si los torrentes no nos cortan el camino, como sucede con frecuencia.

El segundo es dirigirme en este mismo instante á la estacion del camino de hierro... (se me habia olvidado decir que en Bolonia hay un ferro-carril, muy reciente por mas señas — posterior á la *anexion*) y pedir un billete para Módena, adonde se llega en hora y cuarto. De Módena pasaria á Parma: de Parma á Génova: en Génova me embarcaria para Liorna, y en Liorna tomaria el camino de hierro, que me llevaria á Florencia en dos ó tres horas.

Las ventajas y desventajas del primer medio pueden resumirse de este modo: —Mucho frio en el Apenino: ver sus hermosos paisajes: no ver en cambio ninguna ciudad: un dia y una noche en diligencia... con las molestias consiguientes: llegar mañana ó pasado mañana lo mas tarde á la encantadora Florencia: volcar: ser detenido por los torrentes: encontrar ladrones., *et cetera*.

Resúmen del segundo medio:—únicas desventajas:—tardar ocho dias, en vez de uno, en llegar á Florencia y hacer un viaje de siete horas por mar: viajar en ferro-carril: ver á Módena, que es, como quien dice, *todo un reino en miniatura*: ver á Parma... esto es, todo otro reino: admirar en Parma los cuadros y los frescos de *Correggio*, el poeta de la pintura: acordarme de Alejandro

Farnesio: visitar su palacio: creerme allí en una provincia de España: ver á Génova... (¡Figuraos lo que será ver Génova, la patria de los Doria y de Cristóbal Colon, la rival de Venecia!...) ver tambien á Liorna...—y de todos modos, llegar al fin y al cabo á Florencia.

—¡Ah! sí; ¡pero no mañana mismo!...

—¡Ah! ya; pero sin helarme en esos desiertos montes...

—¡Esos desiertos montes son el Apenino!

—¿Qué me importa ver el Apenino? ¡Yo he atravesado los Alpes!

—Pero no el Apenino...

—El Apenino se atraviesa tambien para ir á Génova, y además, lo encontraré luego entre Florencia y Roma.

—Pero esto es retroceder en el viaje y desandar las ciento cincuenta leguas que hemos andado desde los Alpes al Adriático.

—Sí; pero retrocedemos por otro camino, y vemos toda *la Emilia;* vemos á Módena, Reggio, Parma y Plasencia, que de otro modo se nos quedarian atrás...

—Bien; pero es el caso que el tren para Módena sale dentro de un cuarto de hora...

—¿Y qué?

—Que no hemos comido...

—Comeremos en Módena, á donde se llega en una hora y siete ú ocho minutos.

—Sí; pero...

—No hay pero que valga. En este mismo instante podemos echar á andar. El equipaje va con nosotros.

—Yo preferiria que lo pensáramos despacio esta noche, y que por la mañana resolviéramos...

—Esa es demasiada lentitud para este siglo...

—Tengo sueño...

—¡Acabáramos!

—¡Es que nos hemos levantado á las cinco! Recuerda que hoy nos amaneció en Ferrara; que hemos hecho un viaje en posta; que hemos visto despues toda una capital...

—Razon de mas para dormir en otra.

—Esta noche iríamos al teatro... En Bolonia hay cuatro teatros. *Il Comunale, el Teatro Contavalli, el Teatro del Corso* y *L'Arena del Sole...*

—Y ¿quién te ha dicho que no hay teatros en Módena?

—¡Dará gusto de verlos! Módena ha vivido hasta el año pasado bajo el mas bárbaro despotismo. El duque de Módena era un coronel austriaco que no habia reconocido á la España constitucional ni á Napoleon III... ¡Buenos teatros habria en su córte!

—Esa no es regla. San Petersburgo y Roma tienen muy buenos teatros.—Pero hé allí un cartel que nos sacará de dudas. ¡Lee, mal que te pese!—*Teatro Reale de Módena.*

—¡Qué necedad! ¡fijar en las esquinas de un pueblo los anuncios de los teatros de otro!

—No hay tal necedad cuando esos pueblos se comunican en sesenta y siete minutos.—Leamos el cartel.

TEATRO REAL DE MÓDENA.

GRAN FUNCION PARA HOY 19 DE NOVIEMBRE DE 1860.

LA BELLISIMA TRAJEDIA DEL INMORTAL ALFIERI.

VIRGINIA.

EN LA QUE TOMARA PARTE EL EGREGIO ARTISTA

ERNESTO ROSSI.

A las ocho y media.

NOTA.—*La funcion terminará antes de las doce, para dar lugar á que los forasteros puedan volver á sus hogares en los trenes que salen á media noche para Bolonia y Parma.*

—¿Qué me dirás ahora? ¡*Alfieri*, el primer poeta trágico del siglo! ¡*Virginia*, una obra maestra de Alfieri! ¡*Rossi*, el mas grande actor de Italia!—¿Te parece poco todavía?

—Estoy convencido: vámonos á Módena.

—¡Cochero: al ferro-carril!

—Pero que no se te olvide que hemos de comer antes de ir al teatro...

—Hombre, descuida en mi prudencia; que yo, aunque aficionado á la poesía, tambien tengo mis puntas de mortal.

CAPITULO VII.

MÓDENA Y PARMA.

I.

Módena.—El *Albergo de San Marcos*.—Un poco de historia.—El teatro *ducal*, ahora el *real*.—Recuerdos de *Lilliput*.—El actor *Rossi*.—Un paseo por la ex-córte.—Palacio del ex-duque.—La *Via Emiliana*.

Han pasado dos horas.

Estoy en el que hace pocos meses era *otro reino*.—Estoy en ***Módena***.

Escribo estas líneas en el *Albergo de San Marcos*, ó por mejor decir, en una *Trattoria* que hay debajo de él.

Mi equipaje está en el *Albergo*, y yo acabo de comer en la *Trattoria*.

El viaje de Bolonia hasta esta ciudad no merece ser contado.

Lo único que ha habido de notable en él, ha sido su facilidad, su prontitud, su misma insignificancia.

Sesenta y siete minutos de correr por una llanura fertilísima y sobre un ferro-carril enteramente recto...—he aquí todo.

La antigua frontera entre los Estados-Pontificios y el Ducado de Módena, estaba en *Castel-Franco*.

Nosotros nos hemos detenido dos minutos en aquella aldea por la circunstancia de ser hoy estacion del camino de hierro...

Pero allí no hay rio, monte, ni barranco, puesto por la naturaleza, que señale los términos de dos comarcas.

¡Yo no sé si el año pasado correria á lo largo de la pretendida frontera alguna de esas redes que levantan los pastores de trecho en trecho á fin de que no se mezclen sus rebaños!

Módena se asienta en una ámplia llanura y está rodeada de fuertes murallas.

Nosotros hemos entrado en ella por la puerta de Bolonia, en que principia el *Corso della via Emilia*, magnífico *boulevard* que atraviesa la ciudad de estremo á estremo.

Este *corso*, (ya lo dice su nombre,) forma parte de la antigua *Via Emiliana*, construida por los emperadores romanos para poner en comunicacion á Roma con *Ariminum*, (hoy Rimini) pasando por Pisa y Plasencia.

De aquí ha tomado el nombre de *La Emilia* toda la parte de Italia que se estiende entre el Po y el Apenino, desde la region oriental de la Legacion de Bolonia hasta los límites del Ducado de Plasencia.

Módena, por lo que hasta ahora he visto, es una hermosísima ciudad. Las calles, anchas, rectas, enlosadas, algunas con pórticos y todas profusamente alumbradas de gas, estaban hace poco, cuando yo pasé por ellas en busca del *Albergo*, inundadas de transeuntes, entre los que distinguí mucha tropa, mucha milicia y algunos garibaldinos con camisas encarnadas.

Todo el mundo hablaba alto, reia mucho, cantaba fuerte, miraba con arrogancia y andaba con ufanía..... Innumerables organillos, violines y arpas tocaban en todas las calles, (y tocan aun en este momento á la puerta de la *Trattoria*), los himnos patrióticos de que ya os he hablado varias veces. En los balcones ondean mil y mil banderas tricolores (blancas, encarnadas y verdes) con la cruz de Saboya en medio. Las esquinas, las puertas, los carruages públicos, los cristales de las tiendas, todo está lleno de tarjetones con *vivas á Victor-Manuel*... Toda Módena, en fin, está ébria de gozo, loca de amor patrio, olvidada (me atrevo á decirlo) de sus pasados infortunios.

¡Oh! ¡si *Francisco V* viese en este instante á su antigua córte!

A propósito de Francisco V, voy á deciros (en tanto que es hora de ir al teatro) algunas de las cosas que me han contado varios patriotas de la ciudad, con quienes he comido en mesa redonda, y que empezaron por hacerme algunas preguntas *sans-façon* acerca de mis ideas, para concluir por esplicarme familiarmente las suyas.

Quien conozca á los italianos, sepa la que es un liberal triunfante y haya tenido que ver con la milicia nacional de cualquier país, no estrañará la improvisada y cordial franqueza que me han dispensado mis comensales...

Con las noticias que me han dado (que están de acuerdo con las que yo he leido antes de ahora) y con lo que vayamos viendo por esas calles, formaremos una completa idea del pasado, presente y porvenir de este diminuto y famosísimo reino.

Pero ya que he calificado el reino, bueno será que recordemos algo de su *lilliputiense* estadística.

El ducado de Módena (comprendiendo en él el Estado de *Massa-Carrara*, que le pertenecia últimamente, tenia diez y ocho leguas españolas de máxima longitud por unas diez y seis y media de anchura. Su poblacion se calculaba hace dos años en 600.000 almas, de las que solo encerraba la capital unas 32.000. La religion del estado era la católica; pero se toleraban las demás, contán-

dose en el ducado 200 protestantes y 2,700 judíos.—El ejército, en tiempo de paz, constaba de 3,500 hombres.—El presupuesto de gastos ascendia á 36.000,000 de reales.—La vid, la seda y la esplotacion de los célebres



Campo Santo de Pisa.

mármoles de Carrara son los principales productos del país.—El territorio estaba dividido en seis provincias: Módena, Guastalla, Frignano, Garfagnana, Massa-Carrara y Lunigiana, y Reggio.—El gobierno era monárquico absoluto, con cinco ministros y un consejo de Estado.—Un *delegado* administraba cada provincia.—Las ciudades de segundo órden tenian un *podestá*, y las de tercera, un síndico (*sindaco*).

Tal era la nacion en que han sucedido las grandes cosas que me acaban de contar y que yo os voy á referir.

Pero antes de hacerlo, recordemos siquiera el nombre de algunos de los ascendientes de los dos últimos duques.

La historia *antigua* y *media* de Módena es sobre poco mas ó menos la de todas las ciudades del Norte de Italia. Ya la hemos repetido varias veces. Con que vengamos á los tiempos modernos.

Módena se dió en el siglo XIII á *Obizzon II* de Este, que reinaba en Ferrara.—*César de Este* trasladó la córte á Módena á principios del siglo XVII.—*Francisco I*, nieto suyo, compró á España el principado de Correggio, y mandó los ejércitos franceses.—*Francisco III* fue generalísimo de los ejércitos españoles en la guerra de Sucesion, lo cual le costó su ducado, que le devolvimos en la paz de *Aquisgram*.—Su hijo *Hércules III* tuvo que emigrar, dejando sus estados en poder de los ejércitos republicanos de Francia. Módena formó luego parte de la república cisalpina y despues del reino de Italia ó sea del imperio napoleónico.

Con que oigamos ahora á los patriotas modeneses.

Francisco IV, nieto de Hércules III, y criado en la emigracion (donde habia reinado nominalmente su padre Fernando, archiduque de Austria y tirano de la Lombardía, casado con *María Beatrice d'Este*) entró en Módena en 1814, á la edad de treinta y seis años, y tomó posesion del trono ducal de sus abuelos maternos.

Este príncipe se mostró desde luego acérrimo enemigo de toda idea liberal, y apoyado en el Austria y en los Jesuitas, estableció el gobierno *modelo* de la *Restauracion*. Nadie fué tan lejos como él en fanático amor el antiguo régimen y en el desprecio y olvido de todo lo que habia pasado en Europa desde 1789 á 1815. Consecuencia natural de esto fue que en 1831 secundaron los modeneses el movimiento revolucionario de Bolonia y arrojaron del trono y del pais al intransigente tiranuelo. Pero este tiranuelo era archiduque de Austria, y volvió al frente de 15,000 tudescos, que le restablecieron en el amor y obediencia de sus súbditos. Entonces empezaron las represalias. Francisco IV mandó á los austriacos que le vengasen, y estos saquearon, incendiaron, hirieron, ahorcaron á su sabor durante algunos meses, hasta que el pais quedó completamente tranquilo, con lo cual se marcharon los estranjeros, prometiéndole al duque hacerle nuevas visitas cuantas veces creyese oportuno afianzar y garantir la felicidad de sus italianos.

Una vez solo entre sus amados súbditos, entre su medio millon de hijos, Francisco IV publicó un manifiesto clasificándolos en cuatro especies: *fidelisimi*, *fideli*, *traviati* y *congiurati*.—A los *fidelísimos* les prometia grandes recompensas: á los *fieles* les aconsejaba que lo quisiesen con mas fervor: á los *estraviados* los compadecia y perdonaba con tal que acreditasen con su conducta un firme propósito de enmienda; y á los *conjurados* les ofrecia ahorcarlos tan luego como los cogiese.—No contento con esto, fundó un periódico, titulado la *Voce della*

verità, en que tanto él como su esposa *María Beatrice* escribieron mas de un artículo elogiando su gobierno paternal y jactándose de no haber reconocido á Luis Felipe.

Entre tanto, el Almanaque oficial del ducado ponia entre los reyes reinantes de Europa á Cárlos X, que estaba desterrado en Bohemia; á Fernando VII de España, aun despues que habia muerto, y á don Miguel de Portugal, que se hallaba en Módena y se sentaba á su mesa.—Isabel II y María de la Gloria eran para él dos mitos, como Luis-Felipe, como la Revolucion francesa, como Napoleon y sus hermanos, como el siglo XIX, como las ideas y los sentimientos de los ciudadanos de Módena.

Para sostener este anacronismo absurdo, este cadáver de gobierno galvanizado por la demencia, valióse de medios tan terribles como ingeniosos. Entre ellos merece especial mencion el de ganarse á la mas inmunda plebe (*i facchini*) por medio de licenciosas concesiones; regimentarla bajo el mando de un coronel; armarla de bastones, y permitirla apalear impunemente á los liberales.

Algo de esto se vió en España, al decir de nuestros mayores, no hace muchos años, y de igual modo tambien se mantuvieron en el trono los tres últimos reyes de Nápoles.

Asi las cosas, aconteció que un dia se le antojó á *La voce della verità* llamar *cuadrupede alleanza* á la *cuádruple alianza* firmada entre España, Francia, Inglaterra y Bélgica para asegurar la independencía de esta última nacion y mantener á Isabel II en el trono que le disputaba su tio. La Inglaterra, que llevaba entonces en Europa la voz cantante, sintióse herida por tan grosero agravio y exigió al duque de Módena que suprimiese inmediatamente la *Voce della verità*. Yo no sé en qué términos vendria formulada la exigencia; lo que si puedo decir es que el periódico no volvió á publicarse.

Semejante contratiempo afectó sobre manera al pobre Fernando IV, y desde aquel dia prohibió en sus Estados todo género de publicaciones; *se declaró enemigo de los ferro-carriles y de los forasteros* (1); negó á sus súbditos el derecho de asistir á congresos científicos internacionales, y murió de tristeza el 21 de enero (¡qué efeméride!) de 1846.—Su esposa, la insigne articulista de la *Voce della verità*, no habia sobrevivido al malogrado periódico.

Francisco V, que habia nacido en 1819, heredó á su padre y continuó y aun perfeccionó su política retrógrada.—Antes de subir al trono, escribia ya un opúsculo aconsejando una coalicion contra la Francia. Su grande orgullo consistia en ser feld-mariscal al servicio del Austria y propietario del regimiento de infantería austriaca número 32. Añádase á esto que era archiduque del imperio y que estaba casado con una alemana, y se formará idea del amor que profesaria á los italianos sobre que debia reinar.

Pronto tuvo ocasion de demostrarlo. En aquel mismo año de 1846, Pio IX fue elegido papa é inauguró su gobierno temporal anunciando á la Italia una era

(1) Palabras testuales de un historíador.

de paz y de independencia (declarándose gibelino), proclamando la fraternidad italiana, abominando de toda presion estranjera en la península cerrada por los Alpes y simpatizando con el neocristiano movimiento de nuestro siglo. Estas palabras arrancaron un grito de amor y entusiasmo á veinte y tantos millones de hombres que hablaban una misma lengua, que tenian una misma sangre, que se sentian animados por un mismo genio. *Italia* se ha respondido á la voz del Santo Padre, y los pueblos latinos sintieron algun consuelo, y la libertad regocijada se reconcilió con su madre la religion, que en mal hora habia renegado de ella, y los tiranos, los egoistas, los hombres que no conocieron nunca el amor á la humanidad, sintieron el frio de la muerte en las entrañas, como lo sienten los malvados á la aproximacion de Dios.

Estas frases no son de mi cosecha: las he tomado de labios de mis contemporáneos.

En tal estado, Francisco V de Módena no vaciló un momento. Declaróse enemigo del nuevo Papa, de las nuevas ideas y del sentimiento patriótico que conmovia á los italianos; opúsose á toda demostracion de alegría de parte de sus súbditos, prendió, encarceló, deportó, fusiló á todos los que respondieron al noble grito de Pio IX, y por último, acabó, como acababa siempre su padre en casos parecidos, por llamar en su auxilio á los austriacos.—¡Hizo mas! ¡Les vendió la patria!—Firmó un tratado con la córte de Viena en que declaraba á *Módena provincia del Austria*: renunció á la nacionalidad particular modenesa, y á la nacionalidad colectiva italiana; se convirtió de duque independiente en *prefecto* de un soberano estranjero; renegó de la historia de los Este; deshonró á su descendencia; atentó á la obra de Dios... y pretendió y creyó posible trocar en siervos á medio millon de italianos...—¡Ridícula demencia... si no fuese un espantoso crimen!

Afortunadamente, lo irracional y lo inicuo es siempre pasajero. La revolucion de 1848 obligó al Austria á concentrar sus tropas en el territorio aleman, que se estremecia como toda Europa, y el duque de Módena quedó en frente de sus súbditos, asistido de los tres ó cuatro mil hombres (tudescos en su mayor parte) que constituian su ejército.

Los modeneses prorumpen entonces en vivas al Papa.

Francisco se encierra en su palacio, alrededor del cual establece sus batallones y su artillería, amenazando al pueblo.

El pueblo no calla por eso; y el duque oye sus gritos que piden *libertad ó muerte*.

—*Antes seré cabo en Rusia que príncipe constitucional en Italia*, contesta furioso el de Este.

Y habla de 300,000 bayonetas austriacas con que cuenta para poner en órden á los revoltosos.

El pueblo le replica haciéndole saber que Bolonia, Milan, Nápoles, Roma, ¡toda Italia! está ya sublevada, y que la revolucion triunfa en todas partes.

Entonces transige el duque y ofrece una constitucion calcada sobre el Estatuto del Piamonte.

—*¡Es tarde!* responde solemnemente el pueblo, avergonzado ante tanta ambicion unida á tanta debilidad.

Francisco V se vió, pues, obligado á partir.

Delante de él salieron don Cárlos, el ex-pretendiente á la corona de España, y toda su familia,—de la que forma parte, como ya sabreis, una hermana del duque de Módena casada con don Juan de Borbon.

El pueblo los dejó pasar en silencio.

Luego salieron las princesas.

El pueblo las saludó.

Por último salió Francisco V.

El pueblo le volvió la espalda.

—*Ya tornaré*, dijo, y *seré constitucional.*

El pueblo se encogió de hombros.

—*Os concedo*, añadió el príncipe, *una ámplia amnistía. Cuando vuelva, no recordaré nada de lo sucedido. Todos estais perdonados.*

El pueblo soltó una carcajada.

Un año despues, vencida la revolucion en toda Europa, entraba Francisco V en Módena, al frente de un ejército austriaco, ofreciendo á sus súbditos instituciones liberales y un completo olvido y generoso perdon de las pasadas revueltas.

—*Solo escluiré de esta amnistía*, dijo, *á los pocos, poquísimos jefes y promovedores que estraviaron el ánimo de mi amado pueblo.*

La mayor parte de los modeneses comprometidos en los últimos sucesos desconfió de las promesas del duque y emigró á lejanos paises.

Los que creyeron en ellas y se dedicaron en su virtud á redactar proyectos de constitucion, á hablar ó á escribir en sentido liberal, viéronse presos y procesados de la noche á la mañana.

Al mismo tiempo el duque desarmaba la milicia nacional; volvia á llamar á sus estados á los jesuitas; decretaba destierros y fusilamientos; resucitaba los hechos del año anterior, á pesar de la otorgada amnistía; declaraba indecoroso para los nobles el asistir á las aulas y el adquirir grados universitarios, y prohibia á la juventud el ir á estudiar fuera del ducado, *temeroso*, decia el decreto, *de que se pervirtiese su inteligencia con las doctrinas del siglo.*

Celoso imitador de su padre, fundó despues un periódico titulado *Il Distributore* (que el pueblo llamó *Il Disturbatore*) en que se vanagloriaba de no haber reconocido á Napoleon III, y en que eran tratados y tenidos como reyes reinantes el conde de Montemolin, el conde de Chambord y don Miguel de Braganza.

Por entonces tuvo y perdió una hija, *de nadie festejada ni sentida.*

Cuando la guerra de Crimea, colocó sus simpatías del lado de los rusos y persiguió y afligió á las familias que tenian parientes en la division piamontesa que se cubrió de gloria en el Tchernaia.

Por último, en 1859, cuando los franceses pasaron los Alpes, viniendo en auxilio del Piamonte contra el Austria, Francisco albergaba en su palacio á su cuñado el pretendido Enrique V, y juntos acariciaban la idea de un nuevo Waterloo y de otro tratado de Verona, que remachase mas y mas los hierros de la infortunada Italia.

Así cumplió el noble duque su palabra empeñada de ser italiano y liberal en el segundo período de su reinado.

La batalla de Palestro fué el toque de agonía para este odioso y repugnante despotismo.

Los modeneses celebraron ruidosamente la victoria de las armas italianas y corrieron en gran número á alistarse bajo la bandera tricolor.

Francisco intenta castigar á su pueblo; pero el cañon de Magenta le advierte que no tiene tiempo que perder. Decide, pues, partir en seguida; reune sus tropas; pónese á la cabeza de ellas, y abandona la ciudad.

Al marcharse en 1848 ofreció libertad y clemencia para el dia que volviese.

Esta vez se aleja diciendo:

—Ya tornaré, modeneses, ya tornaré. ¡Y ay entonces de los traidores! Mi venganza será implacable.

Quedó, pues, casi desierta la ciudad de Módena durante muchos dias.

Solo se veian en ella ancianos, niños y mujeres.

Los hombres se habian ido á luchar divididos en dos bandos.

El duque y su ejército ingresaron en las legiones austriacas.

Los ciudadanos de Módena, sin distincion de clases, fueron á pedir armas y un lugar en la refriega al rey Víctor Manuel.

Los campos de Solferino los vieron á unos y á otros luchar frente á frente.

Allí vencieron los aliados á los austriacos.—Allí venció tambien el pueblo de Módena á su aborrecido duque.

¡Tiempo hacia que estaban emplazados para aquella lid!

Y Dios quiso que los modeneses vengasen en un solo dia los agravios de muchas generaciones, y tuviesen la inefable satisfaccion de ver caer juntos en una misma derrota al emperador de Austria, á la dinastía *Estense*, al odiado Francisco y á sus cuatro mil sicarios!...

—Ahora comprendereis, me han dicho los guardias nacionales y los voluntarios garibaldinos al terminar su relacion; el frenético entusiasmo y el delirante júbilo que estremece todavía á los habitantes de Módena.—Estábamos muertos y hemos resucitado.

Ahora comprendereis, os digo yo á vosotros, por qué esclamé hace un momento con tan cruel delectacion:

—«¡Oh! si Francisco V pudiese ver en este instante á su antigua córte!»

Solo el cuadro que presenta la *Trattoria* en que escribo estos apuntes, le haria morir de impotente rabia.

Tres magníficos retratos, uno de Cavour, otro de Garibaldi y otro de Victor-Manuel, adornan las ennegrecidas paredes: mas de cien militares,—oficiales sar-

dos, guardias nacionales de la ciudad y voluntarios garibaldinos,—hablan de los asuntos de Italia, censuran á Antonelli, befan á Francisco II, ensalzan á la Inglaterra; repiten mil y mil veces las palabras antes proscritas de ***Patria*** y ***Libertad***; brindan por la *unidad italiana;* se rien de los tudescos; entonan canciones aprendidas al dia siguiente de Montebello, de San Martino, de Marsala y de Garegliano; son dueños de sus acciones; pueden espresar sus ideas; ejercitan su voluntad; piensan, hablan, viven... Y el mundo no se acaba por eso; y el sol sale y se pone como antiguamente, y existen la religion, la familia, el amor, la virtud, el respeto, la propiedad, el órden... ¡Y Francisco V no es duque de Módena!!

Pero ya son las ocho y media: vámonos al teatro.

. . . .

Estamos en el *Teatro Reale* (antes *Ducale*).

La sala es grande y hermosa, y está completamente llena.

En sus ciento cincuenta palcos se ve una multitud de bellas y lujosas damas y de elegantes caballeros, ora modeneses, ora de las ciudades vecinas.

Módena, gracias al ferro-carril (obra del nuevo gobierno), dista de Bolonia una hora y minutos, como ya hemos visto; media hora de Reggio, ciudad muy importante; hora y media de Parma, córte de otro ex-reino; dos horas de Plasencia, capital de otro antiguo estado; siete de Génova, ocho de Turin y once de Milan.

Rossi ha hecho acudir á Módena mucha gente de todas estas poblaciones.

Mañana será la cita en otra parte, y allí volverán á reunirse y á tratarse como paisanos y vecinos los que antes vivian separados por absurdas fronteras, por mezquinas rivalidades, por bastardas ambiciones.....

¿Qué diria si viera estas cosas el difunto Francisco IV, el insigne enemigo de los ferro-carriles y de los forasteros?

El teatro está animadísimo. Aquí ¡gracias á Dios! veo ya sin sombrero durante la representacion al público de la platea; pero siempre queda en ella un gran espacio sin asientos ocupado por la apiñada muchedumbre.

El palco ex-ducal, sumamente lujoso, se halla vacío.

Yo me figuro el cuadro moral que presentaria esta sala hace dos años.—¡Qué inmenso poder, que absoluta soberanía, qué esceso de omnipotencia en Francisco V, si se comparaban estas facultades con el estrecho círculo en que las ejercía!—El duque conoceria á todos sus súbditos; los gobernaria *inmediatamente*; sentiria el placer del mando en toda la plenitud de su vanidad; veria en todas partes el reflejo de su propio esplendor; seria rey en su reino, como cada individuo es rey en su casa.—Exento de grandes cuidados; sin miedo á ninguna nacion, á fuerza de poder temer de todas; invencible á causa de su misma debilidad, como los niños y las mujeres; respetado, pero no envidiado por sus vecinos; indiferente al movimiento del siglo; no pensando en mejorar la condicion de su pueblo; desembarazado de toda intervencion del pais en el gobierno, esto es, no fiscalizado por la representacion nacional; desocupado, libre, olvida-

do, solo, el duque de Módena no probaria del poder sino las satisfacciones, las prerogativas, las inmunidades, la voluntariedad, lo que halaga la soberbia, lo que lisonjea el orgullo... ¡Y qué pesada, qué terrible, qué insoportable seria la presencia de este déspota ocioso, cuya mirada, cuya accion, cuyas pasiones penetrarian en el seno de la familia, pasarian de la vida pública á la privada, intervendrian en lo urbano tanto como en lo nacional, é invadirian constantemente la esfera de las personalidades!

Tal es la condicion de todos los estados sumamente pequeños. En ellos, la tiranía del amo es necesaria, fatal, inevitable, como pasatiempo, como distraccion, como recurso contra el fastidio. Un rey absoluto, encerrado con sus vasallos en estrechos límites, tiene que vivir solo ó degradado; ó es déspota, ó no es rey. El continuo contacto con unas mismas personas, produce la familiaridad y la llaneza ó el odio y el rigor. La proximidad mata el respeto. *Nadie es grande hombre para su ayuda de cámara*. Los chismes de vecindad, que son la polilla de los pueblos de provincia, son un veneno en las córtes *lilliputienses*. Si de algun modo se esplican los crímenes espantosos que forman la historia de Italia, es por su division en diminutos estados. Los *Scala* de Verona, los *Visconti* de Milan, los *Este* de Ferrara, los *Carrara* de Pádua, los *Gonzaga* de Mántua y tantos otros como fueron señores de vidas y haciendas en un escaso territorio, usaban del poder de tal manera que lo que le faltaba en estension, le sobraba en densidad.

Todo el mundo sabe que es regla establecida que no sean válidos al saltar á tierra los desafíos ajustados abordo de un buque durante una larga travesía, y la filosofía de esta sábia ley se funda en la esperiencia que tienen los navegantes de que muchos hombres encerrados en un reducido espacio, y viéndose todos los dias, acaban por estorbarse, por chocar unos contra otros, por aborrecerse, por desear aniquilarse.—Ahora bien, convertid á uno de esos hombres en señor de los demás, y llegará un momento en que arrojará al agua á todos sus compañeros de viaje.

Ni es esto todo: yo sé de un gran genio, á quien su prodigiosa imaginacion habia revelado en pocos años todos los misterios de la vida, el cual, cansado y disgustado ya de una monótona existencia que nada nuevo podia enseñarle, deseó muchas veces, durante sus accesos de melancolía, tener en su mano el poder de Dios, no para mejorar el mundo, sino para volverlo á la nada.

Así somos los hombres; y por eso valemos algo. Tal es nuestro ambicioso espíritu, y por eso le creo yo destinado á mejor vida.

Pero ¿á dónde vamos á parar? ¿Qué tiene que ver nada de esto con el buen *Rossi*, que esclama en este momento con verdadera inspiracion:

...Presto á morir son sempre;
é duolmi or sol l'aver vissuto io troppo!...

Rossi es un buen actor trágico; pero aunque muy jóven todavía, está ya en su decadencia. Grita mucho y es exagerado como todos los actores de Italia, lo

cual ha debilitado prematuramente sus facultades. Diríase que ha esplotado mal la cantera de su voz, y que al sacar de ella algunas estatuas, ha quebrantado el mármol restante. Quizás es tambien demasiado académico, demasiado solemne;



La última reina de Nápoles.

pero cuando se distrae, tiene arranques de verdadera inspiracion. Asi y todo, vale mas que todos los actores trágicos que he oido en Francia y en España, escluyendo á la Ristori.

Los italianos son artistas por naturaleza, por tradicion y porque respiran el arte en el aire patrio.—En los últimos histriones de una compañía ambulante échase de ver no sé qué grandeza clásica, no sé qué instintos magistrales, no sé

qué aspiraciones á la felicidad, que no pueden consistir en otra cosa sino en la costumbre de ver en todas partes, en la iglesia, en la plaza pública, en los paseos, en los mismos campos, nobles estatuas, elegantes pórticos, maravillosas pinturas, venerables ruinas; modelos, en fin, de la perfeccion artística á que tantas veces ha llegado Italia.—Yo he visto á un niño de doce años dibujar con carbon sobre las losas de una calle de Milan cabezas de vírgenes y santos, llenas de defectos, es verdad, pero notables por su estilo.—Yo he oido cantar á los trabajadores y á los soldados en las calles y en los caminos con una inteligencia y un gusto que se adquieren difícilmente en los conservatorios de otros pueblos.—Yo no he visto todavía en Italia cuadro, escultura ni edificio tan malo que no recuerde, siquiera pálidamente, las excelencias de los grandes maestros inmortalizados por la fama.

Volviendo á *Rossi*, diré que la noche que estoy pasando viéndole hacer el papel de *Virginio* en la VIRGINIA del sublime Alfieri, es la primera en que he realizado parte de mis ilusiones acerca de los teatros de Italia.

Entre tanto, la tragedia es interrumpida á cada paso por los aplausos frenéticos del público, que encuentra en todas las escenas algo que referir, por via de epígrama, al gobierno difunto de los Este.

Y en verdad, Alfieri, como todo el mundo sabe, era un tribuno ardientísimo disfrazado de poeta, y sus obras inmortales están sembradas de alusiones políticas, máximas, profecías y predicaciones, que han contribuido no poco á mantener vivo en toda la península italiana, durante los últimos años de opresion y tiranía, el amor á la libertad y el afan de independencia.

Debo tambien hacer notar que no es solamente el *insensato vulgo*, *siempre dispuesto á las mudanzas* (como llamaba Radetzky á la clase popular), el que aplaude con furor los rasgos patrióticos y liberales de Alfieri: son tambien las mas principales damas, los mas nobles caballeros, los ancianos patricios, los jóvenes de moda...

Siguiendo mi sistema inquisitorial, he preguntado á mis vecinos el nombre de las personas que daban mayores muestras de entusiasmo en los palcos de *ordine nobile*, y me han dicho:

—Ese es el conde; esa es la marquesa; ese el duque de tal; ese es un magistrado; ese es un sabio; esa es la hija de un banquero; ese lleva tal ó cual ilustre apellido...

Y yo he esclamado en mi interior:

—¿Quiénes serán en Módena los partidarios de Francisco V? ¿En qué se fundarán algunos publicistas estranjeros para llamar inícua usurpacion á la anexion de Módena al Piamonte, y ridícula farsa al sufragio universal que dió por concluida la autonomía modenesa?

—Aquellos publicistas lo sabrán.

Con estos pensamientos me vuelvo á mi casa, donde al fin voy á complacer á mi estúpido cuerpo, entregándole al descanso.

. . . .

Es la una de la tarde.

Estoy en la estacion de la *Strada ferrata*, esperando la salida del tren que ha de llevarme de Módena á Parma en hora y media.

En este momento acabo mi escursion por Módena, en que he gastado toda la mañana.

He estado en la catedral, cuyo indudable mérito es mas bien arqueológico que arquitectónico. Data del siglo XI, y su fundacion se debe á la famosa *Condesa Matilde*, de quien hablaremos cuando vayamos á Florencia. El estilo es lombardo, y como tal sumamente curioso para los peritos en el arte de Vitrubio. Lo único que en la catedral agrada á los profanos, es la célebre torre llamada la *Ghirlandina* (uno de los *campaniles* mas altos de Italia), cuyo nombre proviene de una guirnalda de bronce que ostenta alrededor de la veleta.—Todo el esterior de aquella elegante y corpulenta mole está revestido de mármol blanco.

Desde allí he ido al *Palacio ex-ducal*, cuya magnitud y hermosura me han sorprendido estraordinariamente.

Lo mismo digo de aquel palacio, que dije anoche del poder de los duques de Módena: ni el uno ni el otro estaban en proporcion con la pequeñez del Estado.

El alcázar que habitaba Francisco V es uno de los mas vastos y bellos de toda Europa. Hállase aislado en la confluencia de tres calles magníficas, desde las cuales ofrece un aspecto magestuoso. Su arquitectura es del Renacimiento. El patio, la escalera, las galerías y los salones tienen una grandeza verdaderamente cesárea.

En cambio, el ajuar es pobre y hasta mezquino en muchas habitaciones. Nótase en él una mezcla de esplendor y de miseria, que deja comprender que el reino no le bastaba al alcázar. En unas habitaciones se ven muebles riquísimos, preciosos dorados, soberbias colgaduras; en otras un mobiliario antiguo, apolillado, roto; aquí sofás y butacas de *gutta-percha*, veladores y mesas de caoba lisa, lámparas y espejos de forma vulgar, un menaje, en fin, sumamente modesto, propio de simples mortales, igual al que decora las casas de la clase media; alli trastos viejos é inservibles; en algunos aposentos... absolutamente nada.

La galería de pinturas de este palacio era de primer órden hace dos siglos; pero el duque Francisco III se vió un dia en un apuro y vendió al Elector de Sajonia cien magníficos cuadros, entre los cuales iban cinco ó seis *Correggios*!—Hoy solo quedan en la galería veinte ó treinta lienzos medianos, casi todos de la escuela boloñesa.—Un *Fraile* que lleva el nombre de Velazquez, y un *Labrador* que se atribuye á Murillo, son dos falsos testimonios levantados á los príncipes de la pintura española.

Actualmente no vive nadie en el alcázar.—Cuando yo lo he visitado, se celebraba en él una almoneda ó *exibicion* (yo creo que exibicion) de los juguetes de los príncipes. Estos juguetes son pobres y ridículos, y el pueblo, en vez de hacerles postura, se entretiene en mirarlos y reirse.—Entre ellos he visto una locomotora de carton con este letrero: *De Módena á Monaco.*

¡Ah! el bueno de Francisco V se consolaba pensando en estados mas peque-

ños que el suyo!—¡Con qué soberbio desden y con cuánta complacencia recordaria á todas horas las repúblicas de *Andorra* y de *San Marino*!—¡Al lado de ellas, el ducado de Módena era el imperio de Alejandro!!!

Despues he vagado por las calles, y últimamente he venido á la estacion dando una vuelta en coche por encima de la muralla que ciñe la ciudad.

Esta muralla, como la de Cádiz, sirve de paseo público.

Desde la parte del Sur se goza de una hermosísima vista de la mole azul de los Apeninos...

¡Detrás de ellos está Florencia!...

Partamos.

II.

De Módena á Parma.—Los Farnesio.—Recuerdos de España.—*Correggio*.—Un teatro antiguo y otro moderno.

El ferro-carril de Módena á Parma corre paralelamente con la *via Emiliana*, á lo largo de una fértil llanura cortada á cada paso por impetuosos arroyos y hasta por verdaderos rios, que bajan del Apenino y van en busca del Po á mezclarse con las aguas procedentes de los Alpes.

Primero pasamos el *Secchia*.

Luego nos detenemos algunos minutos delante de *Rubiera*, aldea fortificada, en donde encerraban los *Este* á los grandes reos de Estado.

Un cuarto de hora despues hacemos alto á las puertas de *Reggio*, la segunda ciudad del ducado de Módena, rodeada de murallas y defendida por una gran fortaleza.

Reggio encierra 19,000 habitantes.—Tambien tuvo sus tiempos de república independiente y de reino infinitesimal.—Un viaje en ferro-carril al través de tantas antiguas monarquías, se parece en cierto modo al *Viaje de Micromegas*.

Despues de salvar otro riachuelo, paramos en la estacion de *S. Ilario*.

No lejos se ve sobre la *via Emiliana* un arco de triunfo, levantado hace dos siglos en celebridad del casamiento de un Farnesio con una Médicis.

En seguida pasamos á la vista de *San Lázaro*, poblacion famosa por su hospital de leprosos, y llegamos á las orillas del

Enza, caudaloso torrente, que sirve ó servia de frontera á los ducados de Parma y Módena.

En *San Próspero*, primera aldea del Estado de Parma, el pais llega á un indecible grado de fertilidad y hermosura.—El verde manto del Apenino baja hasta aquí, recamado de plata por mil arroyos bullidores, que solo están en actividad durante la primavera y el otoño. El verano los seca y el invierno los petrifica en su cuna.

A lo lejos distingo ya entre el arbolado las cúpulas y campanarios de *Parma*, dorados por el sol.

La ciudad de los Farnesio, asentada en medio de tan amena y dilatada llanura, me parece, mas que una córte de Italia, un inmenso palacio campestre, un *sitio real* perteneciente á la corona de España.

Esto es injusto y egoista... ¿pero quién pone una mordaza á la loca imaginacion?

¡Ha oido uno decir tantas veces que España tiene derechos al estado de Parma! ¡Están tan enlazadas sus historias! ¡Van tan unidos sus nombres!

Asi es que mis afectos se sobreponen á mis ideas; y despues de haber abominado de la fatal division en que los italianos han vivido hasta ahora, estoy por lamentar la fusion de Parma en Italia.—Ya me acusé el otro dia, viendo salir el sol desde una calle de Ferrara, de cierto fanatismo patrio. *¡Perezcan los principios y sálvense las colonias!* Tal es mi primer grito cuando se trata de la patria...

Sin embargo, esto no pasa de ser una intemperancia del afecto, que la reflexion se apresura á reprobar. Seamos consecuentes con nosotros mismos y con la justicia. Por mas que hayan hecho y pactado algunos poderosos de la tierra, los derechos de un pueblo á reinar en otro son fátuas convenciones que repugnan á la razon.

Los hechos consumados por la fuerza no tienen mas razon de ser que la fuerza misma, y cuando esta cesa, los hechos cesan tambien, sin que sea dado invocar entonces la autoridad del tiempo. El tiempo no sanciona lo absurdo: antes lo desvirtua constantemente, puesto que acredita la inmortalidad y la impenetrabilidad del derecho. Mil años de violencia pueden ser anulados por un solo dia de libertad.

Con que dejemos á Italia ser Italia, y contentémonos nosotros con ser España,—ó por mejor decir, lamentemos el no serlo enteramente.—Olvidemos un poco nuestros derechos *eventuales* á Parma, y acordémonos algo de nuestros derechos eternos á Gibraltar.

Esto no quita para que nos bañemos en el agua de rosas de nuestra historia; para que nos recreemos con nuestro poético pasado; para que nos engriamos de haber tenido unos padres tan poderosos, que no solo pudieron hacer lo justo, sino tambien su santa voluntad.

La historia especial ó peculiar de Parma principia con la dinastía de los Farnesio, á mediados del siglo XVI.

Pablo III, papa, que en el siglo se llamó Alejandro Farnesio, erigió el ducado de Parma y Plasencia para su hijo Pedro-Luis, habido en un matrimonio secreto que contrajo cuando era seglar.

Pedro-Luis-Farnesio, primer duque de Parma, fue uno de los hombres mas abominables que han aparecido sobre la tierra. Su pueblo le hizo justicia: los nobles le dieron de puñaladas, y la plebe le arrastró por las calles de la ciudad.

Su hijo *Octavio* fue reconocido por Cárlos V, quien le dió en matrimonio á su hija la famosa Margarita de Austria, gobernadora de los Paises Bajos. Octa-

vio reinó en Parma sabia y gloriosamente, durante mas de treinta años, y murió bendecido de sus súbditos.

Alejandro, hijo de Octavio y de Margarita, penetró aun mas en la historia de España.—Este es el famoso *Alejandro Farnesio*, general de los ejércitos de España en tiempo de Felipe II, compañero de don Juan de Austria en Lepanto, su sucesor en el gobierno de Flandes, vencedor de Mauricio de Nassau y de Enrique IV de Francia, y uno de los hombres mas ilustres de aquel siglo de oro de la Europa.

Alejandro no estuvo nunca en sus Estados. Sus descendientes reinaron aquí sin gloria ni fortuna, y se extinguia la dinastía y eran flojos los antiguos lazos que unian á Parma y á España, cuando Felipe V se casó con la célebre *Isabel Farnesio*, que le llevó en dote este ducado.

Estrechóse, pues, mas y mas el antiguo parentesco entre ambos Estados.—El primer Borbon de España continuaba la obra de Cárlos V.

Pero Isabel entendió las cosas de otra manera, y así que su hijo Cárlos entró en la mayor edad, envióle á reinar en Parma.

Este Cárlos pasó luego al trono de Nápoles y acabó por ser rey de España con el nombre tan popular de Cárlos III.

Un hermano suyo, el infante *D. Felipe*, le reemplazó en la soberanía de Parma.

Hija de este príncipe fué la célebre *María Luisa*, esposa de nuestro buen Cárlos IV.—Nuevo lazo entre las dos monarquías.

A *D. Felipe* le heredó su hijo *D. Fernando*, despojado del ducado de Parma y Plasencia por Napoleon I, que le dió en cambio la Toscana, erigida en *Reino de Etruria*.

Don Fernando protestó contra semejante arreglo y murió sin aceptar el reino de Etruria, aunque lo había ganado en el cambio; pero su hijo *don Luis*, casado con una hija de Cárlos IV de España (vuelve á remacharse el parentesco), fué menos escrupuloso y admitió la Toscana.

Esta hija de Cárlos IV es la famosa *reina de Etruria* que tanto brilló en la córte de Napoleon, por su lujo, su belleza y su carácter, cuando pasó por París con su esposo antes de tomar posesion del improvisado reino.

Muerto don Luis en 1803, la reina de Etruria siguió en el trono, como regente en nombre de su hijo *Cárlos*, hasta el año de 1807, en que fué despojada de nuevo, por haber sido incorporada tambien la Toscana al imperio de Napoleon.—María Luisa dirigióse entonces á Francia, en donde compartió el destierro de su padre Cárlos IV y de su hermano Fernando VII, víctimas como ella de sus debilidades con el emperador.

Entre tanto, el ducado de Parma y Plasencia había sido hecho tres pequeños principados, en que reinaban Paulina Bonaparte, Cambaceres y Lebrun.

1814 arregló las cosas de otra manera. El ducado de Parma fué dado á la esposa de Napoleon (prisionero ya en la isla de Elba), para ella y para su hijo el llamado Rey de Roma, y la reina de Etruria recibió el pequeño ducado de Luca para su desheredado hijo *D. Cárlos*.

1817 fue mas favorable á los Borbones. En dicho año declaró la Europa que el ducado de Parma volveria á poder de los nuevos señores de Luca, á la muerte de la ex-emperatriz María Luisa, lo cual equivalia á despojar de todo patrimonio al rey de Roma.

La ex-emperatriz aceptó: dejó en poder del Austria al hijo del vencedor de Europa vencido en Waterloo: dedicóse á gobernar á Parma en union del conde de Niepperg, general austriaco y su primer ministro, con quien mantenia criminales relaciones: tuvo de él tres hijos, en vida del prisionero de Santa Elena; y no bien murió este, casóse con aquel oscuro soldado, que habia hecho su carrera peleando contra la Francia.

—«¿Qué me mandas, señor, al tiempo de dejarme?» le preguntó á un héroe griego su afligida esposa, en tanto que le ceñía la espada con que iba á rechazar á los enemigos de la patria.

—«Te mando, contestó el héroe, que si muero y vuelves á casarte, elijas un esposo digno de mí, que te haga padre de hijos dignos de entrambos.»

La viuda de Napoleon murió en 1847, y en el mismo año volvió al trono de Parma la dinastía de Borbon, en la persona de *Cárlos II*, que cedió el ducado de Luca á la Toscana.

Al año siguiente, Cárlos II era arrojado de Parma por la revolucion y abdicaba en su hijo *Fernando-Cárlos III*.

Entró este en sus Estados en 1849, donde reinó pacífica y prudentemente, si bien por el régimen absoluto, hasta el año de 1854 en que un jóven, impulsado á lo que se cree por un odio particular, le asesinó en el paseo público, en medio del dia, cuando solo contaba el príncipe treinta y un años de edad.

Su viuda, nieta de Cárlos X rey de Francia, hermana del pretendido Enrique V, conde de Chambord, es la famosa *Duquesa de Parma*, tan conocida hoy en el mundo político, que ha gobernado aquí hasta el año pasado, en nombre del mayor de sus hijos, Roberto I de Borbon, nacido en 1848.

De esta princesa elogian los mismos italianos las virtudes privadas y la templanza y el acierto con que ha regido á sus súbditos, asegurando que solo altas razones patrióticas (la necesidad de unirse contra el Austria, y el pensamiento de formar un gran reino con tantas flacas monarquías) han podido llevarles á buscar otro gobierno.

En cambio, la duquesa no ha sabido conducirse dignamente en la desgracia, sino que ha hecho lo mismo que los antiguos duques de Parma desposeidos por Napoleon I.—Ha mendigado un trono al César francés; ha reconocido y lisongeado á un poder popular, enemigo nato del derecho divino; ha arrastrado por los suelos las lises de la casa de Borbon.—Esto se llama *no saber morir*. Por odiosos que me sean los enemigos de la libertad y los verdugos de Italia, yo aplaudiré siempre, aunque no sea mas que en nombre de la unidad de accion, del interés dramático y hasta de la dignidad humana, á los vencidos que no se entregan: por ejemplo, al último duque de Módena luchando en Solferino contra Napoleon III y contra la Italia.—¡Siquiera allí habia consecuencia, habia lógica,

habia sucedido!—Cuando el pueblo ha llorado y perdonado, el arrepentimiento de los reyes es tardío, y sólo puede contribuir á su mayor desgracia. El arrepentimiento debe ser anterior al juicio. Despues de la sentencia, *nulla est redemptio*. —Los Borbones de Italia se han acordado de ser liberales y patriotas cuando ya no era tiempo.—La duquesa de Parma debió conocer que, si no sus errores, los de sus parientes, amigos y aliados, la habian perdido para siempre.—¡Además, que su gobierno era absoluto, y se apoyaba cuando era menester en las bayonetas austriacas!...

Pero hénos ya en la capital del Ducado.—Digamos rápidamente que la poblacion, el territorio, el presupuesto y el ejército del Estado de Parma y Placencia eran sobre poco mas ó menos iguales que los del de Módena, y entremos en la antigua corte de los Farnesio.

Parma es una hermosa y alegre ciudad, de anchas, rectas y limpias calles, rodeada de muros, llena de antiguos palacios y buenas casas modernas, atravesada de Este á Oeste por la via *Emilia*, que se convierte aquí, como en Módena, en una especie de *boulevard*, con el nombre de *Strada-Maestra*, y cruzada de Sur á Norte por el rio Parma, sobre el cual hay tres hermosos puentes.

Siguiendo mi costumbre, he tomado un coche en la estacion, el cual no sólo me ha traido á la ciudad, sino que me servirá en ella de albergue durante todo el dia. En él va mi equipaje; en él escribo; él me llevará á ver todo lo notable que encierra la capital, y él me conducirá á la noche á cualquiera fonda en busca de mesa y cama. Además de esto, el cochero me acompaña de *cicerone*.—Creo que no se puede simplificar mas un viaje.

Parma está vestida de fiesta como Ferrara, Bolonia y Módena. Por todas partes banderas, músicas, letreros, alegría... —Parece ser que el *Re Galantuomo* y *Garibaldi* vencen todos los dias en el Sur de Italia, y que el reino de Nápoles pertenece ya á la historia.

Todas las curiosidades históricas y artísticas de Parma hállanse reunidas en un mismo paraje: en el *Palacio Ducal*.

El Palacio Ducal es una reunion de edificios, que comprende la regia morada de los duques, el famoso *Teatro Farnesio*, la *Academia de Bellas Artes*, célebre en toda Europa por las obras maestras de Correggio que aun se ven en ella, los *Archivos*, la *Biblioteca*, el *Museo de antigüedades*, y por último, el vasto y frondoso *Jardin Ducal*, que sirve de paseo público.

Yo me paso, pues, la tarde sin salir de este laberinto de patios, escaleras, galerías y salones, ya buscando las huellas de los príncipes españoles que aquí han vivido, ya las de la ex-emperatriz, de quien tanto he blasfemado esta mañana; ya evocando la sombra de la hermosa reina de Etruria, ya pensando en la duquesa de Parma y en su hijo,—que ayer se sentaban en este trono vacío y empolvado, y hoy vagan por reinos extranjeros, pidiendo hospitalidad á sus correligionarios políticos.

Antes de venir al palacio, he pasado por la catedral, vieja y de estilo lombardo como la de Módena. Las torres y la fachada se hallan todavía por concluir.

y eso que la obra fue principiada en el siglo XII. Aquel templo es, sin embargo, célebre en todo el mundo, por encerrar una de las mas grandes maravillas que ha producido el arte;—la cúpula pintada por *Correggio*.



El último rey de Nápoles.

Este inmenso *fresco* representa la *Asuncion de la Vírgen*, asunto predilecto de los pintores de Italia. Todos convienen en que el triunfo de María no ha sido imaginado por nadie con tanta inspiracion, con tanto fuego, con tanta gracia como por el maestro parmesano. En cuanto á mí, prefiero su *Asuncion* á todas las que hasta ahora he visto; á la famosísima de Rubens que tenemos en Valladolid, á la de Ticiano, á la de Perugino, á la de Caracci.

Correggio es el verdadero jefe de la escuela lombarda; pero original é inspirado como ninguno, resume en sí las escelencias de otras escuelas. La vista de un cuadro de Rafael le reveló su genio: las obras de Ticiano le descubrieron los secretos del *color*: en Vinci admiró la gracia de la *forma*; en Miguel Angel la osadía y el poder del dibujo. El, por su parte, traia en el alma la nocion de la luz y de la sombra; la magia del claro-oscuro, la intuicion de los esplendores celestes. Con todos estos elementos, aspiró á pintar lo que nadie habia pintado hasta entonces: el color en la luz y el color en la sombra; la luz sobre la luz; las medias tintas de la penumbra; los crepúsculos misteriosos determinados por la distancia. El y Murillo son los únicos que han sabido copiar la luz sobrenatural de la gloria, tal como la percibe el alma en éxtasis. Aquel mismo radioso ambiente en que flotan las *Concepciones* del Rafael andaluz, sirve de fondo á las inspiraciones de Correggio. Tambien se parecen los dos en su aficion á pintar niños, y en el amor, la gracia, la inocencia y la hermosura de que los revestian. Pero dicho sea en verdad, Correggio no es tan místico, tan ascético, tan inmaterial como Murillo.—Para deslindar este punto, me bastará con describir la *Asuncion* de que hablábamos antes.

He dicho como pinta Correggio: réstame decir como dibuja. Correggio evita siempre las líneas rectas: sus figuras no están nunca en un *término* dado: el *escorzo* es su constante empeño. No se contenta con presentar una fase del cuerpo humano, sino el cuerpo entero, visto por todos lados. Yo no podré esplicaros como lo consigue, pero lo cierto es que coloca las figuras de tal modo que la mirada gira en torno de ellas, como alrededor de una estatua.

La *Vírgen* de la cúpula de la catedral, por ejemplo, va acostada enteramente sobre un lecho de nubes, de cara al cielo. Diríase que está pintada para vista, no desde la tierra, sino desde la gloria; para contemplada desde arriba, no desde abajo.—Desde abajo solo deberia verse la nube en que va tendida, ó cuando mas, su túnica flotante y su cabellera de oro.—Pues bien: lo mismo desde el altar mayor que desde lo alto de la cúpula, adonde he subido, se ve toda la figura de María; se ve su cara; se ven sus ojos; se la ve de frente y de espaldas; como si se levantara alejándose de vos, y como si se os acercara al mismo tiempo; como si estuvierais esperándola en el cielo y la vierais subir en vuestra busca. —¡Y qué mirada; qué leve sonrisa la suya! ¡Qué boca entreabierta! ¡Qué ojos, anegados en amor y alegria! ¡Qué fuego en su actitud!... ¡Es la primera vez que estalla el júbilo de la que habia sufrido tanto!—Allá en el éter, en medio de una luz que no es de este mundo, se ve un ejército de arcángeles, de querubines y de santos que sale á recibirla. De los querubines solo se distinguen las inspiradas cabezas entre nubes de ópalo y rosa. Los arcángeles se hallan mas próximos, con las alas estendidas. Entre los santos se destacan los Apóstoles, los amigos de la madre de Jesus.—Los ángeles, esto es, un tropel de niños alegres y graciosos, sostienen á María; empujan la nube que le sirve de carro triunfal; rompen el aire como abriéndole camino... ¡Este es su acompañamiento! ¡Con aquellos inocentes ha hecho el viaje de la tierra al cielo! ¡Y cuán ufa-

nos van ellos con su reina y madre! ¡Con qué entusiasmo y regocijo tocan instrumentos y bailan en derredor suyo, la aplauden palmoteando, la requiebran, levantan por alto inútiles antorchas, queman perfumes, esparcen flores...—Es una esplosion de gozo, de caridad, de bienaventuranza, que no tiene rival en la historia del arte.—Hay quien dice que, mas que el místico triunfo, aquella pintura es la *apoteosis* de María.—Tal vez sea cierto, y por eso he establecido yo la comparacion entre Correggio y Murillo.

Con que volvamos al *Palacio Ducal*, y penetremos en la *Academia*, donde el gran pintor de Parma tiene otra obra maestra.

Esta es su famoso lienzo, conocido con el nombre de *San Gerónimo*, llamado asi, no porque este santo sea la figura principal del cuadro, sino por lo admirablemente representado que se ve en él al insigne autor de la *Vulgata*.

La figura principal de la composicion es la Vírgen con el niño Jesus, al cual le besa los pies la Magdalena, mientras que un ángel le muestra un libro abierto y San Gerónimo le contempla con indecible amor.

Este cuadro, radiante de luz y de vida, se llama generalmente *el Dia*, en contraposicion á otro que pintó el mismo Correggio, y que fue denominado *la Noche*, por la suprema inteligencia de las *sombras* que en él demostró el artista.

La Noche (ó sea *la Natividad*) se encuentra en el Museo de Dresde.

Como en todos los cuadros de Correggio, lo que mas sorprende en *el Dia* es la silueta de una luz sobre otra luz y de la carne en la carne; el gran movimiento y vida de las figuras; la belleza de las formas... á pesar de ser algo flamencas, y la riqueza y la armonía del color, que parece una descomposicion *natural* de los rayos solares.

Esta *Academia* encierra otras obras notabilísimas del mismo autor, entre las cuales merece especial mencion la *Madonna della Scodella*, interesante episodio de la Huida á Egipto.

En la *Biblioteca* veo unos magníficos grabados, que se están haciendo ahora, de todas las pinturas de Correggio que hay en Parma, y su hermosísimo fresco, *la Incoronata*, cuidadosamente trasportado á este lugar desde una ruinosa iglesia.

De vuelta en la *Academia*, contemplo el busto de la esposa de Napoleon, esculpido por Cánova; un *Apostolado* de nuestro Ribera, que no vale ni con mucho lo que el que tenemos en Madrid; un *Jesus Nazareno* de Ticiano, y un *Viejo* de Murillo, pálidos vislumbres del genio de estos artistas, y una *Madonna* del inimitable *Francia*, cuya celestial belleza escede á toda ponderacion.

La falta de luz (pues el sol empieza ya á declinar) me obliga á salir de la Academia.

Ninguna hora mas á propósito para visitar el *Teatro-Farnesio*.

El *Teatro-Farnesio*, que como dejo dicho, forma parte del palacio ducal, es el coliseo mas grande del mundo. Fue edificado á principios del siglo XVII, y en él se han dado espectáculos de todos géneros (hasta simulacros de combates

navales) en presencia de muchos reyes y emperadores. Todo el edificio es de madera, asi como las estatuas colosales que lo adornan.—Hoy empieza ya á arruinarse tan gigantesca máquina.

¡Y cuán melancólico aspecto ofrece á la consideracion del viajero esta costosa y magnífica obra, levantada para templo del bullicio y la alegría, abandonada ya para siempre, sepultada en el silencio de lo pasado, entristecida por la soledad de las tumbas, como los tiempos y las generaciones que fueron testigos de su grandeza!—Las vacilantes esculturas, las tablas hendidas, los adornos desprestigiados, el anfiteatro que se hunde, todo gesticula y se descompone, como trabajado *por la vida de la muerte*. La vaga y confusa luz de la tarde, penetra dudosamente por las rotas ventanas y apolillados techos, dando una fisonomía fantástica al empolvado y desvencijado edificio, y haciéndole asemejarse á un descomunal esqueleto,—al esqueleto de la antigua Parma.

Cuando dejo el teatro y salgo á la calle, todavía no es de noche.

El cochero me brinda con un paseo por el *Stradone*,—donde á esta hora, dice, se reunen todos los paseantes de la ciudad,—y yo acepto.

El *Stradone* es una magnífica arboleda, situada al Sur de Parma, entre la *Ciudadela* y el *Jardin botánico*.

En él encuentro solamente cinco ó seis coches cerrados, al través de cuyos cristales percibo algunas encantadoras cabezas.

La tarde está muy fria, pero diáfana y apacible.

Los coches giran aceleradamente alrededor de esta especie de *Bosque de Boloña* ó de *Fuente Castellana*.

El crepúsculo se apaga sobre las cumbres del Apenino, teñidas de color de violeta.

El paseo se va quedando solo...—Ya no hay mas coche que el mio.—Esto me pone melancólico.

Hace diez y ocho dias que vago de ciudad en ciudad, sin encontrar un español. Hace cuatro dias que no resuena en mis oidos la lengua patria. Desde que me despedí del prusiano, no he vuelto á decir *usted*, ni nada de lo que he pensado.—Decididamente estoy muy triste.—Hablar idiomas estranjeros equivale á vestir las ideas de máscara.—No puedo mas.

Pero ya es hora de buscar un techo bajo el cual pasar la noche; una luz que sustituya á la que se estingue en el ocaso; una mesa en que hacer la triste y solitaria colacion del caminante; un hogar comprado, que mañana prestará su calor á otro peregrino; una cama que desconozco y que desconocerá mis sueños. —No puedo mas...

. . . .

El *Albergo della Croce Bianca*, donde me he alojado, hospeda esta noche á no sé qué general recien llegado de Nápoles.

Una inmensa muchedumbre inunda el patio, las escaleras y los corredores que he atravesado para venir á mi cuarto.

En el patio hay una música militar, que toca himnos y walses en tanto que el general come.

La multitud aplaude los himnos, gritando al mismo tiempo: ¡ *Viva Italia* !

Algunas mozuelas de buen humor bailan los walses á la puerta del *Albergo*.

Yo como entre tanto en un vasto salon lleno de largas mesas, á las cuales están sentados en dobles filas mas de cien parroquianos ó pasajeros, casi todos militares.

Cada uno pide por su cuenta; pero todos comemos lo mismo. La lista de los *albergos* y *trattorias* de esta parte de Italia es muy limitada y siempre igual.— En Pádua, Ferrara y Módena, lo mismo que aquí, el *menu* se compone siempre de *brodo*, *menestra*, *manso*, *cervello*, *formaggio é frutti*, ó sea de caldo, legumbres, buey, sesos, queso (estamos en la tierra de uno muy famoso) y frutas.—El vino de *Reggio* es escelente.

Despues de comer voy al *Teatro Nuovo*, que es de primer órden, edificado durante el gobierno de la viuda de Napoleon.

Se representa un drama muy patriótico, titulado:

I CARBONARI *owero* SILVIO PELLICO.

Es una segunda edicion del *Daniele Manin* que vi en Milan.

La sala está muy concurrida y bien alumbrada.

París no tiene teatros tan bellos y cómodos como los de estas pequeñas córtes de Italia.

Por lo demás, el mismo entusiasmo, las mismas declamaciones que anoche en Módena...—Estos pobres italianos no saben lo que les pasa.—¡Quiera Dios que tanto patriotismo no se evapore en gritos y en aplausos!

Yo preferiria encontrarlos serios y tranquilos como vi á los piamonteses.— El porvenir de la nueva Italia depende ahora de la virtud, de la cordura, de la abnegacion, de la concordia, de la laboriosidad de sus hijos: no de ociosas manifestaciones de entusiasmo y alegría; no de vítores y canciones; no de estériles alardes de liberalismo. Semejantes desahogos están en su lugar la víspera de la batalla y el dia de la victoria; pero una vez que han vencido (y de esto hace ya algunos meses), yo creo que están en el caso de trabajar mas y divertirse menos; de ayudar al Piamonte en su tarea de unificar y fortalecer la patria comun, y de afilar las armas para el dia en que los abandone Napoleon III y vuelvan los austriacos á pasar el Po y el Mincio.

Con que vámonos al *albergo*; que mañana hemos de madrugar á fin de coger el tren-correo que sale á las siete para Génova.

CAPITULO VIII.

GÉNOVA.

I.

Entreacto.—El autor *hace novillos*.—Vuelvo á Turin.—Visita al conde de Cavour.—Teatros.—Viaje á Génova.—Un ferro-carril en los Apeninos.

Génova 8 de diciembre.

Hace mas de quince dias que nos despedimos en Parma, lector amigo, dándonos cita para la mañana siguiente, en que debíamos llegar á Génova; y aun recuerdo que era cosa convenida el dirigirnos á Florencia sin pérdida de tiempo.

Pero el autor pone y el hombre dispone.—Hasta esta mañana no he llegado á Génova, y todavía no he visitado la Toscana.

Pues ¿y estos quince dias? me direis. ¿Dónde los has pasado? ¿Cómo has tardado medio mes en un viaje que debiste hacer en seis horas?

Esto es largo de contar; pero os lo indicaré en pocas palabras.

Es el caso que aquella mañana (la mañana siguiente á la noche que pasamos en el teatro de Parma) amanecí muy mas triste que me habia acostado, lo cual no me impidió tomar el primer tren y salir con direccion á Génova, adonde esperaba llegar á la una y media de la tarde.

Para ir de Parma á Génova, el tren-*esprés* pasa por *Alejandría*, ciudad que ya conocemos...

De Parma á Alejandría todo fué perfectamente. Crucé á la vista de Plasencia (*Piacenza*), triste y solitaria capital de otro antiguo ducado; ví á lo lejos el sitio en que existió *Veleya*, ciudad importantísima, sobre la cual se hundieron hace mil y quinientos años los vecinos montes, sepultándola completamente con todos sus habitantes; y por último, llegué á *Casteggio*, en donde el camino empezaba á serme conocido, por haberlo andado, como recordareis, cuando hicimos el viaje de Turin á Milan pasando por Pavía.

Una vez en *Alejandría de la Paja*, el tren hizo alto durante media hora, que yo pasé sentado á la misma mesa en que almorcé veinte y tres dias antes.

Hallábame á dos horas de Turin...

En Turin habia españoles; tenia amigos...—y ya os dije en Parma que estaba cansado de viajar solo y de no hablar el idioma patrio.

Por otra parte, un antiguo y excelente camarada mio, de quien ya he hablado otra vez,—don José del Saz Caballero, el compañero de viaje, ó sea el amo del marroquí *Jusuf*,—me habia escrito desde la capital del Piamonte (adonde habia llegado despues que yo partí), diciéndome que pensaba ir á Florencia y Roma y que se alegraria de que hiciésemos juntos el viaje, para lo cual me pedia razon de mi itinerario, prometiéndome salirme al encuentro cuando menos lo pensara...

Ahora bien: Caballero estaba todavía en Turin esperando mi contestacion.

—¿Por qué no he de llevársela yo mismo? me dige entonces. ¿Qué me importan dos horas mas de viaje? ¿No deseo tanto verme entre compatriotas? ¿No tengo necesidad de un compañero, de un amigo? Pues en Turin me lo depara Dios. —Yo le avisaria por el telégrafo... diciéndole que le aguardo en Génova... Pero ¿y si tarda? ¿Qué voy á hacerme allí solo?—¿Y mis otros amigos de Turin? ¿Y Duro? ¿Y la Rosa? ¿Y Campredon? ¿Y Escalante?

(El señor Coello habia protestado en nombre de España contra los recientes sucesos, y partido á Madrid con su familia.)

Por aquí iba en mis reflexiones, cuando vi sobre la mesa la *Gazzetta di Torino*.

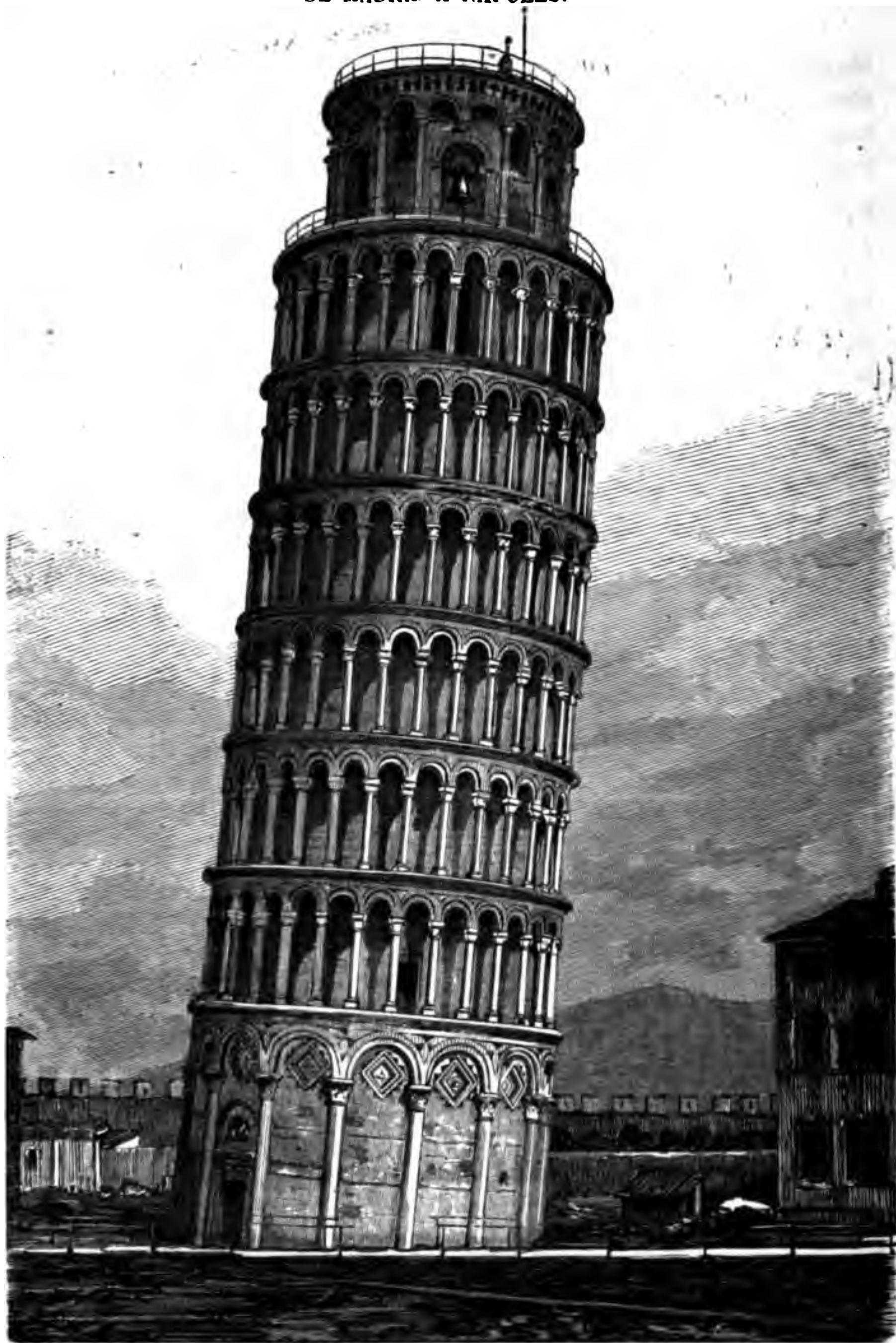
En aquel periódico se anunciaba que la célebre actriz *Adelaida Ristori* llegaria á Turin aquella misma tarde, de paso para Rusia, y que antes de partir daria dos representaciones en el *Teatro-Carignano*.

Esta última noticia acabó de decidirme.—Yo no encontraria solamente en la Ristori á la inspirada artista de quien soy fanático admirador, sino tambien á una noble y antigua amiga, que estimo mucho, y á la cual no habia visto desde 1857.—Dejé, pues, marcharse el tren de Génova; entré en otro que salia en aquel mismo instante con direccion contraria, y dos horas despues me encontraba á las puertas de Turin.

Como ya os he descrito aquella ciudad, pasaré muy de ligero sobre mi segunda estancia en ella.

Solo os diré que durante dos semanas he cambiado un poco de vida y de equipaje: he dejado el estudio de pinturas y de estatuas por el trato y comunicacion con gentes de carne y hueso: he vivido en la sociedad; me he divertido mucho, y he hablado español hasta por los codos.

Para colmo de dicha, he visto representar á la Ristori la *Fedra* y la *Medea*. —La eminente actriz sigue digna de su fama, y los turineses la han oido con verdaderos trasportes de entusiasmo.—A estas horas se encontrará ya en San Petersburgo.



Torre de Pisa.

Tambien he tenido el honor de hablar con el conde de Cavour, á quien me ha presentado nuestro encargado de negocios.

El conde de Cavour, cuya figura os he descrito ya, es tan sencillo y apacible en su trato como en su aspecto y en sus costumbres. Difícil seria hallar una afabilidad como la suya en otro hombre de su importancia y de su celebridad. La mansedumbre de su palabra y el agrado y la paciencia con que escucha á sus interlocutores, tienen algo de frailuno, y perdónenme la espresion. Se ve que el grande hombre de Estado ha formado ya un juicio inapelable acerca de las cosas y las personas, y que va derecho á su fin, sin gastar pólvora en salvas.

Nuestra conversacion ha girado sobre la actitud de España en presencia de los hechos que se cumplen en Italia, y el señor conde ha sabido distinguir y separar la causa de nuestro gobierno de la causa nacional; la causa nacional de la causa de los partidos; y la causa de estos partidos, de la causa de la dinastía.

Yo no olvidaré nunca estas frases, resúmen y compendio de todo lo que me dijo el presidente del Consejo de Ministros de Víctor Manuel. —«Si en vez de nacer yo en esta península hubiera nacido en la vuestra, y hubiese llegado á ser allí lo que soy aquí, habria seguido la misma política que estoy siguiendo. La causa de los españoles es la misma que la de los italianos. Tenemos intereses y enemigos comunes. El malestar de Italia era mas apremiante, y por eso hemos principiado nosotros. Ya nos seguiréis con el tiempo.»

Mucho mas me dijo; pero yo no debo publicarlo.

Asimismo he tenido el gusto de asistir al estreno de una ópera nueva, titulada *Victor Pisani*.—La música era de un tal *Aquiles Peri*.—El éxito fue desgraciadísimo.

En cambio he aplaudido de todas veras en el teatro Alfieri al famoso actor *Módena*, el primer trágico de Italia.—Representaba la *Claudia* de Jorge Sand.

La buena sociedad turinesa, que empezaba ya á volver de sus espediciones campestres, se reunia por lo regular en el teatro *Carignano*, donde la *Salvioni* seguia bailando la *Esmeralda*.

Pero mi espectáculo favorito en Turin ha sido la magnífica coleccion de fieras del célebre *Mr. Charles*, establecida en sólidas jaulas en una plaza del *Borgo nuovo*.—Los rugidos de los leones se oian en todo Turin durante el silencio de la noche, y rara ha sido la mañana que no he ido á ver al domador darles de comer y enseñarles algunas habilidades. Entre los animales mas bellos y terribles de que me ha hecho amigo el amabilísimo *Mr. Charles*, figuraban tres leones (uno de ellos árabe, digno de acompañar á San Gerónimo); dos leonas; un hermoso tigre de Bengala sumamente grande; un oso blanco y otro negro, que se aborrecian de muerte; un elefante enorme, pero muy tratable y afectuoso, y la familia de monos mas divertida y malvada que he conocido en parte alguna.

—Los leones se doman por hambre... me he dicho un dia; y el hambre no consiguió domar á los habitantes de Numancia.—Hacen, pues, mal los poetas en comparar con el leon al hombre fuerte.

Ni han quedado aquí mis *paralelos* entre los irracionales y la raza humana.

—La honradez del elefante, la sagacidad y los vicios del mono, la ferocidad del tigre, la hipocondria de la hiena, la ternura imbécil del oso, la abnegacion sublime del perro, y otros muchos afectos, instintos y hasta pasiones que he estudiado detenidamente en la vida privada de la compañía de *artistas* que enriquece á Mr. Charles, me han dado asunto para todo un libro, que escribiré con el tiempo, cuando haya completado y madurado mis ideas acerca de los que llamamos brutos.

Por las tardes, he admirado desde la *Plaza de Armas* el magnífico y siempre nuevo panorama de los Alpes, cubiertos ya de nieve hasta su anchurosa falda. ¡Cuántos y cuántos sitios de los que yo recorrí en octubre son ahora inaccesibles ó han desaparecido bajo masas enormes de nieve y hielo!

Finalmente, hoy, dia de la Concepcion, he sacudido la pereza y el irresistible hechizo que me retenian en una ciudad tan monótona y triste, al decir de algunos, y tan agradable y deliciosa, en mi opinion, como la capital del Piamonte, y acompañado de mi amigo Caballero y de *Jussuf*, del inimitable Jussuf, ha reanudado mi viaje, firmemente resuelto á pasar la Noche-Buena en Roma.

Del camino que enlaza á Turin y Génova, ya conoceis la mitad, ó sea hasta Alejandría.

Al llegar *por tercera vez* á aquel centro estratégico de mi viaje, saludé el vasto horizonte que se dilataba á mi izquierda.—Por allí me habia alejado cuarenta dias antes: aquel cielo cobijaba á Pavía, á Milan, á Verona, á Venecia, á Pádua, á Ferrara, á Bolonia, á Módena, á Parma... ¡á tantas y tantas ciudades como habia recorrido solo y triste; pero cuyo recuerdo me era ya tan grato!—Esta vez dejé partir el tren que iba á atravesar en breves horas aquellas ciento veinte leguas de amenos campos y de maravillas de arte, y seguimos hácia el Mediodía en el mismo coche que nos sacó de Turin.

Pronto pasamos por *Novi*, rica ciudad, á cuyas puertas fueron vencidos los franceses en 1799, es decir, cuando ya empezaban á acostumbrarse á vencer á todo el mundo.

A pocas leguas de Novi, el camino de hierro principió á engolfarse en los Apeninos.—¡Al fin iba á atravesar aquella azulada cordillera que habia estado viendo constantemente á mi derecha cuando recorria la via Emiliana!

Al llegar á *Arquata*, encontrámonos ya cercados por los montes, cuyas mas altas cimas se levantaban delante de nosotros como cerrándonos el paso.—Desde Arquata á Génova solo hay siete leguas; pero estas siete leguas puede decirse que constituyen el espesor de un muro de granito, al través del cual tiene que abrirse camino la locomotora.

Los trabajos practicados para salvar tan enorme obstáculo son verdaderamente admirables. El camino de hierro es una sucesion de largos túneles, de terraplenes inmensos, de fabulosos desmontes, de puentes atrevidísimos, de viaductos ciclopeos, de edificaciones de titanes. ¡Y cuán bellas, cuán sorprendentes son todas estas obras en el seno de una salvaje naturaleza; entre peñas y árboles, bajo nieves eternas, sobre torrentes impetuosos, al lado de los abismos, en

los flancos de descomunales rocas, en el corazon de gigantescas montañas.—Para vencer de esta manera la tenaz resistencia del áspero Apenino, diríase que el hombre ha dispuesto del terremoto.—Atlas y Hércules no hubieran bastado á tamaña empresa.

Despues de haber admirado los Alpes, encuéntranse pequeños los panoramas del Apenino. Sin embargo, son sumamente pintorescos, aunque por un estilo diferente. Los Alpes, con ser mas abruptos y poderosos y estar cubiertos de un eterno sudario de nieves, ostentan no sé qué aire risueño, inocente, feliz; no sé qué paz y alegría; no sé qué luz gozosa que aleja todo terror del hombre que vaga por sus mas ocultas soledades. Los Apeninos, hijos de los Alpes, son tristes y severos, oscuros y misteriosos. En ellos, mas que la solemne melancolía y augusta soledad de las grandes eminencias, se advierten los tormentos de un corazon atormentado por hondas convulsiones. Los Alpes nos muestran su frente encanecida que se levanta al cielo, libre ya de todo recuerdo de la tierra. Los Apeninos nos dejan ver sus desgarradas entrañas, palpitantes de miedo y de dolor. Aquellos son como un anciano feliz: estos, como un jóven sin ventura ni esperanza. Los Alpes representan un edificio levantado por todo el poder de la naturaleza. Los Apeninos, las ruinas de una catástrofe, los resultados de un cataclismo espantoso, la obra de la destruccion.

Volviendo al camino de hierro, enumeraré rápidamente los trabajos que mas llaman la atencion en él.

El primer túnel que se encuentra es el de *Pietra Bissara*, de 652 metros. Luego se pasa una garganta estrechísima entre dos montañas casi verticales. Para cruzar aquel barranco, ha sido menester levantar una altísima calzada de 300 metros de longitud, sobre el lecho mismo de un torrente, y hacer luego un puente de cuarenta metros de luz, á fin de saltar de una montaña á otra.—En seguida se repiten los viaductos y llegan tres túneles sucesivos, uno de 535 metros, otro de 440, el tercero de 746, enlazados por [illegible] puentes, que conducen á la famosa [illegible] de [illegible]. Esta galería ó túnel, tiene cerca de una legua de largo y se halla construida á 1,300 pies sobre el nivel del mar.—Cuando se sale de ella, empieza á bajar el terreno; pero tan rápidamente, que no se conoce ferro-carril de una inclinacion semejante.—Y es que en aquel punto se encuentra ya el tren á muy poca distancia de Génova; pero á una grande altura sobre la ciudad.

Así es que al salir de su último túnel de [illegible] metros, se abre el horizonte, y se halla uno [illegible] Génova y el mar [illegible] del camino; pero tan próximos y tan [illegible] al mismo tiempo, que no se comprende cómo podrá el viajero llegar á la ciudad si no se hunde por [illegible].

Y lo que sucede es que el ferro-carril traza [illegible] una amplia curva al [illegible] de las montañas en que se asienta Génova, [illegible] por encima de los [illegible] de [illegible] para que á lo [illegible] encontrar [illegible] en la ciudad de los [illegible] por su [illegible] [illegible].

II.

Vista de Génova.—Recuerdos históriços.—Cristóbal Colon.—Paseos por la ciudad.—Los garibaldinos.—Una *manifestacion pacífica.*—Me embarco para la Toscana.

La gran vista de Génova, dicen, es la que se goza cuando se llega por mar á su magnífico puerto.—Ya tendremos nosotros ocasion de contemplarla de este modo, cuando regresemos del viaje que vamos á emprender al Mediodía.—En cuanto al panorama que ofrece la ciudad á los que llegan por tierra, es tambien sumamente bello, á lo menos para mi gusto.

Desde que se empieza á salir de las cordilleras del Apenino; esto es, poco mas de dos leguas antes de entrar en Génova, principian á aparecer por todas partes, asi en las cumbres de la colina, como en las verdes soledades de los barrancos, hermosísimas casas de recreo, pintadas de los mas vivos colores, palacios campestres, graciosas quintas, aldeas enteras compuestas de jardines y soberbios edificios...

Todas estas viviendas, diseminadas en las suaves estrivaciones de los montes, sirven de refugio á la aristocracia genovesa en la estacion del calor.—La mayor parte de aquellas *villas* tienen pintadas al fresco sus cuatro fachadas, con figuras, y hasta composiciones, que producen el mas singular efecto en medio de los pomposos árboles, de las rocas y de las aguas despeñadas.—Es la primera vez que he visto la pintura asociada á la agreste naturaleza.

Para llegar á la estacion, término del viaje, se pasa por túneles abiertos debajo de algunos palacios y por encima de los techos de humildes casas. Desde aquellas alturas se ve la capital de la antigua Liguria, escalonada en anfiteatro entre el mar y el Apenino; apretada por las murallas y las olas; semejante á las ruinas de un inmensurable circo de mármol. La *arena* de este circo es el puerto, casi cerrado, dentro del cual se ven millares de buques de todas las naciones del mundo. Detrás de los dos *espigones* del muelle se perciben las estendidas aguas del golfo.

Una vivísima luz, un esplendente cielo una infinidad de jardines entremezclados con las casas, y un aire tibio y aromoso, en que apenas se perciben las salobres emanaciones del mar, revelan al viajero que se halla en una de esas ciudades del Mediodía de Europa, que reflejan algo del opuesto litoral africano; en una Málaga, en una Marsella ó en un Nápoles; en un pueblo levantisco, en fin, animado por el comercio, enriquecido por las olas,amigo, si no dueño, de otras muchas poblaciones marítimas situadas en apartados mares, como lo fueron Pisa, Venecia y Cádiz y antiguos puertos fenicios y los cartagineses.

Y al mismo tiempo que la fisonomía material de Génova, veis, con los ojos de la imaginacion, su fisonomía histórica.

La ciudad en que entrais es Génova *la Soberbia*, emporio del comercio

europeo durante muchos siglos,—la que compartía el dominio de los mares con Venecia y Pisa, y las combatió y las venció;—la que llevó á los cruzados á Oriente;—la que ganó tierras y estableció colonias en el Archipiélago griego, en Crimea, en las puertas mismas de Constantinopla;—la ciudad de las revueltas y las conmociones populares, inquieta siempre por su libertad; que cambió cien veces de forma de gobierno, ensangrentando un dia y otro sus plazas y sus calles, y sufrió el yugo estranjero con la misma facilidad que lo rompió entre sus manos, segun le pareció mejor á sus inconstantes hijos...—Génova, la de aquellos *Dux* (no menos gloriosos que los de Venecia) que se llaman *Simon Bocanegra*, *Adorno*, *Fregoso*, *Montalto*; la de los *Doria*, *Fieschi*, *Grimaldi* y *Spinola*, patricios ilustres, famosísimos guerreros por mar y tierra, entre los que se cuenta el insigne *Andres Doria*, acaso la primera figura de su siglo, y eso que vivió en el siglo de los grandes capitanes...—Génova, en fin, la patria de Cristóbal Colon... ¡título el mas grande que tiene á la veneracion y al amor de los españoles que la visitan!

¡Cristóbal Colon!—La primera cosa que vimos al entrar en la ciudad (en una pequeña plaza que se encuentra al salir de la estacion del ferro-carril) es un monumento,—empezado hace muchos años y que ahora se trata de concluir,—en honor del infortunado y sublime descubridor del Nuevo-Mundo.

Al votar la ciudad de Génova este público testimonio de admiracion al mas ilustre de sus hijos, ha dado una prueba de alta justicia y noble abnegacion.—El descubrimiento de América acabó por ser tan perjudicial á los genoveses como antes lo habia sido á los venecianos, segun hemos dicho en otra parte. El señaló la hora de la decadencia á las dos repúblicas comerciales de Italia; él arruinó el tráfico de Oriente; él empobreció á los navegantes que iban á Constantinopla y á Alejandría á esperar las caravanas cargadas de las riquezas de la India. La aparicion del continente americano, verificada bajo los auspicios de la nacion española y coincidiendo con el descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza, despobló de naves el Mediterráneo, y dió una suma importancia á Cádiz.—¡*Plus ultra*! esclamaron todos los pueblos de Europa, lanzándose al Occidente...

Y sin embargo, Génova tributa homenajes y alabanzas y erige monumentos á su inmortal hijo.—Entre tanto, España, que debió un mundo al peregrino de la Rápita; que le debió la mayor gloria que ilustra los anales de pueblo alguno; que le debió tantas riquezas y tanto poderío, no ha levantado todavía una estatua, una sencilla piedra, un testimonio material, cualquiera que sea, de su gratitud y su admiracion á aquel grande hombre!... ¡Verdad es que ya le pagó en vida tantos beneficios, cargándole de cadenas y encerrándole en una prision!! —¿Qué mayor recompensa que el martirio para el bienhechor de la humanidad? ¿No habia echado él sobre sus hombros la Cruz de Cristo y la habia llevado de un continente á otro? ¿No lo proclamaba asi al escribir su sagrado nombre:—*Xpo. ferens*? ¿No mendigó el pan del sustento antes de redimir un mundo? ¿No fue tenido por loco? ¿No le escarnecieron los escribas y fariseos de la ciencia? ¿No le negaron sus compañeros la víspera de su gloria? ¿No le crucificó la ingratitud?

—¡Pues á fe que no le hemos desconocido! ¡En verdad que le hemos tratado como á quien era!—Dios lo queria para sí, y nosotros lo purificamos en el purgatorio de nuestra injusticia. ¿Qué importa que no le levantemos estatuas en la tierra, si le hemos dado un trono en el cielo?

¡Oh hidalga España! ¿Cuándo será que tu noble orgullo se traduzca en obras? ¿Cuándo recobrarás el concepto de tí misma?

. . . .

Génova me recuerda mucho á Venecia, á la Venecia terrestre. Las mismas callejuelas oscuras, moriscas, formadas por altísimos palacios; la misma suntuosa arquitectura, aunque de diferente estilo; los mismos puentes, las mismas escaleras para ir de una calle á otra; igual acumulacion y superposicion de edificios; idéntica abundancia de mármoles.—Ya os he dicho que la ciudad está construida en anfiteatro; y de tal manera es esto cierto, que hay en ella calles que se cruzan en el aire; otras que suben desde la orilla del mar á una inmensa altura; palacios escondidos entre miserables viviendas; salones edificados allá en las nubes, en los que se ven relucir por la noche lujosos dorados, al fulgor de mil bugías, mientras que resuena en ellos el compás de la música y del baile, y se ven cruzar voluptuosas figuras al través de las artísticas ventanas....—Durante el dia, la animacion de la ciudad es estraordinaria.—Ya supondreis que en esto no sigue pareciéndose á Venecia.—Los genoveses son alegres, decidores, entusiastas. Las mujeres se parecen á todas las hijas del Mediterráneo: gracioso andar, talles esbeltos, morenos rostros muy descoloridos, noble perfil, hechiceras miradas... hé aquí sus principales caractéres, propios de Venecia como de Málaga, de Marsella como de Valencia. Casi todas llevan una toca ó mantilla blanca, llamada *mezzaro*. El *mezzaro* de las de poca fortuna es de percal vistosamente floreado de vivísimos colores.

La poblacion de Génova (140,000 almas) cabe apenas en el reducido perímetro de la ciudad. En los hombres del pueblo se advierte una díscola soberbia, impropia de los italianos. Hoy, sin duda por ser dia de la Concepcion, habia una infinidad de gente ébria en todas las calles y plazas. Esta gente cantaba, bailaba, jugaba y se divertia de mil modos, sin incomodar á nadie; pero como si supiera tambien que nadie se atreveria á incomodarla.

Dentro de Génova, como en sus afueras, casi todas las casas están pintadas de fuertes y contrastados colores; las unas de rojo, las otras de verde; estas de azul, aquellas de amarillo. Las portadas que mas abundan son las platerescas y las salomónicas. En muchas fachadas se ven además estensos frescos, colosales estatuas de los antiguos señores que allí moraron, ó abultadas cariátides que exhiben su desnudez á los transeuntes. Tambien hay muchos jardines; y, como en Granada, se ven árboles y flores encima de balcones y azoteas y hasta en los tejados. Esto último depende de una ilusion óptica, y consiste en la disposicion de la ciudad, escalonada sobre los erguidos montes.

La proximidad de Carrara se revela en la profusion con que se ha empleado en Génova el mas rico mármol blanco.—Encima del muelle hay una gran mu-

ralla coronada por una azotea de doce metros de anchura, de la que pudiera decirse que lo que allí se ha construido es una cantera de precioso mármol. Yo dudo que exista en el mundo una muralla tan lujosa y bella. Su plataforma sirve de paseo público. Desde aquel estenso balcon se domina todo el puerto, y se tienen casi al alcance de la mano los millares de buques surtos en él.

Génova ha recobrado su antigua importancia desde que se unió al Piamonte en 1814. El camino de hierro la ha hecho el puerto de Turin.

Otro de los puntos notables de la ciudad es la *Strada Nuova*, formada por dos hileras de magníficos palacios, debidos casi todos al célebre arquitecto *Galeazzo Alessi*, el restaurador de Génova.—La *Strada Nuova* es en Génova lo que el *Canal Grande* en Venecia.

En medio de aquella suntuosa calle se encuentra el *Municipio*, antiguo *Palacio Doria*, uno de los muchos que esta ilustre familia levantó en su ciudad natal.—En el portal del *Municipio* hay varios *frescos*, que antes adornaban el palacio Grimaldi. Entre ellos ha llamado vivamente mi atencion uno que representa la llegada de don Juan de Austria á Génova... (creo que despues de la batalla de Lepanto,) y la obsequiosa recepcion que le hacen el dux Grimaldi y el Consejo de la república.

Arriba, en el salon de sesiones del que nosotros llamariamos *Ayuntamiento*, he visto, con la emocion que podreis imaginaros, un busto de Cristóbal Colon, levantado en frente de la presidencia. En el basamento que sostiene el busto hay una puertecilla de plata sobredorada, que se abre con tres llaves. Allí se conservan tres cartas en español, escritas por el descubridor de América, y el original de los privilegios dados al mismo por los Reyes Católicos. En él he visto las firmas de Isabel y Fernando y el escudo de armas de Colon, tal vez el primero que se dibujó para la ilustre familia que principiaba en él. En uno de los cuarteles hay un grutesco y numeroso archipiélago y luego una costa de tierra firme... —¡Sí, sí! ¡Eso fué, ingratos y celosos reyes! ¡Tales eran sus conquistas!... ¡Todo un mundo! —¡Y ese mundo no llevó su nombre; y esos privilegios que le disteis, se los quitasteis despues; y esas mismas firmas que le agasajaban tanto, autorizaron al fin la órden de su encarcelamiento!

Despues del *Municipio*, he visitado el *Palacio Ducal* ó *de la ciudad*, asiento hoy de la policía, construido en 1262 por el abuelo de Simon Boccanegra y reedificado en 1778.—Allí moraron todos los *dux* de la antigua república genovesa.

Luego he ido atravesando toda la poblacion, al célebre *Palacio de Andrea Doria*, en cuya puerta se lee una inscripcion que dice que este hombre ilustre, despues de haber sido almirante del Papa, de Carlos V, de Francisco I y de su patria, edificó aquel asilo en 1529, con el propósito de descansar en los años de su vejez.

El palacio, que ha dejado de ser hermosísimo, se halla abandonado y ruinoso; pero no así los magníficos jardines que lo rodean, desde los cuales se domina todo el puerto.

En ellos me han enseñado (¡singular monumento!) el sitio que ocupó durante muchos años el mausoleo de cierto perro llamado *Rædan*, que Cárlos V le regaló á Andres Doria...



El general Cialdini.

«*Aquí yace mi mejor amigo*;»—escribió lord Byron en la tumba de otro perro...

Tales son hasta ahora mis impresiones en Génova. La noche no me ha dejado ver

mas.—Pero tiempo de sobra tendremos de hacer nuevas escursiones; pues el vapor que ha de llevarnos á Liorna no sale hasta pasado mañana á la noche...—Por lo tanto, *buona sera*.

Se me habia olvidado deciros que en Génova todavia es verano.

Génova 10 de diciembre,—á las nueve de la noche.

Dentro de una hora nos embarcamos para Liorna, y mañana al amanecer nos encontraremos en la Toscana, en la tierra clásica de las flores y las artes, en la patria de la hermosura!

Antes de abandonarnos á tan dulces emociones, y por si la mar, que está agitada, no me permite escribir esta noche á bordo, voy á referiros brevemente las principales cosas que he visto ayer y hoy en la encantadora Génova.

Ayer empecé por seguir recorriendo los mas célebres palacios de la ciudad.—Despues del *Palazzo Reale*, comprado por Cárlos Alberto á no sé qué patricio genovés, y solo notable por su magnitud, fui á ver la famosa galería de pinturas del Palacio *Brignole-Sale*, llamado comunmente el *Palacio Rojo*, por estar pintado de este color. Su dueño vive casi siempre en Paris, adonde ha trasladado muchas obras de dicha galería; pero aun quedan en ella algunos retratos de Ticiano y de Van-Dick, y varios cuadros religiosos de Reni, Guercino, Lucas Jordan y los dos Palmas.—En los palacios *Adorno* y *Pallavicini* hay muchas y muy buenas pinturas de los mismos maestros y de otros de la escuela holandesa.

Tambien merece ser visitada la *Universidad*, grandioso y elegante edificio, lleno de luz y de gracia.—Una doble columnata dórica gira en torno del patio, y sobre ella se levanta otra de órden jónico. En frente de la puerta de entrada está la escalera, que es magnífica, y al través de sus arcos se perciben los naranjos, laureles y cedros de un alto jardin, cuya verde pompa da mayor realce á tan soberbia arquitectura.—En el salon de exámenes hay seis bellas estatuas del célebre *Juan de Bolonia*.

Las iglesias de Génova son tan celebradas como criticadas por su escesivo lujo, y sobre todo por el estravagante empleo que se ha hecho en ellas de mármoles negros y blancos.

La *Catedral*, ó sea *San Lorenzo*, revestida por el esterior de esta manera, no ofrece en su interior nada de particular; pues aunque data del siglo XI, perdió todo su carácter al ser restaurada en el siglo XVI.

Lo único que me ha llamado la atencion en aquel templo ha sido el tan famoso *Sacro Catino* (fuente sagrada) traido de Cesarea por los cruzados.

Los genoveses dicen que aquella fuente es de esmeralda, y que por lo tanto vale muchos millones.—Yo solo puedo asegurar que es verde, de una sola pieza y de dos tercias de diámetro.—Añade la conseja popular que la reina de Saba le regaló esta joya al mismísimo Salomon...—Dudo lo de la esmeralda, ó presen-

te es digno de tan altos personajes!—Dícese, en fin (y esto último me lo ha repetido un señor canónigo de la catedral), que en esta fuente sirvieron á Jesus el Cordero Pascual la noche de la Cena.

Oigamos ahora á los incrédulos.—Los incrédulos dicen que el *Sacro Catino* no es de esmeralda, sino de vidrio, y que por eso dió la república de Génova, en 1476, aquella estraña é incomprensible ley que condenaba nada menos que á muerte al que lo tocase con cualquier materia *dura*. En seguida añaden que si la república atribuia con tal ahinco un vil valor material al inmenso valor moral de tan sagrado objeto, era con el solo fin de que los judíos de la ciudad siguiesen prestándole enormes sumas bajo la hipoteca de la supuesta esmeralda. Despues cuentan que el famoso naturalista francés *Mr. Charles Marie de La Contamine* estuvo en Génova en 1750, y que habiendo notado en el *Sacro Catino* ciertas burbujas propias del vidrio, trató de rayarlo con un diamante que llevaba preparado; pero que el fraile que le acompañaba se lo estorbó violentamente, y fueron necesarios todos los respetos del célebre académico para que la sola tentativa no le costase cara. Y por último refieren (y yo creo que debian empezar por aquí) que Napoleon I se llevó á París en 1809 el *Sacro Catino*, creyéndolo de esmeralda; pero que examinado allí por personas competentes, se encontró que era de vidrio, y fue devuelto á la catedral de Génova.

Por mi parte, diré una sola cosa: de vidrio ó de esmeralda, el *Sacro Catino* tendrá siempre el inapreciable mérito de haber pasado por las manos de Jesucristo, de Salomon y de la reina de Saba.—Lo demás importa poco.

La iglesia de *l'Annunziata* (cuya fachada está tambien revestida de mármol blanco y negro, en alternados cuadros, lo que la da el aire de un tablero de damas) es suntuosísima por dentro. La cúpula y las naves, completamente doradas, relucen al sol como los incendiados celajes de una *Gloria* de Murillo. Entre tanto fulgor se perciben algunos frescos malamente restaurados.

Otro de los templos notables de Génova es *San Siro*, ¡fundado en el siglo III!... y el mas grande de la ciudad.—En él se celebraban las elecciones de los Dux.—Hasta el siglo X fue catedral.—Posteriormente ha sido reedificado de modo que no queda nada de la primitiva obra...—Es lástima.

En *San Mateo* he visitado una profunda y lujosa cripta en que se halla enterrado Andres Doria.—En la sacristía me han enseñado una espada que el papa Paulo III le regaló al célebre almirante, y que este usaba en las grandes ocasiones.

Finalmente, he subido á *Santa María de Carignan*, situada en una áspera cumbre.

Desde la torre de este templo se abarca de una ojeada toda la ciudad de Génova, con sus pintorescas cercanías, con sus murallas, con sus jardines, con su puerto, con sus barcos... toda en fin!... y en verdad os digo que es un panorama digno de verse.

En cuanto á la iglesia, es tambien la mejor de la ciudad como obra de arte. —El Renacimiento no ha levantado edificio mas regular, mas armonioso, mas puro.

En aquella altura me pasé la tarde.

A la noche fuí al *Teatro Paganini*.

El tan famoso de *Carlo-Felice* se está restaurando para la próxima temporada lírica.

En el *Teatro Paganini*, nuevo y hermoso, se cantaba la TRAVIATA por una señorita llamada la *Dégola*, hija tercera de un difunto senador.

Esta jóven, que ha sido algunos años el mejor adorno de los mas aristocráticos salones, se ha visto obligada últimamente, por graves desgracias de familia, á dedicarse al teatro.—Es bella y elegante; pero se dice que está tísica.—Todas estas circunstancias, unidas á la inspiracion y al gusto con que canta, hacian que el público la escuchase con respetuoso entusiasmo, con afectuosa consideracion, con piedad y con cariño. Hubiérase dicho que era la misma heroina de la ópera la que estaba en escena.—A mí me hacia daño aquel espectáculo doloroso.

La infortunada *Dégola* no puede ya cantar bien sino el tercer acto de la ópera; aquel en que *Violeta* lucha desesperamente con la tisis!...—Esto es horrible, bárbaro, inhumano!—El público hubiera hecho mejor en socorrer privadamente á la enferma, relevándola de la cruel necesidad de vender su agonía.

En un palco próximo al mio, estaba el famoso pintor, poeta, militar, músico, novelista y hombre de Estado *Massimo d'Azeglio*, uno de los hombres mas ilustres del Piamonte; presidente del Consejo de Ministros del rey Victor Manuel durante algunos años y precursor de Cavour en aquel puesto; autor de muy célebres cuadros, que se conservan en los Museos del Louvre y de Turin; creador de las célebres novelas *Hector de Fieramosca* y *Niccoló dei Lapi*; aguerrido soldado, cubierto de honrosas cicatrices; publicista eminente en favor de la independencia y libertad de Italia... y yerno del inmortal *Manzoni*,—lo cual es tambien una gloria en mi concepto.

Massimo d'Azeglio tendrá hoy sesenta años: es rubio, alto, delgado, elegante, de aspecto melancólico.—Se parece mucho á nuestro general Ros de Olano.—Acompañábale en el palco una hermosísima señora, tal vez hija suya, nieta del autor de *I Promessi Sposi* y tataranieta del ilustre *Beccaria*, abuelo materno de Manzoni.

Tal fue mi dia de ayer.—Hoy he hecho muy diferente vida.

Esta mañana aparecieron todas las esquinas de Génova cubiertas de carteles recordando que hoy era aniversario del dia 10 de diciembre de 1746, en que los genoveses, *con fiero atto di maestà nazionale*, *vendicarono le sue mura*, *violate dagli austriaci invasori* etc.

Los carteles se olvidaban de decir que si los genoveses arrojaron á los austriacos en la fecha citada, fue con ayuda del torrente *Bisagno*, que corre á las puertas de la ciudad, el cual salió de madre á consecuencia de un repentino y espantoso aguacero, é inundó y asoló los parajes en que estaban acampadas las huestes invasoras, poniéndolas en la mayor tribulacion.—Los hijos de Génova tuvieron que hacer poco para acabar de aniquilarlas.

Como quiera que sea, desde el amanecer se notó hoy en la ciudad un gran movimiento, acompañado de ruido de cornetas y tambores, atronadores vivas y músicas militares.

Era que la poblacion se reunia para ir á celebrar el aniversario en el mismo lugar de la catástrofe de 1746.

Con este motivo, he visto en calles y plazas muchos voluntarios de Garibaldi, recien llegados de Nápoles, que vuelven á sus casas locos de orgullo y alegría con la fabulosa empresa que acaban de llevar á cabo.

Hace cinco meses que salieron de Génova, en número de mil, decididos á conquistar un reino de 10.000,000 de habitantes, de los que 160,000 eran soldados.—Primero solos; despues ayudados por los movimientos populares; engrosadas luego sus filas por las defecciones del ejército enemigo, y últimamente auxiliados por el ejército piamontés, han conseguido su temerario propósito. Pero de todas maneras, les corresponde la gloria de haber iniciado, y sostenido constantemente en la vanguardia, una lucha siempre ventajosa, por el número, para los borbónicos, y siempre favorable, por el éxito, para las armas italianas.

Los héroes de Calafatimi, Palermo, Garegliano y el Volturno son en su mayor parte jóvenes de diez y seis á veinte años. Básteos saber que de los mil voluntarios que llevó Garibaldi á Marsala, ciento setenta eran estudiantes de la universidad de Pavía. La única gente *granada* que ha habido entre ellos han sido ochenta emigrados venecianos y ciento diez fugitivos de Nápoles y Sicilia.—El traje rojo de los garibaldinos tiene algo de fantástico, y no carece de elegancia.

Mientras que la entusiasmada muchedumbre se ha divertido á las orillas del Bisagno, que corre al Este de la ciudad, Caballero y yo hemos hecho una escursion al campo por la parte del Oeste.

Jussuf se habia marchado con los patriotas.

El dia ha sido magnífico.—El campo de Génova tiene todavía flores de otoño, y el mes que viene las tendrá de primavera.

A la caida de la tarde dirigimos nuestro paseo por el hermoso camino de Niza.—Aquella famosa carretera, tallada, por decirlo asi, en altas rocas, que salen bruscamente del mar (lo que le ha dado el nombre de *la Cornisa*), sigue las ondulaciones del estenso golfo, sobre el cual forma un continuado balcon de piedra, mientras que al otro lado no deja ver horizonte alguno, sino la enhiesta muralla del gigantesco Apenino, rasgada á veces por arroyos torrentales.—Al decir de los que han ido á Francia por aquel lado, el camino de *la Cornisa* sigue leguas y leguas del mismo modo, dominando siempre las azules ondas del Mediterráneo.

Nosotros hemos prolongado nuestro paseo algunos kilómetros, hasta llegar á un punto desde el cual vimos á toda Génova y á su ancho puerto, recogidos, por decirlo asi, en un solo cuadro.

El cielo estaba azul, y el sol se ponia hiriendo de frente los cristales y las pintorescas fachadas de los palacios escalonados en las colinas.—En la mar, agi-

tada como he dicho, se mecian centenares de buques, de los que algunos se hallaban ya en franquía...

Los vapores encendian ó calentaban sus máquinas, disponiéndose á partir...

Entre ellos distinguíamos el que debe llevarnos esta noche á Liorna... Llámase *la Princesa* y es inglés.

Se hacia tarde, y ni Caballero ni yo mandábamos al cochero que retrocediese...

Nos encontrábamos á una legua de Génova... es decir, nos habíamos acercado una legua á España!

Este pequeño viaje hácia la patria, realizado pocas horas antes de emprender otro que iba á alejarnos mas y mas de ella, adulaba nuestra melancolía de estranjeros...

Los dos pensábamos una misma cosa: «Si siguiéramos caminando de este modo, siempre por la orilla del mar, dentro de algunos dias entraríamos en España por Cataluña.»

El cochero nos llamó á la razon, diciéndonos que, si nos parecia, ya era hora de volver á Génova.

—Volvamos, le respondimos.

El sol se ponia en aquel instante.

—Todavía le verán *allí* algunos minutos, le dije yo á mi amigo, como siguiendo una conversacion...

Al llegar á la ciudad, he leido estas palabras, escritas sobre la puerta por donde antes habíamos salido y entonces entrábamos:

GÉNOVA, CITTÀ DI MARIA SANTÍSSIMA.

Lo mismo dicen de su tierra los andaluces.

Cuando ya estábamos cerca del *Hotel de la Ville*, donde vivimos, hemos encontrado la procesion patriótica que volvia de celebrar el *aniversario*.

Todas las calles que van á parar á la de *Carlo Alberto*, en que se levanta este hotel, se hallaban ocupadas por una densa muchedumbre.

Hemos tenido, pues, que echar pié á tierra y confundirnos con la turba, á fin de llegar á nuestra casa, lo cual no hemos conseguido sino al cabo de una hora.

Quince ó veinte mil jóvenes,—soldados, milicianos, garibaldinos, marineros, estudiantes, labradores y mendigos,—cogidos del brazo por hileras de diez ó doce individuos, cada uno con un ramo de oliva en la mano, marchaban lentamente y á compás, cantando un coro de interminables estrofas en favor de Italia y de Garibaldi, y en contra de los gobiernos de Roma y de Venecia. Enormes banderas tricolores ondeaban de trecho en trecho sobre las apretadas filas. En todos los balcones se veian gentes con luces en la mano. Los puentes y calzadas que cortan ó flanquean casi todas las calles, estaban coronados de mujeres con mantilla blanca, que agitaban sus pañuelos ó victoreaban á Garibaldi. A veces se

interrumpia el prolongado coro que entonaban á un mismo tiempo cuarenta mil voces, y se oia un breve discurso, un viva, una frase, un nombre; y cuando aquello que se oia condensaba el sentimiento general, estallaba un aplauso unánime, un estruendoso palmoteo, en calles y balcones y á todo lo largo de la procesion. Todas estas cosas las hacian ordenada y gravemente, sin perder el compás de la marcha, sin escándalo, sin atropello alguno.

A la verdad, el cuadro no podia ser mas sorprendente. Tantas luces en el aire, tanta gente en los balcones, tantos ondulantes pañuelos, tanta mantilla blanca en las escaleras que conducen de una calle á otra, tantos kepis encarnados, tantas verdes olivas, y el coro, y el aplauso, y el acompasado andar, y las banderas, y las aclamaciones... todo esto tenia algo de solemne.—No era el motin ni la parada; no era la iracunda amenaza que precede á las revoluciones, ni la desenfrenada alegría que sigue al triunfo popular: era una cosa que yo no conocia; que yo no habia visto nunca; pero de la cual habia oido hablar muchas veces:—era, en fin, una *manifestacion pacífica*.

Esta *manifestacion* me hubiera hecho acaso reir en otra ciudad de Italia; pero en Génova me ha impuesto verdaderamente.—Ya os he dicho que Génova es uno de los pueblos mas inquietos, mas belicosos y mas terribles de toda Europa.

Con que partamos.—Ya son las diez, y el vapor leva anclas á las once.—Dejemos por unas horas el suelo italiano, y surquemos las soledades del mar bajo el pabellon de Inglaterra.

Mañana al amanecer penetraremos de nuevo en Italia y saludaremos los poéticos vergeles bañados por el Arno...

¡Al mar! ¡al mar!—Y adios ¡oh *Monalisa*!...

Se me olvidaba decir que Jussuf es garibaldino.

CAPITULO IX.

LA TOSCANA.

I.

Liorna.

Florencia 13 de diciembre.

El vapor *Princesa* tardó nueve horas en llevarnos de Génova á Liorna.

La noche fue terrible, y las dos cámaras estuvieron convertidas en dos enfermerías.

¿Qué le habíamos hecho nosotros al mar?

Al amanecer aplacó su furia, y al poco rato oimos las cadenas de las anclas. Cesó el ruido del hélice; paróse el vapor, y todo el mundo dijo:—¿*Liorna?*—*Liorna.*—¡*Liorna!*... con diferentes entonaciones.

Subí sobre cubierta; y me encontré delante de una ciudad fortificada, en un puerto bastante concurrido y en frente de un muelle en que se movian muchos comerciantes y marineros.

—Estamos en la *Toscana*, me dije; en la patría de Dante, de Maquiavelo y de los Médicis; donde Miguel Angel...

Pero las operaciones del desembarco me impidieron continuar mi tácito monólogo.

El cielo se habia despejado y el sol iluminaba el litoral.

Allá á lo lejos, hácia la izquierda, se divisaban las aguas del Arno y algunos edificios de *Pisa*, situada á tres leguas de Liorna.

Pisa se bañaba antiguamente en las olas; pero las aguas se han ido retirando de ella, ó las arenas del Arno han hecho retroceder á las aguas, hasta el punto de haber hoy dos leguas de playa entre la que fue rival de Génova y la orilla del *Mar Tirreno*.

Lo mismo ha acontecido en la Valencia de España y en otras muchas ciuda-

des marítimas; y así como en Valencia se ha fundado el *Grao* sobre las arenas abandonadas por el mar, del propio modo nació Liorna y ha llegado á ser la heredera de Pisa, ó sea el gran puerto de la Toscana.

Liorna, pues, es una ciudad sin historia.—Hace cuatro siglos era una aldea de pescadores y marineros, que apenas encerraria mil almas. Hoy es una grande y vistosa ciudad de 78,000 habitantes.—En cambio, Pisa, que tenia 150,000 habitantes en la Edad-Media, solo cuenta ahora 27,000.

El puerto de Liorna fue construido á fines del siglo XVI.—Desde entonces es el lugar de cita de todos los comerciantes de Oriente. Una amplia libertad de cultos, que ha permitido erigir en la ciudad una sinagoga, una capilla para árabes maronitas, dos templos griegos y otros dos protestantes; el ser puerto franco, y el haberse abierto canales desde la orilla del mar hasta el centro de la poblacion, á fin de cargar y descargar las mercancías en los mismos almacenes, han sido estímulos mas que suficientes para atraer á Liorna gente de todos los paises,—aventureros, contrabandistas, desertores, piratas, renegados, comerciantes de todo y de sí mismos, que la han convertido en una especie de Gibraltar.

Cuando saltamos á tierra, nos rodeó una nube de gente oficiosa, miserable y sumamente locuaz, que nos ofrecia sus servicios.

En aquella triste muchedumbre me llamaron la atencion dos cosas: la distincion aristocrática de su aspecto, y las formas correctas de su lenguaje. —Diríase que eran antiguos patricios de Florencia convertidos en pordioseros.

¡Qué finura, qué espresion en los rostros! ¡Qué fúnebre elegancia en los harapos! ¡Qué cortesía, qué insinuacion en las maneras! ¡Qué discrecion y pureza en el decir! ¡Qué esquisita adulacion!

Los mas pobres y andrajosos tenian el tipo de los nobles personajes retratados por Ticiano: delicado perfil, largas cabelleras, severas calvas, diplomático gesto, barbas teatrales, miradas de astucia, graciosas sonrisas, frentes de inteligencia, delgada musculatura, actitudes cortesanas.

En cuanto á su modo de espresarse, hubiera dado envidia á un académico. —Los toscanos saben que hablan bien, y por consiguiente hablan mucho. Tantos siglos de refinada cultura han trabajado y pulimentado su lengua de tal modo que para decir la cosa mas sencilla se valen de mil fórmulas diferentes, á cual mas retórica y galante, y de prolijos rodeos y donosos giros, pronunciados con esmerada pulcritud, enfática y melodiosamente, recortando, en fin, las sílabas y las palabras, como si declamasen en un teatro.

Inútil creo decir que estos aires principescos y esta alambicada *civiltá* del populacho me desagradaron profundamente, ó por mejor decir, me horrorizaron y movieron á compasion. Aquellos no eran *pobres*: eran *empobrecidos*. Aquella no era la clase popular, era la ruina de la clase alta. Cada hombre parecia la víctima de una tragedia. Allí no podia haber un solo desgraciado ignorante de su suerte ó resignado con ella.—Se diria que ninguno era ciego de nacimiento. ¡Qué desesperacion reinaria en sus almas!—¿En dónde estaban la sencillez, la

inocencia, la mansedumbre, la buena fe, la noble humildad de los *desheredados* de otros paises?—¿En dónde ese pueblo sano, fuerte, generoso, varonil, sufrido, que es en todas las naciones como la cantera bruta de donde se arrancan las grandes virtudes, donde se tallan los mas nobles caracteres, donde se conserva pura la fé, donde residen la savia y la fuerza que regeneran constantemente la sociedad?

Allí no habia tal pueblo: allí no habia mas que escombros y escoria de seres envejecidos. Aquella pobreza parecia hija del juego y la bancarrota ó de la embriaguez y la pereza.

Pronto supe que la mayor parte de aquella gente allegadiza que obstruia los desembarcaderos, eran florentinos de la capital.

La verdadera poblacion de Liorna es muy diferente; pues se compone de comerciantes de todos los paises, de activos industriales y de riquísimos contrabandistas.

Los judíos, en número de 8,000, gozan de todos los derechos de ciudadanos; visten á la europea, y hablan perfectamente el español.

Las calles de Liorna son generalmente buenas. Entre ellas tiene fama una magnífica, llamada antes *via Ferdinanda* y hoy *via Vittorio Emanuele.*

La *Plaza de Armas* es tambien muy hermosa.—En ella hay un monumento bastante notable levantado en honor del gran duque Fernando I, que reinó de 1587 á 1609, y á quien Liorna debe todo lo que es.

Aquel monumento se reduce á una gran estatua del príncipe labrada en mármol, á cuyos pies están encadenados cuatro esclavos de bronce.

Liorna es una de las poquísimas ciudades de Italia que no han sido córte en ningun tiempo. Por esto, y por haber nacido ayer, como quien dice, destinada desde luego al tráfico y la industria, carece de obras de arte.

En cuanto á su historia, se reduce á dos palabras. Ha pertenecido al Gran Ducado de Toscana hasta que este dejó de existir hace poco mas de un año, y hoy forma parte del reino de Italia.—En 1848 fue la primera que se sublevó contra la casa de Lorena.

Nosotros nos alojamos en un hotel que se ha llamado siempre *Vittoria*; pero cuya muestra ha sido enmendada últimamente, convirtiendo la *a* de *Vittoria* en *o* y añadiendo despues *Emanuele* con letras de diferente carácter.—Llámase, pues, hoy: *Hotel-Vittorio-Emanuele*...

R... *o*... ro; *s*... *i*... si; *n*... *a*... na:—¡*Rosina!*

Durante las ocho horas que permanecimos en Liorna, debimos muy delicadas atenciones al señor cónsul de España.—Si por acaso llega á leer estas líneas, vea en ellas un humilde testimonio de mi gratitud y afecto.

Finalmente, Jussuf, (que á la media hora de entrar en una ciudad sabe ya todo lo que hay en ella, todo lo que sucede, la topografía y la estadística, y hasta conoce á muchas personas,) nos condujo á ver una maravilla que habia descubierto, y que él espresaba de esta manera:

—Venid á ver Marruecos.

El *Marruecos* de Jussuf era un gran *Bazar Oriental*,—el mejor que yo he visto hasta ahora,—en que se venden toda clase de objetos antiguos y modernos, históricos ó de puro lujo, preciosos por su forma ó por su orígen, procedentes de Marruecos, de Argel, de Egipto, de Turquía, de Persia, de la Arabia, de la India, de la China, de Rusia, del Japon y de otros apartados paises.—Armas, telas, perfumes, joyas, muebles, monedas, libros, ropas, calzado, opio, café, hatchis, pieles, curiosidades arqueológicas, yerbas, flores, mómias, animales disecados, todo se encuentra en aquella magnífica coleccion, siendo aun mas notable que las mercancías el personaje que las espende, viejo cosmopolita, cuya legítima patria no hemos podido averiguar, y verdadero prodigio de erudicion acerca de la vida, de las costumbres, de las artes y de la industria de todos los pueblos de Asia y Africa.

A las cuatro de la tarde salimos para la ilustre Pisa.

El viaje se hace en ferro-carril y en poco mas de media hora.

El pais que se recorre entre las dos ciudades es amenísimo, aunque lo inundan frecuentemente las aguas del Arno.

En el tren iban muchos ingleses, que se dirigian á Pisa, á fin de pasar en ella el invierno.

El clima de Pisa es uno de los mas dulces de Europa, y está muy recomendado á los tísicos.

El frio no baja nunca de los siete grados sobre cero, ni el calor sube de los veinte y cuatro.

En el mismo coche que nosotros, iban tres elegantísimas inglesas, de las que dos eran jóvenes y hermosas y parecian hijas de la tercera.—¡Ay! todas tres necesitaban respirar los aires benignos de los *Montes-Pisanos!*

Particularmente una de las jóvenes, se asemejaba á una azucena marchita.—En sus ojos azules se entrevía ya la eternidad. Dos largos bucles de amarillo pelo oscilaban sobre su cuello de cisne. Su semblante parecia de marfil, y recordaba los ideales rostros de los serafines pintados por Beato Angélico.

Su hermana, que era mayor y prometia un año mas de vida, la miraba con miedo, veneracion y ternura, como diciendo: «Ella morirá antes que yo. Si ella se salvara, yo me salvaria. Pero cuando ella espire, yo empezaré á agonizar.»

La madre, que les habia legado la enfermedad, las contemplaba con un doloroso remordimiento y como avergonzada de vivir todavía.

¡Pobre madre! Tal vez no habia muerto ya por no dejar solas á aquellas dos caras prendas de su amor y su cuidado: quizás la enfermedad de sus hijas era el sosten de su existencia: quizás no sufria su propio mal, porque estaba toda consagrada al mal ageno.

¡Ah! No es este el único caso en que el amor sirve de medicina. ¡No siempre tiene uno tiempo de morirse! El que vive en otro, no puede morir *en sí*.—Es como si un asesino viniese á matarnos y no nos encontrase en casa.....

Mientras yo pensaba de esta manera, el tren se acercaba á Pisa, á *Pisa la morta*, como poéticamente la llaman los italianos,

Pocas ciudades tendrán una historia tan dramática y gloriosa como Pisa.—Fundada por los griegos, engrandecida por los romanos, asiento despues de marqueses y condes que la gobernaron soberanamente, república, en fin, tan ilustre cuando menos como las de Génova y Venecia, y rival y vencedora de ellas en muchas ocasiones, Pisa dominó largo tiempo en el Mediterráneo, donde sus galeras fueron tan respetadas como temidos sus ejércitos en tierra. Ella arrancó á los sarracenos la Cerdeña y las Islas Baleares; envió sus hijos á la conquista del Santo Sepulcro; luchó denodadamente con los piratas que rondaban las playas de Europa, como los lobos los apriscos; llevó su comercio de Cádiz á Crimea, y con él la civilizacion y la cultura; fue emporio de las ciencias y de las artes, y asombró al mundo con sus monumentos. Pero, desgraciadamente para ella, conservó su carácter díscolo y guerrero en sus relaciones con Luca, Génova y Florencia, sus hermanas y vecinas, y militó bajo el estandarte *gibelino* en las grandes luchas del Imperio con el Papado. Esto le enagenó las simpatías de Italia. Sus rivales cayeron entonces sobre ella (1250); destruyeron sus escuadras; devastaron su territorio; la conquistaron en fin, y la hicieron decaer y agonizar precisamente en el instante que se levantaban y empezaban á florecer muchas otras ciudades de la península.

La agonía de Pisa se prolongó todavía dos siglos.—Durante ellos se revolvió desesperadamente bajo el yugo de Florencia, sacudiéndole mas de una vez, gracias al heróico esfuerzo de los pisanos... y hasta de sus mujeres, que se batieron denodadamente, eclipsando el valor de los mas fuertes varones, el último dia de la libertad de Pisa. —Despues de este supremo combate, y en tanto que los florentinos entraban por una puerta de la capital, la mitad de los pisanos emigraba por otra.

El mar, indignado (diria un poeta místico) de rendir tributo á una ciudad abierta (como hoy Liorna) á moros y judíos, turcos y árabes y toda clase de enemigos de Dios, se habia retirado ya de sus muros. Liorna surgía por otra parte, atrayendo al resto de la poblacion de Pisa...—Quedó, pues, esta casi despoblada, *muerta* como se halla hoy, y á merced desde entonces de los victoriosos florentinos.

¡Ah! Diríase que á Pisa le ha alcanzado la enérgica maldicion de Dante:

Ahi Pisa, vituperio delle genti
del bel paese lá, dove 'l *sí* suona;
poiché i vicini á te punir son lenti,

muovansi la Capraia é la Gorgona,
é faccian siepe ad Arno in su la foce,
sí ch' egli anniegli in te ogni persona.

La *Capraia* y la *Gorgona* no se han movido, ni el Arno ha ahogado á toda persona en la ciudad *vituperio de las gentes* del bello pais en que se pronuncia con tanta suavidad el monosílabo del amor; pero no por eso ha dejado Pisa de espiar amargamente sus errores.

II.

Pisa.

Cuando entramos en la ciudad estaba diluviando.

Pisa es uno de los puntos mas lluviosos de la tierra:—ciento veinte dias al año por término medio.

Las calles, rectas y anchas, estaban desiertas y silenciosas.

Nosotros nos hicimos conducir al *Hotel Poverada*, situado á la orilla derecha del caudaloso *Arno*.

Este célebre rio, tan cantado por los poetas, parte en dos mitades la ciudad, y tiene alguna semejanza con el *Canal Grande* de Venecia.

La diferencia consiste en que los edificios que se miran en el Arno no son tan bellos como los de la reina del Adriático, y en que entre las casas y el rio de Pisa hay dos anchos y no interrumpidos muelles. Pero la amplitud de la corriente canalizada, la curva que forma, la serenidad de sus cristales, la escasez de puentes, la multitud de barcos que cruzan de un lado á otro y hasta la circunstancia de haber habitado tambien lord Byron en uno de los palacios que dan frente á las aguas, traen á la imaginacion el plácido recuerdo del bellísimo canal veneciano.

Esperando á que cesase ó se mitigase la lluvia, pasamos la tarde sin salir del hotel.

Una de las veces que nos asomamos al balcon á consultar el cielo, reparamos en un gentío inmenso que se habia acumulado en la puerta de mas abajo, como suele decirse, ó sea á la puerta del *Hotel Vittoria*.

Poco despues llegó un batallon de milicia nacional, precedido de una banda de música que tocaba una marcha fúnebre.

En seguida acudieron corporaciones con hachas encendidas, muchos carruajes, y clérigos, y cruces, y estandartes.

Indudablemente era un entierro...

Pero ¿quién, tan importante, habia muerto en el *Hotel Vittoria*?

En el *Hotel Vittoria* habia muerto ocho dias antes el príncipe de Siracusa, hermano del Fernando II y tio del actual rey de Nápoles, ó sea del defensor de Gaeta.

Esta noticia la habia yo leido en Turin, no imaginando ni remotamente que presenciaria el entierro de S. A. R. al cabo de tantos dias y tantas leguas.

El cadáver del príncipe habia permanecido espuesto en el hotel aquellos ocho dias, despues de haber sido embalsamado, esperando á que dispusiese de él la familia real de Nápoles; pero como esta no resolviese nada, y el hostelero se quejase de los perjuicios que le traia á su establecimiento la honra de aposentar al augusto finado, las autoridades de Pisa habian convenido en trasladarlo... nosotros entendimos que á una iglesia, desde donde seria conducido definitiva-

mente al lugar que determinase S. A. el príncipe de Carignan, cuñado del difunto, hermano de Victor Manuel y *Luogo-tenente* general de la Toscana.

La esplicacion de tan raras exequias se alcanza fácilmente. El príncipe de Siracusa ha representado en Nápoles, á la muerte de Fernando II, el mismo papel que representó en España el infante don Cárlos á la muerte de Fernando VII, con la sola diferencia de que el pretendiente napolitano ha enarbolado la bandera liberal para disputar la corona á su sobrino.—Supongo que conoceis sus famosos escritos de estos últimos tiempos.—Ahora bien, como este Borbon ha sido liberal, la Toscana, ó sea la Italia, se ha creido en la precision de hacerle funerales, mientras que el sitiado de Gaeta, fundándose en la mismísima razon, no se ha dado por entendido de que tal hombre fuera hermano de su padre.

Como quiera que sea, el entierro pasó por debajo de nuestros balcones, siguiendo por la orilla del rio, en cuyas aguas se reflejaban tristemente las fúnebres antorchas. La lluvia, las armonías de la banda militar, el canto de los clérigos, el caudaloso Arno, la silenciosa muchedumbre que coronaba los muelles, la tenebrosa noche, y el acontecer todo esto en una ciudad tan romántica y lúgubre como Pisa, daban á aquel espectáculo una poesía melodramática digna por cierto de la Grande-ópera.

Muy entrada ya la noche, cesó la lluvia, lo cual nos animó á ir al teatro.

El *Real Teatro de Pisa*, alumbrado con aceite, es tan malo como barato. La compañía nos pareció regular, acaso porque hablaba un riquísimo italiano, como solo se oye en la Toscana. La comedia era detestable, á pesar de su correcto y elegante estilo. El público se componia de jóvenes imberbes, entre los que se veian algunos garibaldinos.

Aquellos mozalvetes ocupaban todos los palcos, en los que fumaban y comian que era un contento.—¡Ni una mujer por ningun lado!—El teatro, mas que un templo del arte, parecia una de esas tabernas en que la juventud viciosa se reune á hacer gala de su pésima educacion ó de su desenfrenado cinismo.

¡Y qué propio de ilustres ciudades arruinadas es un semejante estado moral de la clase media! ¡Cuánta gracia y cuanto talento, y cuánta corrupcion y vileza á un tiempo mismo, revelaban las bufonadas soeces de aquellos holgazanes!—Ellos aplaudian á los actores segun iban saliendo, y los silbaban segun se iban marchando: ellos ofendian con sus demostraciones á las famélicas actrices: ellos buscaban en la comedia ocasion de lanzar ingeniosos epígramas contra la Francia, que los ha libertado de la tiranía: ellos interrumpian la representacion con discursos que hubieran sido donosos si no hubieran sido obscenos: ellos, en fin, me confirmaron en una idea que ya me habia ocurrido por la mañana al desembarcar en Liorna, á saber: que la Italia es mas y mas vieja y esperimentada, mas y mas pobre de virtud y energía, mas y mas rica de genio y hermosura, mas y mas corrompida y miserable, á medida que se avanza en ella hácia el Sur, á medida que se aleja uno de los Alpes, á medida que se acerca á... Grecia.



El Palacio Viejo de Florencia.

Esta proposicion no la consigno todavia sino como una mera sospecha.

Ya juzgaremos al final de la jornada.

. . . .

A la mañana siguiente me levanté muy temprano y salí á visitar los famosísimos monumentos de Pisa.



Liorna.

El dia habia amanecido sereno, puro, radiante. El cielo y el Arno ostentaban un azul vivísimo, que me recordó las primaveras de Andalucía. Los árboles de los jardines, bañados el dia anterior por la lluvia, estaban verdes, limpios, rutilantes como en marzo, cuando empiezan á desplegar sus hojas nuevas. El sol ardia en el horizonte tan fúlgido y alegre cual si en vez de vibrar sus rayos desde

el trópico de Capricornio, avanzase por la eclíptica hácia el trópico de Cáncer. —¿Qué mas? Las friolegas moscas revolaban gozosamente en la templada atmósfera, olvidadas sin duda de que ya estábamos á doce de diciembre.

—¡Hermoso dia para los tísicos! esclamé yo pensando en las inglesas que tanto habia compadecido la víspera.

Antes de dirigirme á la célebre *Plaza de la Catedral*, en que están reunidos los cuatro grandes monumentos de Pisa, recorrí toda la ciudad, entrando en algunas iglesias, de las que solamente recuerdo á *Santa María de la Espina*, donde vi algunas hermosas estatuas del ilustre Juan de Pisa; á *San Nicolás*, cuyo campanario, obra del mismo autor, está ligeramente inclinado; pero del que no debemos ocuparnos cuando tenemos que ver el maravilloso *Campanile* del *Duomo*; á *San Miguel*, cuya fachada de galerías de arcos, levantadas unas sobre otras, empezó á iniciarme en el secreto de la originalísima arquitectura pisana, fusion del estilo bizantino con el gusto greco-romano y primer paso del Renacimiento; y por último, á *San Pablo*, notable en el mismo sentido, y además por el lujo y la elegancia de su interior.

Tambien saludé al paso la antiquísima y renombrada *Universidad*, llamada *Sapienza* (sabiduría), fundacion del siglo XII, construccion del siglo XV, y donde el insigne *Galileo*, hijo de Pisa como todo el mundo sabe, esplicaba matemáticas en 1592, cuando principiaron á acusarle en nombre de la ciencia, como despues le acusaron en nombre de la religion.

Pisa, la patria de tantos grandes escultores y arquitectos, ha sido estéril en afamados pintores: así es que la *Academia de Bellas-Artes* solo encierra algunas obras, raras por su antigüedad, muy preciosas para que los peritos estudien la historia del arte; pero de ningun modo para solaz de un profano como yo.—*Transeamus*, por consiguiente.

Escusado es decir que para ver todas estas cosas, fui y vine por las principales calles y plazas de la ciudad y pasé y repasé varias veces los tres puentes tendidos sobre el Arno.

En las calles no encontré mas que soledad y silencio, yerba entre el empedrado, muchas casas cerradas y algun ruinoso palacio de elegante arquitectura.

En las plazas vi algunos vendedores acampados con sus mercancías, muchos paseantes que tomaban el sol, y algunas fuentes y estatuas levantadas en otros siglos, y que, como los ancianos que han quedado sin familia, parecian no esperar ya sobre la tierra sino á que el tiempo las gastase.

En la *Piazza de' Cavalieri*, busqué inútilmente la *Torre del Hambre*, en que estuvo encerrado el *Conde Ugolino* con sus hijos y sus nietos.—Aquella torre, inmortalizada por Dante, fue destruida en el siglo XVI; pero aun se muestra el lugar en que se alzaba, y aun pudo fingirse allí mi imaginacion el lúgubre cuadro de la nefanda tragedia...

¿Quién no ha leido ó quién no ha oido celebrar aquellos sublimes tercetos del poeta florentino, en que hace referir al infortunado conde sus espantosas desventuras?—La poesía no ha ideado nada tan horrible como el momento en que Ugo-

lino oye clavar la puerta de su prision, precisamente á la hora en que esperaba verla abrirse y dar paso á los carceleros con la comida para él y para sus hijos. El prisionero lo comprende todo... Se trata de hacerles morir de hambre... Entonces mira á su posteridad sin hablar una palabra:

Ond'io guardai
nel viso a' mie' figliuoi senza far motto...

El no lloraba... Lloraban ellos...

Io non piangeva...
Piangevan elli...

Pasaron dias... Ugolino vió morir uno tras otro á sus cuatro descendientes... ¡Y aun esperó tres dias mas, arrastrándose á tientas sobre ellos y llamándolos por sus nombres!...

Poscia, più che' l dolor poté 'l digiuno.
«Despues... mas que el dolor, pudo el ayuno!»

¡Con esta horrible frase termina el conde su relacion! En seguida vuelve á coger el *mísero cráneo* que roia cuando Dante se acercó á él, y le clava unos dientes

che furo all' osso, como d' un can, forti.

¡Ah! ya le habian dicho un dia sus hijos, al verle morderse las manos y creyendo que lo hacia por hambre:

.....Padre: assai ci fia men doglia
se tu mangi di noi: tu ne vestisti
queste misere carni, é tu le spoglia.

«Padre: menos nos doleria que comieses de nosotros: tú nos vestiste estas míseras carnes: de ellas despójanos.»

Pero el conde no se mordia entonces las manos porque tuviese hambre, sino porque le ahogaba el dolor al mirar el rostro de sus hijos.—Callóse, pues, y callados pasaron aquel dia y otro.

Quel di e l' altro stemmo tutti muti.

¡Despues fue cuando el ayuno pudo mas que el dolor!—¡Espantoso martirio!...

Pero dejemos esto; que no estamos en el caso de traducir ahora todo el canto XXXIII del *Infierno*, ni tampoco nos seria posible omitir de él palabra alguna, á poco mas que recordásemos su feroz belleza.

Recitando las sentidas imprecaciones con que termina Dante este episodio de su poema, dirigí por último mis pasos á la *Piazza del Duomo*, situada en un extremo de la ciudad, lindando ya con el muro de circunvalacion.

La soledad y la tristeza que reinan en toda Pisa, llegan á ser absolutas en aquel barrio. Ni los escasos rumores de la poblacion, ni su pobre comercio, ni los pocos carruajes que la cruzan llevando viajeros de un ferro-carril á otro, nada, en fin, alcanza á turbar la melancólica quietud de aquella plaza desierta en que se levantan, á la manera de gigantescos monumentos sepulcrales, las cuatro maravillas de Pisa, sus cuatro escudos de nobleza, sus cuatro títulos á la admiracion y al respeto de las ciudades que la han dominado y empobrecido; —la *Catedral*, el *Campanile*, el *Bautisterio* y el *Campo-Santo.*

La *Piazza del Duomo* es indudablemente una de las mas bellas del mundo. Roma y Venecia se envanecerian de ostentarla. Para la Pisa actual es demasiado hermosa.

A mí me ha recordado la *Piazzetta* de Venecia; me ha hecho adivinar la *Plaza del Duque* de Florencia, y me ha llevado á imaginar lo que serian el Foro Romano ó las Plazas de Atenas en que se veian espuestas al aire libre tantas y tantas maravillas de arte.

En el centro de la plaza se levanta la *Catedral*, erigida en accion de gracias á la Vírgen María por la victoria que alcanzó la República sobre los agarenos en la isla de Sicilia. La construccion es de los siglos XI y XII.

La fachada, graciosa y bella, consiste en cinco órdenes de arcos, elevados unos sobre otros. Semejante edificacion, bizantina en su conjunto, greco-romana ya en sus pormenores, presta al grandioso templo una ligereza, una levedad, una elegancia aérea que recuerda el estilo veneciano. Tanta delgada columna, tanta hueca galería, la airosa cúpula, hasta las mismas combinaciones de mármoles blancos y negros, empleadas en Pisa con mayor acierto que en Génova, contribuyen á dar al *Duomo* aquella hermosura *esterna*, *material*, *física* que encontramos en la catedral de Milan.

Los centenares de columnitas blancas del templo de Pisa equivalen á los centenares de esculturas del templo milanés.

El interior de la catedral corresponde al esterior. Allí se ven cinco hermosas naves de la misma arquitectura medio bizantina, medio romana. En torno de ellas gira una galería alta, destinada á las mujeres, segun era costumbre en los primeros siglos de la iglesia. Hermosos altares, magistrales estatuas (algunas del inspirado *Juan de Bolonia*) y muchas pinturas de *Andrea del Sarto* adornan el recinto de aquel famoso templo, que sirvió de modelo durante muchos años á los mejores arquitectos de Italia.

Aislados tambien en la estensa plaza, levántanse á uno y otro lado de la catedral dos maravillosos edificios, que pudiéramos llamar accesorios ó *dependencias* de esta, —el *Battisterio* y el *Campanile*, ó sea la capilla bautismal y el campanario.

El *Battisterio*, rotonda preciosísima de afiligranado mármol, armoniosa combinacion de arcos romanos y de ojivas góticas, parece una de esas joyas labradas en plata y oro que se muestran bajo un fanal en el *tesoro* de algunas catedrales.

En su interior son de admirar la pila de mármol que sirve de Jordan á los pisanos, y un púlpito de *Nicolás de Pisa*, monumento y prodigio de la escultura de la Edad Media.

La alta bóveda de la cúpula del *Battisterio* produce uno de los *ecos* mas notables que se conocen en el mundo. Cualquier sonido, por inarmónico y desapacible que sea, al llegar á aquella altura, se descompone en varios acentos melódicos, artísticamente acordados, formando un cántico celestial que se prolonga durante mucho tiempo, cual si lo fuesen repitiendo invisibles coros de ángeles.—Y si por ventura es una frase musical la que se lanza desde abajo, entonces el concierto aéreo (que parece formado de cien diferentes voces, unas graves, otras agudas, ora infantiles, ora profundas como la salmodia de austeros monjes, ya de apasionado timbre femenil, ya de viriles y vehementes vibraciones) se convierte en una verdadera sinfonía religiosa digna de los célebres órganos de las catedrales de Alemania.

Del *Bautisterio* fuí al *Campo-Santo*, dejando el *Campanile* para lo último, por comprender que desde su alta plataforma habia de hacer el resúmen de mis impresiones en Pisa.

El *Campo-Santo* se estiende al Norte de la plaza, presentando al esterior un severo muro de 400 á 500 pies de largo, sobre el cual ha trazado, pero no roto, el arquitecto una sucesion de arcos tan nobles y sencillos como exigia aquel lugar, consagrado á un mismo tiempo por la religion, por el arte y por la historia.

El *Campo-Santo* no es el cementerio general de Pisa. Es el asilo de gloria de sus grandes hombres. Dicho se está, por consiguiente, que tampoco es el cementerio actual de la poblacion. Lo era, cuando la poblacion encerraba genios y héroes.—Hoy es el panteon histórico de las pasadas grandezas de Pisa.

En el siglo XIII, cuando la poderosa república conoció que iba á morir, hizo, como si dijéramos, el inventario de sus glorias, el testamento de su poderío, y se levantó á sí misma aquel inmenso mausoleo, aquel olimpo fúnebre, aquel sagrado recinto, enterrándose en él con sus riquezas á fin de que nunca la desconociese la posteridad.

Para ello, lo primero que hizo fue cubrir todo el lugar que habia de ocupar el Campo-Santo, con tierra traida exprofeso de Jerusalem por los cruzados, y en seguida llamó á uno de sus hijos mas ilustres, al célebre escultor y arquitecto *Juan de Pisa* (hijo de Nicolás, de quien ya hemos hablado), y le dijo: «Eleva un templo á tu gloria y á la de tu patria.»

El templo levantado por Juan de Pisa es un rectángulo de la longitud indicada, y de 104 pies de anchura. El interior se reduce á melancólico patio, en torno del cual corren cuatro hermosas galerías formadas por una sucesion de arcos ojivales abiertos á la luz. Los muros opuestos á los arcos son famosos en todo el mundo por las magistrales pinturas al fresco que las visten. Al pie de ellas se encuentran las largas series de sepulcros, inscripciones, trofeos, estatuas y demás monumentos de todo género, con que Pisa ha dado vivos testimo-

nios de gratitud y admiracion á todos y á cada uno de sus varones insignes.

Entre los *frescos*, merecen particular mencion los de *Benozzo Gozzoli*, discípulo de *Beato Angelico*, los de *Andres Orcagna* y los de *Giotto*.—Casi todos ellos se refieren á asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento.

Orcagna tiene además dos obras renombradísimas: una es el *Triunfo de la Muerte*, digno por cierto de la terrible imaginacion de Dante.—En aquella inmensa pintura se ven en un lado muchos enfermos que llaman á la muerte con estas palabras: *¡ Oh, morte, medicina d'ogni pena !...* Pero la *Muerte* los deja sufrir, negándose á consolarlos. En cambio asesta sus golpes á unos gallardos mancebos y hermosas damas que reposan de una cacería á la sombra de verdes árboles, bajo una bandada de *Amores*, oyendo cantar á un trovador y mirándose con la alegría que dan la juventud, la hermosura, la pasion y las riquezas. No lejos se distingue un monton de cadáveres de reyes, obispos, guerreros, religiosas y otros personajes. Los ángeles y los demonios andan rebuscando en el monton, á fin de llevarse cada uno el alma que le pertenece...—¡ Y cosa estraña!—Los demonios se llevan por lo regular las almas de aquellos que por su profesion ó su estado parecian deber estar mas *asegurados del incendio eterno*.

La otra obra de *Orcagna* es el *Juicio Final*, muy superior en mi concepto al de Giotto que ví en Pádua, y mas admirable, en opinion de algunos críticos, que el de Miguel Angel, si no por la forma humana, por el sentimiento religioso.—Hay en medio de esta sublime composicion un *Angel Custodio* lleno de terror al ver perdidas las almas que estaban á su cuidado, que es un portento de ternura y de belleza.

Las pinturas que se creen de *Giotto* son precisamente las mas deterioradas por el tiempo ó por las restauraciones, y representan los *Infortunios de Job*. Entre ellas hay una magnífica escena en que el demonio le pide á Dios permiso para tentar á Job, mientras que algunos ángeles se oponen á ello. Uno de aquellos ángeles; uno, que me parece estar viendo todavía; uno, que se diria dibujado por Rafael y pintado por Murillo, vale mil obras maestras de las que mas fama gozan en el mundo.

En cuanto á los portentos de escultura que encierran aquellas cuatro galerías, fuera interminable su sola enumeracion. Allí se ven sarcófagos griegos, bajo-relieves bizantinos, sepulcros romanos, centenares de estatuas labradas por los primeros maestros de Pisa, medallones con bustos de personajes célebres, lápidas commemorativas, monumentos de mil clases, traidos de diferentes paises por la andaz república y destinados á guardar las cenizas de los pisanos ilustres.—Ora una sencilla urna, ora un grandioso mausoleo, aquí una preciosa columna antigua, allí fragmentos de altares paganos; todo en confusion y desórden, atestiguando unidamente la belleza y la destruccion, la presencia del hombre en los siglos y la constante victoria del tiempo sobre el hombre... ¡melancólica poesía de las ruinas!...—Tal es aquel museo vivo, aquella ciudad muerta.—Nada tan patético, tan romántico como semejante lugar.

Figuraos ahora el cielo azul tras las caladas ojivas, las estatuas yacentes de

las damas góticas, las fantásticas pinturas de las paredes, la tierra santa que hollaban mis pies, el silencio y la soledad que reinaban en los claustros, los nombres escritos en los sepulcros, la muerte y el abandono actual de Pisa y todas las demás tristes y religiosas imágenes que cruzarian por mi mente, y podreis comprender la profunda emocion con que recuerdo y recordaré eternamente las horas que pasé en aquel recinto.

Ni es esto todo.—Al asomarme á una capilla que hay á la mitad de la galería del Norte, ví en el suelo un féretro forrado de terciopelo negro, sencillo, abandonado, solo...

—¿Qué gran pisano ha muerto? pregunté al conserje.

Aquel ataud encerraba el cadáver del príncipe de Siracusa.

La ciudad de Pisa lo habia depositado en aquel lugar, en tanto que el rey de Nápoles le otorgaba una sepultura. ¡Noble hospitalidad por cierto!—¿Cuándo hubiera esperado el príncipe morar algunos dias con tan grandes hombres?

En verdad sea dicho, aquel muerto desheredado de una tumba, olvidado en tierra estraña, y á quien se creia demasiado grande para ocupar una fosa cualquiera y demasiado pequeño para reposar en el Campo-Santo de los héroes, movióme á piedad y lástima, y no pude por menos de compadecer tambien los adversos destinos de tantos otros príncipes y magnates de Italia como están siendo víctimas de sus lamentables errores y de las vicisitudes de la suerte.

Con estos pensamientos me dirigí al *Campanile*, última ya de las maravillas que encierra la plaza del *Duomo*; pero maravilla tan grande, que asombra y pasma al viajero aun despues que ha contemplado las otras tres que hemos descrito.

La *Torre inclinada* de Pisa no asusta tanto como la de Bolonia, lo cual no consiste en que su inclinacion sea menor que la de estas, sino en que su mole no es tan sólida, y quizás tambien en que es estraordinariamente bella como obra de arte.

De aquí se sigue que al considerar su amenazante inclinacion y al imaginar que puede caerse, se teme por ella misma, no por los edificios que cogiera debajo.

Su forma es cilíndrica, y se compone de ocho elegantes columnatas circulares levantadas unas sobre otras. La altura general de tan gracioso edificio es de 54 metros. Su inclinacion fuera de la perpendicular, 4 metros, 319 centímetros.

Tiénese ya por cosa segura que los autores del *Campanile* (*Bonnano de Pisa y Guillermo d'Insbruck*, famosos arquitectos del siglo XII) no se propusieron de modo alguno hacer una torre inclinada; pero que habiendo cedido el terreno y desniveládose su obra cuando ya habian construido los cuatro primeros pisos, concibieron la idea de continuarla diagonalmente, vista la celebridad que gozaban las torres inclinadas de Bolonia. Asi es que solo desde el cuarto piso en adelante, las columnas de un lado son mas altas que las del otro, diferencia que debió haber entre ellas desde el primer piso, si el objeto era (como lo fue des-

pues, y á la postre se consiguió) que la plataforma en que termina la torre fuese horizontal sin que esta última perdiese por eso á la simple vista sus armónicas proporciones.

Al pie del *Campanile* dice una lápida que Galileo hizo en él largos estudios acerca de las leyes de la gravedad.

A lo que yo respondí mentalmente:

—¿Quién sabe lo que debe la ciencia á la inclinacion de esta torre? Aquí Galileo, con un hilo y un plomo, descubrió el secreto del universo, el movimiento de la tierra, las afinidades de los astros. En seguida, iniciado ya en el misterio de la atraccion, inventa el telescopio, y sumerge su mirada en las profundidades del infinito...—Todo esto se hubiera hecho despues; yo no lo dudo; pero ¿cuándo?—¿Por dónde iríamos hoy? ¿No son de nuestro tiempo la invencion de la telegrafía eléctrica, la aplicacion del vapor, los prodigios de la fotografía?—¡Pues bien pudiéramos lo mismo haber leido una mañana cualquiera, ayer, *verbi gratia*, entre el chocolate y el almuerzo, al hojear una revista de ciencias, la singular noticia, la asombrosa novedad de que el sol no sale ni se pone y de que la tierra está en continuo movimiento en torno de su eje y alrededor del sol, sin que por eso se vacien los mares, ni se nos suba, digo, *se nos baje* la sangre á la cabeza!—¿Qué? ¿No nos aguardan todavía sorpresas de este tamaño? ¿Sabemos por ventura los milagros que encierra esa frase escarnecida,—befada como todo lo grande y noble que ha aparecido en el horizonte de las ciencias, de la moral, de las artes y de la literatura; esa frase, que equivale á una profecía, y de la cual abusan hoy los impostores, los charlatanes y los empíricos; esa frase, en fin, que encierra todo el misterio de la naturaleza humana...—el *magnetismo animal*, para decirlo de una vez?

> Siente bajo su planta Galileo
> nuestro globo rodar... la Italia ciega
> le ofrece en premio un calabozo impío...
> y el globo en tanto sin cesar navega
> por el piélago inmenso del vacío.

Así habló nuestro Quintana.

Galileo habia dicho lo mismo en menos palabras á los setenta años de edad, el dia que la Inquisicion de Roma le obligó á abjurar de rodillas sus *errores* astronómicos:

E pur si muove.

Pero subamos al *Campanile*.

Los 338 peldaños de la escalera de aquella torre se parecen á los de todas las torres del universo en lo penosos que son de subir, mas una vez en lo alto de la de Pisa, se da uno por recompensado de tal fatiga con el delicioso panorama que se despliega ante los ojos.

Una feracísima llanura, que termina por un lado en el mar y por otro en los Montes Pisanos;—toda Pisa, estendiéndose al pie del *Campanile*, partida por

el rio, sobre el cual se dibujan tres hermosos puentes, y rodeada de jardines verdes como en mayo;—cuatro ferro-carriles (de los cuales uno va á Liorna;



Verdi.

otro á Florencia, pasando por Luca, Pistoja y Prato; el tercero, mas directamente á Florencia, enlazándose con la gran línea que llega á Siena y se dirigirá con el tiempo á Roma; y el cuarto, que está en construccion, á Génova por la Spezzia);—amarillas carreteras que, como ondulantes cintas, cortan en toda

direcciones el frondoso llano;—*Liorna* en lontananza, bañándose en el mar;—luego las islas *Gorgona* y *Capraia*, de que habla Dante, campeando solitarias en medio de las olas;—mas lejos, la erizada silueta de la isla de *Córcega*,—y en otro lado, un pedazo de la isla de *Elba*, saliendo bruscamente por detrás de un cabo de tierra firme...—tal es el cuadro sorprendente que contemplé desde lo alto de la torre, gracias á la limpidez de la atmósfera.

¡Córcega y *Elba!* ¡La cuna y la prision de Bonaparte; su oriente y su ocaso!—¡Y allá... al término del horizonte, la estension del Mediterráneo, el camino del Océano, el derrotero de Santa Elena!

Entre Elba y Córcega... ¡qué poema de gloria! ¡Cuánto poder! ¡Cuánto genio! ¡Qué elevacion y qué caida!

Due volte nella polvere,
due volte sull' altar!...

como dice Manzoni.

¡En Córcega, un estudiante oscuro: en Elba, el emperador de Europa destronado!—Y por medio, mil batallas, ó sea una batalla sola contra el antiguo mundo; batalla en que el ejército de Napoleon toca con sus alas en Cádiz la invencible y en Moscou la incendiada; batalla que dura veinte años, y que tiene su episodio en Egipto; batalla, en fin, que pierde á la postre el arrojado corso, cuando al llegar la tarde de su estrella, empieza á retirarse simultáneamente de Cádiz y de Moscou, perseguido por el pueblo español y por el frio de Rusia, hasta que, estrechándose cada vez mas el círculo de su imperio, queda reducido á este peñasco!...

Y despues... su segundo imperio, ¿á qué quedó reducido?—A cuatro árboles, de cuya sombra le privará al cabo un verdugo inglés!

Y de su nombre ¿qué queda? ¿Qué resta de su genio? ¿Qué de sus planes? ¿Qué de la obra del segundo César, del segundo Cárlo Magno?—¡La alianza de Francia con Inglaterra!... ¡La razon mercantil convertida en razon de Estado; la tiranía sin la disculpa de la gloria; la perturbacion sin la enseña de la libertad; el insulto de Santa Elena no vengado; la independencia de Italia emprendida como un negocio, y temida y escatimada cuando se convierte en una magnífica y pasmosa resurreccion; Roma, farisáicamente protegida, estratégicamente ocupada; una escuadra en Gaeta, prolongando la agonía de sitiados y sitiadores; ¡por todas partes la duda ó la codicia, la debilidad ó la fuerza bruta!...—Y como justificacion de tanta mengua, el temor á la plebe; el miedo á un millon de desgraciados que cifran el ideal de su ventura en la posesion del pan ageno!!!...

Pero bajemos del *Campanile*.

—Hé allí nuestro camino, me decia en tanto mi amigo Caballero, señalando al ferro-carril que se dirigia á Florencia por *Luca*. Son las dos y media. Estamos precisamente encima de la estacion. El tren sale á las tres menos diez minutos. De Pisa á Luca se va en tres cuartos de hora. Nuestro equipaje nos espera al pie de la torre. Partamos...

—Sí; partamos, contesté yo, asombrándome de ser todavía tan entusiasta.

Pocos minutos despues corríamos á toda máquina con direccion á Luca.

III.

Luca.

El ferro-carril de Pisa á Luca faldea primero los *Montes Pisanos*, cubiertos de frondosa arboleda y célebres por su mármoles riquísimos asi como por sus aguas termales, y penetra en seguida en una estrecha garganta, queda paso á otro valle cruzado por el caudaloso *Serchio*.

En medio de aquel valle se asienta Luca.

Y hé aquí:

perché i Pisan veder Lucca non ponno,

como dice Dante.

Al entrar en el valle regado por el Serchio, no se ve de la capital del antiguo ducado sino la torre cuadrada de la catedral, adornada de columnitas como el *Campanile* de Pisa, y levantándose sobre una espesa mata de árboles.

Luca está cercada de anchas murallas no muy altas, ceñidas por un foso y plantadas de pomposas alamedas, que forman como un nido de flores y verdura dentro del cual queda escondida la poblacion.

En torno de aquella gran maceta se estiende una amena llanura rodeada de ásperas montañas, en la que se ven á lo lejos tres ó cuatro pueblecillos.

A esto se reduce todo el estado de Luca.

Por que ya sabreis que al pasar los Montes Pisanos habíamos entrado en otra ex-nacion,—que era todavía un reino independiente hace trece años.

Salva la hipérbole, pudiera decirse que la historia particular de Luca hace mas bulto que todo su territorio. Básteos recordar que Luca ha sido república popular, república aristocrática, consulado feudal del Austria, provincia de Milan, de Pisa y de Florencia, patrimonio de la Santa Sede, propiedad de una hermana de Napoleon, ciudad etrusca, ligur, romana, gótica y lombarda, y otras muchas cosas mas. Los unos la vendian por dinero: los otros la daban en dote á sus hijas: estos la conquistaban á sangre y fuego; aquellos la libertaban generosamente.—Una sola cosa la distingue, y constituye la unidad de su carácter: el haber sido siempre güelfa en las guerras del Imperio con el Papado, y por lo tanto, enemiga de Pisa.

Ya digimos en Parma que el último soberano de Luca fue Cárlos II de Borbon, hijo de la reina de Etruria, primo hermano de la actual reina de España, el cual dejó este trono por el de Parma, en 1847.—Desde entonces hasta el año pasado Luca ha sido una de tantas provincias del Gran Ducado de Toscana. —Hoy el Gran Ducado de Toscana ha perdido su tambien autonomía, fundién-

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] Palacio Ducal y una estatua de mármol de [illegible]

[illegible] las murallas que cercan la ciudad, [illegible] por corpulentos árboles,—plátanos, [illegible]

Allí habia una gran concurrencia. En cada trozo de muralla se veian las familias del barrio inmediato.

Asi, pues, en un lado se encontraba gente pobre que tomaba el sol por cuenta propia: en otro, gente rica que lo tomaba por cuenta agena, ó sea por lucir sus galas. Tambien habia parajes solitarios, y otros en que los estudiantes diableaban á sus anchas, jugaban los soldados y dormian á pierna suelta los mendigos.

Los carruajes daban la vuelta entera alrededor de la ciudad, recorriendo todos aquellos paseos, que suman un trayecto de una legua.

En los carruajes ví algunas mujeres muy elegantes y muy bonitas, vestidas á la parisien.

Los *liones* de Luca las seguian á caballo, bebiendo los vientos por una mirada ó un saludo.

Esto me recordaba las tres vueltas que Hector y Aquiles dieron alrededor de Troya antes de venir á las manos.

Ya oscurecido, nos encaminamos á nuestro alojamiento,—*Albergo della Croce di Malta* ,—donde *Jussuf* nos amenizó la comida y la *soirée* contándonos casos y cosas del imperio de Marruecos, hasta que á eso de las nueve, hora en que hubiéramos empezado á vivir en Madrid, nos dimos las buenas noches, no sin esclamar por la centésima vez:

—¡Mañana al mediodía estaremos en Florencia!

IV.

De Luca á Florencia.—Florencia á lo lejos.—Recuerdos históricos.—Primer paseo por la ciudad.

Las quince leguas, ó sea las tres horas de ferro-carril que hay de Luca á Florencia, constituyen uno de los viajes mas deliciosos que podeis imaginaros. Unas maravillas suceden á otras: de la fértil campiña se pasa al sombrío bosque: de la agreste montaña se baja al estensísimo olivar: en una parte, moreras, naranjos, olorosos laureles: en otra, cristalinos riachuelos ó canalizadas acequias que esparcen el riego por los verdes sembrados: á cada paso, una ciudad, una aldea, una quinta: de vez en cuando, las ruinas de algun castillo señorial; y siempre y por todos lados, flores y verdura,—flores en diciembre;—un cielo radiante, un aire perfumado, un sol de oro; gente bella y locuaz; gracia y arte en la disposicion de los edificios mas vulgares; lujo en la naturaleza; alegría en el hombre; poéticos recuerdos por do quiera...—Tal es, en resúmen, la alta Toscana, muy semejante, por cierto, al territorio granadino.

El ferro-carril se dirige primero al Nordeste, deslizándose al pie de frondosas colinas cuajadas de caseríos, y dejando ver á la derecha una vasta y riquísima llanura.

Asi se pasa cerca de *Pescia*, pequeña y linda ciudad; por *Montecatini* y *Pieve*

á Nievole , preciosos pueblos; por *Serravalle*, reclinada ya en las faldas del Apenino y coronada por una antigua fortaleza, y finalmente, se llega á ***Pistoja***, ciudad mas importante, tambien fortificada, célebre en la antigüedad porque no lejos de sus muros tuvo lugar la sangrienta batalla en que murió Catilina, y muy nombrada en la Edad Media á causa de la guerra feroz que se hicieron sus habitantes, divididos en *Blancos y Negros*.

De buena gana hubiera entrado en Pistoja y visitado sus templos, notables, segun me aseguraron, por las muchas y muy buenas esculturas que encierran... Pero la atraccion de Florencia érame ya irresistible.

En Pistoja se nos agregaron tantos viajeros, que fue necesario añadirle al tren cuatro veces mas coches que habia sacado de Luca.

Y es que en Pistoja se reunen todas las diligencias que cruzan el Apenino viniendo de la Emilia y de la Lombardía con direccion á Florencia.

En adelante, caminamos al Sudeste, alejándonos del Apenino todo lo que nos habíamos acercado á él y penetrando en una amenísima llanura tapada de árboles.

Allí encontramos á *Prato*, ciudad de 12,000 habitantes, amurallada, sumamente industrial, á juzgar por las innumerables chimeneas de fábricas que la coronan, y llena de preciosas obras de arte, segun me dijo un compañero de coche que se quedó en aquella estacion.

—¡*Prato*! esclamaba en tanto Jussuf. *Hacer aquí gorros colorados para moros turcos.*

—Ciertamente, respondió otro viajero.

—¿Y por dónde lo sabes tú? le preguntó Caballero al marroquí.

—*Haber en Liorna gorros muy baratos*, replicó este sonriendo como un niño. *Yo preguntar*: *judío decir. Estar gorro para turco, chico para moro. Moro no comprar.*

En esto, *empezábamos á llegar* á Florencia.

Florencia, como todas las grandes capitales (esceptuando á Madrid), se anuncia antes de aparecer á los ojos del viajero. Las fábricas, las quintas, los palacios campestres, las casas diseminadas acá y allá, el aprovechamiento del terreno, las huertas lujosamente cercadas, todo revela que se aproxima uno á un gran foco de poblacion, á una gran fuente de vida, á un gran campamento, del cual está recorriendo las avanzadas.

Poco á poco van estrechándose las distancias entre los aislados edificios; van relacionándose estos; va formándose la colmena; va condensándose la ciudad... hasta que por último aparecen á lo lejos algunas elevadísimas torres; y luego la gran masa de la capital, el orígen de tanto movimiento, el centro de tanta animacion, *Florencia*... en fin, la ciudad famosa, la beldad soñada, la ilusion de muchos años trocada en realidad á vuestros ojos, una esperanza menos, una cruel victoria mas;—otro alcázar que se hunde en vuestra imaginacion, y del que solo vereis en adelante escombros y ruinas en el páramo de los recuerdos.

—¡*Florencia*!... aquella es Florencia ó sea la *patria de las flores*, se apre-

sura á deciros vuestra memoria, temorosa de que se entristezca vuestro corazon; —aquella es la ciudad dos veces ilustre en la historia del arte, como estrusca y como italiana; aquella es la rival y vencedora de *Fiésole*, cuyo esqueleto blanquea todavía en la próxima montaña; aquella es la colonia embellecida por los romanos, la deidad admirada y luego destruida por los bárbaros, la desheredada reina restablecida en su trono por Cárlo Magno; aquella fue luego la ardiente republicana al par que elegante aristócrata que dispensó sus favores indistintamente á Güelfos y Gibelinos, y fue amada y maldecida por el infortunado Dante; esa es la córte de los *Médicis*, de aquella familia de astutos comerciantes que se trasformó de pronto en dinastía de príncipes, y dió reinas á toda Europa, pontífices al cristianismo y tiranos á Florencia... pero tiranos ingeniosos que hicieron olvidar á los toscanos su perdida libertad, adormeciéndoles con el suave beleño de las letras y las artes y enervando su clásica energía en el seno del lujo y los placeres; esa es la *Atenas del Renacimiento*, la *ciudad-museo*, en cuyas plazas se ven todavía revueltas con la multitud ociosa las esculturas de Miguel Angel y Benvenuto Cellini; esa fue la cuna del talento, el emporio del saber y la cultura, la escena de los grandes crímenes, el salon de las lujosas fiestas, la gran escuela política; ahí se encuentran hoy millones de libros, cuadros, estatuas, joyas, medallas, camafeos, bronces, manuscritos, reliquias, templos, sepulcros y palacios, testimonios elocuentes de las glorias florentinas; esa es, en fin, la patria de Dante, de Maquiavello, de Bocaccio, de Americo Vespucio, de Cimabue, de Ficin, de Mars, de Andrea del Sarto, de Lorenzo de Médicis, de Leon X, de Lulli, de Bruneleschi, y de otros muchos artistas, poetas, papas, historiadores, sabios, guerreros y navegantes de inmortal renombre.

Tal es la Florencia que ve la imaginacion, en tanto que los ojos descubren sucesivamente un apiñado grupo de torres señoriales, cúpulas y campanarios; altos techos de enormes edificios; graciosas siluetas de negros palacios destacándose en el limpio cielo; puertas almenadas; jardines levantados sobre algunas azoteas; calles de árboles; puentes; arcos; los anchos espejos del Arno caudaloso; suntuosas casas modernas; centenares de carruajes por todos lados; una inmensa muchedumbre á pie; lujo, animacion, alegría, movimiento y ruido en la estacion del ferro-carril, en los muelles, en el rio, en las calles, en las plazas, en todas partes... una gran capital, en fin, que recuerda á Milan, ó mas bien á Sevilla; pero que las aventaja en hermosura.

Mucho antes de entrar en Florencia, se han visto ya tres de sus principales maravillas, que son: la alta y esbelta torre del *Palacio Viejo* ó de la *Señoría*; el maravilloso *Campanile* (que desde el primer momento hace olvidar aquel tan estraño y bello que acaba de admirarse en Pisa,) y sobre todo la audaz y gigantesca cúpula del *Duomo*, llamada *Cúpula de Brunelleschi*, del nombre de su autor.— Estas tres obras maestras, solitarias reinas del aire, hacen adivinar al viajero todo el esplendor de la ciudad que se estiende debajo de ellas.

Una vez *intramuros*, llama vivamente la atencion la singular elegancia de todo lo que se ve; el *buen tono*, por decirlo asi, no solo de las personas, sino de

las cosas; el decoro, el aseo, la gracia de las calles, de los edificios y de las gentes; el aire de decencia y de cultura que se respira por do quiera; la pulcritud y perfeccion del empedrado; los contornos artísticos y la noble severidad de los palacios; la compostura y limpieza de la muchedumbre; el gusto, cuando no el lujo, de las tiendas; la aristocrática disposicion de la entrada de los cafés y de los hoteles, y sobre todo el gran número de estranjeros de todos los paises, en particular ingleses (y entre los ingleses, centenares de *fashionablísimas* inglesas), que han tomado carta de ciudadanía á las orillas del Arno, siendo para la patria de las flores una especulacion y un adorno, ó sea el becerro de oro para los comerciantes y el figurin de la moda para sus hijas.

Nuestro primer cuidado al salir de la estacion del ferro-carril, fue venirnos á este hotel de *l'Arno* y hacer un ligero estudio acerca de la cocina de Florencia, que no nos pareció mala: en seguida nos marchamos á recorrer *superficialmente* la ciudad, en cuya operacion hemos empleado desde la una de la tarde hasta el oscurecer; y una vez oscurecido, nos hemos vuelto á casa, de donde yo no he querido salir mas hasta referiros, como acabo de hacerlo, mi viaje de Génova á Florencia.

Ahora me resta daros una idea de las principales cosas que he visto esta tarde, durante mi primer paseo á la ventura por la córte de los Médicis.

En Florencia, como en Pisa, el *Arno* es la calle principal, la gran arteria de la poblacion, el *boulevard* que la parte en dos mitades.

A cada lado del opulento rio hay un ancho muelle, llamado *Lungo l'Arno*, en que se levantan, sobre todo en el de la derecha, soberbios palacios y magníficos hoteles.

Desde el balcon del que nosotros habitamos se descubre toda la longitud de esa triple calle, ó sea cerca de una legua de muelles y rio, viéndose sobre este último hasta cinco puentes de variada forma, que son: *il Ponte delle Grazie*, sólido y viejísimo, sobre el cual se levantan algunas casas; *il Ponte Vecchio*, que se halla casi á la puerta de este hotel, y que constituye uno de los principales centros del comercio de Florencia; pues, como el puente de Rialto de Venecia, sostiene dos hileras de casas, cuyos portales son otras tantas tiendas, ocupadas casi todas por plateros; *il Ponte á Santa Trinitá*, compuesto de tres elegantes y atrevidos arcos elípticos y adornado con cuatro estatuas; *il Ponte della Carraja*, asi llamado por los muchos carros que pasan sobre él, y finalmente, allá muy lejos, donde no hay ya casas á las márgenes del Arno, sino jardines y alamedas, *il Ponte di Ferro*, uno de los dos puentes colgantes tendidos sobre el rio en las afueras de la ciudad.

Despues de recorrer de un estremo á otro el *Lungo l'Arno*, hemos dirigido nuestros pasos á la célebre plaza de la *Señoría* ó del *Gran Duque*, que por sus monumentos arquitectónicos y por sus recuerdos históricos y poéticos, compite con la *Piazzetta* de Venecia, y que, por las obras maestras de escultura que la adornan, hace adivinar lo que debieron de ser las plazas de Atenas, cuando las

obras de Fidias, Plaxiteles y Cleómenes recibian en ellas la lluvia del cielo y las reverentes miradas de los mendigos ociosos.



Iglesia de *Santa Croze* en Florencia.

En el foro de Florencia, son *Miguel Angel*, *Benvenuto Cellini*, *Juan de Bolonia* y *Donatello* los que escitan la admiracion de los transeuntes.

Allí, á todas horas, siempre que paseis, podeis ver (y hasta reparar en que mucha gente cruza ya cerca de ellas sin mirarlas) cinco ó seis obras maestras de aquellos inmortales artistas.

Allí habeis empezado por admirar el aspecto general de la plaza, irregular

30

en su forma, pero muy pintoresca por lo mismo, hermoseada por la noble, severa y elegante fachada del *Palazzo Vecchio*, capitolio de Florencia, por los grandiosos arcos de la *Loggia de Lanzi*, donde se reunia el pueblo á conferenciar sobre la cosa pública, y por el célebre Palacio *Ugoccioni*, que unos creen ser obra de Rafael y otros del renombrado *Palladio*.

Al pie de estos edificios veis primeramente el famosísimo *David* de Miguel Angel, estatua colosal que representa al Profeta-Rey en los primeros años de su juventud, cuando no era mas que un sencillo pastor, pero ya arrogante mancebo. En mi entender, Miguel Angel ha querido retratar al hijo de Jessé en el momento que vuelve á su casa despues de haber matado al Gigante Goliat. Su actitud es modesta y natural, digna y sublime al propio tiempo. Hállase desnudo, con la terrible onda ceñida *á la bandolera*, y la poderosa diestra caida. En su serena frente se adivinan ya las inspiraciones del artista, la magestad del monarca y las visiones del Profeta. La figura toda es un modelo de belleza humana. Por cualquier lado que se la contemple, ya al entrar en la plaza por la *Galería degli Uffizi*, ya al salir del *Palazzo Vecchio*, ora desde la Loggia, ora viniendo de la catedral, ¡qué sereno continente, qué esbeltez, qué pureza de lineas!—Muchos dicen que esta estatua, ejecutada por *Buonarotti* á la edad de 29 años, es la mejor obra de la escultura antigua y moderna.—Mañana, cuando vea la decantada *Venus de Médicis*, emitiré mi pobre voto.

Cerca del *David* hay un grupo colosal de *Bandinelli*, que representa á *Hércules matando á Caco*.—Aquella composicion seria notabilísima en otra ciudad; pero en este sétimo cielo del arte apenas llama la atencion.

En la *Loggia* compite honrosamente con la obra maestra de Miguel Angel el *Perseo* de Benvenuto Cellini, airosa y noble estatua de bronce, cuya fama es universal.

No lejos se ve una tercera maravilla, el *Robo de la Sabina* por Juan de Bolonia, admirable grupo de tres figuras escalonadas una sobre otra, en que el arte ha apurado todos sus recursos para hacer armoniosa y bella una escena tan erizada de dificultades.—El audaz raptor tiene sujeto bajo sus pies al esposo ó al amante de la beldad que ha cogido en sus brazos. El sabino rabia y se retuerce contra el suelo, mirando con desesperacion á su amada. El romano contempla con voluptuosa codicia aquel mórvido seno que casi le roza la cara. La Sabina, cogida por las caderas, y pugnando por escaparse, se halla tendida boca arriba, sobre el pecho del soldado de Rómulo, toda desnuda, tan hermosa como Dios la hizo, con los brazos levantados al cielo, cual si le pidiese auxilio, angustiada, bellísima, incitante, digno objeto de tan bárbara contienda. Todo este grupo, de tamaño mayor que el natural, está labrado en un solo trozo de mármol de Carrara.

Para concluir, á la puerta del *Palacio Ducal* hay dos estatuas del *Dios Término*: al Norte del mismo palacio, una magnífica *fuente de Neptuno*, que me recordó la del Prado de Madrid, bastante inferior á la florentina;—más al Norte, una hermosa estatua ecuestre de Cosme I de Médicis, obra de Juan de Bolonia,

—y dentro de la *Loggia*, siete estatuas antiguas, de las cuales, seis representan otras tantas *Galas prisioneras*, y la sétima, *Un soldado que sostiene el cuerpo de Ayax moribundo*.—En el arco de la misma Loggia que mira al Patio *degli Uffizi*, se encuentra el famoso y no muy bello grupo vaciado en bronce, *Judit y Holofernes*, obra del inmortal *Donatello*, de quien ya vi en Venecia unos bellísimos bajo-relieves.

El Patio *degli Uffizi*, que acabamos de nombrar, contiguo á la Plaza del Gran Duque, puede considerarse como una parte de esta, ó como una continuacion de la *Loggia de 'Lanzi*. A este patio, que no es sino una calle ó pasaje, á cuyos dos lados corren unos grandiosos pórticos, dan las ventanas del *Palazzo degli Uffizi*, célebre en todo el mundo por los tesoros artísticos que encierra.—Abajo, delante de los arcos de los pórticos, hay 28 estatuas que representan á los toscanos ilustres: Dante, Petrarca, Alfieri, Maquiavelo, Galileo, Savoranarola, Giotto, Orcagna, Lorenzo el Magnífico, Donatello, Leonardo da Vinci, Miguel Angel, Bocaccio, Americo Vespucio, Guido Aretino, Benvenuto Cellini, Nicolás de Pisa y otros que no recuerdo.—Todas estas estatuas han sido costeadas con los productos que los grandes duques de Toscana han sacado del juego de la lotería desde 1835.

Dejando para mañana ú otro dia el visitar el Palacio degli Uffizi, en que, segun mis cálculos, hemos de pasar muchas horas solo para conocer las principales maravillas que guarda, nos fuimos en busca de la plaza de la catedral, otro de los grandes centros de Florencia, separada de la del *Granduca* (Gran Duque) por una sola calle, ancha, recta y hermosa, que toma sucesivamente tres nombres, y en la cual vimos al paso una de las mas notables iglesias de Florencia, llamada *Or S. Michele*, de que ya hablaremos.

En la *Plaza del Duomo* de Florencia, lo mismo que en la de Pisa, se ven agrupados tres diferentes edificios, á cual mas bello, que constituyen una sola obra:—la *Catedral*, el *Campanile* y el *Bautisterio*.

Solo falta el *Campo-Santo*; pero en cambio se ven otras notables construcciones, dependencias y fundaciones de la catedral ó albergue de los canónigos, adornadas por dentro y por fuera con preciosas obras de arte.

Al mediodía del templo hay una piedra, *il Sasso di Dante*, en la cual, segun la tradicion, se sentaba todas las tardes el poeta á descansar de sus fatigas.—¡Hace 560 años!

La *Catedral (Santa María del Fiore*,—Santa María de la Flor,—así llamada del nombre de la ciudad, ó de sus armas, que consisten en un lirio rojo sobre campo blanco,) es una de las mas célebres de la cristiandad; imponente como fábrica, grandiosa como pensamiento, respetable como historia y por los monumentos que encierra; pero ni su fachada está concluida, ni el resto del esterior luce sus grandiosas proporciones á causa de los mármoles de colores que lo revisten.

El interior es sumamente pobre, ó por mejor decir, aparece muy desnudo y desmantelado, no bastando á su ornamentacion las obras de arte que allí se admiran.

Entre las cosas que mas me han sorprendido en aquel espacioso templo, citaré un meridiano trazado en el suelo por *Toscanelli*, el maestro de Cristóbal Colon; los vidrios de colores de las altas ventanas; un grupo de escultura, llamado la *Pietá*, obra de Miguel Angel, quien lo destinaba á su sepulcro, y una pintura en madera, único adorno de una vasta pared, que representa al *Dante*, vestido de encarnado, coronado de laurel, con la Divina Comedia en la mano, y mirando á sus pies una vista panorámica de Florencia.

Este precioso cuadro fue ejecutado por *Andrea Orcagna*, el inspirado pintor que tanto hemos admirado en el *Campo-Santo* de Pisa, constructor además de la Loggia de la Plaza del Gran Duque y escultor tambien muy famoso.

Orcagna, que murió en el segundo tercio del siglo XIV, pudo muy bien conocer á Dante, muerto en 1321.

Como quiera que sea, siempre resultará que la república de Florencia, que tanto persiguió y afligió á Dante, le albergó pocos años despues bajo las bóvedas de esta insigne iglesia, presentándole reverentemente á la veneracion de los florentinos.

Pero la gran maravilla de la catedral es la famosa *Cúpula de Brunelleschi*, rival de la de San Pedro de Roma.

Brunelleschi fue el primero que se atrevió á levantar en los aires una obra de esta naturaleza, contra el dictámen de todos los arquitectos de su siglo, que le tomaron por loco cuando le oyeron esponer su proyecto.

Baste deciros, para que comprendais cuán difícil se creia entonces edificar una cúpula de tan gigantescas dimensiones, que artistas muy renombrados propusieron que se empezase por llenar de tierra el centro de la iglesia, hasta que la cúspide de una montaña artificial saliese por la abertura que se trataba de cubrir; por cuyo medio nada hubiera sido mas sencillo que construir una bóveda sobre aquella especie de molde.

Este ridículo pensamiento tuvo sin embargo su lado ingenioso, que consistió en proponer que al formar el susodicho monte, se mezclasen monedas con la tierra, á fin de que el pueblo en masa se diese luego prisa á desocupar el templo... Asi y todo fue desechado.

Brunelleschi obtuvo al fin el permiso para ensayar su idea, tan sencilla y tan barata (pues ni requeria grandes andamios, ni armaduras de hierro, ni arbotantes, ni ninguna de las pueriles precauciones tomadas hasta entonces por la ignorancia para acometer obras de este género), y levantó aquella portentosa máquina, aquel templo aéreo, cuyo diámetro pasa de 130 pies, y cuyo vértice dista 300 pies del pavimento de la iglesia.

Algunos dicen que la cúpula de *Brunelleschi* tiene mas mérito que la de Miguel Angel, que hemos citado, construida un siglo despues...

(Vése ya desde luego, que tiene el de la prioridad.)

Pero este mérito, añaden, no consiste en la belleza, sino en el atrevimiento de la construccion...

Yo me alegro de que asi sea; pues de este modo conservo íntegra la ilusion

con que espero ansiosamente el dichoso instante en que pueda contemplar la célebre maravilla del Renacimiento, la decantada cúpula de San Pedro de Roma, llamada por Victor Hugo en *Notre Dame de París*: «Idea de desesperacion... obra inmensa que merecia ser única; última originalidad de la arquitectura; firma de un artista gigante al pie del colosal registro de piedra que se cerraba...»

El *Campanile*, que se alza al lado del *Duomo*, es, segun ya he indicado, mucho mas bello que el de Pisa, si bien de forma menos estraña.

Giotto, el insigne Giotto, lo dibujó y empezó á construirlo.

Su estilo es gótico italiano, pero tan delicado y gracioso, que nuestro emperador Cárlos V decia que aquella obra maravillosa «deberia estar encerrada en un estuche, á fin de que el tiempo no la ajase..»

El *Campanile* tiene 258 pies de alto. Es cuadrado, y consta de cinco cuerpos revestidos de mármoles de colores. El primer cuerpo está adornado de preciosísimos bajo-relieves, y el segundo de estatuas de estraordinario mérito esculpidas por Giotto, Donatello, Luca della Robbia y otros célebres artistas. Los otros cuerpos ostentan elegantes ventanas ojivales.

La idea de Giotto era coronar la torre con una pirámide de sesenta pies; pero *Tadeo Gaddi*, que terminó la obra, no se atrevió á levantarla.

El *Bautisterio* es digno del *Campanile*, pero no tan bello como el de Pisa.

En cambio, sus tres puertas de bronce están reputadas como otros tantos prodigios de arte.

Miguel Angel decia de una de ellas que merecia ser la puerta del Paraiso.

Débense á *Andrés Pisano* y á *Lorenzo Ghiberti*, y su mérito consiste en los primorosos bajo-relieves que las adornan, y que representan asuntos tomados de la Biblia.

La puerta que mira á la fachada de la catedral, obra de Ghiberti, es la mas celebrada y la que tanta admiracion causaba á Miguel Angel.

El mismo Rafael se complacia en decir que mas de una vez habia tratado de imitar las purísimas formas de algunas de las figuras de aquellos bajo-relieves.

Ghiberti empleó veinte años en hacer las dos puertas que llevan su nombre, siendo de advertir que solo tenia veinte y tres de edad cuando obtuvo el encargo de ejecutarlas, venciendo á los primeros artistas de su época, entre otros á Brunelleschi, en el concurso que se celebró al efecto.

Fatigados ya de tanto ver y admirar,—y eso que no habíamos hecho mas que visitar dos plazas y una iglesia,—tomamos un cabriolé y le dijimos al cochero que nos pasease por la ciudad, sin otro norte que su capricho, resueltos por nuestra parte á no detenernos ante cosa alguna, por mucho que nos maravillara.—De otra manera nos hubiera sido imposible formar esta tarde una ligera idea de toda la capital, segun nos habíamos propuesto al salir del hotel.

Corrimos, pues, de calle en calle y de plaza en plaza, viendo á cada paso severos palacios de construccion etrusca, esto es, ciclopea, basada en grandes monolitos, y de una arquitectura peculiar de la antigua Florencia, que consiste

en dejar lisos los amplios muros, sin mas adorno que una gran cornisa y algunas pequeñas ventanas de gracioso corte, altas y estrechas, partidas por una columna que forma dos arcos, tan semejantes á los de las ojivas góticas como á los de los agimeces árabes.

Estos palacios tienen un aspecto, á la vez elegante y sombrío, guerrero y voluptuoso, que recuerda á los aristócratas florentinos, tan ilustres en las letras y en las artes como terribles en la plaza pública ó en los campos de batalla.

El cochero nos iba diciendo entre tanto el nombre de algunos de aquellos edificios...—nombres que levantaban un mundo de recuerdos en mi imaginacion.

—Este es el palacio *Strozzi Ridolfi*, donde habitó *Blanca Capello*,—esclamaba.—Este es el *Palacio de los Médicis*, su primera casa, en donde vivian como simples banqueros, antes de ser llamados al gobierno de la ciudad y del mundo.—Este es el *Palazio Strozzi*, tipo y modelo de los palacios florentinos.—Esta es la *Casa Buonarroti* (la casa de Miguel Angel), donde vive todavía un descendiente de su familia y se ven dibujos, instrumentos y muebles que pertenecieron al grande artista, así como su correspondencia!.—Esta es la *Casa de Alfieri*.—Esta es la *Casa de Dante*.—Aquí vivió *Galileo*.—Aquí *Maquiavello*!...

Y mientras el cochero hablaba de este modo, íbamos encontrando estatuas y mas estatuas (pasan de 200 las que decoran las calles y plazas de la capital), fuentes y mas fuentes, grandiosos templos, magníficos arcos, millares de obras artísticas.

Y huyendo de tanta grandeza, abrumados por tantas emociones, salimos al campo, y en el campo encontramos centenares de lujosos carruajes, ocupados por lores ingleses, opulentos americanos y príncipes de toda Europa; *villas* regias; bellísimos jardines; la grandiosa mole del *Palacio Pitti*, vista á lo lejos; la remota perspectiva de cúpulas y torres, debajo de las cuales sabíamos ya que nos esperaban nuevos prodigios de arte que admirar...—¡Siempre Florencia! ¡Florencia por todas partes; cada vez mas bella y mas rica, mas elegante y seductora!

Al espirar el dia, estábamos en el *Monte alle Croci*, elevada colina que domina toda la ciudad.

Desde allí conseguimos al cabo abarcar de una ojeada tantas maravillas; deslindarlas; sentirlas en conjunto...

¡Florencia!... murmuraba yo todavía, como queriendo evocar en mi corazon nuevos deseos cifrados en este mágico nombre, nuevas ilusiones compendiadas en él...

Lentamente fué apagándose en el cielo el resplandor del crepúsculo, mientras que del perezoso Arno iba levantándose una niebla blanquecina que empezó á ocultárnos la ciudad.

Entónces brillaron algunas luces en los balcones de los palacios, y luego en las calles y plazas...

Habia anochecido.—Ya era un recuerdo mi primer dia en la patria de Ali-

ghieri.—Aquellas luces que brillaban en las tinieblas, me parecian antorchas funerales que circuian el túmulo de mis ilusiones infantíles.

En esto sonaron todas las campanas de la estensa ciudad, unas despues de otras, pero confundiéndose al fin en una sola plegaria...

Era la Oracion.

¡Cuán lejos de la patria nos sorprendia la noche!

El melancólico acento de las campanas decia claramente en su idioma universal: *Ave-María.*

No éramos, pues, tan estranjeros en la culta, en la sensual, en la pagana Florencia...

Cuando bajamos del *Monte alle Croci*, duraba aun en el remoto Occidente un cárdeno reflejo del pasado dia.

V.

La vida en Florencia.—Costumbres.—Paseos.—Las floristas.—Teatros.—El *Perro de Florencia.*—*Pitti* y *Uffizi.*—La *Virgen de la Silla.*—La *Venus de Médicis.*—Iglesias.—Monumentos.—Salimos para Roma.

Florencia 19 de diciembre.

Dentro de algunas horas saldremos de Florencia, donde he pasado siete dias inolvidables.

La hermosura de la ciudad, la amenidad de los campos, la trasparencia del cielo, la cultura y suavidad de las costumbres, los millares de obras maestras de arte que he admirado en iglesias, palacios y museos; la belleza de las florentinas; lo apacible de la estacion; todo ha contribuido á encantar mi breve permanencia en la capital de la Toscana.

Sin la proximidad de la *Noche-Buena*, que me obliga á salir para Roma, por las razones que diré mas adelante, permaneceria á las orillas del Arno mientras durasen estos hermosos dias de diciembre, ricos de sol y de alegría, que solo tienen su igual en España.

¡Oh, qué mañanas tan esplendorosas, tan risueñas, tan bonancibles!—Las aves, que creen llegada la primavera, abandonan sus nidos y vuelan anunciando sus amores. Los árboles conservan todavia las hojas del año que termina, y yo las confundo á veces con las de un año nuevo. Vistosas flores adornan los campos, las esquinas de las calles, los balcones de las casas, las trenzas de las florentinas, el pecho de sus amadores y sobre todo los grandes azafates de las floristas callejeras. Las damas principales pasean en coche abierto. Los ingleses fuman en los balcones de los hoteles, contemplando estasiados el océano de luz que inunda el horizonte, y no echando de menos seguramente las tristes nieblas de Lóndres. Al canto de los pájaros de que hablaba hace poco, se unen las voces de los innumerables organillos que recorren la ciudad, y tambien los ecos de mil

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Los frescos de la capilla Brancacci en la Iglesia del Carmine, [illegible] por Masaccio.

La iglesia de Santa Croce —que es á Florencia lo que San Juan y San Pablo á Venecia, el Panteon moderno de la ciudad— donde reposan [illegible] sepulturas Miguel Angel, Maquiavelo y Galileo, donde se [illegible] á Dante y Alfieri, [illegible] por Canova; donde hay [illegible] frescos de Giotto, estatuas de Donatello, y hasta un cuadro de Cimabue, y donde se ve un sepulcro que [illegible] los restos de José Bonaparte, rey que fue [illegible] de nuestra España:

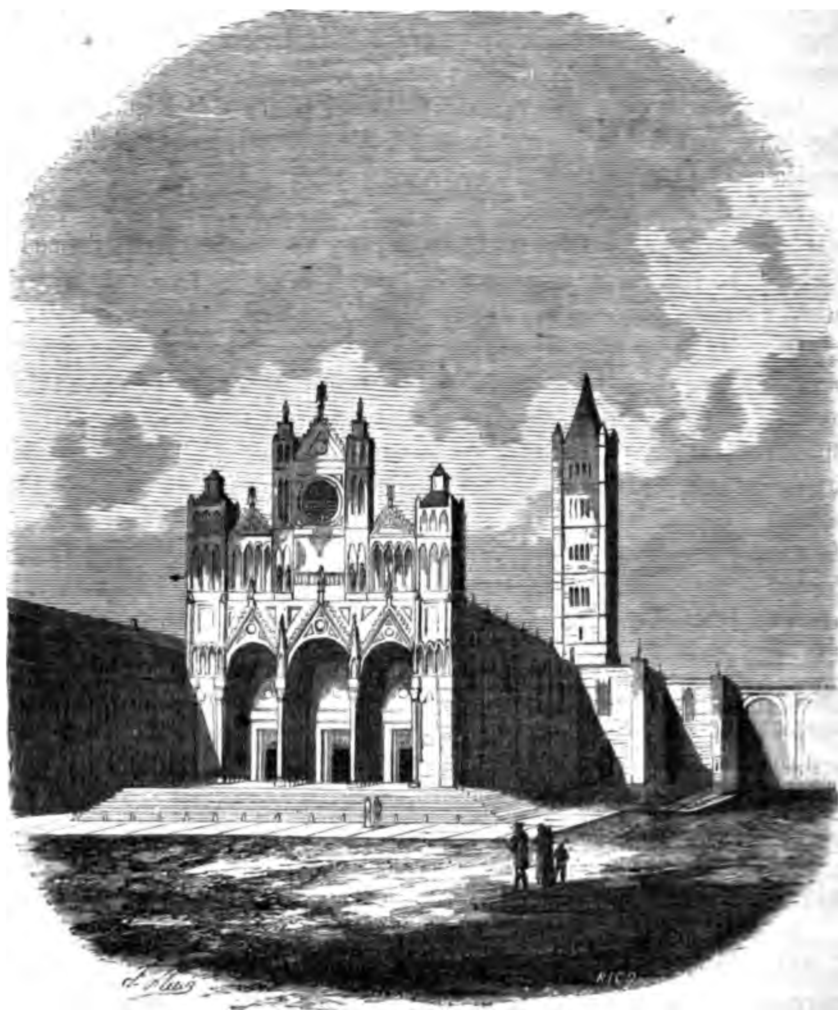
El Convento de San Márcos, lleno de sublimes pinturas del padre Juan de Fiésole, ó sea de Beato Angélico, de aquel artista seráfico, de aquel Platon del arte cristiano, en cuya misma celda vivió despues otro religioso no menos ilustre, que parecia tener heredado su alma; el infortunado Savonarola, expositor elocuente del místico misticismo del monje artista, y paladin (como él) del espíritu puro, fuente de vida de la religion de Jesus, contra el materialismo pagano que volvia á la moda sobre Italia ó, por mejor decir, sobre toda la cristiandad:

La Iglesia de Santa María Novella, donde hay que admirar, entre otras muchas cosas, la renombrada *Madonna* de *Cimabue*, (primer monumento del renacimiento del arte en Florencia (dice un crítico), llevada en triunfo por el pueblo desde el taller del pintor á dicha iglesia; los célebres frescos de *Ghirlandajo*, maestro de Miguel Angel, que revisten todo el coro; un *Crucifijo*, tallado en madera, obra de Brunelleschi, del que se dice que no tiene rival en el mundo, y un *Juicio Final*, pintado en un muro por Andrés Orcagna, quien no vaciló en colocar á Dante entre los bienaventurados, á pesar de que, como ya hemos dicho, el artista era casi contemporáneo del poeta:

Or San Michele (es decir, *ahora San Miguel*), originalísima iglesia, que ya he nombrado otra vez, construida para lonja de granos, y tan notable por su bella arquitectura gótica, como por las estatuas debidas á Juan de Bolonia, *Ghiberti* y *Donatello*, que adornan el esterior (1), y por el tabernáculo de mármol

(1) De estas estatuas, las mas bellas son la de *San Jorge* y la de *San Lúcas*, ambas ejecutadas por Donatello.—A esta última fue á la que dijo Miguel Angel, lleno de admiracion: «Márcos, ¿por qué no me hablas?»

blanco, tambien de estilo gótico, obra del citado Orcagna, que se admira dentro del templo, y que constituye una de las maravillas de que mas se enorgullecen los florentinos:



Catedral de Siena.

Y finalmente, otros frescos de *Ghirlandajo* que decoran la sacristía de *Santa Trinitá* y representan la vida de San Francisco.

De intento he dejado para lo último el hablar de *San Lorenzo*, magnífica iglesia, propiedad y monumento de los Médicis, donde se ve la célebre *Sacristía Nueva*, construida y adornada por Miguel Angel para Panteon de aquella familia.

Allí se admiran siete obras maestras de escultura de este soberano artista: la *estátua de Lorenzo II de Médicis*, ó sea *il Pensiero* (la meditacion, el pensamiento), llamada asi por su actitud soñadora; la *Aurora* y el *Crepúsculo*, figuras alegóricas que reposan sobre el sarcófago de Lorenzo; la *estatua de Julian II de Médicis*, sentado sobre su propio sepulcro; las del *Dia* y la *Noche*, figuras alegóricas reclinadas á sus pies, y un grupo de la *Vírgen y el Niño Jesus*, no concluido, pero sumamente notable.

Cualquiera de estas siete estatuas bastaria á la gloria de Miguel Angel.—Hay una sobre todo, la que representa á la *Noche*, que compite en belleza y espresion con las mejores esculturas de la antigüedad.

Tambien forma parte de la iglesia de *San Lorenzo* la *Capilla de los Médicis*, mas lujosa que artística, donde están enterrados los grandes duques Cosme II y Fernando I, y se ven los mausoleos de Cosme I, Francisco I y Cosme III.—La tumba y estatua de Cosme II, de bronce dorado, es obra de Juan de Bolonia.

De vuelta de las iglesias, en las cuales, como he dicho, pasaba la mañana, me dirigia á la *Plaza del Gran Duque*, donde se encuentra el correo.—Allí recogia mi correspondencia; saludaba al paso con cierta familiaridad al *David* de Buonarroti, al *Perseo* de Cellini y á la *Sabina* de Juan de Bolonia; me hacia limpiar las botas nada menos que por un conde, primogénito heredero de una nobilísima y antiquísima familia, establecido con sus cepillos cerca de la *Loggia de' Lanzi*; entraba á dar una vuelta por el gran salon del *Palazzo Vecchio*, donde evocaba las grandes sombras de la república florentina, ó creia oir la tonante voz de Savonarola, ó me contentaba con admirar las estatuas que lo decoran (entre ellas un magnífico grupo de Miguel Angel; *La Victoria* y un *Prisionero*), y las pinturas de Vasari (fastos de Florencia) que adornan los techos de aquella espaciosa estancia; y por último, al sonar las once, me dirigia al hotel, —á cuya puerta me esperaba siempre Jussuf, quien me daba los buenos dias con una infantil sonrisa y con este lacónico discurso:

—*Almorzar*.

Despues de almorzar, nos íbamos Caballero y yo á la *Galería del Palacio Pitti* ó á la de *Uffizzi*, donde permanecíamos hasta las tres de la tarde...

Deseando y temiendo estaba hablaros de esas dos galerías.—En ellas hay 3,000 obras de arte, dignas todas de especial mencion y muchas de ellas de un mérito tan estraordinario que no reconocen rival en el mundo entero.—¡Imposible, no digo describirlas, sino citarlas en un libro como este!—Imposible tambien pasarlas en silencio!

Para salir de este apuro, me contentaré con hablaros de aquellas que mas me sorprendieron, y cuyo recuerdo sobrenada todavía en el Océano de mis confusas impresiones.

Empezaremos por la *Galería Pitti*.

El *Palazzo Pitti*, construido por un comerciante particular, á quien se lo compró Leonor de Toledo; llevado por esta en dote á Cosme I de Médicis, que trasladó á él su residencia, abandonando el *Palazzo Vecchio* ó de la *Señoría*, y

habitado despues por todos los grandes duques de Toscana, es un edificio inmenso, grandioso, originalísimo, levantado sobre enormes sillares toscamente labrados á la manera etrusca (de los que hay muchos cuya longitud pasa de ocho metros) y mas parecido á una ciudadela que á una mansion real. Detrás de esta construccion de titanes, hay unos estensísimos jardines, que ocupan toda una montaña, llenos de estatuas, fuentes, escalinatas de mármol, grutas preciosas, y cuantos primores pueden imaginarse para combinar el arte con la naturaleza; y para que todo sea descomunal y ciclopeo en *Pitti*, los Médicis abrieron un camino subterráneo (un *túnel* que diríamos ahora) entre este palacio y el de la *Señoría*, cuyo camino, que existe hoy, pasa por debajo del lecho del caudaloso Arno y va á parar á la Galería *degli Uffizi*.

La *Galería Pitti* se compone de diez y seis habitaciones en que hay colocados quinientos cuadros firmados por los mas grandes pintores del mundo, muchos de los cuales tienen allí sus obras maestras. Entrase, pues, en aquel lugar con un recogimiento respetuoso que se acerca bastante á la devocion.

Innumerables artistas, mujeres en su mayor parte, y entre las mujeres muchas inglesas, y entre las inglesas algunas muy lindas, hállanse encaramadas en altos andamios copiando las obras de otras edades.

Centenares de estranjeros (sobre todo americanos del Sur, rusos, ingleses y alemanes) discurren silenciosamente por aquellos salones.

Las mas elegantes y emprendedoras beldades de Florencia, elegantemente vestidas á la parisien, acuden allí, con pretesto de admirar los cuadros, á que las admiren á ellas los *touristes*, y estos, por su parte, no se desdeñan de dividir su atencion entre el arte y la naturaleza...

En la *Galería Pitti* hay hasta diez cuadros del divino *Rafael Sanzio*, que son: la *Vision de Ezequiel*, pequeña tabla que encierra una de las creaciones mas inspiradas y grandiosas de la pintura;—el *Retrato de Magdalena Doni*, amiga del artista, tipo bellísimo que le sirvió de modelo (y no la *Fornarina*, como se cree por la generalidad) para sus Vírgenes mas inocentes é ideales;—el retrato de *Angelo Doni*, hermano de Magdalena;—la *Madonna dell' Impannata*, ó sea del *Encerado*, llamada así del que se ve en el fondo del cuadro;—un *retrato del papa Julio II*;—un *retrato del Cardenal Bibbiena*, del que hay otro repetido en el museo real de Madrid;—un *retrato de Tomasso Inghirami*;—la *Madonna del Baldachino*, obra de los mejores tiempos de Rafael, en que se ve á la Vírgen sobre un trono, y debajo, cuatro santos de pie adorándola, y en medio de los santos, dos preciosísimos ángeles;—la *Madonna* llamada del *Gran Duque*, tan estimada del duque Fernando, que la llevaba consigo siempre que viajaba; y finalmente, la famosa *Vírgen de la Silla*, llamada por un crítico: «una de las obras mas célebres, no solamente de Rafael, sino de la pintura italiana y del arte en general.»

La *Vírgen de la Silla* (Madonna della Seggiola) es la obra capital del *Palacio Pitti*, como la *Venus de Médicis* lo es de la *Galería degli Uffizi*.

El maravilloso cuadro de que nos ocupamos es un óvalo pequeño (de poco

mas de una vara de mayor diámetro), pintado en madera, dentro del cual se ven admirablemente agrupadas tres figuras: la Vírgen, sentada en una silla; el Niño Jesus, reclinado en el seno de su madre y rodeado por sus brazos; y San Juan Bautista, niño tambien, adorando á aquel de quien era el precursor.—La Vírgen no es la figura mística, ideal, angélica, que pintaba siempre Rafael para representar á la Reina de los cielos: es María mujer; es la nazarena; es la madre del hombre, llena de hermosura mortal, de gracia humana. De todas las Vírgenes del de Urbino, esta es la única cuya mirada se cruza con la del que la mira; cuyos ojos no se bajan con modestia. Si yo considerara en este momento á la *Madonna della Seggiola* bajo un punto de vista religioso, místico, filosófico, diria que por lo mismo que es la mas terrenal y seductora de las Vírgenes de Rafael, por lo mismo debe calificársela como la menos inspirada, como la menos sublime, como la mas vulgar de todas ellas; pero considerándola bajo un punto de vista artístico, pictórico, académico, tengo que confesar que no puede darse figura tan bella, tan encantadora, tan graciosamente colocada, tan lujosa y elegantemente vestida como la hija de Joaquin. «Es el modelo de la belleza ideal, dice *Viardot*, pero no como la entienden los cristianos, sino como la entendian los griegos.»—*Miriam*, pues esta es la ocasion de llamarla asi, recuerda á Sara, á Rebeca, á Esther, á Ruth y á otras hermosas mujeres del Antiguo-Testamento. Su cabeza ostenta una toca ó turbante amarillo, rayado de azul y rojo, dispuesto á la manera oriental. Un rico schall verde con franjas de brocado y flecos de oro cubre sus hombros y envuelve su seno. La túnica es tambien lujosísima, de una recia tela de color de escarlata. ¡Y qué movimiento el de su cuerpo, encarcado para mejor apretar contra su pecho al tierno niño! ¡Qué graciosa inclinacion la de su cabeza! ¡Qué mirada aquella, fija en el que la mira! ¡Cuánto arte y cuánta naturalidad en los menores accidentes!—Jesus es tambien notable por su angelical hermosura; pero lo es aun mas por la espresion de tristeza que anima su pálido semblante. «En él se lee, dice *Viardot*, el sentimiento de la víctima resignada á un sacrificio que dejará, entre los hombres á quienes habrá salvado, mayor ingratitud que amor y reconocimiento.»

Despues de las obras de Rafael, han llamado mas particularmente mi atencion los siguientes cuadros:

Las Parcas de Miguel Angel, en que aparte de la valentía del dibujo y la habilidad de la composicion, he admirado la idea del soberano artista de representar á las hijas de Erebo, no en tres bellas diosas mas ó menos lúgubres, como hacian los griegos, sino en tres fortísimas y espantosas viejas que hacen pensar en las brujas de Macbhet:

La renombrada *Bella* de Ticiano, ó sea su querida, que segun unos era una duquesa de Urbino, y segun otros una hija del Palma el Viejo; magnífico retrato, pintado magistralmente, que representa á una niña sensual, ó sea á una jóven inocente, acaso próxima á dejar de serlo, blanca y rubia como Venus Afrodita, lujosamente ataviada, pero con el traje tan desceñido que deja ver los primores de su albo seno, y (¡raro capricho, que bien pudiera ser una alusion á la

venalidad de la jóven!) adornada con una gruesa cadena de oro, que le ciñe el cuello, y entretenida en admirar otra cadena del mismo metal que tiene en las manos...

Un *San Bartolomé* de nuestro Rivera (*del cavalliere Giuseppe Rivera, spagnuolo*; *detto lo Spagnoletto*, dice el catálogo), admirable pintura, no tan bella como la que tenemos en Madrid del mismo asunto y del mismo autor; pero notabilísima sin embargo:

Un *San Francisco Asis*, firmado de este modo: *Josef Rivera, español*, 1643, y un *Retrato de un Italiano*, obra tambien de nuestro compatriota:

Un *Adan* de Alberto Durero, admirable representacion de aquel pobre hombre, á cuyos pies ha pintado el artista un pavo real y un ciervo, símbolos de la vanidad y la cobardía:

Una *Vírgen de Murillo*, rubia, pálida, débil, andaluza á pesar de todo, graciosísima, pero tan inmaterial y mística como las mejores *Concepciones* del Rafael sevillano que se conservan en España:

Otra *Vírgen de Murillo*, la del Rosario, con el Niño Jesus, que tiene en las manos una corona de rosas.—(Dice el catálogo de la Galería *Pitti* que el Gran Duque Fernando III compró este cuadro en 900 escudos (18,000 reales) al pintor *Fedele Acciaj*, que la habia adquirido del negociante romano Cartoni...—Y yo pregunto: ¿á quién se la compraria el negociante?)

La célebre *Magdalena* de Ticiano, de la cual ví una repeticion en Venecia, y otra no recuerdo dónde.—En esta obra magistral no se distingue solamente el pintor de las Venus como inimitable colorista, sino tambien como correcto dibujante, asi como por la espresion altamente cristiana de los afectos.—La penitente es hermosísima y tiene labios y ojos de ser lo que habia sido, pintados como Ticiano pintaba los encantos de la mujer; pero esos labios y esos ojos revelan ya todo lo que el arrepentimiento habia labrado en el ánimo de la pecadora. Magdalena levanta los ojos al cielo y murmura una plegaria: hállase desnuda; pero sus manos cruzadas retienen contra el seno aquella abundante cabellera con que enjugó los pies de Cristo, y de este modo oculta los tesoros de su mortal belleza. Sobre las rocas en que se halla medio escondida, se ve un elegante vaso que recuerda el óleo precioso con que la amiga de María untó en el sepulcro el cuerpo del Crucificado.—En este vaso escribió el artista su nombre: *Titianus*.

La *Judith* de Cristóbal Allori, notable por su hermosura y terrible espresion, asi como por la idea que tuvo el pintor de retratar en ella á una querida suya que le daba muchos disgustos, y de retratarse él mismo en el dormido Holofernes:

El famoso *Baile de las Musas y Apolo*, pintado por Julio Romano sobre fondo de oro y en pequeñas dimensiones, para adorno de la tapa de un piano:

El *Martirio de Santa Agata*, de Sebastian del Piombo:

Un cuadro grande de *Beato Angelico*...

Y no digo mas... no puedo decir mas; pues á cada momento acuden á mi imaginacion nuevas obras maestras de esos artistas y de los demás que llevo citados en este libro... Allí Vinci; allí Velazquez (tres retratos, uno de ellos de

Felipe IV); allí Guido Reni; allí Francia; allí Tintoretto, Pablo el Veronés, los dos Palmas, Andrea del Sarto, Rubens, Rembrant, Van-Dych, Salvator Rosa, Poussin, Pordenone, Perugino, Frá Bartolomeo, Bronzino, Correggio, Luini... ¡allí todos!

Y allí está tambien la famosa *Venus* de Cánova; que reemplazó en la Tribuna de Uffizi á la *Venus de Médicis*, cuando los franceses se apoderaron de esta y se la llevaron á París.

La *Venus* de Cánova sale del baño y se enjuga con un lienzo. Mas que la madre de Cupido, parece una estatua del *Pudor*. De cualquier modo, es bellísima, y Florencia la saludó con un grito de entusiasmo el dia que fue espuesta al público, llamándola *Venus Itálica*, esto es, adoptándola como hija de la nacion y digna rival de las Venus griegas.—Ya veremos nosotros dentro de poco si la escultura de Cánova puede compararse á la de Cleomenes. La *Venus de Médicis* ha vuelto á Italia, y nos espera en la tribuna de *Uffizi*.—Volemos en su busca.

La *Galería degli Uffizi* es mucho mas rica, mucho mas variada, mucho mas célebre que la que acabo de describir.—Asi es que rara ha sido la mañana que no la he visitado al paso, al ir ó al volver de *Pitti*, sin contar los dias que he entrado en ella á las once de la mañana y no he salido hasta las cuatro de la tarde.

En *gli Uffizi* hay 1,800 obras de arte; pero no ya solamente pinturas; sino tambien esculturas magistrales antiguas y del Renacimiento, bronces, vasos, camafeos, un museo etrusco, piedras grabadas, piedras preciosas, trabajos en marfil, inscripciones, etc.

Entre las pinturas, que pasan de 1,200, figura una coleccion de *cuatrocientos retratos de pintores*, pintados *por ellos mismos*!...

Esto os dará una idea de la importancia y riqueza de aquella galería, fruto del amor de los Médicis á las bellas artes: amor que heredaron, como una tradicion patria, las otras dinastías que han reinado despues en Florencia.

La obra maestra, la primer maravilla de la galería *degli Uffizi*... pero ¿qué digo? la obra maestra del arte en general; la primera maravilla del mundo, al decir de la mayoría de los críticos; la joya de Florencia; la que por sí sola atraería innumerables peregrinos á esta ciudad, es la *Venus de Médicis*, esculpida en Atenas, cerca de dos siglos antes de la venida de Jesucristo, por el célebre *Cleomenes*, hijo del gramático Apollodoro, y encontrada hace 300 años en Tivoli, cerca de Roma, en la *villa* Adriana, donde estaba sepultada bajo escombros seculares, como tantos otros prodigios artísticos de la antigüedad.

La *Venus de Médicis*,—llamada así porque la adquirió Florencia en tiempo de un gran duque de esta familia,—es (dicen los florentinos) á las demás Venus, lo que Venus era á las demás diosas. Tambien puede aplicársele á ella lo que decia Ovidio de la Venus de Praxiteles que se veneraba en el templo de Gnido, «que si estaba inmóvil, era solamente porque la magestad divina se lo exigia.» —Roma y Nápoles poseen otras Venus griegas de estraordinario mérito; pero declaran desapasionadamente que son inferiores á la *de Médicis*: no así los fran-

ceses, que tratan de hacer creer al mundo que la *Venus de Milo* vale mucho mas que la que nos ocupa... ¿Sabeis por qué? Porque la *Venus de Milo* está en París... No por otra cosa.—A lo menos yo, que he visto y admirado varias veces la noble escultura griega trasladada hace algunos años á las orillas del Sena, la hallo muy lejos de poder competir con la que he encontrado á las orillas del Arno.—Y como yo, opinan todos los no franceses que han visto entrambas maravillas.

Conviniendo, pues, en que la *Venus de Médicis* es la mas bella obra del arte, comprended la emocion con que la habré contemplado. Si tanta satisfaccion, si tanto orgullo causa al hombre el encontrarse en cualquier estremo material ó moral; si tanto me ufané hace dos meses porque tenia delante el monte mas alto de Europa; si tanto se engrie el que ha visto la muerte de cerca, el que ha avanzado hácia los polos mas que ningun otro navegante, el que ha tenido en la mano el primer libro que se imprimió, el que ha subido á la torre de Strasburgo, el que ha saludado la Pirámide de Cheops, el que ve al Papa, el que sufrió dolores inauditos; si tanto respetamos las supremas gerarquías de la prioridad, del tamaño, de la distancia, del peligro, de la vejez, del infortunio, del poder, de la novedad, de la rareza... ¡cuánto mas no debemos respetar, cuánto mas no debe envanecernos el haber admirado el estremo de la hermosura, la suprema gerarquía del arte! el ver el límite del genio humano; el contemplar el modelo de la belleza mortal; el conocer, en fin, á la mujer de piedra á quien han dicho tantas generaciones:—Tú eres la perfeccion de la forma; tú eres mas hermosa que todas las beldades amadas por los hombres; tú eres el noble tipo de la mujer ideal, la Eva del deseo, la Helena de los poetas, la madre del Amor.

De dos maneras hay que considerar á la *Venus de Médicis*: como mujer y como escultura, ó sea como modelo y como ejecucion.

Empezando por figurarnos que es una criatura viva, diremos que es de mediana estatura, quizás algo pequeña (4 pies, 7 pulgadas y 8 líneas); jóven, muy jóven; pero bastante adolescida (lo que son las griegas á los 15 años); no delgada, pero fina, ática, sóbria de contornos; correcta y pura en la plenitud de sus hechizos; esbelta y voluptuosa.—Está completamente desnuda, de pie, en una púdica actitud, tratando, sin conseguirlo, de ocultar con sus manos (1) los tesoros de su cuerpo. Su rostro es un prodigio de hermosura... pero ¿qué digo? Toda ella parece modelada por las Gracias. ¡Qué suavidad de contornos! ¡qué armonía de proporciones! ¡qué morvidez! ¡qué magestad y precision de líneas! ¡qué trabazon de miembros! ¡qué perfeccion y qué hechizo!

Yo no sé dónde está la norma de la hermosura humana. Digo mas: yo he dudado alguna vez de que haya reglas que presidan al gusto, y hasta he hablado con respeto de la estética de los chinos, de los etiopes y de los indios de América... Pero ahora me arrepiento de haber sostenido tales paradojas, y creo firmemente que la raza caucasiana es el prototipo del género humano. (¿Por qué

(1) Los brazos hán sido restaurados.

no ha de serlo en lo físico, si lo es en lo moral?)—El bello ideal de la mujer ha de residir, pues, en el gusto de esa raza, y aun me atreveria á decir que ese gusto es un instinto de nuestros ojos.

Ahora bien, la *Venus de Médicis* es el modelo abstracto de la hermosura femenina, tal como la concibe la imaginacion de los europeos; tal como nos la reveló la naturaleza al florecer nuestra juventud; tal como lo persiguen artistas y cantores; tal como Dios debió fijarla al crear á nuestra madre Eva.

La *Venus de Médicis* causa el mismo efecto que el cielo, que la música, que el amor de madre, que todo lo absoluto: complace el ánimo; serena la imaginacion; infunde sosiego; pacifica, aletarga, desvanece.—La vista se solaza en no encontrar el límite de la belleza: la sensacion que resulta es indivisible, infinita: diríase que se vislumbra allí la eternidad.—Y ¿por qué no? La verdad es eterna, y la hermosura absoluta no es otra cosa que la verdad.—Bondad, verdad y belleza son un solo principio, que se llama Dios.—Y esta Venus ha sido esculpida para ídolo de un pueblo que adoraba á Dios en el altar de la hermosura.

Considerada como estátua, la *Venus de Médicis* es todo lo que hemos dicho; ¡todo eso... fingido en mármol!—Hé aquí el resúmen de su elogio.

Creyérase, sin embargo, que la ficcion es la piedra, no la mujer.—Quiero decir que se duda de que tal piedra exista.—Aquel ser alienta; aquella carne palpita; aquellos dintornos no están friamente precisados; aquella figura está *compuesta*, *colocada* por sí misma.—Tanta armonía no puede ser prestada. Tanta belleza no puede ser agena.—Así es que llevais la mano á la beldad con púdico temor, creyendo que va á sentiros, que vais á ofenderla, que va á moverse, que puede huir, y os asombra tocar el duro Paros, sentir el frio de la mentira, como otras veces habreis sentido el de la verdad, y convenceros de que la *Venus de Médicis* no existe; que solo existe, ó por mejor decir, existió hace dos mil años, un escultor que se llamó Cleomenes, el cual fue, como si dijéramos, el Rafael de una religion que nadie profesa ya sobre la tierra.

Tan singular portento no se halla solo en la *Tribuna degli Uffizi*.

Aquella *Tribuna* es una especie de santuario del arte, en que se han reunido para que hagan compañía á la obra soberana de Cleomenes, otras cuatro estatuas griegas, escogidas entre las muchas que encierran las demás salas, y veinte ó treinta cuadros, que son otras tantas joyas de la pintura, escogidas tambien entre cientos y cientos de obras capitales.

Las estatuas son tan famosas, que basta nombrarlas para que los amantes del arte comprendan cuánto habré yo gozado en aquel maravilloso recinto.

Allí está el célebre *Apollino* de Praxiteles...—Allí el *Arrotino* (amolador), que otros llaman el *Espía*... Allí los renombrados *Luchadores*... Allí el *Fauno bailando*, admirablemente restaurado por Miguel Angel...—¡Cuánto pudiera decir de cada una de estas inmortales estatuas, tan perfectas, tan vivas, tan elocuentes, tan simbólicas!

De los cuadros que cubren las paredes, citaré solamente algunos, deteniéndome á hablar de muy pocos.

El primero que llamó mi atencion, por el contraste que hacia con la *Venus de Médicis*, fue una *Venus* de Ticiano, toda desnuda, tendida en un revuelto lecho, pintada con aquel prodigioso color en que no tiene rival el ilustre hijo de Venecia, bella sobre toda ponderacion, y superior en mi concepto á las demas *Venus* del mismo artista.



Lagunas de la campiña de Roma.

En cuanto al contraste que he indicado, consiste en que la *Venus* del pintor cristiano es sumamente sensual, pagana, lúbrica... mientras que la del escultor gentil es pudorosa, tímida y recatada, segun dejamos dicho. Aquella toda es materia: en esta predomina el espíritu. La una habla á los sentidos: la otra á la imaginacion. La florentina es la hermosura natural: la griega es el ideal del arte.

Tambien encierra la *Tribuna* seis cuadros del divino Rafael, que son: un *Retrato de una mujer*, que parece hermana mayor de la Magdalena Doni de

Pitti;—una magnífica y muy bien conservada repeticion del *Retrato de Julio II*;—la *Madonna del Cardellino* (del Gilguero) aniñada, mas que modesta, sublime sin embargo, y para la cual debió de servirle de modelo la menor de las *Doni*;—el conocidísimo *San Juan en el desierto*, y digo conocidísimo, porque hay muchas copias de él en Europa, (copias hechas en el mismo taller de Rafael por sus ilustres discípulos, y tan parecidas al original que llegaron á confundirse con él)—la *Madonna del Pozo*, acaso la menos bella de todas las que creó el de Urbino, muy parecida á la mayor de las hermanas *Doni*;—y últimamente, un *Retrato de mujer*, que unos dicen ser *la Fornarina*, mientras que otros lo niegan, no faltando quien dude que sea obra de Rafael.

Si es ó no la *Fornarina*, ya lo juzgaremos por nosotros mismos cuando veamos en Roma retratos incontestables de aquella célebre belleza: en cuanto á si es ó no de Rafael, yo soy de los que se inclinan á negarlo. El pintor de las Vírgenes no dió nunca muestras de ser gran colorista, y la *Fornarina* de Uffizi es un prodigio de *color*. Como quiera que sea, la figura de que hablamos es una hermosísima mujer y una hermosísima pintura. En la mujer no se cansa uno de admirar los negros y ardientes ojos, la altiva y serena frente, la cariñosa boca, las formas atrevidas del talle, aquellas trenzas negras coronadas de mirto, y aquella suave tez de los brazos y del cuello, bajo la cual parece que se ven fluir torrentes de calorosa sangre. En la pintura todo es perfecto: el dibujo, el color, el movimiento de la figura; aquella piel de pantera que pende de uno de sus hombros, aquel *tono* de las carnes, y muy principalmente aquella inteligencia magistral del claro-oscuro, que hace destacarse del cuadro á la beldad, hasta el punto de que cree uno posible envolverla y estrecharla entre sus brazos.

Mencionaré, por último, entre los demás cuadros que adornan aquel lugar, una *Sagrada Familia* de Miguel Angel, tres *Escenas de la vida de Cristo* por Mantegna; una hermosísima *Madonna* de Andrea del Sarto; un *San Gerónimo* de nuestro Ribera, y un retrato de *Cárlos V despues de la abdicacion*, á caballo, paseándose por la orilla de un mar alborotado, obra de Van-Dick.

En las demás salas de la galería he admirado muy particularmente las esculturas, y entre ellas el famoso *Jabalí* griego; el *Baco*, el *Adonis moribundo* y el busto de *Bruto*, obras las tres de Miguel Angel; la célebre cabeza del *Fáuno*, ejecutada por el mismo á los quince años; un bellísimo *Ganimedes* antiguo, restaurado por Benvenuto; el *Orador*, gran estatua de bronce, que unos creen romana y otros griega; el busto de *Cosme I de Médicis* y el *Casco* y el *Escudo* de Francisco I, por Benvenuto Cellini; y finalmente, el renombrado *Mercurio* de Juan de Bolonia, uno de los mayores prodigios de la escultura del Renacimiento.

De las pinturas que encierran aquellas salas, no diré una sola palabra: tánto es lo que me ocurre que decir; tan innumerables son las que allí he admirado.—Tampoco hablaré de un tercer Museo (el de la *Academia de Bellas-Artes*), lleno tambien de maravillas, ni del *Cenacolo de Foligno*, atribuido á Rafael, ni del *Museo Etrusco*, ni del *Egipcio*, ni de siete *Bibliotecas* públicas, en que hay

millares de tesoros de libros raros, de manuscritos, de grabados y de autógrafos...

Y no hablaré dé nada de esto, y en adelante seré mas parco en descripciones y enumeraciones de obras de arte, porque no se me oculta que este libro se desnaturaliza y que la relacion de mi viaje se amanera.

Esto es muy natural, y á todo el que recorra la Italia le acontecerá lo que á mí me ha sucedido.—Italia es un vasto museo, en el cual el hombre mas indiferente al arte (y yo no lo he sido nunca, á Dios gracias), acaba por aficionarse á él de tal modo, que se olvida de la naturaleza, de las costumbres, de la política, de todas las demás cosas que se proponia estudiar en esta tierra, para no pensar mas que en estatuas, cuadros, monumentos y antigüedades de todo género.—Y es el caso que á medida que se baja por la península, estas antigüedades, estos monumentos, estos cuadros y esculturas son mayores en número é importancia. Despues de Florencia... Roma, el panteon de los siglos: despues de Roma... Nápoles, reflejo de la Grecia, y teatro hoy de la resurreccion del mundo pagano, cuyos espectros de mármol se alzan todos los dias de entre las cenizas de la muerta Pompeya y del sepulcro de lava que encierra el cadáver de Herculano...—Hablar de todo esto seria cuento de nunca acabar.

Lo anuncio, pues, desde ahora (y nadie me acuse de irrespetuoso, de poco atento, de indiferente á la magestad del arte): será muy posible que en la prosecucion de este escrito me veais pasar al lado de grandes obras de escultura, de pintura y de arquitectura, sin hacer siquiera mencion de ellas, ó citándolas muy someramente, por mas que yo las haya contemplado con sumo detenimiento... Pero, os lo repito, las condiciones de esta relacion y el objeto de mi viaje se desnaturalizarian completamente si hubiera de nombrar uno por uno todos los portentos artísticos que me esperan en Roma y Nápoles, y aquellos de que no he hablado en Florencia.—Básteos saber que los catálogos, los sucintos catálogos de los Museos de *Pitti* y *Uffizi*, de los Museos del *Vaticano* y el *Capitolio*, de las *Galerías* particulares de Roma, del *Museo Borbónico* de Nápoles y de las *Ruinas de Pompeya*, forman otros tantos volúmenes, y que todos juntos sumarian una obra tres veces mas voluminosa que la que me propongo dar al público.

En cambio de las pálidas enumeraciones que omitiré, volveremos á ocuparnos con preferencia de las costumbres y de la fisonomía de los pueblos que visitemos, asi como de los sucesos que amenicen mi viaje, lo cual no impedirá que cuando se levanten á nuestra vista obras tan maravillosas y escepcionales como *San Pedro* de Roma, como el *Coliseo*, como el *Juicio Final* de Miguel Angel ó como las *Loggie* de Rafael, nos detengamos delante de ellas y les consagremos algunas páginas.

Con que emprendamos el camino de nuestra enmienda, y antes de abandonar la capital de la Toscana, demos algunos toques más al cuadro que hemos empezado de nuestra vida y costumbres en las encantadas márgenes del Arno.

Os decia que desde las doce hasta las tres ó las cuatro de la tarde, permaneciamos en los Museos, Bibliotecas y Academias. A esta hora dábamos de mano

al estudio, y nos íbamos á *Lungo l'Arno*, donde tomábamos un coche que nos llevaba á *le Cascine*.

Le Cascine (las *Queseras*, llamadas asi de unas *lecherias* que pertenecian al Gran Duque) son en Florencia lo que el *Bosque de Boloña* en París, lo que la *Fuente Castellana* en la villa de San Isidro; el paseo de buen tono, el lugar de cita de toda la gente que arrastra coche y de la que tiene buenos pies. *Le Cascine* se hallan al Oeste de Florencia, ente el Arno y el ferro-carril, y forman un vasto laberinto de alamedas, de umbrosos bosques y de praderas amenísimas en que pacen tranquilamente inumerables ganados.

Por todas aquellas calles de árboles discurren millares de ginetes y de coches. Los trenes mas lujosos pertenecen á estranjeros, sobre todo á ingleses y moscovitas. Los ingleses suelen ir en *brakes*, faetones y otros grandes carruajes de campo, sobre los cuales se ven apiñados en filas, ó espalda con espalda, viejos, niños, interesantes jóvenes, criados, nodrizas, tribus enteras. Los florentinos elegantes guian esos diminutos vehículos llamados cestas, en los cuales corren desesperadamente como en una *regata*, ocasionándose apuestas y caidas que divierten mucho á las damas principales.

Esto os recordará como á mí los carros romanos.

Otros montan en esas jaquitas, gráficamente denominadas *ratas*, ágiles y revoltosas como verdaderos diablos, que se hallan á un mismo tiempo en todas partes, puesto que no corren, sino vuelan, y permitidme la exageracion. En cuanto á los jóvenes de la clase media (de los cuales ya hablaremos detenidamente mas adelante), van á *le Cascine* en omnibus por la insignificante cantidad de dos cuartos: allí se apean y pasan la tarde haciendo resonar sus espuelas ó crugiendo su látigo, como si acabasen de dejar detrás de algun árbol el caballo y el *jokey*, y luego, entre dos luces, toman otro omnibus, que los lleva por otros dos cuartos á la *Piazza di Ognissanti*.

Pero la gran particularidad de este paseo es el alto ó parada que hace todo el mundo en un sitio llamado *il Piazzone*, delante del *Instituto Agrario*.

De allí parten ó allí vuelven todos los ginetes y todos los carruajes que recorren en dispersion las varias alamedas de *le Cascine*. Allí hay todas las tardes una especie de tertulia ó de exhibicion de damas y galanes, que debe de ser sumamente grata á unas y otros. Las damas permanecen en sus coches (estrechamente agrupados,) y entablan coloquios de ventanilla á ventanilla, mientras que los galanes, dejando sus caballos á los *jokeys*, discurren de aquí para allí, saludando á las elegantes florentinas, recordando las conversaciones de la tarde anterior ó de la noche pasada, ó citándose para la siguiente en tal baile ó tal teatro.

Entre aquella brillante multitud he visto dos tardes al gran poeta *Niccolini*, al Quintana de Italia, al amigo y condiscípulo de Silvio Pellico y de Manzoni.

El autor de *Giovanni da Procida* y de *Arnaldo da Brescia* es hoy un anciano octogenario, cubierto, como Rossini, de una rizada peluca rubia, y adorado y venerado por toda Florencia.

Las obras de Juan Bautista Niccolini, especialmente sus últimas tragedias, respiran un ardiente patriotismo que ha contribuido no poco á hacer popular en Italia la idea de la unidad.

Suyo es tambien un terrible soneto digno de Dante, que saben de memoria *todos los italianos* y muchos que no lo son, y que yo voy á permitirme estampar á continuacion, no sin advertir, para mayor asombro de mis lectores, que Niccolini *lo improvisó hace dos años*, esto es, á los setenta y seis de edad.

En cuanto al asunto ó título del soneto, no lo sé á punto fijo.

Los versos dicen asi:

Meretrice dei re non sol tu sei,
ma concubina d'ogni vil soldato
che ai nostri danni qui discenda armato,
prodiga di te stessa á tutti i rei.

Gridi á tutti i tiranni: ¡Oh figli miei!
ed il sangue dei popoli versato
dalla mano che armasti, ognor ti é grato;.
lo oro vi lavi é benedici a lei.

Ognun dice di te: Dio prende á scherno,
ed oro é sangue é sangue ed oro agogna
inebriata del furore eterno.

Precipitasti sí nella tua fogna,
che nulla á far ti resta, e nell' Inferno
anche il Borgia di te sentí vergogna!

Amenizan, por fin, aquellas tertulias de *le Cascine*, las célebres *floristas* de Florencia, y perdonad la cacofonía.

Estas floristas son por lo regular hermosísimas jóvenes de los alrededores de la capital (*contadine*), lujosamente vestidas con una saya corta de vivos colores, medias encarnadas, un gabancillo redondo, y el clásico sombrero de paja, de alas amplísimas, en que cifran su mayor lujo.—Hay sombrero de estos que vale 1,000 ó 1,500 reales: son finísimos, y sumamente graciosos: el ala anterior se dobla lánguidamente hácia atrás: la otra ala les cae hasta la cintura.—Asi corren de coche en coche aquellas discretas campesinas, con un elegante cesto lleno de flores colgado de un brazo y un ramillete en la otra mano: asi asaltan á todo el mundo, ligeras como mariposas, repartiendo flores á diestro y siniestro, sin previa consulta y sin pediros nada; y se van; y luego vuelven, y os miran y sonrien, y vuelven á irse si tratais de devolver el ramo; hasta que al fin teneis que darles lo que se os antoja, pues las flores no tienen valor en Florencia, y entonces *la contadina* os dice algunas lisonjeras frases, y se deja requebrar un poco, y se pone lo mas bonita que puede, y acabais por comprender que ella es la mejor flor de su mercado... Pero ya es tarde para hacer semejantes reflexiones; pues la mariposa está lejos de vosotros, libando en otro bolsillo, ó ha emprendido, saltando y brincando, el camino de su aldea.

Al oscurecer regresábamos á Florencia y nos íbamos al magnífico gabinete de lectura de *Viesseux*, donde encontrábamos periódicos españoles: de allí nos marchábamos al hotel, á hacer por la vida, y del hotel nos dirigíamos al *café de Italia* á esperar la hora del teatro.

En el *café de Italia* he contraido una amistad singularísima con uno de los seres mas populares de esta capital.—Tal es el insigne *Borraschino*, llamado comunmente el *Perro de Florencia*. Es este un perro lobero, negro y dorado, que perteneció á un oficial austriaco muerto en Solferino. Su amo se lo dejó aquí cuando partió para la guerra, y el perro sigue esperándole, haciendo la vida que aquel hacia. Florencia, que sabe que el perro es huérfano, se ha guardado muy bien de decírselo; pero lo ha adoptado y lo cuida con particular ternura. *Borrasquino* es aristócrata si los hay: almuerza en el *restaurand* de la *Ville de París*: va á paseo á *le Cascine* en el primer coche que encuentra al paso, con tal que huela á noble: allí se baja y pasea á pie: luego vuelve en otro coche particular, convidado ya á comer por algun príncipe ó duquesa: el dia que no lo convida nadie, se va de fonda. Esto sucede muy pocas veces. Despues de comer, pide permiso para retirarse y se encamina al *café de Italia*. Allí toma un poco azúcar con algun amigo, y anda de mesa en mesa, mezclándose en todas las conversaciones, inquiriendo sin duda noticias de su amo. Los mozos de todo establecimiento se guardan muy bien de importunarle; pues el animal ha demostrado ya mas de una vez, con sendos mordiscos, el desprecio que le inspiran los criados. Desde el café se va al *Casino d' Nobili*, donde pasa la noche en vela, como verdadero elegante, y á la madrugada se duerme sobre algun sofá, en compañía de los jugadores y los calaveras de buen tono.

Borraschino me fue presentado en el *café de Italia*; yo le convidé á helado y barquillos, y desde entonces no ha dejado de saludarme donde quiera que me ha encontrado.

No sé por qué esta broma de toda una poblacion me ha parecido muy seria. ¿Qué significan tantas muestras de amor hácia un perro tudesco? ¿Es una tímida espresion de afecto á la autonomía de Florencia, perdida en la misma guerra en que murió el amo de *Borraschino?*—No quiero creerlo. La pensadora Toscana da muestras todos los dias de hallarse contentísima bajo el cetro de Victor Manuel. Y ¿cómo no? La unidad italiana era hace mucho tiempo el bello ideal de los florentinos, espresado por todos sus artistas, poetas y escritores. Así es que Ricasoli, *luogo-tenente-generale* del ex-Gran Ducado, no encuentra entorpecimiento alguno en la opinion pública al gobernar el nombre del rey de Italia.—El amor á *Borraschino* será, pues, mera poesía.

En el café de Italia he hecho algunas observaciones y averiguado mas de cuatro cosas.—Son las siguientes.

La clase media de Florencia es avara; y si no avara, sumamente económica, y si no económica, demasiado pobre para su educacion y sus necesidades.

Como quiera que sea, hay una infinidad de jóvenes en la poblacion que llevan una vida casi elegante á muy poca costa,—¡por 10 ó 12 reales diarios!

Es de advertir que Florencia es estraordinariamente barata, sobre todo para los florentinos.

Diriase que estos han contratado ayudarse unos á otros á fin de poder hacer á los ojos de los estranjeros un mentido alarde de la antigua grandeza.

Ya os he dicho que van por dos cuartos á *le Cascine* y que vuelven por otros dos. Ahora bien: en el *café de Italia*, que acaso es el mejor de la capital, almuerzan café con leche y pan por tres ó cuatro cuartos; comen por un franco... y aun hay cafés y restaurands en que se come mas barato; van al teatro por dos ó tres reales; fuman casi de balde, y asi resulta ello; y hasta refrescan y se convidan á sí mismos á media copa de tal ó cual licor.

Consecuencia de esta refinada economía, es que cuando pedís algo en un café, el mozo os replica en seguida: *Mire usted que eso cuesta tanto...*

Es observacion que he hecho en todos los cafés de Florencia.

Los pobres piden un *céntimo*... moneda imaginaria en otros paises, pero contante y sonante en la ciudad de los Médicis; y un *soldo* de *propina* arranca un saludo al mas finchado servidor.

La oficiosidad ó *serviciosidad* (palabra recien-nacida) de los florentinos pobres corre parejas con su avaricia. La nimia division del dinero ha traido consigo una nimia division del trabajo. Yo no tenia idea de oficios tan menudos, de servicios tan ténues como los que se prestan en Florencia. Los franceses, con todo su ingenio mercantil, no han llegado ni con mucho á las *prévenances* interesadas de los vagos de esta ciudad. Pondré algunos ejemplos.—Si vais á entrar en una casa, se os adelanta un hombre, que no sabeis de dónde sale, se quita el sombrero, os saluda y sonrie *ticianescamente*, diciéndoos: *Escelencia, no se incomode*... y tira por vos del cordon de la campanilla, despues de lo cual os hace otra reverencia y os alarga la mano... añadiendo, si os quedais asombrado: *Cualquier cosa... ¡un céntimo!*—A mí me ha sorprendido un raro personaje, en el momento que yo iba á sacar el reloj para ver la hora... y me ha dicho: *Escuse: no se incomode: son las siete y dos minutos. Déme cualquier cosa...* Y me mostraba abierto un reloj de oro que marcaba la hora susodicha.—Otro señor muy bien portado me ha detenido á la puerta de un teatro, con el sempiterno *escusa*; ha sacado un pañuelo del bolsillo; me ha limpiado el polvo de las botas y me ha dicho: *Como usted quiera*... esto es; si usted quiere me da algo, y si no, lo deja.

Podria citar cien casos como este.

Florencia es un pueblo parásito, que se nutre de los estranjeros. Yo creo que hay establecida en la Toscana una vasta asociacion cuyo solo objeto es esplotarlos...—Podrá ser casualidad; pero oid lo que á mí me ha sucedido.

Cuando visitamos en Liorna el *Bazar Oriental*, pregunté si habia alguna pequeña piedra dura con el nombre de Dios grabado en árabe (cosa muy comun en Oriente), á fin de montarla en una sortija. Dijéronme que no; pero que podria encontrarse. Yo repliqué que dejaba en aquel instante la ciudad.—Y ¿á dónde se dirige usted? me preguntó el comerciante.—A Florencia, le respondí.—Tal vez allí la encuentre, esclamó un jóven que habia entrado en el

bazar poco despues que nosotros.—Pues bien, á los cuatro dias, hallándome en Florencia, en el gabinete de lectura que he citado, llegóse á mí un caballero y me dijo:

—¿Quiere usted comprar una *incisione* árabe para una sortija?

Imaginaos mi sorpresa.

—Veámosla, le contesté.

La inscripcion no era árabe, sino judía... ¡ *Vade retro!*

No compré, pues, la *incisione*, ni el hombre me quiso declarar que hubiese recibido carta alguna de Liorna anunciándole mi deseo.

En cambio, me hizo esta otra proposicion:

—Su compañero de usted tiene un magnífico gaban blanco...

Lo decia por Caballero.

—Es verdad, respondí.

—Ayer lo llevó al teatro... repuso él. ¿Quiere usted comprar otro que yo tengo exactamente igual al de su amigo?

—No, señor.

—Así irian ustedes iguales...

—No tengo empeño en ello.

—Lo cambio.

—Déjeme usted en paz.

—*Escusa...*

Aquel hombre iba al dia siguiente por *le Cascine* en compañía de un jóven muy elegante, y en un coche particular sobre cuyas portezuelas se veia una corona de marqués.

—¿Quiénes son aquellos dos señores? le pregunté á una florista.

—El uno es el marqués de... tal

—Ese es el dueño del carruaje. ¿Y el otro? ¿El del gaban blanco?

—El conde de... cual.

Histórico.

No sé si sabreis que la mitad de los italianos son príncipes, duques, condes y marqueses. Esto consiste en que todos los hijos de título usan á un mismo tiempo de él; y despues los hijos de estos hijos; y así continúan las dinastías... hasta venir á parar al limpia-botas de la *Loggia de Lanzi* ó al gitano del gabinete de lectura.

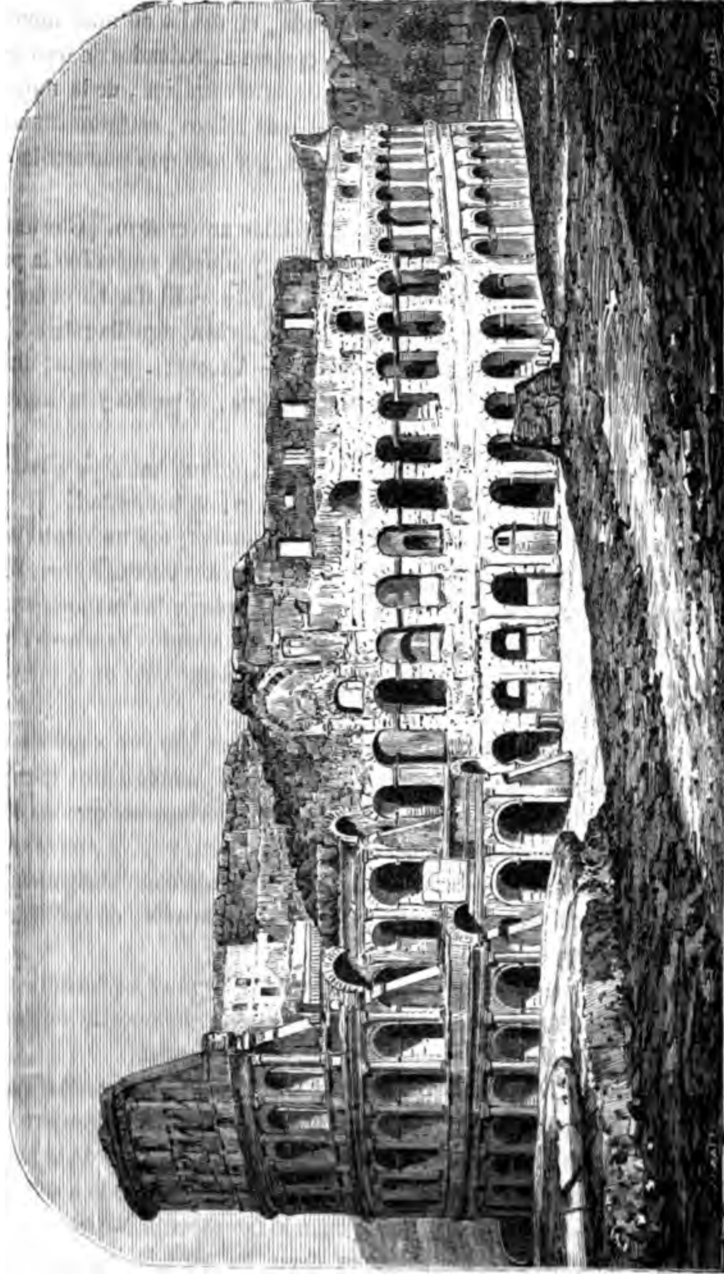
Desde el *café de Italia* nos íbamos por lo regular al *Teatro Niccolini*, llamado así del nombre del gran poeta que ya conocemos.

En el *Teatro Niccolini* actua una compañía francesa, que representa medianamente comedias y *vaudevilles*. El público se compone generalmente de todos los estranjeros residentes en Florencia, los cuales acuden al reclamo de la lengua universal.

La mayor parte de los otros ocho teatros que contiene la ciudad, están todavía cerrados, y entre ellos el de la *Pergola*, que es el santuario de la música.

Finalmente, desde el teatro nos veníamos al hotel, donde, al amor de la lum-

bre, Caballero y yo nos servíamos recíprocamente de tertulia, ora en su cuarto, ora en el mio, con asistencia de Jussuf, que preparaba el té con mas habilidad


El Coliseo.—Roma

que una *lady*. En esas horas distraíamos nuestra soledad de estranjeros recordando la patria y la familia, contándonos las mas pequeñas particularidades de

nuestra niñez y nuestros primeros pasos en la vida; hablando de mujeres y de hombres de Madrid y de otros climas, que maldito si se acordarian en aquel momento de nosotros; pensando por último en que el año pasado, en estos mismos dias, nos hallábamos en Africa, bajo una tienda, en medio de unos montes solitarios, luchando con la intemperie y con la epidemia, rodeados de feroces enemigos, apartados de Europa, de la sociedad, de la civilizacion, de la mujer, del arte, ¡de todo!... y que sin embargo éramos mas felices, estábamos mas contentos entónces, que en la culta Florencia ahora, por mas que esta sea la ciudad de la hermosura y los placeres.

¡Oh! sí: cada uno de estos dias es un inolvidable aniversario. ¡Gloriosas efemérides!—El dia 14 acampé en Sierra-Bullones, y aquella noche fue la primera que pasé bajo la tienda, sin mas amparo que el de Dios.—El dia 15 oí las primeras balas, vi los primeros moros. El 17 la segunda accion; aquella retirada en las tinieblas, aquellos gemidos en nuestras filas...—Anoche... es decir, la noche del 18 de diciembre, el vendaval, el diluvio; el agua, el viento y la sombra envolviéndonos en un tiple sudario.....

En mi cartera de viaje están los apuntes con lápiz que hacia yo á la mañana siguiente, contemplando los estragos de aquella horrible tempestad.

«Ya no era solamente la lluvia,—dicen esos apuntes; era un viento furibundo, era un huracan rabioso el que azotaba á la tremante tierra. El mar unia sus bárbaros rugidos á tan fragoroso concierto; los árboles y las malezas crugian y se tronchaban; rodaban las peñas, abandonando sus asientos seculares, y todo, en fin, cuanto tiene voz en la naturaleza se quejaba enfurecido de la inclemencia de los elementos...»

Así escribia yo... en este mismo instante, hace un año, en aquellos montes desiertos, desabrigado, calado por la lluvia, insomne, hambriento, mirando las ruinas de mi casa de lona...—No, no esperaba yo ciertamente que un año despues, hora por hora, recordaria aquel espectáculo, sano y salvo, en el centro de Italia, en la encantadora Florencia, con los pies y el estómago abrigados, y llena la imaginacion de imágenes sonrientes, de prodigios de arte, de poéticas armonías, de pacíficos ensueños.

En la tertulia de anoche nuestra conversacion giró muy especialmente sobre la proximidad de la *Noche-buena*; lo que quiere decir que nuestra nostalgia subió de punto...—En cambio tomamos una resolucion heróica.

—El año pasado, nos dijimos, celebramos la *Noche-buena* en Africa, tierra infiel y maldita. Este año va á sorprendernos en un suelo estranjero y entre gentes excomulgadas... Ya no tenemos tiempo de correr al seno de la patria y al lado de la familia, ni tampoco debemos abandonar la Italia cuando nos hallamos á un dia de distancia de la augusta Roma; cuando nos esperan Nápoles, el Vesubio y Pompeya.—Lo que debemos hacer es dejar en seguida la pagana ciudad en que nos encontramos, y marchar á Roma, patria de todo el mundo, donde la religion ofrecerá á nuestras almas el inestinguible hogar del catolicismo, en torno del cual hay sitio para todas las gentes, para todos los peregrinos, para todo

el universo. Por la historia, por la lengua y por la fé, somos ciudadanos romanos... *Cives romani sumus*... Celebremos, pues, la Pascua en Roma.

Y diciendo y haciendo, en aquel mismo instante empezamos á disponer nuestra partida, que se verificará esta tarde á las cinco.

Debo advertiros antes de marchar, que el buen tiempo ha concluido. Hoy ha amanecido lloviendo. Principia, pues, el invierno en Florencia.

Esta circunstancia contribuye á añadirle no sé qué triste solemnidad al viaje que vamos á emprender: solemnidad y tristeza que cuadran perfectamente al estado de nuestro ánimo.

Yo no comprenderia una peregrinacion á la ciudad eterna sino con dolor y fatiga... y nuestro viaje promete ser sumamente penoso.—El ferro-carril solo llega á *Siena*; donde dormiremos esta noche y pasaremos mañana el dia, viendo aquella ilustre ciudad y buscando diligencia ó silla de posta que nos lleve á Roma. —Cruzaremos, pues, el *Sub-Apenino toscano* con agua, viento y nieve, á merced de un postillon y cuatro caballos.

Por otra parte, muchos nos dicen que es temerario hacer esta espedicion en un tiempo de tantas revueltas y calamidades, y hasta nos hablan de recientes robos en los bosques que habremos de atravesar...

—«Adelante, y fiemos en nuestra buena estrella...» ha sido nuestra contestacion.

Jussuf, el islamita, no encontrándose asistido de la devocion que á nosotros nos fortalece, ha oido nuestra conversacion acerca de los bandidos con aquella atencion ó aguzamiento de orejas con que escuchan los caballos árabes los pasos de una remota caravana; despues de lo cual nos ha abandonado sin hablar una palabra; ha estado ausente unos diez minutos, y se nos ha aparecido de nuevo con los ojos radiantes de animacion y su infantil sonrisa en los labios.

Caballero no ha reparado en nada de esto; pero yo, que no pierdo nunca de vista al pobre moro, porque todo es en él digno de estudio, le he llamado aparte cariñosamente y le he dicho:

—¿Qué hay de nuevo?

—*Mira*, me ha respondido, entreabiéndose la camisa y enseñándome á medias un larguísimo cuchillo.

—¿Y para qué es eso? le he preguntado.

Jussuf se ha puesto pálido y luego rojo, y su mirada me ha reflejado mil escenas diferentes: el miedo al viaje que íbamos á emprender; la lucha con los bandidos; las puñaladas, la sangre, nuestra victoria... ¡qué sé yo cuántas cosas mas!

Por último ha recobrado su calma, y por toda contestacion á mi pregunta, me ha dicho dulcemente, cerrándose la camisa y señalando hácia el *Puente Viejo*:

—*Medio duro*.

Es la cantidad que acaba de dar por el cuchillo.

Cualquiera hubiera creido al contemplar esta escena, que Otelo estaba de vuelta en Italia.

Caballero echaba entre tanto cuentas con una Guia en la mano, y murmuraba gozosamente:

—¡Pasado mañana en Roma!

VI.

Un matrimonio feliz.—Siena.—La última ciudad del mundo.—La frontera de los Estados del Papa.

Estamos en camino.

El tren ha partido de Florencia á las cuatro y cincuenta y cinco minutos.

A esa hora, era ya de noche.—Sigue lloviendo. Hace un frio espantoso.

Florencia me ha dejado á mí antes que yo á ella. Durante las últimas horas que he permanecido en el llamado *Jardin de Italia*, su hermosura, su alegría, las hojas de sus árboles, los esplendores de su cielo... todo ha desaparecido.—Así es que la abandono sin sentimiento.

Llevamos una hora de viaje.—Del país que vamos recorriendo solo puedo decir que está cubierto de nieve.—Lo demás lo ocultan las tinieblas.

Al llegar á *Empoli*, dejamos el camino de hierro de Pisa (*Strada ferrata Leopolda*), que se dirige á poniente, y tomamos la *Strada ferrata Centrale Toscana*, que va hácia el Mediodía por el valle del *Elsa*, y que unirá con el tiempo á Florencia y Roma.

A las siete de la noche pasamos por *Certaldo*, donde en otro tiempo existió el sepulcro de *Boccacio*.

En el mismo coche que nosotros van un caballero y una señora, jóvenes ambos, que se casaron en Florencia hace trece dias y que se dirigen á Ancona, donde el marido tiene sus estados y su familia.

Y digo *sus estados*, porque el marido es como si dijéramos un *conde reinante*. —Ya tengo en el bolsillo su retrato y su tarjeta; pero sin embargo, no diré su nombre ni el de su bellísima esposa.—Temeria turbar su naciente dicha entregándola á los vientos de la publicidad.

Los condes de M. han visto toda una aventura de viaje en su encuentro con dos españoles y un moro, ó quizás mas bien nos han convertido en espectáculo que contemplar juntos desde su trono de amor, en fecha que recordar mañana, en monumento commemorativo de su luna de miel.

Ello es que, sin desatenderse á sí mismos, nos hacen mil y mil preguntas, con una gracia, una cortesía y una curiosidad tan infantiles (los enamorados se conducen siempre como niños), que nosotros no podemos menos de contestarles afablemente.

Verdad es que ellos han empezado por decirnos su nombre, el objeto de su viaje, la historia de sus amores, las condiciones de su carácter, sus ideas acerca de la felicidad, sus teorías sobre el matrimonio, lo que debe ser la mujer, lo que

es el hombre... etc., etc.; todo esto hablando los dos á un tiempo, simulando riñas, reconciliándose con una mirada ó una pisadita, poniéndose muy colorados al entrar en ciertas materias, y diciéndose, en fin, en nuestras barbas, por remate de funcion y con una sublime llaneza, que se quieren mucho, que van á quererse siempre, y que ninguno de ellos se casará jamás en segundas nupcias.

¡Tienen veinte años!... (Ella no los tendrá todavía.)—¡Se han casado hace dos semanas! ¡Van viajando solos!—El la lleva á la casa paterna á que la conozcan su madre, sus hermanos y sus servidores.—Ella va soñando con un jardin que tiene el conde á las orillas del Adriático, con un pabellon que les han amueblado en ese jardin; con los paseos que darán por el mar al resplandor de la luna de enero; con las flores que abrirán en marzo; con las frutas que madurarán en junio; con el hijo que podrá tener en setiembre...

Esto último es una sospecha gratuita que á mí me ocurre.

En cuanto á sus preguntas, ya podreis imaginároslas. Que si somos casados... (esta ha sido la primera);—que si es bonita España... (es decir, que si será muy agradable *amarse* en España);—que si son bellas las españolas... (esto es, si *se ama* mucho en nuestro pais);—que si hay bandidos en España... (mas claro: si dos jóvenes *enamorados* como ellos correrian allí algun peligro); —que á dónde nos dirigimos... (traduccion: que cuándo *los* dejaremos solos); —que si iremos alguna vez á Ancona... (sentido oculto: sean ustedes testigos de que hemos jurado *amarnos* eternamente);—que si nos gustan las italianas... (esto lo preguntó el conde; significado: si habia hecho bien en *amar* á su mujer); —y otras cosas por el estilo, y muchas muy diferentes, pero todas misteriosamente relacionadas con su dicha.

¡Oh amor, egoista amor! ¿Qué es para tí el universo?

De las preguntas que le hacen á Jussuf y de las contestaciones de este, no digo nada.

Seria cuento de nunca acabar.

Son las ocho y cuarto: acabamos de atravesar un largo túnel abierto en una alta montaña.

Nos acercamos á Siena.

Siena, como otras muchas ciudades que no conozco, reviste en mi imaginacion una forma poética, cuya lenta composicion me seria muy difícil esplicar. Para mí, Siena (*Sena* en español; y de aquí el que digamos *Santa Catalina de Sena* para nombrar á la seráfica escritora hija de esta ciudad), Siena, digo, es para mí una triste y viejísima capital de perfiles góticos (cosa rara en Italia), monumento vivo de la Edad Media, y esqueleto, por decirlo asi, de la gran república gibelina que venció á Florencia en aquella descomunal batalla de *Campo Aperto*

che fece l' Arbia colorata in rosso...

segun la espresion de Dante.

Mi imaginacion ve tambien en Siena la patria de la infortunada *Pia di Tolo-*

mei, de aquella hermosa terciaria á quien encontró el mismo Dante en el *Purgatorio*, y de cuyos labios oyó estas melancólicas palabras:

¡Deh! quando tu sarai tornato al mondo,
é riposato de la lunga via,
seguitò 'l terzo spirito al secondo,

ricorditi di me, che son la *Pia*:
Siena mi fe': disfecemi Maremma:
salsi colui, che 'nnanellata pria,

disposando m'avea con la sua gemma.

«Acuérdate de mí, que soy la Pia. Siena me dió el ser: quitómelo la *Marisma*.»

Las *Marismas*, (*le Maremme*) son unas lagunas, de que habré de hablar mas adelante, que producen la *malaria*, azote del pais en que vamos á penetrar.

Siena me recuerda tambien (siempre con auxilio de Dante) á aquel terrible aristócrata, *Farinata degli Uberti*, que le preguntó al poeta en el *Infierno*:

..... ¿Chi fur gli maggior tui?

(¿Quiénes fueron tus mayores?)

Farinata era el jefe del partido gibelino de Florencia y se refugió en Siena con todos sus secuaces, perseguidos por el partido güelfo.—Dante, gibelino como él, y desterrado tambien de Florencia, lo retrata con este magnífico rasgo:

Ed ei s'ergea col petto, e con la fronte,
come avesse lo inferno in gran dispitto.

Este condenado que se muestra tan erguido y como despreciando el infierno en que se halla, es indudablemente una de las mas bellas figuras imaginadas por el autor de la *Divina Commedia*.

Siena, en fin, se me aparece precedida de la fama de ser la ciudad en que se habla el italiano con mayor pureza, en que las mujeres son mas hermosas, en que tuvieron su trono las artes hace quinientos años, en que entraron los españoles despues de un largo asedio en tiempo de Cárlos V, y en que ondeó el estandarte de España hasta 1557, que Felipe II la cedió á Cosme I de Médicis.

Por lo demás, yo veo tambien en Siena el fin de los caminos de hierro, que tanto han simplificado hasta ahora mi viaje; la última de las ciudades vivas, por muy muerta que se encuentre; el término de la moda francesa; el límite de los tiempos modernos y de la Edad Media; la entrada á la antigüedad clásica; el principio de la region sembrada de ruinas.—Despues de Siena, solo encontraré las osamentas blancas de las ciudades etruscas, ó mas bien el lugar en que se levantaron... y mas allá, la desierta campiña de Roma... y luego Roma, el panteon de todas las edades!

Siena, pues, es la última ciudad del mundo, el estremo de Europa. En adelante hallaré el paganismo romano ó el paganismo griego, reflejos de Grecia ó del Oriente, el teatro de la mitología...—Aquí concluye tambien el imperio de la ley; aquí terminan la libertad y la civilizacion; aquí cesan las garantías del derecho.—Mañana quedaremos á merced de los bandidos cuando recorramos los campos, y á merced de una autoridad discrecional cuando penetremos en las ciudades. Despues de Roma teocrática, vendrá Nápoles, presa de la anarquía, ensangrentada, carcomida por la inmoralidad.

Pero hénos en Siena, ó por mejor decir, en la estacion del camimo de hierro, situada á bastante distancia de las puertas de la ciudad.

Sigue lloviendo. Casi todos los viajeros que salieron con nosotros de Florencia se han quedado en las estaciones del camino.

Los condes de M..., Caballero, Jussuf y yo, con mas algunos campesinos que han venido en coche de tercera clase, somos los únicos que hemos llegado á Siena.

Los campesinos se han ido á pie, á pesar del frio y de la lluvia,—que empieza á convertirse en nieve.

Los recien casados han ocupado, á instancias nuestras, un cabriolé de dos asientos, único medio de traslacion que se ha dignado esta noche venir á esperar el tren.

¿Para qué mas? La verdad es que si nosotros no hubiéramos formado parte del convoy, cualquier otro carruaje que hubiese acudido á la estacion se habria vuelto de vacío.—Siena, lo digo de nuevo, es el fin del mundo.

Los condes de M... han quedado en enviarnos el coche asi que los deje en el hotel del *Aquila Nera*, en el cual nos alojaremos tambien nosotros, vista la amabilidad, ó por mejor decir, la longanimidad con que nos han invitado los nuevos cónyuges á acompañarles á tomar el té.

En tanto, pues, que vuelve el carruaje, entreténgome en contemplar á la luz de un mugriento farolillo que alumbra la puerta de la estacion, media docena de mozos que pugnan con Jussuf por apoderarse de nuestro equipaje y llevarlo á hombro á la ciudad.

Los tales mozos tienen la figura mas patibularia que haya figurado en melodrama alguno.—¡Qué famélicas mejillas! ¡qué lúgubres ojos! ¡qué barbas y qué cabellos, negros como el delito! ¡qué luengos levitones!

Indudablemente, estos hombres han sido ó van á ser bandoleros.

No estará demás advertirle á Jussuf que no ha llegado todavía el momento de hacer uso de su cuchillo...

Pero hé allí el carruaje que desciende en nuestra busca...

Cinco minutos despues entramos en Siena, por la *Puerta de San Lorenzo*.

La ciudad está edificada sobre altas colinas, y por consiguiente, casi todas sus calles son ásperas cuestas...

¡Qué silencio! ¡qué soledad á las nueve de la noche en la que fue hace si-

glos capital de un floreciente estado!—Las tiendas se hallan cerradas, las calles desiertas.

Al pálido fulgor del alumbrado público, vemos algunas enormes casas con portadas góticas, y á la luz de moribundos faroles, distinguimos ora una Madona bizantina, ora un Cristo pisano, enclavados en las encrucijadas de angostas calles...

Nos creeríamos en Toledo.

Llegamos por fin al hotel.

Los condes de M. nos aguardan en un abrigado gabinete, al lado de una antigua chimenea, delante de la cual hay una mesita en que está preparado el té.

La jóven y enamorada condesa ha tenido tiempo de cambiar de traje.—¡Cuán hermosa, cuán elegante, cuán fina y obsequiosa se nos presenta!

Al verla de pie, cerca de la mesita, poniendo azúcar en las tazas despues de consultar el gusto de cada uno, créola una antigua amiga; paréceme que estoy en Siena hace mucho tiempo y que asisto á una tertulia que ya me es familiar, y no comprendo, en fin, los hechos tales cuales son: esto es; que hace cuatro horas no conocíamos á los condes de M. ni podíamos adivinar su existencia; que esta tarde estábamos en otra ciudad; que nuestros nuevos amigos partirán mañana por distinto camino que nosotros y se perderán en el piélago de la vida, donde ya nunca volveremos á encontrarlos; que nosotros esperábamos pasar esta noche en Siena sumamente aburridos y sin mas sociedad que algun estúpido camarero, y que mañana á estas horas nos hallaremos otra vez solos, muy lejos de Siena, rodando en una silla de posta por unos montes desconocidos cubiertos de hielo y nieve.

¡Oh imprevistos placeres del peregrino, fugaces alegrías del estranjero, hogares fugitivos que le acogeis una noche, súbitas amistades que os perdeis en el olvido!... ¿Qué sois mas que una abreviatura de la vida humana?

El conde de M. conoce á Siena, por haber estado ya aquí varias veces. El nos ha dicho que un gran edificio que se levanta en frente de este hotel, y cuyo negro muro casi se puede tocar con la mano desde los balcones del gabinete en que nos hallamos, (tan estrecha es la calle que los separa), es el *Palacio Tolomei*, en donde pasó su primera juventud la desgraciada *Pia*, cuya lamentable historia recordaba yo en el ferro-carril.

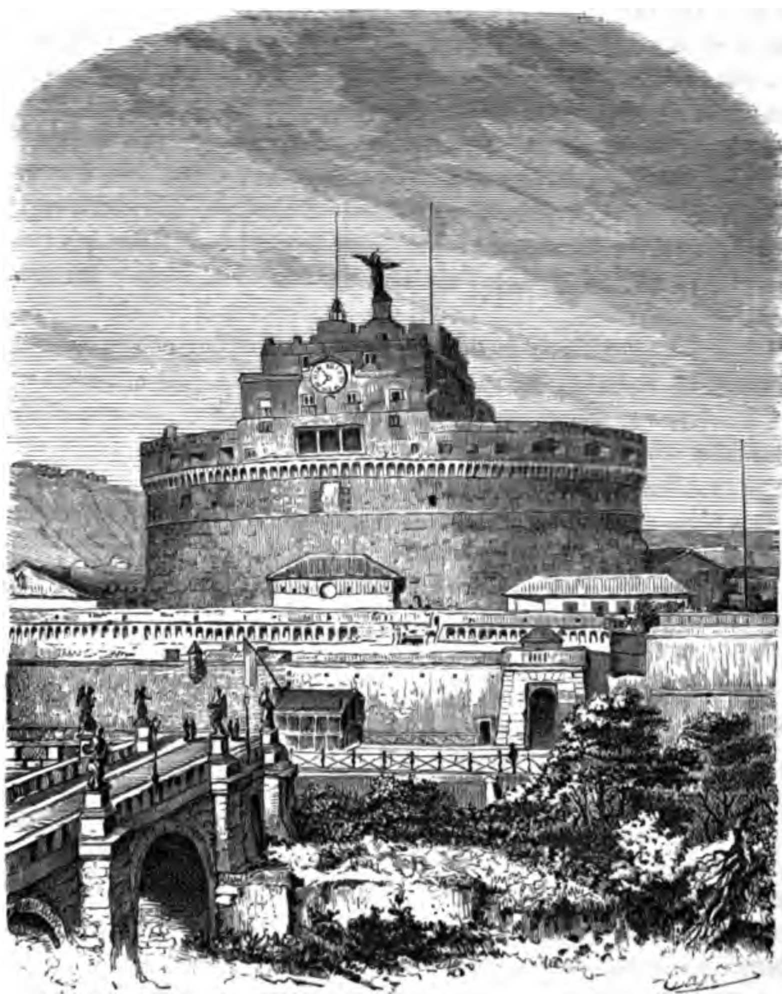
Aquí la conoció pura y hermosa el implacable *Nello della Pietra*: aquí se casó con ella: de aquí se la llevó á su castillo,—como el conde de M. se lleva á su mujer á Ancona. Una vez en el castillo, delinquió ó no delinquió la castellana; é inocente ó culpable, que esto no lo se yo á punto fijo, fué condenada por el celoso y cruel caballero á vivir en una solitaria mansion que se levantaba en medio de las *Marismas*... donde la fiebre y la tristeza la consumieron lentamente.

¡Si vierais que cara ha puesto la condesa de M. en tanto que recordábamos la historia de *Pia di Tolomei!*

—¡Dios mio! habrá esclamado en su interior la pobre jóven. ¿Seria yo capaz de faltar á mi *Francesco*?... (Se me escapó el nombre.)—¡Dios mio! ¿Seria

capaz mi *Francesco* de hacerme morir de tercianas en esa tierra desconocida á donde me lleva?

El conde *Francesco* ha adivinado estos pensamientos de su esposa, y la ha mirado angelicalmente...



Castillo de San Angelo en Roma.

Pero son las once, y nuestro huésped ha acabado ya de fumarse un magnífico *sigaro spagnuolo* con que le hemos *hecho fehiz*, segun asegura.

Demos las buenas noches de una vez para siempre á estos bienaventurados; despidámonos de ellos *hasta nunca*, y tomemos el camino de nuestro cuarto.

. . . .

Veinte y cuatro horas despues.

Siena ha realizado completamente mis ilusiones.—Esta ciudad es una escepcion en la Toscana. Ni sus palacios, ni sus iglesias, ni sus calles, ni sus plazas ostentan aquel aire risueño y pagano, medio oriental y medio del Renacimiento, que advertí en Pisa, Luca y Florencia. Siena es mas cristiana (quizás no tan católica), mas sombría, mas ascética, mas ideal.

En Siena, como en Pisa, la agonía que principió con la caida de la república, no ha entrado todavía en el período de reaccion que hoy hace resucitar en Europa á otras muchas ciudades arruinadas.—Siena sigue muriendo, postrada, silenciosa, olvidada del resto del mundo.—De doscientas mil almas que encerraba en el siglo XV, ha quedado reducida su poblacion á veinte y dos mil doscientas.

La originalísima *Plaza del Campo*, antiguo foro de la república, se halla rodeada todavía, como la plaza de Segovia, de las mismas casas que la adornaban en la Edad-Media. Allí se ve el soberbio *Palazzo Pubblico*, en otro tiempo de la *Signoría*, obra del siglo XIII, con su altísima y gallarda torre, con su elegante *Loggia*, con sus ventanas ojivales, con su almenado castillo.

Esta plaza se diferencia de todas las del mundo, en que no presenta una superficie plana, sino que está conformada como una inmensa concha.

En torno de ella gira una inclinada acera de estensas baldosas.

Mas adentro está la célebre *Fuente Gaja*, llamada así de la alegría que produjo á los sieneses el ver que se habia conseguido subir el agua á su plaza favorita.

Esta alegría se encontrará muy justificada si se tiene presente que la ciudad de Siena aventaja en altura sobre el nivel del mar á todos los montes circunvecinos, y que por lo tanto fue sumamente difícil y costoso surtir de agua constante la susodicha fuente.

Por último, en esta plaza hay todos los años el dia 15 de agosto unas famosas carreras de caballos ¡sobre las baldosas inclinadas de que hemos hecho mencion!... cuya fiesta no es tanto *á quien corre mas*, como *á quien se mata menos*; pues creo inútil decir que no hay año en que no se tiña de sangre humana el improvisado hipódromo.

A todo esto se me habia olvidado haceros reparar en que nos está nevando encima desde esta mañana.—Y lo peor es que al pícaro viento se le ha ocurrido hoy juguetear con los copos de nieve y arrojárnoslos á la cara, lo cual, como podreis comprender, no tiene nada de agradable.

En cuanto á los condes de M., salieron esta mañana para la insigne ciudad de Perugia.—La bendicion de Dios les acompañe, como les acompaña mi envidia.

Mas no vayais á creer que lo que envidio es precisamente la felicidad que ellos disfrutan: no; lo que yo deseo es otra felicidad semejante, de nadie cono-

cida, para mí destinada, galardon esclusivo de mis penas.—¿Por qué ha de ser esto imposible?

Pero volvamos á Siena.

Además de la *Plaza del Campo*, hay en Siena un paraje en que se siente toda la grandeza pasada de la rival de Florencia.

Tal es la puerta del *Bautisterio*, donde, dicho sea entre paréntesis, escribo estas palabras á pesar de la ventisca.

Desde aquí se descubre la escalinata que sube á la plaza de la catedral, se ve un grandioso rompimiento de arcos, y se alcanza la severa perspectiva de palacios imponentes y terribles fortalezas...

Si alguna vez visitais á Siena, no dejeis de hacer alto en este lugar.

Aquí os acudirán nobles pensamientos: aquí sentireis los dolores de la despedazada Italia: aquí,—mejor que desde lo alto de los Alpes,—podreis tender los ojos del alma sobre el presunto reino itálico, y recordar las regiones que acabais de recorrer,—el Piamonte, la Lombardía, el Veneto, las Legaciones, Parma, Módena y la Toscana: aquí podreis darles un adios, y disponeros á cruzar los montes que os separan de la campiña de Roma, de la otra mitad de Italia, del antiguo mundo, como ya la hemos llamado.

Decididamente, mi imaginacion no puede estarse quieta en Siena: hace un momento se habia ido de Perugia á España, pasando por la alta Italia, y ahora la sorprendo camino de Viterbo...

Me lo esplico perfectamente. Es el vértigo de la espectativa: es la proximidad, es la atraccion de la Ciudad eterna. Mis ideas zozobran hoy como los barcos que se acercan al *Maelstrom*. Hoy no vivo: *hoy* no es para mí mas que la víspera de *mañana*... Y ese mañana... es Roma!

A pesar de tan honda preocupacion, visito la catedral, que es todo lo gótica que puede serlo una catedral de Italia, y mucho mas de lo que yo me prometia. —El interior sobre todo, respira no sé qué poesía simbólica, litúrgica, propia de las iglesias del Norte.

Pero el gran prodigio del *Duomo* son sus célebres pavimentos, cubiertos de magistrales dibujos debidos á un procedimiento muy raro que se llama *graffito*, —que no es el mosáico, aunque hace un efecto semejante.—Para contemplar tales maravillas, hemos hecho levantar por muchas partes el entarimado que cubre toda la iglesia.—Entre los portentos de arte que han aparecido á nuestros ojos, merecen particular mencion una *Eva* de peregrina hermosura y un *Moisés sobre el Sinaí*.

En esta catedral hay un magnífico *púlpito* esculpido por Nicolás de Pisa, tan admirable, cuando menos, como los otros dos del mismo autor que hemos admirado antes de ahora.

Tambien son de notar los frescos que adornan la *Librería*, debidos á Bernardino Betti, llamado *il Pinturricchio*, tan soberanamente hermosos, que algunos críticos se los han atribuido á Rafael.

Otras muchas obras de arte pudiera citar entre las que decoran el *Duomo*, y

entre las innumerables que he visto hoy en varios templos; pero recuerdo mi promesa de ser muy sóbrio en enumeraciones de obras artísticas, y paso á otra cosa, no sin recomendar á los viajeros, que visiten detenidamente todas las iglesias de Siena, asi como el *Istituto delle Belle-Arti.*

De camino verán en la iglesia de *Fonte Giusta*, entre los *ex-voto* que adornan un altar, un machete indio, un escudo de armas y un enorme bigote de ballena, regalados por Cristóbal Colon cuando regresó por primera vez del Nuevo-Mundo.

Por último, en Siena deben ser visitadas la famosa *Universidad*, que data de 1203, y la *Biblioteca pública*, donde se enseñan algunas *cartas dictadas* por Santa Catalina; pues es un hecho probado que la insigne autora del *Diálogo con el Padre Eterno* no sabia escribir.

Pero se hace de noche.

La nieve ha fatigado al viento y cae sosegadamente sobre la tierra.

Nuestros preparativos de viaje terminan ahora mismo. La silla de posta está dispuesta en el correo, esperando á que demos la órden de enganchar á la hora en que se nos antoje, por desusada que sea.—Asi lo hemos convenido con el maestro de postas, no sin procurar hacerle creer que partiremos mañana muy temprano.

Lo que menos puede figurarse nadie es que nosotros, despues de haber pasado el dia vagando por Siena, pensemos en emprender nuestra marcha con una noche tan espantosa...—Y sin embargo, este es nuestro plan.

Para llevarlo á cabo con la menor molestia posible, nos hemos comprado largos gabanes y altas botas de pieles; hemos dispuesto un aparato para tener luz dentro del coche, y hemos llenado de provisiones de boca una mas que mediana cesta de mimbres.—De esta manera, á eso de las once, cuando menos pueda imaginárselo la policía de los bandidos (pues los bandidos tienen en Siena su policía, que les avisa con antelacion á qué hora salen viajeros para Roma, y á qué hora podrán pasar por los bosques de Bolsena); á eso de las once, digo, cuando todo el mundo dormirá en la ciudad y los caminos estarán custodiados por la nieve, nosotros mismos iremos al correo, despertaremos al postillon, le mandaremos enganchar, y el ruido del carruaje será la primera noticia que tendrán los sieneses de mal vivir de que han volado los pájaros que creian tan seguros en el hotel del *Aquila Nera.*

Y no vayais á creer, vosotros los que me leeis, que al tomar estas precauciones calumniamos á los italianos, pareciéndonos á los ingleses y franceses que, cuando viajan por España, ven un bandido en cada pobre hombre ó en cada palo de telégrafo...—En nuestro miedo no hay poesía ni exageracion alguna. El dueño del hotel y el administrador de correos nos han aconsejado la mayor prudencia y nos han referido mas de veinte robos que han tenido lugar este mes desde Siena hasta Viterbo...—Pero ¿qué mas? esta misma tarde, cuando estábamos ajustando la silla de posta, hemos encontrado á un correo de gabinete, español por mas señas, que acababa de llegar de Roma en aquel instante, y que ya ha se-

guido su marcha hácia Paris, el cual nos ha dicho que ha hecho este viaje por tierra contra todo el torrente de su gusto, á causa de estar agitadísimo el mar Tirreno; que ayer ha encontrado una diligencia robada cerca de *Montefiascone*; que en la espedicion anterior le robaron á él en *Acquapendente*; que ni en los caminos ni en la frontera romana se encuentra un solo gendarme, y en fin, que procuremos viajar á horas desusadas y sin prévio aviso á los maestros de postas...

(Permitidme consignar aquí, para que no se me olvide, que puede escribirse una interesantísima novela titulada el *Correo de Gabinete*.)

Con que ya veis que los bandidos, y si no los *bandidos* (pues ya no los hay *poéticos* en la Italia central) al menos los *prosáicos ladrones* que tememos, tienen una existencia real y corpórea... y que nuestras precauciones no son nada quijotescas.



Hechas estas salvedades, partamos.

¿Y las hermosas sienesas? me preguntareis.

Es verdad: se me habia olvidado deciros que, con motivo de la nieve, me voy de Siena sin haber visto una sola mujer digna de estudio en ventana, balcon, calle ni iglesia.

En cuanto á las domésticas arrecidas y rebujadas que han andado hoy por la calle, tenian la nariz demasiado purpurada por el frio para que yo reparase en ellas.

¿Quién se para á mirar á una mujer que lleva la basquiña sobre la cabeza, cubierta toda de nieve, con los pies llenos de lodo y las manos hinchadas de sabañones?

. . . .

Estamos en camino.

La silla de posta rueda toda la noche sobre un blando tapiz de nieve, por un pais montuoso.

De hora en hora paramos en alguna aldea.

El postillon aparece entonces á la portezuela del carruaje, con su sombrero galoneado, su trágica barba, su casaquilla medio militar y su corneta de cobre, y nos pide la *buona-mano* (las agugetas, la propina).

Entre tanto, otro nuevo postillon sale de la casa de postas, asombrado de que se viaje á una hora y con un tiempo semejantes, y nos propone que pasemos allí la noche.

Nosotros insistimos en marchar en seguida, y apelamos al Reglamento de reales postas.

El postillon nos da *escelencia* (Dios se lo pague); nos suplica que no nos incomodemos; engancha nuevos caballos, y partimos.

Cinco minutos despues de mudar cada tiro, notamos que andamos poco y hasta que el coche se para á veces.

—¿Qué es eso, postillon? preguntamos.

—*Non si puó andare con questa neve...*

—No hagas caso de la nieve, y te daremos *tre paoli* mas de *buona-mano*.

—*Grazie tante*, *escellenza*, contesta el postillon.

Y los caballos arrancan al galope, como si hubieran comprendido el diálogo.

De esta manera hemos pasado por *Monterone*, *Buonconvento* y *Torrenieri*.

Al cruzar por delante del ruinoso castillo de *Buonconvento*, he recordado que en él murió Enrique VII, emperador de Alemania, envenenado con una Hostia por un fraile güelfo, y la terrible carta que Dante escribió cuando lo supo. —Dicha carta ocasionó, como todo el mundo sabe, el destierro del poeta.

En *Poderina*, donde se muda tiro, nos despierta el postillon y reparamos en que principia á amanecer.

Ya no nieva. El pais que se descubre á nuestros ojos es sumamente árido. Por todas partes se advierten huellas de antiguos volcanes y de horribles terremotos. Rocas feísimas erizan los accidentes del terreno. Ni una habitacion, ni señales de cultivo por ningun lado. Entramos en la region asolada por la *malaria* ó *aria cattiva*.

La *malaria* es una enfermedad endémica de varios puntos del Oeste de Italia, procedente de los muchos pantanos y lagunas que se encuentran á cada paso. Esta enfermedad consiste en una fiebre intermitente y muy maligna, que ha acabado por despoblar estensísimas comarcas. La *malaria* reina desde la primavera hasta mediados de otoño. Las pobres gentes á quienes la dura necesidad obliga á desafiar el tremendo azote y que viven en pueblecillos situados sobre el camino que seguimos, parecen almas en pena, ó mas bien cadáveres ambulantes. ¡Qué lúgubres miradas las de aquellos hundidos ojos negros! ¡Qué palidez sepulcral! ¡Qué horrible demacracion!

Dentro de pocas horas empezaremos á ver á lo lejos algunas ruinas, ó el mapa nos indicará los sitios y los anticuados nombres de muchas famosas ciudades que ya no existen... La *malaria* acabó con sus habitantes, y la soledad y el tiempo se han encargado de talar sus campos.

La estacion en que nos hallamos es la única saludable en este pais, y sin embargo, apenas encontramos algunos arrieros que parecen españoles, envueltos en sus capas y caminando lentamente detrás de perezosos asnos.

La gente de los citados pueblecillos usa unas capas coloradas y unos altos sombreros puntiagudos, que unidos á sus crecidas barbas, les dan un aire muy marcado de personajes de melodrama. La miseria, la barbarie y el aislamiento añaden sus tétricos perfiles á estas melancólicas figuras y á sus pobrísimas viviendas.

Dentro de los mismos pantanos que producen la peste, vemos entre los juncos algunos hombres desarrapados y de espantosa fisonomía, montados en grandes caballos, no menos fatídicos que ellos. Estos hombres van armados de una larguísima garrocha, con la cual tantean el terreno y gobiernan y dirigen numerosas piaras de búfalos que se revuelcan en las aguas corrompidas.

El contorno que dibujan sobre el cielo estos solitarios ginetes, llega á tomar proporciones tan fantásticas, que se dejan atrás todo lo inventado por los poetas de Alemania en punto á caballeros infernales.

Contra lo que nosotros esperábamos y contra lo que nos prometieron en la administracion de postas de Siena, resulta, segun los cálculos de los postillones, que no podremos llegar hoy á Roma antes de que oscurezca, sino despues de la media noche. Esto no nos conviene de ningun modo; por lo cual hemos resuelto contentarnos con ir á dormir á Vitervo, ciudad importante, que solo dista ocho horas de las murallas de Roma.

Con todo, hemos andado tan poco hasta ahora, á causa del mal estado de los caminos, que tendremos que correr hoy muchísimo á fin de pasar de dia por los bosques de Bolsena, infestados siempre de ladrones, segun dejamos apuntado.

Afortunadamente, el carruaje no puede ser mas cómodo ni las provisiones del cesto de mimbres mas socorridas contra el aburrimiento. El vino es el antídoto natural del frio y de la tristeza, y Caballero y yo no hemos agotado todavía el tesoro de nuestros recuerdos. Bebemos, pues, y hablamos para entretener el ócio, en tanto que Jussuf esplora el camino con sus ojos de leon, buscando los anunciados salteadores;—y de esta manera, creedme, no lo pasamos del todo mal.

Poco despues del mediodia dejamos atrás á *Radicofani*, última aldea de la Toscana, y á eso de la una llegamos á *Ponte-Centeno*.—Entre uno y otro pueblo se encontraba antes la frontera de los Estados Pontificios; pero, desde hace algunos meses, se halla un poco mas abajo.

A las tres nos encontramos en la villa de *Acquapendente*, llamada así de las muchas cascadas que hay en sus cercanías.

El terreno ofrece cada vez mas caracteres volcánicos.

A las cuatro llegamos á *San Lorenzo Nuovo*, aldea construida por Pio VI para albergar á los habitantes de *San Lorenzo Vecchio* ó *Rovinato* (arruinado), á quienes la *malaria* habia obligado á abandonar sus hogares.

Desde aquí descubrimos á nuestros pies el pintoresco *Lago de Bolsena*, redondo, de unas tres leguas de diámetro, cercado de rocas volcánicas y de una frondosísima comarca cubierta de colosales encinas. En medio del lago se ven dos pequeñas islas, tapizadas tambien de una rica vegetacion. Finalmente, en la márgen oriental se asienta una pobre aldea, que da su nombre ó se lo debe al lago.

Esta region, á pesar de su riente aspecto y de su feracidad, se halla tambien deshabitada. La pobre aldea de *Bolsena* es el resto de la antigua, floreciente ciudad de *Vulsinii*, una de las mas renombradas entre las etruscas, y los 1,500 infortunados que hoy la habitan tienen que abandonarla todos los años durante los ocho meses que reina el *aria cattiva*. El Lago no es otra cosa que el lugar que ocupó no se sabe cuándo el anchísimo cráter de un volcan, y la evaporacion de sus aguas envenena el ambiente que se respira en este mentido oasis.

A la parte occidental del Lago se estiende un pais, que nosotros descubrimos vagamente, sembrado todo de cadáveres insepultos de poderosas ciudades. Allí existieron *Saturnia*, *Sovana*, *Toscanella*, *Vulci*... y otras muchas mas,

de las cuales solo quedan algunos cimientos ciclopeos de templos y viviendas, trozos de colosales columnas de basalto, y la formidable raiz de estensísimas murallas que debieron de competir con las de la antigua Babilonia.

Cerca ya del oscurecer, nos encontramos á las orillas del Bolsena, mudando tiro en la aldea del mismo nombre.

Nueva consulta. ¿Seguiremos adelante?

A las puertas mismas de la aldea principia un temido bosque de encinas, *aclarado á derecha é izquierda, á causa de los bandidos que se ocultaban en él para atacar á los viajeros...*

—Hace tres dias, añade el maestro de postas, han robado á un comandante francés media hora antes de llegar á Bolsena, cuando ya se creia libre del maldito bosque.

¡Comandante! ¡y francés! ¡y robado á pesar de todo!—Esto merece pensarse.

Una idea mia nos saca al fin de la perplegidad.

—Diga usted, le pregunto al maestro de postas: y esos bandidos ¿matan á los viajeros, ó los roban solamente?

—¡Oh!... no hacen mas que robarlos. En ese punto, descuide usted.

—Entonces, partamos, le digo á Caballero: Tengo una idea.

Media hora despues entramos en el famoso bosque, á la luz del farol del carruaje.

Algunas veces nos alumbra tambien la luna, abriéndose paso al través de las nubes y de las ramas.

—Jussuf, dame el cuchillo, le digo entonces al moro.

—¿Para qué? me pregunta Caballero, creyendo que *mi idea* no es sino una repeticion de la que se le ocurrió á Jussuf en el hotel del Arno.

Yo no contesto: tomo el puñal que me alarga Jussuf; rasgo con él una especie de bolsillo dentro de un pliegue del recio damasco que reviste toda la silla; meto allí la mano; aparto las estopas que forman el relleno; pido á Caballero el reloj, la cartera y el dinero, menos una insignificante cantidad; reúnolo todo con mi reloj, mi dinero y mis cartas de crédito, quedándome tambien con algunos escudos en el bolsillo; escondo nuestro tesoro bajo las estopas; nivelo el sitio; vuelvo á plegar el damasco; me convenzo de que es imposible dar con el escondite; abro la portezuela del coche... y arrojo el puñal en medio del camino.

Caballero, que ha ido aprobando todas mis operaciones, comprende la filosofía de este último rasgo, y me aplaude.

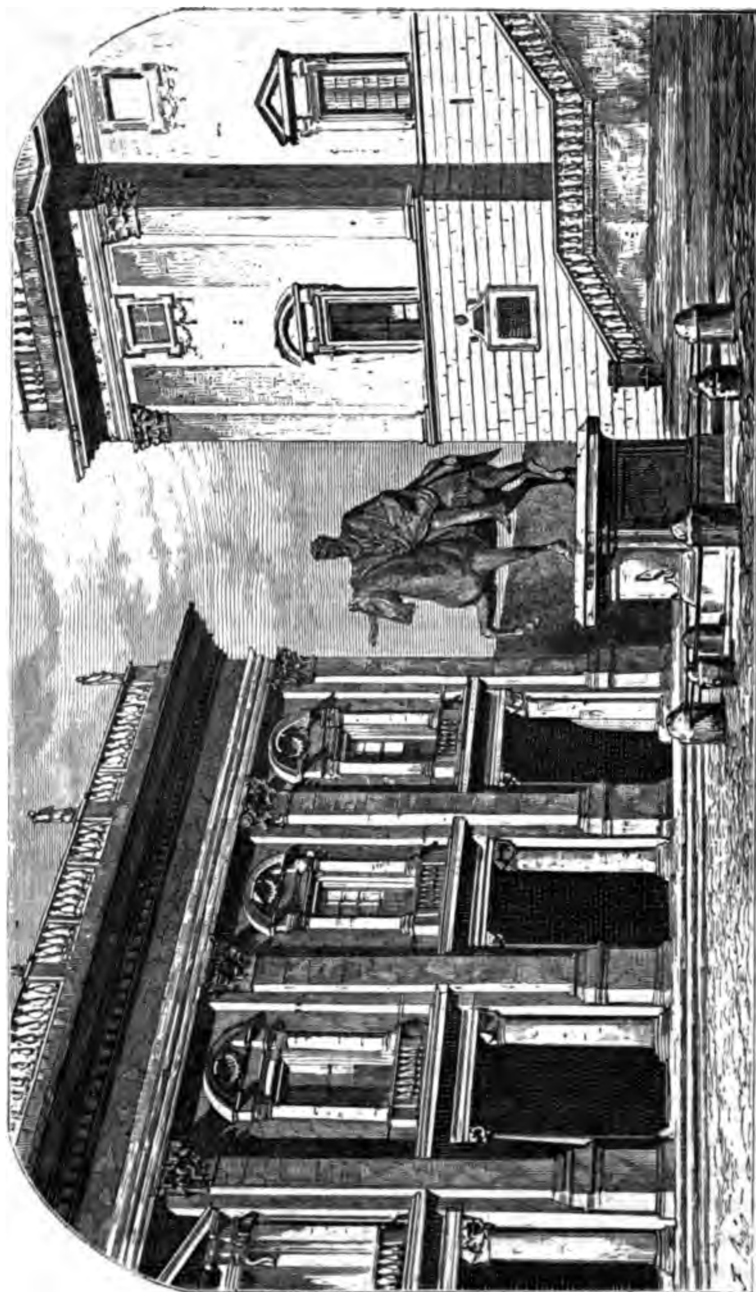
Jussuf me mira estupefacto.

Yo le digo:

—El único peligro que ahora podíamos correr, era tu puñal. Si nos salen ladrones, nos dejaremos robar nuestro modesto equipaje de viajeros y los duros que llevamos en el bolsillo...—Mañana nos equiparemos en Roma.

Desgraciadamente para el cuchillo de Jussuf y para el damasco de la silla de posta, todas estas precauciones han sido inútiles: dos horas despues estamos

fuera del bosque, en país despejado y corriendo alegremente hácia *Montefiasco-*



El Capitolio.—Roma.

ne.—Allí compraremos algunos frascos del famoso mosto del mismo apellido, á fin de celebrar esta noche en Viterbo (en donde pensamos cenar mucho y dor-

[illegible]

[illegible]

[illegible] — Es [illegible].

[illegible]

[illegible] y por consiguiente [illegible]. Las [illegible] muy pendientes y están [illegible] plazas públicas [illegible]...

[illegible] todas estas cosas, y [illegible] del Albergo del Aquila Nera, de donde saldremos mañana [illegible].

De los 14,000 habitantes que encierra Viterbo, no encontramos ni uno solo en la calle; y eso que apenas serán las nueve y media de la noche.—Las tiendas están cerradas. El alumbrado público, si lo hay, ha echado sin duda cuentas con los buenos oficios de la luna, y duerme tambien profundamente.—Pero el caso es que la luna ha hecho otro tanto, dejando á las nubes el cuidado de entenderse con los hombres.—Con todo, de tiempo en tiempo, la casta deidad entreabre los ojos y los fija en algun negruzco palacio, cuyas ventanas de cristales se sonrien agradecidas... despues de lo cual vuelven todos á dormirse... Y la silla de posta sigue trepando dificultosamente por las empinadas calles de la ciudad teocrática... y yo pienso con la mayor seriedad, ora en la piadosa *condesa Matilde*, ora en la bellísima Galiana, á quien muchos han llamado la Elena del siglo XII.

Asi llegamos al *Albergo*, en donde cenamos bajo los auspicios del *Montefiascone* y damos algun descanso al pobre cuerpo, á pesar de los grandes gritos con que esclama el alma:

—¡Estamos á la vista de Roma! ¡Despiértate, corazon!

CAPITULO X.

ROMA.

I.

Roma á lo lejos.—La campiña de Roma.—Entrada en la ciudad eterna.

22 de diciembre de 1860.

Las primeras palabras que ha pronunciado Jussuf esta madrugada, antes de darnos los buenos dias y de avisarnos que ya estaban enganchados los caballos, han sido para dirigirnos la siguiente pregunta:

—*Roma ¿estar Francia?*

Y al hablar de esta manera, demostraba una indecible alegría.

—¿Por qué te ha ocurrido eso? le interrogamos nosotros.

—*Escuchar*, repuso el marroquí.

Y tendió la mano y aplicó el oido hácia la calle.

Pusimos atencion, y percibimos un confuso rumor de cornetas y tambores, que recorria las calles de Viterbo.

—¡*La diana de los franceses!* esclamó el moro. ¡*Y estar diana de guerra, como en Argel!*

Nosotros nos echamos á reir y le hicimos comprender al africano en qué forma y de qué manera un ejército francés ocupa una parte de Italia.

—Es decir, ha concluido el moro: *Roma no estar en Francia*; *pero Francia estar en Roma.*

—Como quieras. El hecho es que nosotros estamos hoy mas lejos que ayer de las fronteras de Francia, y que el camino que seguimos no es de seguro el mas corto para llegar á París.

Sin otra novedad, hemos entrado en el coche y continuado nuestra marcha.

Al salir de Viterbo, vemos hácia el oriente una faja de luz que marca el límite del horizonte entre el nublado cielo y la tenebrosa tierra.

¡Es la aurora del gran dia!

Hæc dies quam fecit Dominus...

Escusado es decir que la diana de guerra con que los galos me han anunciado el amanecer del dia de mi entrada en Roma, me ha hecho, cuando menos, tanto efecto como á Jussuf... aunque no tan agradable.

De Viterbo hasta *Imposta*, donde mudamos tiro, vamos siempre subiendo.

A poca distancia de *Imposta* llegamos á la cumbre del *Monte Cimino*, que se alza 1,000 metros sobre el nivel del mar.

El sol ha logrado romper las nubes. La niebla empieza á levantarse. El suelo está nevado en cuanto alcanza nuestra vista.

Dentro de poco, cuando aclare completamente el dia, descubriremos á nuestros pies toda la *campiña de Roma*.

Ahora no distinguimos mas que muchas rocas volcánicas en torno nuestro; y hácia la derecha, el lago de *Vico*, que ha sustituido al cráter de un volcan; y en torno del lago, selvas nacidas en las laderas que inundó la lava; y por todas partes... soledad, devastacion y tristeza.

¡Oh! ¡Qué tragedias tan horribles encuentra aquí la imaginacion en el mismo silencio de la historia!

Hay quien dice, por ejemplo, que cuando el lago de *Vico* está complementemente sereno, se ven en su fondo las ruinas de una ciudad...

¡Quién sabe!

Pero el horizonte se despeja... Llegó el momento...

Hé allí la *Campiña de Roma*,—vasta y desierta llanura, interrumpida por leves ondulaciones del terreno!...—Hé allí los *Montes de Albano*, mas distantes de nosotros que la Ciudad eterna!...

¡El cielo que vemos es, pues, el de Roma!—Roma se halla dentro de nuestro horizonte sensible.

—Allí está Roma: pronto la verán ustedes... nos dice en esto el postillon, señalando con su látigo á una de las aplanadas colinas que rizan la monótona estension de la comarca á que bajamos...

—¡*Allí está Roma*! repetimos nosotros, armados de nuestros anteojos de campaña; pero sin distinguir todavía la ciudad de los Césares...

Así dejamos atrás á *Ronciglione*, las ruinas de la ciudad de *Sutri* y el lugarejo del *Monterosi*; así continuamos todavía una hora, anhelantes, respirando apenas, y lamentando que no se hallen á nuestro lado todos los seres que amamos en el mundo, para poder repetirles, señalando á aquellas colinas: —¡*Allí está Roma*!

Hemos bajado á la *Campiña*: avanzamos por ella...

Tenemos á nuestra derecha el *lago Bracciano*, en donde hubo otro cráter, y cuyas aguas cubren seguramente la antigua ciudad de *Sabata*, que se asentaba en sus orillas...

Allá, á lo lejos, fluye un ancho rio...

Será el *Tiber*...

El pais es cada vez mas árido, mas melancólico. La nieve se ha derretido en las aplanadas lomas, descubriendo una tierra desnuda, estéril, muerta, que parece el esqueleto de un mundo.

Despues de pasar por *Baccano*, donde mudamos tiro por penúltima vez, llegamos á un punto en que dominamos todas las colinas sucesivas, y en que se despliegan á nuestros ojos los redoblados rizos del terreno...

Allá se ven las montañas de la *Sabina*; allá *Tíboli*; mucho mas lejos *Frascati*...

Estamos á cinco leguas de Roma.

¿Y Roma?

Roma se oculta todavía...

¡Oh, no!—¡Héla allí!

Hé allí *la Cúpula de San Pedro*, que surge detrás de una colina...

¡Salud á Roma cristiana!

Nada mas se vé... pero esa cúpula lo dice todo.

Esa cúpula es la corona de la reina del mundo católico; es la gran tiara que ciñe la frente de la ciudad de San Pedro; es la IGLESIA que se nos aparece en el espacio para que no olvidemos que la Roma mística, la metrópoli del catolicismo, el templo de las almas se eleva magestuoso sobre los hundidos alcázares de la gentilidad.

Nosotros devoramos con la vista aquella gigantesca mole bajo la cual se halla el trono de los Papas; aquella obra prodigiosa que hubiera bastado á la gloria artística de una civilizacion; aquella maravillosa creacion de Miguel Angel, digna de coronar la basílica que heredó la primacía *urbis et orbis*.

Y nada mas vemos de Roma.—El resto de la ciudad inmortal permanece oculto detrás de una árida cima.

La cúpula de San Pedro parece suspendida en el aire; y es que las abiertas ventanas de la galería circular en que descansa la bóveda, se corresponden de tal modo desde nuestro punto de vista, que percibimos la luz y el cielo al través de la calada rotonda.—Nuestras miradas han penetrado ya, por consiguiente, en el interior de la catedral pontificia.

Esta aparicion dura algunos minutos. Al cabo de ellos, escóndese tambien la cúpula detrás de un montecillo.

En cambio empezamos á ver á uno y otro lado del camino (el camino que seguimos en la antigua *via Cassia*), cimientos y escombros de *villas* ó quintas, cuyos últimos moradores murieron hace mas de mil años.

Viniendo de la derecha, se nos acerca un dilatadísimo acueducto, que al cabo empareja con la *via Cassia*, á cuyo lado sigue paralelamente hácia Roma.—Es el acueducto *Trajano*, llamado hoy *Acqua Paula*, que lleva todo un rio á la cumbre del *Monte Janículo*.

A la izquierda pasamos cerca de una aldea compuesta de pobres cabañas de pastores, llamada *Isola*.—Es todo lo que queda de la famosa *Veïes*, de la gran ciudad etrusca; de la rival de Roma, á quien eclipsaba por su belleza y poderío.

[illegible]

[illegible]

[illegible] que no acierta a fijarse en ninguna idea, a pronunciar [illegible]

[illegible]

años, pasamos por delante de algunas casas de campo y de la suntuosa *villa Borghesse*...



El foro romano.

El camino que seguimos está mas bajo que la ciudad, de modo que entraremos á ella sin abarcar su panorama, casi sin haberla visto.—Solo divisamos la

cumbre de algunas de las famosas Siete colinas, pero no las mas habitadas, y de ningun modo los campos en que se asienta la poblacion de hoy.

Son las dos de la tarde. He allí los muros de la ciudad de Rómulo... Hé allí por un momento la inmensa mole de la Basílica de *San Pedro*, el soberbio Castillo de *S. Angelo*, los altos jardines del *Pincio*...

Hé aquí la Puerta del Popolo!

Al acercarme á ella, mi corazon late violentamente.—Todos callamos...—Vamos á entrar en la ciudad dos veces reina del universo; en la capital del paganismo y del cristianismo; en la morada de los Césares y de los Papas; en la fuente de nuestro idioma; en la metrópoli de los pueblos latinos; en el centro de la historia; en el emporio de las Artes; en el santuario de la autoridad; en el Jordan de todos los pecados; en la última posada de los peregrinos.....

Por eso, al pasar bajo el arco de la *Porta del Popolo*, descubro reverentemente mi cabeza, sin acertar á formularme de otro modo la profunda emocion de mi espíritu, que con estas sencillísimas palabras, que valen tanto como el mejor discurso:

—*¡Roma! ¡Roma!*

II.

Primeras impresiones.—Roma en el sujio.

Roma 22 de diciembre de [illegible].—Hotel d'Europe.—
[illegible]

Inolvidable amigo:

Al despedirnos hace cuatro meses en la estacion del ferro-carril del *Mediterráneo*, vecina á la que fue puerta de Atocha en esa villa y córte, me exigiste *que te dedicara mis impresiones en Roma*, ó por mejor decir, que te escribiese una carta diaria dándote cuenta de mis observaciones y pensamientos en esta gran ciudad, cuyo presente, pasado y porvenir tanto te interesan, como buen *católico, apostólico*, romano que eres por tu fortuna; y yo, segun verás en su dia, he ido mas allá de tu amistosa exigencia, sin mas que ceder á los impulsos de mi corazon, y te he dedicado desde el principio la relacion de todo mi viaje *de Madrid á Nápoles*, evocando tu recuerdo al empezarla y teniéndolo presente sin cesar... Pero al llegar á este punto y hora, *punto* de nuestra cita y *hora* del emplazamiento de nuestras almas, quiero atenerme estrictamente á tus prescripciones, y abandono el hilo de mi narracion (que hasta ahora ha sido, como si dijéramos, un monólogo dirigido al público, aunque encaminado á tí), para entenderme contigo inmediata y familiarmente, con auxilio del correo, no sin suplicarte, y perdona la advertencia, que reunas y conserves como oro en paño todas las cartas que te envie, pues ellas me han de servir mañana ó el otro para dar cuenta á mis lectores de mi estancia y contemplaciones en la ciudad de Rómulo y Remo.

Con que basta de prólogo.

Es, pues, el caso, mi querido amigo, que hoy á las dos de la tarde, con tiempo nevoso y en compañía de Caballero y Jussuf, he llegado á las puertas de Roma... ¡de Roma, cuyo solo nombre habrá hecho latir tu corazon al leerlo en la fecha de esta carta!—Por ahí podrás figurarte lo que habrá pasado en el mio (súplase corazon) al escribir por primera vez una tal fecha (que ya te esplicaré), y sobre todo al cruzar hace pocas horas bajo el arco monumental de la Puerta del *Popolo*.

Tú me conoces: omito, pues, reflexiones y comentarios, y voy directamente á los hechos.

La *Porta del Popolo* quiere decir en español la *Puerta del Alamo*, puesto que *popolo* significa indistintamente, como el *populus* latino, *álamo* y *pueblo*, y el *popolo* en cuestion (que los franceses traducen *peuple* en lugar de *peuplier*) proviene de unos álamos que circuian el Mausoleo de Augusto, próximo á aquel paraje.

Como quiera que sea, la *Porta del Popolo* ha venido á reemplazar á la antigua *Porta Flaminia*, habiendo sido dibujada por Miguel Angel en estilo dórico, y levantada con verdadera magnificencia.

Por aquella puerta se entra en la famosa plaza del mismo nombre, soberbia antecámara de la gran metrópoli, muy superior á todo lo que se encuentra despues.

La *Pluza del Popolo* forma una inmensa elipse. En el fondo de ella se levantan dos iglesias gemelas, coronadas por altas cúpulas que se dibujan en el cielo. De estas iglesias, que son *Santa María di Monte Santo* y *Santa María dei Miracoli*, arrancan divergentemente tres larguísimas calles. La calle de en medio, que se abre entre los dos templos, frente por frente de la *Puerta del Popolo*, es el célebre *Corso*, la gran arteria de Roma, su *boulevard*, que dirian los franceses, por el cual se va rectamente al *Capitolio*. La calle de la derecha, *Via di Ripetta*, conduce al Tiber, á *San Pedro*, al *Vaticano*. La calle de la izquierda, *Via del Babuino*, por donde nosotros hemos tomado, pasa por la *Plaza de España*, donde vivo y te estoy escribiendo, y conduce al *Quirinal*.—¡Qué nombres!

En medio de la *Plaza del Popolo* se alza un arrogante *Obelisco* de 112 pies de altura y de 3,500 años de edad, traido de Heliópolis á Roma por Augusto para que adornase el *Circo Máximo*, y trasladado por Sisto V al lugar donde hoy se halla.—Hé aquí la historia del mundo cifrada en las aventuras de un pedazo de granito.

Hace dos mil años llegan los romanos á Egipto; encuentran un mundo, una civilizacion, una religion agonizantes; ven este monumento (cubierto de geroglíficos no traducidos todavía) á la puerta de un templo en que se adora al Sol; lo arrancan de su base y lo trasportan á las orillas del Tiber; aquí preside las fiestas del imperio y asiste á la muerte de otro mundo, de otra civilizacion, de otra religion, que tambien agonizaban; y hoy, es decir, ayer, hace trescientos

¡Es la aurora del gran dia!

Hæc dies quam fecit Dominus...

Escusado es decir que la diana de guerra con que los galos me han anunciado el amanecer del dia de mi entrada en Roma, me ha hecho, cuando menos, tanto efecto como á Jussuf... aunque no tan agradable.

De Viterbo hasta *Imposta*, donde mudamos tiro, vamos siempre subiendo.

A poca distancia de *Imposta* llegamos á la cumbre del *Monte Cimino*, que se alza 1,000 metros sobre el nivel del mar.

El sol ha logrado romper las nubes. La niebla empieza á levantarse. El suelo está nevado en cuanto alcanza nuestra vista.

Dentro de poco, cuando aclare completamente el dia, descubriremos á nuestros pies toda la *campiña de Roma.*

Ahora no distinguimos mas que muchas rocas volcánicas en torno nuestro; y hácia la derecha, el lago de *Vico*, que ha sustituido al cráter de un volcan; y en torno del lago, selvas nacidas en las laderas que inundó la lava; y por todas partes... soledad, devastacion y tristeza.

¡Oh! ¡Qué tragedias tan horribles encuentra aquí la imaginacion en el mismo silencio de la historia!

Hay quien dice, por ejemplo, que cuando el lago de *Vico* está complementemente sereno, se ven en su fondo las ruinas de una ciudad...

¡Quién sabe!

Pero el horizonte se despeja... Llegó el momento...

Hé allí la *Campiña de Roma*,—vasta y desierta llanura, interrumpida por leves ondulaciones del terreno!...—Hé allí los *Montes de Albano*, mas distantes de nosotros que la Ciudad eterna!...

¡El cielo que vemos es, pues, el de Roma!—Roma se halla dentro de nuestro horizonte sensible.

—Allí está Roma: pronto la verán ustedes... nos dice en esto el postillon, señalando con su látigo á una de las aplanadas colinas que rizan la monótona estension de la comarca á que bajamos...

—¡*Allí está Roma*! repetimos nosotros, armados de nuestros anteojos de campaña; pero sin distinguir todavía la ciudad de los Césares...

Asi dejamos atrás á *Ronciglione*, las ruinas de la ciudad de *Sutri* y el lugarejo del *Monterosi*; asi continuamos todavía una hora, anhelantes, respirando apenas, y lamentando que no se hallen á nuestro lado todos los seres que amamos en el mundo, para poder repetirles, señalando á aquellas colinas: —¡*Allí está Roma*!

Hemos bajado á la *Campiña*: avanzamos por ella...

Tenemos á nuestra derecha el *lago Bracciano*, en donde hubo otro cráter, y cuyas aguas cubren seguramente la antigua ciudad de *Sabata*, que se asentaba en sus orillas...

Allá, á lo lejos, fluye un ancho rio...

Será el *Tiber*...

El pais es cada vez mas árido, mas melancólico. La nieve se ha derretido en las aplanadas lomas, descubriendo una tierra desnuda, estéril, muerta, que parece el esqueleto de un mundo.

Despues de pasar por *Baccano*, donde mudamos tiro por penúltima vez, llegamos á un punto en que dominamos todas las colinas sucesivas, y en que se despliegan á nuestros ojos los redoblados rizos del terreno...

Allá se ven las montañas de la *Sabina*; allá *Tiboli*; mucho mas lejos *Frascati*...

Estamos á cinco leguas de Roma.

¿Y Roma?

Roma se oculta todavía...

¡Oh, no!—¡Héla allí!

Hé allí *la Cúpula de San Pedro*, que surge detrás de una colina...

¡Salud á Roma cristiana!

Nada mas se vé... pero esa cúpula lo dice todo.

Esa cúpula es la corona de la reina del mundo católico; es la gran tiara que ciñe la frente de la ciudad de San Pedro; es la IGLESIA que se nos aparece en el espacio para que no olvidemos que la Roma mística, la metrópoli del catolicismo, el templo de las almas se eleva magestuoso sobre los hundidos alcázares de la gentilidad.

Nosotros devoramos con la vista aquella gigantesca mole bajo la cual se halla el trono de los Papas; aquella obra prodigiosa que hubiera bastado á la gloria artística de una civilizacion; aquella maravillosa creacion de Miguel Angel, digna de coronar la basílica que heredó la primacía *urbis et orbis*.

Y nada mas vemos de Roma.—El resto de la ciudad inmortal permanece oculto detrás de una árida cima.

La cúpula de San Pedro parece suspendida en el aire; y es que las abiertas ventanas de la galería circular en que descansa la bóveda, se corresponden de tal modo desde nuestro punto de vista, que percibimos la luz y el cielo al través de la calada rotonda.—Nuestras miradas han penetrado ya, por consiguiente, en el interior de la catedral pontificia.

Esta aparicion dura algunos minutos. Al cabo de ellos, escóndese tambien la cúpula detrás de un montecillo.

En cambio empezamos á ver á uno y otro lado del camino (el camino que seguimos en la antigua *via Cassia*), cimientos y escombros de *villas* ó quintas, cuyos últimos moradores murieron hace mas de mil años.

Viniendo de la derecha, se nos acerca un dilatadísimo acueducto, que al cabo empareja con la *via Cassia*, á cuyo lado sigue paralelamente hácia Roma.—Es el acueducto *Trajano*, llamado hoy *Acqua Paula*, que lleva todo un rio á la cumbre del *Monte Janículo*.

A la izquierda pasamos cerca de una aldea compuesta de pobres cabañas de pastores, llamada *Isola*.—Es todo lo que queda de la famosa *Veïes*, de la gran ciudad etrusca; de la rival de Roma, á quien eclipsaba por su belleza y poderío.

[illegible] solemne, *ofrenda* [illegible]

[illegible] Roma de las edades, —visita que [illegible]

[illegible] por la *Basílica de San Pedro*, donde

[illegible] del Santo Apóstol cuyo nombre me pusieron en la pila del

[illegible] la calle, dejándome en el hotel la poesía, la devoci[illegible]

[illegible] todo el alma!... y empecé á andar de

[illegible] *propios ojos*, ó por mejor decir, huyen[illegible]

[illegible] precedido de un criado de la fonda, que te[illegible]

[illegible] y sin rodeos á *la posta*, al t[illegible]

[illegible] á un gabinete de lectura, á un[illegible]

[illegible] á un despacho de tabaco, á [illegible]

[illegible]

á reunirse todos los dias mas de una vez los veinte ó treinta jóvenes españoles, pensionados ó sin pensionar, que estudian las bellas artes en Roma (entre los que tengo yo algunos amigos, que ya iré á buscar allí); la muestra de la *Trattoria de Lepre*, donde comen generalmente esos jóvenes artistas, y cuya historia conozco hace mucho tiempo; y en fin, otras muchas tiendas y fondas de las mas principales de la ciudad.

El *Corso*, el célebre *Corso*, del que habrás oido hablar muchas veces á propósito del renombrado carnaval de Roma, empieza, como vimos, en la Plaza del *Popolo*.—Por la *via Condotti* salí casi á la mitad de él.

En aquel momento reinaba allí una grande animacion. Centenares de carruajes cruzaban en todas direcciones. Algunos de estos carruajes eran enormes é iban tripulados al esterior por un cochero y dos lacayos vestidos de encarnado, con sombreros de tres picos, y provistos de inmensos paraguas tambien rojos: en el interior distinguia graves personajes vestidos de púrpura, acompañados de otros, no tan graves, vestidos de morado: eran cardenales y obispos; eran quizás las autoridades de Roma; alguno de ellos podia ser el ministro de la guerra (que aquí se llama *de las Armas*) ó el gobernador civil (*Monsignor Gobernatore*) ó tal vez el mismo cardenal Antonelli...—Me dió miedo sin saber por qué.—En otros carruajes iban gentes de diferentes hábitos, que yo no sé distinguir todavía, llevando á la parte de afuera criados de rarísimos uniformes. La servidumbre de los paisanos y de las señoras que se dirigian al *Pincio* en lujosas carretelas, ostentaba tambien grandes libreas, cancillerescos sombreros, solemnes atributos.—Todo respiraba, en fin, en la gente que no iba á pie, categoría y ceremonia.—Muy raro ha sido el tren liso y llano que he encontrado; raro el jóven á caballo; mas raro todavía el impertinente lechuguino que regía por sí mismo su carro... inglés.—Iba á decir romano.

A pesar de no haber salido hoy con ánimo de observar, he fijado ansiosamente mi atencion en cuantas personas he encontrado en mi camino, y he pedido á sus rostros un reflejo del antiguo pueblo romano. Y la verdad es que he notado muchos caractéres clásicos en casi todas las fisonomías. Los hombres de la clase pobre, con sus capas de color, sus sombreros de ancha ala y alta copa puntiaguda, su calzon corto, su faja, su cara aguileña, sus ondulantes cabelleras y magníficas barbas, me han infundido cierto respeto. Los grandes señores parecen retratos de la Edad-Media. Las damas principales, severas, pálidas y grandiosas, tienen algo de las matronas romanas. Pero las que sobre todo me han sorprendido é interesado han sido las plebeyas, recias y altas, con su abundante y hermoso pelo, su noble nariz, sus puros dientes, su voz viril y sonora y aquella magestad del andar, que recuerda las procesiones de los bajo-relieves, ó aquel soberano reposo, que hace pensar en las cariátides.

Tambien me han chocado estraordinariamente unas singularísimas calesas, de que he visto muchos ejemplares en el *Corso*. Hé aquí su estructura. A un lado, esto es, de la proximidad de la rueda izquierda, se alza, como un abanico abierto, una rama de árbol, forrada de tela pintada al oleo. Este abanico se ahue-

ca un poco, inclinándose hácia dentro, hasta formar una especie de concha, bajo la cual se alberga un hombre, sentado sobre ocho toneles de vino, con que va por



Mujer de la campiña de Roma.

la ciudad surtiendo las casas y las tabernas. Para que todo sea raro en este vehículo, el caballo que lo conduce lleva *al mirgen*, es decir, sujeto á uno de

los lados del arnés, un haz de heno, del cual, al par que marcha, puede ir comiendo y come... solo con un *volver de cabeza.*

Entre las campanillas que penden del euello del caballo se ve siempre una gran medalla que representa á la *Madonna*...—¡Estraña devocion!

Todo esto he visto en el *Corso*, y además muchas tiendas de pinturas y esculturas (bastante malas), copias de los primeros prodigios del Vaticano, hechas indudablemente por tanto y tanto artista de remotos paises como viene á estudiar y á morirse de hambre á Roma.

¡Oh!... cuantos heróicos poemas de amor al arte habrá detrás de cada una de esas audaces y desacertadas copias!

Esto me hace pensar en nuestro inmortal Ribera, alimentándose de los mendrugos de pan que sobraban de borrar y corregir dibujos en el taller de sus maestros.

Y Ribera llegó al fin... Pero ¡cuántos morirán en el camino!

Aparte de estos almacenes de desdichas peculiares de Roma, veo otros muchos, abundantemente provistos de los comestibles, ropas, muebles y demás efectos que son comunes en toda Europa... Por cierto que he entrado en uno á comprar cuerdas de arpa, creyendo haberlas visto en un aparador, y me he encontrado con que allí no se vendia otra cosa que *fideos*... de diferentes gruesos, eso sí!..—y de aquí mi lamentable error, que ha hecho reir mucho á toda una prole romana.

En cambio, me ha dicho:

—Cuerdas de arpa... las encontrará usted cerca de la *Columna de Trajano.*

¡Y si vieras con qué frescura me daban estas señas!

—¡La columna de Trajano convertida en accesorio de unas cuerdas de arpa! medité yo: creo que mi hermana me agradecerá el regalo.

Y me acordé de aquel diccionario que decia:

NAPOLEON.—s. m. Pieza de cinco francos.—Tambien hubo un emperador de este nombre.

Humildísima vas encontrando esta carta para escrita en la ciudad eterna... ¿no es verdad, amigo mio? Pero ten presente que hasta ahora no he hecho mi entrada solemne en Roma, y que al salir hoy á la calle me habia dejado en el hotel todo lo que tengo de poeta y de artista, por poco que ello sea.—Verás cómo mañana es otra mi manera de ver á Roma y muy diferente la entonacion de mi estilo.

Con que volvamos al *Corso*.—El *Corso*, á pesar de su fama, no es sino una insignificante calle recta, angosta, muy larga, sin árboles, pero con aceras (¡cosa rara!), interrumpida por la *Piazza Colonna*, que se encuentra á su mitad, y adornada de cinco ó seis iglesias y de muchos palacios, algunos de ellos interesantes y hermosos.

En la *Piazza Colonna*, donde se encuentra el telégrafo eléctrico, no he podido menos de ver la *Columna Antonina* que se levanta en medio de ella y que le da nombre.

Aquel solitario monumento fue erigido donde mismo se halla (antiguo *Foro de Antonino*), para celebrar las victorias de Marco-Aurelio,—cuya estatua lo coronaba.

Hoy lo corona una efigie de bronce dorado que representa á *San Pablo.*

La columna mide 103 pies de altura; tiene una escalera interior de 190 peldaños; es de mármol; está cubierta de bajo-relieves, y no se distingue ciertamente por su gallardía.

Tal vez contribuye á hacerla tan pesada, la circunstancia de que hoy se la contempla desde un punto de vista para el que no fue levantada seguramente.—El suelo de Roma ha subido muchísimo desde aquel tiempo, á consecuencia de tanto escombro y ruina como han acumulado los siglos y las revoluciones, y hoy, no solo no campea la *Columna Antonina* sobre eminencia alguna, sino que de su antiguo pedestal quedan aun sepultados 11 pies bajo la codiciosa tierra.

En cuanto á la plaza, la forman cuatro magníficos palacios: el de *Chigi*, el de *Buoncompagni*, habitado por el príncipe *Piombino* (en la acera del *Corso*), el de *Bracadoro* y el de la *Gran Guardia*, donde tienen un *Casino* los oficiales de la guarnicion francesa, y cuyo pórtico de mármol blanco está formado con esbeltas columnas traidas de la difunta *Veies.*

En este último edificio se halla establecido el telégrafo eléctrico.

Para mí tiene siempre algo de solemne el acto de poner un telegrama; pero mucho mas lo ha tenido hoy, al ver el nombre de *Guadix* (de la antigua Acci, *colonia gemela* de los romanos); en el libro ó cuadro de las estaciones telegráficas con que se comunica instantáneamente la ciudad eterna; al dirigir desde la capital del mundo mi saludo filial, en vísperas de Pascuas, al hogar de mis padres; al pensar que en aquel momento resonaba ya una campanilla eléctrica al pie de Sierra-Nevada, diciendo á los que tanto amo: *Os hablo desde Roma. Felicidad*; al imaginarme la emocion religiosa con que habrá sido allá recibido este mensaje, que ha puesto por un momento en comunicacion material á la córte de los papas con la pobre ciudad cristiana que gimió cautiva ocho siglos en poder de los agarenos; al meditar, por último, en que mi palabra de amor acababa de recorrer toda la Italia, toda la Francia, toda la España, habia cruzado por Florencia, Turin, París, Madrid y tantas otras grandes capitales, desdeñándolas y dejándolas atrás, y diciéndolas arrogantemente: ¡*Paso*! ¡*paso*! ¡*Voy á Guadix*!

El telegrafista con quien me he entendido, es un pobre conde que habla medianamente el español.—El parte me ha costado 70 reales.

La moneda española es la mas corriente en Roma, cuyo sistema monetario es igual al nuestro en las piezas de plata.—Nuestro *duro* de 20 reales hace las veces del *scudo* romano: la *peseta* equivale al *papetto*, y la pieza de *dos reales* corresponde al *paolo*.—En las monedas de cobre hay diferencia, pues se ajustan más al sistema francés. El *papetto*, como el *franco*, se divide en veinte sueldos (*bajocchi*).—Un real tiene, pues, cinco *bajocchi*, representados por una enorme pieza de cobre. Además hay monedas de dos *bajocchi*, de un *bajocco* y de medio *bajocco*.—Las monedas de oro mas corrientes son el doblon (*dop-*

pia) que vale 64 reales y un *bajocco*; el zequin (*zecchino*), que vale 81 reales, y la pieza de *cinque scudi*, que no es sino nuestra moneda de cinco duros.—Para que lo sepas.

Antes de poner el parte telegráfico, he estado en el correo, lo que me ha colocado en la dura necesidad de ver el gigantesco y sublime pórtico del ***Pantheon*** y la plaza de ***Monte-Citorio*** con su grandioso ***Obelisco***... Pero te juro que apenas he mirado de reojo estes monumentos...—Si me hubiera parado delante del ***Pantheon***, adios, correo; adios, telégrafo; adios, cuerdas de arpa; adíos, todo! —No: no los he visto: no he querido verlos.—Ya los veremos de la manera que se merecen.

En el correo hablaban tambien español: allí tenia detenidas una multitud de cartas y periódicos; pues hace un mes que mi familia, tú y mis amigos me creeis en Roma, lo que quiere decir que en todo ese tiempo no habia recibido noticias vuestras.

¡Oh!... si supiérais cuán grato es al que viaja por tierra estranjera recibir en cada pueblo el saludo de la patria, de la amistad, de la familia ó del amor... sembraríais de cartas todo su camino!—Hasta aquellas que os hubieran sido indiferentes, sino enojosas, en otras circunstancias, adquieren *un valor inmenso* recibidas en suelo estraño...—y no lo digo por lo muy caro que se paga el porte en Roma.

Al tiempo que despachaba esta tarde los demás *asuntos prévios* que te he indicado, he visto ó mas bien tenido cerca de mí otros muchos monumentos de celebridad universal; pero tampoco los he mirado, llegando á veces á cerrar los ojos para no verlos. —Yo no gusto de abrir los libros por cualquier página ni de leer el desenlace antes que el argumento.—Asi es que esta tarde solo he consagrado mi atencion á la Roma del siglo XIX, á la capital corriente, si se me permite esta frase; á la ciudad de los vivos... complaciéndome en examinar las tiendas, en estudiar el carácter de las gentes, el averiguar el precio de las cosas, y en otras operaciones por el estilo.

Y asi es que puedo participarte que en Roma no hay industria alguna; que todo lo que se vende en sus almacenes es francés ó inglés; que la vida es aquí muy barata; que sin embargo, á cada paso encuentra uno un mendigo ; que á estas horas he tenido ya el gusto de ver frailes de todas las órdenes y de todos los hábitos; que todos los teatros de Roma están todavía cerrados, pero que dentro de cuatro dias (el segundo de pascua) se abrirán al público muchos de ellos, pues (Dios sea loado) en el dicho dia principia el *Carnavalone*; que los carteles del *Teatro Albert* anuncian para entonces la *Presa di Tetuan* (la Toma de Tetuan), á la que no faltaré seguramente; que en el *Teatro Apolo* hay una gran compañía de ópera, en la cual conozco á algunos cantantes, entre ellos á mi amigo Bartolini; que pasado mañana es Noche-buena y oiremos la Misa del Gallo en *Santa María la Mayor*; que el Papa está bueno y celebrará de pontifical en San Pedro el dia 25; que los seglares creen que el poder temporal caerá en Gaeta, si los franceses retiran de allí su escuadra; que un comerciante me ha dicho:—

«Ha hecho usted bien en venir este año á ver una gran ceremonia en San Pedro; pues el año que viene, la Sede Apostólica se encontrará en otra parte;» que en el gabinete de lectura que he visitado no he encontrado mas periódico español que *La Esperanza*, ni otro lector en las tres salas de que se compone, que un cura español de quien ya soy amigo; que allí he leido parte de un discurso de Gonzalez Bravo; que en la Plaza de España hay una tercena donde se venden escelentes cigarros habanos; que en los buenos *restaurands* se encuentran esquisitas ostras; que el marqués de Miraflores, recientemente nombrado embajador de España cerca de la Santa Sede, llegará á Roma dentro de pocos dias; que mi amigo y hermano en las musas (menos esquivas con él que conmigo) Amós Escalante, se encuentra hace dias en esta gran ciudad; que me será fácil conseguir que S. S. Pio IX me conceda una audiencia, y en fin, que el *Coliseo*, el *Foro*, las *Catacumbas*, las *Termas*, el *Capitolio*, la *Roca Tarpeya*, los *Columbarios*, el *Palacio de los Césares*, etc., etc. existen todavía y me esperan en sus sitios, de modo que con solo dar algunos pasos podré verlos...

¡Qué perspectiva de goces, de entusiasmos, de admiraciones y de asombros! ¡Qué mundo de nuevas, de únicas, de supremas maravillas en torno mio! ¡Qué dias tan grandes y tan deseados me aguardan!—Mi corazon late violentamente, solo con la espectativa de tan hondas emociones!

Abrumado, pues, por el cúmulo de mis esperanzas, me he refugiado en el *hotel* y te he escrito esta carta, que debes tolerar pacientemente, como toleramos todos la confusa algaravía que mueven los músicos de una orquesta cuando templan y armonizan los instrumentos antes de principiar la sinfonía.

Hasta mañana.

III.

El Coliseo á la luz de la luna.

El mismo dia 22—á media noche.

Guárdame el secreto, amigo mio.—Mi alma se ha escapado esta noche del hotel donde la tenia prisionera, y ha recorrido á la luz de la luna las ruinas de la antigua Roma! —Que no lo sepa la *Basílica de San Pedro*. ¡Que no lo sepa *yo*, el peregrino cristiano!

Eran las nueve de la noche; el cielo se habia despejado, y la creciente luna tendia su manto de plata sobre la silenciosa ciudad... Una tentacion irresistible se apoderó de mi alma... ¡Habia oido hablar tanto de ello! ¡Lo habia soñado tanto! ¡Era el momento tan oportuno!—Todo se reducia á un viaje de dos millas, en coche; á un peligro mas ó menos; á un poco frio... Pero en cambio veria el *Coliseo* al fulgor del astro de las ruinas, turbaria el sosiego de cien generaciones, evocaria sus sombras y sus recuerdos!

Vana fue la resistencia que me opusieron mi amigo y mi razon; en vano se

me habló de ladrones y se me anunció que las afueras de Roma estarian intransitables á consecuencia del hielo y de la nieve de estos dias: en vano me arguyó la pereza, protestó la conciencia y me miró asombrado el cochero á quien le dige en la plaza de España, despues de sentarme á su lado en el pescante: *¡Al Colosseo!*... ¡Todo fue en vano!—La suerte estaba echada. El alma habia recobrado su imperio sobre los sentidos.

Y héme aquí ya de vuelta.—¡Oh, lo que he visto!... Para no fatigarte con largas declamaciones, te lo diré sumariamente.

¡He visto á *Roma*!... á la Roma ideal, á la Roma de la historia, á la Roma de la poesía!—Las sombras de muerte que encubren la antigüedad, se han disipado á mis ojos... y ha habido un momento en que me he creido trasportado á los primeros siglos del imperio, al orígen del cristianismo.—He temblado, he llorado, he murmurado, en fin, una plegaria en aquellos sitios que representan la agonía de un mundo y el nacimiento de otro.—¡Noche inolvidable! Todas las tempestades de lo futuro no bastarán á oscurecer en mi memoria la tibia claridad con que tu luna bañaba de melancolía los restos del naufragio de las edades paganas.—¡Espectáculo sublime!

Pero bueno será que recordemos por su órden todos los pormenores de esta solemne espedicion.

Partí, como te he indicado, de la Plaza de España, encaramado en el pescante de un coche de alquiler, al lado del auriga.—Desde aquel humilde, pero eminente puesto, dominaba perfectamente el camino que seguíamos.

Hacia un frio espantoso. El cielo estaba despejado como siempre que escarcha. La luna parecia un témpano de hielo.

Las calles que recorríamos se hallaban sumergidas en densas tinieblas y funeral silencio. El alumbrado de gas no ardia, y la luna daba ya solo en el último tercio de las casas que miraban á poniente. La atmósfera helada carecia de diafanidad, y la transicion de la blanca luz á las negras sombras era violenta, súbita, fantástica á sumo grado.

El cochero tomó por unas calles angostas y desiertas. A veces pasábamos bajo altos edificios, cuyo nombre me guardaba muy bien de averiguar... ¡sombríos fantasmas á quienes preguntaba solamente si eran cristianos ó gentiles; y esto con una rápida ojeada, que las mas veces me dejaba en duda...!

Entre ellos recuerdo algunas recias y altísimas columnas, ennegrecidas por los siglos, incrustadas en casas modernas, ó por mejor decir, algunas casas modernas apoyadas en seculares columnas... ¡Melancólica alianza de las dos Romas!

Asi seguimos por intrincadas calles, (que, segun el cochero, acortaban el camino); así fuimos dejando atrás barrios y barrios;—unos en que todavía se notaban señales de vida, á saber; ténues hebras de luz á través de las grietas de los muros y de las hendiduras de las puertas y ventanas;—otros en que ya no se percibian luces algunas, pero cuyos edificios dejaban tambien adivinar (no sé por qué) que detrás de sus paredes habia gente entregada al sueño;—y otros

en que era indudable que nadie vivia, ni despierto ni dormido; en que ya no reinaba el sueño, sino la muerte; barrios, en fin, de casas deshabitadas; tristes albergues de la muda soledad; playas desiertas de donde se ha alejado el mar humano; álveo seco del rio de la vida;—así crucé, finalmente, por delante de casas sin ventanas ni puertas; luego á la vista de otras sin techos; despues por solares cubiertos de escombros, de entre los que se alzaba algun melancólico lienzo de pared; en seguida, por un trillado cascajal, término medio entre las ruinas y el polvo...... hasta que por último, de pronto, sin preparacion alguna, vi levantarse delante de mí, cerrándonos el paso, una elevadísima y amplia cortina negra, ó sea un inmenso muro, simétricamente agujereado por angostas ventanas que dejaban ver el cielo esclarecido por la luna.....

—¡El *Colosseo*! dijo lacónicamente el auriga.

¡Era él! ¡Era el luctuoso espectro, envuelto en un sudario de sombras!

Nosotros lo habíamos abordado por su parte mas alta, cerca del pórtico.

La luna quedaba oculta detrás de la gigantesca mole.

Para llegar al pie del coloso tuvimos que bajar algunas rampas, deslizándonos por el hielo. (El *Coliseo* se levanta hoy en una hondonada, á causa de lo mucho que se ha alzado el terreno que lo cerca).

A medida que bajábamos nosotros, el negro fantasma crecia. Cuando estuvimos ya tocándolo con la mano, parecióme que el disforme anfiteatro llenaba todo el universo.

Dejé el coche, y me puse á buscar la puerta, deslizándome á lo largo de aquel inmensurable círculo.

En esto oí un leve ruido de armas ó de llaves, y una voz que gritaba en francés en medio del mas alto silencio:

—*¿Quién vive?*

—¿Quién resucita? contestó un eco en el fondo de mi alma.

—*Amici* (amigos), respondió el cochero en italiano, añadiendo en seguida en un francés casi ininteligible:

—*Monsieur*: es un caballero que quiere visitar el *Coliseo*.

—¿Por qué *monsieur?* me dije yo. ¿Será francés el *conserje?*

—¡*Atrás*! *no se puede*... respondió la voz en el idioma trasalpino.

Y volvió á resonar el ruido metálico, que ya no me dejó duda acerca de su procedencia.—Era rumor de armas.

—¿Hay bandidos en el Coliseo? le pregunté al auriga.

Hasta entonces no me habia acordado de *Gasparoni*, de *Luigi Vampa*, del *Conde de Montecristo*... etc.

—Ya no los hay, contestó el cochero. El que nos habla es un centinela.

Era, en efecto, un soldado francés de los que dan la guarnicion á Roma.—Era el *galo*, enseñoreándose de la ciudad de César.

Un romano de hoy acababa de decirle *monsieur*; acababa de llamarle *amo, señor*.—Nunca fue denominado asi en España ningun soldado, y mucho menos un estranjero.

El centinela, que nos oia cuchichear y nos veia inmóviles, añadió con mayor furia, destacándose de su garita:

—Atrás, digo: el Coliseo no puede visitarse de noche sino con una órden del general Goyon.

—Yo busco al conserje, respondí entonces en francés y con cierta altanería. Dígame usted donde está el conserje.

El centinela se ablandó al oir el idioma de su patria; descansó el fusil en tierra, y me dijo suavemente:

—¿Es usted francés?

—Como si lo fuera, le respondí. ¿De qué regimiento es usted?

—Del 25 de línea, me contestó.

—Entonces ha estado usted en Solferino...

—Justamente. ¿Y usted?

—Yo he estado tambien en Solferino; pero año y medio despues de la batalla. Somos, pues, amigos.

—¿Y sabrá usted dar con la habitacion del conserje? El Coliseo es un laberinto sin fin, y hay algunos hundimientos en que es fácil romperse la cabeza.

—Ya daré con su habitacion, repliqué; y aunque no dé con ella, habré logrado mi objeto, que es ver el circo á la luz de la luna.

Aquí juró y se rió el buen centinela, que era un gascon muy cerrado, y aceptó un cigarro que yo le alargaba, en cambio del cual me dió lumbre para encender el mio.

—No estrañe usted, me dijo entonces, que estemos tan sobre aviso. Hace siete dias que á esta misma hora y en el sitio en que estoy, un pícaro romano mató á un centinela de una puñalada.

—¿Cómo pudo ser? ¿No tenia el centinela su fusil?

—Es que el romano se llegó á él á pedirle fuego para un cigarro: mi compañero se confió... y un momento despues... ya no existia. Cuando vinieron á relevarle, se lo encontraron bañado en su sangre y sin fusil, con una caja de fósforos en la mano.

Al oir esto, me acordé de nuestros centinelas, asesinados del mismo modo por los moros de Tetuan al principio de la ocupacion de aquella plaza, y respeté un poco mas á los romanos de hoy.

Con lo cual dí las buenas noches al centinela, y penetré por una oscura puerta del Coliseo, como el *Beltran* de *Roberto el Diablo* se sumerge en los antros infernales.

Primero anduve algun tiempo entre densas tinieblas, encaminado por la remota perspectiva de algun arco ruinoso que daba paso á la luz de la luna. A un lado y otro dejaba galerías aun mas lóbregas. El miedo á los ladrones habia desalojado mi imaginacion; pero terrores mas fantásticos lo habian reemplazado en ella.

Aquellas tenebrosas galerías me parecian llenas de sombras de mártires cristianos: la arena que se hundia crugiendo bajo mis plantas me hacia creer que

pisaba charcos de sangre: en cada una de aquellas cavernas, cuyas negras bocas se abrian á mi alrededor, me figuraba escuchar rugidos de tigres, panteras y leones... y hasta percibir su olor felino...

Aunque sin luz que me permitiera distinguir la estructura de los arcos y bóvedas que se levantaban sobre mí, formaba idea de sus colosales dimensiones, solo con reparar en las distancias que recorria para pasar de una galería á otra, cortando en *zigzag* los círculos concéntricos que median entre la periferia del edificio (1641 pies) y la dilatada arena en que tenian lugar los espectáculos.—Aquello, mas que una obra de construccion, parecia haber sido cavado en las entrañas de una cantera, y me recordaba las antiguas minas romanas que visité al pie del *Picacho de Veleta*; ó mas bien me hacia adivinar las descomunales pagodas labradas en el corazon de las montañas del Thibet.

Al fin logré salir al anchuroso circo...

Al desparramar por él una absorta mirada, la primera idea que me asaltó fue la de mi pequeñez, la de mi soledad...—En aquel anfiteatro que pudo contener 107,000 personas, estaba yo solo! ¡Allí, donde habian aparecido tantas generaciones, no habia nadie! ¡Allí, donde mil y mil veces resonaron gritos, aplausos, risas, rugidos de fieras, ayes de moribundos, no se oia nada, nada... ni tan siquiera los latidos de mi corazon, paralizado tambien por el espanto!—En vez del sol, y del bullicio, y del vocerío, y de la lucha, y de la sangre... ¡nada!...—La luna, muerta en el cielo; la muerte y el silencio en la tierra!

Por todas partes, las gradas desiertas... las gradas mudas... las gradas solas...

Cada piedra parecia el sepulcro de los que sobre ella se sentaron.

Allí el *Podium* donde se colocaban el emperador y su familia, los magistrados, los senadores y las vestales: allí los *vomitorios* por donde la multitud se desbordaba sobre el graderío y los palcos: allá arriba el lugar de los esclavos: de aquella parte arrancaba el *velarium* que 480 marinos corrian sobre el anfiteatro á fin de preservar del sol y de la lluvia á todos los espectadores: en aquel lado estaban las verjas de bronce que daban paso á las fieras: por allí entraban las víctimas... por allí los gladiadores... ¡Y aquí, en esta arena... ¡qué horror!

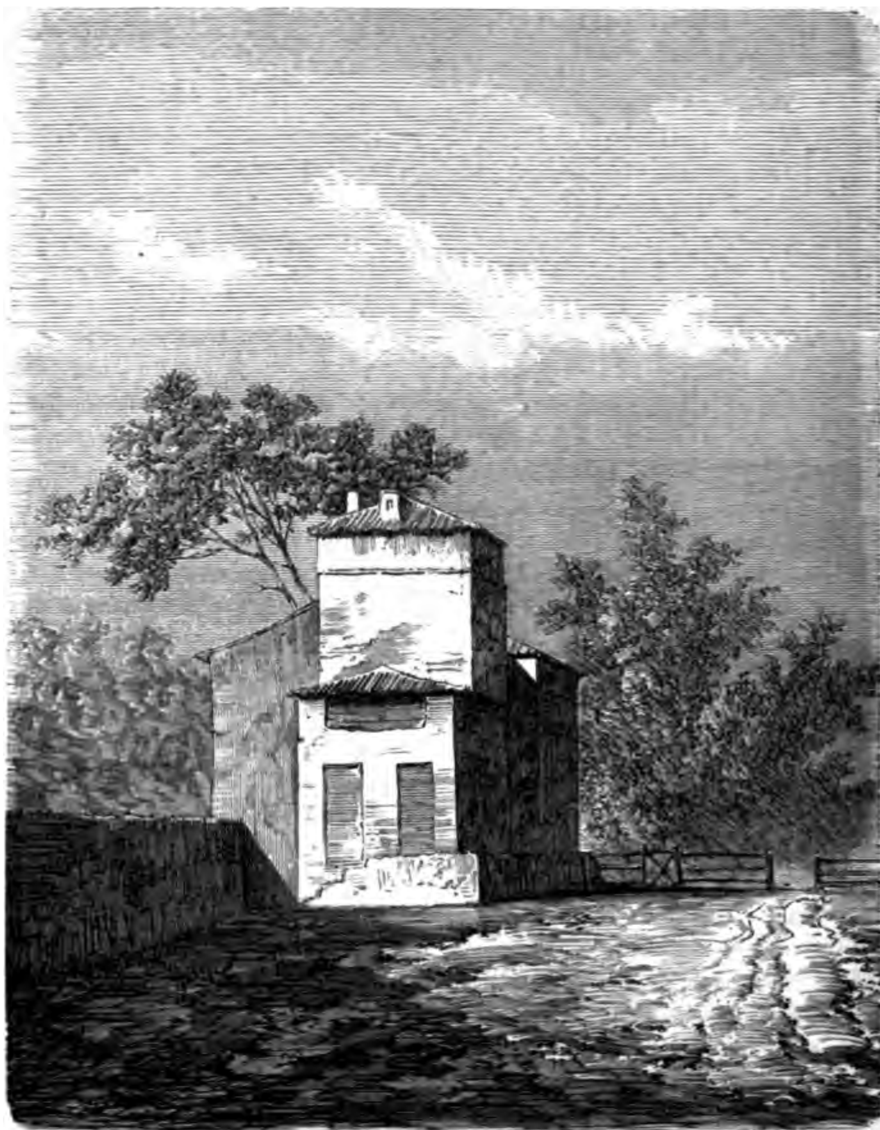
Mientras pensaba de este modo, no veia nada realmente. Estaba clavado á la entrada del vastísimo coso, y mi imaginacion era presa del delirio.

Pronto me repuse y quise ver y tocar la realidad del momento.

Con una sola comparacion te puedo dar la idea exacta del Coliseo visto por dentro.—Figúrate una inmensa Plaza de toros, de forma oval, toda de piedra, cuyas gradas se elevan hasta 157 pies de altura. En torno de la arena se levanta un muro, que protegia al público contra las fieras. Sobre este muro hay una plataforma, que era el lugar de preferencia, el *Podium* que hemos citado. De la plataforma arrancan cincuenta gradas. De lo alto de estas gradas se levantaba la *Galería superior*.

El *Coliseo* no ha podido ser destruido ni por los siglos, ni por las revoluciones, ni por la barbarie; y sin embargo, todos estos enemigos han trabajado te-

nazmente contra él.—Muchos enormes palacios de Roma han sido construidos con piedra arrancada de aquella montaña artificial, y con todo, la obra conserva



Casino de Rafael en Villa-Borghese.—Roma.

su forma general, sus gigantescas proporciones. Por algunos lados la ruina es muy visible: por otros, ya se le mire desde dentro, ya desde fuera, el coloso parece intacto.

El *Coliseo* se debe á *Vespasiano y á Tito.*—Muchos millares de prisioneros judios, traidos á Roma atados al carro del destructor de Jerusalem, trabajaron en esta obra nefanda, despues de haber visto caer en ruinas el templo de Salomon...

¡Misterios de Dios! El pueblo de Israel amasó con su sudor y su sangre el ancho circo destinado al martirio de los cristianos!

Tito inauguró el *Coliseo* el año 79 de nuestra era con unas fiestas que duraron cien dias consecutivos, durante los cuales perecieron allí 2,000 gladiadores y 5,000 fieras!!—Despues son innumerables los esclavos, los cautivos y los creyentes que han derramado su sangre en aquel suelo.—¿Quién ignora, solo por lo que atañe á los cristianos, las sangrientas hecatombes de los tiempos de Domiciano, Marco-Aurelio, Setimio-Severo, Maximino, y sobre todo las decretadas por Diocleciano, las de la *Era de los Mártires?*

Pero volvamos á olvidar lo pasado, y consideremos el *Coliseo* tal como hoy se halla; tal como yo lo he visto esta noche.

La luna bañaba aquella mitad del circo y de las gradas en que habia dado el sol durante el dia. La otra mitad, la parte de *sombra*, estaba cubierta de nieve.

Avancé hácia la region iluminada por la luna, sin separarme del *Podium* ó barrera (pues no sé por qué, me daba miedo de cruzar diametralmente la anchurosa arena), y reparé que, de trecho en trecho, se levantaban en torno del circo unos solitarios pilares, á la manera de garitas, cuyo destino no podia comprender.

Acerquéme á uno de ellos; pero estaba en la humbría, y no acerté á distinguir su verdadera forma, ni mucho menos la naturaleza y objeto de una como lápida, preservada por una verja de alambre, incrustada en el lado de la pilastra que miraba al centro del anfiteatro.....

¿Qué podia ser aquello? ¿Serian monumentos levantados para perpetuar la memoria de los Césares? ¿Serian refugios para los luchadores perseguidos por las fieras?—Repito que no podia adivinarlo.

Llegué, en fin, á un tercer pilar en que daba la luna; fijé una tenaz mirada al través de la regilla de alambre, y... ¿qué direis que vi?—¡Vi la pálida cabeza de Jesucristo!

Era, sí, una pintura que representaba á *Jesus Nazareno* con la cruz acuestas, coronado de espinas, con el rostro ensangrentado, y el dolor y la mansedumbre en los anublados ojos...

Esta aparicion me asombró primeramente: luego infundió en mi alma gratitud, veneracion y ternura: por último, me comunicó valor y tranquilidad; me dió compañía en aquella soledad de muerte, y alejó de mi imaginacion todos los frios espectros que la aterraban un momento antes.

Y dejé de temer que en los subterráneos del *Coliseo* hubiese quedado escondida, bajo los escombros del imperio romano, alguna tigre con sus cachorros; y comprendí que el sepulcro de la antigüedad pagana era la cuna de la Nueva

Era; y encontré que no me hallaba solo en aquellas ruinas en que vivia el espíritu de Dios; y recordé finalmente que no estaba en un teatro maldito, sino en un templo consagrado á los ***Mártires.***

Aquellos pilares eran un *Via Crucis.*

Entonces me atreví á atravesar la *arena* de estremo á estremo.

Al acercarme al centro del coso, ví levantarse en los aires una enorme Cruz negra, cuyos brazos parecian tocar en Oriente y Occidente.

Esta cruz, herida oblícuamente por la luna, se copiaba en el suelo con proporciones tan colosales, que abarcaba toda la arena.

Yo me acordé de la cruz que se apareció á Constantino cuando marchaba contra Magencio, y creí leer en ella las milagrosas palabras: *In hoc signo vinces.*

La cruz que se alza en medio del Coliseo fue levantada por el papa Benedicto XIV, asi como las capillas ó *Estaciones* de la *Via Sacra* que he citado.

Desde los tiempos de aquel pontífice se celebra en el ancho circo, todos los viernes por la tarde, una funcion religiosa, que consiste en el *Via Crucis* y en un sermon—predicado al aire libre por algun piadoso fraile desde el lugar que ocupaban los emperadores durante las sanguinosas fiestas en que murieron tantos cristianos,—sermon que escucha tranquilamente el pueblo romano de hoy, sentado en las mismas gradas en que sus progenitores aplaudian hace quince siglos los cruentos espectáculos que anatematiza el predicador.

No sé por qué, al considerar estas cosas, me inquieta en cierto modo el que una misma raza sea juez, parte y testigo en el proceso histórico-religioso que se abre allí todos los viernes.

Por lo menos, puedo asegurar que en tales ceremonias no dominará aquel íntimo y entrañable sentimiento con que se oye misa en *Santa María* de la Alhambra, esto es, en la iglesia cristiana levantada sobre los alcázares del ausente y desheredado moro; asi como que tampoco esperimentarán los católicos de Roma, en las solemnidades religiosas del *Coliseo* ó del *Pantheon,* las sublimes emociones con que un español ó un francés visitarian el Santo Sepulcro... despues de haber arrojado de Jerusalem (porque no bastaria vencerlos ni dominarlos) á los judíos, á los turcos y á los árabes que hoy la profanan.

Pero, en fin, esto que digo se refiere á la presencia del *romano* en Roma; no á la del *católico.*—Nosotros, los hijos de otros climas, sentimos en las márgenes del Tiber lo mismo que sentiriamos en las orillas del Jordan. Nosotros no somos cómplices de Neron y Domiciano. Para nosotros, los actuales habitantes de Roma tienen algo de gentiles. Tan latinos como somos por el idioma, por la civilizacion, hasta por la sangre, nosotros representamos la accion del mundo sobre Roma,—accion que resultó de la altísima política de César.

El centinela galo que guarda la puerta del *Coliseo,* protege el santuario de los mártires contra la plebe romana.—Hace quince años el *Coliseo* era una cueva de bandidos.

Los romanos de hoy no se horrorizan delante de los escombros de la gentili-

dad, por la sencilla razon de que esos escombros representan el solar de sus mayores.

Quizás no olvidan tampoco que el cristianismo fue el rayo con que Dios hirió la frente del Capitolio.

El pueblo de Roma tiene que ser, por consiguiente, [illegible] más, se consideran á sí propios y á un mismo tiempo, como el vencedor y el vencido. —La conversion de Constantino fue una transaccion... Muchos han dicho que una ficcion.—Y de aquí los [illegible]; de aquí Savonarola, Arnaldo de Brescia y Rienzi; de aquí Juan de Huss; de aquí la Reforma; de aquí muchas de las cosas que suceden hoy.

Mas de una hora he permanecido dentro del Coliseo. Durante ella lo he recorrido en todas direcciones y subido á lo alto de sus gradas...—Allí, sentado en frente de la luna, [illegible] á mis pies, he contemplado las mismas ruinas, cubiertas de efímera hierba, y el [illegible] cielo, bordado de sus luces eternas, de los mismos [illegible] que alumbraban los fundadores de Roma, de la misma luna que vió [illegible] á los Gracos; que miró á los galos acampados á las orillas del Tíber; que brilló en los ojos de Aníbal; que alumbró á César; que presenció el incendio decretado por Neron; que brilló en el cielo la noche del martirio de San Pedro; que reflejó sus rayos en las hachas capitaneadas por Alarico, Genserico, Atila, Ricimiro, Odoacro, Totila y tantos otros devastadores de Roma...

¡Oh! sí: era la misma luna: la que inspiró á Virgilio, á Horacio, á Tibulo y al poeta de los *Tristes*.

[illegible]

¡Cuántas oleadas de hombres [illegible] contra la roca impasible del tiempo! Los conquistadores de Grecia, de Siria, de Egipto, de Cartago, de España, de Bretaña, de Francia, de Alemania; los ejércitos que describen Salustio, César, Tito Livio y Tácito; las falanges de los Escipiones; las masas populares agitadas por Mario; el patriciado que representaba Sila; el auditorio de Ciceron; las legiones de César; las escuadras de Antonio y Octavio; las haces de Pompeyo; los conjurados con Catilina; y tantos senadores, y tantos tribunos, y los pretores, y los esclavos, y las vestales, y las cortesanas, y los lictores... todo ha desaparecido como las nubes que se forman en el cielo!

Bajaron del Norte otras razas; vino de Oriente otra religion; acudieron del Mediodía las tribus agarenas; cubrieron mares de sangre el Occidente de Europa; desbordóse hácia Occidente la nueva civilizacion; surgió la América... y el paganismo en tanto pareció enterrado para siempre.

El mundo se habia cubierto de generaciones espiritualistas,—de anacoretas, de trovadores, de caballeros andantes, de religiosos, de cruzados, de escritores místicos, de muchedumbres penitentes, de todo linage de ascetas;—el espíritu se habia levantado un momento sobre la materia; todo era olvido y desden ó

aborrecimiento y destruccion contra los restos del antiguo mundo; el fuego, el hacha y el martillo se afanaron en destruir, en pulverizar los templos, los palacios, los arcos, las estatuas, los circos, todos los vestigios de la gentilidad...

Pero bajaron las aguas; pasó el caos de la refriega; brilló la luz, y el filósofo tendió una mirada sobre el universo...

Y ¿qué es lo que vió?

Vió lo que yo veia esta noche desde lo alto del Coliseo, al rayo de la luna: vió el paganismo insepulto; los monumentos de la antigua Roma, volviendo á surgir de la tierra; el esqueleto del mundo antiguo, apareciendo de nuevo á los ojos de los mortales; unas ruinas que han vivido más como escombros que todo lo que se construyó sobre ellas; las raices de aquella civilizacion, nutridas todavía por la sabia vital, retoñando briosas al cabo de quince siglos; caliente rescoldo debajo de las cenizas frias...—el materialismo sobreponiéndose á la idea.

. . . .

Ya eran las once cuando salí del anfiteatro.

—¡Al hotel! le dije al cochero.

Este era ya amigo mio y habia comprendido el objeto de mi paseo nocturno.

Hámo traido, pues, á la plaza de España por un camino infinitamente mas interesante que el que llevamos para ir al Coliseo.—Háme traido por las ruinas de la Roma clásica; por el *Foro Romano*; por el *Capitolio*...

Es decir que he pasado por el *Arco de Constantino* y por el *Arco de Tito*; por en frente del *Templo de Venus y de Roma* y del *Templo de la Paz*; cerca del *Templo de Remo* y del *Templo de Antonino y Faustina*; al pie del palacio de los *Césares*; por en medio del *Foro*; por la *Via Sacra* y por delante del *Arco de Setimio Severo*...

Los tres *Arcos* citados se hallan todavía de pie: los *Templos* han sido convertidos en iglesias cristianas; pero conservando sus antiguos pórticos: del *Foro* no queda mas que el lugar que ocupaba, llamado hoy por los romanos *Campo Vaccino*, á causa de haber habido allí hace doscientos años un mercado de bestias...

Ya volveré de dia á aquellos lugares, y te los describiré minuciosamente, recordándote algo de su historia. Por esta noche me bastará con hacerte sentir la misma emocion que yo acabo de esperimentar al subir la cuesta que conduce desde el Foro hasta el Capitolio.

Desde aquel paraje se descubren todos los monumentos que he enumerado, y otros muchos mas. Allí es precisamente donde se han practicado mayores escavaciones, haciendo salir de la tierra elegantes columnatas erguidas sobre sus bases, y otras hechas pedazos y tendidas melancólicamente entre los montes *Palatino* y *Aventino*. Allí se ven las tres columnas que restan del *Templo de Vespasiano* (que algunos creen el de *Júpiter Tonante*); otras tres columnas, tambien reunidas y como abrazadas para no caer, del *Templo de Júpiter Stator*; un grupo de ocho columnas del *Templo de la Fortuna*; el célebre *Tabularium*; la so-

litaria *Columna Focas*, y mil y mil fustes y capiteles rotos y esparcidos por la tierra.

La luna heria de frente las esbeltas y desiguales moles de las columnas que se alzan todavía en aquel campo de desolacion; y al contemplarlas allí abandonadas, solas, en medio de tanta ruina, me parecian tristes huérfanas que lamentaban el hundimiento de sus antiguos hogares. Aquellas tres de quienes he dicho que se abrazan para sostenerse mùtuamente, me hacian la ilusion de tres hermanas que lloran juntas una misma pena. De otras he creido que son blancas vestales que, fieles á su juramento, velan por el fuego sagrado, despues de tantos siglos como han trascurrido desde que murieron los últimos Grandes Sacerdotes.

¡Oh! quien no haya contemplado un cementerio á la luz de la luna; quien no conozca la fantástica vida que adquiere el mármol cuando lo esclarece el astro melancólico, no podrá comprender todo el misterio, toda la poesía de aquel sublime espectáculo.—La luna es el sol de los que fueron, el alma de la soledad, la única compañera del olvido.—*Roma antigua*, vista de aquella manera, desde lo alto del *Capitolio*, tenia mas vida, existia mas en mi imaginacion que la Roma moderna que se me apareció un momento despues al otro lado de la sagrada cumbre.

Y sin embargo, el panorama que se descubria desde allí era tambien magestuoso. Casi toda la ciudad papal se estendia por aquella parte, coronada de torres y cùpulas é iluminada por el astro de la noche,—cuyos fulgores reflejaban en la pizarra de los techos, en los cristales de los balcones, en el agua de las fuentes.

En torno mio se alzaban los palacios que constituyen el *Capitolio* de hoy, dibujados por Miguel Angel: á mi lado campeaba la estatua ecuestre de *Marco Aurelio*: á mis pies empezaban una vasta escalera y una larga rampa adornadas con las *Estatuas de Constantino y de su hijo*, con la *Columna miliaria de Vespasiano y de Nerva*, con los *trofeos de Mario*, y con las célebres estatuas colosales de *Castor* y *Polux*...

Pero todo esto no era nada para mí comparado con la sola idea de que estaba en el *Capitolio*, en aquel lugar consagrado á Júpiter por los Tarquinos, en la antigua ciudadela de Roma, en el templo de su gloria, tantas veces abrasado por el incendio ó regado de sangre humana; allí donde la antigüedad divinizó á los guerreros y la edad-media á los cantores; allí donde fue coronado Petrarca y asesinado Rienzi; allí donde se halla la gran campana que anuncia al mundo la muerte de los sucesores de San Pedro...

Era ya cerca de media noche...

[illegible]
[illegible]

he venido á repetir en aquellos lugares; y

[illegible]

como el mitológico poeta, he exclamado, dirigiéndome, no á los dioses que él

invocaba, sino á él mismo y al César que lo desterraba y á todos los grandes hombres de la antigua Roma:

¡ *Este salutati tempus in omne mihi!*

Despues de lo cual he vuelto á tomar el coche, (que habia bajado del *Capitolio* por la rampa, en tanto que yo bajaba por la escalera) y me he hecho traer al hotel, á tiempo que la luna se ocultaba en Occidente.

Al pasar por la *Piazza Trevi* he oido, mas que visto, la célebre fuente del mismo nombre, cuya colosal ornamentacion cubre toda una fachada de un palacio.

Por esta fuente fluye hace diez y ocho siglos un rio, llamado *Acqua Vergine*, que llega á Roma sobre un acueducto de ocho millas de largo.

El rumor de aquellas aguas que caen de pila en pila, formando numerosas cascadas, era el único rumor que se sentia en la ciudad eterna.

Lo demás yacia en los brazos del sueño ó en el regazo de la muerte.

III.

La Basílica de San Pedro.

Roma 23 de diciembre.

Vengo de ver la *Basílica de San Pedro*, la catedral del mundo.

Si aquella *Iglesia* de que le habló Jesucristo al príncipe de los Apóstoles pudiese representarse materialmente, diria que acabo de visitarla.

La Basílica de San Pedro se ha edificado sobre el *circo de Neron*, donde tantos cristianos sufrieron el martirio, y donde se dice que fue enterrado San Pedro despues de padecer muerte en cruz.

Hoy se veneran allí mismo, en un magnífico sepulcro, parte de los huesos del *Pescador*...—Por consiguiente, hasta la alegoría se ha cumplido.—*Pedro* ha sido la primera *piedra* del templo.

Durante algunas horas, no me he atrevido á decidir qué me impresionaba mas en aquellos lugares; si lo que pensaba ó lo que veia; esto es, si la consideracion de que me hallaba en el centro y cabeza del mundo católico, al lado del trono de los papas, ó si el aspecto de aquella gran maravilla artística, de aquel magestuoso templo, que no tiene rival, ni acaso lo ha tenido en todo el orbe...

Semejante perplegidad no carecia de fundamento.—La Basílica, bajo el punto de vista del arte, siendo como es tan augusta, tan sublime, tan prodigiosa, no interpreta genuinamente (y ya hablaré de esto mas despacio) los sentimientos, las ideas que acuden allí al alma de los peregrinos...

En este momento me aventuro ya á asegurar que de todas las emociones que he esperimentado esta mañana, la mas viva, la mas honda, la mas punzante era la que me causaba la escelsitud moral de aquel templo, su alta significacion, lo

que representaba sobre la tierra;—y sin embargo, he admirado tambien con indecible asombro, aunque profanamente y como artista, la portentosa hermosura y sin igual magnificencia de aquella obra de genios y titanes.—Son impresiones diferentes, y acaso contradictorias; pero inmensas las dos, cada una por su estilo.

Una ordenada y franca relacion de cuanto he visto y pensado durante tan solemne visita, te hará comprender todo lo que llevo enunciado acerca de la iglesia de los Papas.—Empiezo, pues.

Esta mañana á las ocho salí del hotel á la plaza de *España* y tomé por la *via Condotti*, que ya conocemos...

Antes de poner el pie en la calle, habia estudiado mi camino en un plano de Roma: habia leido la historia de la Basílica, y habia dispuesto mi corazon á las supremas agitaciones que le esperaban.

Para esto último empecé por recapitular todos mis recuerdos de la niñez y de la adolescencia, evocando todas las venerables imágenes que habian cruzado por mi espíritu siempre que habia visto peregrinos procedentes de Roma; siempre que habia oido hablar de dispensas, ó sabido de penitentes que andaban centenares de leguas por alcanzar aquí una absolucion: siempre, en fin, que habia leido la historia de las mas célebres excomuniones...

Decia que tomé por la via *Condotti*.

Esta calle corta el *Corso* en ángulo recto y continúa hácia el Tiber, por cuya margen derecha sigue con el nombre de *via di Tordinona* (donde se encuentra el *Teatro Apollo*, que es el principal de Roma, y en el que se anuncian óperas y bailes para las próximas pascuas), la cual termina en la *Plaza del Puente de Sant' Angelo*.

En aquella plaza, ó por mejor decir, en aquel puente principia la verdadera Roma papal, la córte de las almas, la *Ciudad Leonina*, llamada así desde que Leon IV incluyó aquel barrio (*il Borgo*) dentro del muro que circumdaba á Roma.

La Ciudad Leonina se compone de la *Basílica de San Pedro*, el *Vaticano*, los inmensos jardines pontificios (*Giardini Pontificii*), el *Castillo de Sant-Angelo*, el *Hospital de Santo-Spirito*, el palacio *Torlonia* y unas doce calles que se cortan perpendicularmente.

En aquel barrio vivieron Miguel Angel y Rafael y otros grandes artistas amigos de los pontífices.—Hoy habita allí la mayor parte de la curia romana.

No sin emocion pasé, pues, el magnífico *Puente de Sant-Angelo*.

Entre los innumerables proyectos de solucion propuestos por los estadistas para transigir la árdua cuestion del poder temporal, hay uno que consiste en establecer en aquel puente la frontera de los dominios del Papa,—que de este modo quedarian reducidos á la *Ciudad Leonina* y á otro barrio, situado tambien en la márgen derecha de Tiber y habitado por la mas baja plebe de Roma, el cual lleva el gráfico nombre del *Trastevere* (1).

(1) Tras el Tiber.

El puente de Sant-Angelo, construido por Adriano para dar paso á su Mau-



Pastor de la campiña de Roma.

soleo, se hundió en el siglo XV (en ocasion que se agolpaba sobre él una inmensa muchedumbre, que volvia de recibir la bendicion papal) sepultando bajo sus

arcos ciento setenta y dos personas.—El papa se apresuró á reedificarlo á sus espensas, y dos siglos despues el famoso arquitecto y escultor Bernini lo restauró tal como hoy se halla, colocando en él las colosales estatuas que lo decoran.

Del otro lado del puente se levanta el *Castillo de Sant-Angelo*, antiguo *Mausoleo de Adriano*, en que se hicieron enterrar tambien sus sucesores hasta Setimio Severo.

El *Castillo de Sant-Angelo* es ahora una fortísima ciudadela, que se comunica con el Vaticano por cierta oculta galería, y sirvió de refugio á Clemente VII cuando el condestable de Borbon asaltó á Roma al frente de las tropas de Cárlos V.—En una de sus salas fue estrangulado el cardenal Caraffa por órden de Pio IV.—La susodicha galería es obra de Alejandro VI, del padre de Lucrecia Borgia.

Nada mas grandioso que la alta mole circular de ennegrecida piedra, resto del antiguo mausoleo. Ciertamente, es un sepulcro digno de los emperadores del orbe.

Sobre la fortaleza que ocupa el centro de la magestuosa rotonda, se levanta un *Angel* de bronce dorado, con las alas estendidas.

Este ángel, que da nombre á todos aquellos sitios, recuerda un interesante episodio.—Por los años de 600, una terrible epidemia diezmaba la poblacion de Roma. El Papa, que lo era á la sazon San Gregorio el Grande, recorria la ciudad en rogativa, á la cabeza de todo el clero romano y de un pueblo inmenso, cuando al pasar cerca del Mausoleo de Adriano, se paró de pronto, dió un grito de alegría y levantó los brazos al cielo con verdadero trasporte.—Acababa de ver en los aires al Angel Esterminador, el cual (dijo) envainaba su espada en aquel momento, como en señal de que la peste iba á concluir...—Y asi fue: la peste concluyó á los pocos dias.—Mil trescientos cincuenta años despues, Benedicto XIV hacia colocar sobre la plataforma de la colosal ciudadela el gigantesco ángel que hoy la corona, en conmemoracion de un hecho tan peregrino.

Despues de pasar bajo los muros del castillo, guarnecido de centinelas franceses y dentro del cual resonaban marciales trompetas, penetré en la via de *Borgo-Nuovo*...—Era el instante crítico y solemne.....

Al entrar en aquella calle, insignificante y angosta, pero recta y larga, divisé allá... á su final... la *Plaza de San Pedro*, la portada de la *Basílica*, la ingente *Cúpula*, el arrogante *Vaticano*...

¡Oh momento!...—Yo no sé describir lo que pasó por mi alma!

Solo recuerdo que mi soledad me llenó de tristeza, y que me detuve, y que sentí frio y cansancio, y que hubiera llorado de buena gana...

La calle estaba todavía llena de sombra y humedad.—La plaza, la Basílica y el Palacio reverberaban al sol como una ciudad de oro.

Aquella lejana, súbita y radiosa aparicion del Pontificado triunfante, tenia algo de vision celeste.

¡Cuán pronto me consolé!

El aspecto de la cúpula, sobre todo, ensanchaba y levantaba mi corazon...

No puedo espresar de otra manera lo que al verla me sucedia.

Entonces logré ya reflexionar y darme cuenta de mis impresiones.

La brillante decoracion que tenia en frente era el estrado del mundo católico, el tribunal de las conciencias, el arca de la fé.

¿Y yo? ¿quién era?

En aquel momento no lo sabia.—Apelo á Dios, que veria en el fondo de mi alma mis leales intenciones.

Pero ello es que estaba contento, y que apresuré el paso, con viva ansia de llegar pronto á aquella region de luz y de santidad.

Y ¡cuán larga se me hizo la sombría calle!

A medida que yo andaba, la catedral crecia, la plaza se ensanchaba, la cúpula se perdia en los aires; desarrollábase ante mis ojos la inmensa mole del Vaticano, del palacio habitado por Pio IX; veia brillar el agua de las fuentes; distinguia con mas precision las estatuas, y contemplaba, en fin, con mayor asombro el misterioso *Obelisco*.

Por último, entré en la plaza.

Pasmo, devocion, respeto, admiracion, alegría, todo lo esperimenté á un tiempo mismo.

Y ¿cómo no?

Me hallaba en frente, no de una iglesia mas ó menos insigne, sino de la IGLESIA misma, de la Iglesia que se me apareció al cruzar la campiña de Roma; de la mística *Ciudad* de San Agustin; de la congregacion de los fieles cristianos! —Estaba viendo el templo-palacio y el palacio-templo; *San Pedro* y el *Vaticano*; la catedral y el alcázar reunidos en una sola morada, en que vive y reina la cabeza visible de la Iglesia, el Vicario de Jesucristo!...

Pero describamos ante todo la forma material de aquel cuadro.

Tenia delante de mis ojos una estensísima elipse formada por dos galerías semicirculares, compuestas de cuatro hileras de colosales columnas y coronadas de enormes estatuas.

Esta elipse, rota en el fondo, daba paso á otra plaza, en figura de trapecio, al fin de la cual empezaba una amplia escalinata.

Sobre la escalinata se levantaba el templo mas grande y venerable del mundo.

En medio de la elipse campeaba, solo y gallardo, un corpulento obelisco, y á un lado y otro, dentro de los semicírculos trazados por las galerías, se veian... no dos fuentes, sino dos montañas de agua.

A la derecha del templo, y fuera ya de la plaza, alzábanse las inmensurables fachadas macizas del *Vaticano*, con sus mil ventanas y balcones...

Y entre todo esto mediaba el espacio, se desenvolvia imponente la distancia, desarrollaba el cielo grandes campos de rutilante azul...

Pero temo que no hayas comprendido todavía las disformes proporciones del cuadro que se dilataba ante mi vista; y á fin de que formes una exacta idea de su magnitud, no vacilo en recurrir al árido lenguaje de los números.

Figúrate una elipse, cuyo mayor diámetro mide 738 pies. Imagínate dos curvas galerías formadas por 284 columnas jónicas. Sobre estas galerías, cuya altura es de 61 pies, coloca 96 estatuas colosales de Santos. Allá, á lo lejos, fíngete la fachada de la Basílica, de 370 pies de latitud, por 185 de elevacion desde su pavimento, ya muy alto, hasta la cruz de la cúpula. A los lados de esta fachada añade otras dos galerías rectas, formadas por pilastras, y coronadas tambien de gigantes esculturas. (Cuenta, entre todas, 192 estatuas colosales.) Repara en que el agua de las fuentes se eleva 40 pies sobre el suelo. Alza los ojos hasta percibir la cruz que corona el *obelisco* egipcio plantado en medio de la plaza, y asómbrate al ver que su solitaria mole hiende los aires hasta una altura de 140 pies. Advierte, por último, que desde la entrada de la plaza hasta la puerta de *San Pedro*, media un espacio de 400 varas...

Mas ni aun así creo que consigas que te figures la grandeza y el grandor de aquel lugar.—¿Qué importan los números ni las medidas, si no puedo hacerte ver aquellas masas de piedra, las proyecciones de la luz del sol en las rectas columnatas, las amplias líneas con que el templo y el palacio se dibujaban en el cielo, el océano de aire resplandeciente en que nadaba tanta maravilla, ni mucho menos el armonioso conjunto de todas las cosas que te enumeraba?

Avancemos, pues, hácia la Basílica.

Antes de subir la escalinata que la precede, dirige una mirada hácia la galería de pilastras de la derecha, que se encamina á la gran escalera del Vaticano, y verás bajo sus pórticos algunos militares, vestidos con un pintoresco traje de vivísimos colores y [illegible] de la edad media, que se pasean con una alabarda al hombro.—Éstos son los suizos que dan la guardia al Papa.

Continuemos avanzando.

Al pie de la doble escalinata por donde se sube á las cinco puertas de la Basílica, hay dos estatuas colosales, una á cada lado, como centinelas avanzados sobre la plaza.

Son San Pedro y San Pablo.—El Príncipe de los Apóstoles y el Apóstol de las gentes: las dos grandes columnas de la Fe.

Desde lejos me había parecido que estas estatuas estaban muy cerca del inmensurable templo. Al acercarme á ellas comprendí que la meseta de la escalera que conduce al atrio es por sí sola una extensa plaza, y cada escalon, una ancha calle.

El cuerpo de la Basílica, seguía creciendo, segun yo avanzaba, y se me venía encima, como se dice vulgarmente, aplastándome con su enorme pesadumbre.

La portada de *San Pedro* no es bella bajo el punto de vista del arte. Su magnitud carece de grandiosidad. Apenas columnas adheridas al muro, y la division de este en puertas y ventanas, son mas propias de un palacio que de un templo. Lo único que disculpa al arquitecto que la construyó (C. *Maderno*), es la precision en que estaba de colocar en la portada de la Basílica un balcon desde el cual bendijese el Santo Padre á la ciudad y al mundo el primer dia de Pascua de Resurreccion.

Sobre la balaustrada ó ático se ven trece estatuas gigantescas, que representan á Cristo y á los doce Apóstoles, y en cada estremo de la misma hay un reloj. —El de la derecha marca las horas á la italiana, esto es, desde una hasta veinte y cuatro, segun te he esplicado ya.

La catedral, asi por dentro como por fuera, está construida, como sabrás, en el estilo del Renacimiento, no habiendo otra razon para que se llame *Basílica*, que el haber sido edificada sobre una que habia levantado Constantino.—Su disposicion arquitectónica es de catedral.

Pero dejemos para despues esta y otras cuestiones de arte; y olvidándonos por un momento de la crítica, penetremos ya en *San Pedro* con la devocion que requiere el caso, mas atentos al espíritu de las cosas, que á la forma artística en que hayan sido espresadas.

He dicho que *San Pedro* tiene cinco puertas por su fachada principal.

Estas dan á un estenso vestíbulo ó pórtico, en cuyos estremos laterales se ven dos soberbias estatuas ecuestres;—la de *Constantino* y la de *Carlomagno.*

A *San Pedro* y á *San Pablo*, cuyas estatuas vimos antes, les llamamos las dos grandes *Columnas de la Fé.*—Constantino y Carlomagno son las dos grandes *Columnas de la Iglesia*, sus paladines en el siglo.—El uno puso al servicio de la cruz las águilas romanas, reconoció el cristianismo, lo levantó sobre su trono, legalizó su existencia en el imperio: el otro aumentó los Estados de la Iglesia, los defendió, los aseguró para siempre.—El primero es el escudo, la egida de la Iglesia Romana: el segundo, el mantenedor del reino pontificio.—Hé aquí por qué los sucesores de San Pedro han dado tan alto testimonio de gratitud á esos dos príncipes magnánimos y piadosos, de los cuales el uno es el campeon de su poder espiritual, y el otro el campeon de su poder temporal.—Como papas y como reyes, los pontífices romanos les debian el alto honor que les han hecho al admitirlos á caballo en el vestíbulo de *San Pedro.*

En este mismo vestíbulo se ven unas antiguas lápidas procedentes del pórtico de la humilde *Basílica de Constantino* que ocupó aquel lugar. Entre ellas hay una, de mármol negro, en que se lee una Elegia compuesta por Carlomagno en 795, con motivo de la muerte de su amigo el papa Adriano I.

Las lamentaciones del emperador principian de este modo:

Post Patrem lachrymans, Carolus, hæc Carmina scripsi,
Tu mihi dulcis Amor, te modo plango Pater,
Tu memor esto mei, sequitur te mens mea semper:
. . . .
Nomina jungo simul titulis, clarissime, nostra;
HADRIANUS, CAROLUS, *Rex ego, tu que pater.*

A las cinco puertas citadas, corresponden otras cinco que dan paso del vestíbulo al interior del templo.—Encima de la puerta de en medio se ve la célebre *Navicella* (la Barquilla de San Pedro) de Giotto, que tambien fue ejecutada para la antigua Basílica.—La cuarta puerta, contando de izquierda á derecha, está

murada, y solo se abre cada veinte y cinco años para el Jubileo.—Se llama la *Puerta Santa*.

Ya no habia mas remedio que entrar. Algunos devotos que iban ó venian, me marcaban el camino del interior del templo, entreabriendo la cancela de la única puerta que no se hallaba cerrada... Un paso mas, y daban fin los muchos años que habia pasado imaginándome á San Pedro y sin haberlo visto... Un paso mas, y trocaba una esperanza en un recuerdo, y me quedaba en la vida con un misterio menos en el alma...

Di este paso, y entré.

Toda la magnificencia del templo se desplegó súbitamente ante mis ojos.

Ni el Escorial, ni la Catedral de Milan, ni la Cartuja de Pavía me impusieron, me anonadaron tanto.—¡Cuánta grandeza y cuánta magnitud reunidas! ¡Cuánta riqueza y cuánto arte á un mismo tiempo! ¡Qué armonía, qué hermosura, qué sublimidad!

No: no seguia la reverente costumbre de admirarlo. A mí las rutinas me previenen siempre en contra; y esta prevencion, asi como los pomposos anuncios, me hacen encontrar pequeñas las cosas mas grandes. Yo soy lo bastante sincero para poder confesar en cualquier caso que no abundo en una opinion universalmente admitida... Pero la Basílica de San Pedro es *grande* absolutamente y para todos; grande para el artista y para el profano; grande para el creyente y el escéptico, para el entusiasta y el indiferente, para el que entra en ella preparado de antemano, y para el que la visitara sin noticia anterior de su existencia.

Suspenso, atónito, arrobado quedéme á la puerta, viéndolo todo y no fijándome en nada.—Aun no descubria el vano de la cúpula; pero me asombraba su solo arranque y la diáfana luz que bullia debajo de ella.

Tres anchas naves; pilares enormes, cuya planta es equivalente á la de iglesias enteras; bóvedas doradas cuya altura asombra; estatuas colosales de mármol blanco, representando á los *Profetas*, á los *Fundadores de órdenes religiosas* y á una multitud de alegres ángeles; pilastras corintias, estriadas, de increible elevacion; los cuadros mas bellos del mundo reproducidos en admirables mosaicos; las *Virtudes*, gigantescas figuras en estuco, adornando los grandes arcos; allá la *Confesion de San Pedro*, ó sea la tumba de los Apóstoles; allá el magestuoso Altar Mayor, aislado sobre el lugar donde se encuentran los brazos de la cruz latina que forma el templo; detrás, el espacioso ábside, *Coro de los cardenales*, *Salon del trono de los pontífices*, *Corte de las almas*...—hé aquí las primeras maravillas que fui distinguiendo en la gran maravilla del conjunto.

Y todavía no habia formado idea de la inmensidad del templo...—Tal es la armonía, la acabada proporcion de todas sus partes.—Pero cuando di algunos pasos dirigiéndome á una pila de agua bendita, sostenida por un ángel de mármol, graciosa figura que desde lejos me habia parecido débil y pequeña como la de un niño de pocos meses, me asombró, primero la distancia que tuve que recorrer para llegar á la pila, y luego el colosal tamaño de aquel ángel, cuya

mano era tres veces mas grande que la que yo alzaba para tomar agua.—Solo entonces comprendí las ciclopeas dimensiones de la *Basílica.*

En seguida avancé por la gran nave del centro, y al andar me parecia que pesaba sobre mis hombros, abrumándolos, la gran cantidad de aire que mediaba entre mi cabeza y las altas bóvedas.

Cuando llegué bajo la cúpula, mi admiracion rayó en susto, en vértigo, en estupor.—Nunca espacio tan amplio fue robado por el hombre á las regiones serenas de la libre atmósfera.—Diríase que aquella cúpula ha invadido el cielo azul; lo ha enlazado con la tierra; lo ha encerrado y comprendido en un fanal de mármol, obligándole á servir de techumbre á la casa del señor.

¡Loor eterno á Bramante, al soberano artista que imaginó tal portento! ¡Loor á Miguel Angel que lo realizó, que lo dibujó en los aires, que resolvió el temerario problema de levantar, como ha dicho un poeta insigne, el *Pantheon* sobre el *Coliseo.*

La cúpula de Brunelleschi en la catedral de Florencia podrá tener el mérito de la prioridad; pero no impone, no avasalla el ánimo como la de San Pedro. Esta es mas grande materialmente; arranca de mayor altura; es mas armónica en sus proporciones; está mas ricamente decorada, y sobre todo ostenta, respira, infunde una magestad, un poderío, un sosiego victorioso, no sé qué triunfo, qué paz, qué beatitud agena al mundo de aquí abajo, que no pueden compararse sino á las plácidas, solemnes, tranquilas emociones que me causó el aspecto de la cima nevada del *Mont-Blanc.*

«Las nubes ceñian su cintura, sin lograr alzarse nunca hasta su frente, que se erguia desdeñosa sobre las tempestades de la tierra.»

Esto decia yo del rey de los Alpes: esto puede decirse de la gigantesca máquina que se levantaba sobre mi cabeza.

Y por eso trasmite al alma tan augusta serenidad, tan inmortal reposo.

La escelsitud material ó moral consuela siempre al hombre, hundido ó miserable en este valle de oscuridad y de tristeza.

Continuemos.

Bajo la soberbia cúpula, es decir, en el terreno que hoy cobija, viéronse en otro tiempo luchas de hombres y de fieras, presididas por Neron, cuyo *Cir.o* ocupaba aquel mismo lugar: allí sufrió el martirio y fue sepultado San Pedro: allí se alzó (¡cuán humilde!) en el primer siglo de la iglesia, una *Capilla* consagrada al príncipe de los Apóstoles por su discípulo *San Anacleto*, tercer papa, que despues fue tambien martirizado: allí erigió *Constantino* la primera Basílica cristiana: allí concibieron Julio II y Miguel Angel la idea del maravilloso templo que ha sustituido á la primitiva Basílica: allí, en fin, bajo la titánica cúpula, que como una ingente corona se cierne en la soledad de los aires, se ve hoy, al pie del Altar Mayor, la tumba de bronce que encierra los restos de los apóstoles *Pedro* y *Pablo.*

Aquella tumba tan veneranda es toda de bronce, adornada de una gran cruz de oro.—Ciento cuarenta y dos lámparas la alumbran de dia y de noche, cons-

pensa de toda pena y de toda culpa; en que sus sentencias son infalibles; en que doscientos millones de almas reconocen y acatan esta soberanía espiritual, y en que una vez recusada por la duda semejante autoridad, escala milagrosa que, como la de Jacob, une la tierra al cielo, nuestra pobre vida quedaria incomunicada con Dios; las tinieblas reinarian sobre el mundo; la tierra seria un calabozo



Interior de San Pedro de Roma.

sin salida; la esperanza no encontraria un sendero por donde buscar la libertad; y la vida seria la desesperacion, y la muerte seria la nada!...

Esto pensaba; y ante tales ideas, la gran Basílica me pareció mezquina, pobre y enana, á causa de sus mismas soberbias pretensiones y de su portentosa magnificencia terrena; esto pensaba, y ante tales ideas nada encontré alrededor mio que representase directamente el sacrificio de las vanidades de la tierra hecho

por el alma cristiana sobre el ara de la tumba á la esperanza de otra mejor vida: esto pensaba, y ya me iba, no queriendo fijar en los graciosos primores de una obra humana una atencion y una reverencia que reclamaba con mejor derecho la iglesia ideal que acababa de surgir en mi mente; ya me iba, digo, dejando para otro dia examinar el templo con ojos de artista ó de curioso, cuando reparé en una cosa que correspondia ciertamente á la altura de mis meditaciones.—Tal era una multitud de confesonarios, colocados como en asamblea en una de las naves laterales, formando un amplísimo círculo.—Sobre cada uno de aquellos confesonarios habia un letrero que marcaba el idioma en que podian revelarse allí los pecados.—*Pro lingua illirica... Pro lingua gallica... Pro lingua hispanica... Pro lingua græca... Pro lingua lusitana... germanica... italica... arabica... britannica...* etc. etc.

Hé aquí, me dije, el gran tribunal de la penitencia; hé aquí el gran océano de las culpas, en el que desembocan, como otros tantos rios, esos confesionarios, procedentes de apartadas regiones del universo; hé aquí el catolicismo; hé aquí la iglesia de todas las gentes.

En el confesonario español se acusaba una mujer vestida de negro...—Comprenderás que no llevé mi espíritu de observacion hasta fijar los ojos en aquella penitente.—Adiviné, ó por mejor decir, forjé en mi fantasía una poética y dolorosa historia, y pasé.

Los confesonarios franceses eran dos.—La lengua francesa será con el tiempo la lengua universal.—Ademas que en Roma hay 25.000 galos de guarnicion.

Luego pasé por delante del sepulcro de Pio VII, de aquel otro vencedor de Napoleon I.—Allí recordé un antiguo episodio que escribí hace tiempo con el título de *¡Viva el Papa!*

En la Basílica han sido enterrados *ciento treinta* Pontífices, empezando por San Pedro y concluyendo por Gregorio XVI.—Imagínate ahora la inmensa variedad de suntuosos mausoleos que se verán por todos lados.

La catedral de San Pedro contiene [illegible] *columnas*, de las cuales 16 son de bronce, 239 de mármol y 300 de granito.—251 *estatuas* de bronce, mármol y estuco,—y 46 *altares*.

En la gran nave, á la derecha de la tumba de los Apóstoles, hay una estatua de bronce, que representa á San Pedro, tan venerada por los católicos, que le han gastado el pie derecho á fuerza de besarselo.—La escultura data del año [illegible]

He dicho que me marchaba, conociendo que era imposible formar idea de todo lo que encierra la Basílica y prometiéndome volver mas despacio, cuando estuviera mi imaginacion bastante sosegada para estudiar minuciosamente todos aquellos prodigios de arte; me marchaba, digo, creyendo que no habia permanecido en el templo sino algunos minutos, cuando he aquí que al mirar el reloj, encuentro que mi visita habia durado tres horas.—Así acontece con el mar: contemplándolo, se pierde la conciencia del tiempo.

Mas no creas que salí de la Basílica para [illegible]... Aun [illegible] que

ver lo principal: tenia que ver á *San Pedro* á vista de pájaro: tenia que subir á lo alto de la cúpula

Muchas y muy grandes impresiones he esperimentado durante esta ascension, siendo las principales el aspecto esterior de la misma cúpula contemplada desde la plataforma ó sea desde los tejados del templo:—la vista interior del templo, cuando se asoma uno á lo alto de la cúpula y sumerge sus miradas en aquel profundo vacío... y distingue allá abajo las estatuas y los hombres como puntos imperceptibles que apenas se alzan sobre el pavimento de la iglesia;—y el momento en que se entra (despues de haber dominado la cúpula y la linterna que la corona) en la gran bola de bronce que sirve de pedestal á la cruz.

Esta bola de bronce (*la palla*) puede contener diez y seis personas, y sin embargo, vista desde la plaza de San Pedro, aparece del tamaño de una naranja.

Dentro de la *palla* encontré dos inglesas.

Yo no olvidaré nunca el terror y el vértigo que me han asaltado en aquel lugar. - Hoy no corria viento alguno; y con todo, la bola temblaba, se mecia... como un barco agitado por el Océano.

Fuera de la bola hay todavía una escala de hierro por la cual se sube á lo alto de la cruz.—Esta última ascension solo la hace el encargado de iluminar la víspera de San Pedro aquella cruz perdida en la inmensidad de los aires.

Hubo un momento en que pensé en subir yo tambien; pero la mera idea de intentarlo me hizo perder la cabeza, y tuve que arrojarme *al suelo*, temeroso de perder tambien el sentido.

Estas emociones las han esperimentado cuantos se han visto dentro de la *palla*...

Y á propósito: en las escaleras de la cúpula he leido una porcion de lápidas conmemoratorias de los principales viajeros que han visitado la bola de bronce, y resulta que han subido á ella mas de cien soberanos asiáticos, africanos y europeos.

Yo creo que el desasosiego que se esperimenta en aquel gabinete aéreo depende mas de la imaginacion que de los sentidos. La conciencia de la altura á que se encuentra uno; el recuerdo de la *palla* vista por fuera y desde abajo; el temor á los terremotos, tan comunes en Italia; y para mí, sobre todo (lo repito), la continua tentacion de escalar la cruz y abrazarme á ella,—*idea* que estaba seguro de no realizar, y que, sin embargo, me trastornaba *por sí misma*,—son la verdadera causa de la intranquilidad que se siente, y que yo sentia, en un lugar tan seguro; seguridad abonada por doscientos y tantos años de esperiencia.

Dicho se está que desde aquella fabulosa altura se goza de unas estensísimas cuanto interesantes vistas.

Desde allí se domina en primer lugar toda la mole de la Basílica,—inmensa azotea, coronada por diez cúpulas secundarias; vasta llanura de piedra, levantada en los aires, sobre la cual se encuentran calles, plazas, escaleras, monumentos... hasta viviendas humanas.

Se ha dicho, con razon, que «San Pedro es una especie de ciudad aparte, »comprendida en la ciudad eterna, con su clima y su temperatura propios, con »su luz particular; tan pronto desierta, como visitada por caravanas de viajeros, »ó poblada por una inmensa muchedumbre que acude á las ceremonias religio- »sas... (En algunos jubileos ha llegado á *cuatrocientosmil* el número de pere- »grinos que han entrado en Roma.)—*San Pedro* tiene sus aljibes de agua, sus »caminos ó rampas por las que pueden subir hasta la plataforma bestias carga- »das, y su poblacion fija que vive en las azoteas. Los *San-Petrini*, obreros en- »cargados de la conservacion de un edificio tan precioso, se suceden de padres á »hijos y forman una corporacion con sus leyes especiales y su policia.»

Tambien se ve desde allí toda la ciudad de Roma, esto es, la antigua y la moderna; lo mismo el Capitolio que el Quirinal; asi las cuatrocientas iglesias cristianas, como los arcos, obeliscos, pórticos y templos de la gentilidad...—Aquí el Pantheon; allí el Coliseo; allá la Columna-Trajano; acullá el Tiber con sus cinco puentes (uno de ellos colgante), con sus barcas, sus muelles, sus puertos... En este lado la *Ciudad Leonina*, el Vaticano, los Jardines Pontificios, el Castillo de Sant-Angelo, el Pincio, la Villa Borghesse... En aquel otro el Trastevere, las Termas de Caracalla, las de Tito; San Sebastian (donde se halla la entrada en las *Catacumbas*, á las cuales ardo en deseos de bajar y bajaré muy pronto); los cementerios católico, judío y protestante (pues en Roma hay tolerancia religiosa); la inmensa *Basílica de San Pablo*, pretenciosa rival de la de San Pedro; los Acueductos; la *Via-Apia*, trazada por dos hileras de tumbas; los melancólicos despoblados de la campiña romana; los montes de la Sabina, los montes Albanos, la oscura selva de *Laurentum*, y mil pueblecillos en torno á la desierta llanura, y ruinas en medio de esta, y pantanos á lo lejos, y el ferro-carril de Civita-Vecchia, y por último, en lontananza... la línea horizontal del Mediterráneo...—¡Qué panorama! ¡Qué mundo de recuerdos! ¡Qué abismo de meditaciones!

. . . .

Tal ha sido mi primera visita á *San Pedro*.—Pasado mañana veremos la gran Basílica durante una de las mas solemnes ceremonias de la iglesia.—Tengo para mí que la carta que te escriba entonces, ha de interesarte mucho mas que la que aquí termina. ¡Como que en aquella podré describirte á Pio IX y á todo el clero romano!

IV.

El Monte Janículo.—La celda en que murió *Tasso*.—El Pantheon.—El Pincio.—La aristocracia secular de Roma.—Puesta de sol.—Tertulia española.

El mismo dia 25 á las nueve de la noche.

No satisfecho todavía con la gran vista panorámica de Roma que disfruté esta mañana desde lo alto de la cúpula de San Pedro, he pasado despues toda la

tarde corriendo de cumbre en cumbre y cebando mis ojos en la contemplacion de la ciudad eterna, cuyo aspecto general quiero grabar en mi alma con indelebles caracteres antes de descender al estudio interior y observacion minuciosa de sus iglesias, palacios, museos, ruinas y demás monumentos que la decoran.

Animado por esta idea, principié mi espedicion esta tarde haciéndome conducir á la cima del *Monte Janículo*, la mas alta de las *diez colinas* (no siete) sobre que se levanta Roma.

El *Monte Janículo*, llamado hoy mas comunmente *Montorio* (monte de oro) del color de sus arenas, se estiende entre el *Monte Vaticano* y el *Monte Aventino*, á lo largo de la orilla derecha del Tiber.

Para llegar á su cumbre, hube de pasar cerca de la iglesia y convento de *San Onofrio*, donde murió *Torcuato Tasso*; y como aquel sea un sitio muy apartado del centro de Roma, aproveché la ocasion (por si no se me presentaba otra tan favorable) de visitar la celda inmortalizada por los infortunios del célebre poeta.

Un fraile gerónimo sumamente jóven, perteneciente á la comunidad que habita hace tres siglos aquella piadosa casa, me hizo los honores de ella, esplicándome las menores circunstancias de los últimos dias de Tasso.

La celda se halla en el mismo estado en que la vió el cantor de las Cruzadas al lanzar el último suspiro.

Allí se encuentran su papelera, su sillon, un vaso antiguo de barro que habia siempre en su mesa, el Crucifijo de bronce que estrechó entre sus manos al espirar, el espejo que copió su imágen...—imágen que pasó por él como una nube por el cielo...

Algunas banderas de los cruzados, coronadas de laureles que se renuevan de tiempo en tiempo, adornan una de las paredes...

En otra parte se ve la mascarilla modelada sobre el rostro exánime del infortunado Torcuato.

El yeso repitió fielmente la horrible demacracion de las facciones del tísico... Y ¡cuán dolorosa es la espresion de aquellas mejillas hundidas, de aquella frente atormentada!

Sobre la papelera hay un tintero...

Es el mismo que usó Tasso durante los treinta y cinco dias que moró en aquella estancia!

Yo miré el fondo vacío de aquella fuente agotada, y pensé en las canciones, en los poemas, en los mundos de hermosura que se habian secado al secarse la tinta que no estrajo de allí la pluma del poeta.

De otra pared penden dos cuadros que encierran dos cartas autógrafas del cantor de *Aminta*.—Son sus últimos escritos.

Una de ellas, trazada por la insegura mano del moribundo la víspera de su tránsito á la otra vida, dice de esta manera:

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

sienes por la mano piadosa del papa Clemente VIII.—¡Tardío; pero noble y sagrado galardon de su genio y de sus dolores!

Abajo, en la iglesia del monasterio, se halla el monumento levantado recientemente por Pio IX, en nombre de nuestro siglo, sobre la losa que cubre las cenizas de Torcuato.

La estatua del creador de *Reinaldo* tiene en la mano la *Gerusalemme liberata*, abierta por la primera página, leyéndose en el mármol y en letras de oro los dos versos con que principia el poema:

Canto l' armi pietose, e 'l Capitano
che 'l gran Sepolcro liberó di Cristo.

Una vez fuera de San Onofre, seguí subiendo el Monte Janículo hasta llegar á su cumbre, donde se halla la *Fuente Paulina*, llamada asi por ser obra de Pablo V.

Roma es la ciudad mas rica de agua potable de todo el universo, y aquella cuyas fuentes públicas son mas caudalosas.

Ya te dige anoche que por la fuente *Trevi* corre todo un rio, llamado *Acqua Vergine* (agua vírgen).—Por la *Fuente Paulina*, que se encuentra á 64 metros sobre el Tiber, fluye *l'Acqua Paola*, que viene de los lagos *Bracciano* y *Martignano*, muy distantes de Roma, por medio de colosales acueductos.—Entra además en Roma *l'Acqua Felice*, llamada asi del primitivo nombre de Sisto V (*Felice Montalto*).

Los acueductos que conducen por los aires estos tres rios á la cumbre de las colinas mas altas de la ciudad eterna, suman una longitud de 27 leguas, calculándose en *ciento ochenta mil quinientos metros cúbicos* el volúmen del agua que derraman por mas de cien fuentes, casi todas monumentales.

Pues asómbrate: este caudal no es sino la décima parte del que surtia las fuentes de la antigua Roma. Entonces eran diez los acueductos, y producian *un millon trescientos mil* metros cúbicos de agua cada veinte y cuatro horas.

El agua de la *Fuente Paulina* es la mitad de la que viene de los lagos citados, y sin embargo, despues de volcar su volúmen en aquella altura, cual si fuese un simple adorno de un ocioso monumento, baja á la ciudad, poniendo en movimiento veinte y dos fábricas, alimentando muchas fuentes públicas y particulares y yendo á parar al Tíber.—La otra mitad del *Acqua Paola* desciende al Vaticano, surte el palacio de los Papas, riega sus jardines, aparece en las dos fuentes de la plaza de San Pedro y ocurre á todas las necesidades del *Borgo Nuovo*.

En cuanto á la vista de Roma que se disfruta desde la *Fuente Paulina*, baste decirte que me maravilló sobre manera, á pesar de haberme asomado pocas horas antes á lo alto de la Cúpula.

Cerca de la fuente, y por debajo de ella, se encuentra la célebre iglesia de *San Pedro in Montorio* en una deliciosa posicion. Dicha iglesia fue construida

por nuestros *Reyes Católicos* y adornada por Felipe III de Austria.—Los muros



Campesina romana.

del templo padecieron mucho en 1849 cuando los franceses sitiaron á Roma, defendida por Garibaldi.

Del *Monte Janículo* bajé al *Trastevere*, al barrio clásico de la plebe romana, habitado por una raza fuerte, viciosa, iracunda, medio cristiana y medio idólatra, indolente, guerrillera, papal y republicana á un tiempo mismo; que jura *per Baco* y lleva en el puñal una efigie de María Santísima; nunca ladrona, pero que te asesinará por el mas fútil motivo; gran jugadora de naipes y de lotería; pintorescamente vestida con su capa melodramática y su sombrero puntiagudo...—raza envilecida, que conserva en su fisonomía y en sus pasiones algo de la antigua Roma...—hijos póstumos de la Loba, gobernados por un Cordero.

Todos estos caracteres de la plebe romana se advierten á primera vista, y sobre todo penetrando, como yo he penetrado esta tarde, en las tabernas en que se reunen los trasteverinos á jugar, á beber, á maldecir y á matarse.—En una de aquellas tabernas permanecí media hora, fumándome filosóficamente un *cavour* y reparando mis fuerzas con un esquisito *montefiascone* y unos pasteles que me han recordado el alcuzcuz de Marruecos.—¡Qué tipos he visto! ¡Qué conversaciones he oido! ¡Qué juramentos! ¡Cómo se enseñaban los puños aquellos hombres! ¡Cómo se amenazaban! ¡Cómo reian! ¡Qué barbas! ¡Qué ojos! ¡Qué voces! ¡Qué gestos! ¡Qué tinieblas morales (por decirlo asi) en aquella atmósfera de humo de tabaco! ¡Qué pasion en medio de todo!

Al pasar despues por la plaza principal del barrio, me detuve un momento ante la insigne basílica *Santa Maria in Trastevere*, la primera iglesia, segun la tradicion, en que celebraron públicamente su culto los cristianos de Roma. La primitiva basílica fue edificada al año 222 sobre las ruinas de un hospital de inválidos, *Taberna Meritoria*. Luego fue destruida cuando las grandes persecuciones contra los cristianos; levantada otra vez en épocas de tolerancia; derribada de nuevo; vuelta á construir; y finalmente agrandada y embellecida por muchos pontífices.

Hoy es uno de los templos predilectos de los devotos de Roma.

Empezaba á declinar el sol, y yo queria terminar la tarde en el *Monte Pincio*.—Dejé, pues, el *Trastevere* por el *Ponte-Sisto*, construido sobre los pilares de otro, debido á Marco-Aurelio, y me encaminé hácia el Norte, por un dédalo de callejuelas, seguro de salir á terreno conocido.

Pronto me encontré en la plaza del *Pantheon* ó sea de la *Rotonda*, nombre que lleva tambien aquel magestuoso monumento, el mas completo y acaso tambien el mas noble y sublime que nos ha legado la antigüedad.

El *Pantheon* (su nombre lo dice) fue un templo levantado á *todos los dioses*. Edificóse á espensas de Agripa, en tiempo de Augusto, algunos años antes de la venida de Jesucristo.—Hoy es un templo católico, llamado *Santa María de los Mártires*.

Nada mas sencillo ni mas grandioso al mismo tiempo que el *Pantheon de Agripa*. En él, solo hay que admirar dos cosas: el pórtico que lo precede, y la nave circular (la Rotonda) á que se reduce todo el edificio.

El pórtico se compone de diez y seis gallardas y gigantescas columnas de

granito oriental, cada una de una sola pieza. El tamaño de estas columnas es de 14 pies de circunferencia por 38 y medio de elevacion. Sus bases y elegantísimos capiteles de mármol blanco, así como el cornisamiento y el fronton que sustentan, pasan entre los artistas como acabados modelos por sus bellas y armoniosas proporciones.

Antiguamente se subia por siete gradas á este pórtico ó vestíbulo, cuya profundidad es de 61 pies por 104 de anchura. Hoy se ha levantado tanto el terreno, que solo hay que subir dos escalones.

Las diez y seis magníficas columnas que he citado se hallan en tres hileras, de modo que el pórtico solo presenta ocho en su espaciosa fachada.

En otro tiempo, el fronton estaba revestido de un gran bajo-relieve de bronce dorado; pero el papa Urbano VIII lo hizo arrancar, y con él y con la techumbre, tambien de bronce, que cubria el vestíbulo, hizo cuatro columnas para el tabernáculo de la Basílica de San Pedro y ochenta cañones para el castillo de Sant-Angelo.

En cambio, se colocaron los mezquinos campanarios sobre este magnífico pórtico; campanarios que la burlona plebe romana comparó en seguida con dos orejas de burro; todo lo cual hizo prorumpir á la musa callejera en este sangriento, pero justísimo epigrama:

Quod non fecerunt Barbari,
fecerunt Barberini.

Urbano VIII era de la familia Barberini.

Aquí tienes una prueba mas de lo que te decia anoche á propósito de la *Via Crucis* del Coliseo.—Los hijos de Roma no han sido nunca tan cristianos que abdiquen de su prosapia gentil.—Bueno que haya papas en lugar de emperadores; bueno que se conviertan en iglesias nuestros templos,—murmura por lo bajo su instinto;—pero que se respete el arte; que no se toque á nuestros monumentos paganos.

Con que entremos en el *Pantheon*.

Ya te lo he dicho: nada mas sencillo ni mas grandioso que aquella nave redonda, cubierta por una amplia y magestuosa cúpula.

El diámetro y la altura del *Pantheon* son iguales: 132 piés.—El espesor de sus muros (esto no se ve, pero se sabe, y hasta se afirma) es de mas de seis varas.

Este singularísimo templo no tiene ventana alguna. La luz y el agua del cielo (esta tarde estaba cubierto todavía de nieve el centro del *Pantheon*) entran por lo alto de la cúpula, donde en vez de una linterna ó cimborio, como en todas las cúpulas, hay un gran redondel abierto, por el cual se ven cruzar las aves y las nubes.—El centro del pavimento está deprimido y tiene unos agujeros como los patios de Andalucía, á fin de que corra el agua cuando llueve.

En los mismos nichos que ocupaban hace mil quinientos años Júpiter, Marte,

Venus, Saturno y otros dioses paganos, hay altares consagrados á Jesus, á María y á algunos santos mártires.

Para concluir: en aquel augusto recinto descansan los restos del gran pintor cristiano, del príncipe de los artistas, del divino *Rafael*.

El sepulcro del pintor de las Vírgenes, sirve como de pedestal á una imágen de María, llamada la *Madonna del Sasso*. ¡Ufano y gozoso debe de estar el místico genio á los pies de Aquella que tanto adoró y cuya soberana hermosura fue la inspiracion de su vida!

Cerca de la tumba de Rafael se halla la de su prometida, la sobrina del cardenal Bibiena, muerta tres meses antes que el gran artista.

. . . .

A la puerta del *Pantheon* tomé un coche y me dirigí al *Pincio*, pasando por la *Piazza Colonna*, el *Corsó* y la *Plaza del Popolo*, camino que ya conocemos.

Desde la Plaza del Popolo se sube al *Pincio* por unas estensas y redobladas rampas, sombreadas por añosos árboles y adornadas de estatuas. Centenares de coches subian y bajaban por aquellas empinadas cuestas, que son otros tantos balcones escalonados en anfiteatro, desde los cuales se disfruta una soberana vista de la parte occidental de Roma, mas dilatada y comprensiva segun que se va uno elevándo mas sobre la *Plaza del Popolo*.

Llegué, en fin, á lo alto del *Monte Pincio*, y encontré una gran esplanada llena de arboledas y jardines, en torno de los cuales daban ámplias vueltas los coches y los ginetes, mientras que la gente de á pie se agrupaba en algunos paseos ó salones, donde las músicas de los regimientos franceses obsequiaban á los romanos con las melodías de Bellini y Donizetti.

Allí arriba me olvidé de que estaba en Roma: nada habia allí que recordase á la ciudad de los Césares ni á la metrópoli del catolicismo. Aquella multitud, aquella alegría, aquellos lujosos trenes, aquella música profana, aquellos trajes seglares y modernos, las miradas de amor que cambiaban los jóvenes, el humo de los cigarros, el crujido de la seda, el perfume de las damas elegantes, el matrimonio, representado en tantas parejas, los niños que jugaban, los oficiales que lucian su uniforme y arrastraban su espada, todo me daba idea del siglo y del siglo actual; todo me hacia creer que me hallaba en Paris ó en Madrid; todo me alejaba de la ciudad de los recuerdos y de las esperanzas.

Y comprendí el amor y la juventud en medio de los dos severos ascetismos que constituyen el carácter de Roma: el ascetismo filosófico que inspiran las ruinas, y el ascetismo religioso que inspiran las iglesias. Y dibujé sobre el fondo melancólico de un horizonte alumbrado por dos crepúsculos,—por el de la vida y por el de la inmortalidad,—historias de pasion, sueños de libertad, imágenes de hermosura, cánticos primaverales, todo el lirismo, todos los entusiasmos de nuestra rápida existencia.

En tanto se ocultaba el sol en el Occidente, tiñéndolo de color de púrpura. La gran masa de la Basílica de San Pedro se dibujaba en los esplendores del oca-

so, agigantada como los navios que aparecen en el límite del horizonte al declinar la tarde. En el Monte Janículo, que acababa de recorrer y del que ya me separaba toda la estension de Roma, blanqueaba todavía la nieve. El Tíber amarillento habia tomado un blando tinte de ópalo, y los cipreses de *Villa Corsini* se ennegrecian y parecian cada vez mas altos, á la manera de espectros salidos de la tierra para tender sobre el mundo las sombras de la noche.

¡Hora sublime de patéticas emociones!—La niebla empezaba á envolver á la ciudad de los siglos.—La realidad se borraba tambien á los ojos del viajero, y otras regiones, y otros tiempos, y otras ciudades se presentaban á mi imaginacion.—Las campanas que resonaban allá abajo hablaban el idioma de la remota patria... La gente que bullia en torno mio tomaba la forma de seres conocidos, de prendas inolvidables...

. . . .

Una hora despues, es decir, hace dos horas, me hallaba rodeado de españoles.—La dolorosa alucinacion que me angustiaba en la cumbre del *Monte Pincio*, habia sido como una profecía, como un presentimiento de la consoladora escena con que ha terminado mi dia de hoy.

Esta escena ha tenido lugar en el *Café Greco*, punto de reunion, como ya te he anunciado, de casi todos los artistas estranjeros que residen en Roma.

Allí tienen una sala particular los artistas españoles: allí he encontrado á mi antiguo amigo el escultor VILCHES; al pintor de batallas, FORTUNY, á quien conocí en África, pensionado hoy por la ciudad de Barcelona; á DIÓSCORO PUEBLA, pensionado por nuestro gobierno, y pintor de gran porvenir, autor de unas *Bacantes* que acaban de ser premiadas en la Esposicion de Bellas Artes de esa villa y córte y ocupado hoy en bosquejar dos cuadros: *Las Hijas del Cid* y *San Pablo convirtiendo á una cortesana*: á FIGUERAS, escultor catalan, que ha creado, dicen, una bella estatua de *doña Marina*, la amada de Hernan-Cortés; á PALMAROLI, pensionado por los reyes de España y que pinta un cuadro de devocion que se elogia mucho: á DON ALEJO VERA, pensionado particular, que bosqueja un cuadro, el *Martirio de San Lorenzo*, destinado á la futura esposicion española; á MARCIAL, á FRANCES, á ROSALES, y á otros cuyos nombres no recuerdo: allí he visto tambien á un jóven fotógrafo vascongado, el señor MAURIS, cuyo establecimiento tiene gran nombradía en Roma; á DON FERNANDO FERNANDEZ DE VELASCO, agregado á nuestra embajada, persona de gran instruccion é ingenio; á mi querido amigo el delicado poeta AMÓS ESCALANTE; al señor BALIZ, agregado tambien á la embajada española; al distinguido compositor catalan DON MARIANO SORIANO FUERTES: á los señores ARNAU y GRANDALLA, empleados en los ferro-carriles romanos, que se construyen por nuestro célebre compatriota el señor Salamanca; al presbítero DON RAMON PERALTA, escelente sugeto, capellan de la iglesia de Monserrate, y en fin, á otros varios españoles, *desconocidos* en su mayor parte. —No estaban allí ya (pero sí estaba su recuerdo) GISBERT y CASADO, ó sean los autores de los *Comuneros* y de los *Carvajales*: uno y otro artista partieron hace poco tiempo para España, llevándose dos obras que, segun he visto en los perió-

dicos, han llenado de orgullo y regocijo á la patria de Zurbarán y Velazquez. Tambien te recordaban á tí,—y te lo digo directamente, porque sé que has de leer el libro de que formará parte esta carta;—tambien te recordaban á tí en el *Café Greco*, ¡oh GERMAN HERNANDEZ, mi buen amigo, que pasaste allí tantos años, de codos en aquellas mesas, dejando fluctuar tu espíritu entre las ilusiones del arte y las melancólicas memorias de la patria; á tí, el idólatra de la belleza pagana, que no supiste abandonar á Roma sin hacer de una de sus hijas la compañera de tu existencia!... Allí te recordaban y allí te recordé, porque muchas veces me habias hablado de aquel ahumado templo de tus ilusiones de artista!

. . . .

Desde el *Café Greco*, donde he permanecido dos horas, creyéndome en el Café Suizo de Madrid, y donde hemos pasado revista á media España, me he venido al hotel, mas triste aun que me encontraba esta tarde en el Pincio...

Es el presentimiento del dia que me espera mañana... ¡Mañana, dia de Noche-Buena!

V.

La Noche-Buena en Roma.

> ...«¡Noche bendita!... cantan los niños sencillas y tiernas coplas; rien los padres tristes, y hablan los taciturnos; bendicen á Dios las mujeres abandonadas, al ver una mirada de amor en los ojos del esposo... y en tanto los viejos, que ya no existen como actores de la vida, sino como testigos de la vida de otros, casi se consuelan de la proximidad de la muerte, al encontrarse reproducidos en sus hijos y en sus nietos...»

Creo que no ignoras, amigo mio, el recogimiento y el respeto con que saludo yo todos los años el dia de Noche-Buena. Para mí es esta la mas santa efeméride de la vida; un religioso aniversario que celebran todos mis afectos en el ara de la memoria; la fecha en que recapitulo mi pasado, desando mis años uno á uno, evoco á mis muertos queridos, busco con la imaginacion á mi familia y vivo mentalmente en su amoroso seno; la fecha tambien en que dirijo al porvenir una inquieta mirada, queriendo descubrir entre las vagas sombras de los años futuros la fórmula de mi destino, mi familia venidera, la *desconocida* que ha de ser mi esposa, los seres que serán mis hijos, la casa que presenciará mis patriarcales goces de la vejez, la tumba que recogerá mi cadáver...

Mas de una vez he escrito y publicado mis solemnes emociones de este dia. Hace cinco años apareció *La Noche-Buena del poeta*, en que lloré la soledad del hijo-pródigo que busca afanado un techo amigo bajo el cual pasar la noche pascual y no lo halla: mas tarde publiqué unos *Episodios de Noche-Buena*, en que pintaba las alegrías de los hijos de Madrid durante todo el dia de hoy: el año pasado, en fin, tracé á la luz de una hoguera, en los montes de Africa, unos párrafos que titulé *La Noche-Buena del soldado*.

En todos esos escritos he consignado ya cuanto pudiera decir aquí acerca de lo que esperimenta el que vaga por el mundo como un ave de paso, cuando, al

marcar el reloj del tiempo este melancólico aniversario, recuerde el alma los tranquilos dias de la niñez, las dulzuras del hogar paterno y tantos años perdidos en la vanidad de efímeros placeres.—Yo te refiero, pues, á aquellos escritos, y me limitaré hoy á contarte todo lo que he hecho y pensado desde esta mañana hasta ahora que es la una de la noche.

La mayor parte del dia la he pasado en la antigua Roma. No sé qué instinto dramático me habia advertido que debia hoy remontar la historia del mundo, y revolver el polvo de la edades paganas, para venir á parar á la noche al Nacimiento de Jesus, al alboreo de la nueva era, á la cuna de cristianismo.

Fuíme, pues, muy temprano al *Capitolio*, en cuyos palacios entré, asi como en su magnífico *Museo*; y allí cebé mi vista en grandes obras de la antigüedad, estatuas, bustos, bajo-relieves, tumbas, lápidas, restos de todo género de una civilizacion hundida: allí tuve frente á frente las efigies de piedra de muchos emperadores y guerreros de Roma: allí encontré tambien á algunos grandes hombres griegos: Homero, Sófocles, Aristóteles, Diógenes, Epicuro, Alcibiades...: allí la estátua colosal de *Julio César*, la sola que se cree auténtica entre las muchas imágenes que quedaron del conquistador: allí el célebre *Caballo desgarrado por un Leon*: allí la *Loba antigua* dando de mamar á Rómulo y Remo: allí el famoso *Gladiador moribundo*, una de las obras mas bellas del ingenio humano; allí los dioses de Grecia: allí los héroes fabulosos: allí los escritores... ¡allí todo un mundo! y sin embargo, aquel *Museo*, comparado con el del *Vaticano*, que ya veremos, no es, segun me dijo el conserje, sino lo que una aldea comparada con Roma!

De camino ví la *Galería de pinturas*, donde hay muchas obras maestras, siendo la principal la renombrada *Santa Petronila* de Guerchino... Pero despues de haber permanecido tanto tiempo en compañía de las nobles esculturas de la gentilidad; despues de haber recorrido la *Sala de los Emperadores*, la *Sala de los Filósofos* y la *Galería de Bustos*, mi alma no se hallaba templada para sentir ni comprender las escelencias de las artes de otra civilizacion.

Asi, pues, pasé ligeramente por la *Galería de Pinturas* y me hice llevar á un *Gabinete reservado*, donde se hallan tres prodigios del arte griego, inspirados por la mas refinada voluptuosidad, y como tales, negados á la contemplacion pública.

Estos tres prodigios son la *Venus Capitolina*, *Psiquis y el Amor*; y *Leda y el Cisne*.

. . . .

Desde el *Capitolio* fui á la *Roca Tarpeya*, que como dijo Mirabeau, *no dista de aquel mas que un paso*.

El salto de la *Roca Tarpeya* ha dejado de ser mortal. El abismo que se abria á sus plantas ha subido cuarenta pies con los escombros de los siglos, y sobre estos escombros se han edificado algunas pobres casas, cuyos tejados casi se tocan con la mano desde la antes formidable altura.

Un humilde hortelano es el dueño de la antigua *Roca*, convertida ahora en

una especie de jardin babilónico ó mas bien de *terrasse*, plantada de berzas.

Trabajo le costó á mi imaginacion ennoblecer aquel sitio, á fuerza de discurrir en las grandes escenas que allí habian pasado. Pero una vez mi espíritu en tension armónica con los hechos, busqué con la vista la tumba de la infame *Tarpeia* y el lugar por donde fueron precipitados el tirano *Manlio* y tantos traidores á la patria. Y nada encontré, ni nada pudo reconstruir mi fantasía, que hubo al fin de contentarse con recordar la tragedia de Antonio Lafosse, *Manlius Capitolinus*..

En seguida bajé al *Foro*. Los blancos fantasmas que habia vislumbrado anteanoche á la luz de la luna, aparecieron á mis ojos en toda su fria realidad. Rotas columnas, capiteles hundidos en el polvo, trozos de elegantes cornisas, todo volvió á escitar mi admiracion; pero no ya como espectros de generaciones que abandonaban la tumba, sino como muestras patentes de la cultura artística de un gran pueblo.

Pronto pasé cerca de las ruinas del templo de Saturno, donde se hallaba el tesoro de Roma en tiempo de la república, aquel tesoro amasado con la sangre y el sudor de tantos pueblos vencidos, y robado mas tarde por César y por su hijo y matador.

Dejé atrás los esqueletos insepultos de otros famosos templos; los arcos levantados en honor de grandes triunfos, que sin auxilio de tales monumentos, ha eternizado la historia; la gigante mole del *Coliseo*, que no me impuso menos á la luz del sol que al rayo misterioso de la luna, y por último, abandonando la *Via Sacra*, camino trazado por monumentos de gloria, pasé bajo el arco triunfal de *Constantino*, puerta simbólica que dió solemne entrada al cristianismo en la gran metrópoli pagana y me dirigí en busca de las *Termas de Caracalla*.

Nada mas imponente que aquel gigantesco edificio, adonde acudia todo el pueblo romano á bañarse, á comer y á solazarse en varios juegos (todo por cuenta del Estado), mientras era hora de entrar en el Coliseo á cebar sus ojos en el sangriento espectáculo de las luchas de hombres y de fieras. En aquellas *Termas*, que no eran las mayores de la ciudad, habia hasta 1,600 sillas de baño, todas de mármol pulimentado, salones de espectáculos, tertulias, y en fin, cuanto puede comprender, aunque en mayores proporciones, el mas *confortable club* de Lóndres.

Hoy solo queda de tanta grandeza una confusa amalgama de ruinas descomunales; bóvedas agujereadas por donde se ve el cielo; arcos enormes que se sostienen aun despues de haber desaparecido los pilares en que se apoyaban; recios muros vestidos de rosales silvestres; pavimentos de mosáicos de serpentina, pórfido y otras riquísimas piedras, y sobre todo la asombrosa planta del edificio dentro de la cual se alzarian con holgura no una, sino varias de las construcciones modernas que pasan por colosales.

De las *Termas* fuí á la *Tumba de los Escipiones*, descubierta en 1780 en una viña próxima á la puerta de San Sebastian. Muchos preciosos objetos de arte se encerraban en aquella catacumba abierta en un terreno volcánico; pero todos

han sido trasladados al gran Museo Pontificio. Harto se ha disputado sobre si los Escipiones enterrados en aquel lugar son ó no son los mismos que conquistaron el Africa y la España y tantos otros paises. Como quiera que sea, yo he leido en una de las lápidas que allí se conservan, estas palabras, que me han inspirado tanta indignacion como orgullo (indignacion, porque la catástrofe de Numancia no puede llamarse vencimiento, y orgullo, porque eran los Romanos los que se engreian de tales triunfos): ESCIPION, VENCEDOR DE ESPAÑA.

Pocos pasos mas adelante y en otra viña, famosa en los mercados de Roma por sus esquisitos frutos, encontré los célebres *columbarios*, cuyo descubrimiento dió tanta luz á la historia y á la filosofía para comprender muchos hechos, identificar fechas y nombres y penetrar en el espíritu de las costumbres romanas.

Los columbarios—su nombre lo dice—son una especie de *palomares*, ó por mejor decir, son una reduccion ó miniatura de los cementerios modernos construidos por el sistema de nichos abiertos por pisos en las paredes. Estos nichos no se hallan murados: dentro de cada uno hay unas como cajitas de mármol, y á veces á la manera de ánforas, en cuya tapadera se lee el nombre del mortal cuya ceniza está allí guardada.—Escusado es decirte que al hablar de ceniza no uso mi estilo figurado, pues ya sabrás que los romanos quemaban los cadáveres envueltas en una túnica de amianto hasta convertirlos en pavesas con el fin de hacer mas cómodo su trato familiar y frecuente con los restos de los finados.

De todo lo que hasta ahora he visto en Roma, nada me ha impresionado tan viva, tan verdadera, tan crudamente como estos singulares cementerios. Descubiertos en 1831 y en un pueblo acostumbrado ya á respetar los monumentos de pasadas civilizaciones, los columbarios permanecen intactos, tales como se encontraban hace miles de años cuando su piadoso guardador los cubrió de tierra para ocultarlos á la profanacion de sacrílegos invasores, tales como el arado de un pobre labrador los hizo aparecer de nuevo á la (absorta) vista de nuestra generacion. Asi es que allí se ve á la antigüedad palpitante, auténtica, fehaciente. La lámpara de bronce pende del techo: las cenizas no turbadas todavía reposan en el fondo de las ánforas, y mi mano ha sido la primera, al cabo de tanto tiempo, que ha ido á removerlas como diciéndoles ¡despertad!; las paredes se ven cubiertas de pueriles pinturas al fresco que representan por lo regular guirnaldas de flores; dentro de los nichos se ven jarros, ídolos, lámparas de tierra y otros objetos curiosos: en un solo columbario he contado hasta 600 urnas cinerarias, alguna de las cuales, segun su epitafio contenia confundido el polvo de una familia entera... ¡Santo depósito de dolores y memorias, de supersticion y de cariño, confusa mezcla de seres, como emblema de aquel pueblo en que se confundia un mundo! ¡A qué solemnes consideraciones no se prestaba aquel pequeño recinto en que se veian espuestas como una simple curiosidad arqueológica tantas historias, tantas vidas! Allí estaban mudos, escarnecidos, desamados tantos y tantos hombres...

Al salir de los *Columbarios*, vi á lo lejos un largo camino adornado á un lado y otro de blancos y ruinosos monumentos.

Aquellas dos hileras de destrozados mármoles se perdian en el horizonte, con direccion á Albano.



San Juan de Letran.

Era la *Via Apia*, á la cual me encaminé.

Los monumentos que se veian en él y que llegarian á mil, eran tambien tumbas de antiguos romanos.—Aquella fúnebre calle, sembrada de sepulturas, me trajo á la imaginacion los caminos de las pagodas indias, cubiertos de huesos de peregrinos...

¡Cuánta melancolía en todo lo que iba viendo! En torno mio se dilataba una

[illegible] llamada [illegible] á veces por los [illegible] de los [illegible] que parecían también [illegible] [illegible]. [illegible] todos [illegible] [illegible] humana ni [illegible]

Cerca de mí se [illegible] la iglesia de San Sebastián, por donde se baja á las Catacumbas, á la vasta ciudad subterránea, morada también de [illegible] y asilo de los primeros cristianos, á la casa y panteón de los mártires...

No me atreví á entrar. Mi visita á las Catacumbas debe ser objeto de una peregrinación especial. Hoy agitaban mi espíritu demasiadas sensaciones para que pudiera entregarse completamente á la religiosa poesía de tan [illegible] recuerdos.

Di, pues, la vuelta á Roma, no sin subir antes al Monte Palatino y visitar las soberbias ruinas del *Palacio de los Césares*, de la *Domus Aurea* de *Nerón*.

La ciudad de Roma había empezado en aquel mismo Monte en que se iba á [illegible] el más soberbio testimonio de su grandeza. Fué, pues, siempre aquel el lugar sagrado que resumía la historia de la tierra de Rómulo.—Allí [illegible] Rómulo el primer techo romano; allí vivió Augusto; allí expiró [illegible] en las más escandalosas disipaciones.

Cuando entré en la ciudad moderna, eran ya las cuatro de la tarde.

Todas las tiendas estaban cerradas; circulaban muy pocos carruajes; apenas se veía gente en las calles, y la que me encontraba iba cargada de [illegible] y de [illegible].

La gran preocupación de los romanos, como de todo el mundo católico, era en aquel momento la función de Noche-Buena.

Á las ocho de la noche, todas las calles estaban desiertas, todas las [illegible] atestadas de gente.

Luego quedaron también solitarias las iglesias, y la gente se retiró á sus casas.

Yo me encontré solo en la calle.

Eran las nueve.

Todas las familias estaban reunidas; todos los hogares [illegible]; todos los corazones [illegible] en que depositar sus alegrías ó sus penas...

Yo, movido por una irresistible inclinación, encaminé mis pasos á la plaza de España y me paré algun tiempo á la puerta de nuestra embajada, al amparo del escudo de Castilla.

Pronto tuve á [illegible] un [illegible] [illegible].

Era mi amigo, mi compañero de viaje, mi [illegible] [illegible]. Á quien no había visto en todo el día, y que [illegible] por una [illegible] [illegible], á que yo no me [illegible], iba á buscar allí el mismo [illegible]—á [illegible] [illegible] la [illegible].

No [illegible] [illegible] [illegible], ni [illegible] [illegible], ni [illegible] [illegible] [illegible] y [illegible] como el [illegible] que en [illegible] estaban [illegible] de [illegible]. [illegible] nuestra [illegible] [illegible]. [illegible] por nuestros [illegible] [illegible] á [illegible] y [illegible] á distancia.—[illegible]

los cortijos, las familias pobres y las acomodadas, los viajeros que hacian alto en las ventas del camino, todo apareció á nuestros ojos, tal como se encontraria en aquella solemne hora. Y los cantos populares, y las costumbres de cada pueblo, y los manjares acostumbrados, y las tradiciones de una y otra casa, y la enumeracion de su familia y de la mia, fueron el objeto de una sabrosa y larga plática, eco fiel de la que tuvimos antes de abandonar á Florencia.

Esta conversacion era interrumpida á cada instante, ó por mejor decir, iba acompañada continuamente de este pensamiento:—«Nuestras familias saben que estamos en Roma.»

Y el augusto nombre de Roma suscitaba un órden mas elevado de pensamientos, que se sucedian en nuestra imaginacion paralelamente con las otras ideas enunciadas.

Cuando vino el Mesías, hace esta noche 1860 años, Roma dominaba en Jerusalen. Hoy es Roma la metrópoli del cristianismo...

El recuerdo de la visita que esta mañana habia hecho á las ruinas del imperio, mantenia viva en mi imaginacion á la ciudad eterna bajo su aspecto gentil: creíame, pues, en el siglo de Augusto, en la Roma de los Césares, y desde tal punto de vista, me parecia que esta noche era, no el aniversario del nacimiento de Jesus, sino la misma en que se verificó este misterioso acontecimiento.

Y busqué en el límpido espacio la bendecida estrella que vieron los pastores. Y el silencio de la ciudad de los siglos me representó la suspension de júbilo que, segun los Santos Padres, esperimentó el universo en aquella sublime hora. O mas bien lo traduje como el miedo de la antigua civilizacion, condensada entonces en Roma, al presentir que acababa de venir al mundo Aquel que debia hundir los templos y los alcázares del error y de la abominacion...

Estas ideas acabaron por eclipsar en nuestra alma los melancólicos destellos de nuestros remotos hogares...—Nace nuestro Dios, dijimos, y nace para vencer y dominar á esta corrompida Roma. Regocijémonos al abrigo de nuestros templos, bajo el techo de la casa de todos los fieles, al amor del hogar que se enciende esta noche por primera vez en la distante Judea.

Y hablando, ó pensando, ó sintiendo asi, encaminamos nuestros pasos á *Santa María la Mayor*, una de las cuatro basílicas que tienen *Puerta Santa*, la principal de las iglesias consagradas en Roma á la Vírgen María, fundada en el siglo IV del cristianismo.

Para ir á aquel templo, pasamos por una confluencia de calles, llamada *Plaza de las Cuatro Fuentes*, situada en la cima del Monte-Quirinal.

Cada una de las fuentes que dan nombre á aquella plaza, adorna la esquina de un palacio.

El principal de ellos es el *Palacio Pontifical del Quirinal*, residencia de los papas durante el verano.

Al otro lado veíamos una magnifica casa, profusamente iluminada, de mas alegre aspecto que suelen presentar los palacios de Roma, y en cuyo espacioso portal habia algunos criados con lujosas libreas.

Era la residencia de la reina Cristina, de la madre de la reina de España.

Allí habia esta noche una gran cena, á la que asistian muchas familias españolas. Tal vez aquellos criados eran compatriotas nuestros. La luz de aquel portal calentaba nuestro corazon, como si, mas que luz, fuese fuego; como si fuese un hogar de la ausente patria.—En el estranjero no se sienten las iras de las discordias civiles.—El muro de aquel palacio nos fue esta noche tan sagrado y tan querido, como poco antes el de la embajada de España.

Pasamos, y llegamos á *Santa María la Mayor*.

Las puertas de la insigne Basílica estaban todavía cerradas.—Se esperaba al cardenal que habia de decir la *Misa del Gallo*.—Un pueblo inmenso aguardaba sentado ó paseándose bajo el noble pórtico de la iglesia ó alrededor de la gran columna corintia que se levanta allí cerca y que perteneció á la primitiva Basílica.

Hacia luna. El pueblo romano reia y cantaba. Muchos estranjeros vagaban de la columna al arrogante obelisco que se alza detrás del templo, en una vasta plaza. Nosotros, mas tristes y solos entre la multitud que antes en la soledad, permanecíamos ocultos en un intercolumnio del pórtico, como viajeros perdidos en noche de tormenta, que llegan á pedir hospitalidad á un castillo, cuyo puente levadizo tardan en bajar.—En esta situacion, vimos á lo lejos y á la plena luz de la luna á Jussuf, al incomparable marroquí, vestido con su mejor levita y su descomunal sombrero de copa, que se paseaba filosóficamente llevando una francesa colgada de cada brazo.—doncellas del hotel sin duda.

Así oimos las doce, la hora solemne, y así pasamos otra media hora.—La puerta de la iglesia no se abria: la noche refrescaba cada vez mas: yo no estaba bueno. Por otra parte, teniamos que madrugar mañana para ir á San Pedro y ver al papa de pontifical... ¿Qué era la funcion de esta noche, comparada con la que nos prometíamos?

Volvimos, pues, á casa: tomamos té como cualquier otra noche... he escrito esta pobre carta, y he aquí que voy á dar permiso al alma para que vuele á otros países á pasar el resto de la noche en compañía de las personas de su predileccion.

VI.

El Papa de Pontifical.

Roma 25 de diciembre.

[illegible] fue una importantísima colonia de los romanos: despues, en poder de los moros, llegó á ser hasta capital de un reino; verificada su conquista por los Reyes Católicos, aun conservó durante tres siglos algunos aires señoriles, y allá por el año de [illegible], cuando vinieron los franceses, los grandes señores que con-

ponian su ayuntamiento vestian sendas capas de grana, ceñian espadin y se cubrian con sombrero de tres picos.—Yo he alcanzado á conocer la capa de grana de mi abuelo, que se conservaba en mi casa como una reliquia, y que nosotros, los hijos de 1833, irreverentes á fuer de despreocupados, dedicamos á mil usos en nuestros juegos infantiles.—Como quiera que sea, cuando yo vine al mundo, Guadix era ya una pobre ciudad agrícola... menos que agrícola... una ciudad de colonos.—Los duques y marqueses, á quienes se repartió su territorio despues de la conquista, y cuyas grandes y ruinosas casas coronadas de torres se ven todavía en las principales calles, se habian ido á vivir á Granada ó á la córte de las Españas: los otros pobladores empezaban á confundirse con la plebe, á consecuencia de la desvinculacion que habia fraccionado sus caudales: las órdenes religiosas, dueñas de la mitad de la riqueza, habian sido suprimidas y vendidos sus bienes: el provincial, su ilustre batallon provincial, se hallaba en Navarra ó Cataluña peleando contra el pretendiente: el ayuntamiento veia limitadas sus atribuciones: los antiguos corregimientos no existian: todo el mundo vestia ya de paisano, sin capa de grana ni espadin: los tradicionales gremios pertenecian á la historia: la *Alcazaba* era un monton de ruinas.

De la antigua grandeza solo quedaba en pie un monumento, y ese era la catedral. La catedral, bella, artística, rica, gobernada por ilustres prelados y sabios cabildos, descollaba sola entre las ruinas romanas, árabes y semi-feudales. La catedral era el único palacio habitado, el único poder que conservaba su primitivo esplendor y magnificencia, el alma y la vida de Guadix.

En ella recibí yo mis primeras impresiones artísticas. Ella me dió idea del poder revelador de la arquitectura: allí oí la primera música: allí admiré los primeros cuadros. Allí tambien, en las grandes solemnidades, brillaron ante mis ojos las maravillas de lujo, el tisú, el brocado, el oro, la pedrería, ora en los cálices, ora en los ornamentos, ora en las vestiduras. Allí, entre nubes de incienso, al fulgor de millares de luces, al son del órgano, escuchando las concertadas voces de los cantores y los gemidos de los violines de la capilla, entreví el arte, soñé la poesía, adiviné un mundo diferente del que me rodeaba en la ciudad. Y museos, teatros, monumentos arquitectónicos, conciertos, alcázares dorados, espectáculos brillantes, todo cruzaba por mi imaginacion como una profecía; todo palpitaba en mis entrañas, cual si un ser misterioso se despertase dentro de mí; todo se me revelaba de la manera que los fulgores de la gloria brillan á los ojos de los estáticos.

Así, pues, las maravillas de la tierra, el sentimiento de las artes, el *sursum corda* de la poesía, se manifestaron en mi existencia en horas de mística devocion; y la fe y la belleza, la religiosidad y la inspiracion, la ambicion y la piedad nacieron unidas en mi alma, como raudales de una sola fuente.—Figúrate, por tanto, amigo mio, la profunda emocion que me habrá producido, y que embarga todavía mi ánimo, la solemne, grandiosa, verdaderamente sublime ceremonia que acabo de presenciar en la Basílica de San Pedro: figúrate lo que

A aquel cañonazo siguieron otros, y repiques de campanas, y una indescriptible agitacion en la multitud que inundaba el templo.

El corazon me latia con una violencia irresistible; sentí frio y ganas de llorar...—Me desconocia.

En esto se oyó en los aires, en lo alto de la gran puerta de entrada, donde hay un estenso balcon, el acordado y melodioso ruido de muchas trompetas que batian marcha.

Aquellas trompetas me recordaron las de Jericó, é imaginé que á su religioso y marcial sonido caerian por tierra las puertas del templo para dar paso al pontífice-rey.

En efecto, Pio IX acababa de entrar en la Basílica.

Yo no lo veia; pero las oscilaciones de la muchedumbre me iban indicando el tránsito del papa por la incoumensurable iglesia.

Y las bíblicas trompetas, únicos instrumentos que resuenan en *San Pedro,* seguian tocando aquella marcha trunfal, sagrada, parecida á un psalmo heróico de David.

De pronto la procesion aparece por detrás de uno de los enormes pilares que sostienen la cúpula, y veo alzadas sobre la muchedumbre unas andas de oro, en las cuales viene sentado sobre la *silla gestatoria...* (lo diré en la misma forma que revistió en mi imaginacion) un *Santo vivo,* (un San Gregorio, un San Leon, un San Felix) animado, palpitante, original...; un venerable anciano de nobilísima y apacible figura, paramentado con la capa pluvial y la Tiara, llevando en una mano las *Llaves del Cielo*, y bendiciendo con la otra á las naciones, á las *gentes*, congregadas en torno suyo; la efigie viviente de San Pedro; el mortal que representa á Jesucristo sobre la tierra; el papa, en fin; Pio IX... la cabeza visible de la Iglesia!

Es la primera vez que veo á un ser humano en procesion, en apoteosis, divinizado, exaltado, levantado al cielo...—Aquella sagrada imágen movia blandamente los labios para rezar, esparcia su paternal mirada sobre la multitud, se balanceaba levemente en su silla al compás de la marcha y hacia con su diestra la señal de la cruz...—Rodeábale una nube de incienso: anchos abanicos de plumas agitaban el aire en torno de él: un alto palio cobijaba las andas: las gentes se arrodillaban á su paso...—Era un dios.

Precedíanle, acompañábanle y seguíanle mas de mil sacerdotes, entre ellos todo el Colegio de cardenales, mas de cuarenta arzobispos y obispos, los canónigos de todas las basílicas de Roma, los generales y priores de innumerables órdenes religiosas (cada cual vestido con su *hábito regular*), los abades mitrados, toda la Antecámara pontificia, camareros de honor y secretos seglares, procuradores del colegio, el confesor de la familia pontificia, el predicador apostólico, los escuderos pontificios, los camareros públicos, los capellanes comunes y secretos llevando en las manos todas las tiaras y mitras del papa, el procurador fiscal, el comisario y los auditores de la Rota, los abogados consistoriales, los capellanes cantores, los votantes de la signatura...—Y tambien iban los elegan-

tes *Guardias Nobles*, ó sea el antiguo patriciado romano que hoy constituye la escolta personal del papa; el *Senador* de Roma (otro reflejo de la antigüedad) marqués Antici-Mattei, con los conservadores del pueblo romano en traje de ce-



Pintura al fresco, encontrada en Pompeya.

remonia, el gobernador de Roma, el *Príncipe Asistente* al solio y otros muchos personajes seglares y clérigos, vestidos con diferentes y nunca vistos hábitos y uniformes, que me traian á la imaginacion siglos, civilizaciones y pueblos diversos, y aumentaban la honda perturbacion que aquel espectáculo habia producido en mis ideas y en mis sentimientos.

Entre los mismos obispos, los habia del rito griego, vestidos de distinta manera que los romanos.—Representaban á la *Iglesia griega unida.*

A muchas consideraciones se prestaba aquel acompañamiento; pero yo no



Pintura al fresco, encontrada en Pompeya.

tenia verdaderamente ni atencion ni reflexion sino para contemplar al papa.

El Supremo Gerarca habia bajado de la Silla gestatoria y adoraba el Santísimo Sacramento. Luego se dirigió á pie al *Trono de Tercia*, y allí, mientras se cantaba aquella hora canónica, se revistió los paramentos pontificales para la misa.

Yo lo vi cruzar una y otra vez á dos pasos de mí. Su noble y aventajada estatura, su plácida belleza, que te describiré cuando lo visite en su palacio; su venerable ancianidad, la grandiosa riqueza de sus sacras vestiduras, todo correspondia al alto ideal que me habia formado desde niño del sumo pontífice, del soberano de las almas.

En vano el ruido de sus pasos, el sonido de su voz, los accidentes comunes de su existencia humana, me recordaban á cada momento la condicion mortal y finita de aquel ser tan escepcional y tan grande; y en vano tambien mi razon pretendia con cruel insistencia someter todo aquel sublime instante, y los personajes que en él figuraban y mis propias emociones, á un frio analisis, á un despiadado estudio... La imaginacion y el sentimiento recobraban siempre su dominio sobre el cálculo; el límite de lo natural se rompia como un crisol de frágil vidrio, y la veneracion, el miedo, la poesía, la fe se escapaban del alma, remontaban su vuelo y se perdian en las regiones infinitas de lo sobrenatural, de lo eterno, de lo milagroso. El hombre, en fin, no era allí nada: el pontífice lo era todo.

Ni hubiera sido leal desatender las voces con que el sentimiento clamaba por su libertad é independencia. Tan hijo mio era él como el soberbio pensamiento. Los dos habian nacido en mi alma, y yo no debia hacer al uno esclavo del otro, imponiendo á los inconscientes é indeliberados movimientos de mi corazon, que aspiraba á mayor vida, á mejor mundo, la tiranía de mis sentidos materiales, de mi escasa razon, de mi reducida ciencia. Libre, franca, confiadamente me abandoné á todo el impulso de mi propio ser, y en verdad te digo que desde aquel momento fui tan dichoso como debió de serlo Adan en el Paraiso ó como lo será el mártir y confesor despues de cerrar los ojos á esta vida.

Principió el Santo Sacrificio.

El papa decia la misa de cara al pueblo. Asistíanle el cardenal Amat, como obispo asistente, y el cardenal de Silvestri, diácono ministrante. Los cardenales Ugolini y Marini eran diáconos asistentes, y monseñor Nardi, auditor de la Rota, desempeñaba las funciones de subdiácono apostólico.

Sobre el altar se veian cuatro tiaras, dos de ellas de gran valor. Una era la regalada por Napoleon, tasada en 24.000,000 de reales. La otra, cubierta de brillantes, era regalo de la actual reina de España.

El papa cantaba la misa con voz entera y vibrante cuanto melodiosa y tierna. A aquel acento conmovedor no respondia otra música que el concierto de voces solas de la célebre Capilla Sixtina, cuyos tiples y altos, ocultos en una tribuna, acordaban sus cantos con tanta maestría, que parecian el eco de un instrumento celestial ó un coro de serafines de la Jerusalen eterna.

Todas las ceremonias se hacian con rito doble, ó sea en latin y en griego. Cantóse, pues, dos veces el Evangelio: *In principio erat verbum* etc., lo cual traia á mi imaginacion los primeros siglos de la Iglesia, las predicaciones de San Pablo y los Santos Padres de la Iglesia griega.

En el momento de *alzar*, el papa se hallaba en su trono, á donde le llevaron

la hostia y el cáliz. El sumo pontífice los recibió arrodillado, y en aquel momento volvieron á resonar en los aires las místicas trompetas.

Los dos ejércitos que habia dentro del templo depusieron sus armas con estrépito: la multitud se arrodilló: reyes y príncipes postráronse tambien de hinojos é inclinaron la frente: elevó el papa la Forma y el cáliz, y un sordo rumor resonó en las inmensas naves de la Basílica... eco de cien mil corazones contritos, que al golpe de otras tantas manos arrepentidas confesaban tumultuosamente sus culpas.

¡Sublime y magestuoso instante! ¡Milagroso poder de la belleza! ¡Misteriosa revelacion de las escelencias del espíritu humano, producida por el concurso y fusion en una idea de tantas y tantas almas, incapaces por separado de remontar semejante vuelo!—¡Prodigios y tesoros del corazon, evocados por el arte y nacidos como nacian las ciudades griegas al son de la lira de Orfeo!—¡Nobles facultades del espíritu, escondidas en él como la chispa en el pedernal!—¡Esplosion de la fe, aspiracion á lo eterno, evidencia de Dios!—Hé aquí todo aquel instante.

Nada mas te diré en este órden de ideas, mas para sentidas que para esplicadas, y que tan vivamente representa el *Mortimer* de Schiller.—Continúo, pues, mi relacion.

Despues de la Consumacion, el santo padre distribuyó el Pan Eucarístico á los cardenales diáconos y á los *nobles legos*.

Entre los cardenales ví adelantarse lento, severo, imponente, un hombre alto, jóven todavía, pálido y triste, de aire pensador y dominante, el cual se arrodilló como todos delante de Pio IX, y comulgó.

Era el cardenal Antonelli, el antagonista de Cavour.

Terminada la misa y otras ceremonias, volvió á ocupar el papa las andas, en los cuales fue conducido al Vaticano con la misma solemnidad que le trajeron.

Ya estaba casi vacía la Basílica cuando nosotros la abandonamos: así es que he contemplado otro cuadro sorprendente y maravilloso que tampoco podré nunca olvidar.

Tal era el aspecto de la inmensa plaza de San Pedro, inundada de una copiosa muchedumbre—tal vez 150,000 almas;—atravesada en opuesto sentido por dos ejércitos, el francés y el pontificio; cruzada en todas direcciones por infinidad de carruajes, entre los que descollaban por su lujo los magníficos trenes de los cardenales y de los embajadores de todas las naciones; dominada por las espumosas fuentes, el obelisco y los elevados pórticos; iluminada por un sol brillante, que hacia resaltar los vivos colores de los uniformes y de las libreas y relucir las haces de fusiles en movimiento; atronada, en fin, por el cañon de Sant-Angelo, por las campanas, por el rumor de las aguas bullidoras, por las músicas militares y por el vocerío del pueblo...—Era un espectáculo tan grande, como propio y digno de la ciudad eterna y de este solemne dia.

VII.

Los teatros de hoy.—Las *Catacumbas* de San Sebastian.—Escursiones á **Tíboli**, **Frascati** y Albano.—Iglesias y palacios.—El Papa en la calle.—Fin del año.

Roma 31 de diciembre.

Ha pasado una semana, mi querido amigo, desde que te escribí mi última carta. En ese tiempo he visto mil y mil cosas que hubiera debido referirte; pero el mismo cúmulo y variedad de mis impresiones no me ha dejado tiempo ni tranquilidad para ello, y hé aquí que hoy, cuando me dispongo á realizarlo, no sé ya por dónde empezar; reconozco que es imposible decírtelo todo, y hasta tengo miedo de no decirte nada en una forma inteligible.

Hace dos horas terminó el año de 1860, que ví principiar en Africa al estampido del cañon de los Castillejos. Es por lo tanto tambien solemne la hora en que te escribo esta carta, que no he querido prorogar mas por todas las siguientes razones.

Primeramente, porque siendo hoy fin de año, me creo en el deber de cerrar, como si dijéramos, mis cuentas con lo pasado.

En segundo lugar, porque no quiero confundir en mi imaginacion con ningun otro recuerdo las sensaciones que me produzca mi visita al papa, de cuya antecámara acabo de recibir la siguiente comunicacion, que te traduzco literalmente al castellano:

DE LA ANTECÁMARA PONTIFICIA.

VATICANO 31 DE DICIEMBRE DE 1860.

—

Se suplica la presentacion de este billete al llegar á la antecámara.

———

Se advierte que no se podrá ser admitido sino de uniforme; y si no se tiene, de frac negro, corbata blanca y zapato bajo.

Se previene al Sr. D. Pedro Antonio de Alarcon que SU SANTIDAD se dignará admitirlo en audiencia el miércoles 2 de enero próximo á las once de la mañana.

EL MAESTRO DE CÁMARA DE S. S.

(Hay una rúbrica.)

En tercer lugar, porque estoy vivamente impresionado con las escenas á que he asistido esta tarde y esta noche, y no quiero diferir su descripcion, ni escribirlas dejándome atrás otros sucesos.

Manos, pues, á la obra.

Primeramente, sabrás que ya comenzó el deseado *Carnavalone*, y con él la temporada cómica y lírica de Roma.

En el *Teatro di Apollo*, que es el principal de la ciudad eterna, he visto un

gran baile de espectáculo, de argumento y trajes turcos, y córte y música de Francia, tan pagano y deshonesto como los mejores de París ó de Milan; y á la noche siguiente, en el mismo coliseo, he oido cantar la *Traviata*, que aquí se da con el título de *Violetta*, por considerarse muy escandaloso el anunciar en las esquinas que ha habido una mujer *estraviada*.

Al *Teatro Valle* (segundo de la ópera) hemos asistido tres noches consecutivas todos los españoles residentes en Roma á admirar en la *Sonámbula* á madama Gassier, ó sea á la sevillana Pepa Cruz (que asi se llamaba la distinguida artista antes de casarse con Mr. Gassier), la cual nos ha llenado de orgullo cada vez que el público la ha hecho salir á la escena entre aclamaciones y aplausos.

Mis amigos y yo ocupábamos una platea de proscenio, desde la que elogiábamos y victoreábamos á la cantatriz andaluza en el vivo y ardiente lenguaje de su tierra; y ha sido de ver la alegría, la emocion, la gratitud, el entusiasmo con que nuestra compatriota nos correspondia; como han sido de oir los diálogos que hemos cruzado con ella *sotto voce* desde el palco al escenario, á pesar de no tener el gusto de tratarla.

Otra noche he ido á la anunciada *Presa di Tetuan* en el teatro Albert.—Era tambien una sustitucion de nombre.—Lo que realmente se representaba era la conocida pantomima *Napoleon en Egipto ó la muerte del general Kleber*; pero por no despertar un mal recuerdo á la guarnicion francesa, la habian bautizado de *Toma dè Tetuan*.—Los soldados del papa, los héroes de Castelfidardo en carne y hueso, hacian en la escena una porcion de evoluciones que el público aplaudia con frenesí.—Y es que en Roma, ciudad eclesiástica, el militarismo es maravilloso, estraordinario, el *summum* de la poesía en accion.—Como quiera que sea, tuve el gusto de ver sobre las tablas á O'Donnell, Ros de Olano, Prim, Zabala y otros respetables amigos mios, que me costó mucho trabajo reconocer, asi como á Muley-el-Abbas, Muley-Hamet y una falange numerosa de infieles.

A muchas singularidades y sustituciones por el mismo estilo da lugar frecuentemente en los teatros de Roma el carácter clerical de las autoridades pontificias. Por ejemplo: los jueves acaban forzosamente las representaciones antes de la media noche, á fin de evitar la profanacion del viernes.—Un dia de vigilia, creo que víspera de San Pedro, anuncióse en el mismo teatro Albert una comedia, traducida de un vaudeville francés, titulada la *Cena de los dos pollos*, en cuya comedia fingen los actores que se comen aquellos dos volátiles; mas hé aquí que el señor Mateucci (monsignor gobernatore) encontró absurdo que ni por broma ó en apariencia comiese nadie pollos en un *dia de magro*; é hizo cambiar el título de la pieza por el de *La cena de los dos besugos*.

Semejantes nimiedades son á veces demasiado significativas.—V. gr. En la *Norma*, se suprime el duo de tiples en que figuran los dos niños, por considerarse qne una sacerdotisa no debe aparecer con hijos...—¿Es este un celo pagano trasnochado, ó es un escrúpulo *genealógico* ó *etimológico*... de ciertas instituciones?

Hay mas... aunque esto ya se justifica racionalmente: la *Lucrezzia Borgia*

de Donizetti se representa en Roma con el título de *Elisa da Fosco*.—¡Bueno es que se ignore un poco la historia, sobre todo por la plebe irreflexiva!

Tambien comprendo que la accion de la *Favorita* se haya trasladado al Africa y que los personajes vistan el jaique en lugar del hábito.—Cuando no hubiera otras razones que lo abonaran, todavía podria esplicarse esta mutacion bajo el punto de vista artístico. Recuérdese lo que dije mas arriba hablando de las evoluciones que hacen las tropas en la escena entre un diluvio de aplausos. Por la misma razon que es interesante en Roma la milicia, dejan de serlo los frailes. Lo poético debe ser peregrino: lo que se ve con frecuencia no se presta á las ilusiones de la mente.

Y esta es la ocasion de decirlo, por si no se me presenta otra mejor: en Roma hay (lo copio de una estadística) alrededor de 40 obispos; 1,385 sacerdotes; 2,474 religiosos; 1,657 seminaristas y colegiales; 2,032 religiosas, y 2,613 pensionistas en los conventos y orfelinatos. Las congregaciones de religiosos que ascienden á 55 y que reunen el número de frailes arriba espresados, se dividen en: basilios, 1; benedictinos, 21; camaldulenses, 20; cartujos, 17; monges de Vallembreuso, 8; cistercienses, 39; olivetanos, 15; y armenios, 1.

Las órdenes mendicantes tienen: 172 dominicos; 211 menores de la observancia; 136 reformados; 41 alcantarinos; 89 conventuales; 196 capuchinos; 23 carmelitas de la antigua observancia; 79 carmelitas descalzos; 57 servitas; 5 de la Merced; 70 trinitarios; 36 mínimos; 21 Gerónimos y 29 penitentes. Canónigos y sacerdotes regulares hay: 27 canónigos de San Juan de Letran; 14 teatinos; 28 bernabitas; 32 somascos; 289 jesuitas; 20 clérigos regulares menores; 48 hospitalarios; 19 padres de la Madre de Dios; 48 escolapios y 40 religiosos de San Juan de Dios.—Total, 10,101, sin contar los cardenales.

Pero volvamos á mi historia de estos dias.

El primer recuerdo que acude á mi imaginacion es el de las *Catacumbas*, cuyo nombre solo estremecerá tu alma cristiana.

Ya dejo dicho que la basílica de San Sebastian se levanta en las afueras de Roma, dos millas al Sudeste de la ciudad, en su melancólico desierto sembrado de ruinas. La iglesia fue construida el año de 367 sobre el cementerio del pontífice mártir San Calisto, y restaurada tal como hoy se encuentra á mediados del siglo XVII.

Cuando hube recorrido toda la iglesia, vino á mí un fraile de alguna edad y ascético semblante, y se me ofreció á guiarme por las Catacumbas. Yo le argüí con la molestia que le causaria. El me replicó que era su deber y su mayor gusto conducir á los cristianos en aquella sublime peregrinacion. Acepté.

El religioso me llevó á la capilla de San Sebastian: allí encendió dos velas, de las cuales me dió una, y abriendo una puertecilla en que yo no habia reparado, situada á la derecha del altar, se santiguó devotamente y pasó delante de mí.

Bajamos muchas tenebrosas escaleras, respirando un aire húmedo que me oprimia el corazon. Pronto llegamos á una galería, semejante á las de las minas,

abierta en una materia volcánica sumamente densa, y empecé á ver á un lado y á otro y sobre mi cabeza, nichos, lápidas, sepulcros, losas hacinadas... Anduvimos mucho tiempo de una galeria en otra: á veces teníamos que bajar de nuevo: ya debíamos de estar muy distantes del haz de la tierra: de vez en cuando penetraba por sinuosos agujeros abiertos en la bóveda algun ténue rayo de la luz del cielo. Por lo regular la galería era tan estrecha, que apenas hubieran podido marchar por ella dos hombres de frente. De trecho en trecho se encontraba alguna plazoleta, punto de coincidencia de muchas galerías. Allí era el techo mas alto, y cerca de él se abrian otros corredores, á los que se subia por escaleras talladas en la roca. Eran otros pisos de la Catacumba, que en ocasiones tiene cuatro y seis. Pronto perdí por completo la idea del camino que habia traido y del lugar en que me hallaba, de cuánto habia bajado, de la direccion que seguia. Aquello era un laberinto interminable.

Y sin cesar, y en todos lados, veia tumbas y tumbas, lápidas y lápidas, de todas formas, de todos tamaños, ora en el suelo, ora en el techo, ya á los lados del sinuoso camino, ya en medio de las plazoletas. Al principio acercaba la luz á aquellas sepulturas y leia indistintamente epitafios cristianos ó gentiles, ó veia rarísimas obras de arte, estatuas deformes de los primeros siglos de la era vulgar, graciosos bajo-relieves paganos, frescos de la Edad Media, urnas cinerarias. Sobre algunas losas estaba grabado el instrumento que simbolizaba el oficio ó profesion que habian ejercido los seres allí enterrados; ora un cincel, ora una esteva, ora una espada, ora unas tenazas, ora un martillo.

El fraile que iba delante de mí y á gran distancia, se paraba de tiempo en tiempo y me señalaba el lugar en que habia sufrido el martirio tal ó cual papa, tal ó cual santo; ó me mostraba un sepulcro vacío. Y nos santiguábamos, y seguíamos; y el religioso desaparecia por aquellas misteriosas revueltas, y yo me perdia á veces, y le llamaba angustiado, y él se detenia hasta que percibia á lo lejos el resplandor de su vela.

Asi caminamos tres horas en todas direcciones, sin pasar dos veces por un mismo sitio. Llegué por último á una plazoleta, donde habia una capillita, cerca de la cual se habia sentado el fraile. Por todos lados se abrian nuevas galerías.

—Esto no tiene fin, me dijo mi piadoso cicerone. Cuando usted quiera, saldremos.

—¿Y por dónde?

—Usted saldrá por una escalera que hay cerca de aquí, y se encontrará próximo á una puerta de Roma. Yo volveré sobre mis pasos hasta la iglesia.

Antes de separarme del religioso, hablé largamente con él acerca de las Catacumbas.

Es cosa ya probada que las catacumbas no fueron escavadas por los primeros cristianos, como han supuesto algunos autores. Las catacumbas son las canteras de donde se estuvo sacando piedra y arena durante diez siglos para la edificacion de Roma. Asi consta de los poetas y de los historiadores anteriores á Jesucristo.

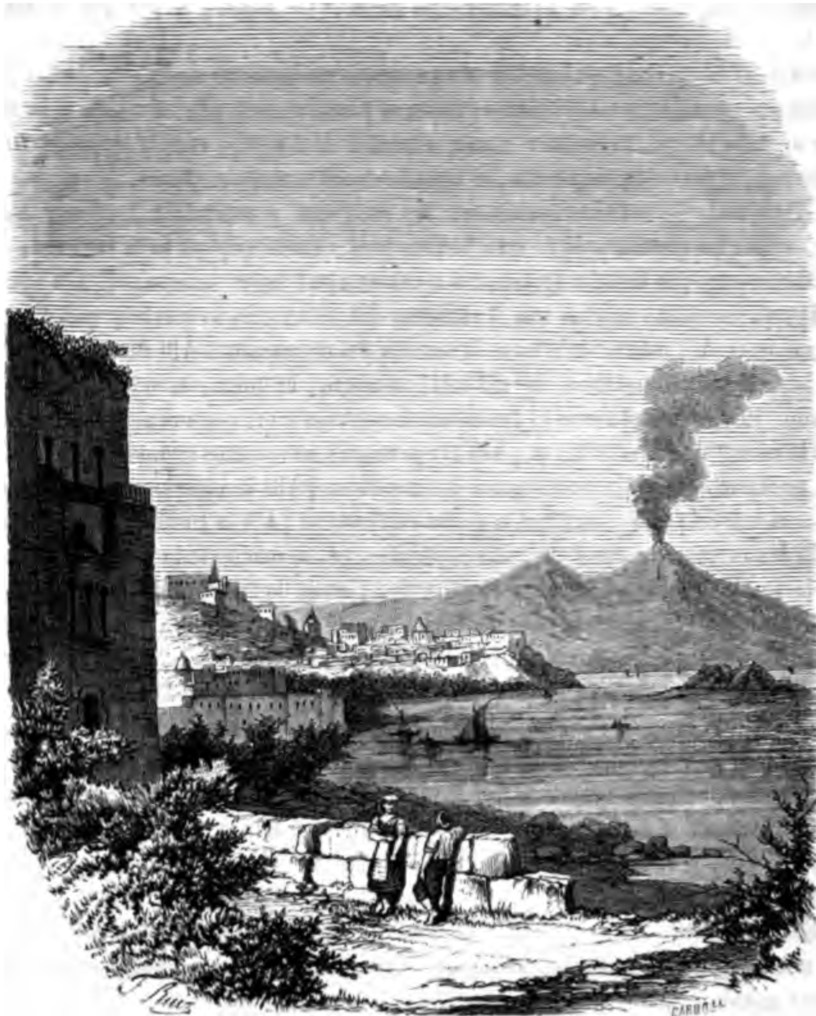
Lo que aconteció fue que los cristianos, perseguidos por los emperadores,



Segador romano.

se refugiaron en aquellos subterráneos, los pusieron en comunicacion entre sí; los ensancharon en ciertos parajes é hicieron de ellos su vivienda y su panteon.

Todavía no se han descubierto todas las catacumbas, que al decir de los arqueólogos sumaban una longitud de trescientas leguas (¡tan complicadas y revueltas son sus calles!) ¡y seis millones de sepulcros!!



Vista de Nápoles.

Los emperadores, en su odio á los sectarios de la nueva ley, cegaron ó tapiaron algunas catacumbas dejando enterrados vivos dentro de ellas á millares de cristianos, que murieron allí de hambre; y otras veces ocurrió que anduvieron persiguiéndolos muchos dias por debajo de Roma sin poder dar con ellos, puesto que se pasaban de un laberinto á otro, obstruyendo las galerías que de-

jaban á la espalda.—Por eso se les conocia con el nombre de *lucifuga natio* (gente que huye de la luz).

Despues de los Antoninos abolióse en Roma la costumbre de quemar los cadáveres y de guardar las cenizas de la manera que hemos visto en los *Columbarios*, adoptándose la inhumacion al uso de los cristianos. Entonces las catacumbas empezaron á ser el cementerio general de Roma, al par que el asilo de los fieles.

Asi se comprende que anden tan revueltas en aquellas oscuras galerías las sepulturas gentiles y las cristianas, hasta el punto que en una misma losa se lee por un lado el epitafio de un romano, adorador de Júpiter, con su leyenda: *Diis manibus*, y por el lado opuesto, el epitafio de un amante de Jesus.

De intento he referido áridamente mi escursion y evocado á la postre esos recuerdos: he querido que tú solo formes idea, antes que yo te la indicase, de las emociones que habrán agitado mi alma en aquel lugar sacrosanto. Allí nació la Iglesia: aquellas tumbas son el cimiento del vasto edificio que hoy cubre todo el universo. Allí estuvo enterrada la semilla del catolicismo. Allí fue minado por su base el mundo antiguo: de allí salió la nueva, la única, la verdadera civilizacion. Hoy es aquella ciudad tenebrosa la sepultura del paganismo, como antes fue la cárcel de los cristianos. ¡Allí las primeras ceremonias de nuestra fe! ¡Allí las predicaciones y la enseñanza á los neófitos! ¡Allí la eleccion de los papas! ¡Allí el martirio y la canonizacion de los confesores! ¡Allí la tumba de los santos! ¡Allí las cenizas de aquel caritativo ejército que, armado de la paz y revestido de la fe, luchó con el formidable imperio, hundió los altares de la gentilidad, venció con su constancia á los mas fieros tiranos y acabó por salir de la tierra y enseñorearse de los alcázares y de los templos de la ciudad reina del mundo, que los habia estado agoviando tantos años bajo su ominosa pesadumbre!—La basílica de San Pedro, el Vaticano, el sumo pontífice en la plenitud de su doble magestad, la grandiosa ceremonia que habia presenciado el dia de Pascua; todo aquel poder, toda aquella autoridad triunfante que dominaba sobre Roma, habian salido de aquellas mazmorras.—Lo esperaron los cristianos; lo anunciaron desde el primer dia y lo consiguieron al fin. Y la cruz labrada penosamente en las lóbregas entrañas de la tierra, regada con sudor, con lágrimas y con sangre, se levanta hoy sobre las siete colinas de Roma, sobre todos los templos, sobre todos los obeliscos, sobre todas las columnas, sobre cuatrocientas iglesias, sobre el altivo Capitolio,

. . . .

Cuando salí de las Catacumbas é hirió mis ojos la luz del cielo, y me encontré solo en medio del campo, y miré en torno mio, y no ví mas que la superficie de la tierra, muda, insensible, indiferente..., me pareció que habia soñado aquel mundo subterráneo, aquella ciudad fúnebre, aquel tenebroso, inconmensurable templo. . . . .

. . . .

Al dia siguiente de esta escursion, emprendí otras mucho mas largas (como

que empleé en ellas dos dias), á *Tívoli* y *Albano*, dos pueblecitos preciosos, situados casi á igual distancia de Roma (cuatro ó cinco leguas), pero en opuesta direccion y á la falda de los montes que limitan al Sur y al Este la campiña romana.

Los dos son muy interesantes bajo el punto de vista histórico, por los monumentos y ruinas que encierran y por su pintoresca situacion.

Para ir á *Albano* se pasa por entre los escombros de la antigua ciudad de *Bovilia*, por mil otros restos de quintas y de acueductos, por tumbas solitarias y por grandiosas ruinas de colosales mausoleos.

Albano, situado á mucha altura sobre la campiña romana, oreado por saludables brisas, con su abundante vegetacion, sus monumentos antiguos y su gracioso lago, es, como *Frascati*, uno de los refugios de la aristocracia de Roma durante los calores del estío.

Aquella ciudad de 6,000 habitantes goza de gran celebridad en toda Italia por la hermosura de sus mujeres, aumentada, ó mas bien puesta de relieve, merced á su elegantísimo traje, que se compone de saya encarnada, corpiño negro, toca blanca y una exorbitante profusion de zarcillos, collares y sortijas.

De *Albano* son la mayor parte de los *modelos* que han servido en todos tiempos á los pintores y escultores de Roma.—No es, pues, estraño encontrar en aquellas campesinas los nobles rostros de las estatuas mas famosas ó de las *Madonas* mas celebradas.—Yo habia reparado ya en esto al ver en los *estudios* de mis amigos á varias albanesas de las que, por *escudo* y *medio*, pasan todo el dia mostrando los tesoros de su hermosura á los ávidos ojos de los artistas, mal envueltas, ora en el manto, ora en la clámide, ora en la túnica nazarena, cuando no desnudas como Psiquis y Venus, colocadas siempre en interesantes actitudes, ya tendidas en divanes de terciopelo negro, ya abrazadas á la cruz como la Magdalena, ya erguidas como cariátides, ya reclinadas en la lira ó en la esfera, para representar á Safo ó á la musa Urania.

Tívoli no es menos delicioso que Albano, y lo sobrepuja en importancia artística é histórica. Tívoli era el Versalles de los antiguos romanos, donde todos los hombres ilustres iban á descansar de las luchas civiles en el seno de los placeres.

Antes de llegar á aquella otra *Capua*, se encuentra la *Villa de Adriano*, en la cual este emperador habia tratado de reproducir todos los monumentos que habia admirado en sus largos viajes y sobre todo en la Grecia, levantando en medio de ellos un magnífico palacio. De todo esto solo quedan los cimientos y algunas preciosidades que aparecen de vez en cuando á fuerza de tenaces escavaciones. El bárbaro Totila fue el encargado de destruir aquellas maravillas, con cuyos mármoles destrozados hicieron despues cal los albañiles de la Edad Media.

En *Tívoli* se conservan muchas señales de las *villas* de Salustio, Horacio, Propercio y Cátulo. Allí se admira aun, aunque ruinoso, el célebre *Templo de la Sibila*. Allí se ve la estensa planta de la *Villa de Mecenas*, de la que todavía quedan en pie arcos y columnas de una belleza imponente. Allí, por último, con-

mueve fuertemente el corazon de todos los amantes de las letras la ***Casa de la Sabina de Horacio***, enclavada ya en los montes de la Sabinia, y de la que solo queda el sitio, demarcado por los nombres de algunos parajes citados frecuentemente por el poeta en sus inmortales obras.

Nada te diré de las muchas y muy notables quintas modernas que ha levantado la aristocracia de la Roma papal sobre las venerables ruinas mencionadas. Tívoli,—bástete saber esto,—sigue siendo una mansion de delicias, como los patricios romanos son todavía muy semejantes á los satirizados por Luciano y Juvenal.

. . . .

Tambien he estado en *Frascati*, á donde se va en camino de hierro. Allí he visto muchas villas lujosísimas, en donde veranea la aristocracia clerical de Roma, mientras el papa reside en su casa de campo de *Castel-Gandolfo*, que he distinguido á lo lejos, en la márgen occidental de lago de Albano.

Cerca de Frascati se hallan las ruinas de *Túsculo*, antiquísima ciudad, arrasada por los romanos en el siglo XII.—Caton era natural de Túsculo. Allí tenia tambien Ciceron su casa de campo favorita. Hoy solo hay que admirar en aquellos lugares, aparte de los escombros, un convento de camandulenses y las hermosas vistas que desde él se disfrutan.

. . . .

De vuelta en Roma, he pasado todos estos últimos dias visitando iglesias y palacios.

En cuanto á las iglesias, no te nombraré sino aquellas en que he admirado algunas obras de arte notabilísimas. Citártelas todas fuera imposible. Roma encierra cerca de cuatrocientas, de las cuales apenas habré visto la tercera parte.

No pasaré, sin embargo, en silencio á *San Juan de Letran*, silla del patriarcado romano, de la que se ha dicho que «si el papa es en San Pedro el soberano pontífice, en San Juan de Letran es el obispo de Roma.» Y en efecto, los papas, despues de su eleccion, vienen á esta ilustre basílica á tomar posesion del obispado de la ciudad eterna.

San Juan de Letran fue construido por Constantino, cuya estatua colosal adorna el fondo del pórtico. El templo ha sido restaurado muchas veces; pero siempre conservando en lo posible la edificacion antigua, á tal punto, que las primitivas columnas están como incrustadas en los macizos pilares levantados en tiempo de Inocencio X.

En la plaza que lleva el nombre de la basílica, se ve el mas grande obelisco de Roma, procedente de Heliópolis, y trasportado á Roma por órden de Constancio en un barco de 300 remeros.

En la fachada principal del templo se lee la famosa inscripcion: SACROSANTA LATERANENSIS ECCLESIA: OMNIUM URBIS ET ORBIS ECCLESIARUM MATER ET CAPUT. (Sacrosanta iglesia de Letran, madre y cabeza de todas las iglesias de la ciudad y del mundo.)

La posicion de San Juan de Letran en un estremo deshabitado de Roma, cerca de las murallas y en una altura que domina las montañas de la Sabina y del Lacio, los viejos acueductos y la estensa campiña romana, contribuye á darle magestad y belleza á aquel insigne monumento del pontificado.

Como arquitectura, la iglesia es mas notable por su grandor que por su grandeza; y mas por su lujo que por su primor artístico; pero con todo, sorprende y hasta impone al primer golpe de vista, especialmente cuando se penetra en el interior y se ven de pronto sus cinco espaciosas naves y los diez gigantescos arcos que dan entrada á las capillas.

Sobre uno de los pilares se halla una pintura de *Giotto*, que representa á Bonifacio VIII proclamando desde lo alto del balcon de San Juan de Letran el Jubileo de 1300.—El grande artista retrató entre la muchedumbre á su insigne amigo el autor de la *Divina Comedia*.

Al Norte de la iglesia, y ya sobre la plaza de San Juan, se encuentra la famosísima *Scala Santa* que ningun cristiano que visita á Roma deja de subir de rodillas, por creerse tradicionalmente que sus veinte y ocho peldaños de mármol blanco pertenecieron á la escalera del palacio de Pilatos en Jerusalen.—Una vez arriba, se baja en la forma ordinaria por cualquiera de las cuatro escaleras laterales que se apoyan en aquel venerable monumento.

Yo hice lo que todos. Dios me lo tome en cuenta.

Tambien merece especial mencion entre las iglesias de Roma, la nueva *Basílica de San Pablo*, inaugurada por Pio IX en 1847, sobre el lugar que ocupaba otra fundada por Constantino y devorada por un incendio en 1823. La *Basílica de San Pablo*, situada en las afueras de la ciudad, es indudablemente portentosa por sus proporciones, por el lujo de sus mármoles, por sus columnas gigantescas de una sola pieza y por otras circunstancias; pero á mi juicio y en opinion de la generalidad de los viajeros, carece de armonía, de espresion, de belleza.

No sin pena dejo de hablarte de otros templos (entre ellos, de *Santa Croce in Jerusalemme*, erigido por Santa Elena, ¡por la madre de Constantino!...) y de describirte todo lo que he visto en cada uno; los cuadros, las esculturas, las reliquias... Pero esto seria interminable.

Y cuenta que solo con las reliquias podria haber cautivado tu atencion horas y horas; pues entre las que he tenido la dicha de ver, las hay tan venerables y sagradas como la *Vara de Moisés*, que se conserva en San Juan de Letran; como la *Cabellera de Jesucristo*, que se enseña en *Santa María la Mayor*; como las *Mantillas* del niño Jesus y su *Retrato*, hecho á los doce años; como varios *Retratos de Vírgen pintados por San Lucas*; como la *Mesa en que cenó Cristo con los Apóstoles*; como la *Piedra en que los soldados jugaron los vestidos del Salvador* (todo esto se halla en San Juan de Letran); y finalmente, como la *Tablilla* que colocó Pilatos sobre la cruz, y en la cual se lee todavía (yo lo he leido): *Jesus Nazarenus, rex judæorum*.

A este tenor hay en los templos de Roma centenares de miles de reliquias...—¿Cómo enumerártelas siquiera? ¡Imposible!

Te hablaré, pues, solamente, segun te he ofrecido, de las mas peregrinas obras de arte que he admirado en ellos.

En *San Agostino*, iglesia célebre por la mucha devocion que inspira una *Madonna Sansovino* que se venera allí, y por los millares de ofrendas ó *ex-votos* de plata y oro y pedrería que revisten su santuario, he visto el famoso ISAIAS de Rafael, pintado al fresco en el estilo de Miguel Angel.

En *San Gregorio* merecen especial mencion dos frescos ejecutados en competencia por Guido Reni y el Dominiquino, que representan la *Adoracion de la Cruz por San Andrés*, y la *Flagelacion* del mismo santo.

En *Santa María della Pace*, hay otra creacion notable de Rafael, LAS SIBILAS, tambien en el estilo de Miguel Angel; pero muy superior, en concepto de los críticos, á las obras de este último artista.

En cambio en *San Pietro in Víncoli*, luce el inmortal Buonaroti todo su ingenio con su justamente renombrado MOISÉS.—¿Quién no ha oido hablar de esta grandiosa estatua? ¿Quién no la ha visto mil veces, copiada por el grabado ó la fotografía?—Yo no te diré mas, sino que mirando á aquel gigante de mármol he recordado con toda su viveza la impresion de respeto, de veneracion y de susto con que leí por primera vez el Pentateuco.—El MOISÉS de Miguel Angel es á un mismo tiempo el valeroso caudillo del pueblo de Israel, el gran legislador hebreo y el sumo sacerdote que sintió pavor en el Sinaí... ¡Cuánta grandeza, cuánta inspiracion en aquella colosal figura!

Despues de conocer estas maravillas, irás todavía una vez y otra á *Santa Trinitá de Monti* á contemplar estasiado el DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ, cuadro de grandes dimensiones, dibujado por Miguel Angel y pintado por Daniel Volterra, de cuya obra han dicho muchos artistas que es la mas bella del renacimiento, sin escluir la Transfiguracion de Rafael.

. . . .

Los palacios particulares de Roma no brillan por su mérito arquitectónico, si se esceptúan el de *Venecia* (construido por la antigua señoría y residencia hoy del embajador de Austria), notable por su aspecto feudal, esencialmente florentino; el palacio *Massimi*, de esquisito gusto, y el palacio *Farnesio*, que pasa por el mas acabado del Renacimiento.—Los restantes son grandes y hermosas casas de piedra, y nada mas.—En cambio encierran cuadros y estatuas de primer órden.

Prescindiendo ahora del *Vaticano*, en donde no he estado todavía (pues quiero entrar allí por primera vez cuando vaya á visitar al papa), las obras que mas me han sorprendido en los palacios de Roma, son las siguientes:

En la GALERIA BARBERINI, una *Fornarina* de Rafael, inferior á la que ya conocemos, y la célebre *Beatrice Cenci* de Guido Reni, admirable por su tierna espresion, en que se revela todo el negro destino de aquella hermosa cuanto infortunada niña.—Tambien debe visitarse la *Biblioteca* del palacio, que consta de 50,000 volúmenes.

En la GALERIA BORGHESE, que se compone de doce salas y que es una de las

mas ricas de Roma, admirarás una *Leda*, obra de un discípulo de Vinci;—un *César Borgia*, por Rafael;—algunos cuadros del divino pintor, repeticiones de otros que ya conocemos;—la famosa *Sibila de Cumas*, de Dominiquino, artista que voy venerando cada vez mas y cuyas obras magistrales están en la ciudad eterna;—una *Danae* de Corregio;—la *Caza de Diana*, por el *Dominiquino*, cuya hermosura clásica sorprende mucho en un pintor tan sobresaliente en los asuntos místicos;—y *El amor sagrado y el amor profano*, representados por dos mujeres hechiceras, sentadas al lado de una fuente, vestida la una con un magnífico traje, la otra completamente desnuda, y ambas, en mi concepto, de igual manera profanas y mundanales, á tal punto que nadie adivina cuál sea el amor celeste y cuál el amor terreno.—Aquella obra, magistral á pesar de todo, es una de las glorias de Ticiano.

En la célebre Farnesina, antigua *Villa Chigi*, situada á la orilla derecha del Tiber y perteneciente hoy al defensor de Gaeta; en la misma *Farnesina* donde el banquero Chigi dió al papa Leon X aquel famoso banquete en que la vagilla (toda de oro y plata) se iba arrojando al rio segun servia (sin perjuicio de ser sacada á la noche siguiente, mediante una red tendida de antemano); en la *Farnesina*, digo, he contemplado con verdadero éxtasis los renombrados *frescos* de Rafael, y sobretodo el nunca bien ponderado *Triunfo de Galatea*, uno de los primeros asombros del arte, en que no se sabe qué admirar más, si la hermosura humana de las figuras, ó la grandeza olímpica de la composicion.—Si dispusiese de mas tiempo y de mas espacio, te describiria con la detencion que he empleado durante mi viaje en obras de menos mérito, todos los alardes de genio, de erudicion y de talento que ha hecho Rafael en la *Farnesina*. Solo te diré que ó el pintor de Urbino habia visto, como creen algunos, los frescos y los bronces de la antigüedad que se descubrieron bajo escombros y cenizas algunos siglos despues, ó entre sus inspiraciones cristianas, que le hicieron entrever el cielo tantas veces, tuvo un dia la inspiracion, la *intuicion* por mejor decir, de la belleza clásica, y se le revelaron todos los prodigios de ornamentacion del gusto pompeyano.

En la Galeria Campana (que por cierto está de venta) son de admirar los vasos etruscos y los bronces griegos que encierra.

En la Galeria Colonna llaman mas la atencion los *Paisajes de Poussin* y de *Claudio Lorena* que las composiciones de Guido Reni y de Pablo el Veronés; pero no mas que un *San Gerónimo* de nuestro Ribera.

En la Galeria Corsini te enorgullecerás mirando una *Vírgen* de Murillo, digna ciertamente de nuestro gran pintor.—La *Biblioteca* de este palacio, abierta al público, encierra 1,300 manuscritos y 60,000 volúmenes.

En la Galeria Doria Panfili hay otra obra española de mayor mérito aun, y que eclipsa todas las demás que allí se encuentran. Tal es un *Retrato de Inocencio XI*; de aquel severo pontífice que empezó por soldado raso y acabó por tener en respeto á la Francia de Luis XIV. El retrato ocupa uno de los lados del hueco de un balcon, en una especie de gabinete ó tribuna, donde hay un divan dispuesto para que se admire con reposo aquella obra maestra de la pintura es-

pañola. Tú conoces á Velazquez: tú sabes que, cuando acertaba, infundia su



Pescadora napolitana.

vida al lienzo: ahora bien, Velazquez *acertó* al retratar á Inocencio XI.—Imagínate, pues, á aquel gran papa resucitado, con su carácter violento, con su

férrea virtud, con su austeridad, tal como era, en fin, y tendrás idea de aquel cuadro, que en verdad, en verdad, infunde miedo.

Por último, en la GALERIA FARNESIO he visto los renombrados *frescos* de



Vista del Vesubio.

Anibal Caracci, quien ayudado de su hermano Agustin, del Dominiquino y de Guido Reni, dejó allí el mas grande testimonio de su genio en varias escenas mitológicas que casi compiten con las que hemos admirado en la Farnesina.

Todas estas galerías están abiertas al público ciertos y determinados dias, mediante una mezquina retribucion (cuatro ó seis reales) que hay que pagar á la

puerta de cada una.—No es esta industria muy digna de príncipes romanos; pero en cambio les proporciona al año una renta de 8 ó 10,000 escudos.

. . . .

Ahí tienes indicado todo lo que he visto y sentido durante la última semana. A la descricion de esos portentos fáltale el color y la vida, así como el acompañamiento de mil menudas circunstancias, en cuyo estudio se complace el observador y que forman lentamente sus opiniones, determinan sus afectos y cambian el escenario de su imaginacion.—Las entradas y salidas en cada palacio y en cada iglesia; las conversaciones con *ciceroni* y conserges; los encuentros con los grandes señores en las escaleras de sus palacios; el monólogo diario de la prensa pontificia; lo que siente y dice el público de los teatros; la cara con que el trasteverino mira al soldado francés; el desprecio de los franceses hácia los romanos; mis observaciones en las tiendas, en los mercados, en las oficinas de la policía (á donde tengo que ir de tiempo en tiempo á pagar un nuevo permiso para seguir permaneciendo en Roma), en las puertas de los templos, en los cafés y en los *restaurants*; mis diálogos con los cocheros; mi amistad con los padres españoles de Monserrate, todo esto, y otras muchas mas, ha depositado en mi corazon y en mi cabeza un tesoro de impresiones, de ideas, de datos, de secretos, que fuera muy penoso referir; pero que valen y significan mucho mas que todo lo que te he escrito durante mi permanencia en Roma.

. . . .

Con que viniendo ahora al dia de hoy, y á las escenas á que he asistido esta tarde y esta noche, fuerza es que te detengas conmigo en la plaza de *Gesu*, á la que llegué por casualidad á eso de las cuatro, y donde una inmensa muchedumbre, dos apretadas filas de tropa que formaban calle desde la puerta de la iglesia de Jesus hácia la plaza de Venecia, las colgaduras que adornaban los balcones y las elegantes damas asomadas á ellos, me indicaron desde luego que allí ocurria ó iba á ocurrir algo muy estraordinario.

Pronto me sacó de dudas una matrona romana, mas ó menos patricia, que defendia á sus dos hijos contra las oleadas populares, y á la cual le pregunté la razon de aquellos preparativos.

—Se espera al Santo Padre, me dijo, quien vendrá, como último dia del año que es hoy, y segun una antigua costumbre, á cantar en la iglesia de los padres jesuitas un solemne *Te-Deum* en accion de gracias por la feliz terminacion del año.

Las filas de tropa que formaban la susodicha calle pertenecian á la guarnicion francesa, y además se veian entre la multitud infinidad de soldados franceses sin fusil, que aprovechaban sus horas de huelga en ver una vez mas al papa.

Los de la formacion daban sendos culatazos á los descendientes de Bruto cada vez que se conturbaba aquel mar humano. Los soldados inermes insultaban y atropellaban al pueblo hasta que conseguian apoderarse de los primeros puestos, quitándoselos á los que, por haber llegado antes, los ocupaban legítimamente. Los pobres romanos sufrian tanto vejámen sin murmurar.

Sabido me tenia yo que no hay nada tan despreciable á los ojos de un soldado francés como un ciudadano romano; pero si no lo hubiese sabido, me habria convencido de ello el siguiente lance que ocurrió esta tarde muy cerca de mí.

Un sargento, de aire insolente, condecorado con las medallas de Crimea y de Italia, se encontró mal en segunda fila, á donde habia llegado á fuerza de puños y de miradas amenazadoras, y apartando desenfadadamente al que le estorbaba la vista, pasó sin mirarlo y se plantó delante de él.

El despojado no se alteró; cogió al francés por un brazo, y le colocó á su espalda.

—¡Caballero! esclamó el sargento echando fuego por los ojos.

—¿Qué hay? respondió el otro en mal francés.

—¡Me ha quitado usted la primera fila!

—No señor. Usted es el que me la habia quitado á mí.

—Bien; pero yo soy francés, gritó con énfasis el militar.

—Y yo soy español, replicó tranquilamente el paisano.

Aquí hubo un momento de silencio en que ambos interlocutores cruzaron una mirada por primera vez.

—Perdon, caballero, dijo el sargento, haciéndose atrás. *Yo creí que era usted italiano.*

El español se encogió de hombros; miró con lástima á los romanos que habian oido impasibles aquel insulto, y como si le hiciera daño aquella atmósfera de bajeza, se alejó y se colocó en otro lugar.

Ya pensaba yo seguirle y darle las gracias por lo que habia hecho, cuando me detuvo la ansiosa agitacion de la muchedumbre, que anunciaba la llegada de algun personaje ilustre; quizás la del mismo papa.

Hasta entonces solo habian pasado por entre las filas de bayonetas diez ó doce cardenales en sus grandes coches, cuyos lacayos iban provistos, ó por mejor decir, llevaban á la mano unos gigantescos paraguas rojos, no porque amenazase lluvia, sino porque los tales paraguas, que me atreveré á calificar de monumentales, forman parte del adorno de los carruajes de los príncipes de la Iglesia.

El pueblo habia ido nombrando á los *monsignores* uno por uno, con marcadas muestras de temor y veneracion.

La persona que entonces llegaba, y que me habia distraido de la escena precedente, era la reina Cristina, acompañada de su familia y de su servidumbre.

Por cierto que un soldado le preguntó á otro:

—Dime: ¿Cómo es que está aquí la reina de España?

—Porque ahora hay allí república, respondió el interpelado sin vacilar.

Despues de la reina Cristina, llegaron á *Jesus* la reina madre de Nápoles, los hermanos de Francisco II y muchas otras personas principales de las que ví en San Pedro el dia de Pascua.

Por último, notóse mas viva agitacion en la multitud; escucháronse gritos á lo lejos; agolpóse mucha gente á los balcones; agitaron las damas sus pañuelos;

sonaron las bandas militares; presentó la tropa las armas; abriéronse las puertas del templo; apareció una gran comitiva, que se formó en el atrio para recibir al padre santo; oyéronse los vivas mas cerca; descubrióse la muchedumbre que inundaba la plaza; arrodillóse mucha gente; empezaron á aparecer carruajes pontificios, de los que se fué apeando la alta servidumbre del papa; hasta que por último apareció en la plaza el coche en que venia Pio IX.

Los vivas y los aplausos atronaron el aire. Por todas partes no se veian sino pañuelos flotantes y sombreros levantados por alto... Y la música tocaba una marcha magestuosa, y el coche adelantaba lentamente, y dentro de él veia yo ya al sumo pontífice, vestido sencillamente, con hábitos blancos y sombrero pastoral del mismo color.

A pesar de este traje y de las bendiciones con que contestaba á los saludos del pueblo, ni por un momento consideré hoy á Pio IX bajo el punto de vista de su potestad eterna. Y era que me acordaba de cuando lo vi en San Pedro con todo el aparato del gran sacerdote. Hoy la escena era muy distinta: en lugar de las andas, el carruaje; en vez de las trompetas místicas, la banda militar; donde entonces un ejército de obispos, ahora la fuerza armada; ayer oraciones y golpes de pecho; hoy vítores y palmadas...—No: esta tarde no veia al pontífice; veia al rey.

—¡Viva el *pontífice rey*! gritaba al mismo tiempo la turba como respondiendo á mis ideas.

Y no hubo mas: el papa se apeó y penetró en la iglesia: la multitud se apiñó en su seguimiento, atropellando á su vez á la tropa: yo consideré imposible abrirme paso hasta la puerta del templo, y como empezase á anochecer y me esperaban en otra parte, me dirigí hácia el *Corso* por la plaza de Venecia, dándole vueltas en mi imaginacion á todo lo que acababa de observar.

. . . .

Finalmente, esta noche, á eso de las once, la tertulia española del *Café Grecco* se ha reunido á cenar en la famosa *Trattoria de Lepre*. Caballero y yo hemos sido invitados. Se trataba de despedir el año de 1860 y saludar el de 1861. Allí estaban todos los artistas y viajeros que te nombré el otro dia. Afectuosos brindis se han cruzado de un estremo á otro de la mesa, siendo el primero de todos, y el mas aplaudido, uno concebido en estos sencillos términos:

—*¡A nuestra querida España!*

Cuando dieron las doce de la noche, todos nos pusimos de pie.

—¡Año nuevo! esclamamos levantando las copas. ¡A la salud de nuestras familias!

Habia allí jóvenes que están ausentes de la patria hace tres y cuatro años. La emocion era inmensa: la solemnidad gozosa de aquel momento presentaba intervalos de infinita tristeza, de silenciosa melancolía.

—¡Por el arte! ¡Por el logro de nuestras esperanzas! esclamaban los desterrados.

¡Por el arte!—¡El arte era su verdugo y su consuelo; su faena y su descanso; su cruz y su alegría!...

Algunos momentos despues nos separábamos y nos despedíamos en la *Via Condotti* con no sé qué afectuosa seriedad, presagio de una noche de amargas cabilaciones, diciéndonos no muy confiadamente por cierto:

—¡Buen año! ¡Feliz año! ¡Muchos años!

¡Los años!... Yo dejo aquí la pluma para pensar en ellos.

Con que hasta pasado mañana, que te escribiré mi visita al santo padre.

VIII.

Visita al Papa.

Roma 2 de enero de 1861.

Si quieres tener una idea de lo que he pensado y sentido esta mañana, al despertar, al vestirme y al emprender el camino del Vaticano, acuérdate de las emociones que te agitaron cada vez que saliste de tu casa para ir á confesar.

Igual temor, igual respeto, igual recogimiento. No pensaba; sentia. Todo lo que habia meditado y leido en mi corta vida, se me habia olvidado como por encanto. Era otra vez niño. Esperimentaba con una viveza indefinible las mismas sensaciones que agitaban mi alma cuando todo era maravilloso para mí sobre la tierra. Habia soñado; habia delirado; y despertaba de pronto en el umbral del templo en que recibí el agua del bautismo; y me encontraba con mi corazon de entonces; y lo reconocia como se reconoce á un hermano que ha viajado largo tiempo; y veia abrirse ante mis ojos los dos simbólicos caminos, de los cuales el uno conduce á la salvacion y el otro á la perdicion eterna.

Tal es el hombre. Edificad quiméricos alcázares sobre el cimiento cristiano enterrado en su corazon por sus padres y maestros... Llegará un dia,—el dia del dolor, el dia de la felicidad ó el dia de la muerte,—y se hundirá el fantástico edificio, y encontrareis inmóviles en su asiento las primeras creencias de la infancia.

Sean accidentales estos fenómenos, sean puramente fisiológicos, su certeza es indudable; y como quiera que se verifican en nuestro ser, debemos prestarles la misma atencion y tributarles el mismo respeto que á nuestras elucubraciones filosóficas.

En tal disposicion de espíritu, yo no consideraba esta mañana sino una cosa: que iba á cruzar mi palabra pecadora con la que abre ó cierra las puertas del cielo, con la palabra que castiga ó perdona, que excomulga ó dispensa, que condena ó redime...

Y como soy malo, tenia miedo.

A medida que avanzaba hácia el Vaticano, nublábanse mas y mas mi entendimiento y mi memoria, y relucia con mayor brillo en mi corazon aquella potestad suprema á cuyos pies iba á arrojarme.

Piensa,—vuelvo á decirte,—en lo que esperimentas al ir á confesar.

Yo no iba á confesarme con el papa. Iba á cumplir un deber de cristiano peregrino. Tampoco me movia la curiosidad. Movíame la ardiente sed de lo infinito, de lo eterno, de lo absoluto, que nos lleva á todos á tantas otras cosas.—Además, tenia que pedirle á S. S. que bendijese un rosario destinado á mi madre y que le aplicase la indulgencia plenaria para la hora de la muerte.

Y ahora me ocurre una consideracion muy luminosa en que no me habia fijado en todo el dia. Yo no iba solo al Vaticano: yo no podia disponer de mí mismo: yo tenia que pensar y sentir, sumándome con toda mi familia. Obraba en su nombre; estaba obligado á darle cuenta de mis actos; debia resumir y personificar sus afectos.

Perdóname, amigo mio, este cruel análisis, y no veas en él los últimos estremecimientos de la soberbia. Ve lo que hay: buena voluntad en las intenciones, y sinceridad en las palabras.

He creido deber contarlo todo, y asi lo he hecho.—Ahora continúo.

Llegado á la plaza de San Pedro, penetré bajo la columnata circular de la izquierda, al fin de la cual empieza una estensa galería, que termina en la magnífica *Scala regia*, decorada por Bernin con vistosísimas columnas.

Al pie de aquella escalera, volví á ver á los suizos ó alabarderos del papa, con su pintoresco traje de rayas amarillas, rojas y negras, inventado por Rafael.

Subí: al llegar al primer piso del palacio, un empleado lego se enteró del objeto que me llevaba, y me dijo que siguiese subiendo, pues S. S. habitaba en el piso segundo.

El Vaticano es inmenso: ya te lo describiré al salir: entonces no estaba para reparar en cosa alguna.

En el segundo piso la servidumbre era ya eclesiástica: á lo menos vestia ropa talar de color morado. Mostré la comunicacion en que se me concedia la audiencia, y fui introducido en una vasta y no muy espléndida antecámara, en la que me pidieron el sombrero y me dijeron que me quitase los guantes, haciéndome pasar en seguida á un gran salon cuadrado, en el cual me dejaron solo, no sin advertirme que podia sentarme.

Aquel salon era mas suntuoso; pero todavía modesto. Adornábanlo un trono, sobre el que se veian la tiara y las armas pontificias; dos colosales braseros encendidos en cuyas alambreras estaba modelada tambien la tiara; tres grandes consolas con relojes del gusto de Napoleon I, y alfombras, tapices y divanes encarnados.

De vez en cuando cruzaban por delante de mí algunos graves personajes, yendo ó viniendo desde la puerta por donde yo habia entrado hasta otra que habia al fondo del salon, en el testero derecho.

Casi todos los que entraban ó salian vestian de morado con vivos rojos; algunos, de rojo solamente; muy pocos de negro;—pero siempre traje talar.

Eran cardenales, arzobispos, obispos, y otros altos dignatarios de la córte pontificia. Varios de ellos iban acompañados de otros sacerdotes que llevaban grandes legajos. Sin duda eran los ministros y sus secretarios.

Cien veces me levanté para saludar á tan elevados personajes, y cien veces volví á sentarme y á quedar solo, entregado á mis pensamientos.

No es decible lo que revolví en mi cabeza de conjeturas, de reflexiones y de recuerdos durante la media hora que permanecí en aquel salon. La luz del sol que lo alumbraba, los muebles, las cortinas, el trono (en que me senté furtivamente,—confieso mi pecado),—el silencio que reinaba, los pasos que lo interrumpian á veces, las personas que iban y venian, el compás de los relojes, la presencia de mi familia en mi imaginacion; todas estas cosas y otras muchas daban pábulo á mis ideas y convirtieron en una eternidad aquellos treinta minutos de espera.

Al cabo de este tiempo salió de la habitacion de la derecha, donde yo suponia al papa, un sacerdote, vestido de morado como toda la servidumbre pontificia, y se dirigió á mí; me preguntó mi nombre; consultó un papel; me dijo que esperase otro poco, y se volvió á marchar por donde habia venido.

Desde entonces temblé, no sé si de temor ó de impaciencia, si de respeto ó de efusion cariñosa.—Ya no podia retroceder. El papa sabia que estaba yo allí. Algo semejante á lo que sentí en aquel momento esperimentarán los mortales el dia del juicio al verse llamados á la presencia de Dios.

Poco rato despues volvió el sacerdote y me dijo que lo siguiera.

Asi lo hice, y entramos por la puerta en que desde luego me habia fijado.

Ya estaba tranquilo; pero en cambio habia dejado de pensar tan absolutamente, que no se me ocurria una sola palabra que decir al santo padre.

Por fortuna el sacerdote me dijo:

—Si trae usted algun objeto para que lo bendiga S. S., llévelo usted en la mano.

Yo saqué el rosario destinado á mi madre.

La habitacion en que habíamos penetrado era cuadrilonga, mas pequeña que la anterior y de aspecto un poco mas suntuoso.

Al estremo de ella habia diez ó doce sacerdotes, prelados en su mayor parte, y dos cardenales de avanzada edad.

Todos conferenciaban de pie, en voz sumamente baja, formando un solo grupo cerca de una mampara de damasco encarnado, medio cubierta por una cortina de terciopelo carmesí.

En la cortina y en la mampara relucian las armas de la Iglesia.

Todo esto lo ví de una ojeada, adivinando desde luego que por aquella mampara se entraba al despacho de Pio IX.

Mi guia no se detuvo, y yo continué marchando en su seguimiento.

La córte pontificia se abrió ceremoniosamente en dos filas, como defiriendo á la honra que iba á caberme de hablar con el vicario de Jesucristo.

Yo pasé por entre aquellos poderosos señores, tan turbado y confundido, que me parecia que no tocaba con los pies en la tierra.

Mira si hago sacrificios de vanidad; mira si soy esplícito y sincero, con tal de que conozcas los mas nímios pormenores de una tan importante visita; con tal que puedas figurarte que has sido tú mismo el que la ha hecho.

Llegábamos á la mampara.

Una vez allí, un familiar levantó la cortina; otro abrió la puerta; y el sacerdote que me habia guiado, me hizo un profundo saludo; indicóme con un ademan que entrara solo, y añadió estas sencillas palabras:

—Ahí está Su Santidad.

Con lo cual se cerró la puerta detrás de mí, y me encontré en una pequeña, triste y modestísima estancia.

En frente de la puerta por donde habia entrado, (al lado de la cual permanecí dos segundos inmóvil é indeciso,) se veia otra mampara abierta de par en par, que daba á un alegre aposento bañado por el sol.

«Allí será» pensé, y dí un paso en aquella direccion.

Pero en esto oí á mi derecha, y ya detrás de mí, una voz apacible que decia:

—*Benedicat te Dominus...*

Me volví sobresaltado.

El papa se hallaba en la misma habitacion donde yo me creia solo.

No lo habia visto en medio de mi confusion, porque Su Santidad estaba sentado delante de un bufete dando la espalda á la misma pared donde se hallaba la puerta por donde yo habia entrado.

Me arrodillé, segun el ceremonial que me habian prescrito, y Pio IX repitió afablemente su bendicion, bendiciéndome tambien con la mano.

Hice la segunda y la tercera genuflexion, acercándome á S. S.; y ya me disponia á besarle la sandalia, cuando sonrió levemente, con una afabilidad esquisita, é interponiendo su mano derecha, dióme á entender que se la besara en lugar del pié, y que me levantase.

Así lo verifiqué.

Pio IX estaba sentado, como he dicho, detrás de un bufete, sobre el que se veia un gran crucifijo de ébano y plata, una escribanía, un breviario, y algunos papeles.

Cuando entré, S. S. leia en un libro en rústica (alguna publicacion reciente), que iba abriendo ó cortando con una plegadera de marfil, la cual soltó para alargarme la mano, volviendo á cogerla en seguida con un movimiento maquinal.

Yo esperaba á que me hablase, para atreverme á fijar los ojos en su rostro. Entre tanto, reparaba de un modo vago y pueril, en el solideo blanco del Santo Padre, en su muceta y su capisayo, blancos tambien, en sus hermosas manos y

(¡cosa rara... que demuestra mi afan de encontrar al hombre al través del Pontífice!) en que el cuello de la muceta estaba un poco desaseado, de ludir con los sedosos cabellos blancos de S. S.



Templo de Serapis, cerca de Nápoles.

El conjunto de aquella figura, su albo ropaje talar, la mansedumbre de su actitud, su aire tranquilo, natural y franco, la modestia de la habitacion... todo respiraba paz, humildad y ternura.

Mientras yo observaba y discurria estas cosas, apenas habrian pasado ocho segundos, durante los cuales S. S. miró un papel, que sin duda era la peticion

de aquella audiencia, hecha por la embajada y cuyos términos yo no conocia.

—Usted es español, dijo al fin el papa en castellano, no sin grande sorpresa mia. Yo quiero mucho á los españoles, y todavía recuerdo, como usted ve, aquella hermosa lengua que aprendí hace tantos años. Yo he estado en España.

S. S. hablaba el castellano con una correccion admirable, sin acento alguno estranjero; pronunciaba las *eses* como los valencianos, y su voz era dulce, reposada y sonora.

Yo sentia renacer mi tranquilidad.

—¿De qué parte de España es usted? me preguntó en seguida.

Y cuando le hube contestado:

—¡Granada! repitió el Pontífice. Hoy hace años que entraron en ella los Reyes Católicos. ¡Guadix! catedral insigne... Silla de San Torcuato. Yo amo mucho al obispo de Guadix. Cuando vaya usted á verlo, déle muchas espresiones mias.

Este lenguaje, sencillo y cariñoso, me animó de tal manera, que ya no podia darme cuenta de la emocion con que habia llegado hasta allí. Me parecia que toda mi vida habia estado oyendo al papa. Asi es que me permití mirarlo y estudiar su fisonomía con una atencion que no podia pasar por irrespetuosa; puesto que mis palabras demostraban claramente veneracion, afecto y gratitud.

Pio IX tiene sesenta y nueve años: es alto y fuerte: su apostura revela á un tiempo cierta marcial franqueza y una infinita humildad apostólica. En su semblante, verdaderamente hermoso, resplandecen la serenidad y la alegría. A la viveza de sus ojos se contrapone la pacífica bondad de su boca, que no deja de sonreir. A pesar de su avanzada edad, brilla en su frente un destello de juventud, y segun pude ver mas adelante, este venerable anciano, de quien se ha dicho tantas veces que está vecino al sepulcro, conserva la agilidad y el fuego de sus mejores años.

Media hora duró la audiencia. Acaso podria referirte palabra por palabra todas las que me dirigió S. S.; pero no debo correr el riesgo de poner en sus labios alguna que no pronunciara.

Te daré, sí, cumplida cuenta del giro de la conversacion,

Preguntóme el santo padre si habia pasado por la *Alta Italia* para venir á Roma.

Esta pregunta me turbó un poco: en la *Alta Italia* está comprendido el *Piamonte*, el reino de su enemigo, el territorio excomulgado.

Contesté que sí; y S. S., comprendiendo mi turbacion, atenuó el interés del asunto, tratando de deducir de mi respuesta todo mi itinerario desde que salí de España.

Con este motivo, se enteró del estado de los ferro-carriles españoles, confundiendo á veces la posicion respectiva de algunas de nuestras ciudades, á lo que yo rectificaba con la mayor franqueza y gran contentamiento suyo, haciéndole sonreir con sin igual dulzura

Esta *falibilidad* del sumo pontífice tenia para mí un indecible encanto, y aumentaba la tierna confianza de una entrevista que yo me habia imaginado tan solemne y ceremoniosa.

De la cuestion de caminos de hierro pasó S. S. muy naturalmente al estado político de España, y manifestó su regocijo por la paz que reina en *aquel amado suelo* despues de tantas discordias.—Fueron sus palabras.

Una vez en este terreno, se lamentó de que la situacion de la Italia no sea la misma, y elevando el tono de la conversacion, pero siempre con angelical blandura, me dijo... lo que yo habia leido ya en muchas Encíclicas recientes: que S. S. no ha perdido ni un solo momento el valor y la esperanza: que cree seguro el triunfo de la Iglesia: que dá gracias á Dios por haber elegido su pontificado para tan dura prueba: que su alegría aumenta á proporcion de las tribulaciones, y que puesto que yo, como escritor, dirijo mi voz al público (esto de *escritor* lo habia dicho la embajada de España al pedir mi audiencia), que no deje de participar á mis compatriotas la gratitud de la Santa Sede por la fidelidad de España y por los auxilios y pruebas de amor que recibe continuamente de ella, asegurándoles que nada hay que temer por la navecilla de San Pedro, pues saldrá triunfadora de la presente borrasca como ha salido de tantas otras.

Confieso que oí esta exhortacion con miedo y remordimiento. Parecíame que S. S. se dirigia á mí, á mi conciencia, á mi corazon, no tan confiado como el de S. S.—Aquellas palabras, estereotipadas en sus labios y en todos sus escritos, me parecian una reprension imaginada ex-profeso para perseguir y disipar en el fondo de mi alma las últimas tinieblas, allí escondidas, ó para castigar la hipocresía de una duda vergonzante. Si no hubiera temido fatigar su atencion, habríale dado cuenta de mis íntimos sentimientos, rogándole que los contrastase con los que acababa de espresar, hasta hacerme patente la flaqueza menguada de los mios.

¡Oh! nadie ama su dolor. Yo hubiera querido, tal vez yo he debido procurar salir de aquella estancia poseido del júbilo y el reposo que animaban al padre cumun de los fieles. Pero, aunque hijo suyo, no me he atrevido á revelarle mis penas é inquietudes ni á pedirle un remedio para ellas. ¡Son tantos los enfermos de tristeza que visitan al santo padre! ¡Y lo que tantos no le piden, habia de pedírselo yo, pobre de mí! De manera alguna. Su tiempo no bastaria para todos, y yo no debia desear una escepcion en mi favor.—Llevaré mi cruz hasta lo alto del Calvario, medité con amarga resignacion. Tal vez allí algun dolor supremo abrirá mi alma á la alegría.

Seria casualidad; pero en aquel momento parecióme intuicion milagrosa del santo padre esta pregunta con que terminó su peroracion é interrumpió mis pensamientos:

—¿A qué ha venido usted á Roma? ¿Por devocion?

Creí que me preguntaba el primer pecado; que la confesion principiaba: no debia mentir: hubiera sido un sacrilegio.

—Por devocion cristiana, santísimo padre, contesté sin vacilar; y por devocion artística. El arte es la mitad de mi existencia.

El italiano agradeció aquí lo que pudo disgustar al pontífice, y cambiando de conversacion, habló con entusiasmo de los tesoros artísticos que encierra la ciudad eterna,—concluyendo con estas frases:

—El Vaticano, la residencia de los papas, es el primer museo del mundo, sobre todo en obras maestras de la gentilidad. Todo lo que es hermoso, es bueno, puesto que revela la grandeza de la creacion de Dios. Por eso hemos reunido en nuestro palacio las maravillas de arte de Egipto, Grecia y Roma pagana, al lado de las pinturas de Rafael y de Miguel Angel.

Al llegar á este punto presenté el rosario á S. S., quien lo bendijo, indicándome que le aplicaba la Indulgencia plenaria para mi madre, con tal que lo estrechase contrita entre sus manos á la hora de la muerte.—¡Don precioso! Era como darme las llaves del cielo para el ser que mas amo en este mundo.

Luego me preguntó S. S. si yo era casado, y—¿querrás creerlo?—por la primera vez de mi vida me ha parecido que hago mal en ser soltero, y hasta me ha costado cierto rubor el declararlo.—¿Qué seria esto? No sé.

A la verdad, el matrimonio es un Sacramento... pero no obligatorio... ¿Quién sabe!—En situaciones tan estremas como la en que yo me hallaba, se discurre con estraordinaria lucidez, con portentosa profundidad. Tal vez se me reveló en aquel instante todo el egoismo del célibe, que retarda el nacimiento de sus hijos; que rehuye los mas graves y nobles cuidados de la existencia humana; que no fortifica los lazos de la sociedad con el nudo de una nueva familia; que no vincula el amor en una sola mujer, segun quiere el cristianismo.—¿Quién sabe? vuelvo á decir.

Por este camino, la conversacion (que yo cuidaba de no alargar; pues traíame inquieto el temor de abusar de la bondad infinita de Pio IX) se prolongó algunos minutos en el tono paternal que le imprimió S. S. al principio, y tuve que enumerarle mi familia y darle nimios pormenores de ella, sorprendiéndome cada vez más el interés (no atencion, no indiferente cortesía) con que escuchaba mis palabras. Parecia imposible que, en medio de tantos cuidados y tareas como le cercan, el santo padre redujese así su espíritu y lo fijase tan completamente en la mayor ó menor felicidad y en la menera de ser y de estar constituida una familia cristiana cualquiera de las miles de miles que componen su imperio espiritual.

A tal punto llegó aquella situacion rarísima, (que yo no acierto á esplicarme sino como resultado de que S. S. se encontraba cuando yo entré en su despacho en uno de esos momentos de absoluta calma de la imaginacion en que nos solaza y recrea el tamo que bulle en un rayo de sol ó el afanoso trabajo de una hormiga;) á tal punto, digo, llegó aquella singularísima escena, que, sin reparo alguno me atreví á pedirle á S. S. que me diese algun recuerdo material de aquella audiencia; lo que menos le importase, lo que de nada le sirviese; un pliego de papel, una pluma...

—Algo mejor que eso voy á regalarle á usted, me dijo sonriéndose y levantándose.

Aquí perdí todo mi valor, y hasta me horroricé de lo que habia dicho, de lo que habia hecho. ¡Molestar al papa! ¡Dar lugar á que dejase su sillon! ¡Obligarle á andar algunos pasos!...

Muchas veces le pedí perdon de mi aúdacia y le supliqué que no se incomodase... Pero S. S. se reia, y marchaba por la estancia, diciéndome afablemente:

—Estoy bueno; ahora estoy muy bueno: dígaselo usted á su familia y á sus amigos que bien me quieran.

Y con paso firme, salió del despacho, penetrando en la otra habitacion en que daba el sol y de que ya te he hablado, cuya puerta estaba abierta de par en par.

Por aquella puerta seguia yo viendo á Pio IX, que abria una papelera y me hablaba al mismo tiempo, al través de una distancia de veinte pasos.

—Voy á darle á usted (decia, interrumpiéndose á cada palabra, mientras buscaba lo que quiera que fuese en un cajon de la papelera); voy á darle á usted una medalla de las que acabo de hacer acuñar para los que han defendido en *Castelfidardo* la bandera de la Iglesia; pues aunque usted no ha estado en Castelfidardo, estuvo en Africa, segun dice la solicitud de audiencia, y es lo mismo; porque al cabo todo cede en honra y gloria de nuestra santa religion.

Yo escuchaba estas palabras y veia trabajar á S. S., medio orgulloso y medio arrepentido de lo que sucedia por mi culpa. Al fin volvió Pio IX al despacho; dióme una medallita en que se veia la efigie de la Purísima Concepcion y el busto del santo padre; y poniéndome dulcemente la mano sobre un hombro, me dijo:

—Con que vaya usted con Dios: sea usted muy bueno, y dé usted memorias mias á sus padres y hermanos con mi bendicion apostólica. Buen viaje; y mi bendicion á todas horas y en todas partes: sea usted muy feliz, como yo se lo pido á Dios. Adios, hijo mio.

Me arrodillé una, dos y tercera vez, retirándome de espaldas, como está prescrito por la etiqueta del Vaticano, y á cada genuflexion, S. S. sonreia cariñosamente, bendiciéndome con la diestra, y repitiendo el mas español de nuestros saludos:

—Vaya usted con Dios.

Salí de la estancia; crucé vacilante y desvanecido por enmedio de la córte pontificia; recobré mi sombrero, mi abrigo y mis guantes, y bajé dos á dos las escaleras del Vaticano.

Creo que huia del aparato real del palacio; de la pompa temporal que hace temible á aquel humilde y bondadoso sacerdote, cuyas palabras de amor resonaban en lo íntimo de mi pecho... ¿Qué se yo?

Tambien podia ser la turbacion consiguiente á mi inesperada ventura, ó el miedo á que se me distrajera del éxtasis en que me hallaba, lo que me hacia

correr de aquel modo, y apartar la vista de cuanto no fuese el Santo Padre... de cuanto no fuese Pio IX...

No sé: lo que puedo decirte es que no he parado hasta llegar á mi casa, y que cuando me he visto en ella, todo lo que acabo de referirte me ha parecido un sueño, una ilusion de la voluntad, la deseada imágen que persigue la esperanza.

. . . .

IX.

El Vaticano.—Maravillas de arte de la antigüedad y del Renacimiento.

Roma 5 de enero.

Una hora despues me hallaba de vuelta en el Vaticano.

Iba á ver el palacio con ojos de artista; á recorrer el Museo y la Biblioteca; á visitar el *Juicio final* de Miguel Angel; á admirar la *Transfiguracion* de Rafael; á contemplar el grupo de *Laocoonte* y el *Apolo de Belvedere*, dos de las obras capitales de la antigüedad.

Aquella visita debia constituir mi última grande impresion en Roma; pero visita ha sido lo que ha durado cuatro dias; pues desde aquella mañana hasta hoy, puedo decir que no he hecho otra cosa que recorrer el Vaticano.

«El Vaticano,—dice un viajero,—capitolio de la Roma moderna, no es tanto un palacio como una reunion de palacios irregulares, en que trabajaron los mas célebres arquitectos, Bramante, Rafael, Pirro Ligorio, Domenico Fontana, Carlos Maderne y Bernin. Tiene tres pisos, y encierra una infinidad de salas, galerías, capillas y corredores; una biblioteca, un museo inmenso y un jardin. Cuenta 20 patios, 8 grandes escaleras y 200 escaleras de servicio. Bonanni pretende que el Vaticano consta de 13,000 habitaciones, comprendidos los subterráneos. Pero á este vasto conjunto de edificios le falta una fachada esterior. Por el lado de su entrada, lo oculta y desfigura la columnata de la Plaza de San Pedro.

»En las obras de Aulo Gelio se halla una etimología singular de la palabra *Vaticano*, que hace provenir de los oráculos (*Vaticinia*) que, ya en su tiempo, (dos siglos antes de Jesucristo) se pronunciaban en aquel lugar.—Ignórase la época de su fundacion; sabiéndose solamente que lo habitó Carlo-Magno. En el siglo XII los papas vivian todavía en Letran, no habiéndose trasladado al Vaticano hasta que volvieron de Avignon. Juan XXIII puso en comunicacion el palacio con el castillo por medio de una galería cubierta. Nicolás V lo rodeó de murallas. En el siglo XV, Sisto IV hizo la biblioteca y la capilla Sixtina. Alejandro VI mandó construir el departamento que lleva el nombre de Borgia.»

Inocencio VIII, Julio II, Leon X, Pablo III, Sisto V, Clemente XIV, Pio VI, Pio VII y Gregorio XVI han añadido el resto.

No te describiré ni aun te enumeraré las diversas habitaciones de aquel inmenso edificio. Busquemos las obras de arte mas notables que encierra, y para ello principiemos por cruzar la *Sala Regia*, cuyos frescos históricos son dignos de atencion, y penetremos en la célebre *Capilla Sixtina*.

En la *Capilla Sixtina*, donde se celebran, en presencia del santo padre, los oficios de Semana Santa, se halla el famosísimo *Juicio final* de Miguel Angel, inmensa pintura al fresco que cubre toda la pared del fondo.

Esta obra ha sido juzgada por todo el mundo como superior á la crítica. Yo no he sabido qué admirar más en ella: si la grandeza del dibujo, si la gigante osadía que revela la disposicion de cada figura, si la composicion de uno y otro episodio, si la terrible animacion del conjunto ó si la vehemencia de los afectos espresados en cada fisonomía. En cuanto á la invencion, sabido es—y Miguel Angel lo confesaba,—que no es sino una traduccion material de las grandiosas y tremendas imaginaciones de Dante, y en este punto, creo que tienen razon los que hallan mas idealismo, mas inspiracion mística, mas espíritu cristiano en el *Juicio Final* de *Giotto* que vimos en Padua y sobre todo en el de *Orcagna* que admiramos en Pisa. En cambio el de Miguel Angel impone y aterra por la representacion física de los dolores, por el vigor del estilo, por la pasmosa variedad de las mas atrevidas actitudes, por los maravillosos estudios anatómicos que revela y por la fuerza y la vida de la accion.

En el centro de la composicion se ve á Jesucristo; pero no ya al *Salvador*, al manso cordero, á la víctima resignada; sino al terrible Juez que habia de venir á juzgar á los vivos y á los muertos. «Es el Jesús del *Dies iræ*» ha dicho no sé quién. A sus piés se halla la Vírgen María, arrodillada, intercediendo por los pecadores. La escena tiene lugar entre el cielo y la tierra: la tierra se ve abajo, y de ella salen los muertos, sacados de su largo sueño por el son de las trompetas, tocadas con espantosa energía por un admirable grupo de ángeles. En lo alto se ven dos grandes masas de Elegidos que vuelan al cielo; los unos van abrazados á la columna de la Fé; los otros al árbol de la Cruz. Cerca de Cristo se hallan los Mártires, quienes le presentan los instrumentos de su martirio,—las aspas, la cruz, la rueda, la escalera, los martillos, la espada...—San Bartolomé, admirablemente pintado, lleva en la mano su propia piel, que conserva la forma humana, hasta la del rostro.—¡Es una cosa horrible!—A la izquierda luchan los condenados con los demonios, resistiéndose ferozmente á seguirlos al infierno.—Hay quien dice que esta es la parte mas perfecta de la obra.—Sobre todo, un condenado que reflexiona sobre su suerte, hace temblar al que lo mira: tal es su muda desesperacion. En la parte baja del fresco, se ve á Caron, el barquero mitológico, conduciendo los réprobos á las regiones infernales.—Este contrasentido pagano se encuentra tambien en Dante.—A la derecha todo es júbilo y amor, gloria ó esperanza. Allí están los justos, los elegidos que acaban

de pasar por delante de Jesus, el cual se ha colocado á su diestra, como han de estar despues á la diestra de Dios Padre.—Las Vírgenes son muy bellas



Gruta de Posilipo en Nápoles.

pero no muy castas, y así que fueron vestidas por Daniel Volterra á peticion de Paulo IV, que hizo aumentar tambien un poco el completo desnudo de las demas figuras. ¡Ah! ¿qué entendia de esto Miguel Angel? El era genial, y seguro [illegible] al tratar el asunto mas religioso, mas [illegible], mas ascético que pueda



encomendarse á la pintura.—Para concluir: el *Juicio Final* encierra mas de cuatrocientas figuras, en las que están representados todos los afectos, todas las edades, todas las actitudes, todas las pasiones, todos los tipos... ¡Glosa admirable del alma y del cuerpo humano, que demuestra la inagotable inventiva de un genio colosal y de una sabiduría prodigiosa!

No es esta la sola obra de Miguel Angel que encierra la *Capilla Sixtina*. Todo el techo se halla pintado de su mano, y entre las maravillosas creaciones que allí legó á la posteridad, cualquiera de ellas, la menos perfecta, bastaria á inmortalizar á aquel soberano artista.

Conocido su genio, la índole de los asuntos bastará para dar idea de la grandiosidad de sus obras.

Estos asuntos son: 1.° Separacion de la luz y de las tinieblas: 2.° Creacion del sol y de la luna y *siembra* ó sementera de la tierra: 3.° El espíritu de Dios cerniéndose sobre las aguas: 4.° Creacion de Adan: 5.° Creacion de Eva: 6.° Caida del primer hombre y su espulsion del Paraiso: 7.° Sacrificio de Noé: 8.° El Diluvio: 9.° Embriaguez de Noé: 10. Jeremías: 11. La Sibila de Persia: 12. Ezequiel: 13. La Sibila Eritea: 14. Joël: 15. Zacarías: 16. La Sibila de Delfos: 17. Isaías: 18. La Sibila de Cumas: 19. Daniel: 20. La Sibila Líbica: 21. Jonás: 22. Asuero y Esther y el suplicio de Haman: 23. La serpiente de metal: 24. David y Goliat: 25. Judith y Holofernes, y una infinidad de figuras decorativas.

De estas obras, merecen especial mencion los *Profetas y los Sibilas*; y especialísima, la *Creacion del Hombre* y la de la *Mujer*, sobre todo la del *Hombre*, representado como un hermosísimo cadáver sumido en un rincon de la tierra, á donde llega el Creador, sostenido por ángeles, y te da la vida tocándole con el dedo.—Esta escena respira una grandiosa poesía, enteramente genesiaca, que recuerda los sencillos y magestuosos versículos de Moisés.

En la *Capilla Paulina* hay ótros dos frescos de Miguel Angel, *La Conversion de San Pablo* y *El Martirio de San Pedro*, que en otra parte llamarian estraordinariamente la atencion, pero que se ven sin asombro cuando se viene de admirar la Capilla Sixtina y se dirige uno á las *Logias* de Rafael.

Las *Logias* son una multitud de reducidas estancias formadas por tres hileras de pórticos; y llevan el nombre de Rafael, porque este inmortal artista las construyó, decoró y pintó al fresco. Las pinturas representan asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento, principiando por la *Creacion del Mundo*.—En ellas lucha Rafael con Miguel Angel por la grandeza y magestad de la concepcion... Pero donde lo vence es en las célebres *Cámaras* (Stanze).

En aquellas Cámaras se encuentran las obras capitales del pintor de Urbino. —Allí se ven *El incendio del Borgo*, la *Escuela de Atenas*, la *Disputa del Sacramento* (que es sin duda la mas alta y grandiosa creacion del arte cristiano; un *poema teológico*; la *Divina Comedia* de la pintura), *El Parnaso*, *Heliodoro arrojado del Templo*; *San Leon deteniendo á Atila á las puertas de Roma*; *El Milagro de Bolsena* (historia de un sacerdote incrédulo, convertido á la vista

de una hostia ensangrentada), *San Pedro puesto en libertad*, la *Batalla de Constantino* y otros episodios de su vida cristiana... etc.

Cada una de estas obras mereceria un capitulo especial. Cualquiera de ellas bastaria á la gloria inmortal de Rafael. El pintor divino demuestra en las Cámaras todo su genio, toda su sabiduria, toda su erudicion, su inspiracion cristiana, su profundidad teológica, su gracia y su sublimidad á un mismo tiempo.— Yo me contento con nombrar aquellos prodigios del arte: lo demás lo dice la fama y lo repetirán los siglos.

Pasemos ahora á la *Pinacoteca ó Galería de Cuadros* del Vaticano, compuesta de pocas obras, pero todas magistrales.

La primera que busca allí todo el mundo es la famosa *Transfiguracion* de Rafael, que por mucho tiempo se ha considerado como la mas alta creacion de su autor y de la pintura en general. Hoy la crítica, mas generalizadora y profunda, echa de menos en aquel cuadro la inspiracion mística, el espíritu religioso, el perfume de santidad, el ambiente divino que respiran otras obras de Rafael. La *Transfiguracion* es sin duda un prodigio si se considera el arte por el arte, y como ingeniosa é idealizada reproduccion de la naturaleza. Los clásicos, los paganos, los académicos, podrán no pedirle nada á aquella grandiosa composicion; pero un poeta creyente, un alma enamorada de lo absoluto, de lo eterno; un corazon sediento de afectos y goces infinitos, habrá de reconocer que el sentimiento, que la fe, que el genio de la humanidad desterrada rayó mas alto en otra obra inmortal, sabiamente colocada en frente de la *Transfiguracion* de Rafael, como para castigar al pintor de las *Vírgenes* de haberse inspirado mas en el Olimpo que en la Gloria para retratar la sublime escena del Thabor.

La obra á que me refiero es la *Ultima comunion de San Gerónimo* por el Dominiquino. Cierto que su idea y su disposicion están plagiadas de la pintura del mismo nombre, ejecutada por Aníbal Caracci, que vi en Bolonia; pero lo que maravilla y arrebata en el cuadro del Dominiquino no ha sido plagiado de parte alguna, no se encuentra en la creacion de Carracci, y acaso porque no se encontraba en ella, acometió Dominiquino la empresa de mejorarla, celoso del éxito que habia alcanzado. Hablo de la uncion religiosa, de aquella santidad que no respira la Transfiguracion de Rafael.

El *San Gerónimo* de Dominiquino, anciano, decrépito por mejor decir, quiere estar arrodillado y no puede. Algunos varones piadosos lo sostienen por debajo de los brazos, y sin embargo, el sublime traductor de la Biblia se halla sentado sobre sus desnudos pies. Apenas puede levantar la cabeza. Ya no le queda vida sino para mirar la Hostia que le presenta el sacerdote. Se comprende que en sus venas no hay ya otro calor que el amor divino, que el santo deseo de tocar con sus labios, de recibir en sus entrañas la forma consagrada del cuerpo del Redentor... La comunion será para él un ósculo de paz despues de los combates de esta vida, y de alianza con la eternidad. ¡Qué sed de ver á Dios! ¡Qué humildad! ¡Qué cariño!—Yo no conozco espresion mas culminante de caridad... Yo no he visto nunca tan espiritualizada la forma humana.—Es *Beato Angelico*

divinizando la naturaleza mortal, sin apelar á las formas inverosímiles de un árido ascetismo. Es el alma, hermoseando, fundiendo, divinizando, convirtiendo en luz la pobre arcilla que se deshace al soplo de la muerte.

En la *Galería* del Vaticano se encuentran tambien la célebre *Madonna di Foligno* de Rafael; su *Coronacion de la Vírgen*, pintada en el estilo de su insigne maestro y, por consiguiente, inmaterial, pura y divina como una vision del cielo, y la *Anunciacion*, la *Adoracion de los Reyes*, la *Presentacion al Templo* y las *Virtudes teologales*, cuadros todos, especialmente el último, dignos de su genio y de su fama.

De las obras restantes de la galería, las mas bellas y renombradas son la *Vision de San Romualdo*, por Andrea Sacchi; *El entierro de Cristo*, por Miguel Angel *de Caravaggio*; una *Madonna* de Ticiano; la *Leyenda de Nicolás Vari*, por el sublime Beato Angelico; dos cuadros de Murillo, la *Sagrada Familia* y la *Vuelta del Hijo-pródigo*, colocados allí por Pio IX, y los famosos *Tapices de Rafael*, que encierran maravillas de concepcion y de dibujo.

Pasemos ahora á la *Biblioteca*, que como sabrás, es la primera coleccion de manuscritos de todo el universo. El local no puede ser mas bello ni mas suntuoso. La *sala grande* de 216 pies de longitud por 49 de anchura, está adornada con preciosos frescos y con elegantes armarios cerrados. De esta sala arranca una doble galería, vistosísima, de mas de 1,000 pies de longitud!

Los manuscritos no bajan de 25,000, y entre ellos los hay griegos, latinos, árabes, persas, turcos, siriacos, hebreos, etiopes, samaritanos, coptos, armenios, georgianos, indios, chinos, slavos.—De los innumerables tesoros que allí se guardan, solo he visto algunas cartas de Enrique VIII á Ana Bolena; un cuaderno de borradores del Tasso, que por cierto corregía mucho sus poesías; una Biblia del siglo VI; la *República* de Ciceron, y un *Virgilio* del siglo V adornado de preciosas miniaturas.

La *Biblioteca del Vaticano* comprende además 30,000 impresos;—un *Museo* llamado *profano*;—otro de *Antigüedades cristianas*, en que se ven lápidas procedentes de las catacumbas, pinturas de los maestros griegos anteriores con mucho al renacimiento de las artes, cálices antiquísimos, y otros muchos objetos pertenecientes á los primeros cristianos;—un gabinete en que hay seis armarios llenos de ídolos, estatuitas, inscripciones en bronce, utensilios de todo género de los antiguos romanos, y la cabellera de una mujer, perfectamente conservada, aunque tendrá mas de quince siglos, que se encontró en un sarcófago gentil;—una sala de pinturas bizantinas;—el gabinete de los *Papirus*;—ocho salas más, atestadas de curiosidades históricas;—el *Gabinete de las Medallas*;—y la sala de las *Bodas Aldobrandinas*, donde se halla el famoso fresco de este nombre, cuya importancia ha desaparecido despues de las exhumaciones de Pompeya.

Hasta aquí la Biblioteca.—Ahora empieza el verdadero *Museo del Vaticano*, vastísima ciudad que encierra los despojos de mil generaciones. Bástete saber que aquel *Museo*, el primero del mundo, tiene una gran sala destinada esclusi-

vamente á *Bustos* de la antigüedad; una galería llamada de los *Candelabros*; una sala de *Animales* esculpidos; otra galería llena de *Estatuas*; patios llenos de sepulcros, y de grandes vasos ó tinas; un departamento que encierra todo un *Museo Etrusco*; otro que equivale á un *Museo Egipcio*, y muchos que llevan nombres especiales y que bastarian al lustre de la mas culta capital, como son el *Museo Chiaramonti*, la *Galería Lapidaria*, el *Museo Pio Clementino*, etc.

El *Museo del Vaticano*, —lo repito,—es un pueblo de piedra, habitado por los antiguos romanos y por el correspondiente número de griegos y egipcios que nunca faltó en la gran ciudad. Allí se encuentran todos los hombres célebres de que nos hablan los historiadores latinos: allí están sus dioses. Los retratos, los bustos, las estatuas, esceden en vida y espresion á la fotografía. Oradores, filósofos, guerreros, poetas, nos miran, nos hablan, se mueven, palpitan, animados por el arte. Los emperadores, los cónsules, los tribunos, las matronas, las cortesanas, los niños, los esclavos, todos moran en aquel lugar, albergados con lujo, rodeados de los restos de sus casas, de las pilas en que se bañaban, de los pavimentos de mosaico de sus viviendas, de las bestias feroces que admiraban en los circos, de los sepulcros que no han podido retenerlos, de las columnas de sus templos, de sus ídolos, de los monumentos que veían en plazas y calles, de las obras maestras de Fidias y Praxiteles que tuvieron en tanta veneracion, de todo, en fin, lo que embellecia su existencia cuando, en vez de ser de mármol, eran de carne y hueso.

¡Y qué estension la de aquella ciudad petrificada! ¡Qué poblacion tan numerosa! Solo para conocer de vista á los inmóviles habitantes del *Museo* seria menester permanecer allí un año. Para tratarlos y ser amigo familiar de todos, no bastaria un tercio de la vida.—Desistamos, pues, de parar la atencion en unas gentes que hemos de abandonar tan pronto, y fijémonos solamente en las obras inmortales de la antigüedad, en los grandes prodigios de la escultura griega; esto es, hagamos lo mismo que en cualquiera otra ciudad que visitamos de paso: veamos los monumentos, y sigamos nuestro camino.

Saludemos primero á esta soberbia *Cariátide*, hermosa como una Juno, magníficamente vestida, y que parece el símbolo de la belleza permanente;—detengámonos luego cerca de la estatua del *Pudor*, de esa gallarda jóven que á medida que se envuelve mas en sus ropas, deja adivinar con mayor precision y exactitud las formas hechiceras de su cuerpo;—admiremos y reverenciemos la austera figura de *Demóstenes* en su actitud persuasiva;—apartémonos, no que nos atropelle, del *Atleta* ó *Corredor*, que huye continuamente de su pedestal, en el cual á cada instante parece que acaba de sentar el pie por vez primera;—y hagamos alto delante de la colosal estatua del *Nilo*, conocida de todo el mundo, puesto que su mejor copia adorna un jardin público de Paris.

Nada mas imponente que aquel gigante acostado, por cuyo cuerpo trepan y corren diez y seis niños, que siempre me recuerdan á los liliputienses que se apoderaron de Gulliver... Yo no comprendo que pueda presentarse alegoría mas exacta que esta escultura, para dar idea del opulento rio que es vida y alma de

todo el Egipto; que lo aniquila y regenera continuamente; que lo asombra y lo intimida cada vez que lo inunda para enriquecer y fecundar sus campos.

Pero continuemos. Hé aquí la célebre ***Minerva Médica***.—¡Salud á ***Augusto***, ó por mejor decir, al jóven Octavio!—Ved allí á ***Tiberio***, pacíficamente sentado. —Su calma glacial me horroriza... Pasemos de largo.

Estamos en el vestíbulo redondo, donde se halla el balcon de ***Belvedere*** (de la Bella vista) que da nombre á toda esta parte del Museo. La vista que desde el balcon se disfruta es, en efecto, asombrosa. Roma entera se estiende ante nuestras miradas.

Desde el ***vestíbulo*** pasamos al célebre patio, centro del Museo, rodeado de gabinetes donde se encuentran las obras capitales de la escultura antigua.

Hé aquí el ***Perseo***;—hé aquí el ***Mercurio*** conocido con el nombre de ***Antínoo***; —hé aquí el célebre *Torso* griego, que no siendo mas que un fragmento, conserva toda la vida que pudo tener la estatua entera y hace adivinar el resto de la figura...

Miguel Angel decia que era discípulo de este *Torso*...

Pero Miguel Angel decia tambien que el *Grupo de Laocoonte* era el *milagro del arte*, y estamos á pocos pasos del *Grupo de Laocoonte*.—Avanzemos, pues.

¡Oh prodigio! No basta conocerlo, como lo conoce todo el mundo, por el vaciado, por el grabado ó por la fotografía. Acontece con estas obras maestras que, despues de serle á uno familiares por las muchas y escelentes copias de ellas que se encuentran en todos los grandes museos de Europa, todavía cree verlas por primera vez cuando examina el original, la *predella*, que dicen los italianos. —Y es que ni el vaciado ni la copia tendrán nunca la suavidad de contornos, la gracia de inflexion, la morvidez del Paros ó del Carrara modelado por aquellos magos del arte y bruñido por el tiempo. Quien no haya visto estos modelos insuperables, asombro de generaciones de artistas, no sabrá jamás hasta qué punto puede animarse la piedra bajo la mano del escultor; hasta qué punto una forma precisa y dura adquiere el indeciso contorno de la carne, la suave vaguedad del movimiento.

Ved á *Laocoonte*: vedlo pugnar con las serpientes que lo ahogan y á sus hijos: ved la infinita angustia del rostro del padre: ved sus atléticos esfuerzos, sus miembros crispados, su desesperada actitud, y decid si aquello es materia inerte; si aquella boca no se queja; si aquellos brazos no luchan; si aquel corazon no llora lágrimas de sangre.

Y ¡qué transicion!—En el lado opuesto encontrais el *Apolo de Belvedere*, la suave figura que pasa por el tipo mas perfecto de la belleza del hombre; el gallardo mancebo de correctas formas, de varonil hermosura, de noble continente que enamora tanto á las hijas de Eva como la Venus de Médicis á los hijos de Adan; el *Apolo de Belvedere*... muestra proverbial de que no siempre es feo el sexo que no se llama bello por antonomasia.

Despues encontrareis ***El leon que despedaza á un caballo***, admirable grupo en que las dos figuras son interesantes, las dos nobles, ninguna odiosa;—el

Cupido de Praxiteles, llamado el Genio del Vaticano; — su *Apolo* y su Venus, que son dos maravillas, copia la segunda de la famosa Venus del Gnido; — la renombrada estatua de *Meleagro*, y mil otras obras maestras que ni nombrar me es dado; pero que en otro cualquier museo serian objeto principal del culto de los artistas.

Y nada digo de los vasos etruscos, cuyas pinturas son otros tantos poemas; ni de las urnas y pilas de pórfido y otras suntuosas piedras que demuestran el grado de lujo y esplendor á que llegó el reinado de los antiguos; ni de las preciosidades artísticas y curiosidades históricas que encierra el Museo Egipcio... El Vaticano es interminable, indescriptible; museo digno de Roma... y esto lo dice todo!

. . . .

¡Oh! ¡Cuánto mas fácil y definitivo, sublime mas bien, hubiera sido el triunfo del cristianismo sobre el paganismo (me refiero solamente á las formas externas), si en vez de engastarse en Roma su centro de accion se hubiese implantado en España, en Francia, en cualquiera otra nacion de Europa que no fuese Italia ni Grecia!

En Roma, si bien tornó á la sencillez en el dogma, tuvo que lidiar en ella, como con una hidra, cuyas bocas se reproducian á sus golpes...

. . . .

El *Renacimiento*, esto es, el triunfo del ideal terreno del arte antiguo sobre el espiritualismo sublime de los artistas y de los escritores ascetas (los contemporáneos de la *Reforma*).

Y la lucha sigue.

. . . .

[illegible]

Amigo mio: ya por terminadas mis cartas de Roma.

Mucho mas he visto, mucho mas he pensado y sentido en la gran ciudad; pero no me es dado escribirlo: me apura la premura del tiempo y me lo impiden respetables consideraciones.

En cambio la semana que se habia prometido predicar en Roma... Ya lo verás al fin del libro en que figurarán estas cartas.

Allí hablaremos largamente de política.

Ahora solo pienso en mi próxima salida para Nápoles, para la hermosa Nápoles, término de mi larga peregrinacion.

CAPITULO ULTIMO.



NAPOLES.

I.

De Roma á la frontera napolitana.—Terracina.—Gaeta.—Un obstáculo imprevisto.

Terracina, 9 de enero.

Héme en *Terracina*, en la última ciudad de los Estados Pontificios, á media legua de la frontera napolitana.

Acabamos de llegar. Son las once de la noche. Vamos á descansar algunas horas, y mañana por la mañana saldremos para Nápoles.

Dioscoro Puebla, uno de los artistas pensionados por el gobierno español en Roma, y de quien ya te he hablado en mis anteriores cartas, forma parte de la espedicion. El se volverá á Roma desde Nápoles: los demás regresaremos á España.

Creo inútil decirte que *los demás* somos Caballero, Jussuf y yo.

Nuestro viaje de Roma á Terracina apenas es digno de mencion, despues de la descripcion minuciosa que tengo hecha de lo que es una marcha en posta por el Estado Romano.

A *mezzo-giorno*, esto es, á las doce del dia, salimos hoy de la ciudad eterna, por la puerta *San Giovanni*, Jussuf encargado siempre de la galga ó *scarpa*, Caballero, Puebla y yo cómodamente arrellanados en una inmensa y sólida carretela, dentro de la cual quedaba sitio para el consabido cesto de provisiones.

Cruzamos la campiña romana, triste, solitaria, llena de ruinas. Torné á ver á Albano, donde llamó mi atencion el contraste que ofrecian los soldados franceses con los soldados napolitanos que se han refugiado en este pais, despues de las derrotas del Volturno; aquellos equipados lujosamente, estos mise-

rables y desarrapados; los unos ébrios; los otros pálidos y desfallecidos: pasamos un hermoso puente que une á Albano con Ariccia, desde el cual descubrimos una hermosa vista, que comprendia: una llanura suave y melancólica, un horizonte de mar, limitando el paisaje á nuestra derecha, y á la izquierda, los frondosos montes Albanos, á cuya falda se veian blanquear mil ruinas hasta de ciudades enteras: gozamos luego de una sublime puesta de sol en el mar, bajo un pabellon de rojizas nubes, y á la luz del crepúsculo, en el solemne silencio que nos rodeaba, contemplamos con infinita tristeza y honda compasion aquella tierra solitaria que íbamos cruzando, apestada y bella como la infortunada Pía, y en que no se notaban otras señales de vida, que algunas piaras de búfalos revolcándose en el cieno de los fétidos pantanos.

Ya de noche pasamos por *Velletri*, patria de Augusto, antiquísima ciudad, cuyas mujeres tienen reputacion de muy hermosas, y donde, al decir de Puebla, que conoce palmo á palmo los alrededores de Roma, quedan muchos, muchísimos recuerdos de la ocupacion española de 1849... tanto que los franceses, para embromar á aquellas beldades, las llaman *Margaritas*... epígrama que no entiendo.—Allí mudamos tiro, y por cierto que el maestro de postas nos declaró, casi con las lágrimas en los ojos, que nuestra silla era la primera que pasaba por la ciudad despues de la Noche-Buena. Tambien nos ha anunciado que probablemente no nos dejarán los piamonteses cruzar la frontera napolitana; pero nosotros hemos seguido adelante, primero, porque tengo una carta para Cialdini, y segundo, porque en Roma nos han asegurado que hay armisticio entre los sitiadores y los defensores de Gaeta.

En las demás paradas los dueños de los *Albergos* nos han pedido, como se pide una limosna, que entrásemos en sus establecimientos, que pasásemos allí la noche, ó que á lo menos hiciésemos algun gasto, pues se hallan en la última miseria á causa de la interrupcion de las comunicaciones. Los postillones, por su parte, al darnos las *gracias* por la propina, ó sea por la *buona mano*, nos confesaban que en todo el invierno solo han comido achicorias.

Mas no creas que semejante estado de indigencia se limita á los que viven de los forasteros. Todo el pais pontificio presenta el mismo aspecto de desolacion y ruina, no solo á consecuencia de la guerra, sino porque sus habitantes fueron siempre tan pobres como su suelo, y tan apáticos y enemigos de trabajar como reacio su gobierno en emprender reformas y obras públicas. Así es que por donde quiera que hemos pasado, nos han acometido verdaderos enjambres de pordioseros, los cuales, dicho sea de paso y para satisfaccion de tus ilusiones poéticas, nos tuteaban familiarmente, no por espíritu democrático de nuestros dias, sino á la manera clásica, como los antiguos romanos tuteaban á sus señores, ó tal vez como los primitivos nazarenos, declarados hermanos por Jesucristo.—¡Oh! Italia revela á todas horas su decrepitud. Italia es la horrura de un mineral fundido ya dos veces... Italia ha vivido demasiado para ser hoy feliz.

Departiendo acerca de estas cosas y otras que no son de este lugar, hemos pasado por los encinares de *Cisterna*, albergue de bandidos desde la anti-

güedad hasta nuestros dias, y por la *Torre de' Treponti*, donde hemos mudado tiro.



Molino y horno en Pompeya.

Allí empiezan las célebres *Lagunas Pontinas*, que se estienden hasta la ciudad en que te escribo, ó sea por un espacio de ocho leguas de longitud y tres de máxima anchura. Sus aguas estancadas producen la *malaria*, cuyo tremendo azote ha despoblado completamente toda aquella region, en que hubo en otro tiempo nada menos que treinta y tres ciudades.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] imitada por el Lago de Fundi [illegible] una ala [illegible] [illegible] sus tiros y [illegible] [illegible]

Este postillon, vestido con su casaquilla corta y con su alto sombrero chapado, era realista de Francisco II y llevaba un miedo cerval.

Llamamos á la puerta: sonó al otro lado de ella ruido de armas, y una voz terrible esclamó en italiano:

—¿Quién vive?

—Una silla de posta que se dirije á Nápoles.

—¿De qué nacion son ustedes?

—Españoles.

—No se puede pasar.

—Tenemos una carta para el general Cialdini.

—El general Cialdini está en Mola di Gaeta, y nosotros tenemos órden de no creer én ninguna carta y mucho menos en españoles.

—Entonces quisiéramos ponerle un parte telegráfico al general, y para ello nos permitirá usted subir á Fondi.

—No, señor. Lo que se hará será enviarle el despacho al coronel que manda en Fondi, y él verá si puede trasmitirse al general Cialdini.

Armámonos de paciencia; escribimos con lapiz un parte al general Cialdini, diciéndole que llevábamos recomendaciones del conde de Cavour para las autoridades de Nápoles, y dezlizamos el papel por debajo de la *Portella.*

El despacho debió hacerle impresion al oficial de guardia, pues un minuto despues oimos estas órdenes:

—¡A escape! ¡Rebiente usted al caballo! Y dígale al coronel que estos señores, con harto sentimiento mio, están esperando al otro lado de la *Portella.*

A cuyas palabras siguió el rumor de un galope desesperado.

Nosotros sacamos nuestras provisiones; nos sentamos en el tranco de aquella puerta que daba entrada á un campo de batalla, á un reino hundido, á las regiones calcinadas por el Vesubio, á la *Gran Grecia* de los antiguos, y nos pusimos á almorzar, no sin convidar antes al oficial de guardia, quien nos dió las gracias, asegurándonos que aceptaria con mucho gusto si no le estuviese prohibido, pena de la vida, salir por aquella puerta ó dejar penetrar á nadie.

En cambio sacó una silla, la apoyó contra el porton, y asi, espalda con espalda y una tabla por medio, emprendimos una larga y amistosa conversacion, en que nos enteró del estado de la campaña.

El armisticio ha sido pura invencion de los romanos. Hace cuatro dias (el domingo) se dieron tres ataques inútiles á Gaeta, en que murieron muchos piamonteses. La escuadra francesa no se ha marchado, y mientras permanezca delante de la plaza, no se podrá atacar por mar, lo que quiere decir que, sin sin ofrecer socorro ni esperanza alguna á los sitiados, Napoleon prolongará su agonia. Se han repartido en Gaeta raciones para ocho dias, y al cabo de ellos, tendrá que rendirse irremediablemente, falta de víveres y municiones. Desde hoy empezarán á embarcar la caballería y á trasladarla á Terracina, á lo cual no se oponen los franceses. Es el principio de la evacuacion. La desconfianza con que se nos mira á los españoles está muy justificada..... A los franceses se les cree

falsos amigos de Francisco II: á nosotros falsos *neutrales* en la cuestion..... Y á este propósito, nos contó el oficial muchas cosas que... no me parecieron bien ni favorables á España. . . . .

Esta conversacion me traia el aura guerrera del año pasado. El año pasado, tal dia como hoy, estábamos en el *Campamento del Hambre*. El paraje que me rodeaba esta mañana tenia tambien mucha semejanza con el de Rio Azmir: una montaña; un pantano; el mar á lo lejos; un sol de oro...—Los ecos de la soledad eran asimismo iguales: son de trompetas, ruido de armas, palabras de muerte...—Entre una y otra escena mediaba casi todo el Mediterráneo ¡cuatrocientas leguas de mar...! pero la latitud era la misma; la temperatura idéntica tambien: primaveral en Enero... ¡Inolvidables mañanas una y otra!

Volvió el soldado de caballería. El coronel de Fondi se negaba á trasmitir el despacho telegráfico.—No habia mas remedio que volver á Terracina, y así lo hicimos.

El resto del dia lo hemos pasado recorriendo esta ciudad, cuyo aspecto romántico, bizantino, muy semejante al de los parajes sombríos y dramáticos de Florencia, no ha sido parte á consolarnos de nuestra desventura.

Al caer la tarde, un vaporcito que habia estado desembarcando caballos procedentes de Gaeta, se dispuso á volver á la plaza sitiada.

—¿Vamos á Gaeta? nos hemos preguntado á una voz.

—Vamos, nos hemos respondido á un mismo tiempo.

Corrimos al muelle: la mar estaba espantosa: el bote del vapor acababa de separarse de la orilla.....

—¡Ah del bote! esclamamos:

—¡Bote! ¡Bote! repitieron las gentes del muelle, llamándolo para que volviese y nos llevase á bordo.

El bote no nos oyó: los bramidos del mar se lo impedian...

A esta casual circunstancia debemos la vida Dioscoro Puebla, Caballero, Jussuf y yo.

Cinco minutos despues resonaba un espantoso grito en la playa de Terracina.

El bote habia sido devorado por las irritadas olas.

De los cuatro marineros que lo tripulaban, solo tres pudieron salvarse con auxilio de sus remos. El cuarto desapareció... y ni su cadáver se ha encontrado todavía.

Las tablas del bote sí han sido arrojadas por las olas á los peñascos de la punta del muelle.

Nosotros no hemos podido menos de dar gracias á Dios por todos los sucesos del dia de hoy. ¿Qué significa nuestro contratiempo de esta mañana, comparado con la prodigiosa fortuna que hemos tenido esta tarde?

Adios, pues; nos volvemos á Roma, desde donde iremos en ferro-carril á Civita-Vecchia en busca de un vapor que nos conduzca directamente á Nápoles.

II.

Civita-Vecchia.—Dos ajusticiados.—El archipiélago partenopeo.—El Vesubio á lo lejos.—¡Nápoles!

Civita-Vecchia 12 de enero.

No dirás que pierdo el tiempo. Han pasado dos dias y ya estamos á bordo del *Durance*, vapor francés, surto en el puerto de *Cívita-Vecchia*.

Son las cinco de la tarde: dentro de una hora levaremos anclas: mañana nos amanecerá en el golfo de Nápoles, al pié del Vesubio, enfrente de la ciudad *partenopea*.

Caballero y Jussuf se han quedado en Roma: se marcharán por tierra á Turin, donde he prometido estar dentro de veinte dias: Dioscoro Puebla se halla conmigo á bordo.

Nuestro paso por Roma ha sido un sueño: quiero decir, que llegamos ayer á las once de la noche y nos acostamos; que nos levantamos esta mañana á las ocho, y tomamos el tren para Cívita-Vecchia sin ver á nadie...—Nos avergonzaba el haber tenido que volvernos desde Fondi, cuando ya pisábamos territorio napolitano.

En Cívita-Vecchia nos ha acompañado y obsequiado mucho el cónsul de España, mi antiguo amigo el señor Valladares. El único puerto de los Estados romanos tiene muy poco que ver, y eso poco no lo hemos visto, á causa de la espantosa lluvia que ha estado cayendo toda la tarde.

Sin embargo, llevo un recuerdo inolvidable de la Tiro papal, y es haberme encontrado de manos á boca con el verdugo, que venia, caballero en una mula, y calado de agua, de guillotinar á dos reos políticos.

La suerte de estos dos desgraciados ha sido terriblemente caprichosa. Procesados y condenados á muerte como enemigos del poder temporal de los Papas, iban ya á ser ajusticiados en *Perugia*, cuando aquella ciudad se sublevó é invadió la cárcel, poniendo en libertad á todos los presos políticos. Pero la autoridad romana, que veia venir el motin, se habia anticipado á sacar secretamente de la cárcel, *quince minutos* antes del alzamiento, á estos dos infelices reos y á esconderlos en otro lugar, desde donde los envió á Roma con el mayor misterio, cuando Perugia y toda la Umbría formaban ya parte de los dominios de Victor Manuel. Una vez en Roma los dos prisioneros, se han dejado pasar tres meses, y hé aquí que ayer, (¿por qué no mañana?) fueron trasladados á Cívita-Vecchia, (ciudad la mas fuerte del Estado romano, copiosamente guarnecida de tropas francesas), con el solo, con el único, con el esclusivo objeto de ajusticiarlos hoy... lo cual se ha verificado sin aparato ni ruido.—¡Y todo por quince minutos! ¡Y entre tanto, sus compañeros en la prision, sus cómplices en el delito,

toda Perugia, toda la Umbría, llevan cuatro meses de ser impunemente liberales!—Repetid conmigo, que la suerte es caprichosa.

Pero anochece, y el capitan del *Durance*, escelente marino, á quien tuve el gusto de conocer en África (pues mandaba uno de los buques sardos contratados por nuestro gobierno), nos envia á buscar para que lo acompañemos á *pranzo*, quiero decir, á comer...

Hagamos por la vida sin miedo alguno de que nos guillotinen por liberales... Ya hemos levado anclas: somos libres: estamos en plena posesion del mar, bajo la bandera francesa, con rumbo á Nápoles, ciudad libre tambien!

¡Trabajo nos ha costado *legalizar* nuestra situacion á los ojos de la policía romana! ¿Querrás creer que nos pedian en el ferro-carril de Civita-Vecchia un certificado del cura de nuestra parroquia en Roma, que nos autorizase para dejar los Estados Pontificios? ¿Querrás creer que, porque no teníamos ese certificado, trataban de hacernos regresar á la ciudad eterna? ¿Querrás creer que hasta que se convenció un empleado nada Salomon, de que no éramos italianos, nos hemos visto amenazados por los gendarmes del Papa?

¡Ah, noble y beatísimo Pio IX! ¡Qué cosas se hacen en su santo nombre! Y ¡qué inmensa distancia, qué absoluta diferencia existe entre lo que se ve y se adivina con dolor en el Estado romano, y aquel alma bondadosa, paternal, angélica, que acoge tan cariñosamente á los peregrinos, que derrama un bálsamo bienhechor en los corazones atormentados!

. . . .

Dia 13.—A bordo del *Durance*.

Ya es de dia. Subamos sobre cubierta. Debemos de estar á la vista de Nápoles.

La noche ha sido penosa: hemos navegado con viento contrario, y esto ha retardado dos horas nuestro viaje.

Me alegro en el alma. Así veré con la luz del dia los sublimes panoramas que van á descorrerse ante mis ojos.

Ahora está la mar dormida. Por la *porta* ó ventana de mi camarote veo un cielo azul y trasparente. Va á salir el sol... ¡Arriba!

Subo á tiempo al alcázar. Ya se distingue á lo lejos la doble pirámide de la isla de *Ischia*, centinela avanzada del golfo de Nápoles...

Acabamos de dejar atrás á Gaeta, que se divisa allá en la estensa línea del continente con sus formidables muros.—El cañon no ha tronado en toda la noche.

Todos los anteojos se fijan en la plaza sitiada. Nada da en ella señales de vida.—Tal vez dentro de una hora será teatro de nuevos y desesperados combates. Démosle un adios... y dispongamos el ánimo á las delicias de la region encantada en que vamos á penetrar.

Ya empieza á dibujarse claramente en los fondos azules del cielo y de las olas el clásico archipiélago Parthenopeo... Las islas de *Ischia* y de *Procida*

parecen dos grandes navios de color de violeta anclados á la entrada del mágico golfo que no tiene igual en el mundo. Estas islas se nos presentan en varias posiciones, á cual mas elegante, segun que avanzamos hácia ellas.—Me recuerdan las estátuas que giran sobre su pedestal en los museos...

Ya distinguimos otra isla mas pequeña... es la *Vivaca*. A lo lejos aparece otra:—Es *Capri*... la inmortal *Caprea* de los griegos.

Penetramos en el canal que separa á *Procida* del continente. Pronto doblaremos el *Cabo Miseno*, y descubriremos el maravilloso cuadro de que se ha dicho:

¡Vedi Napoli é poi muori!

Los recuerdos mitológicos de cada isla; el eco poético de cada nombre aleja de mi imaginacion todo el mundo moderno.—Entramos en la region de la fábula; en la region frecuentada por los dioses; en el teatro de la *Eneida*...

Sale el sol... y como por encanto brillan á mis ojos infinidad de pueblos que brotan de las aguas y se reflejan en ellas. Las islas de color de violeta se convierten en grandes masas de flores y verdura coronadas y ceñidas de pintorescos edificios que relucen al sol como la plata...

Hé allí *Castellamare*... Hé allí *Sorrento*... Hé allí *Meta*, *Vico Equense*, *Torre Anunciata*... y otras poblaciones, bordando la cóncava ribera del mar, enlazadas unas á otras hasta formar una guirnalda ondulante de pueblos, quintas y palacios, que parecen nacidos de la orla de espuma del resplandeciente golfo.

Pero ya debe verse el *Vesubio*... ¡Oh, si!.. Sobre todo este cuadro se levanta, dominando los montes que aun la ocultan, una solitaria cumbre coronada de un largo penacho de humo...

No prestemos bellezas á lo que tantas encierra... Visto desde aquí, el Vesubio no sorprende: ni aun llama la atencion. El humo de la chimenea de un vapor ó de una fábrica seria mucho mas vistoso...—Pero ¿quien pone freno á la imaginacion? La imaginacion sabe que aquella cinta gallarda de flotante humo, coloreada por el sol de la mañana, es la respiracion del mónstruo que ha devorado tántas ciudades, y cuyos rugidos, cuyas palpitaciones hacen temblar á esta comarca.—Y á mí me horroriza tanto mas aquella leve enseña de un poder tan formidable, cuanto que he pasado parte de la noche leyendo á Plinio el Jóven y meditando horrorizado en la destruccion de Herculano y de Pompeya: es decir; que la idea del Vesubio no reviste en mi imaginacion una forma amiga, sino enemiga y espantosa.—No, yo no vengo á admirarlo: vengo á contemplar los cadáveres de sus víctimas.

Hemos doblado el *Cabo Miseno*. Estamos dentro del golfo. ¡Espléndido, sublime, indescriptible espectáculo!—Todavía no vemos á Nápoles: para ello tendremos que doblar la *Punta de Posilipo*; pero ya descubrimos en un lado la Bahia de *Baia*, formada por la region que lleva el nombre de *Campi phlegræi* (campos ardientes), escenario mitológico en que se encuentran la *Stygia*, el

Acheronte, el *Cocyto*, los *Campos Elíseos*, el *Tártaro*, el *Letheo*, todo el mundo plutónico..: en otro lado, el vasto semicírculo trazado por la especie de península de Salerno, donde se hallan todos los pueblos que cité antes; y en me-



Una calle en Pompeya.

dio se ven las ciudades muertas, *Herculano* y *Pompeya*, y las que las han reemplazado á poca distancia, y Portici, y la Torre del Greco, y cien otros pueblecillos animados. ¡¡qué horror! ¡qué temeridad! á la falda misma del Vesubio.

¡El Vesubio! Ya se le descubre completamente, ya impone y aterra su plomiza mole piramidal, cuya base es de lava, cuya cúspide es de ceniza, cuyo

corazon es de fuego y sobre el que ondea incesantemente una columna de humo que se ennegrece ó se enrojece por intervalos.—¡Ah! yo pondré mi pié sobre tu frente, demonio de los montes...—Pero en aquel instante, ten piedad de mi! Yo quisiera recordar durante algunos años, que hubo un dia en que hollé tu cumbre incendiada, como hubo otro en que pisé las cumbres de hielo del Mont-Blanc.

Pero ya doblamos la punta de *Posilipo*.....

¡Nápoles! ¡Nápoles!—Hé aquí toda la ciudad, levantada en anfiteatro sobre el trasparente golfo, retratándose en él, coronada de torres, por detrás de las cuales asoman nuevas colinas cubiertas de laureles, de vides, de naranjos y limoneros: hé ahí la gran colmena reclinada en escalonados montes, llenos de jardines que festonean de flores y verdura los palacios y las iglesias. Aquí, en el mar, millares de barcos de todas las naciones, el histórico *Castillo dell' Ovo*, las alamedas del muelle de *Chiaja*, los bosques de *Villa Reale*, las encantadas alturas que esconden la *Tumba de Virgilio*, el muelle de *Santa Lucía*, el *Puerto Militar*, el *Castillo Nuevo*: allá arriba, el formidable y célebre *Castillo de San Telmo*: mas allá aun, la *Cartuja*, que domina toda la ciudad...—¡Esa es *Nápoles*; la sirena *Parténope*; la cortesana griega; la antigua esclava de Aragon y de Castilla!

La capital, propiamente dicha, tiene una legua de estension de Norte á Sur y media legua de Este á Oeste; pero comprendiendo los barrios que de ella dependen, mide seis leguas de circunferencia. En este espacio pululan medio millon de habitantes; pero es tal la animacion, el ruido, el movimiento que se nota al entrar en el puerto, que se creeria uno llegado á una capital de tres millones de almas.

Un sol ardiente,—y estamos en Enero, y son las ocho de la mañana,—un aire tibio y perfumado, una mar azul y reluciente como un espejo; árboles sin cuento, verdes ó floridos, brotando por todas partes, desde la orilla del mar hasta la cima de los montes, entre las casas, sobre los templos; una alegría, una hermosura, una trasparencia infinita en el cielo; una diafanidad sin igual en el ambiente; un océano de luz; una riqueza prodigiosa de colores intensos, brillantes, espléndidamente combinados, dan á Nápoles un aspecto riente, jubiloso, mágico, seductor, irresistible. Al verlo, diríase que se asiste á una fiesta pagana en que los hombres y la naturaleza han confundido su regocijo, se han dado un beso de supremo deleite, se han entregado desaforadamente al goce de la vida, y se han jurado eterna juventud, perdurable primavera.

«*Ver á Nápoles y despues morir...*» ¡Oh! sí: hay en este cielo; hay en este aire; hay en esta luz una superabundancia tal de vida; tal lujo de pasion, tal exuberancia, tal facundia, que el corazon se ensancha, que la sangre chispea, que las lágrimas acuden á los ojos; que se tiembla de amor á la existencia; que reconoce uno que nunca ha vivido tanto; que quisiera morir antes que volver al frio y desmayado mundo que ha conocido en otras partes.

No sé si es que el volcan centuplica la vitalidad de esta comarca con sus efluvios ardientes; no se si es que la estructura del golfo, resguardado de todos los

vientos, lo ha convertido en un refugio encantado, en el cual han establecido su imperio las brisas de abril portadoras de la fecundidad: no sé si es que las divinidades de la antigua Grecia, los dioses protectores del amor, de la abundancia y de la hermosura, siguen considerando esta parte del mundo como su mansion favorita:—lo que puedo decir es que el aspecto de Nápoles y su influencia en el que lo mira hacen comprender los parasismos de felicidad, los éxtasis y los deliquios de todos los paraisos imaginados por los poetas.

III.

La vida en Nápoles.

Nápoles 18 de enero.

Si bello era Nápoles visto desde el vapor, interesante y bellísimo es despues que se salta á tierra.

Yo no conozco ciudad mas alegre, mas animada, mas bulliciosa, mas pintoresca. En ella todo es música, luz, colores y movimiento. La poblacion bulle, corre, grita, gesticula, canta, reza y se mofa de todo incensantemente y á un tiempo mismo. El napolitano tiene mucho de griego, mucho de berberisco, mucho de andaluz. Es levantino por escelencia.

Los muelles y las playas son unos campamentos de invierno y de verano (pues aquí no hace nunca frio) donde cien mil hombres, mujeres, viejos y niños, viven al aire libre, pescan, guisan, comen, bailan, roban, duermen y se reproducen. Algunos millares de ellos tienen una tienda en mitad de la calle, cuya tienda consiste en una larga mesa cubierta de esquisitas ostras, de peces vivos, de vistosas flores y de esquisitas frutas. Para dar una idea de la frugalidad de los napolitanos, baste decir que muchos *lazzaroni* se mantienen solo con *sandía* que, es uno de los productos mas abundantes del pais. «*Co tre calle,*—dicen,—*vive, magne, é te lave á faccia.*» (Por tres céntimos, bebes, comes y te lavas la cara.) —Dicho se está que una ciudad en que se vive de este modo es sucia en grado superlativo.

Otro de los rasgos caracteriscos de la fisonomía de Nápoles es el infinito número de coches, calesines en su mayor parte, llamados aqui *carricoli*, ó *carrocele*, que discurren á escape por la poblacion, deslizándose cuatro en fondo por las empinadas calles empavesadas de lava, cruzándose en todas direcciones, sin órden ni concierto, con tanta osadía como destreza, como antiguamente los romanos y griegos de que son intermedios geográficos tememario. El conductor se pone á veces de pie para dirigir la *cuadriga*, que no es tal cuadriga, sino un solo caballejo enano que corre como un demonio, arrancando chispas del suelo; en el carruaje van frailes, mujeres, niños, garibaldinos, *lazzaroni*, (cuádruple tripulacion de la que buenamente cabe); quién agarrado á un hierro, quién

colgado de un tirante, quién de pie en un estribo, y casi todos gritando desaforadamente.

El escándalo es la vida, el alma, la idiosincracia de Nápoles. En Nápoles gritan los transeuntes que van solos en medio del dia por plazas y calles, y gritan por el solo placer de oirse, porque les retoza la alegría en el cuerpo, no se por qué prurito de alterar el órden.—Y en vez de andar, bailan y brincan como si estuvieran picados de la tarántula.—Y en efecto, su baile favorito se llama la *tarantella*.—Todo el mundo canta, y todos cantan bien, cada uno por su lado, produciendo una gozosa algaravia que trastorna y aturde al forastero. Es una orgía constante, es una borrachera de júbilo y desvergüenza; es un desenfreno cínico y que no llamaré salvaje... porque me acuerdo de la refinada civilizacion que ha producido tal escoria.

¡Oh!... sí: Nápoles es la heredera de la Grecia decadente y de la Roma prostituida. Cerca de Nápoles está Cápua: dentro de Nápoles está el barrio, ó por mejor decir, la sentina llamada *Porta Capuana*. A la vista de Nápoles está *Pompeya*, la Sodoma del paganismo, enterrada bajo ceniza hace mil ochocientos años. Nápoles es el pantano del vicio; á Nápoles se puede aplicar con una exactitud espantosa la descripcion que Zorrilla hace de la Pentápolis; aqui pulula

aquella muchedumbre
que, profanando su mortal belleza,
del vicio en la asquerosa pobredumbre
enfangó su feroz naturaleza,
dejándola sin freno y sin cuidado
desbocada correr tras el pecado.

La calle principal de Nápoles, su gran *boulevard*, es la *Calle de Toledo*, llamada asi, del ilustre virrey don Pedro de Toledo, que la mandó abrir cuando el reino de Nápoles era una provincia española. La tal calle, que no es muy ancha, y consiste en una áspera cuesta de media legua de longitud, recuerda nuestras ciudades antiguas, por el aspecto novelesco de las casas, cuyo balconaje saliente y ostentoso dá sombra á veces á escudos heráldicos de Castilla y Aragon. Aquella via es una especie de valle ó rio, al cual descienden como arroyuelos muchas calles rectas y empinadas, dispuestas algunas en escalones.

A su comienzo, en el *Largo* (plaza) de *San Ferdinando*, se encuentra el célebre *Café de Europa*, eterno foco de conspiraciones y centro hoy del entusiasmo y la algazara. Nunca he podido alcanzar en él un puesto ó sea una mesa desocupada: en cambio, allí cerca, hay un *Café* y *Riposto* (fonda) sostenido por un reacionario ó *borbónico*, al cual asiste muy poca gente y donde honran, siempre que vamos, nuestra habla española, dándonos de comer muy bien.

Pero nuestro *restaurant* favorito, para almorzar, es el muelle de *Santa Lucía*, en donde habitamos una casa cuyos balcones caen al mar y dan frente el Vesubio.

¡El Vesubio! De noche, nos pasamos largos ratos contemplando el volcan

desde aquellos balcones. En lugar de humo, percibimos tres enormes ascuas, y de tiempo en tiempo, una llamarada de color de púrpura que ilumina el golfo. El Vesubio está en erupcion hace pocos dias, y la lava *corre* aunque no mucho.—Ya esplicaré lo que todo esto significa.

Pero volvamos al almuerzo. Por la mañana nos salimos á la calle, dónde, como he dicho, hay un vasto mercado ó campamento; y allí almorzamos al aire libre higos chumbos, ostras del *Lago Fusaro* (las mejores del mundo), pescados que vemos sacar de la mar y freir, y vino de Capri, aromático y generoso como los mostos andaluces.—La multitud circula en torno nuestro sin reparar ni en nosotros ni en la mucha gente que almuerza del mismo modo.—Las napolitanas son feas por lo general: no así los napolitanos. Media poblacion viste ahora la camisa roja llamada *garibaldina*.—Los *lazzaroni*, medio desnudos, cantan, silvan ó vocean tendidos al sol.—Los frailes, queridísimos de la plebe, van de un lado á otro en amigable coloquio con los muchachos vagabundos, que se dan de cachetes por besarle el rosario ó la manga del hábito.—Oficiales de Garibaldi, con su vistoso uniforme, todo encarnado, corren al escape de sus corceles de guerra. Sin duda han venido del campamento de Mola, ó vuelven á él. Allí se lucha de veras y se muere que es una maravilla. La opinion está indecisa en otorgar el premio del valor á sitiados ó á sitiadores.—Y la naturaleza sigue sonriendo: el mar, el cielo, las islas, las extensas riberas del golfo, la muchedumbre, el ambiente, todo respira júbilo y placer.—A veces me imagino que nada de lo que veo es la vida, sino el delirio de una ciudad. Se diria que el Vesubio comunica á Nápoles su fiebre eterna.

He dicho que toda la ciudad está enlosada de lava: he de añadir que las casas están construidas en su mayor parte con piedras volcánicas.—El Vesubio es la vida y la muerte, la celebridad y el peligro constante de la escandalosa Parténope. No tiene Nápoles al Vesubio, como Granada á la Alhambra: no; el Vesubio es el que tiene á Nápoles: el volcan es lo principal y la ciudad lo accesorio.

Desde Santa Lucía nos vamos á recorrer la ciudad, á visitar el *Museo Borbónico*, del que ya hablaré, ó á recorrer las iglesias, los palacios y las tiendas de coral y objetos de lava, que son las especiales del país.

De las iglesias la mejor es la *Catedral*, cuyo altar Mayor sirve de sarcófago á *San Genaro*, el ídolo de la poblacion. La catedral está levantada sobre el solar de dos templos griegos, dedicado el uno á Apolo y el otro á Neptuno.—En *Santa Clara* hemos visto las sepulturas de muchos reyes de Nápoles, algunas de ellas de gran mérito artístico; pero cuanto mas nos han interesado los sepulcros de los príncipes y princesas de Aragon que encierra la sacristía de *Santo Domingo*. Allí hemos admirado tambien el mausoleo del célebre marqués de Pescara, que está representado con hábito franciscano.—La iglesia de Santo Domingo es gótica.—Asimismo han llamado nuestra atencion *San Felipe Neri*, por su lujoso y exquisito decorado; *San Francisco de Paula*, imitacion del Panteon de Roma; *Santiago de los Españoles*, por su nombre, y por haberla construido el

citado don Pedro de Toledo, cuya magnífica tumba allí se admira, y ***Monte Oliveto***, antiguo convento, donde el Tasso escribió parte de la ***Gerusalemme***.

El ***Palacio Real***, debido al virey español conde de Lemos (el Mecenas de Cervantes), es uno de los mas grandes y bellos de Europa.—Hoy lo habita el ***Príncipe de Carignan***, ***luogo-tenente*** de Nápoles en nombre de Víctor Manuel.

Despues de estas escursiones que se prolongan hasta las dos de la tarde, emprendemos nuestro paseo, que suele ser á caballo.

Y ora vamos á ***Villa Reale***, que es, como si dijéramos, la ***Fuente Castellana*** ó el ***Prado*** de Nápoles, á donde acuden todos los carruajes aristocráticos, tripulados por elegantes damas, y centenares de ginetes, muchos de ellos oficiales voluntarios de Garibaldi; ora vamos á la ***Cartuja de San Martin***, situada en una altura que domina toda la ciudad y hasta el castillo de San Telmo; ora á ***Pozzuoli***, ó cuando menos á ***Bagnoli***...

En la ***Cartuja***, que es lujosísima y bella, hemos encontrado un monje español: allí hemos admirado muchas pinturas de nuestro ***Ribera***, gloria de la Escuela Napolitana como todo el mundo sabe, y sobretodo, su famoso cuadro de la ***Deposicion de la Cruz***: allí finalmente, hemos pasado largas horas contemplando el maravilloso panorama, sin igual en el mundo, de la ciudad, las islas, el golfo, las montañas, el volcan y el mar Tirreno... todo esto encerrado en un solo golpe de vista.

El paseo á ***Pozzuoli*** es mucho mas interesante, siquier mas largo.

Se sale de Nápoles atravesando el muelle de ***Chiaja*** con direccion al Promontorio de Posilipo, perforado por la célebre gruta que pone en comunicacion el golfo de Nápoles con el de ***Pozzuoli***.

Antes de entrar en la gruta, subís á visitar la ***Tumba*** de Virgilio, de la cual solo queda el sitio, que es el mismo en que el poeta tuvo un ***villa*** en que escribió sus Eglogas y sus Geórgicas. El laurel plantado por Petrarca en aquella gloriosa ruina, desapareció á fines del siglo pasado, y el que hoy lo ha sustituido, plantado por Casimiro Delavigne, desaparecerá tambien, á causa de la costumbre que tienen ó tenemos todos los viajeros de arrancarle una hoja cada vez que lo visitamos.

La ***Gruta de Posilipo*** es una especie de túnel abierto en lodo volcánico, sólido y compacto como la piedra. Su longitud es de quinientos metros, por cinco de latitud y diez y nueve de altura. De dia y de noche la iluminan turbios reverberos que apenas dan lugar á que se vean y se eviten los muchos carruajes que van y vienen por aquella pavorosa galería. La primera perforacion data de los tiempos de Augusto, y se ensanchó y perfeccionó tal como hoy se halla, en el reinado de Alfonso I de Aragon. La orientacion de la gruta es tan perfecta, que á fines de febrero y de octubre, el sol poniente la ilumina horizontalmente de un estremo á otro.

Al salir de aquel camino misterioso encuéntrase uno en los ***Campos Ardientes*** que ya he citado, region volcánica llena de cráteres mal apagados, que ofrecen una variedad infinita de fenómenos plutónicos. Aquel es el infierno pagano.—

Allí hay lagos que se llamaban la *Stigia* (hoy *Averno*), el *Cocito* (hoy Lecrino), el *Tártaro* (hoy Mar Muerto), el *Letheo* (hoy *Fusaro*), los cuales encierran, (además de recuerdos inmortales, por lo que influyeron en la imaginacion de Virgilio, que paseó por todos ellos á Eneas,) las mejores ostras del mundo,—y no soy yo quien lo dice, sino Martial.—Allí se encuentra la famosa *Gruta del Perro*, llamada asi por la prueba que se hace, con un pobre animal, de que es imposible permanecer largo rato en ella á causa del gas de ácido carbónico que despide la tierra.—Allí veis la *Solfatara*, volcan no apagado todavía, cuya última erupcion fue en el siglo XII. Todavía arroja humo: todavía está caliente la tierra en sus alrededores: todavía, si abrís un pequeño agujero en la tierra y soplais, producís el fuego.—Allí encontrais el cráter de *Astroni*, del que solo quedan tres lagos rodeados de árboles sombríos. Con todo aquel terreno se ha hecho un Sitio Real, y en él, es decir, sobre un antiguo infierno, se han dado fiestas espléndidas en tiempo de Alfonso de Aragon, conocido por el Magnánimo.—Allí visitais el Anfiteatro de *Pozzuoli*.....

¡Oh! yo no olvidaré nunca esta visita. Desde aquellas nobles ruinas se alcanzaba un gran horizonte de mar, hasta Cabo Miseno. En frente se veian las ruinas de *Baia*, inmensa, rica, hermosa ciudad de los tiempos clásicos, aniquilada por los terremotos; *Cumas*, la ilustre *Cumas*, la ciudad mas antigua de Italia, borrada casi de la faz de la tierra; el *Templo de las Ninfas*, con sus columnas sumergidas en el mar; y otros muchos templos y otras muchas ciudades, todo convertido en escombros por los terremotos que acompañan siempre á las erupciones del Vesubio.

El *Anfiteatro de Pozzuoli* está mas vivo que el de Roma; ni un saqueo ordenado de sus materiales, ni una restauracion mezquina han venido todavía á quitarle el aire de autenticidad que ofrecen sus escombros. Todo se halla como quedó despues del temblor de tierra que lo hizo pedazos: columnas rotas é inmensos capiteles bellísimos encuéntranse acá y allá, vueltos del revés, clavados en la arena, enterrados bajo las bóvedas que se hundieron.

Desde lo alto de la escalinata, he visto yo el espectáculo eterno, el mismo que contemplarian los antiguos romanos cuando venian á esta region á descansar del gobierno del mundo: el mar, el cielo, la costa arulada, tapizada de árboles y flores y sembrada de mármoles que reverberan al sol... y allá, á lo lejos, la nave gala ó ibera que se pierde en el horizonte!—Solo ha cambiado el destino de los pueblos. Hoy no es Italia la señora de las Galias y de España: hoy es la presa que se disputan sus vasallos de otro tiempo.

La vuelta á Napoles, despues de esta escursion, que he hecho ya tres veces, proporciona un espectáculo tan sublime, tan conmovedor, tan bello y tan solemne, que no hay palabras con que describirlo.

No se vuelve por la *Gruta*: se regresa por la orilla del mar, girando en torno del promontorio de Posilipo, por un elevado camino tallado en las abruptas rocas.

Empieza á declinar la tarde. El sol se pone en lo último del Mediterráneo.

Todavía lo verán durante mas de una hora en nuestra adorada España.—Estamos en la Punta de Posilipo. Desde aquí se descubre aun la region mitológica que acabamos de abandonar y todo el golfo de Nápoles, la ciudad, las islas, el Vesubio y las ciudades sucesivas que bordan la orilla de la península de Sorrento.—Este es el Nápoles descrito por Lamartine en *Graziella*: el Nápoles que hay que ver para despues morir...—¡Qué cielo! ¡qué mar! ¡qué magestuoso silencio! ¡qué estática inmovilidad la de las olas!—Ni un leve soplo de brisa: el humo del volcan, enrogecido por el sol poniente, se levanta á una altura incomensurable como una pluma descomunal de color de escarlata. Los cristales de la poblacion brillan como el fuego. El mar se halla tan dormido que los barquichuelos, las casas y las peñas se repiten en él, dibujando en el seno del golfo otra ciudad submarina. Es la Sirena Partenope que sonrie desde el fondo de las olas!—La quietud del agua es tal, que en su unida y trasparente superficie de color de leche se dibujan manchas y franjas oscuras, indicando las corrientes de lo hondo... Parece una dilatada piel de pantera, estendida á los pies de la ciudad.—Del abrigado puerto salen en este instante ocho ó diez vapores en direcciones diversas, dejando en el apacible golfo largas estelas de cristal y aljofar, que parecen dulces recuerdos y tiernos saludos de los que dejan esta mansion de delicias.—Yo sigo con la vista las embarcaciones que se alejan hacia el occidente, hácia la madre España... Las aves, cerniéndose como puntos negros en el fondo de oro del horizonte, sobre la intensa luz crepuscular, parece como que acompañan á aquellos buques, cuyo alto velámen, hinchado por las brisas de alta mar, se destaca todo entero, y fantásticamente agigantado, en el último término del espacio indefinido... ¡Oh momento!

Todos los que han salido de Nápoles ó vuelven de Bagnoli por este camino, han hecho alto como nosotros en un elevado balcon que domina tan grandioso panorama. Las damas, reclinadas en sus carruajes; los ginetes, inmóviles en las sillas; los que han venido á pié, reclinados en las peñas, todos callan. La sublimidad de esta hora patética, embarga, electriza los corazones. ¡Cuánta vida y cuánto silencio! Diríase que se asiste, como á una trajedia, á la muerte de tan hermoso dia. La lucha de la luz y las sombras, y la mudanza, el desvanecimiento, la escala descendente de los colores, hé aquí todo lo que contemplamos, á vueltas de un cuadro ya conocido, pero que siempre parece nuevo, como era nuevo esta mañana el sol que ahora se hunde para siempre; como será nuevo el dia que amanecerá dentro de algunas horas.

¡Oh! sí: el momento es augusto: la naturaleza suspensa, pasmada de su propia hermosura, se complace en prolongar estos dulcísimos instantes. Creeríase que el tiempo se ha pasado, condensándose y resumiéndose en una sola hora. Todos los siglos muertos, y los futuros palpitan confundidos en la belleza eterna de la creacion. La melancolía de nuestra rápida existencia da lugar á un inefable gozo, cuya verdadera espresion se encuentra en la frase proverbial: *Ver á Nápoles, y despues morir...*—¿Qué nos importa morir, si hemos vivido cuanto puede vivirse: si hemos gustado en un solo instante todas las delicias de la tierra?

No bien se oculta el sol, todos respiramos á un tiempo; todos levantamos la cabeza; todos nos encontramos con los ojos humedecidos.—Ha cesado el silencio: pónense en movimiento carruajes y ginetes: renace la conversacion...—Hemos vuelto á nuestra pobre vida humana.

Entre tanto una sombra súbita, rápida, instantánea, ha ennegrecido todo el cuadro que hace un minuto reflejaba destellos y colores.

Diríase que el tiempo apresura el paso, á fin de ganar los momentos perdidos durante su involuntario éstasis.

¡Y nosotros pensamos en mañana!

. . . .

Despues de estos paseos, el alma embelesada queda rendida de su larga tension armónica con la belleza universal, y pide á gritos emociones mas limitadas, goces mas breves, alegrías mas soportables.

Es el momento de volver á Nápoles á todo el escape de nuestros caballos y apearnos á la puerta de la *Trattoría de Petrillo*, famosa si las hay.

Allí encontramos un animado concurso de oficiales de la Milicia Nacional de toda Italia (encargada de guarnecer á Nápoles, en tanto que el ejército lucha contra Gaeta), y una infinidad de garibaldinos que cantan himnos patrióticos llevando el compás con los cuchillos en las copas y en los vasos: allí nos esperan las esquisitas ostras del *Lago Fusaro*, que acabamos de visitar, servidas por el mismo marinero que las cogió esta tarde, el cual es cojo y bello como un verdadero Lucifer.

Hánle encojado en la última guerra, allá en Sicilia, á donde fue como voluntario de Garibaldi, á pesar de sus diez y siete años.—¡Oh! ¿quién le mandó dejar su pacífica arena por la otra ensangrentada? ¡Sería menos ilustre; pero no llevaria toda su vida esa reacia pata de palo!

El vino de Capri le va muy bien á las ostras, y los hijos de Ischia se dejan atrás á los de Málaga, aunque á la verdad no les llegan á los de Smirna. En cuanto á las nueces de Sora, no tienen igual en mis recuerdos.

Pero lo mas notable de todo es el limon que esprimimos sobre las ostras: su perfume no desaparece de la mano en muchas horas...

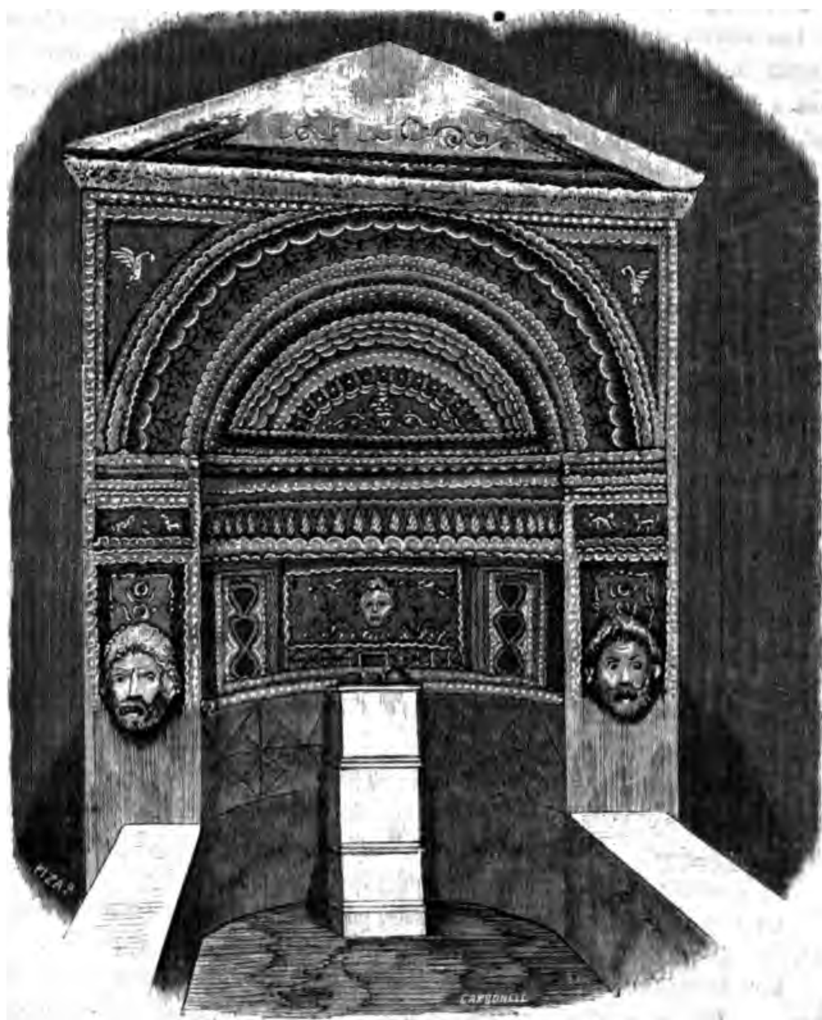
¡Bendita tierra, donde (como dijo lord Byron de otra que no debo nombrar) *todo es bello... menos el espíritu del hombre!*

Al reflexionar acerca de los espantosos vicios, pregonados en voz alta como las mercancías, de los abyectos moradores de esta ciudad inicua y deliciosa, me acuerdo naturalmente del Vesubio, azote levantado sobre Nápoles y que lo castiga con frecuencia; y al acordarme del *Vesubio*, me estremezco de ansiedad, de alegría, de miedo y de esperanza al pensar que mañana, saldremos para *Pompeya*, desde donde subiremos á la cúspide misma del volcan, al borde mismo del cráter.

Pero antes, ya que hemos comido, bueno será que vayamos al gran teatro de San Cárlos, donde se estrena no sé qué ópera de Verdi.

. . . .

El *Teatro Reale di San Carlo* es el mejor de Europa, al decir de todos los viajeros. Sus dos rivales son el de la *Scala* de Milan y el *Teatro Real* de Madrid. —El teatro de la *Scala* es un poco mayor, pero no tan lujoso en la parte de or-



Fuente en Pompeya.

namentacion de la sala, ni tan rico en trajes y decoraciones como el coliseo napolitano. El de Madrid lo aventaja solamente por la comodidad que ofrece al público y por aquel aire severo y magestuoso de que ya hablamos en Milan.

El *Teatro de San Cárlos*, obra de nuestro insigne Cárlos III (que como todo el mundo sabe, reinó ántes en Nápoles durante quince años, contiene seis ór-

[illegible]

[illegible]

Los [illegible]

[illegible]

La nueva ópera de Verdi [illegible]

[illegible]

[illegible]

Durante la representacion [illegible]

El [illegible] de la ópera.

La [illegible]

Las [illegible]

Tambien [illegible] Fernando [illegible]

Despues de la funcion [illegible]

hombre hermosísimo, vestido con una túnica blanca, botas, sable, y turbante de astracan.—Pregunto á mi antiguo y escelente amigo, el cónsul de España en Nápoles, don Cárlos Morejon, quién es aquel estraño personaje, y me responde que es el criado armenio de Alejandro Dumas.

Porque Alejandro Dumas está en Nápoles, escribiendo un periódico en defensa de la unidad italiana...

Pero hélo aquí, que viene á refrescar.—Su criado no habia hecho mas que precederlo, á fin de prepararle el triunfo.

Todo el mundo se pone á contemplar al insigne autor de *Los Mosqueteros*.

¡Salud á mi novelista favorito de la edad de los sueños y de las ilusiones!

Tambien ha envejecido el buen mulato.

Con que vámonos á casa, que mañana tenemos que madrugar.

IV.

El Museo Borbónico.—Un dia en Pompeya.

Antes de emprender nuestra escursion á *Pompeya*, bueno será recordar de nuevo, y con algunos pormenores, la gran catástrofe, sin igual en el mundo (si se esceptúa la que aniquiló á Sodoma, Gomorra, Seboin, Segor y Adama), que acabó en un dia con aquella grande, rica y populosa ciudad, fama y orgullo de la Campania, y uno de los retiros predilectos de los mas ilustres romanos.

Oigamos primero á un testigo presencial, á *Plinio el Jóven*.

Plinio el Jóven tenia 18 años el 79 de nuestra era, cuando se verificó la espantosa erupcion del Vesubio que destruyó á *Pompeya*, *Herculano y Staviœ*. Hallábase en Miseno, antigua ciudad, situada á tres leguas de Nápoles, delante de la cual estaba anclada una escuadra mandada por su ilustre tio y padre adoptivo, *Plinio el Naturalista*. La madre de aquel y hermana de éste llamó la atencion del sabio anciano sobre una rara nube que coronaba el Vesuvio, y Plinio, adivinando un fenómeno plutónico estraordinario, hizo preparar un buque y se dirigió al pié del volcan, á la ciudad de *Staviœ*, donde desembarcó, sin reparar en las cenizas y piedras calcinadas que caian ya sobre el barco y sobre todas las cercanías. En *Staviœ*, cuyo último dia era aquel, tranquilizó á su amigo Pomponiano, se hizo conducir al baño y comió tranquila y alegremente.

«*En seguida*,—dice Plinio el Jóven en una carta al insigne Tácito, (l. VI, 16), *—se acostó y durmió profundamente, pues desde la puerta se oia el ruido de su respiracion... Sin embargo, el patio por donde se entraba en su aposento empezaba á llenarse de piedras y cenizas, de tal manera que á poco mas que hubiera permanecido encerrado, no habria podido salir. Despertósele, salió y fué á reunirse con Pomponiano y los demás que habian velado su sueño. Una*

vez juntos, deliberaron sobre si debian encerrarse en la casa ó vagar por el campo, y viendo que todas las casas estaban cuarteadas por los violentos y frecuentes temblores de tierra... se ataron unas almohadas sobre la cabeza para defenderse de las piedras que caian, y salieron. El dia empezaba á amanecer; pero en torno de ellos reinaba la mas sombría y densa noche, interrumpida por diversas claridades. Llegaron á la playa: el mar estaba tempestuoso y les impedia reembarcarse. Allí mi tio se acostó sobre una manta estendida en el suelo, pidió agua fria y bebió dos veces. Pronto las llamas y un olor á azufre que anunciaba su proximidad pusieron en fuga á todo el mundo y obligaron á mi tio á levantarse. Alzóse, apoyado sobre dos esclavos jóvenes, y en el mismo instante, cayó muerto, sofocado, á lo que yo imagino, por aquella espesa humareda. Su pecho era naturalmente débil, estrecho y anhelante. Cuando apareció la luz (tres dias despues del que habia sido el último para mi tio), hallóse su cuerpo entero y sin heridas... Su actitud era la del sueño mas bien que la de la muerte.»

En cuanto á Plinio el Jóven, se habia quedado en Miseno, retenido por sus estudios. Su madre despertó sobresaltada por la violencia del terremoto y corrió á la habitacion de su hijo. Sentáronse juntos, y el mancebo se puso á leer á Tito Livio. Pero las sacudidas continuaban, y la casa se les venia encima. Huyeron pues, al campo...

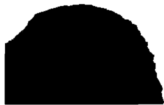
»*La playa se habia ensanchado*—dice Plinio en otra carta al mismo Tácito, que le habia pedido pormenores del cataclismo para sus Anales:—*muchos pescados estaban en seco sobre la arena; una nube negra y horrible se entreabria á veces, desgarrada por los surcos de las llamas, semejantes á relámpagos... Esta nube bajóse hasta la tierra, cubrió la mar, robó á nuestros ojos la isla de Caprea y nos ocultó la vista del promontorio de Miseno... A mí me sostenia este pensamiento triste y* CONSOLADOR *á la vez*: QUE TODO EL UNIVERSO PERECIA CONMIGO.

Durante este cataclismo, *Pompeya* habia desaparecido de la faz de la tierra.

En el momento de la erupcion hallábase reunido el pueblo en el *Anfiteatro*, que podia contener 20,000 personas; lo cual esplica el escaso número de esqueletos que se encuentra en las escavaciones. Se cree que la poblacion huyó hácia Levante.—En medio de repetidos temblores de tierra, de espantosos truenos y de inmensas llamaradas del volcan, empezó á caer sobre Pompeya una lluvia tan densa de cenizas y de agua caliente, que en pocas horas la ciudad habia desaparecido (sin hundirse otra cosa que los techos, que se abrasaron), bajo una capa de lodo volcánico que se levantó mas de cuatro metros sobre los mayores edificios.

Los errantes pompeyanos volvieron á los pocos dias; hicieron algunas escavaciones en busca de sus tesoros, y fundaron á pocas leguas de la difunta ciudad una pobre aldea, que tambien llamaron *Pompeya*, la cual fue destruida á su vez por otra erupcion al cabo de cuatrocientos años.

Las grandes mudanzas que por entonces esperimentó el mundo, con la pro-



paganda del cristianismo, la invasion de los bárbaros, el fin de la gentilidad y la caida del imperio romano, sumieron en el olvido aquel acontecimiento, y nadie se acordó ya de Pompeya, ni de la naturaleza de la catástrofe: nadie pensó en determinar su antigua situacion, ni en levantar el sudarío que la cubria.

¡Asi pasaron *diez y siete siglos*!

Durante ellos, una sola vez pudo ser exhumada la ciudad, y fue en 1592, cuando se abrió un canal por encima de ella para llevar las aguas del Sarno á *Torre Anunciata*, aldea levantada á muy poca distancia del trágico escenario; pero nada se descubrió, á pesar de que el canal cruzaba sobre el *Foro* y sobre el *Templo de Venus*...—Y siguió pasando el tiempo; y la tierra codiciosa continuó guardando su secreto horrible.

Finalmente, el año de 1748, reinando aquí nuestro Cárlos III, unos campesinos hicieron un hoyo, en busca de agua, en los viñedos que cubrian toda la ciudad, y descubrieron algunos objetos de arte. Esto movió la curiosidad del rey: estudióse, investigóse, compulsáronse datos, y ya no cupo duda de que Pompeya existia entera debajo de aquellas viñas.—Las escavaciones confirmaron y escedieron todos los cálculos: la ceniza, aunque muy endurecida por los siglos, se levantaba fácilmente: Pompeya se encontraba intacta: las materias y los objetos mas perecederos se habian conservado prodigiosamente.—La antigüedad pagana brotaba de la tierra, viva, auténtica, fehaciente, como si la evocara la trompeta del juicio final.

Pero Cárlos III se fué á reinar á España, y sus sucesores no dedicaron á las escavaciones la atencion preferente que merecian. Murat las emprendió en gran escala; pero despues de Murat vino otra vez la dinastía de Borbon, y con ella la indiferencia á una empresa tan interesante.—Baste decir, que el último rey le destinaba solamente cinco mil duros anuales.—Asi es que, despues de haber pasado mas de un siglo desde la resureccion de Pompeya, solo se ha descubierto la quinta parte de la ciudad, permaneciendo todavía el resto bajo su plomiza mortaja.

Hé aquí lo que vamos á ver; pero antes no estará de mas que recordemo nuestras visitas al *Museo Borbónico* de Nápoles, construido tambien por Cárlos III, con el esclusivo objeto de recoger y coleccionar todos los objetos curiosos ó de arte que se fuesen encontrando en Pompeya.—Esto aumentará el interés de nuestra visita.

Respetada es en España la memoria de aquel ilustrado rey, pero mucho mas lo es en Nápoles, donde su nombre va unido á todas las grandes obras.—El *Museo Borbónico* es notabilísimo, aun para los que han visitado el del Vaticano y los de Florencia. Como edificio, llama la atencion por su magnitud y buena distribucion. Por su riqueza histórica y artística, no tiene igual en el mundo.—Y es que los objetos que encierra el *Museo Borbónico* interesan mas íntimamente que los guardados en los demás museos: aquí todo tiene el polvo del tiempo, la verdad de la vida, la realidad ó la actualidad del ser.

Imposible fuera enumerar los mosáicos, las pinturas murales, las estatuas

de mármol y de bronce, las inscripciones, los bajo-relieves, los vasos, los *papyrus*, los muebles, las ropas, las alhajas, las monedas, las medallas, los instrumentos que guardan aquellos armarios.—Yo citaré al acaso los objetos que mas me han sorprendido.

Empezaré por lo último: empezaré por el *museo* llamado *secreto*, cerrado y sellado por Pio IX cuando visitó á Nápoles, y abierto hoy á los que tienen ciertas recomendaciones.—Allí se ve con horror y asco la esplicacion providencial de la destruccion de Pompeya: allí el mármol y el bronce, el hierro y el barro, maravillosamente trabajados por el arte, representan toda la vileza de los mas inmundos placeres, no solo en estatuas, frescos y relieves, sino en los útiles de la vida doméstica; en ánforas, vasos, tinteros, lámparas, pesos é instrumentos... hasta en los adornos de la persona...—¡Cómo se comprenden allí la Nápoles griega, la Nápoles romana y la Nápoles de nuestros dias!...

Ningun delito entre ellos era nuevo, »

dice en su famosa *octava* de *nueve* versos nuestro inspirado Zorrilla.—Y yo diré como él:

...mas tente ¡oh pluma! que en maldad te tiño
y á llevarte adelante no me atrevo:
que á lo que el mismo Dios volvió sus ojos,
diera en mi voz al universo enojos.

Citaré, sí, la Sala de *Pinturas antiguas*, que pasan de mil seiscientas y son frescos trasladados de las casas de los pompeyanos. El dibujo no ha llegado, ni en los tiempos de Rafael, al estremo de gracia y perfeccion que revelan aquellas figuras ó los arabescos y caprichos decorativos que allí se admiran. Todos conocen por el grabado (y sirva esto de muestra) las *Trece Bailarinas* cuyos originales allí se guardan. A este tenor es todo lo que aquella sala encierra.

En un armario de cristales se conserva una masa de cenizas endurecidas, que rodearon el cuerpo de una mujer y donde quedaron impresas las amplias y bellas formas de su seno y de sus hombros. Aquel espantoso molde se encontró en la bodega de una casa de Pompeya. En el mismo armario se ve el cráneo, todavía con pelo, de aquella desgraciada; un hueso de uno de sus brazos, y las alhajas de oro que la adornaban en el momento de la catástrofe.

En otras salas encontrareis todos los enseres, todos los objetos que figuraban en la vida de la poblacion pompeyana, conservados tan perfectamente, que no podeis comprender que cuenten mil ochocientos años de fecha.—Allí admirais el grado de civilizacion á que habian llegado los antiguos, y sobre todo, la semejanza de sus invenciones con las nuestras: allí se os revelan sus costumbres con los mas nimios pormenores: allí veis pesos, medidas, lámparas, pebeteros, objetos de tocador, arneses, carros de triunfo, todo de una suprema elegancia que hoy pugnan por imitar los artífices de Italia, Francia y Alemania: allí hay moldes para hacer pasteles, parrillas para asar la carne, herramientas de todos los oficios; camas, sillas, armas, corazas, lanzas, espadas: un casco que encier-

ra el cráneo de su dueño; hornillos portátiles, cocinas económicas; alhajas y adornos femeninos de tan esquisito gusto que hoy sirven de modelo á los plateros de Paris y Roma; instrumentos de cirugía iguales á los que en nuestros dias han merecido privilegios de invencion por su perfeccion y utilidad (*speculum*, *forceps*, *fíbula*, sondas, escalpelos); compases (uno de ellos para reducir); un peso de plomo con una inscripcion por un lado, que dice: *eme*, y otra por el otro, que dice: *habebis*; una balanza *verificada* ó contrastada en el Capitolio, segun su marca; tinteros, stylos, tabletas de marfil, plumas de madera de cedro, estuches de plumas; trompetas, clarines, timbales, clarinetes; y—¡lo que es mas todavía! —trigo, frutos, pan, restos de vino y aceite, y en una cacerola, restos de un guisado en que se ha reconocido la *polenta*, que llamamos ahora.—Entre los objetos de tocador, vereis espejos de metal, botes con cosméticos, cajitas de colorete, broches, peines, agujas, tijeras, dedales, husos.—Tambien encontrais billetes de teatro, que son unos pedacitos de marfil, donde se ve el título de la comedia, el nombre del autor y el número de la localidad: *La Casina de Plauto* (dice uno de ellos): 2.ª *platea*: 3.er *rincon*: *grada* 8.ª En compensacion, veis un cepo de hierro, encontrado en un cuerpo de guardia, con cuatro esqueletos cogidos por los pies; ó cierto esqueleto con una bolsa en la mano (¡tremenda imágen de la avaricia!), que me ha hecho imaginar mil fantásticos horrores.

Pero lo mas trascendental de todo lo que encierra el Museo Borbónico son los PAPYRUS encontrados en *Herculano*,—cuya destruccion fue mas definitiva que la de Pompeya, puesto que lo inundó y cubrió una inmensa ola de betun líquido, á la manera de lava ardiente. Los *papyrus* arrollados que constituian las bibliotecas de los antiguos fueron carbonizados completamente, á tal punto, que al principio se les tomó por carbon ó cisco, y eran destruidos sin reparo alguno. Despues se vino en conocimiento de que aquellas pavesas guardaban la ciencia y la literatura de la gentilidad; de que aquellos carbones encerraban el diamante! —Empero ¡imposible leer los papyrus, imposible desliarlos, imposible tocarles! —Se deshacian como ceniza.—Mas ¿qué no vence una voluntad constante?—Un sabio religioso, el padre Antonio Piaggi, encontró el medio de desarrollar las pavesas ennegrecidas, de fijarlas sobre una ténue membrana transparente y de leer lo escrito.—Yo he visto funcionar aquel ingenioso aparato.—Hasta hoy se han publicado *once* gruesos volúmenes de las obras allí contenidas. Desgraciadamente, ninguna ha ofrecido hasta ahora gran importancia. Son comentarios sobre filósofos conocidos, ó historias de guerras mejor contadas por los autores clásicos.—Sin embargo, quedan 1,500 papyrus por desarrollar..... ¡Quién sabe si esconderán algun tesoro, alguna de las obras maestras de que nos habla la fama y cuyo testo no ha llegado á nuestros dias!

En Pompeya no se han encontrado hasta hoy *papyrus*. Tal vez la ceniza y el agua los destruyeron.

En cuanto á las obras de arte que se admiran en el Museo Borbónico, me limitaré á nombrar las principales, que en mi concepto son: el famoso *Gladia-*

tor moribundo.—*Armodio y Aristógiton*.—La *Minerva Farnesio*.—*Agripina sentada*, llorando la muerte de Germánico.—La célebre *Flora* y la *Venus vestida*.—*Atlas sosteniendo el cielo*.—El *Grupo del Toro Farnesio*, maravilla del cincel griego, de una sola pieza de mármol.—Y sobre todo, me complaceré en recordar, como uno de los mayores prodigios artísticos que he contemplado, El Hércules Farnesio, obra de Glycon de Atenas, gigantesca estátua en que el artista ha representado la fuerza de dos maneras, á cual mas ingeniosa: primera: poniendo al gigante una cabeza pequeña, estrecha, que recuerda vagamente la de un toro; y segunda, haciendo que la figura tenga que apoyarse para no caer... ¡Idea felicísima, confundir el *peso* con la *fuerza*!

Entre los muchos y muy buenos cuadros que encierra tambien el Museo, citaré la magnífica y renombrada *Danae* de Ticiano, la cual se halla en un gabinete llamado *secreto*,—una Virgen de *Correggio*, modelo de gracia, llamada «la Gitanilla»,—y un *San Gerónimo* que despierta al son de la trompeta del juicio final é invoca la clemencia de Dios, obra magistral de nuestro inspirado Ribera.....

Pero nosotros no hemos recorrido el *Museo Borbónico* con otro objeto que el de disponer el ánimo para nuestra excursion á Pompeya, el Vesubio y Herculano. Ya hemos visto los despojos de las víctimas del volcan... Partamos ahora, y contemplemos los cadáveres de aquellas ciudades y el fantasma de fuego que se enseñorea sobre un mundo de ceniza. . . . .

. . . .

19 de enero.

De Nápoles arrancan algunos trenes de ferro-carril.

Uno de ellos se dirige á Nocera, por la orilla del mar, pasando cerca de Pompeya.

A las nueve sale un tren... Son las ocho y media...—Partamos...

Estamos en camino...

A los pocos minutos llegamos á *Portici*, Sitio real, lleno de preciosas casas de campo, y cuyo famoso palacio es tambien obra de Cárlos III.

No podemos detenernos á visitarlo...

Hace una mañana hermosísima.—Seguimos avanzando hácia el Vesubio...

Hé aquí á *Resina*, ciudad de 10.000 habitantes.

Debajo de ella se encuentra Herculano, cuyas ruinas, abrumadas por una inmensa mole de betunes, no alumbrará jamás la luz del cielo.

Ya volveremos.—Continuemos nuestra marcha.

Pasamos al pie del volcan, á media legua de su cima, siempre por la playa.

Inmóviles ríos de lava negra penden, por decirlo así, desde el gigante al mar, al modo de glaciares y eternas neveras.

Me recuerdan los *glaciers* de Suiza.

Como ellos, cada una de estas torrentes solidificadas tiene su fecha: *Lava de 1767*; *lava de 1794*; *lava de 1806*...



Carretero romano.

Son monumentos de horror, fabricados por la naturaleza.

Generalmente se sube desde aquí al Vesubio; pero nosotros haremos la gran ascension, la completa, la difícil, la espantosa.—¡Subiremos desde Pompeya;

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

— [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

— [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] — [illegible]

Al oir gritar *¡Pompeya!* entre los silbidos de la máquina, paréceme que acabamos de decir en tono de burla: *¡Surgite, mortui!*

Nadie acude de la capital difunta en busca del tren que va á continuar su camino.

Solo Dioscoro y yo hemos venido á ella.

Pero nadie sale á recibirnos: nadie se asoma á aquel ruinoso muro.

El silencio de los sepulcros reina en toda la comarca.

El tren se aleja en busca de la vida, y llevándola en su seno.

Nosotros nos hemos quedado á solas con la muerte.

A lo lejos, cerca de las murallas, se ve un edificio aislado, elegante, moderno.

Sobre su puerta, dice un letrero:

«*Hotel Diomedes.*»

Diomedes era uno de los mas ricos habitantes de Pompeya, en cuya casa se han encontrado mil preciosidades artísticas.

En el *hotel* encontramos una sola persona; el hostelero.

Casi estraño que esté vivo.

El nos entera de lo que tenemos que hacer para realizar nuestros proyectos.

Hé aquí su plan:

Despues de almorzar iremos á pie á Pompeya, que dista de aquí medio kilómetro. Allí encontraremos un guia que nos conduzca ante el director de las escavaciones, único habitante de la ciudad, para el cual traemos recomendaciones. El director nos acompañará por las calles desiertas y nos introducirá en las casas mas notables: á la noche vendremos á comer y dormir á este hotel: mañana de madrugada subiremos al Vesubio: llevaremos provisiones para almorzar en su cumbre: el hostelero nos proporcionará caballos para la primera mitad de la ascension, y un guia para el resto: al mediodia bajaremos por el otro lado del volcan, y llegaremos á *Herculano*; y desde allí, despues de visitar sus calles subterráneas, regresaremos á Nápoles en camino de hierro.

Estamos convenidos.

. . . .

Hénos á las puertas de Pompeya.

La primera ojeada basta para sentirlo y comprenderlo todo.

Una calle larga, recta y sola, embaldosada de lava, con altas aceras, se estiende ante nuestros ojos.

A uno y otro lado se ven casas con los techos derruidos.

En esta calle, no hay otro vestigio humano que las huellas marcadas en el empedrado por los carros que rodaron muchos años sobre él y que despues no han rodado durante diez y ocho siglos.

Nada se oye. Nadie pasa por ninguna parte.

Como esta calle, hay muchas.

Y nada mas.

De trecho en trecho encontramos unas pasaderas de piedra, destinadas á que los transeuntes cruzasen de una acera á otra los dias de lodo. Entre las pasaderas quedan cuatro ranuras, abiertas á una distancia proporcionada á la anchura de los carros.

Estos pormenores que tanto recuerdan la vida, me causan una profunda tristeza.

A la puerta de algunas casas hay unos altos asientos de piedra, á los cuales se subian los pompeyanos para montar á caballo.

Ya son inútiles.

En los muros se leen borrosos letreros en latin, escritos hace mil ochocientos años, que denuncian los amores de tal mujer, ó el delito de cual hombre; versos de Virgilio ó de Ovidio; palabras obscenas, y anuncios de funciones dramáticas ó de luchas de gladiadores.

Aquellas fiestas no se verificaron.

Las fuentes públicas que se encuentran á cada paso, no manan agua: los conductos de plomo que los surtian están rotos, y otros fundidos por la abrasada ceniza que esterminó la ciudad.

¡Cuánta desolacion!

Pasais de una calle á otra: veis arcos de triunfo; veis palacios, veis templos, veis anchas plazas llenas de grandiosas columnas que permanecen de pie, ó cuyos capiteles yacen al lado de los pedestales; veis el *Forum Civile*, el *Templo de Venus*, las *Thermas* ó baños públicos, los *Tribunales*, las *Fábricas*, los *Teatros*...; pasais de la *calle de las Tumbas* á la *calle de los Doce Dioses*, de la *Villa de Ciceron* á las *Prisiones*; recorreis toda la ciudad en mil sentidos, y no encontrais á nadie, y no sucede nada; y sin embargo, todo os parece animado y vivo, todo reciente y nuevo.

Y ni compadecer podeis el destino de los pompeyanos: á cada momento, hallais á la entrada de una calle ó en la puerta de una casa, un atributo infame de su prostitucion, un signo de su bajeza, un ídolo nefando que os hace apartar la vista con horror...

Yo no ceso de recordar la *Ira de Dios* de Zorrilla:

Con estos geroglíficos impuros
se adornaron los pórticos, las fuentes,
las calles y las plazas y los muros;
y no quedaron ojos inocentes,
ni oidos castos, ni recuerdos puros,
ni rubor en los rostros impudentes...

El poeta habla de Sodoma: cualquiera diria que hablaba de Pompeya.

Por lo demás, la historia reviste aquí un carácter con que no se presenta en otra parte alguna.

No: no es este el mundo antiguo, colegido por las ruinas, adivinado por los monumentos, aprendido por la erudicion.

La antigüedad aparece aquí real, tangible, presente.

¡Es que no han pasado los diez y ocho siglos. ¡Y, en efecto, para Pompeya no han pasado!

Pompeya no ha sido testigo de nada de lo que ha sucedido en el mundo durante su largo sueño.—Sus casas, sus calles, sus templos no han visto lucir esos cientos de miles de soles que constituyen casi todo el Imperio Romano, toda la Edad Media y los siglos del Renacimiento.

¡Asusta la multitud de hechos que encierra el paréntesis abierto en la vida de esta ciudad!

Seguramente, todo esto trae á la imaginacion el dia del Juicio; hiela la sangre; estingue las ilusiones.

He penetrado en muchas casas: he recorrido todas sus habitaciones, distribuidas al estilo griego, con suelos de mosáico y preciosas pinturas en las paredes: héme detenido en el *átrio*, en el *peristilo*, en el *venereum*, en el *cubículo*, en el *triclinio*, en el *larario*.—Y me he preguntado por aquellas costumbres, por aquella civilizacion, por aquellos dioses...—Y la Era cristiana ha aparecido ante mis ojos como un océano interpuesto entre dos mundos. . . . . .

Las casas de Pompeya tenian (y tienen) en vez de número, el nombre de su dueño escrito con letras rojas.

Diríase que los pompeyanos preveian el destino de su ciudad y adivinaban que con el tiempo la recorrerian otras generaciones, sin hallar á quién preguntarle noticias sobre la poblacion.

En la esquina de una calle leo el siguiente anuncio, escrito en latin sobre el muro:

«*Se alquila en los dominios de Julia Félix, hija de Spurius, del* 1.° *al* 6 *de los idus de agosto, un baño, un venererum, noventa puestos ó tiendas y algunas piezas en el primer piso, por cinco años consecutivos.—Si se estableciere casa de* PROSTITUCION, *se anulará el arrendamiento.*»

¡Siempre el mismo *ritornello*! ¡Siempre la prostitucion!

Imposible me fuera apuntar todo lo que veo y me maravilla.

El nombre de algunos parajes revelará el interés con que los visito.

Aquí teneis la *Panadería*, donde se ha encontrado harina, trigo, el horno y todos los útiles del oficio: aquella es la *casa del Cirujano*: hé aquí una *Fábrica de jabon*; hé allí una *Botica*, que se halló repleta de drogas y que tanta luz diera sobre la medicina antigua.—Mirad el *Gran teatro*, ó *Teatro trágico*, vasto semicírculo que se abria de cara al mar, fondo del escenario: ved el *Teatro pequeño*, ó sea el *Odeon*: apartémonos del *Gran lupanar* descubierto en 1845, lleno de asquerosas pinturas é ídolos obscenos: entremos en el *Granero público*; penetremos en el *Erario*; visitemos las *Prisiones*; recorramos el *Taller del Escultor*; detengámonos, en fin, en la *Posada de Albinius*; pero no en la *Taberna y lupanar*, aquí próximos, en que vivian aliadas la embriaguez y la lascivia.

¡Oh! ¡Qué mundo de impresiones!

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

—[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] —[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

entonces; pero se le ha dejado solo, en el confin oriental del inmenso cinerario.

Para llegar hasta allí, cruzamos la parte de Pompeya que permanece inhumada, oculta hace tantos siglos á la luz del sol y á las miradas de los hombres, tácita y latente bajo las hambrientas cenizas.

Un fertilísimo viñedo y una risueña flora, que aquí dan espanto, han brotado de la capa de tierra vegetal que cubre esta sepultura inconmensurable.

Yo creo cometer un sacrilegio al mover la planta por los senderos que cruzan este campo de dolor, y la fijo en el suelo con timidez y blandura, como temiendo lastimar á los que debajo duermen...

¡Oh! debajo de nosotros, en las entrañas de esta tierra sonriente, á los cuatro metros de profundidad de esta verde y apacible llanura, hay calles, plazas, templos, estatuas, muebles, joyas y tal vez millares de esqueletos humanos. La muda tierra esconde todavía el misterio de casi toda la ciudad difunta!

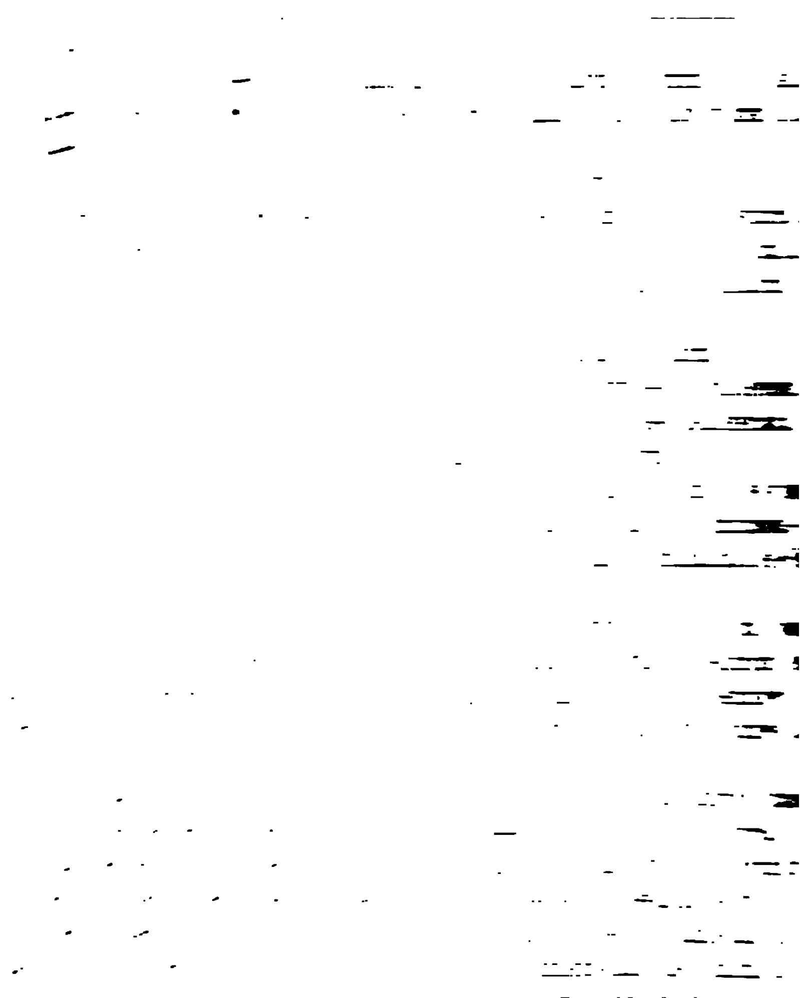
No será ya por mucho tiempo. Pronto aparecerá Pompeya entera á los asombrados ojos de los mortales.

Hemos llegado al *Anfiteatro*, que se conserva íntegro, aunque con las gradas derruidas en su mayor parte. Estas son treinta y tres, y desde la mas alta se abarca un espectáculo verdaderamente sublime.

Ante todo, causa un terror instintivo el recordar que los habitantes de Pompeya se encontraban reunidos aquí en el momento de la catástrofe, y no puede uno menos de mirar frecuentemente al Vesubio (cuya mole, demasiado próxima, cierra el horizonte hácia el Setentrion), para ver si se advierte alguna novedad en el humo que lo corona... y tranquilizarse al hallarlo en su estado habitual.

En cambio, en este anfiteatro no acontece lo que en el de Roma: aquí no se teme que los leones hayan perpetuado su raza en las cavernas subterráneas: aquí se tiene á la vista un mónstruo tan tremendo, tan cruel, tan incontrastable, que la idea de las bestias feroces no causa espanto á la imaginacion. Y esto sin contar con que se sabe que hasta los temidos reyes de las selvas fueron impotentes contra la furia del volcan, segun lo acreditaron ocho esqueletos de leones, encontrados sobre esta arena cuando se removió la ceniza.

Desde lo alto de la gradería, vemos la espaciosa elipse del anfiteatro, las viñas, el campo fúnebre que he descrito, algunas escavaciones parciales verificadas en medio de él, los muros y las puertas que encerraban la estinguida poblacion, las calles, las casas, los templos, el foro... toda la parte exhumada de la ciudad: á la izquierda, álzanse el *Monte San Angelo* y el *Monte Cereto*, á cuya falda se apiña el arbolado en grandes masas oscuras, sobre las cuales se destacan como blancas palomas algunos pueblecillos: al fondo, descubrimos la redondez del golfo, azul y reluciente como un zafiro inmenso, y en torno á las olas, las ciudades que se miran en ellas... *Castellamare* (con el castillo en el mar, que le da nombre)... *Sorrento*, ceñido de bosques y jardines... la *Isla de Capri*, que parece una prolongacion de la *punta della Campanella*...: mas allá, la lontananza del Mediterráneo, una atmósfera de oro y esmeralda, un sol radiante

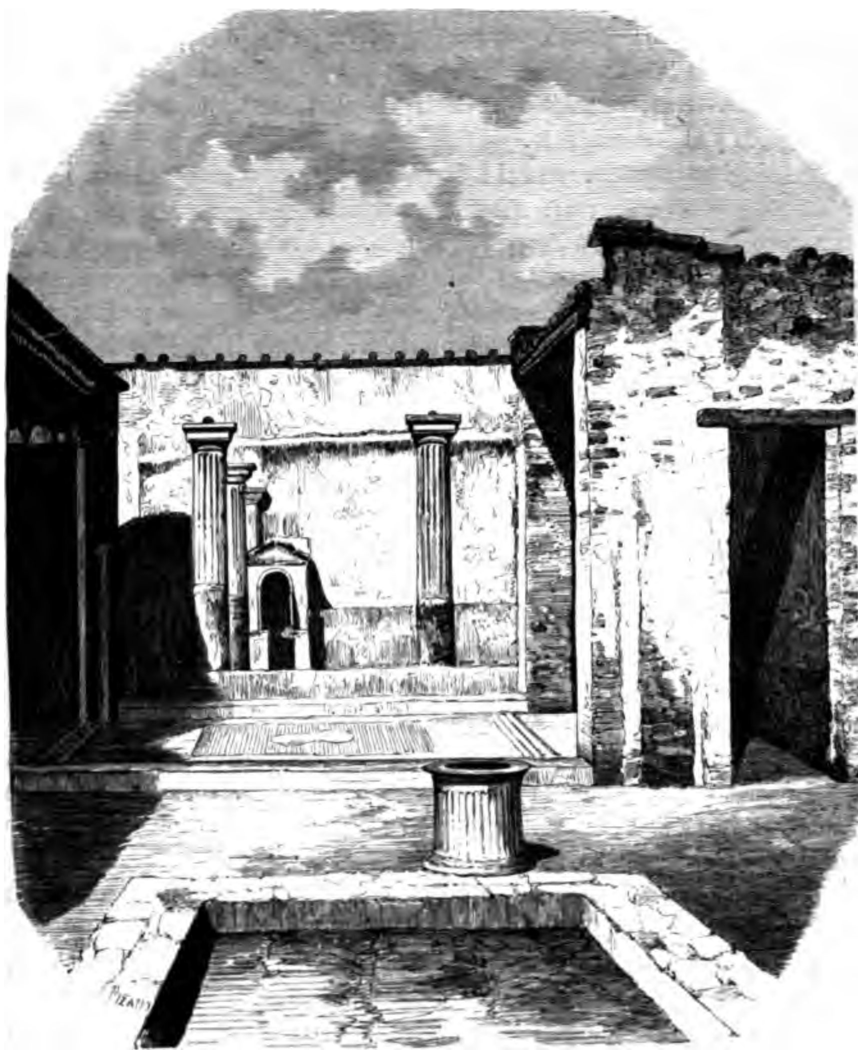


V.

El Vesubio.

19 de enero.

Despues de una noche inolvidable, cuya primera mitad he pasado contemplando á Pompeya á la luz de la luna, y la otra mitad soñando con la novela de



Casa en Pompeya.

Bulwer, con terremotos y con nuestra próxima subida al volcan, á cuyo pie hemos dormido, amanece otro hermosísimo dia, que parece la repeticion de ayer, y que está muy lejos de serlo, puesto que entre ambos soles hemos gastado

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

tres sistemas, que son: 1.° atarse á la cintura una cuerda de la cual tira un guia, que sube de espaldas delante del viajero, mientras que otro le empuja por detrás; 2.° sentarse en una parihuela y dejar todo el trabajo á los dos guías; y 3.° subir uno por su pié, como si fuera guia y no otra cosa.

Nosotros hemos adoptado el último sistema, que, si bien mas fatigoso que los primeros, si bien penosísimo, si bien insoportable, es en mi concepto el mas seguro, puesto que no va uno pendiente de la destreza ó de la buena voluntad de sus prógimos.

Pero, lo repito, semejante ascension es irresistible. A cada paso tenemos que detenernos, faltos de respiracion; y si nos detenemos mucho, húndese la ceniza bajo nuestros piés y atrasamos lo adelantado...

Ya dejamos debajo de nosotros la region de la lava, cuyas espumas y escorias causan horror, y cuya marcha silenciosa y lenta solo puede compararse á la del tiempo, que mata cuanto toca.

Afortunadamente, fluye en poca cantidad y se enfriará y solidificará antes de llegar al pié del monte; pero no por eso me arredra menos su actividad destructora.—Mucho antes de llegar á una peña, la calcina: cuando la invade, la reduce á polvo. Todo se funde y se aniquila en torno de ella.—Venenosa lengua del dragon horrible, no puede lamer sin devorar.

La parte sólida del Vesuvio, el verdadero monte, concluye en aquella region por donde se desborda la lava.

El tercio de cuesta que subimos ahora es lo que se llama el *Cono de cenizas*.

Es una mole blanquecina de ochocientos metros de altura, formada por las pavesas que arroja el cráter, las cuales suben á cierta elevacion y vuelven á caer sobre la montaña.

La mayor parte de esta ceniza se acumuló el mismo dia que desapareció Pompeya.

Nos acercamos á la cima.

Empezamos á sentir el calor bajo nuestros pies, reciamente calzados.

Cuando nos es forzoso poner la mano sobre la ceniza para no caer, tenemos que retirarla al punto.

De los hoyos que abrimos con los bastones cada vez que los clavamos para descansar, sale un humo negro y pestilente...

La lluvia de ceniza arrecia sobre nosotros...

El monte empieza á estremecerse, con un ligero temblor semejante al de un buque de hélice en una mar serena.

Un trueno sordo, contínuo, profundo resuena ya debajo de nosotros.. ..—Ora crece... ora se debilita; pero siempre ruje... siempre hierve.

El olor á azufre, á gas, á brea, á infierno..... es cada vez mayor.

La ceniza grieteada, incandescente, deja escapar un leve humo casi blanco, que apenas se ha levantado algunos pies en la atmósfera, vuelve á bajar y á meterse en la misma grieta de donde salió, atraido por una aspiracion subterránea...

Estos vapores fugitivos, fâtuos, traviesos, me parecen espíritus irónicos, duendes, diablillos, que salen del averno, á recibirnos, á vernos llegar, á engañarnos, y que se vuelven á su antro, á decirle á su rey que ya estamos aquí, ó creyendo, en su malicia, que trataremos de pillarlos y nos precipitaremos tras ellos en el abismo.

Un paso mas..... Un último esfuerzo...

Hemos llegado.—Estamos en la cumbre del volcan.

Séanos permitido un arranque de soberbia...—¡Hollamos la cúspide de la pirámide de fuego!... ¡Pisamos la frente del verdugo de Pompeya!

El humo nos envuelve en el primer momento.

Luego se desvanece la nube: y nos permite durante algunos minutos ver lo que nos rodea...

En torno nuestro se dilata una escabrosa planicie redonda, de unos cien metros de diámetro, cubierta de ceniza oscura y de escorias y rebabas.

Las escabrosidades de esta meseta son unas masas de espuma de betunes hirvientes, cuyo feísimo aspecto, porosidad esponjosa y estremecimientos contínuos causan horror y miedo...

A pocos pasos de nosotros levántanse ligeramente los bordes del cráter... al cual nos vamos á asomar.

El terreno que pisamos parece hueco: debajo de nuestros pies tiembla y brama el incansable mónstruo...

El estruendo es cada vez mas terrible...

Respiramos un aire mefítico, abrasado, infernal...

Pero no retrocedemos.

De diez en diez minutos lanza el volcan un espantoso rugido: de su ancha boca sale una inmensa columna de humo, y en la inmediacion brotan asimismo, de las hendiduras de la ceniza, mil y mil humos mas ligeros. Esta nube, que vemos levantarse entre nuestros pies y por todas partes en el momento que el cráter *respira*, flota algunos segundos sobre la montaña, sumergiéndonos en una tenebrosa noche: despues *aspira* el cráter, y todos los humos parciales corren á sepultarse en él, absorbidos por sus formidables pulmones.

Llego al borde de la sima...

Para ello me arrastro boca abajo por la ceniza abrasada...

El guia me retiene por los pies, temeroso de que pierda el sentido, de que me asfixien los vapores, ó de que avance demasiado y apoye las manos en un punto deleznable...

De esta manera descubro la boca del pavoroso abismo...

Es una especie de pozo, de seis varas de diámetro, circular, cuyas paredes, revestidas de azufre, presentan largas hendiduras.....

Asomo la cabeza..... Miro á lo hondo.. ..

Al principio, el humo denso no me deja ver nada.....—Luego distingo llamas rojizas y azules, que iluminan un sumidero negro, profundísimo...

Parece que allí borbotan y hierven cien calderas de plomo derretido...

Los gases me ahogan... El aliento del dragon me abrasa.

En esto retumba un espantoso trueno... El brocal de ceniza en que me apoyo, tiembla como el agua movida por el huracan. ¡La lava sube!... ¡La llama asciende entre torbellinos de humo! ¡Va á respirar el cráter!...

Retrocedamos.

Apenas me aparto y me cubro el rostro con las manos, el aliento sofocante del volcan pasa sobre mi cabeza.

Palpita la tierra; arde el aire; el cielo se ennegrece; la respiracion me falta...—Esto es morir.

Pero calma el acceso; desaparece el humo, quedando reducido á una espesa columna que se levanta gallarda en el espacio, y vuelve la luz, y brilla el cielo, y el mar reverbera otra vez en lontananza...

Dentro de diez minutos se repetirá el mismo fenómeno.

¡Y asi contínuamente!

¡Oh! No reiteraré la dolorosa prueba á que acabo de someter mis fuerzas por satisfacer una curiosidad que solo ha conseguido avivarse.

Descender á ese abismo: ¡he aquí lo que ahora se atreve á codiciar el alma!

Y es que ese abismo atrae.

Colgado sobre él, he creido estar asomado al corazon humano, viendo la cuna de las pasiones, la raiz de los sentimientos, los estragos de la desventura...

Aquí la turbacion, aquí el gemido,
aquí la guerra, aquí los hondos males
tienen reinado eterno.. ..

murmuraba, recordando unos versos de Carolina Coronado.

—Aquí, decíame, se ven las entrañas de la tierra: de aquí brotan metales y betunes, piedras y gases, revueltos y confundidos, como van mezclados en la sangre todos los elementos de nuestra vida: aquí late en su orígen la actividad del planeta. La perpétua fecundidad del mundo esterior; la reproduccion incesante de los principios generadores de animales y plantas; los siempre vistosos colores de la primavera; la rica sabia que se torna en frutos; la sal incorruptible que renueva lo que muere y sazona lo que nace; el calor vital y la fuerza progresiva que anima y sostiene, inspira y multiplica las variadas formas de la terrenal materia, todo eso se comprende por este movimiento oculto, por este fuego activo, por esta agitacion constante que reside en el corazon del globo.—Los latidos de ese corazon, yo los oigo, yo los siento ahora: esta palpitacion intermitente que lo agita, no es mas que el sístole y diástole, cuyo pausado ritmo señala los instantes de la vida de la Tierra.

Tales han sido mis reflexiones durante esos diez minutos, cuando el horror y el miedo daban treguas á mi alma.

Por lo demás, y si hubiera de seguir los impulsos instintivos de mi naturaleza,—lo declaro francamente,—ni un solo momento permaneceria aquí despues que me he asomado al fondo del cráter. Pero como estoy seguro de que jamás

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Cruzamos todo el monte en direccion contraria á la que hemos traido, y nos asomamos al gran valle de lavas que va á morir cerca de ***Herculano***.

La bajada solo es posible de una manera; ya sabeis de cúal.

Nos tendemos casi enteramente sobre la ladera de la montaña; nos apoyamos en los bastones ferrados; clavamos los talones en la ceniza, y nos dejamos ir con toda velocidad.

Cinco minutos despues nos hallamos á media legua del cráter y mil metros por debajo de la cumbre del Vesubio.

¡Estamos libres!

VI.

Herculano.

Antes de continuar nuestra bajada, nos dirigimos á la célebre *Ermita de San Salvador*, donde se bebe el mejor y mas legítimo *lacryma Christi* de la comarca.

Desde allí volvemos á precipitarnos, aunque ya por pendientes mas suaves, hasta llegar á ***Resina***, que no es sino la antigua ***Retina***, puerto de la ciudad de ***Herculano***, cuyas ruinas vamos á visitar.

La catástrofe de ***Herculano*** fue diferente de la Pompeya. La misma erupcion de 79 lo inundó de un lodo volcánico, duro hoy como el granito, sobre el cual vinieron despues diversas corrientes de lava hasta formar encima la ciudad una compacta mole de *treinta y cuatro metros* de espesor.

Herculano permaneció tambien desconocido y olvidado durante diez y seis siglos y medio, hasta que en 1711, Manuel de Lorena, principe d'Elbeuf, habiendo sabido que un panadero de Resina, al abrir un pozo en busca de agua, habia encontrado muchos y muy buenos mármoles labrados, mandó hacer grandes escavaciones en aquel lugar y encontró el famoso teatro de Herculano.

Despues se han descubierto algunas calles, una *basílica* y dos ó tres *villas* llenas de magníficas estatuas y de papyrus; pero como las escavaciones se han tenido que hacer por medio de pozos y de galerías subterráneas, á causa de la gran profundidad á que se halla la abrasada ciudad y de la dureza de la materia que la obstruye, se han vuelto á tapar casi todos los lugares esplorados, á peticion de las ciudades que se levantan hoy sobre ella.

Herculano era un pueblo mas artístico que la ciudad comercial que recorrimos ayer: asi es que en sus edificios se han encontrado muchas de las mas bellas estatuas que adornan *el Museo Borbónico*.

Fuera de este interés, muy escaso es el que ha ofrecido Herculano, sobre todo despues del descubrimiento de Pompeya. El tener que visitarlo á la luz de las antorchas, encontrando á cada paso los pilares levantados para sostener el terreno sobre los monumentos que no han vuelto á taparse, quita su pasmosa verdad á los objetos y aleja toda ilusion del ánimo del que los mira.

A lo menos yo, al recorrer aquel vasto teatro, al que se baja por muchos



lla, es necesario que los alumbren las inestinguibles luces de la naturaleza,—el mismo sol ó la misma luna que los alumbrara en sus tiempos de esplendor.

. . . .

Estamos de vuelta en Nápoles.



Mazzini.

VII.

De Nápoles á Madrid.

22 de enero.

Llegó el momento de desandar nuestro camino y de poner el rumbo á la distante patria.

Despues de las últimas escenas que te he descrito, no debo referirte, ni me han impresionado mis visitas á *Capri*, *Cápua*, *Caserta* y *Mola*.

Solo te diré que en *Capri* he visto la famosa ***Gruta Azul*** que conoc las *catalinetas* (hoy cosmoramas); que la *Capua* actual no es la de las ni se levanta en el mismo lugar que aquella otra (situada á media legua hoy y de la cual solo quedan las ruinas del Anfiteatro) en que descansó despues de la batalla de Cannas; que en *Caserta* he admirado el magnífi lacio que allí tienen los reyes de Nápoles, debido tambien á Cárlos III; y *Mola* he visto algunos piamonteses heridos y oido algunos cañonazos de del campamento sitiador.

En Mola, como en Fondi, he pugnado por visitar el campo de los sos; pero aquí, como allí, me lo ha impedido la sola circunstancia de ser

Sin embargo, he sabido de una manera auténtica que la escuadra se marchó anteayer dejando libre el mar á los buques sardos, y que halla en vías de rendirse.

Ha terminado, pues, el antiguo reino da Nápoles.

. . . .

Te decia que ha llegado el momento de regresar á España.

El vapor *Carmel* nos espera...

Partamos.

Y al partir, demos un adios del alma á esta region encantadora, á este de amor, á este golfo cristalino, y al formidable Vesubio, de cuyas iras nos mos librado.

Ver á Nápoles... y *morir*... No: *Ver á Nápoles y volver*...—Hé aquí que yo esclamo al separarme de sus costas.

¡Volver á Nápoles!—Dios me permita cumplir este voto.

. . . .

Al amanecer pasamos por Gaeta.

Truena el cañon...—Es el estertor de agonía de la vieja Italia...

¡Salud á la nueva Italia que se levanta del sepulcro!—Pero ¡honor tamb al último campeon de la historia! ¡Honor asimismo á la hermosa heroin Gaeta, á la reina destronada!

Dia [illegible].

Nos amanece delante de Civita-Vecchia.

La escuadra española se halla fondeada en el puerto. Acaba de llegar Gaeta. ¡Cómo alegra mi alma la bandera roja y amarilla!

Aquí me separo de [illegible] Puebla, á quien acompaño hasta el muelle.

El salta á tierra y se dirige al ferro-carril. Esta noche se hallará de vu en Roma.

Yo vuelvo al vapor, desde me paso el dia, viendo á lo lejos las melanc cas llanuras del Estado del Papa, y evocando mis recientes memorias de la c dad eterna.

A las cuatro de la tarde levamos anclas con rumbo á Liorna.

Hace un tiempo hermosísimo: el [illegible], azul y despejado, se pierde

vista hacia poniente: el sol, al ocultarse, nos deja ver la erizada silueta de la isla de Córcega, por delante de la cual pasamos á muchas leguas de distancia.

El capitan del vapor me señala una isla pequeña que se ve mas acá, á unas tres leguas de nuestro derrotero.

Es la *Isla de Monte-Cristo*... con la cual tánto he soñado.

A la noche se toma el té y se baila sobre cubierta, á la luz de la luna, que esclarece los cielos y la mar en toda la plenitud de su belleza.

Yo mido con la vista la triple estela rutilante que la quilla y las ruedas del vapor dejan en pos de sí, y la descuento de la distancia que me separa de tantos seres queridos, y fluctúo entre la pena de dejar á Italia y la alegría de acercarme al suelo que me vió nacer.

Las hermosas y elegantes pasageras se han cansado de bailar y descienden á sus camarotes, acompañadas de sus amantes, de sus maridos ó de sus padres.

Yo quedo solo sobre cubierta.

El capitan y el timonel cruzan algunas señales ó se dirigen algunas palabras de un estremo á otro del buque.

A las doce de la noche distingo tierra á derecha é izquierda, y mas de un faro que nos avisa los riesgos...

Pasamos entre Piombino y la Isla de Elba.

. . . .

Dia 24.

Al ser de dia estamos en Liorna.

Reconozco el puerto á que arribé hace cerca de dos meses, cuando aun no habia visto á Florencia, Roma y Nápoles.

Mis deseos y mis esperanzas de entonces, hánse trocado en plácidos recuerdos...

Tampoco salto aquí á tierra, y eso que Liorna está de gala, llena de colgaduras y flores y atronada de músicas militares.—Hoy deben llegar á ella los hijos de Victor-Manuel, con direccion á Florencia, donde van á pasar el Carnaval.

En efecto: á eso de las diez llega al puerto una fragata de guerra, que pasa rozando con el *Carmel*...

Toda la Toscana sale á recibir á los hijos del rey *galantuomo*.

El príncipe Humberto, el heredero de la corona, es un corpulento mancebo, sumamente grave á pesar de que solo cuenta diez y siete años.

¿Quién puede leer en el porvenir de ese príncipe? ¿Recibirá la corona de toda Italia de manos de un Papa? ¿Será solo rey del Piamonte? ¿Heredará siquiera le derecho de vivir al pie de los Alpes?

. . . .

Son las siete de la noche. Salimos para Génova.

Dia 25.

Al amanecer, avistamos la *cittá di Maria Santíssima*.

Al saltar á tierra encuentro á Caballero y á Jussuf.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]...

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

INDICE.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

CAPÍTULO [illegible]

[illegible]

Páginas.

CAPÍTULO VIII.

GÉNOVA.

CAPÍTULO IX.

LA TOSCANA.

CAPÍTULO X.

ROMA.

CAPÍTULO ÚLTIMO.

NÁPOLES.

